ELISEO RECLÚS

EL HOMBRE Y LA TIERRA









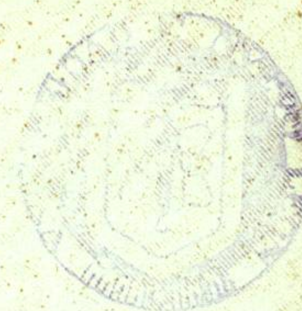
Publicaciones de la Escuela Moderna

Cortes, 596-BARCELONA

EL
HOMBRE
Y LA
TIERRA

Tomo 6


1020076314



EL HOMBRE Y LA TIERRA

Materias contenidas en los tomos anteriores:

TOMO I

LOS ANTEPASADOS

Orígenes.— Medios telúricos.— Trabajo. Pueblos retrasados. Familias, Clases, Pueblos. — Ritmo de la Historia.

HISTORIA ANTIGUA

Irania. — Caucasia. — Potamia.

TOMO II

HISTORIA ANTIGUA

(CONTINUACIÓN)

Fenicia. — Palestina. — Egipto. Libia. — Grecia. Islas y Costas Helénicas. Roma.

TOMO III

HISTORIA ANTIGUA

(CONTINUACIÓN)

Oriente chino. — India. — Mundos lejanos.

HISTORIA MODERNA

Cristianos. — Bárbaros. — La segunda Roma. — Árabes y Bereberes. Carlovingios y Normandos. Caballeros y Cruzados.

TOMO IV

HISTORIA MODERNA

(CONTINUACIÓN)

Municipios. — Monarquías. Mongoles, Turcos, Tártaros y Chinos. Descubrimiento de la Tierra. Renacimiento. Reforma y Compañía de Jesús. Colonias. Rey Sol. — Siglo XVIII.

TOMO V

HISTORIA MODERNA

(CONTINUACIÓN)

Revolución. - Contra-revolución. - Nacionalidades. - Negros y Mujiks. - Internacionales.

HISTORIA CONTEMPORÁNEA

Población de la Tierra. — Reparto de los Hombres. — Latinos y Germanos. Rusos y Asiáticos.

ELÍSEO RECLUS

EL HOMBRE Y LA TIERRA

VERSIÓN ESPAÑOLA POR A. LORENZO

BAJO LA REVISIÓN DE ODÓN DE BUEN

La Geografía es la Historia en el Espacio, lo mismo que la Historia es la Geografía en el Tiempo.

TOMO SEXTO

HISTORIA CONTEMPORÁNEA
(Continuación)

INGLATERRA Y SU CORTEJO.
EL NUEVO MUNDO Y LA OCEANÍA. – EL ESTADO MODERNO.
LA CULTURA Y LA PROPIEDAD.
LA INDUSTRIA Y EL COMERCIO. – LA RELIGIÓN
Y LA CIENCIA. – EDUCACIÓN Y PROGRESO.



BARCELONA
ESCUELA MODERNA
596 – CALLE DE CORTES – 596
1909

ES PROPIEDAD



IMPRENTA ELZEVIRIANA
DE BORRÁS Y MESTRES
Rambla de Cataluña, 12
: : : BARCELONA : : :

HISTORIA
CONTEMPORÁNEA

(Continuación)



INGLATERRA Y SU CORTEJO

Irlanda es el buitre que devora el cuerpo del Prometeo británico.

CAPÍTULO V

Situación única de la Gran Bretaña. — Orgullo nacional. Guerra de los Boers. — Disminución relativa de los recursos industriales. — Ignorancia sistemática. Conservatismo religioso. — Supervivencias diversas. Reino Unido. — Bretaña mayor: Canadá, el Cabo y Australasia. Colonias de explotación. — Fidji, posesiones de África, Egipto, Etiopía. — India inglesa. — Tibet, Indo-China é Indonesia.

Los Ingleses, constituídos en Estado, se hallan actualmente en una situación que no ha tenido semejante en el mundo, porque nunca la población de una parte tan pequeña de la superficie terrestre ha tenido en sus manos los destinos de tan gran número de hombres repartidos sobre toda la circunferencia del globo. Cada movimiento de las islas Británicas, que la pequeña Inglaterra simboliza, tiene su repercusión en el mundo entero. La

vida de la nación se halla así doblada y determina una política contradictoria bajo ciertos aspectos, puesto que se trata al mismo tiempo de defender la insularidad feroz de la patria y de sostener relaciones cada vez más activas con las colonias, asegurándose de los medios de conquista y de dominación sobre tributarios diseminados en todas las partes de la Tierra. El Inglés patriota debe repetirse con toda convicción la palabra del Romano: «¡Acuérdate que has nacido para mandar á los pueblos!»

Es interesante ver la tranquila majestad con que los Ingleses, penetrados de su misión providencial, habían llegado á hablar de la infinita superioridad de su tarea, comparada con la de las otras naciones; sin embargo, preciso es decirlo, su lenguaje se moderó un poco durante la guerra del Transvaal, que tuvo por consecuencia demostrar á Inglaterra la insuficiencia de su instrumental militar relativamente á la grandeza de sus ambiciones. Pero aquellos tres años de lucha sólo representaron una pausa, y la Gran Bretaña, volviendo á su confianza, comienza de nuevo á decirse predestinada á la hegemonía del mundo: «Á los que creen que el imperio inglés es, después de la Providencia, el mayor instrumento del bien... se dedica este libro». Tal es la dedicatoria de la obra de un ex-virrey de las Indias. Asimismo, el famoso Cecil Rhodes, que ganó como jugando centenas de millones, dedicados por el mismo en su testamento al aumento de la influencia británica, sienta como principio absoluto, como punto de partida de su conducta: «Reconozco como un hecho que somos la primera raza del mundo, y que cuanto más espacio ocupemos más se beneficiará la humanidad».

Animada por el mismo espíritu, se fundó una sociedad de profesores, periodistas, diplomáticos y banqueros patriotas para constituir una orden sobre el modelo de la Compañía de Jesús, con el exclusivo objeto de aumentar la fuerza y el prestigio de la Gran Bretaña, como los Jesuítas se esforzaban en trabajar en el dominio de la Iglesia: se trataba de reconstruir la «Ciudad de Dios» en beneficio de los Ingleses, sus elegidos. Evidentemente, las colonias de lengua inglesa, Alto Canadá, el Cabo y Australasia formaban parte de la gran confederación proyectada; pero, además, la rama más poderosa de lo que tan falsamente se llama raza «anglo-sajona», la república de los Estados Unidos, debía entrar en la liga panbritánica, puesto que los ciudadanos que la componen hablan también la lengua inglesa. No obstante, una cuestión espinosísima surgió inmediatamente ante los ligueros: «¿A quién pertenece la hegemonía en la toma de posesión del mundo, á los Ingleses ó á los Americanos?» Indudablemente hubiera sido preferible que la antigua monarquía, ilustre durante tantos siglos, conservase la preeminencia y la dirección de los negocios, pero había de preverse que la joven nación de ultra-Atlántico, embriagada de orgullo, consciente de su irresistible potencia, no cedería á ningún precio el primer rango y había de querer sobreponerse hasta sobre su venerable abuela insular británica. Siendo esto así, el amor de la unidad anglo-sajona debiera dominar sobre toda cuestión de sentimiento, y por la misma exaltación de su patriotismo, los patriotas conjurados aceptaban de antemano que Inglaterra quedara reducida á una acción puramente provincial [1].

La liga de la «Más grande Bretaña» se dividía, sin embargo, en dos grupos distintos, cuya desunión debía producirse fatalmente en cuanto se hallaran envueltos en los acontecimientos. Los unos, la flor del pensamiento inglés, no veían en la presunta superioridad de la raza más que un aumento de sus deberes y de su responsabilidad: tenían por objeto elevar á los otros hombres á su altura moral y asegurar los progresos de toda especie en la inmensa alegría de la paz y de la libertad británica. Los otros, los *jingoes*, querían la anglicanización por la conquista y la servidumbre. Creyéndose los más fuertes, no se imponían más misión que emplear esa fuerza, y en caso necesario su astucia y su ferocidad, en la extensión de la potencia inglesa. El *raid* de Jameson, esa incursión hecha en plena paz en el territorio del Transvaal por una tropa armada (29 Diciembre 1895 — 2 Enero 1896), fué el motivo del profundo desacuerdo que se produjo inmediatamente en la gran iglesia del imperialismo. El gobierno oculto de la hegemonía mundial en pro de Inglaterra se halló roto, pero se reconstituirá probablemente bajo otras formas, porque el espíritu que le dió vida subsiste en toda

[1] W. T. Stead, *Autour du Testament de Cecil Rhodes*, «La Revue», 15 Mayo 1902.

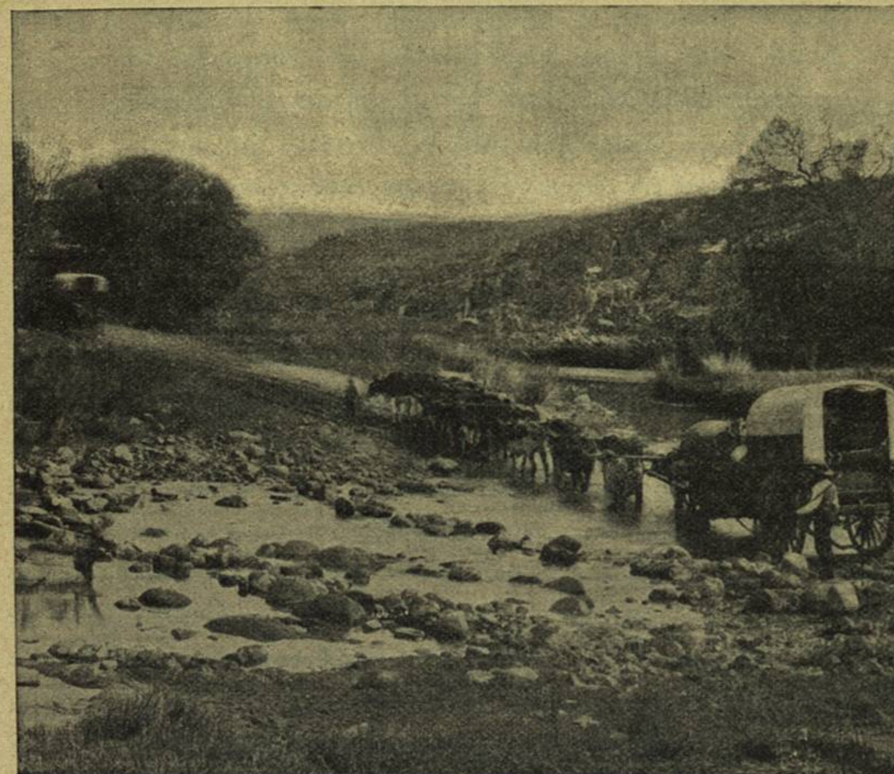
su ingenua intensidad. Causa admiración encontrar en cierta ciudad de Inglaterra [1] un edificio destinado á una biblioteca escogida que recibe para uso del público más de un centenar de periódicos y revistas de la Gran Bretaña y de las colonias, entre los cuales no se desliza una sola hoja, ni un solo documento que recuerde á los lectores la existencia de otro país que no sea Albión, de otro pueblo que no sea el pueblo inglés. En ese montón de literatura exclusivamente británica, no hay sitio para un periódico francés, alemán, italiano.

La confianza en sí, el bello aspecto de una vida sana y feliz, son ciertamente grandes ventajas que pueden conducir al cumplimiento de grandes acciones, pero ¿pero no está de más la adoración personal, y no han de ser fatales sus consecuencias cuando á esa misma adoración se añade frecuentemente una crasa ignorancia? La insularidad de Inglaterra se halla en el gran desdén que manifiestan los hombres de Estado y los administradores respecto á todo lo que especialmente interesa á las naciones extranjeras [2]; en su alto orgullo el pueblo inglés puede ignorar los demás pueblos y aun considerar como un mérito no descender hasta ellos. Es probablemente en Inglaterra donde el patriotismo toma su forma más delirante y más aguda, porque el insular, frío y grave en apariencia y cuidando de contenerse, tiene momentos de verdadero desenfreno. En Inglaterra, después de la victoria de Paardeberg (27 Febrero 1900), tan largo tiempo esperada, y sobre todo después de la liberación de Mafeking (17 Mayo 1900), se vió á los *gentlemen* de la Bolsa y de los bancos arremeter unos contra otros, locos de alegría, y desgarrarse y aplastarse mutuamente los vestidos y los sombreros, y en Oxford á los estudiantes encender hogueras donde echaban los muebles y hasta los libros [3].

Á esas demostraciones absurdas y locas corresponden formas ceremoniosas y de religiosa majestad. Los oficiales ingleses, después de la guerra de España (1705), brindan mutuamente en unos términos que no tienen semejanza en ninguna otra parte de las

[1] En Canterbury, por ejemplo, en 1903.
[2] W. Bagshot, *Constitution Anglaise*, p. 300.
[3] André Chevrillon, *Revue de Paris*, 15 Septiembre 1900, p. 360.

sociedades humanas: *Our men! Our women! Our swords! Our religion!* ¡Nuestros hombres! ¡Nuestras mujeres! ¡Nuestras espadas! ¡Nuestra religión! Puede decirse que, en la aristocracia inglesa, el noble llega sencillamente á no ver el mundo más que á través de la ilusión de su propia grandeza [1], y esto sin tomarse la molestia de reflexionar, por el sólo efecto de una rutina bien rimada y de pala-



Cl. J. Kuhn, edit.

ESCENA DEL PAÍS DE LOS BOERS

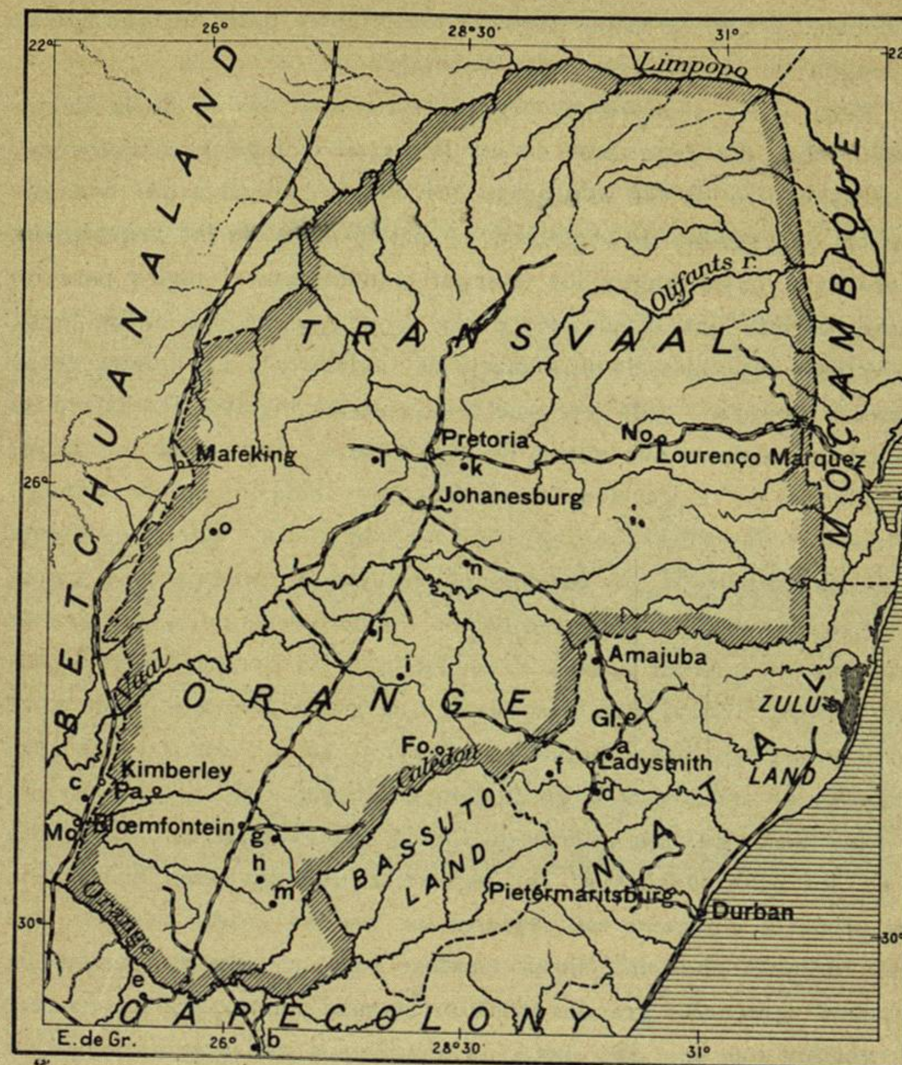
bras sacramentales solemnemente repetidas en la familia, en la escuela, en la iglesia, por las madres y los ancianos de cabellos blancos; el joven llega á caminar resueltamente con toda certidumbre de tener razón, con una seguridad perfecta, hasta cuando comete actos universalmente reprobados por la conciencia pública: realiza su obra, buena ó mala, con un sentimiento de orgullo que en él se con-

[1] André Chevrillon, *Revue de Paris*, 5 Septiembre 1900, p. 375 y siguientes.

funde con la idea del deber. Es natural que los Ingleses excedan á la mayoría de los otros pueblos en orgullo nacional. El medio inmediato — que es el que ejerce siempre mayor influencia, según la ley que exige que la atracción sea inversamente proporcional al cuadrado de la distancia — les induce á creerse superiores á los demás hombres; tiene su isla por morada, el rico palacio que rodean y que defienden las olas del mar y sus innumerables barcos, las «murallas de madera» de reminiscencia clásica; la soberbia ciudadela, desde hace siglos, viene siendo frecuentemente amenazada, pero jamás ha sido mancillada por la planta del enemigo. ¡Qué regocijo suscita la suerte que tuvo la «Armada Invencible!». ¿No tienen, además, el recuerdo de sus victorias, sobre todo el de las alcanzadas sobre sus más próximos vecinos, los Franceses? ¡Cuántas batallas felices durante la transcurrida serie de siglos! «Crécy, Poitiers, Azincourt, Ramillies, Malplaquet, Trafalgar, Waterloo!» Lista peligrosa para enseñar á los niños, porque cuando llegan á ser hombres creen que la guerra es la victoria siempre, y la victoria en país extranjero, sin que se arruine una cabaña inglesa, sin derribar siquiera un cercado inglés[1]. Después la adquisición gradual del imperio colonial, de tal modo formidable en el día, que su población es diez veces mayor que la del país dominador, ha hecho penetrar poco á poco en la mente de los Ingleses la idea de que tarde ó temprano absorberán el mundo entero. A su orgullo tranquilo de insulares super-humanos, se junta la conciencia de la dominación mundial, el «imperialismo», del que el fastuoso Disraeli, consagrando á la reina Victoria emperatriz de las Indias, fué el gran protagonista. Las fiestas del «jubileo», celebrando, en Junio de 1897, los sesenta años del dichoso reinado, fueron verdaderamente considerados por la mayoría de los espectadores como una ceremonia á la vez nacional y religiosa, en que la Providencia había intervenido de una manera manifiesta para dar á la reina una larga vida triunfante y asegurarle la preeminencia entre los soberanos! Hasta se imaginó que la república americana, con sus ochenta millones de habitantes, de quienes una costumbre de lenguaje hace

[1] Paul Mantoux, *Pages libres*, 22 Marzo 1902, p. 255.

N.º 521. Teatro de la guerra de los Boers.



Este mapa está á la escala de 1 á 7.500,000. — Los puntos abiertos indican victorias inglesas, los puntos cerrados derrotas inglesas. El sitio de algunos puntos (Nitral's neck, Vlakfontein, Tweebosch) no es muy seguro.

1899, 20 Octubre, victoria de Glencoe (Gl.); 1.º Noviembre, descalabro de Nicholson's neck (a); 28 Noviembre, victoria de Modderriver (Mod.); 10 Diciembre, derrota de Stormberg (b); 11 Diciembre, derrota de Maggersfontein (c); 15 Diciembre, derrota de Colenso (d); 31 Diciembre, derrota de Colesberg (e). — 1900, 24 Enero, abandono de Spion kop (f); 15 Febrero, liberación de Kimberley; 27 Febrero, victoria de Paardeberg (Pa.); 28 Febrero, liberación de Ladysmith; 31 Marzo, descalabro de Sannah's port (g); 12 Marzo, entrada en Bloemfontein; 4 Abril, descalabro de Reddersberg (h); 17 Mayo, liberación de Mafeking; 30 Mayo, descalabro de Lindley (i); 5 Junio, entrada en Pretoria; 7 Junio, descalabro de Roodeval (j); 11 Julio, descalabro de Nitral's neck (k); 21 Julio, victoria de Fouriesburg (Fo); 28 Agosto, victoria de Nooitgedacht (No); 13 Diciembre, descalabro de Magaliesberg (l); 29 Diciembre, pérdida de Helvetia (m). — 1901, 29 Mayo, descalabro de Vlakfontein (n). — 1902, 7 Marzo, descalabro de Tweebosch (o); 31 Mayo, firma de la paz en Pretoria.

otros tantos «Anglo-Sajones», se asociaba espontáneamente al gran homenaje, y que la unión quedaba hecha entre todos los que hablan la lengua de Wellington y de Washington.

Pero, como siempre, el orgullo marchaba delante de la devastación. Las dos repúblicas de los Boers, el Orange y el Transvaal, situadas dentro de las posesiones británicas, habitadas por una población que recibía de Inglaterra la mayor parte de los artículos de consumo y cuya lengua iba desapareciendo ante el inglés para no conservar más que el carácter oficial, ¿por qué no habían de reconocer esas repúblicas la supremacía de Inglaterra y englobarse en su inmenso dominio, toda vez que los capitales ingleses les hacían el honor de explotar sus minas de oro y de edificar sobre sus pozos y galerías de extracción la ciudad espléndida de Johannesburg? Faltas incontestables, una invasión en plena paz, una escandalosa injusticia perpetrada por los tribunales ingleses, produjeron el efecto de exasperar el ardor guerrero de los «imperialistas de la más grande Bretaña», á quienes pesaba el recuerdo de la derrota de Amajuba (27 Febrero 1881), que puso fin á una guerra de dos meses y no tuvieron reposo hasta después de haber forzado á los Boers á presentarles un ultimatum largo tiempo esperado.

Sin embargo, esa guerra no fué lo que se creía en los salones y en los cafés-conciertos; fué algo más que un paseo militar. Á los primeros cincuenta mil Ingleses fué preciso añadir cincuenta mil más, después cien mil, hasta emplear todo el ejército disponible, enviar á centenares grandes transportes, más municiones, provisiones y caballos que los que jamás se expidieron en ningún tiempo, y eso hasta fué nueva causa de alegría y de orgullo: ¡jamás pueblo alguno pudo trasladar de un hemisferio á otro tantos hombres y tanto material con tales flotas y al precio de tantos millones de millones! Verdad es que semejante esfuerzo no fué intentado jamás; pero no lo fué impunemente. La más rica de las naciones pudo aventurarse á tan formidables dispendios, pero fué á costa de abandonar todos los demás asuntos, para dedicarse únicamente á vencer una resistencia verdaderamente maravillosa, que, según la palabra histórica del personaje más importante entre los Boers, había de «admirar al mundo». Y ocurrió que durante esos años de lucha y

de ansiedad tuvieron lugar grandes acontecimientos — especialmente la guerra de China —, generadores de otros acontecimientos considerables que los hombres de Estado habrían previsto é influído previamente en la dirección de sus intereses nacionales. En tal caso, Inglaterra, desprevenida, no pudo hacer, sino que dejó pasar, una después de otra, las ocasiones de pronunciar una palabra decisiva, y esa abstención forzada ha tenido por resultado inevitable privar



Cl. Champagne.

EL PUENTE DEL FORTH VISTO DESDE EL SUDESTE

La separación de eje en eje de los tres pilares metálicos, el medio de los cuales reposa sobre un islote rocoso, es de 598 metros; con los viaductos de aproximación, la longitud del puente alcanza 2,400 metros.

á la Gran Bretaña de su prestigio, potencia moral que no es nada en sí, pero que hace más que doblar la verdadera potencia. ¡Cuántas veces, aun sin batalla, la gloriosa fama ha bastado para alcanzar la victoria!

Otros signos precursores, aun en la misma Gran Bretaña, mostraron á los patriotas más obtusos y más tenaces que la hegemonía del mundo se le ha escapado á su gobierno, y que ahora se trata de procurar que la nación no sea distanciada por alguna rival. No hace muchos años era una especie de axioma entre los economistas que la isla inglesa debía poseer la primacía industrial, porque sus

otros tantos «Anglo-Sajones», se asociaba espontáneamente al gran homenaje, y que la unión quedaba hecha entre todos los que hablan la lengua de Wellington y de Washington.

Pero, como siempre, el orgullo marchaba delante de la devastación. Las dos repúblicas de los Boers, el Orange y el Transvaal, situadas dentro de las posesiones británicas, habitadas por una población que recibía de Inglaterra la mayor parte de los artículos de consumo y cuya lengua iba desapareciendo ante el inglés para no conservar más que el carácter oficial, ¿por qué no habían de reconocer esas repúblicas la supremacía de Inglaterra y englobarse en su inmenso dominio, toda vez que los capitales ingleses les hacían el honor de explotar sus minas de oro y de edificar sobre sus pozos y galerías de extracción la ciudad espléndida de Johannesburg? Faltas incontestables, una invasión en plena paz, una escandalosa injusticia perpetrada por los tribunales ingleses, produjeron el efecto de exasperar el ardor guerrero de los «imperialistas de la más grande Bretaña», á quienes pesaba el recuerdo de la derrota de Amajuba (27 Febrero 1881), que puso fin á una guerra de dos meses y no tuvieron reposo hasta después de haber forzado á los Boers á presentarles un ultimatum largo tiempo esperado.

Sin embargo, esa guerra no fué lo que se creía en los salones y en los cafés-conciertos; fué algo más que un paseo militar. Á los primeros cincuenta mil Ingleses fué preciso añadir cincuenta mil más, después cien mil, hasta emplear todo el ejército disponible, enviar á centenares grandes transportes, más municiones, provisiones y caballos que los que jamás se expidieron en ningún tiempo, y eso hasta fué nueva causa de alegría y de orgullo: ¡jamás pueblo alguno pudo trasladar de un hemisferio á otro tantos hombres y tanto material con tales flotas y al precio de tantos millones de millones! Verdad es que semejante esfuerzo no fué intentado jamás; pero no lo fué impunemente. La más rica de las naciones pudo aventurarse á tan formidables dispendios, pero fué á costa de abandonar todos los demás asuntos, para dedicarse únicamente á vencer una resistencia verdaderamente maravillosa, que, según la palabra histórica del personaje más importante entre los Boers, había de «admirar al mundo». Y ocurrió que durante esos años de lucha y

de ansiedad tuvieron lugar grandes acontecimientos — especialmente la guerra de China —, generadores de otros acontecimientos considerables que los hombres de Estado habrían previsto é influído previamente en la dirección de sus intereses nacionales. En tal caso, Inglaterra, desprevenida, no pudo hacer, sino que dejó pasar, una después de otra, las ocasiones de pronunciar una palabra decisiva, y esa abstención forzada ha tenido por resultado inevitable privar



Cl. Champagne.

EL PUENTE DEL FORTH VISTO DESDE EL SUDESTE

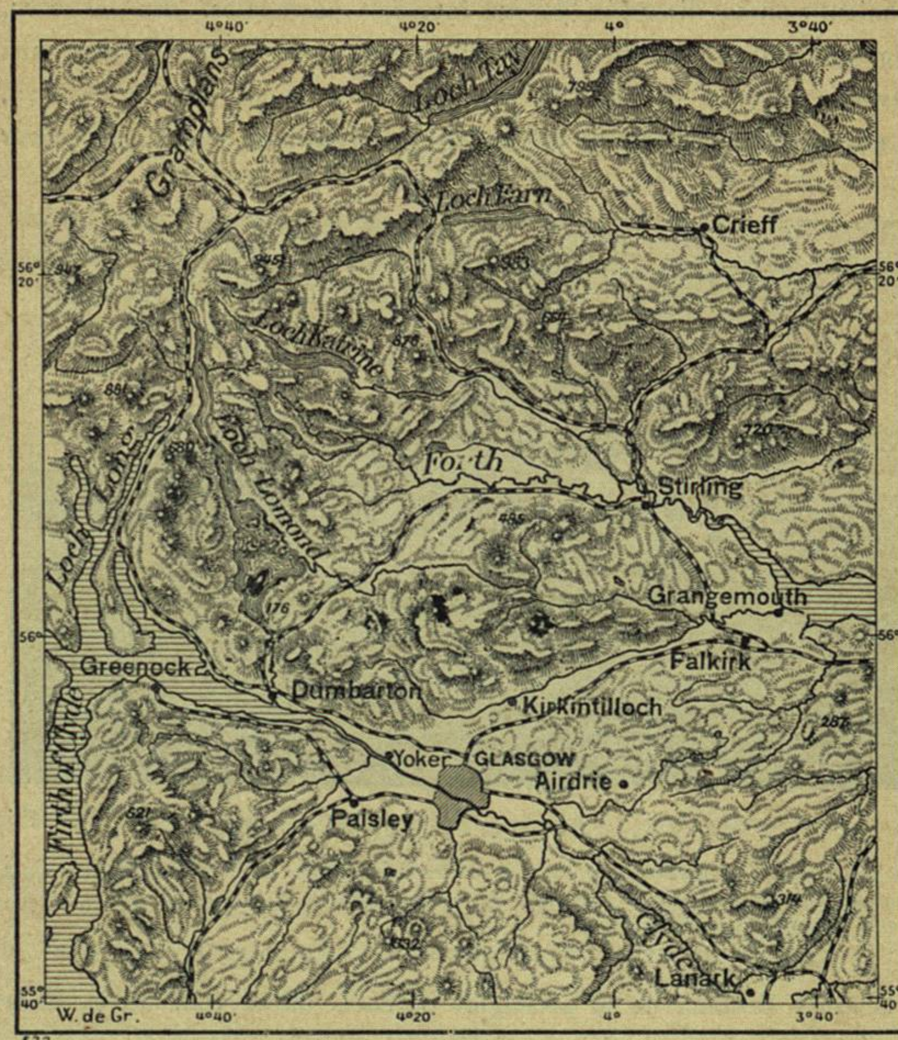
La separación de eje en eje de los tres pilares metálicos, el medio de los cuales reposa sobre un islote rocoso, es de 598 metros; con los viaductos de aproximación, la longitud del puente alcanza 2,400 metros.

á la Gran Bretaña de su prestigio, potencia moral que no es nada en sí, pero que hace más que doblar la verdadera potencia. ¡Cuántas veces, aun sin batalla, la gloriosa fama ha bastado para alcanzar la victoria!

Otros signos precursores, aun en la misma Gran Bretaña, mostraron á los patriotas más obtusos y más tenaces que la hegemonía del mundo se le ha escapado á su gobierno, y que ahora se trata de procurar que la nación no sea distanciada por alguna rival. No hace muchos años era una especie de axioma entre los economistas que la isla inglesa debía poseer la primacía industrial, porque sus

minas de carbón, es decir, sus fuerzas motrices, eran muy superiores á las de toda otra comarca; pero todo ha cambiado. Inglaterra no

N.° 522. Istmo de Escocia.



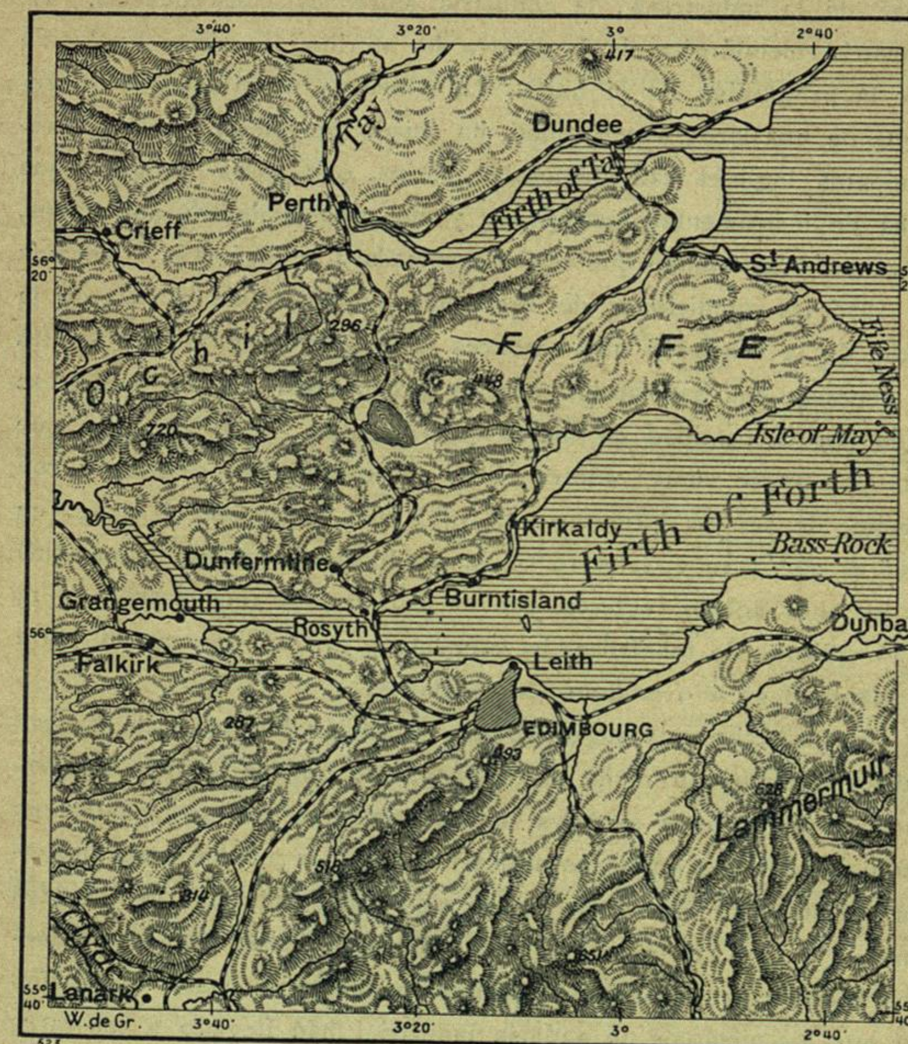
El mapa n.° 522 está á la misma escala que el de la página 19.
Hay dos principales proyectos de trazado para el canal marítimo transescocés, uno por Grangemouth, Kirkintilloch y Yoker, el otro que pasa por Stirling y termina en el Clyde por bajo de Dumbarton, siguiendo de cerca la línea del ferrocarril que une esas ciudades. En ambos casos el nivel superior del canal estaría á la altura de unos 30 metros.

está ya á la cabeza de las naciones por la producción de la hulla [1]. Desde el año 1899 ha sido excedida por los Estados Unidos, que

[1] Véase diagrama: Producción de la hulla, en el capítulo *La Industria y el Comercio*.

ya en 1903 produjeron 120 millones de toneladas más que Inglaterra, y se prevé que pronto Alemania y después China la distanciarán á su vez como países carboníferos, puesto que sus minas son

N.° 523. Estuarios orientales de Escocia.



de explotación más fácil y su mano de obra más barata. Inglaterra tuvo, por las rocas de Cornwales, los monopolios mineros del cobre y del estaño, perdidos hace ya mucho tiempo; el de la hulla, mucho más importante en el equilibrio mundial, se le escapa á su vez. Por

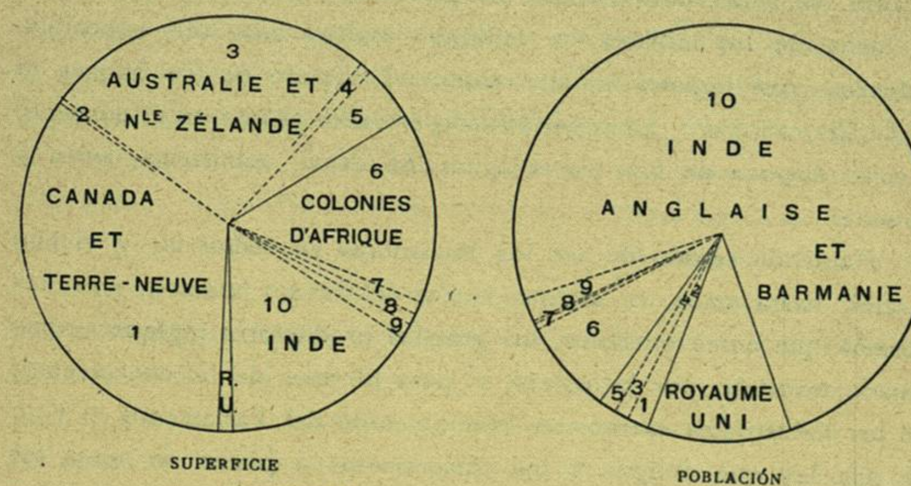
sí sola tuvo la Gran Bretaña la mitad de la producción hullera de todo el planeta; en la actualidad no tiene más que la cuarta parte, con tendencia constante á la disminución.

Y ocurre un fenómeno mucho más grave aún: si disminuye el «pan de la industria», la industria sufre las consecuencias. La industria metalúrgica de Inglaterra ha sufrido la misma evolución que la producción de la hulla. La confianza en sí mismo, procedente de una larga superioridad, ha dejado prevalecer en los procedimientos ingleses tan deplorable rutina que, para designar una mina de instrumental insuficiente y de procedimientos anticuados, dicen los Westfalianos que está «explotada á la inglesa»[1]. Todavía en 1875 las fundiciones de Inglaterra suministraban al mundo la mitad de la fundición que entonces se empleaba, y los fabricantes se repetían con satisfacción que la prosperidad de un pueblo se mide por la cantidad de hierro que consume; pero he aquí que esta palabra se vuelve contra ellos, puesto que han cesado, y con mucho, de ser los primeros: en 1885 sólo producían el 37 %, en 1895 el 26 %, en 1903 el 19 %; la producción de la fundición salida de los altos hornos ingleses, que en esos treinta años pasaba de 13 á 46 millones de toneladas, ha aumentado apenas una cuarta parte y apenas llega á 9 millones de toneladas.

Es un hecho muy sugestivo que la nación iniciadora de la gran industria manufacturera en el continente de Europa se haya estacionado en la rutina y se haya dejado adelantar por sus rivales, en genio inventivo y en sabias aplicaciones de los nuevos procedimientos industriales. No solamente ha sido distanciada por los Estados Unidos, que en cierto modo puede considerar como nación perteneciente á su tipo especial de civilización, sino que causa admiración ver que los ejemplos de audacia industrial han llegado á ser raros en la Gran Bretaña y parten principalmente de Alemania, de Francia, de Suiza y hasta de otros países menos adelantados de Europa. La industria británica por excelencia, la que le permitió durante mucho tiempo cantar su propia gloria: «*Britannia, rule the wares!*», esa industria está singularmente amenazada. No quiere esto decir

[1] Paul de Rouziers, *Revue de Paris*, 15 Septiembre 1900.

que los constructores del Clyde y de otros talleres británicos no sean aún los mayores y los más importantes; pero, si los barcos son de procedencia insular, pueden pasar á manos extranjeras. Precisamente ya se ha dado el caso: un golpe de bolsa, que trastornó repentinamente todos los mercados del mundo, compró por cuenta de América tan gran número de flotas comerciales pertenecientes á compañías inglesas, que, á pesar de las mentiras del fisco y de las



La Bretaña mayor y las colonias inglesas

Países emancipados: 1. Potencia del Canadá; — 2. Terranova; — 3. Federación (Commonwealth) de Australia; — 4. Nueva Zelanda; — 5. El Cabo, Natal, Orange y Transvaal.

Colonias de explotación: 6. Africa (Niger, Sudán, Uganda, Zambesia, etc.); — 7. América (Guyana, Jamaica, etc.); — 8. Oceanía; — 9. Asia (Ceilán, Borneo, etc.); — 10. India y Birmania.

Según la ficción diplomática, Egipto no está comprendido en el imperio Británico; su superficie equivale á casi la de los teritorios agrupados en 5, y su población á la de los enumerados en 3, 4 y 5.

inscripciones oficiales, el primer rango para el tonelaje de los barcos y para los beneficios de la navegación pasó por cierto tiempo á los Estados Unidos. Además, los célebres paquebots transatlánticos del puerto de Liverpool se vieron excedidos en dimensiones y en velocidad por otras unidades flotantes construídas por los Alemanes. Inglaterra sufrió por ello gran contrariedad, pero el hecho brutal existe, y sus consecuencias representando un retroceso relativo son inevitables.

Sin embargo, la Gran Bretaña continúa siendo la primera en concepto de las «unidades de combate», y la supervivencia de las preocupaciones antiguas gobierna á las gentes con tal poder, que la

nación inglesa no quiere admitir en manera alguna que su flota militar pueda ser nunca inferior á la de otra nación, ni siquiera á las flotas reunidas de dos naciones que pudieran aliarse en el mar. Sin embargo, ha debido ceder en sus exigencias: quería que su flota igualase la de todos los demás Estados del mundo: esta ambición es ya imposible, y si otros Estados tan ricos en recursos como la Gran Bretaña, tales como el imperio Germánico y los Estados Unidos, se dejan llevar, como es probable, á veleidades análogas, la lucha de los millares de millones acabará por ser imposible. Además, ¿qué importa en este asunto el número de los buques ni el de los cañones? La superioridad pertenece al que en el momento preciso dispone de una nueva aplicación naval, submarina, aérea y flotante.

Habiendo cesado de ser los iniciadores en industria, y viendo rivales, hasta amos, en algunas ramas del trabajo humano, entre los mismos que antes iniciaron, los grandes productores ingleses se han dejado arrastrar por la cólera, y para librarse de la concurrencia de los industriales extranjeros han obtenido del Parlamento el voto de una ley que obligue á los comerciantes á poner en venta los objetos de fabricación alemana con esta incripción bien legible: *Made in Germany;* pero esa precaución fué perjudicial para los que la adoptaron sin cuidar al mismo tiempo de mejorar su producción. La etiqueta con que se contaba desviar los compradores les atrajo, por el contrario, porque constituía una doble recomendación: la baratura y la perfección.

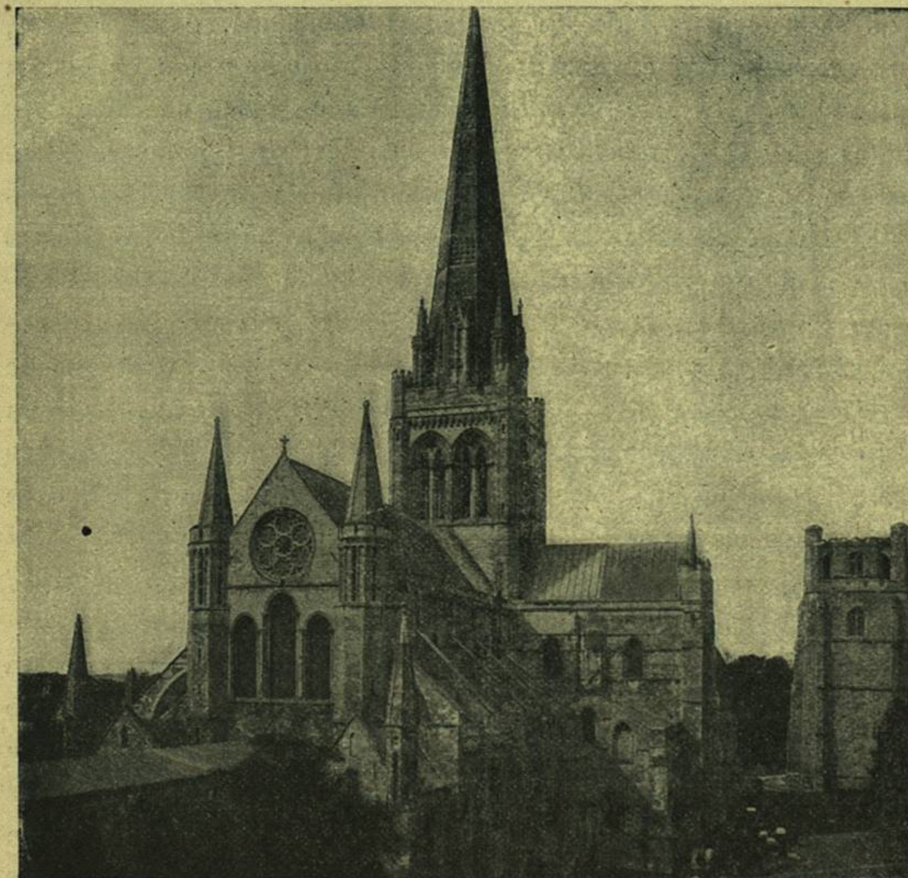
Es evidente que para luchar con éxito contra rivales bien preparados, es necesario prepararse mejor todavía, y desembarazarse de toda herramienta y artefacto antiguos, para reemplazarlo por un material nuevo, sistemáticamente arreglado según los adelantos de la ciencia; pero hasta ahora, los hombres de buen sentido que predican la renovación metódica de los artefactos ingleses son acogidos con una aprobación condicional: se les escucha, hasta se les aplaude, pero al mismo tiempo se busca toda clase de malas razones para permanecer en la rutina. Tómese como ejemplo el retraso de más de un siglo empleado por la enseñanza británica en la adopción del sistema métrico, tan claro, tan maravilloso y definitivo en

el manejo de las unidades de diversas dimensiones, contra el sistema tradicional de los pesos y medidas, con sus divisiones desiguales por series de cuatro, seis, ocho, doce y dieciséis, de veinte y veintiuno, de treinta y seis, de ochenta y cuatro y hasta de números fraccionarios. Parece que por esas divisiones desiguales de todo lo que se cuenta y mide se haya querido, no facilitar la tarea de los que se ocupan del inventario de las riquezas, sino al contrario, embrollar á los compradores en sus cálculos y darse como vendedores mayor ventaja en los beneficios. Hubo un tiempo, en efecto, en que el comercio tenía su hieratismo, sus fórmulas exteriores para el público y sus cifras secretas para el mercader, todo un embolismo de sorpresas en que el cándido del exterior se dejaba engañar inevitablemente. Ahora ya no hay misterios, el niño inglés ha de estudiar á pesar suyo esa logomaquia, y en ello emplea lo mejor de su tiempo, con gran detrimento de tantos otros estudios que no tiene tiempo de abordar. Además, los mil pequeños problemas de comercio y de droguería que se le han planteado, lo mismo que las mil historias é historietas ridículas que se le han referido según los santos anales del pueblo elegido, no son á propósito para abrirle una vía recta hacia el conocimiento de la verdad en la Naturaleza y en el hombre. Tal ha sido, sin embargo, la tenacidad de esa forma de enseñanza retardataria transmitida por los Ingleses á sus primos de los Estados Unidos, donde también el sistema métrico, destinado á triunfar un día, puesto que facilita el estudio y las relaciones entre los hombres, va conquistando muy lentamente las escuelas, las oficinas y las universidades.

En virtud de ese mismo espíritu mezquinamente conservador, los Ingleses permanecen sujetos á las observancias de sus iglesias respectivas, aunque los dogmas oficiales hayan sido abandonados de hecho y que se atreva ya nadie á insistir sobre los milagros, que antes constituían el gran argumento, ni predicar la eternidad de las penas, que eran antes el eje sobre que giraba la elocuencia sagrada. Las estadísticas, formadas con cuidado escrupuloso por el diario *Daily News* en 1903, han establecido la proporción de los fieles, hombres y mujeres, y esos cuadros prueban que la sociedad, tomada en su conjunto, es aún completamente cristiana por las formas exte-

riores, por la «respetabilidad» que se aplica al hecho de frecuentar un lugar consagrado á las horas de costumbre. Tal es la forma principal que reviste en Inglaterra ese fenómeno ético tan importante llamado «capilaridad social» por Arsenio Dumont. La visita dominical de la iglesia da en gran parte á la sociedad inglesa su carácter aristocrático. La iglesia anglicana, heredera de la iglesia católica en el Reino Unido, tuvo en todo tiempo un aspecto feudal y hace todo lo que puede para conservarle. Inmediatamente después de la conquista de Inglaterra por los Normandos, los prelados á quienes se distribuyeron las sillas episcopales y las ricas abadías se instalaron como señores territoriales en el país conquistado. Comenzaron por edificarse suntuosos palacios, rodeados de murallas almenadas, y casi en todas partes el conjunto de los edificios eclesiásticos, castillos y catedrales, capítulos y decanatos, ocupaban vastísima extensión con plaza de armas interior, patios, cementerios y jardines, distantes de la ciudad; burgueses y proletarios ven de lejos las torres de la catedral, por lo que en aquel tiempo habían de atravesar puertas almenadas para ir á rezar bajo las bóvedas de sus iglesias. Todavía en Canterbury, la ciudad primacial, no se entra en el atrio sagrado, adornado con grandes árboles y flores, sino después de haber pasado por corredores donde se hubiera podido arrojar aceite hirviendo y plomo derretido sobre la cabeza de los visitadores, y en el recinto comprendido por esas torres de defensa se hallaba la residencia de todos los altos prebendados de la Iglesia. Aquellas prácticas eran completamente diferentes de las del continente, donde las catedrales, nacidas en el corazón mismo de la ciudad, en el centro de su actividad, en el cruce de las grandes vías, han sido edificadas, no por obispos mitrados ó prelados guerreros, sino en medio del pueblo mismo constructor que se reunía en cuerpos de oficio en sus propias capillas, adornadas con sus obras maestras. Casi en todas partes las casas rodeaban las inmediaciones de la iglesia y se incorporaban con ella. Después de la Reforma, que se hizo en Inglaterra bajo la cubierta de una ficción, la continuidad perfecta en la consagración de los objetos y la organización de la Iglesia, los prelados conservaron sus palacios, sus territorios, sus pingües prebendas y permanecieron como antes fuera

del pueblo. Vióse sobre todo en las partes de la comarca donde las poblaciones no fueron arrastradas en el movimiento del protestantismo, en la Escocia gaélica, en Irlanda, en el país de Gales: los grandes feudatarios eclesiásticos llegaron á ser allí puros



Cl. J. Kuhn, edit.

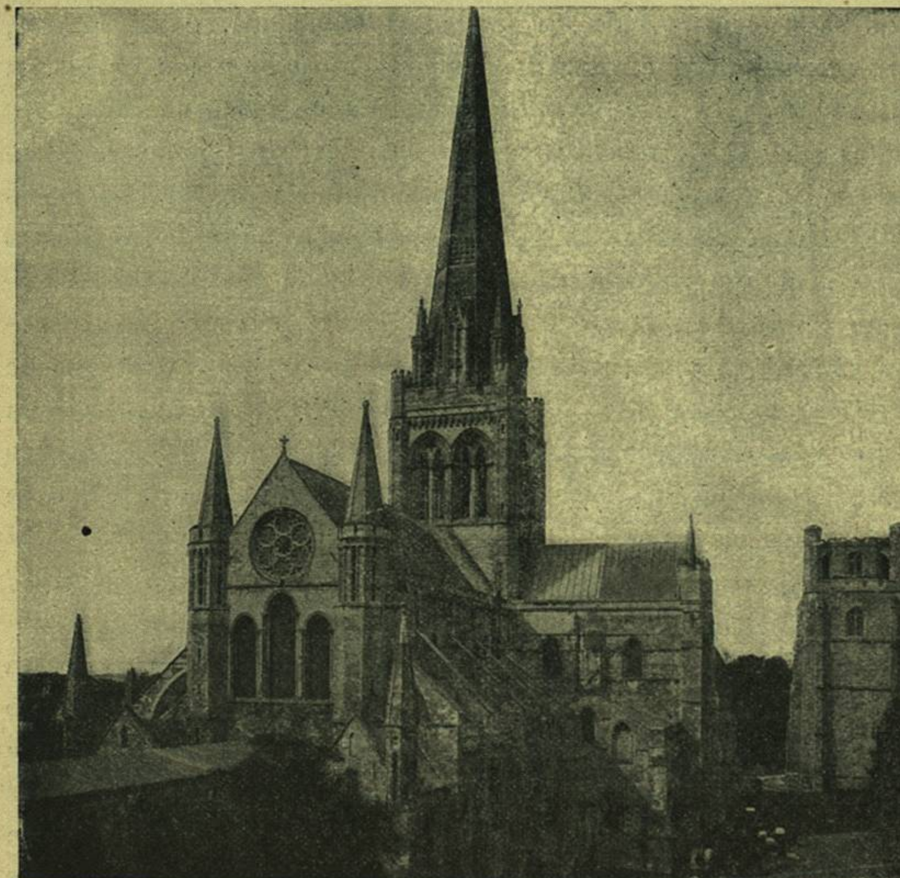
CATEDRAL DE CHICHESTER

Esta catedral ha solido utilizarse como cárcel; cierta parte de ella había sido construida para ese objeto, con paso secreto, puerta maciza, etc. La catedral se caracteriza por su campanario aislado.

dominadores extranjeros, que hasta repugnaban respirar el mismo aire vital que sus despreciados y odiados súbditos y derrochaban en las capitales el producto de los diezmos cobrados á la fuerza; entre los supuestos dueños espirituales y los fieles, entre los pastores y los rebaños debía existir un foso de separación completa. La masa del pueblo oprimido buscaba otros intérpretes cerca de la divinidad, sea

riores, por la «respetabilidad» que se aplica al hecho de frecuentar un lugar consagrado á las horas de costumbre. Tal es la forma principal que reviste en Inglaterra ese fenómeno ético tan importante llamado «capilaridad social» por Arsenio Dumont. La visita dominical de la iglesia da en gran parte á la sociedad inglesa su carácter aristocrático. La iglesia anglicana, heredera de la iglesia católica en el Reino Unido, tuvo en todo tiempo un aspecto feudal y hace todo lo que puede para conservarle. Inmediatamente después de la conquista de Inglaterra por los Normandos, los prelados á quienes se distribuyeron las sillas episcopales y las ricas abadías se instalaron como señores territoriales en el país conquistado. Comenzaron por edificarse suntuosos palacios, rodeados de murallas almenadas, y casi en todas partes el conjunto de los edificios eclesiásticos, castillos y catedrales, capítulos y decanatos, ocupaban vastísima extensión con plaza de armas interior, patios, cementerios y jardines, distantes de la ciudad; burgueses y proletarios ven de lejos las torres de la catedral, por lo que en aquel tiempo habían de atravesar puertas almenadas para ir á rezar bajo las bóvedas de sus iglesias. Todavía en Canterbury, la ciudad primacial, no se entra en el atrio sagrado, adornado con grandes árboles y flores, sino después de haber pasado por corredores donde se hubiera podido arrojar aceite hirviendo y plomo derretido sobre la cabeza de los visitadores, y en el recinto comprendido por esas torres de defensa se hallaba la residencia de todos los altos prebendados de la Iglesia. Aquellas prácticas eran completamente diferentes de las del continente, donde las catedrales, nacidas en el corazón mismo de la ciudad, en el centro de su actividad, en el cruce de las grandes vías, han sido edificadas, no por obispos mitrados ó prelados guerreros, sino en medio del pueblo mismo constructor que se reunía en cuerpos de oficio en sus propias capillas, adornadas con sus obras maestras. Casi en todas partes las casas rodeaban las inmediaciones de la iglesia y se incorporaban con ella. Después de la Reforma, que se hizo en Inglaterra bajo la cubierta de una ficción, la continuidad perfecta en la consagración de los objetos y la organización de la Iglesia, los prelados conservaron sus palacios, sus territorios, sus pingües prebendas y permanecieron como antes fuera

del pueblo. Vióse sobre todo en las partes de la comarca donde las poblaciones no fueron arrastradas en el movimiento del protestantismo, en la Escocia gaélica, en Irlanda, en el país de Gales: los grandes feudatarios eclesiásticos llegaron á ser allí puros



Cl. J. Kuhn, edit.

CATEDRAL DE CHICHESTER

Esta catedral ha solido utilizarse como cárcel; cierta parte de ella había sido construída para ese objeto, con paso secreto, puerta maciza, etc. La catedral se caracteriza por su campanario aislado.

dominadores extranjeros, que hasta repugnaban respirar el mismo aire vital que sus despreciados y odiados súbditos y derrochaban en las capitales el producto de los diezmos cobrados á la fuerza; entre los supuestos dueños espirituales y los fieles, entre los pastores y los rebaños debía existir un foso de separación completa. La masa del pueblo oprimido buscaba otros intérpretes cerca de la divinidad, sea

entre los herederos de la antigua fe católica, sea entre las sectas innovadoras; verdaderos rebeldes, hijos de los que durante el período de la Revolución no temieron tocar á la persona del rey, llegaron hasta una disidencia completa y dieron á su comunidad religiosa formas republicanas, á veces hasta igualitarias. Alguna secta se desembarazó de los sacerdotes, del ritual, de la liturgia, para reconstituirlas á veces bajo nuevos aspectos y con exigencias más rígidas. De todos modos, el espíritu de independencia y, lo que es más, el de rebeldía, penetró en esas capas populares, frecuentemente perseguidas ó á lo menos oprimidas de diversas maneras y siempre consideradas como sospechosas. Entre los disidentes se reclutan los enemigos de la aristocracia de los palacios, fatalmente cómplice de la aristocracia de iglesia. Aunque las ceremonias oficiales se celebran todavía en gran parte bajo la cubierta de la iglesia anglicana, haciendo creer así en la superioridad numérica de los fieles de esa confesión, entre sus disidentes se hallan los más activos y sus manifestaciones de la vida religiosa son las que se efectúan con mayor ardimiento; también hacia ese lado se inclina el centro de gravedad del movimiento político general. Sin embargo, todo enfriamiento de celo tiene por consecuencia conducir la secta hacia un tipo convencional parecido al de la iglesia establecida, la que dispone de una estampilla aristocrática. ¿No se ve al «Ejército de Salvación», reclutado especialmente en el elemento popular y que afecta hallarse especialmente compuesto de réprobos, libertinos y borrachos, constituirse militarmente con un cuerpo de oficiales, con sus correspondientes jefes y generales? La gran ambición de los Ingleses es llegar á *gentleman*, y debe hacerse constar que verdaderamente muchos han llegado á serlo, procedentes en mayor número de la clase de obreros y campesinos, que de la de ricos ociosos.

La fidelidad á las supervivencias, que se manifiesta en la conservación escrupulosa de las antiguas formas de culto cuando ya el fondo ha desaparecido, se encuentra en igual grado en los ritos de tradición monárquica. Trajes de la Edad Media, fórmulas incomprensibles en un supuesto francés normando, ademanes cuyo sentido simbólico se discute por los arqueólogos, forman un conjunto que se une á las ceremonias reales, y todos los comparsas oficiales

se conforman con ellas con religioso escrúpulo. Además, son tan numerosas en Inglaterra las supervivencias de toda edad y de toda clase, que el observante más meticuloso de las tradiciones se pierde



Cl. P. Sellier.

UN CONGRESO DEL «EJÉRCITO DE SALVACIÓN» PASANDO POR LAS CALLES DE LONDRES

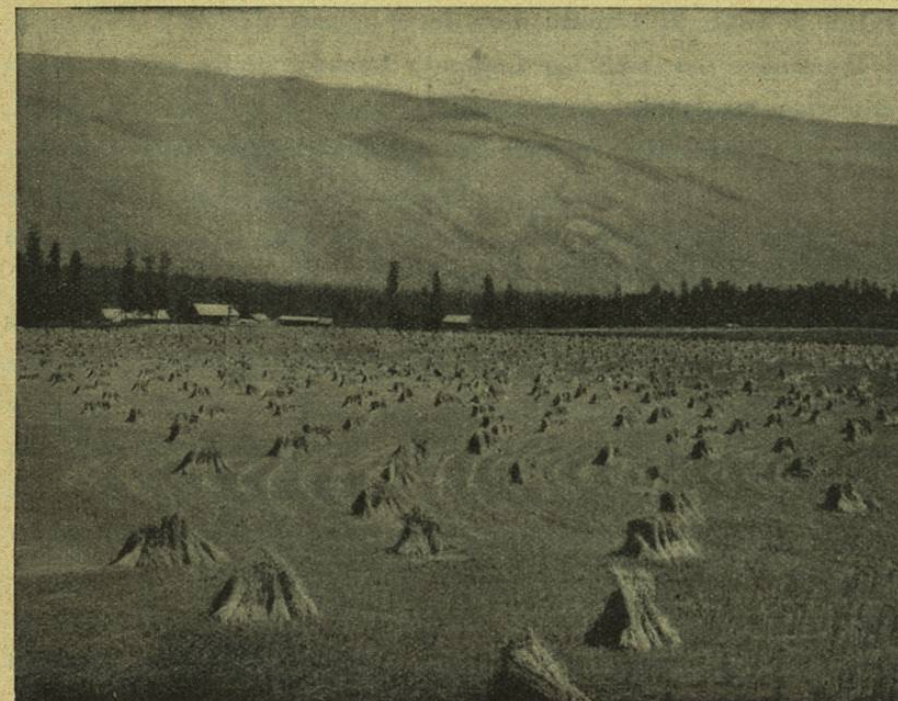
entre ellas, y se limita á respetarlas, sin poder conformarse con todas, puesto que son contradictorias: viejas constituciones están en oposición directa con reglamentos de otros orígenes, y que, según los lugares y los individuos, se modifica su observancia. En la

mayor parte de las grandes ciudades, la confusión creada por los precedentes, que se entrecruzan siguiendo las diversas tradiciones y jurisdicciones municipales, produce un caos tal, que los habitantes ignoran con frecuencia á qué legislación local han de obedecer, porque pertenecen á diversos barrios cuyas fronteras se remontan y se entrecruzan: hay tantas divisiones particulares como intereses diferentes; autoridades religiosas, administraciones fiscales tienen cada una jurisdicción separada con «enclaves» y «exclaves»; las aguas, el alcantarillado, los puertos y la policía tienen sus resortes respectivos, y ningún jurisconsulto, sin un largo estudio y una inspiración adivinatoria, puede reconocer todas sus complicaciones. La misma Londres ha quedado hasta cierto punto reconocida como ciudad autónoma, independiente de la Gran Bretaña, puesto que todavía en nuestros días, su *Lord-maire* y sus *aldermen* toman parte, con derecho ficticio, en la proclamación del nuevo soberano. Hasta el siglo XIV, en concepto jurídico, la ciudad estaba constituída en Estado distinto, porque «la paz del rey», proclamada en su recinto, no se extendía al resto del reino [1]. Con frecuencia hubo de intervenir el Parlamento para desvanecer todo un pasado de obstáculos imposibles de acomodar á los fenómenos siempre nuevos de la vida contemporánea; pero suele tocarse á los abusos con mano tan respetuosa y tan discreta, que siempre quedan huellas de la antigua institución entre los que el jurista astuto puede hallar los elementos de algún hermoso pleito de esos que pueden prolongarse veinte y hasta cien años.

Esta tendencia poderosamente conservadora, vista por su lado bueno, ha valido á los Ingleses su extendida reputación de gran «sentido práctico», á prueba de todas las fantasías modernas, de todas las utopías geniales. Los reformistas, numerosísimos en Inglaterra, luchan con prudente reserva contra tal ó cual abuso. Decididos á no caer en el idealismo, á rechazar las fórmulas abstractas, limitan ó empequeñecen su campo de acción y muchos de ellos se fijan en un solo problema, político, higiénico ó social: cuestión del pan barato, de la vacuna ó de las enfermedades contagiosas. Al apasionarse por un hecho, no siempre tratan de relacionarle con los

[1] Francis Palgrave; — Ernest Nys, *Recherches sur l'Histoire de l'Economie politique*, páginas 35, 36.

otros hechos del mismo orden para estudiar los orígenes comunes ó deducir análogas consecuencias. Todo Inglés inteligente es necesariamente más ó menos socialista, por filantropía ó por convicción, y procura serlo únicamente sobre un punto estrictamente determinado; innovador para una idea, puede denominarse y creerse resuelto conservador en sus principios. ¿No se ha visto varias veces los con-



UNO DE LOS GRANEROS DE INGLATERRA: GRANJA DE LA COLOMBIA BRITÁNICA

gresos de las Trades-Unions, formados con delegados de siete ú ochocientos mil trabajadores, votar en pro de la toma de posesión colectiva de los instrumentos de trabajo, aunque el epíteto de «socialista» hubiera sido seguramente rechazado por la gran mayoría de los votantes?

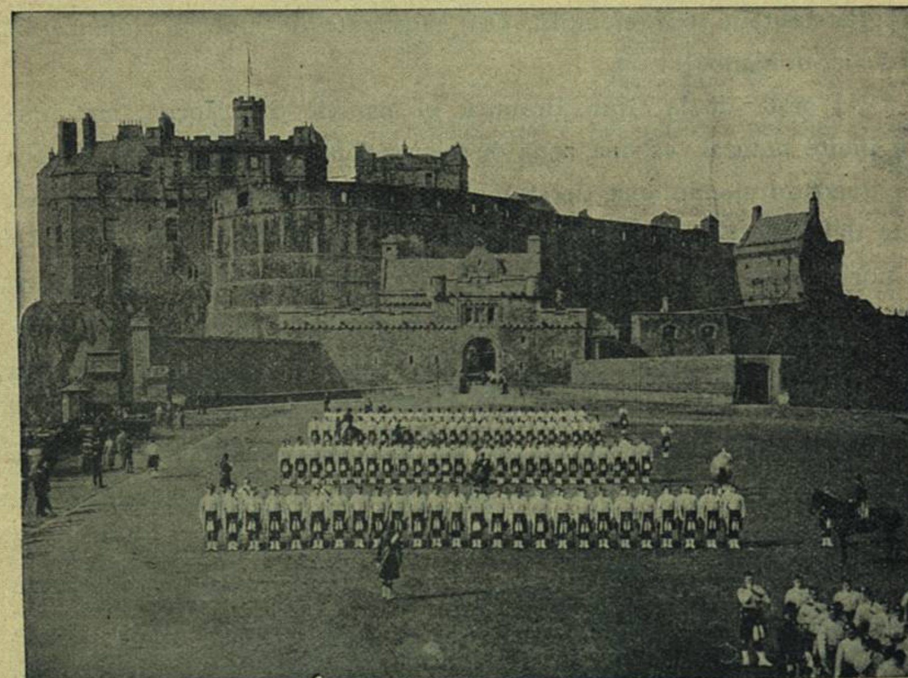
Cualquiera que sea el valor positivo de su reputación de hombres prácticos, los Ingleses, no obstante, se han mostrado, en cierto concepto, los más imprevisores de todos los pueblos. Véase: en el curso de la primera mitad del siglo XIX, deliberadamente abandonaron la mejora y hasta puede decirse el uso de su propio suelo, para

dedicarse ante todo á la industria y al comercio. Su situación, absolutamente preponderante en aquella época, no les permitió considerar el caso en que otros pueblos estarían en estado de amenazar sus líneas de comunicación marítima. Ningún pueblo como el de la Gran Bretaña ha de satisfacer necesidades nutritivas, y ninguno es menos capaz que él para satisfacerlas con el producto de su agricultura. Para no citar más que un artículo de primera necesidad, el trigo, la producción insular apenas alcanza á 18 ó 20 % del consumo. Las colonias inglesas, Canadá, India y Australasia suministran otro tanto, y el resto se compra á los Estados Unidos, la Argentina, etc. De ahí la necesidad que tiene Inglaterra de asegurar, cueste lo que cueste, la libre circulación de su flota comercial. Se necesita una larga evolución para que el suelo inglés sea utilizado como puede serlo.

Si el respeto de las tradiciones hace á los mismos reformistas cuidadosos conservadores de una parte del edificio que se ha de demoler, al menos el respeto á los precedentes ha tenido la feliz consecuencia de suministrar un asilo casi siempre seguro á los proscriptos y á los emigrados políticos del continente. Gracias á su espléndido aislamiento, la Gran Bretaña podía permitirse permanecer desdeñosamente indiferente á los acontecimientos de Europa, y acoger lo mismo á los reyes destronados que á los escapados de presidio. Después de 1848, después del golpe de Estado, después de la *Commune* y en otras muchas ocasiones, republicanos, socialistas y anarquistas rechazados de todas partes, que en los reinos de tierra firme habían viajado de cárcel en cárcel, y que la misma Suiza expulsaba hipócritamente bajo un pretexto cualquiera, todos esos réprobos hallaban asilo en Inglaterra, no porque viese en ellos mártires de una noble causa, sino porque la orgullosa nación quería ignorar los odios y rencores de los gobiernos extranjeros. Sin duda la multitud de los desterrados y refugiados había de sufrir el alto desdén de la mayor parte de quienes les permitía pisar el suelo de la isla, habiendo de temer además las maquinaciones de una policía hábil en la invención de absurdos complots, pero podían á veces contraer buenas amistades y, con su sola presencia, dar á la personalidad de Inglaterra un valor moral superior. Sobre el suelo bri-

tánico, y con el concurso de hermanos ingleses, se fundaron los diversos grupos de solidaridad política y social de donde salió el movimiento decisivo de la Internacional.

Dividida ya en dos clases hostiles como todos los otros países del mundo de civilización capitalista, el Reino Unido no ha terminado



UN BATALLÓN DE HIGHLANDERS EN LA EXPLANADA DEL CASTILLO DE EDIMBURGO

aún completamente su unidad política. Irlanda es todavía refractaria á la dominación inglesa; Escocia, relativamente próspera, que aumenta en población y en riqueza, apenas hace oposición más que en palabras y sólo tiene entusiasmo patriótico para los recuerdos; pero en el presente le es muy conveniente hallarse en la vanguardia para la iniciativa y la actividad en las diversas empresas; hasta en Londres la colonia escocesa tiene empeño en ser la primera en el trabajo como en el buen éxito. En cuanto á los Escoceses de raza gaélica pura de las «altas tierras» del Norte, han sido más que diezmados por las guerras: en primer lugar por el exterminio directo cuando los Stuart hicieron vanas tentativas para reconquis-

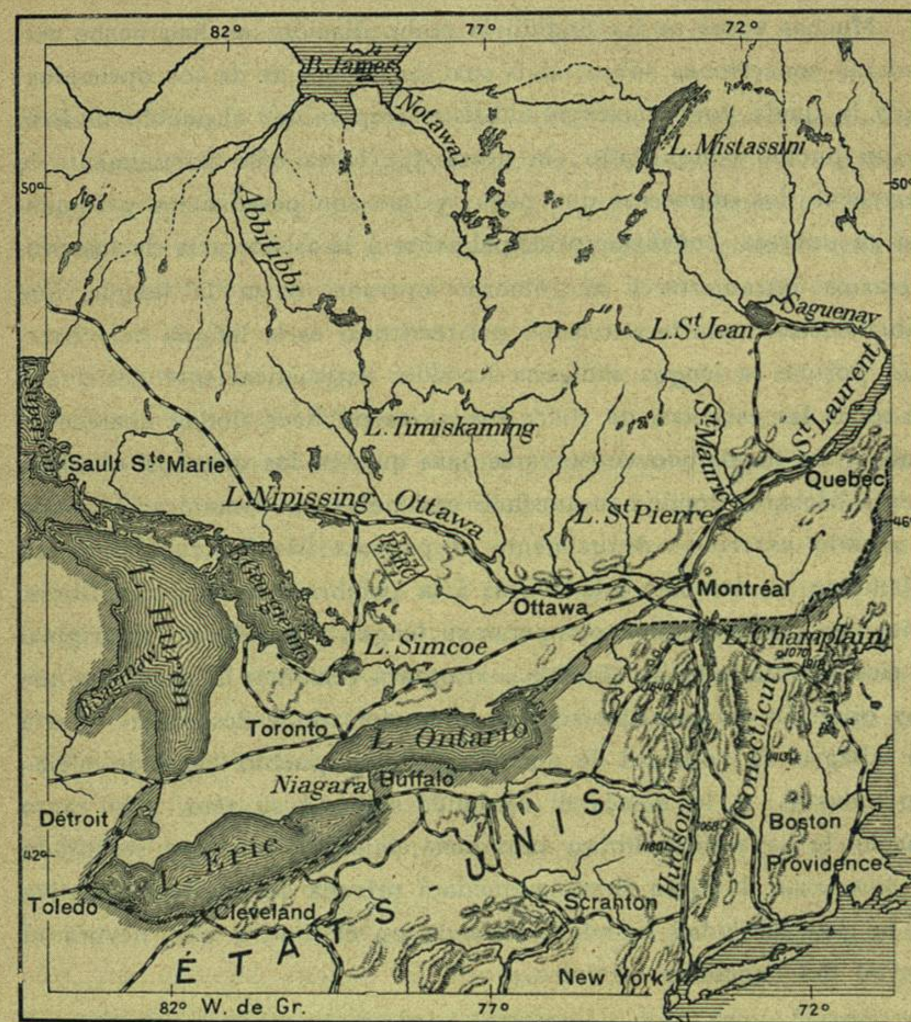
tar el trono, y, después de aquella época, por la aduladora y funestísima distinción que les concedieron los soberanos de Inglaterra, colocándolos en primera fila para hacerles morir en su servicio. Vestidos con el más bello uniforme militar, los Highlanders se ven obligados á ser los más bravos, y lo son en efecto; la estadística de las batallas demuestra que en los combates se distinguen por la mayor proporción de los muertos [1], y en la guerra sud-africana, en Maggersfontein, por ejemplo, ese excedente de muerte violenta fué todavía doblado.

Al oeste de la Gran Bretaña, el mar de San Jorge, más que un límite natural, es una zona de separación. No solamente Irlanda ha quedado siendo una tierra materialmente distinta de la gran isla que tiene á oriente, sino que es, por la voluntad de sus habitantes y por el espíritu nacional, rebelde á la unión política proclamada hace siglos. Odianse de una parte y de otra, aunque los cruzamientos de raza hayan sido realmente tan numerosos que sería ya imposible establecer los orígenes familiares, tan grande ha sido el número de colonos ingleses que se han domiciliado en Irlanda y tantos inmigrantes Irlandeses han buscado fortuna en Inglaterra. Pero sean cuales fueren las mezclas desde el punto de vista de la sangre, el clima, el suelo y todo el medio de la «verde Erin» obran sobre los insulares con tanta energía, que el Irlandés nativo, aunque sea de origen anglo-sajón y puramente inglés por la lengua, la cultura y las relaciones con el resto del mundo, no deja de ser un enemigo natural de los Ingleses y reivindica la independencia política de Irlanda, arrebatada á sus compatriotas de elección por sus propios antepasados. Por otra parte los Ingleses sienten un odio instintivo, un desdén espontáneo hacia el *Paddy*, más pobre que ellos, que halla en los más humildes barrios de sus ciudades: para reaccionar contra esa antipatía natural, el hombre inteligente necesita hacer un esfuerzo de voluntad. Se comprende fácilmente que así sea, considerando que los Ingleses, como nación, tienen sobre sí culpas hereditarias respecto de Irlanda, calificada casi irónicamente de «Isla hermana»; y el ofensor detesta siempre al ofendido. Y

[1] Patrick Geddes, *Notas manuscritas*.

sin embargo, ¡cuánto debe Inglaterra á su despreciada vasalla! ¡Cuán frecuentemente ha debido admirar el entusiasmo y la facundia de los oradores de ultra-canal, qué tesoros de elocuencia ha

N.º 524. Canadá Oriental.



1 : 10 000 000

0 100 250 500 Kil.

prodigado el genio de los Sterne, de los Swift, de los Sheridan enriqueciendo la literatura inglesa, y cuántas batallas ganadas por el espíritu batallador de los Irlandeses! He aquí el testimonio que ofrece Wellington: «Á los católicos irlandeses debemos principal-

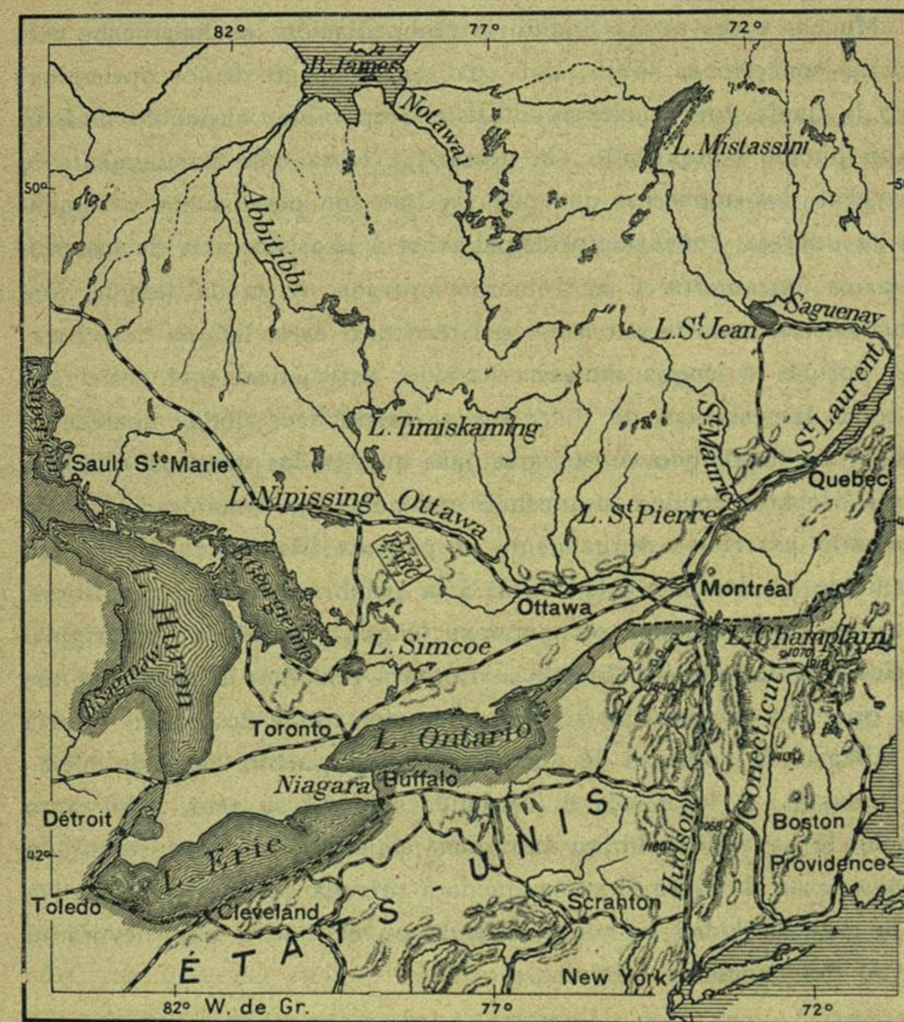
tar el trono, y, después de aquella época, por la aduladora y funestísima distinción que les concedieron los soberanos de Inglaterra, colocándolos en primera fila para hacerles morir en su servicio. Vestidos con el más bello uniforme militar, los Highlanders se ven obligados á ser los más bravos, y lo son en efecto; la estadística de las batallas demuestra que en los combates se distinguen por la mayor proporción de los muertos [1], y en la guerra sud-africana, en Maggersfontein, por ejemplo, ese excedente de muerte violenta fué todavía doblado.

Al oeste de la Gran Bretaña, el mar de San Jorge, más que un límite natural, es una zona de separación. No solamente Irlanda ha quedado siendo una tierra materialmente distinta de la gran isla que tiene á oriente, sino que es, por la voluntad de sus habitantes y por el espíritu nacional, rebelde á la unión política proclamada hace siglos. Odianse de una parte y de otra, aunque los cruzamientos de raza hayan sido realmente tan numerosos que sería ya imposible establecer los orígenes familiares, tan grande ha sido el número de colonos ingleses que se han domiciliado en Irlanda y tantos inmigrantes Irlandeses han buscado fortuna en Inglaterra. Pero sean cuales fueren las mezclas desde el punto de vista de la sangre, el clima, el suelo y todo el medio de la «verde Erin» obran sobre los insulares con tanta energía, que el Irlandés nativo, aunque sea de origen anglo-sajón y puramente inglés por la lengua, la cultura y las relaciones con el resto del mundo, no deja de ser un enemigo natural de los Ingleses y reivindica la independencia política de Irlanda, arrebatada á sus compatriotas de elección por sus propios antepasados. Por otra parte los Ingleses sienten un odio instintivo, un desdén espontáneo hacia el *Paddy*, más pobre que ellos, que halla en los más humildes barrios de sus ciudades: para reaccionar contra esa antipatía natural, el hombre inteligente necesita hacer un esfuerzo de voluntad. Se comprende fácilmente que así sea, considerando que los Ingleses, como nación, tienen sobre sí culpas hereditarias respecto de Irlanda, calificada casi irónicamente de «Isla hermana»; y el ofensor detesta siempre al ofendido. Y

[1] Patrick Geddes, *Notas manuscritas*.

sin embargo, ¡cuánto debe Inglaterra á su despreciada vasalla! ¡Cuán frecuentemente ha debido admirar el entusiasmo y la facundia de los oradores de ultra-canal, qué tesoros de elocuencia ha

N.° 524. Canadá Oriental.



prodigado el genio de los Sterne, de los Swift, de los Sheridan enriqueciendo la literatura inglesa, y cuántas batallas ganadas por el espíritu batallador de los Irlandeses! He aquí el testimonio que ofrece Wellington: «Á los católicos irlandeses debemos principal-

mente nuestra gran superioridad en la carrera de las armas, y á ellos soy deudor de los laureles con que os habéis complacido coronar mi frente». Al conducir á *Paddy* á la conquista del mundo, Inglaterra aseguraba á la vez su propia gloria y la tranquilidad en los miserables campos de Irlanda.

Muchas veces se ha fingido la reconciliación; se han hecho verdaderas concesiones sobre tal ó cual de las quejas de los oprimidos; pero la queja por excelencia subsiste irreparable: el pueblo de Erin es un pueblo conquistado; la tierra que labra sólo parcialmente le pertenece: los impuestos que paga, y que son pesadísimos y aumentan su pobreza, benefician principalmente á la aristocracia de los propietarios extranjeros y al gobierno opresor; hasta la lengua que habla en casi toda la extensión del territorio es la lengua del vencedor, porque la lengua indígena ha sido sistemáticamente desterrada de todas las escuelas, de todos los sitios públicos donde aparece el amo, y no ha podido conservarse más que en los distritos relativamente bárbaros donde han quedado casi nulas las comunicaciones con el mundo exterior. Actualmente el patriota irlandés reivindica, no solamente su derecho á la tierra, á la palabra y á la acción libres, sino que quiere también recuperar su lengua y estudia en el original la rica literatura de los abuelos. ¿Logrará remontar la pendiente que una opresión varias veces secular le ha forzado á descender? Sería un milagro de voluntad de que ningún otro pueblo ha dado ejemplo todavía. A lo menos el oprimido sujeta á su amo, y en tanto que no le haya devuelto su autonomía, mientras no haya recobrado su *home-rule*, la Gran Bretaña quedará privada de su libre iniciativa en la gran actividad mundial. Irlanda es el buitre que devora el cuerpo del Prometeo británico.

No reconciliada todavía con la población de la isla vecina, la Gran Bretaña procura formar una nación con sus «hijas», las colonias exparcidas por el mundo. Los patriotas ambicionan la unión de todos esos países en una estrecha federación constituyendo una «Bretaña mayor», tipo de nacionalidad como el mundo no ha visto aún y que al menos tendría la incontestable superioridad de reposar únicamente sobre la libre participación de las naciones interesadas.

La gran encina extendería su sombra sobre toda la tierra, arraigada en el suelo de los continentes y de las islas. Esta unión sería tanto más bella cuanto que sucedería á una verdadera independencia política de cada una de esas colonias alejadas de la metrópoli. Aunque todavía unidas de nombre á la potencia que las fundó, ni las provincias canadienses, ni las colonias de los mares australes son gobernadas por el Parlamento que se reune en Westminster: en realidad, á pesar del nombre de colonias, son Estados independientes. La munificencia de Inglaterra, que deja con benévola gracia á algunas de sus posesiones el ejercicio de su autonomía, se ha considerado como efecto de una admirable prudencia política; más sencillo y verdadero sería reconocer el caso como testimonio de la necesidad de las cosas, porque el gobierno inglés no podría obrar de otro modo sin peligro de fracaso en que perdería el Canadá y los diversos Estados federados desde 1901 en una «commonwealth» australiana, como perdió las colonias americanas del litoral atlántico. Para permanecer en la verdad, basta alabar la prudencia de los hombres de Estado que han sabido conformarse tranquilamente con el destino. Una nación que sólo dispone de un corto ejército, nada puede contra otra nación moralmente unida, y que al privilegio de ser protegida por la enormidad de las distancias, junta el de poseer un territorio inmenso, grandes recursos locales y la conciencia de su fuerza.

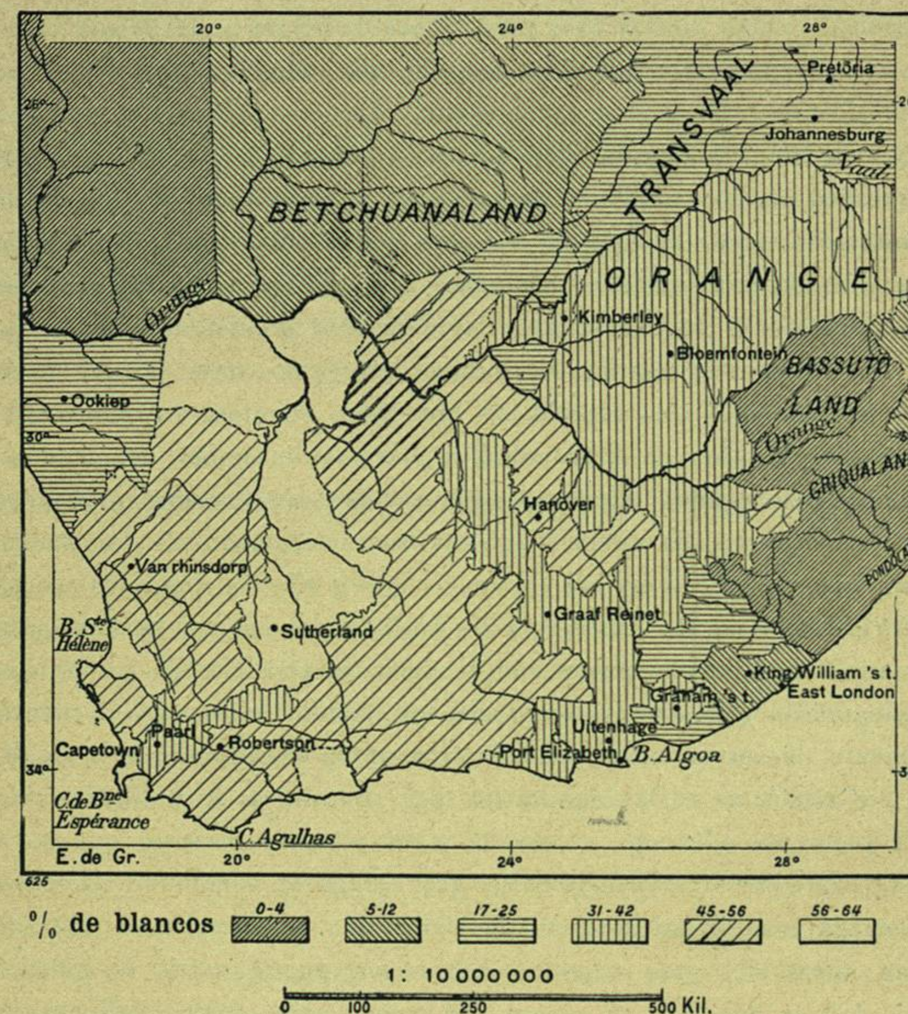
Las colonias poderosas son, pues, deudoras de su independencia á su propio valor moral. Se gobiernan por sí mismas porque pueden hacer frente á los erigidos en amos, pero emplean una singular cortesía en sus relaciones con la nación que ejerce el señorío feudal. Así, por ejemplo, cuando las diversas partes del Canadá se constituyeron en Estados, pidieron graciosamente á la reina Victoria que les indicara el sitio de su capital, y el lugar en que actualmente se eleva la ciudad de Ottawa les fué designado por un gesto real. Sin embargo, el inmenso territorio conocido desde entonces con el nombre de «Potencia» ó «Dominion», sólo depende de Inglaterra de una manera efectiva por el sostenimiento de dos pequeñas guarniciones, una sobre la orilla oriental, en Halifax, otra sobre la costa del Pacífico, en Esquimault; además un personaje decorativo repre-

senta Su Majestad el soberano cerca del Parlamento. En Australia, en la Nueva Zelanda, colonias casi completamente británicas por el origen de su población, la unión simpática con la madre patria es mucho menos cordial que en el Canadá, donde la vecindad de los Estados Unidos crea una situación especial, y las formas de la dominación inglesa pueden ser consideradas como puramente simbólicas.

Muy diferente es lo que sucede en las colonias del Africa meridional, donde, sin hablar de los Hindus y de los Chinos «ajustados» para el trabajo de las minas, el problema de las razas se presenta en toda su gravedad y la autonomía de las dos colonias del Cabo y de Natal reviste peligros especiales. En el inmenso territorio que se extiende desde el Cabo hasta la cuenca del Zambeze es la población algo más de un millón de habitantes y pertenecen á dos razas que separan algunos siglos de evolución divergente y el recuerdo de cien años de luchas y de daños causados recíprocamente: de un lado los descendientes de los colonos holandeses, Afrikanders y Boers, del otro los Ingleses y Escoceses de inmigración reciente. Los unos son campesinos y agricultores, los otros, atraídos por los yacimientos de oro y de diamantes, son mineros, industriales, comerciantes y constructores de ciudades; ninguna simpatía común — excepto el odio á los negros — une á esos trabajadores entremezclados por las necesidades de la vida. Al lado de ese millón de hombres, formando dos poblaciones de la misma importancia numérica, viven cinco ó seis millones de negros, Bantus inteligentes, que se han dado cuenta *de visu* de la fuerza y de la debilidad de sus dominadores. ¿Cómo no ha de desarrollarse en ellos la idea del «ethiopianismo», el Africa para las razas indígenas? Ese ideal, nacido entre los negros de los Estados Unidos, es insensato por el momento, pero, bajo formas nuevas, interesará á las generaciones venideras. Además, ¡qué tentación para los blancos, que poseen hoy la fuerza, explotar y asesinar á su antojo esos aborrecidos Cafres! Una iniciativa demasiado grande dejada á los colonos del Africa austral no dejaría de provocar injusticias más graves que aquellas de que los Ingleses se han hecho culpables respecto de los Boers. De hecho, el gobierno de la Gran Bretaña se ve obligado á entretener todavía una parte considerable de su ejér-

cito en Africa para vigilar á los Boers vencidos, á los Afrikanders con veleidades de independencia, á los Cafres oprimidos y asegurar

N.° 525. Composición étnica del Africa del Sud.



Las estadísticas dan la cifra global de los blancos nacidos en las colonias sin diferenciar entre Afrikanders é Ingleses. Entre los inmigrantes blancos admira contar 21,000 Rusos en el Cabo y en el Transvaal.

Entre la población de color, son notables los Hotentotes; en número de 90,000, no forman más del 20 % de los habitantes que hay en los distritos de Vanrhynsdorp (31,82 %), Sutherland, Ookiep (Namaqualand) y Hanover. Los Asiáticos (Hindus, Malayos, Chinos) son poco numerosos fuera de las ciudades del Cabo, de Port-Elizabeth, Kimberley y Johannesburg.

la «paz británica», hasta contrariando á sus compatriotas. Estas colonias sud-africanas no representan, pues, para Inglaterra un

aumento de fuerza, antes por el contrario, amenazan convertirse en una nueva y lejana Irlanda.

Tomadas en su conjunto, las verdaderas colonias británicas, es decir, las comarcas de la Tierra donde se han establecido en permanencia y como dueñas unas poblaciones de origen y de idioma ingleses, no representan por el número de sus individuos una parte tan considerable del mundo como podría hacerlo suponer la atención que se les presta en la historia contemporánea; esas colonias apenas exceden de doce millones de hombres, y están lejos de alcanzar la centésima parte del género humano, pero aprovechan el prestigio que les da el valor de su comercio, la autoridad de su industria, su omnipresencia por los viajes y la solidaridad política con Inglaterra, que, en caso necesario, les hubiera protegido antes por el envío de sus barcos. Una especie de organismo nervioso ha aumentado además el valor de esas colonias entre las naciones del mundo: durante la segunda mitad del siglo XIX la Gran Bretaña, gradual y silenciosamente, ha unido á su flota otro instrumento de dominación mundial uniendo á su isla la mayor parte de sus dependencias de Africa, de Asia, de Australia y de América por una red de hilos submarinos que, recientemente aún, le daba las primicias de las noticias telegráficas y le subordinaba todos los pueblos á los que el conocimiento de los hechos lejanos llegaba antes desnaturalizado y falso.

Grandísima es la importancia del continente Australiano desde el punto de vista de su acción, y la potencia material que da á Inglaterra por la influencia moral que agrega en el mundo á la forma llamada «anglo-sajona» de la civilización. Australia es una de las ramas del gran trípode «británico» puesto sobre el mundo. Verdad es que por su escasa población, unos cuatro millones de hombres en 1905, no puede compararse con la Gran Bretaña y la América del Norte; pero ha de considerarse aquí, menos el número de los individuos que las dimensiones y la situación geográfica del territorio, su posición dominante en todo el mundo oceánico, en el centro del inmenso hemiciclo de las costas continentales. Australia es, por la lengua y por el modo de cultura anglo-sajona, un centro de radiación, lo mismo que Inglaterra y que los Estados Unidos. Gracias á Australia y á Nueva Zelanda, viajeros ingleses que

parten de Liverpool ó de Southampton pueden emprender la circunnavegación de la Tierra no deteniéndose más que en puertos británicos: Capetown ó Aden, Melbourne ó Colombo, Durban ó Sydney, Port-Stanley (Falkland ó Malouines) ó Santa Elena, pudiendo imaginarse que el inglés es la lengua del género humano. Es una ilusión, mas por lo mismo es un peligro, pero aumenta su audacia.

Las dudas crueles y persistentes recientemente experimentadas por el gobierno inglés en su empresa sud-africana, le obligaron á volverse suplicante hacia sus colonias pidiéndoles un apoyo moral y hasta contingentes de tropas y material de guerra. Conmovidas por este llamamiento que establecía á los ojos del mundo su creciente importancia política, y seducidas en gran parte por la fascinación siempre poderosísima del patriotismo pan-británico, las colonias autónomas se apresuraron á responder favorablemente á las peticiones de la madre patria; sin embargo, faltó mucho para que igualaran proporcionalmente los sacrificios de la misma Inglaterra y de la colonia del Cabo, vecina inmediata del teatro de la guerra: además esos sacrificios no fueron gratuitos, porque la metrópoli hubo de comprarlos muy caros, primeramente por una alta paga — el sueldo del voluntario colonial es cinco veces más elevado que el del *Tommy* inglés —, después por privilegios comerciales y hasta por una participación directa en la gerencia de los intereses comunes.

Aunque al principio del siglo XX la población total de las seis[1] «colonias» que se administran por sí mismas, representa solamente la quinta parte de los Ingleses del mundo entero, aunque algunos de esos Estados emancipados sólo agrupan una ínfima población — 200,000 habitantes de Terra Nova, 60,000 blancos en Natal (1901) —, esta fracción relativamente mínima de la «mayor Bretaña» ha recibido su parte de atribución en el consejo de la gran asociación: Ottawa, Melbourne, Wellington, Capetown, Saint-John, Pietermaritzburg participan ya, mucho más de lo consignado oficialmente, del derecho de iniciativa con el gabinete de Saint-James y el parlamento de Westminster. Á la política inglesa sucede la acción pan-británica, más lenta, más compleja, no más especialmente europea, pero dirigida por intereses mundiales.

[1] Ocho, desde que se reconoció oficialmente la independencia al Transvaal y al Orange (1907).

Es natural que toda evolución histórica exceda su objeto: los personajes á quienes los acontecimientos han elevado como protagonistas del cambio, impulsados por la pasión de la idea que les anima, exageran su valor y tratan de hacer de ella una panacea para todos los males presentes y futuros. Pareció bueno y hasta indispensable, durante el período de ansiedad, recurrir á la colaboración de las colonias, y éstas, ganando diariamente en población y en recursos financieros y militares, prometiéronse para el porvenir una ayuda igualmente eficaz contra un poderoso rival, tal como Alemania, Rusia ó la República americana. Más aún: ¿no se podría preparar de antemano esta alianza ofensiva y defensiva en las relaciones comerciales esperando que pueda realizarse en los conflictos militares? Tal es el proyecto que los políticos han concebido y que parece haber seducido á los patriotas más ardientes. Pero esta idea, si hubiera de ser acogida por la Gran Bretaña y sus colonias, ¿no constituiría el más violento retroceso de toda la historia moderna de Inglaterra, una especie de traición hacia un pasado glorioso, el que había colocado á la nación inglesa en situación incomparable entre todas las de la Tierra como campeón de un movimiento de cambio, si no «libre», al menos libertado de muchas trabas y que confiere una especie de apostolado á los continuadores de la obra de Cobden? Verdad es que las colonias inglesas serían utilísimas asociadas en el comercio pan-británico; pero, por importantes que sean, no pueden tener la pretensión de igualar todo el resto del mundo.

Además, la tendencia natural de cada una de las colonias consiste en desarrollar su autonomía conforme á las condiciones especiales que le ha hecho su ambiente particular. La Tierra no se ha vuelto aún tan pequeña por efecto de la penetración mutua de las ideas y de los intereses para que el Canadá, el Cabo y la Australia, que se lanzan impetuosamente adelante en la vida, se sientan verdaderamente unas con su antigua madre de Europa: después de las demostraciones de amistad y de ternura, se prestan nuevamente á la tendencia natural que les inclina á seguir su propia vía, á desprenderse de su generadora. La unidad nacional entre metrópoli y colonias conservará todavía mucho tiempo su carácter religioso y tradicional, pero nada les impedirá afirmarse en manifestaciones di-

vergentes. Ya ha cambiado todo, y, cuando se ha atravesado el Atlántico ó el Pacífico, se reconoce fácilmente que «las Nuevas Inglaterras» apenas se parecen á la antigua.

N.° 526. Densidad de población de la Australasia.



La densidad de población es casi inversamente proporcional á la dimensión de los cuadrados que cubren los territorios habitados; es decir, cada cuadrado representa de doce á quince mil habitantes.

La denominación Australasia comprende la Australia, la Nueva Zelanda, las islas Fidji, la Papuasia inglesa y las islas intermediarias.

P. M. en Papuasia = Port-Moresby. Véase pag. 46.

Tomemos Australia como ejemplo; Australia, cuyo primer destino fué el de simple exutorio de las cárceles del Reino Unido. Cuando se hizo evidente que aquel lugar de deportación se convertía también en una colonia de población, la aristocracia inglesa, que hacía entonces la ley en el Parlamento británico, imaginó toda una

Es natural que toda evolución histórica exceda su objeto: los personajes á quienes los acontecimientos han elevado como protagonistas del cambio, impulsados por la pasión de la idea que les anima, exageran su valor y tratan de hacer de ella una panacea para todos los males presentes y futuros. Pareció bueno y hasta indispensable, durante el período de ansiedad, recurrir á la colaboración de las colonias, y éstas, ganando diariamente en población y en recursos financieros y militares, prometiéronse para el porvenir una ayuda igualmente eficaz contra un poderoso rival, tal como Alemania, Rusia ó la República americana. Más aún: ¿no se podría preparar de antemano esta alianza ofensiva y defensiva en las relaciones comerciales esperando que pueda realizarse en los conflictos militares? Tal es el proyecto que los políticos han concebido y que parece haber seducido á los patriotas más ardientes. Pero esta idea, si hubiera de ser acogida por la Gran Bretaña y sus colonias, ¿no constituiría el más violento retroceso de toda la historia moderna de Inglaterra, una especie de traición hacia un pasado glorioso, el que había colocado á la nación inglesa en situación incomparable entre todas las de la Tierra como campeón de un movimiento de cambio, si no «libre», al menos libertado de muchas trabas y que confiere una especie de apostolado á los continuadores de la obra de Cobden? Verdad es que las colonias inglesas serían utilísimas asociadas en el comercio pan-británico; pero, por importantes que sean, no pueden tener la pretensión de igualar todo el resto del mundo.

Además, la tendencia natural de cada una de las colonias consiste en desarrollar su autonomía conforme á las condiciones especiales que le ha hecho su ambiente particular. La Tierra no se ha vuelto aún tan pequeña por efecto de la penetración mutua de las ideas y de los intereses para que el Canadá, el Cabo y la Australia, que se lanzan impetuosamente adelante en la vida, se sientan verdaderamente unas con su antigua madre de Europa: después de las demostraciones de amistad y de ternura, se prestan nuevamente á la tendencia natural que les inclina á seguir su propia vía, á desprenderse de su generadora. La unidad nacional entre metrópoli y colonias conservará todavía mucho tiempo su carácter religioso y tradicional, pero nada les impedirá afirmarse en manifestaciones di-

vergentes. Ya ha cambiado todo, y, cuando se ha atravesado el Atlántico ó el Pacífico, se reconoce fácilmente que «las Nuevas Inglaterras» apenas se parecen á la antigua.

N.° 526. Densidad de población de la Australasia.



La densidad de población es casi inversamente proporcional á la dimensión de los cuadrados que cubren los territorios habitados; es decir, cada cuadrado representa de doce á quince mil habitantes.

La denominación Australasia comprende la Australia, la Nueva Zelanda, las islas Fidji, la Papuasia inglesa y las islas intermediarias.

P. M. en Papuasia = Port-Moresby. Véase pag. 46.

Tomemos Australia como ejemplo; Australia, cuyo primer destino fué el de simple exutorio de las cárceles del Reino Unido. Cuando se hizo evidente que aquel lugar de deportación se convertía también en una colonia de población, la aristocracia inglesa, que hacía entonces la ley en el Parlamento británico, imaginó toda una

sabia diplomacia para que la New South Wales (Nueva Gales del Sud), la única colonia constituída en Estado en aquella época, quedase, como la madre patria, dividida en grandes territorios de los que los trabajadores agrícolas no podrían jamás ser propietarios. Comenzóse por hacer votar una ley que prohibiera la venta de la tierra por menos de un precio muy elevado, innaccesible á los inmigrantes pobres, y por otra parte, se fijó un máxímum de salario. Sin embargo, si la compra del suelo era prohibida al proletario, debía ser facilitada á los concesionarios ricos y, para éstos, la compra fué reemplazada por licencias que les concedían el derecho de pasto sobre espacios enormes, de miles y de docenas de mil hectáreas, derecho que el uso transformó á la larga en feudo señorial. Se esperaba de ese modo que el trabajo forzado de los convictos se conservaría bajo otra forma y que peones mal pagados, excluídos del número de los propietarios, continuarían de siglo en siglo una apropiación análoga á la de los campesinos ingleses sobre las tierras no enajenables de los feudos. Además, el régimen feudal debía conservarse para la servidumbre de los indígenas, que los colonos propietarios podían hacerse «asignar», es decir, atribuirse como esclavos temporales por medio de una simple petición redactada y firmada por ellos mismos, sin examen ni comprobación judicial [1].

El descubrimiento de las minas de oro, después el flujo rápido de la inmigración europea y de bruscas revoluciones económicas desarreglaron tan bellos planes, sin derribarlos, no obstante, y, al menos, la aristocracia territorial obtuvo el resultado de que no exista clase campesina en Australia. Tampoco hay hortelanos, si no es alrededor de las ciudades, donde algunos Chinos producen legumbres para el consumo local, y en el Estado de Victoria, donde los suburbios de Melbourne se han convertido en una gran huerta.

Ese régimen de la propiedad en las tierras de Australia es una de las razones por que la población se ha hecho casi exclusivamente urbana: hay ciudad, como la de Melbourne, que contiene cerca de la mitad de todos los habitantes de la colonia de que es capital. Pero si los grandes propietarios de Australia han conseguido con-

[1] J. B. Gribble, *Pall-Mall Gazette*, 5 Agosto 1886.

servar el pleno dominio del territorio y prohibirle á los trabajadores como domicilio permanente, éstos, esquiladores de ovejas y

N.° 527. Desde Adelaida á Sydney.



Según los términos del acta de unión (1901), la capital de la Federación australiana debe hallarse sobre el territorio de la Nueva Gales del Sud, en la proximidad de la frontera de Victoria. Después de haber rechazado Tumut (T.) y Bomballo (B.), la elección de los Estados ha recaído en Dalgetty. Provisionalmente la residencia del gobierno federado es Melbourne.

otros, deben á su género de vida costumbres casi comunistas, que, en una lucha social, podrían darles una fuerza irresistible contra los

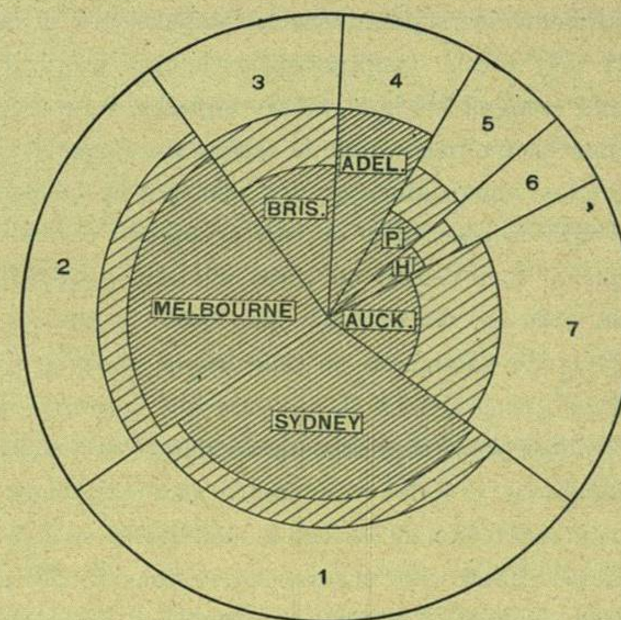
especuladores sobre el trabajo. Obligados en la temporada del esquileo á salir de las ciudades en multitudes y á viajar rápidamente hacia los pastos lejanos, han debido asociarse para asegurar en el camino el suministro de víveres. En el sitio mismo de su tarea regular se albergan en largas y altas cabañas donde se cuelgan tres filas de camas como alrededor del entrepuente de un buque, y sus comidas se hacen siempre en común. No se sientan jamás á la mesa sin mirar si afuera hay viajeros á la vista y al alcance de la voz para participar de la comida, y aunque no vean á nadie dicen en alta voz: «*Any travellers about? Come on, mates*»[1].

Los habitantes de la colonia de Victoria, al sudeste del continente australiano, se han considerado, con buen derecho, como en posesión de un rango sociológico más elevado que los otros inmigrantes de la Australia, porque el régimen de la servidumbre penitenciaria apenas había tocado al país, y casi toda la población se componía de buscadores de oro, llenos de audacia, que contaba en su seno gran número de emigrados políticos, desterrados de Europa á causa de su mismo ideal. El espíritu de los habitantes era más libre, más igualitario que en toda otra parte del país, y su efecto se hacía sentir hasta en el gobierno local, que, en muchos casos, no temía dejarse acusar de socialismo por los economistas sensatos. Además, á pesar de la escasa extensión relativa de su territorio, y aunque medio siglo más joven que la «Nueva Gales», Victoria llegó á ser superior por cierto tiempo respecto del número de su población: actualmente Victoria ocupa con mucho el primer lugar por la densidad kilométrica de sus habitantes, harto mínima aún en proporción de los recursos de la comarca.

El aumento del pueblo australiano se hace con cierta lentitud, por muchas causas. Ante todo, la población obrera, velando con interés sobre el mercado del trabajo, ha logrado la adopción de leyes que ponen tales trabas á la admisión, siquiera sea temporal, de recién llegados, que ningún inmigrante puede ser aceptado sin la complacencia del oficial que preside al examen de los que llegan. Una condición, por ejemplo, es escribir al dictado cincuenta pala-

[1] J. A. Andrews, *Humanité Nouvelle,* Agosto 1898. — «¿ Hay alguien por aquí, cerca? Á la mesa, compañeros.»

bras en una lengua cualquiera extranjera, escogida por la autoridad. Para el blanco, la arbitrariedad decide de su desembarco ó de su regreso; para el amarillo, la prohibición es absoluta. Los extranjeros, domiciliados bajo el antiguo régimen de tolerancia, son mal vistos y suelen desanimarse, y, por último, fieles á la idea, esencialmente errónea, de que cuantos menos habitantes haya más fácil es ganarse la vida, el blanco del nuevo mundo austral comienza á adoptar las costumbres de prudencia neo-maltusiana. Sin embargo la población no puede menos de formarse donde quiera que se hagan nuevas excitaciones al trabajo del hombre, donde la red de vías férreas penetrando á lo lejos en el interior, facilite el nacimiento de ciudades. La unión de todos los Estados en una sola república necesita ya la construcción de dos vías transcontinentales, una que reuna las mil ramificaciones del Este á las líneas mucho menos numerosas de la Australia del Oeste (Westralia), que bordea el Océano Indico; otra que atraviese el continente, del Sud al Norte, desde Adelaida á Palmerston [1]. Aunque sólo fuera para ocupar las estaciones y los puestos telegráficos de



COLONIAS DE AUSTRALASIA

POBLACIÓN DE LAS CIUDADES Y DE LOS CAMPOS

El rayado estrecho corresponde á la población principal de cada colonia; el ancho, á las ciudades de segundo orden; el blanco, á los campos.

1. — Nueva Gales del Sud. — 2. Victoria. — 3. Queensland. — 4. Australia del Sud. — 5. Australia occidental. — 6. Tasmanía. — 7. Nueva Zelandia.

Bris. = Brisbane. — Adel. = Adelaida. — P. = Perth. — H. = Hobart-Town. — Auck. = Auckland.

[1] Véase el mapa n.º 526, pág. 41.

esas vías férreas se necesita el aumento de la población, y por árida que sea la mayor parte del suelo australiano, las tierras laborables bastarían para satisfacer todavía millones de hombres, siendo verdaderamente extraño que los Australianos pongan tanto empeño en rechazar la población que debiera dirigirse hacia sus costas, principalmente las septentrionales, bañadas por el mar de Arafura. Como la región está comprendida en la zona tropical, el clima no es de los que escogen los inmigrantes ingleses, y rara vez vienen á buscar fortuna en un país donde la temperatura media alcanza 24 grados centígrados, unos quince grados más que en la madre patria. Pero si los Anglo-Sajones, que se han apropiado el suelo por derecho de conquista, han venido en corto número á aquellas hermosas comarcas, no obstante ser fértiles y provistas de puertos excelentes; si los lugares de habitación no constituyen todavía más que villas humildes, otras gentes ávidas de terrenos que colonizar serían dichosas estableciéndose sobre aquellas nuevas tierras del mundo australiano. Chinos, Japoneses y Malayos no piden más que acudir en multitud, pero las pequeñas colonias británicas del litoral se han declarado por unanimidad contra todo ensayo de colonización con esas gentes de supuesta raza inferior. Sin embargo, acabará por dominar la fuerza de las cosas, y, á pesar de las leyes dictadas por los cuerpos deliberantes de Australia, los Chinos cargan y descargan los buques en los muelles de Palmerston y roturan el terreno circundante.

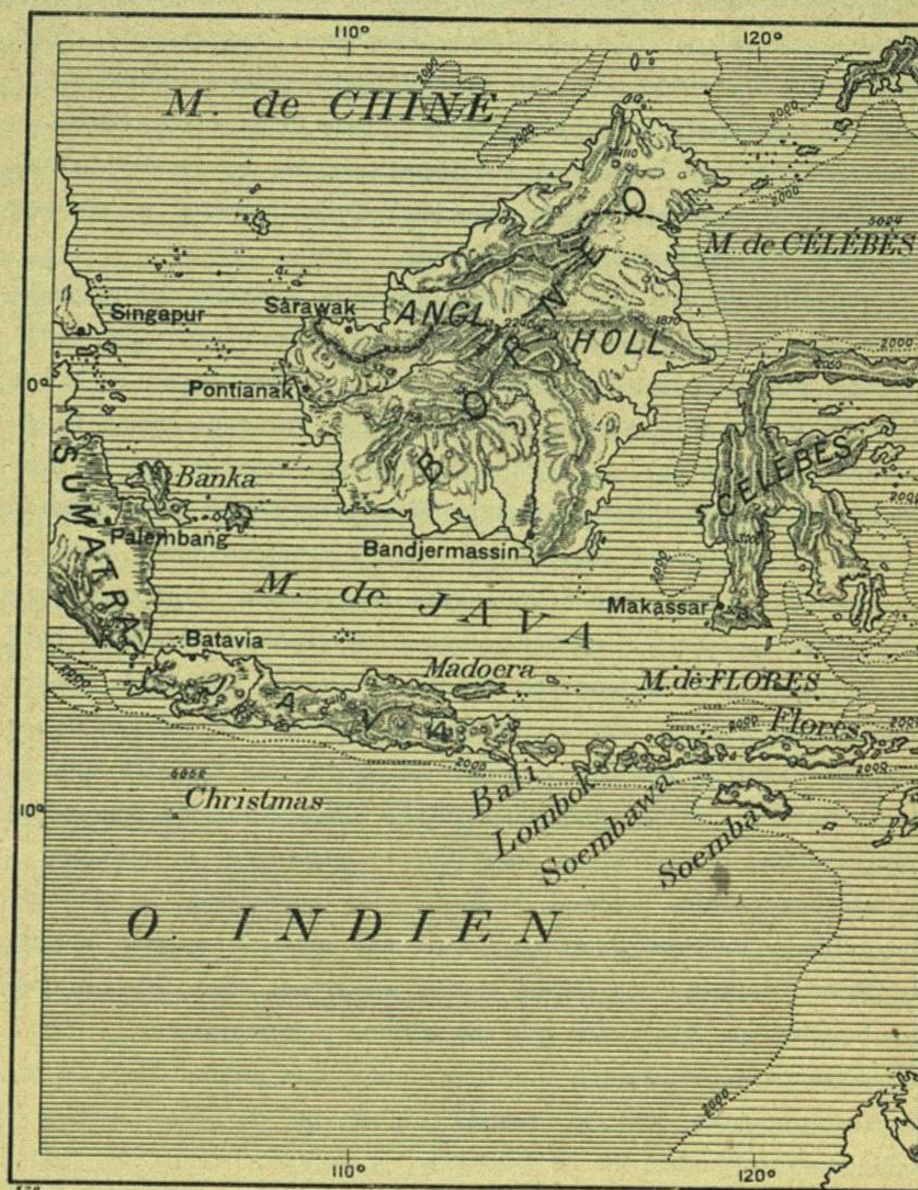
Es evidente que uno de los puntos vitales para el comercio mundial está indicado en el estrecho de Torres, en el extremo oriental de esa admirable avenida cuyo extremo opuesto está guardado por Singapur. La villa de Somerset, en la punta australiana de York-Península; el mercado de Thursday Island — isla del Jueves —, en un puerto muy frecuentado por los pescadores de nácar y de holoturias, y, en fin, algunos otros grupos insulares de colonización, quizá también Port-Moresby en Nueva Guinea, tales son actualmente los únicos indicios de la Londres ó New-York futura que se espera ver surgir en ese estrecho por donde comunican los dos océanos y que termina esa maravillosa avenida de islas, de cinco á seis mil kilómetros de longitud, que comienza al Oeste por Sumatra y concluye al Este con la Papuasia. En parte alguna, sobre la redondez del planeta, se extienden tierras más ricas y abundantes en recursos de todas clases, en cuadros más suntuosos y de mayor grandiosidad. Parece inexplicable que únicamente hayan surgido algunas villas, á la puerta triunfal del incomparable camino de los mares; es este un hecho que dentro de un siglo será difícilmente comprendido. Verdad es que los sitios próximos se han hecho peligrosísimos por los arrecifes madrepóricos, sobre todo en el paso de la «Gran Barrera», pero ¿no tiene el hombre á su disposición las boyas, las balizas, los faros, la experiencia y la sagacidad de los pilotos, y, en caso necesario, los explosivos y las dragas?

Al este de ese límite natural entre la Australia propiamente dicha y el mundo oceánico, la «Bretaña mayor» está aún representada por islas muy importantes, las que constituyen la Nueva Zelandia y por el archipiélago de las Fidji. Otras potencias tienen también su parte en esta región del Pacífico: Alemania se ha apoderado de las principales islas melanesias, y, en virtud de un acuerdo (1899), ha partido las islas Samoa con los Estados Unidos, en tanto que las islas Tonga eran abandonadas á Inglaterra; juntamente con esta última potencia, Francia gobierna las Nuevas Hébridas; hace ya mucho tiempo se apoderó Francia de Nueva Caledonia, menos para hacer obra de colonización que para establecer allí sus depósitos de destierro político y penal, hasta que las colonias australianas hicieron oir sus quejas y supieron obtener que los deportados franceses fuesen dirigidos á otros climas; finalmente, inaugurando á su vez una política mundial, la Federación australiana ha obtenido del gabinete de Saint-James la protección sobre la porción inglesa de Nueva Guinea; los Papus suministrarán una mano de obra en condiciones más ventajosas que los Chinos y Japoneses.

Esas tierras oceánicas, por importantes que puedan llegar á ser un día, son poca cosa en comparación de las dos islas de Nueva Zelanda, que pueden ser consideradas en potencia como otra Inglaterra. En superficie tienen casi la misma extensión, y su población, que no llega á la quincuagésima parte de la de las islas Británicas, constituye un personal escogido en comparación del de la madre patria. Los primeros inmigrantes ingleses en 1840 escogieron un terreno que atestiguaba ya en favor de su espíritu juicioso, porque

ese puerto, Nicholson, situado precisamente en el centro del archipiélago y dominando el estrecho mayor, nombrado en honor de

N.os 528 y 529. Indonesia

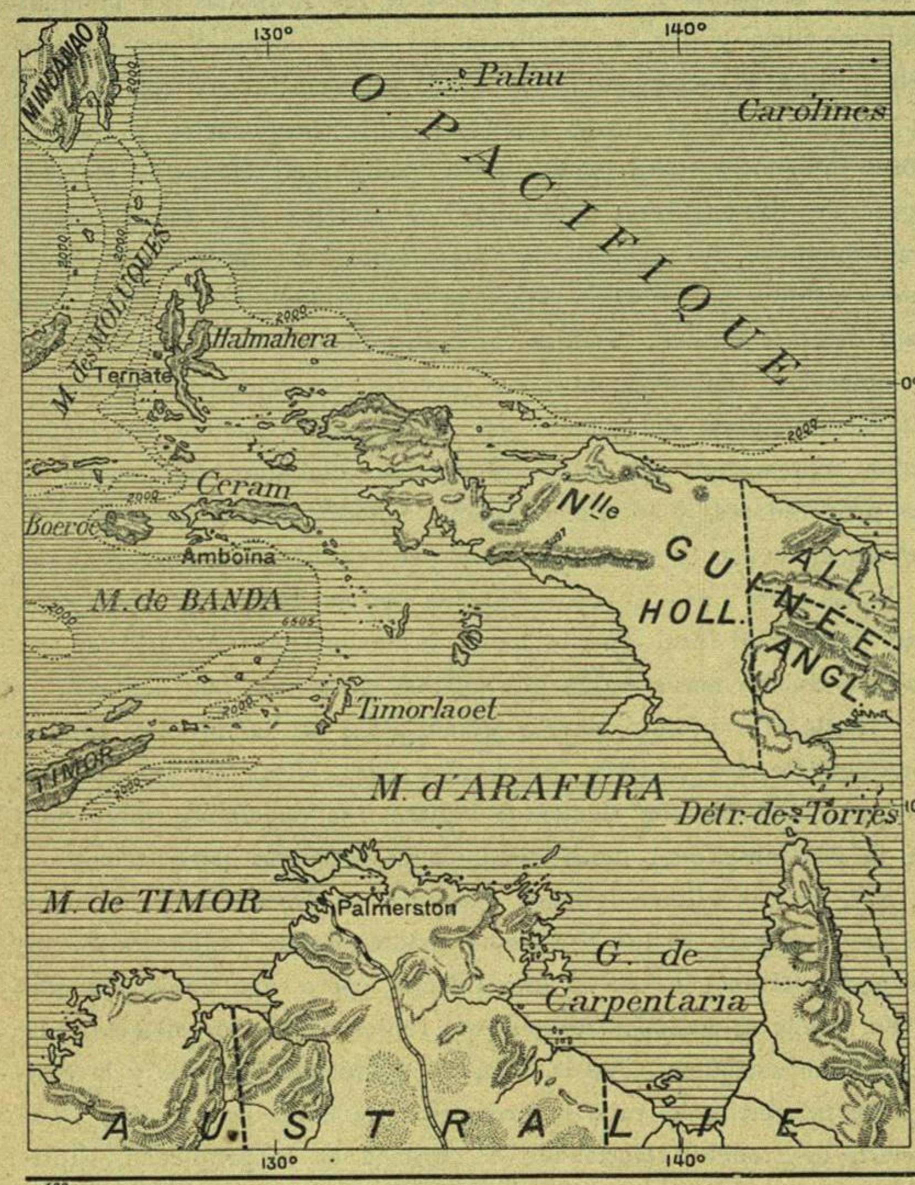


Los dos mapas 528 y 529 son continuación uno de otro y están á la misma escala.

Cook, no podía menos de llegar á ser un centro de comercio y un lugar de cita para la sociedad destinada á establecerse en aquellos

sitios: sobre aquella bahía se edificó Wellington, capital de las dos islas, excedida en población por Auckland.

de Singapur á Torres.

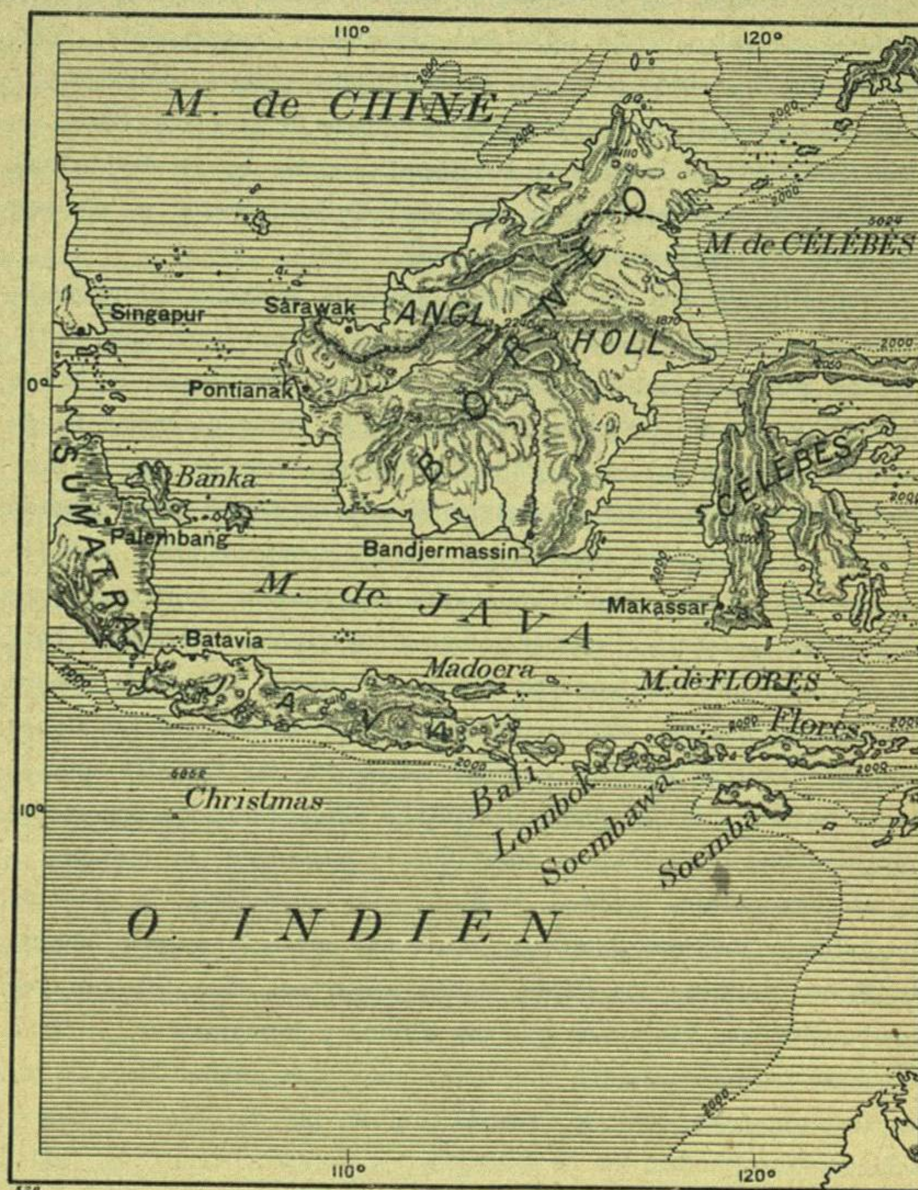


1: 20 000 000
0 250 500 1000 Kil.

Ante todo, los directores de la inmigración neo-zelandesa quisieron, como se había tratado de hacer en Australia, fundar una

ese puerto, Nicholson, situado precisamente en el centro del archipiélago y dominando el estrecho mayor, nombrado en honor de

N.os 528 y 529. Indonesia

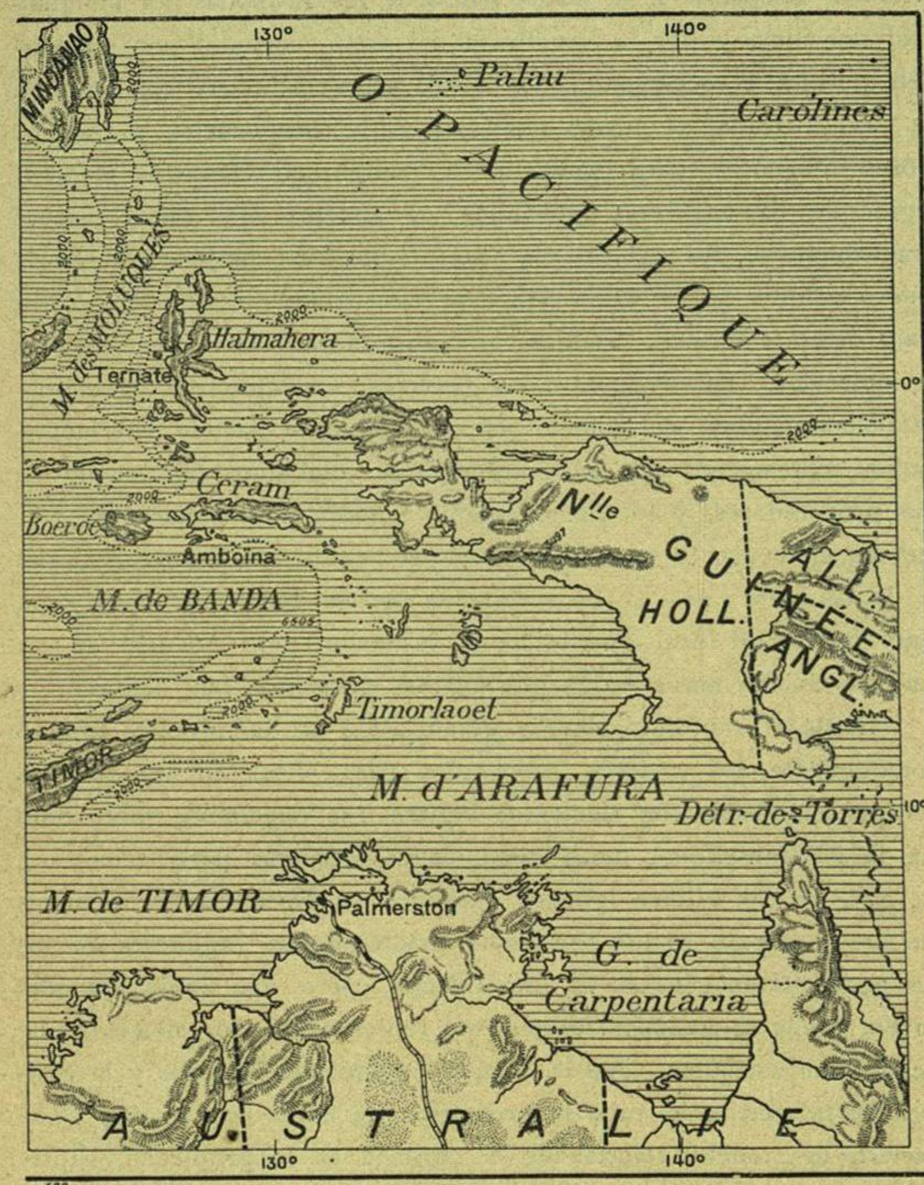


Los dos mapas 528 y 529 son continuación uno de otro y están á la misma escala.

Cook, no podía menos de llegar á ser un centro de comercio y un lugar de cita para la sociedad destinada á establecerse en aquellos

sitios: sobre aquella bahía se edificó Wellington, capital de las dos islas, excedida en población por Auckland.

de Singapur á Torres.



1 : 20 000 000

0 250 500 1000 Kil.

Ante todo, los directores de la inmigración neo-zelandesa quisieron, como se había tratado de hacer en Australia, fundar una

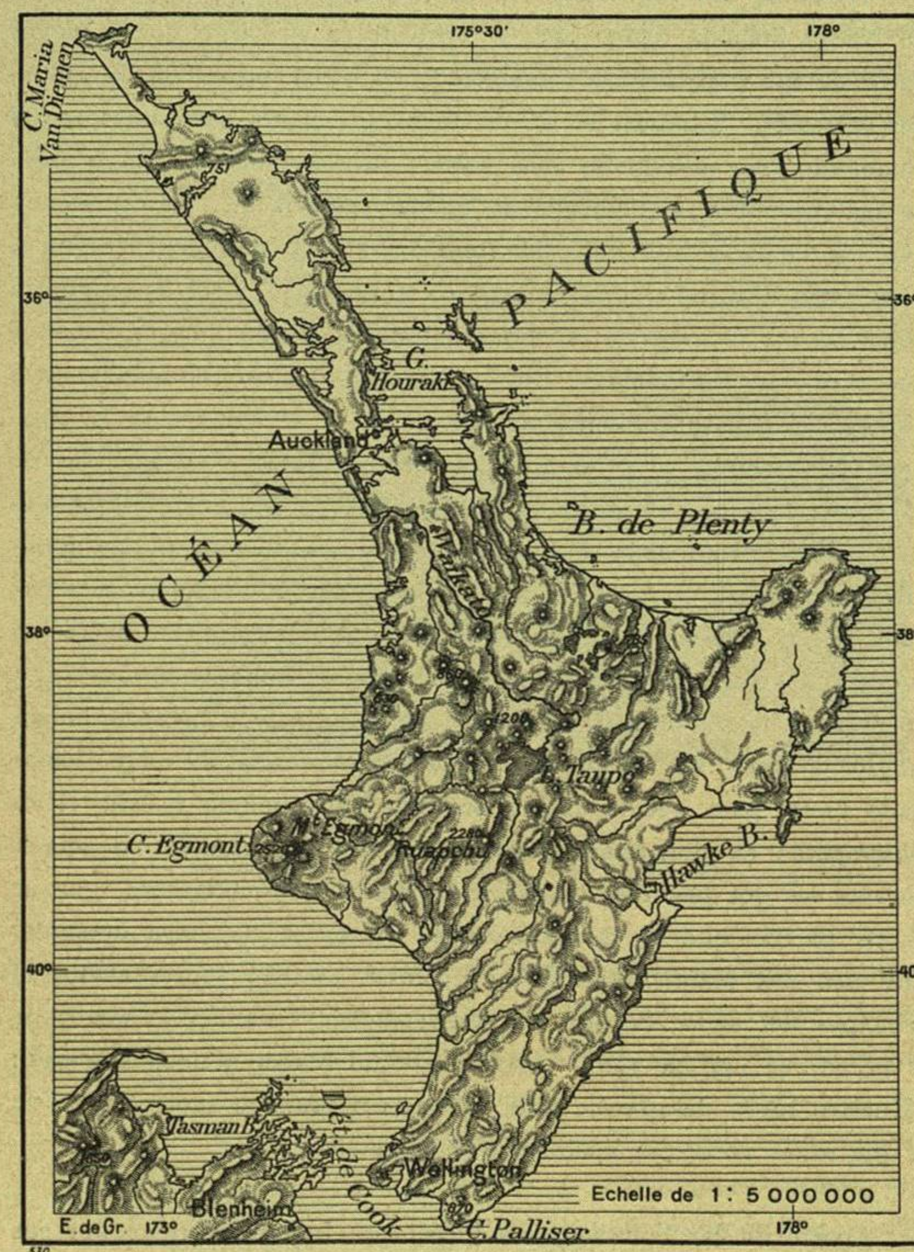
comunidad modelada completamente sobre el tipo de la aristocrática Inglaterra, con feudos inalienables, parroquias eclesiásticas, rebaños de campesinos laboriosos y de feligreses fieles. La Nueva Zelanda, semejante á su madre patria de los antípodas por la igualdad del clima y por la fecundidad del suelo, comenzó por semejársele política y socialmente. La misma aristocracia territorial que en la Gran Bretaña, el mismo contraste entre propietarios y trabajadores indigentes; pero faltaba á los señores neo-zelandeses el prestigio que da una larga genealogía de abuelos y el servil respeto tradicional de los campesinos esclavizados. El proletariado de la nueva colonia no se había adaptado aún cuando estalló la guerra bajo diversas formas: huelgas, procesos, luchas electorales, insultos y violencias. Esta vez, el buen derecho, sostenido por la importantísima mayoría del número, se sobrepuso al partido del monopolio, representado por unos nobles que combatían por medio de sus procuradores, y lo que el pueblo hubiera podido hacer en virtud de su fuerza, lo cumplió con todo el pesado aparato del gobierno y de las leyes (1891). La revolución fué sin duda muy incompleta, muy inferior al ideal que la había suscitado, pero no dejó de ser una revolución más efectiva que muchas otras más sangrientas [1].

Desde el año siguiente, la afluencia de los inmigrantes rompió forzosamente los cuadros preparados para ellos; en las colonias antiguas fundadas con elementos ingleses, se opusieron, sobre todo en la isla meridional, unas comunidades escocesas pertenecientes á la *Free kirk* ó «Libre iglesia»; después se descubrieron las minas de oro y pronto se fué formando una minúscula Inglaterra en los antípodas planetarios de la de Europa, pero una Inglaterra más joven, donde se hallaban fuertemente representados los elementos de renovación socialista. Así la colonia, recordando los usos y la política de la metrópoli, tuvo la pretensión de hacer mejor obra y de servirle de modelo, reformando el régimen de la propiedad, suprimiendo las costumbres del absentismo, facilitando á los cultivadores la adquisición del suelo, á los obreros el trabajo de la industria. La sociedad neo-zelandesa se propuso por objeto poner fin á los

[1] Henry Demarest Lloyd, *National Geogr. Magazine*, Septiembre 1902, p. 345.

conflictos entre el capital y el salariado, y aunque este ideal no haya sido realizado, los gobernantes de la nueva comarca han creído

N.° 530. Isla septentrional de Nueva Zelanda.



que podían dar un evangelio político á los envejecidos representantes de la metrópoli. La Nueva Zelanda es el primer Estado que

haya admitido las mujeres á la elección; Australia le ha imitado y además les ha conferido la elegibilidad; esta innovación apenas ha modificado la fuerza relativa de los partidos políticos.

Hasta en sus relaciones con la población indígena, los colonos de Nueva Zelanda tienen menos reproches á su cargo que la mayor parte de sus compatriotas establecidos en otros lugares de la redondez terrestre. También se ha de tener en cuenta que jamás se ha combatido con adversarios más nobles que los Maoris. En ocasión de un encuentro, una partida de blancos carecía de víveres, sucumbían de fatiga y hubieran sido una presa fácil para los indígenas, pero éstos hicieron tregua en seguida y enviaron á sus enemigos la mitad de sus raciones: — «Para combatiros, dijeron, esperaremos á que seáis nuestros iguales». Los Ingleses han demostrado ampliamente que el «civilizado» domina al salvaje en el arte de matar al prójimo, pero ahora, en principio al menos, el derecho de igualdad se ha conferido á los antiguos dueños del suelo: éstos han conservado su parte de propiedad; se sientan junto á los blancos en las asambleas nacionales, y sus hijos, no los menores en inteligencia, estudian en las mismas escuelas. Sin embargo, la raza ha decrecido lamentablemente, excepto en algunos distritos donde por los cruzamientos se ha fundido el tipo maori en la población invasora de los Anglo-Sajones. La sacudida de la evolución social ha sido demasiado fuerte para que la nación oceánica haya podido resistir victoriosamente: su potencia de adaptación no ha bastado, al menos durante las dos primeras generaciones de la raza inmigrante, porque ahora parece que el movimiento de retroceso se haya detenido. Los cien mil Maoris que vivían en 1840 estaban representados al principio del siglo XX por una descendencia reducida á menos de la mitad, 48,143 en 1901 [1]. Así decía un Maori á unos Ingleses: «Nuestro ratón desaparece ante el vuestro, nuestra mosca huye de la que traéis vosotros; vosotros nos comeréis.»

Aparte de las colonias, sus hijas, que Inglaterra tiene por sus iguales y que forman parte integrante de la «Bretaña mayor»,

[1] El censo de 1906 dió 43,595 Maoris, sin contar 211 mujeres maoris casadas con Blancos y 4,028 mestizos que vivían con los Maoris. Hay, pues, progreso.

existen en la superficie del planeta muchos territorios, islas ó tierras continentales, que Inglaterra posee sin poblarlas de trabajadores y de ciudadanos y donde no se reconoce otros deberes que tomar en tutela la población nativa. Tutela frecuentemente precaria y peligrosa, porque depende de los intereses más ó menos considerables que algunos especuladores ingleses tengan en hacer trabajar los indígenas. Así, en la misma Oceanía y en el círculo de atracción



COSTA DE FIDJI

La mayor parte de las islas oceánicas están rodeadas de una cintura de madréporas que hacen peligrosa la navegación. La alta mar se halla detrás de la pequeña altura cubierta de árboles.

del mundo australiano, para el cual se ha forjado la palabra Australasia, los insulares del archipiélago de las Fidji no tienen motivo hasta ahora para estar satisfechos del gobierno inglés. Verdad es que antes del desembarque de los misioneros y de los plantadores, los Fidjianos, hombres excelentes, bellos, fuertes é inteligentes, se hallaban en lamentable período de decadencia: la monarquía absoluta, con su fatal consecuencia la servidumbre general de los indígenas, y además las prácticas de la antropofagia ó «comunión del gran puerco», que, después de haber tenido un carácter puramente religioso, se había convertido en un simple medio de terror para «morigerar

las clases bajas», todas las formas sociales indicaban una decadencia rápida que apresuró la llegada de los Europeos. Cuando los Fidjianos se dieron á Inglaterra en 1875, la inauguración del nuevo orden de cosas se hizo por una terrible epidemia de sarampión, que se llevó la quinta parte de la población, y, después de aquel año fatal, la disminución general no parece haberse detenido; de 115,000 en 1884, el número de Fidjianos ha descendido á 95,000 en 1901; sin embargo, ocurre ahora que en tal ó cual año el número de los nacimientos supera al de las defunciones. En cuanto á la elevación moral, ¿podrá realizarse, considerando que los indígenas no toman parte en la gerencia de sus intereses ni poseen ninguna parcela del territorio? Los plantadores ingleses y los jefes indígenas se han aprovechado bajamente de la legislación que les permite cerrar sus tierras comunales en su beneficio personal.

En sus posesiones de Africa, los Ingleses encargados de la administración ven también desde muy alto la población negra de quien están encargados de hacer conciudadanos y «hermanos en la fe». Puede juzgarse del estado de alma de los amos británicos respecto de sus protegidos por la diferencia extraordinaria de los precios que, en los ferrocarriles de la costa, tienen por objeto evidente escoger los viajeros y hacer el contacto imposible entre gentes de razas diferente. Sobre el ferrocarril del Mombaza al Nyanza, la proporción entre las primeras plazas y las terceras se ha fijado desde el duodécuplo á la unidad [1]. Un espíritu de desigualdad absoluta, hasta de aversión, prevalece entre hombre y hombre: no convendría que un indígena pudiera imaginarse por el sitio, la tela y las pasamanerías de su departamento, que pertenece á la misma clase que el Europeo, pavoneándose en las primeras.

Sin embargo, las enseñanzas más ó menos altaneras del blanco y el contacto de los hombres superiores por la inteligencia y el saber han producido su efecto. Pueden citarse como ejemplo los habitantes de Freetown, la «ciudad libre». Á pesar de las diferencias de origen y de su desarraigo, los hombres de toda procedencia que forman el pueblo de Sierra-Leona, á quienes la falta de una lengua

[1] *Report on the Progress of the Mombasa-Victoria-Railway*, 1897, 1898, Bluebook, C. 8,942.

nacional obligaba á hacerse Ingleses adoptando el idioma de los antiguos amos, han llegado á ser incontestablemente el elemento civilizador del litoral. Se llaman «Ingleses», y lo son, en efecto, hasta cierto punto por su iniciativa en el trabajo y en las empresas comerciales: los artesanos de Freetown, herreros, ebanistas, carpinteros y constructores son los más estimados de la costa.

Cada una de las numerosas partes y parcelas de la superficie terrestre de que la Gran Bretaña se ha apropiado difiere de las otras, no sólo por las mil condiciones del suelo, del clima, de los habitantes, sino también por las formas del gobierno y de la administración, según la mayor ó menor docilidad de las poblaciones y la importancia militar de los lugares ocupados. Pero subsiste el hecho que muchas de esas posesiones son «colonias de la corona», es decir, tierras de las cuales el soberano de las islas Británicas es considerado como dueño absoluto, y donde manda á su antojo sin dejar á los habitantes ninguna autonomía. En realidad, los súbditos esparcidos de Inglaterra tienen la libertad que han sabido conquistarse. Cada «colonia» es teatro de una pequeña guerra local, cuyas peripecias son á veces sangrientas y las oscilaciones de la lucha representan en pequeño las mismas alternativas que los grandes conflictos épicos referidos en la historia de las naciones.

La gran cuenca del Nilo, desde las regiones ecuatoriales hasta el Mediterráneo, y desde las montañas llamadas de la «Luna» hasta las de Etiopía, constituye un mundo especial, bien delimitado, que no es colonia de población ni colonia de explotación propiamente dicha, pero que debe estudiarse aparte como centro de dominación. No es sólo Egipto lo que los Ingleses detentan como conquistadores, sino el camino de la India, así como Gibraltar y Malta son ante todo para ellos la posesión de las vías del Mediterráneo. Egipto, pues, representa principalmente un valor estratégico, en el mismo centro del Mundo Antiguo, exactamente á la mitad de camino de Inglaterra al Hindostán, en el punto en que la industria ha excavado el canal de Suez, que sus poseedores pueden cerrar á voluntad, puesto dominante de importancia capital que asegura á la Gran Bretaña el primer lugar en concepto geográfico entre las potencias mundiales. Las estaciones de Aden, de Colombo, de Singapur, de

Hong-Kong, del estrecho de Torres y de las islas Oceánicas contiṅúan la cintura de fuerza sobre un desarrollo total igual á la mitad del ecuador planetario.

Los actuales dueños de Egipto saben apreciar también como excelentes economistas los grandísimos recursos materiales que producen los campos del Nilo. Convertidos en coopropietarios del Ca-



Cl. L. Cuisinier.

SIGUIRI, EN EL VALLE DEL NIGER

La ciudad está enteramente compuesta de chozas redondas.

nal, gerentes de todos los bienes hipotecados por los acreedores del país y beneficiarios del impuesto extraído sobre los millones de *fellahin*, administran su fortuna con extrema prudencia, tarea muy fácil en un país cuya población, dominada antes por el palo de los sacerdotes y de los reyes, continúa arrastrándose servilmente ante los recaudadores de contribuciones. Apoderándose de los graneros de Egipto, el gobierno británico ha puesto la mano sobre los tesoros de los Faraones, que sabrá doblar, gracias á la aplicación de los nuevos procedimientos industriales. Los antiguos esperaban sus cosechas de la buena voluntad del Nilo, y apenas si evitaban la

inundación por medio de aparatos rudimentarios, flotantes por medio de odres. Pero los trabajos modernos que, en ciertos conceptos son todavía desiguales en el resto del mundo, regulan actualmente las crecidas de manera que distribuyen las aguas con un método perfecto: hasta su última gota se halla el Nilo juiciosamente utilizado. Primeramente se ha consolidado y completado el gran muro que



Cl. del *Globus*.

PUERTA DE UN VILLORRIO EN EL KAMERUN

Percíbense en el interior casas rectangulares que apenas difieren de nuestras cabañas.

regulariza la corriente de las dos ramas del delta; después se han construído otros muros monumentales sobre el Nilo egipcio, uno en Siaut, hacia la mitad de la zona de los cultivos, el otro cerca de Assuan, para el caudal de la primera catarata por una reserva de mil millones de metros cúbicos de agua, cantidad que debe ser doblada próximamente, sea por una elevación del muro, sea por un nuevo dique establecido más arriba en el valle. En parte alguna se mezclan tantos intereses económicos á más recuerdos antiguos ni á más misteriosas leyendas.

Hong-Kong, del estrecho de Torres y de las islas Oceánicas continúan la cintura de fuerza sobre un desarrollo total igual á la mitad del ecuador planetario.

Los actuales dueños de Egipto saben apreciar también como excelentes economistas los grandísimos recursos materiales que producen los campos del Nilo. Convertidos en coopropietarios del Canal, gerentes de todos los bienes hipotecados por los acreedores del país y beneficiarios del impuesto extraído sobre los millones de *fellahin*, administran su fortuna con extrema prudencia, tarea muy fácil en un país cuya población, dominada antes por el palo de los sacerdotes y de los reyes, continúa arrastrándose servilmente ante los recaudadores de contribuciones. Apoderándose de los graneros de Egipto, el gobierno británico ha puesto la mano sobre los tesoros de los Faraones, que sabrá doblar, gracias á la aplicación de los nuevos procedimientos industriales. Los antiguos esperaban sus cosechas de la buena voluntad del Nilo, y apenas si evitaban la



Cl. L. Cuisinier.

SIGUIRI, EN EL VALLE DEL NIGER

La ciudad está enteramente compuesta de chozas redondas.

inundación por medio de aparatos rudimentarios, flotantes por medio de odres. Pero los trabajos modernos que, en ciertos conceptos son todavía desiguales en el resto del mundo, regulan actualmente las crecidas de manera que distribuyen las aguas con un método perfecto: hasta su última gota se halla el Nilo juiciosamente utilizado. Primeramente se ha consolidado y completado el gran muro que regulariza la corriente de las dos ramas del delta; después se han construído otros muros monumentales sobre el Nilo egipcio, uno en Siaut, hacia la mitad de la zona de los cultivos, el otro cerca de Assuan, para el caudal de la primera catarata por una reserva de mil millones de metros cúbicos de agua, cantidad que debe ser doblada próximamente, sea por una elevación del muro, sea por un nuevo dique establecido más arriba en el valle. En parte alguna se mezclan tantos intereses económicos á más recuerdos antiguos ni á más misteriosas leyendas.



Cl. del *Globus*.

PUERTA DE UN VILLORRIO EN EL KAMERUN

Percíbense en el interior casas rectangulares que apenas difieren de nuestras cabañas.

Cada gavilla de trigo nutre su hombre en Egipto y en la actualidad más de diez millones de individuos pueblan las dos riberas del Nilo, número seguramente superior á la multitud de labradores que existió en tiempo de los Faraones. Y no es esto todo. Se ha comprobado que en una gran parte del desierto de la Nubia, especialmente al sud de Korosko, donde el ferrocarril y la antigua ruta de las caravanas se dirigen directamente al Sud, hacia Abu-Hammed, dejando al Oeste el vasto meandro del Nilo, las tierras arenosas son de naturaleza excelente: sólo les falta el agua para fecundarlas. Todavía más al Sud, las llanuras que se levantan por grados hacia las pendientes del macizo de Etiopía se prestarían admirablemente al trabajo del arado si las aguas no se perdieran en pantanos debidos á la obstrucción del río por la vegetación, el *sudd;* por último, más lejos aún, en la dirección del ecuador, las extensiones sin límites visibles donde serpentean el Bahr-el-Djebel y el Bahr-el-Ghazal en la tierra grasa y blanda entre las orillas cambiantes, son el fondo de un antiguo lago que podría convertirse en un inmenso campo de labranza. Así, desde la catarata de Ripon, á la salida del Gran Nyanza, hasta la de Assuan, en una longitud de 2,000 kilómetros, los diques y la buena distribución de las aguas del Nilo y de sus afluentes tendrían por resultado aumentar mucho, añadir á la superficie de las tierras cultivadas una extensión grande como el territorio de Francia é indirectamente doblar y aun más el número de los brazos trabajadores que empuñaran la azada y pagaran el impuesto. A esta obra van á dedicarse los dominadores ingleses para explotar industrialmente la cuenca del Nilo en todo su conjunto de unidad geográfica.

Sin embargo, pudo temerse por un instante que la unidad política de esa zona fluvial fuese amenazada cuando la expedición de Marchand á través del Africa, en la dirección de Este á Oeste, hizo creer que Francia tenía la intención de cortar en dos el imperio anglo-nilótico por la ocupación definitiva de Fachoda. Las pasiones patrióticas se exaltaron de una parte y de otra, y hasta se habló de guerra. Pero fué un incidente pasajero. Los Franceses evacuaron la pequeña ciudadela improvisada, y, para desvanecer hasta las últimas huellas del conflicto, el gobierno británico ha borrado del

mapa el nombre del lugar disputado: en la actualidad se le designa por la apelación de Kodok; los atlas han hecho la paz.

Si todo el curso del Nilo Blanco pertenece á Inglaterra, desde los manantiales aun imperfectamente reconocidos de los afluentes del Nyanza hasta las ramas de agua salina del delta, no sucede lo mismo con el río Azul, que nace sobre las alturas del gran macizo de



Cl. J. Kuhn, Paris.

MURO DEL NILO EN ASSUAN

Etiopía. Ese imperio, muy frecuentemente recortado en Estados feudales, se ha unificado recientemente, pero sus fronteras son forzosamente inciertas, puesto que no terminan en el mar, y toda nación constituída busca una salida hacia un puerto que le pertenezca. Italia detenta Massuah, Francia ocupa Djibouti, la misma Inglaterra ha tomado posesión de las costas que hacen frente á su emporio de Aden.

Es, pues, muy natural que los Etiopes se muestren muy reservados respecto de los extranjeros, con los cuales, no obstante, desean estar en buenas relaciones, porque tienen necesidad de con-

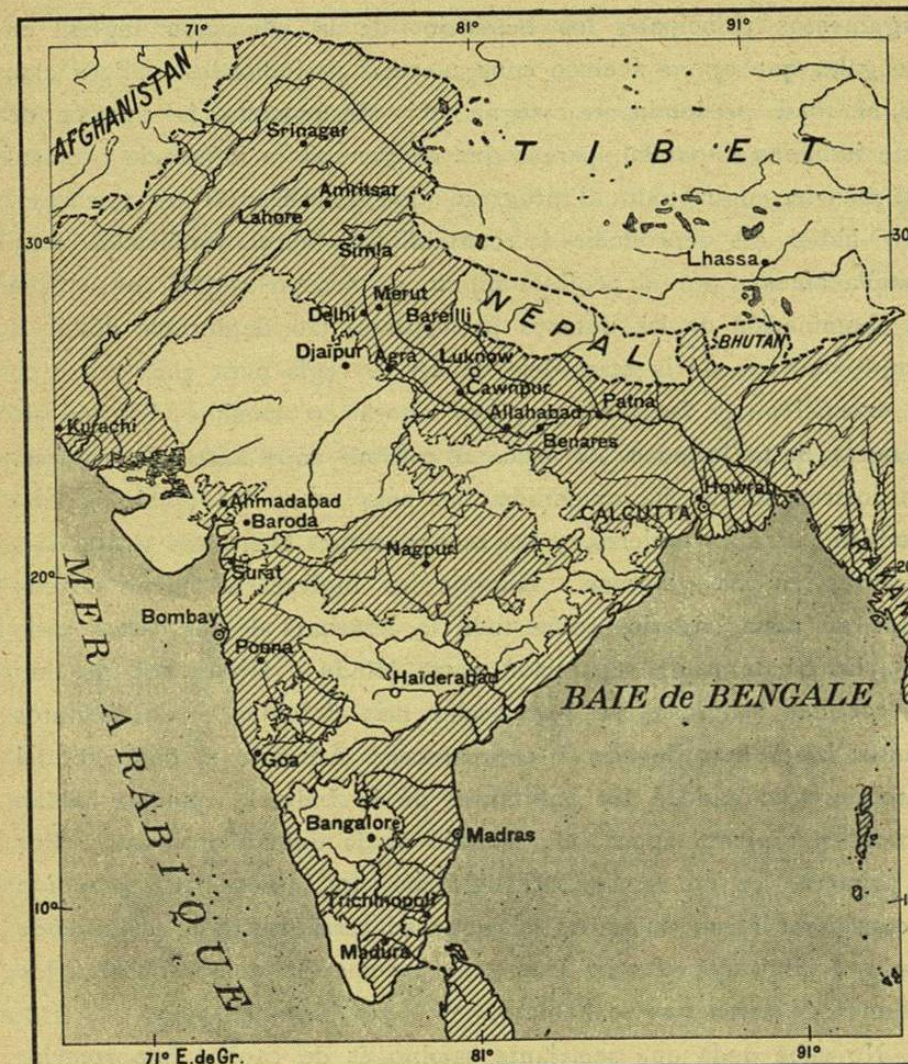
servar con ellos tratos comerciales. Hasta ahora parece que Inglaterra, entre todos los amigos interesados, ha sabido hacerse acoger mejor por los descendientes de los «leones de Judá»; hasta ha podido aliarse con Etiopía para la repartición del territorio Somali; peligrosa alianza para los Abisinios, que, por bien situados que estén en su alta ciudadela de montañas, no dejan de hallarse completamente sitiados. Las trincheras de aproximación van estrechándoles cada año: al Este el mar acerca la flota inglesa; al Sud, el ferrocarril de la Uganda asciende al asalto de las altas tierras; al Oeste, el Nilo y sus zonas ribereñas encierran los escarpes etiópicos; al Norte, la vía férrea de Suakin á Berber completará el circuito: el imperio de Menelik no pasará de un sencillo enclave.

¡Cuántos dramas políticos de la misma naturaleza se han representado al otro lado de los mares de Arabia, en la península gangética, mundo colonial donde los acontecimientos se desarrollan con tan poderosa amplitud! Allá está la India con su cortejo de dependencias insulares y continentales. Admira ver aquella comarca, cuya población representa la quinta parte de la humanidad, sometida, aunque de una manera incompleta, á un país lejano, de doce á trece veces menor en extensión, de siete á ocho veces inferior por el número de los habitantes. El personal de los Ingleses, altos personajes, funcionarios, soldados, misioneros, aventureros y plantadores que residen en la India, ni siquiera representa la milésima parte de la población indígena, y, sin embargo, no es dudoso que el inmenso imperio de la India quedase sujeto por la violencia, y que está todavía contenido por la fuerza material y por todo el conjunto complementario de los cañones y de los fusiles, de los tribunales y de las cárceles. Pero aunque la opresión se haga con una prudencia consumada, con gran conocimiento de los hombres y de las multitudes, que sepa oponer hábilmente las nacionalidades á las nacionalidades, hacerse escoger como árbitro de todas las disensiones y aterrorizar los descontentos con los mercenarios alistados entre los bandidos del Nepal y del Hindu-Kuch, debe producir siempre funestas consecuencias para dominadores y dominados.

Sin embargo, toda cuestión es infinitamente compleja, sobre todo

cuando se trata de problemas relativos á centenares de millones de hombres y durante muchas generaciones sucesivas. Sin duda los

N.° 531. Ciudades y Estados de la India.



Este mapa está á la escala de 1 á 10.000.000.

Los círculos centrados indican una aglomeración de más de 500,000 habitantes; los círculos abiertos más de 250,000; los puntos negros más de 100,000 habitantes.

Los Estados que gozan de cierta autonomía están en blanco.

Hindus han tenido que sufrir la ruda dominación del extranjero, pero han tenido también la ventaja de ponerse más fácilmente en comunicación unos con otros y extender la mirada sobre el extenso

mundo exterior. Sería, pues, temerario querer pesar el conocimiento exacto del valor del bien y del mal sobrevenido por la transformación étnica, lo mismo que por la social y moral de las poblaciones hindus. Un sabio *pandit*, Sivanath Sastri, enumera en seis argumentos principales los beneficios de la educación inglesa en Bengala, que opone á cinco consecuencias perjudiciales. ¿Pero cuál es el total predominante, según él? Resumiendo la opinión de este indígena imparcial, parece que en general la influencia occidental más ha contribuído al progreso que determinado un retroceso. Sin haber de reproducir la contabilidad moral establecida muy detalladamente por el profesor hindu, es necesario que conste que la abominación de las uniones prematuras, tan deplorable desde el punto de vista de la raza, deja de ser la regla para convertirse en la excepción, y las niñas esperan ahora en muchos distritos de Bengala hasta la edad de trece ó catorce años antes de casarse. La instrucción se ha extendido, no sólo entre los hombres, sino también entre las mujeres, y las recopilaciones científicas y literarias penetran en los gineceos. Aunque los Ingleses se hayan constituído en casta superior sobre toda la jerarquía de las castas nativas, las fronteras de separación entre Hindu é Hindu han perdido su carácter religioso, se han hecho más flotantes y en distintos puntos hasta han llegado á desaparecer. Además, el contacto del extranjero ha dado á los habitantes de la India lo que no habían tenido en ninguna época, el «sentido de la unidad nacional». Por la primera vez en la historia del país, los niños han aprendido á considerar como su patria el inmenso territorio que se extiende desde el Himalaya al cabo Comorín, y como sus compatriotas á los millones de seres que le habitan.

No cabe duda que semejante cambio es de capital importancia, porque equivale á decir que las poblaciones de la India entran en un período de cohesión nacional análoga á la que han atravesado sucesivamente los Helenos, los Italianos, los Alemanes, y, aunque no puedan pensar todavía en la conquista de su autonomía colectiva, es un hecho importantísimo que su imaginación pueda inclinarse hacia la aspiración de la «India para los Hindus». Un doble movimiento, de orden á la vez material y moral, se realiza al mismo

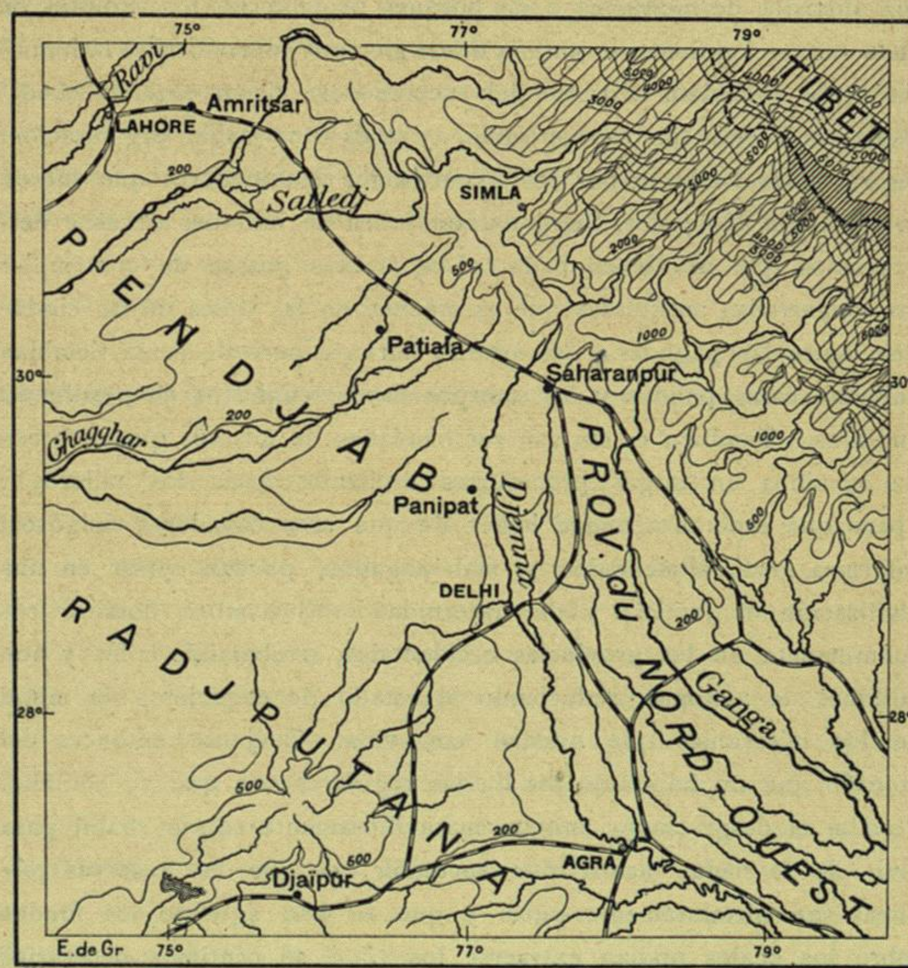
tiempo. La península se estrecha, ve reducirse sus dimensiones en todos sentidos á consecuencia de la construcción de los caminos y de la mayor facilidad de las comunicaciones, pero crece en proporción inversa por el comercio, la industria y los conocimientos.

Estas ventajas se compran harto caras. A excepción de algunos distritos de montañas ó de bosques protectores, los súbditos de toda raza — á quienes se enseña desde tiempos inmemoriales la humildad y la docilidad, virtudes del esclavo — se dejan esquilar cándidamente lo más al rape posible, y toda una sabia organización, legada á los Ingleses por los expertísimos dominadores que fueron los Grandes Mongoles, logra extraer miles de millones de esos desgraciados que no tienen nada. Los artistas gustan de contemplar las abigarradas multitudes que se mueven en las calles de las ciudades, entre las pagodas y los árboles floridos, pero de cerca tiemblan ante las caras pálidas y los cuerpos flacos, cubiertos de pestilentes andrajos. También es curioso ver bandadas de míseros que recorren los caminos en largas procesiones oscilantes hacia los talleres [1], ¿pero qué esperanza puede haber de que esos cavadores fangosos, informes, mal alimentados y mal pagados, puedan entrar en una civilización de justicia y de fraternidad? El hambre domina frecuentemente en las provincias occidentales, arrebatando miles y aun millones de víctimas, reduciendo al estado de esqueletos la mitad de los miserables que quedan con vida. Quéjanse entonces del monzón que no ha traído las lluvias regulares con que se contaba. Pero si el desgraciado, aunque maravillosamente sobrio, hábil para vivir de la nada, acaba por sucumbir, es que las reservas públicas son absolutamente nulas y que se han agotado los fondos sobre los cuales podían extraerse los 15 ó 20 céntimos necesarios para la conservación de cada existencia humana. Sin embargo, sea bueno ó malo el año, el presupuesto se cierra siempre, hallándose invariablemente los 500 millones de francos que exige el pago de los funcionarios, y, con ocasión de las grandes fiestas en honor de los príncipes, no faltan jamás los diamantes y el oro para adornar las trompas de los elefantes y las frentes de los caballos.

[1] Rudyard Kipling, *Kim*.

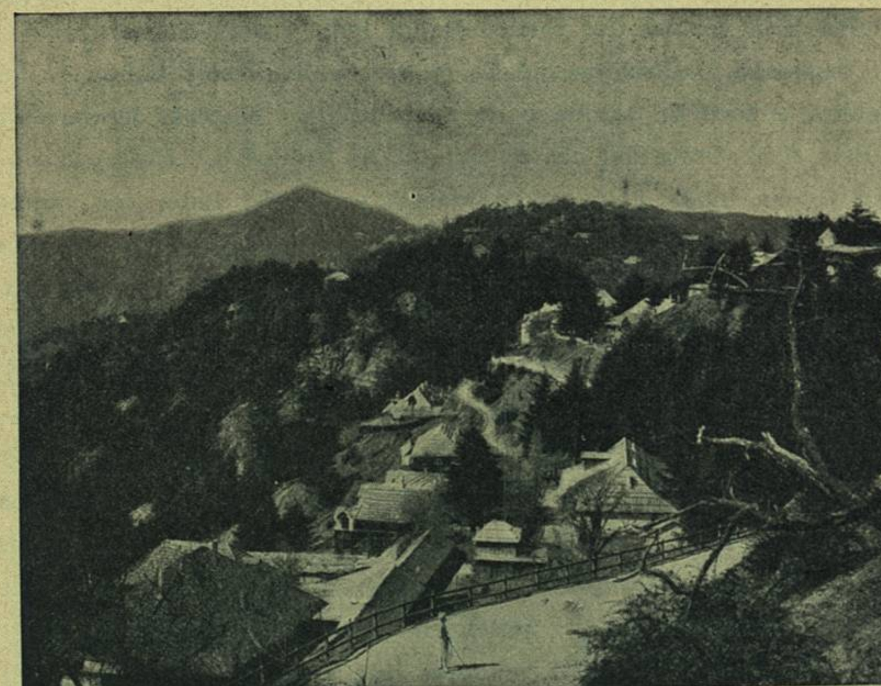
De todos modos, sea buena ó mala la influencia altanera de los Europeos, los dominadores extranjeros no son amados, ni pueden serlo, puesto que quieren ser temidos. Sus únicos amigos y aliados son los ricos negociantes Parsis, Arios de raza pura, á quienes sus

N.º 532. Simla y Delhi.



repletas cajas de caudales hacen respetar de los amos lo mismo que de la multitud, y de quienes se aceptan graciosamente grandes donativos para la construcción de caminos, de escuelas ó de hospitales. Además, los Ingleses cuentan con la adhesión de todos los pueblos donde reclutan mercenarios y la multitud innumerable de

las gentes que se ofrecen para las bajas funciones administrativas y para la domesticidad. Lo importante para ellos, después de los beneficios que dan la dominación y la posesión del presupuesto, consiste en hacer su posición estratégica absolutamente perfecta, al menos al interior, porque lo desconocido y lo imprevisto comienza más allá de las fronteras. Y verdaderamente se ha hecho todo lo



Cl. J. Kuhn, Paris.

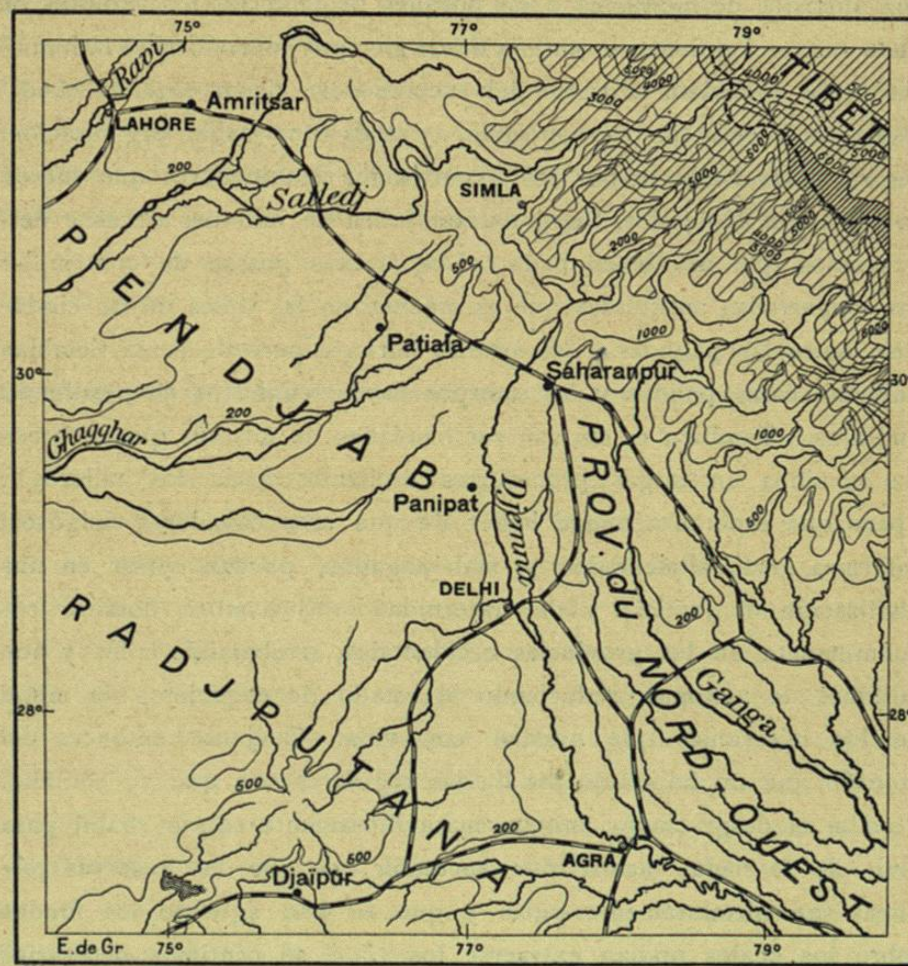
UN RINCÓN DE SIMLA

que la prudencia humana puede aconsejar para que los cimientos del gran edificio sean indestructibles. En el aparente desorden administrativo, causado por antiguas supervivencias y por el laberinto de los enclaves formados por los Estados sustraídos á la autoridad directa del imperio, todo funciona con una regularidad maravillosa. Los puntos vitales están ocupados, y la red de caminos y de ferrocarriles, aumentada cada año, permite repartir á voluntad los elementos de la fuerza soberana.

El desplazamiento gradual del centro de potencia nos facilita un índice bien claro de la solidaridad política adquirida por la dominación inglesa. En el siglo XVIII, cuando se fundó, en beneficio

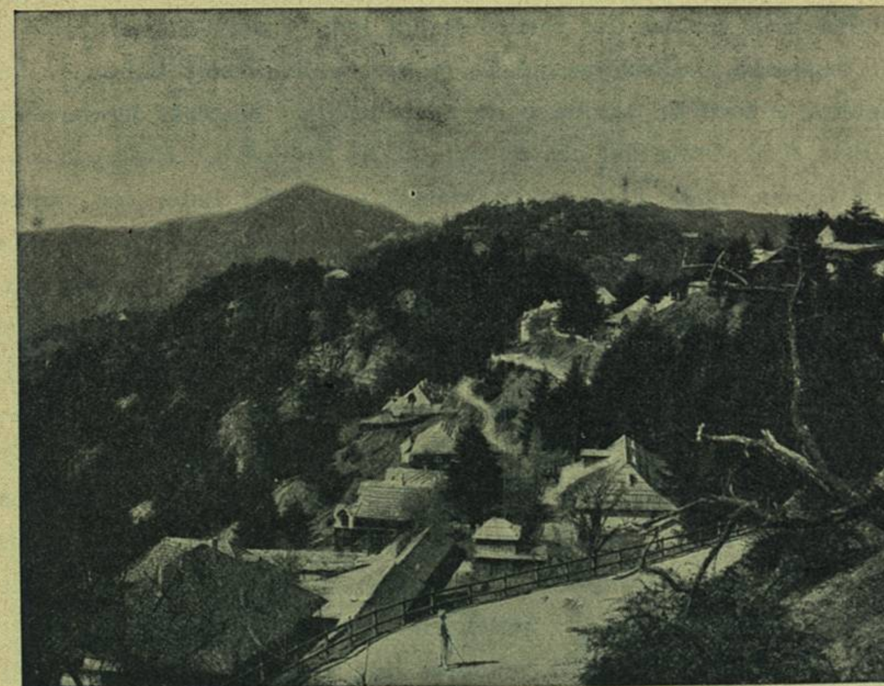
De todos modos, sea buena ó mala la influencia altanera de los Europeos, los dominadores extranjeros no son amados, ni pueden serlo, puesto que quieren ser temidos. Sus únicos amigos y aliados son los ricos negociantes Parsis, Arios de raza pura, á quienes sus

N.º 532. Simla y Delhi.



repletas cajas de caudales hacen respetar de los amos lo mismo que de la multitud, y de quienes se aceptan graciosamente grandes donativos para la construcción de caminos, de escuelas ó de hospitales. Además, los Ingleses cuentan con la adhesión de todos los pueblos donde reclutan mercenarios y la multitud innumerable de

las gentes que se ofrecen para las bajas funciones administrativas y para la domesticidad. Lo importante para ellos, después de los beneficios que dan la dominación y la posesión del presupuesto, consiste en hacer su posición estratégica absolutamente perfecta, al menos al interior, porque lo desconocido y lo imprevisto comienza más allá de las fronteras. Y verdaderamente se ha hecho todo lo



Cl. J. Kuhn, Paris.

UN RINCÓN DE SIMLA

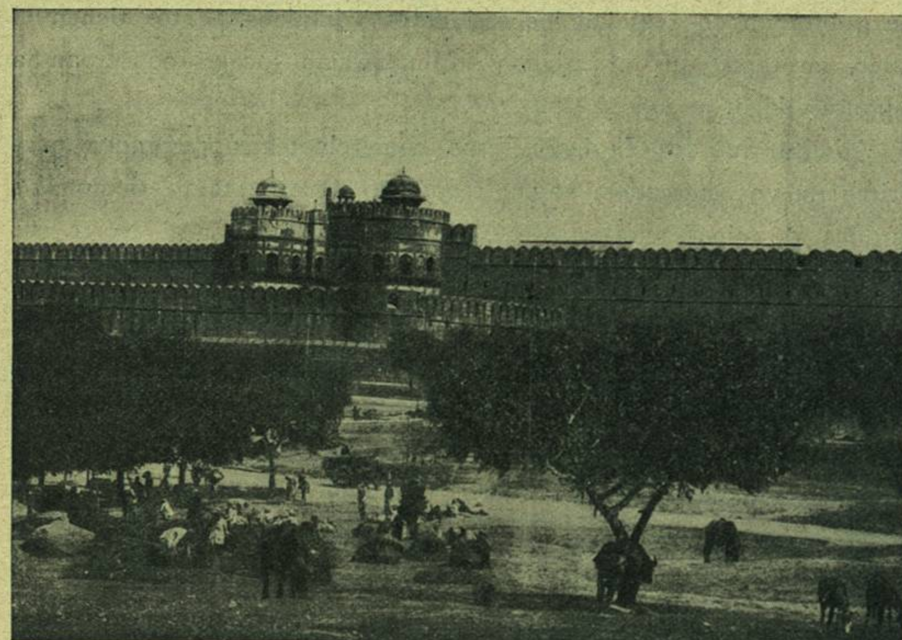
que la prudencia humana puede aconsejar para que los cimientos del gran edificio sean indestructibles. En el aparente desorden administrativo, causado por antiguas supervivencias y por el laberinto de los enclaves formados por los Estados sustraídos á la autoridad directa del imperio, todo funciona con una regularidad maravillosa. Los puntos vitales están ocupados, y la red de caminos y de ferrocarriles, aumentada cada año, permite repartir á voluntad los elementos de la fuerza soberana.

El desplazamiento gradual del centro de potencia nos facilita un índice bien claro de la solidaridad política adquirida por la dominación inglesa. En el siglo XVIII, cuando se fundó, en beneficio

de la Compañía de las Indias, el gran imperio colonial de la península Gangética, los puntos de unión, Calcuta, Madras y Bombay, eran todavía exteriores: tenían que servir en primer lugar el movimiento comercial con Europa. Pero la cohesión del conjunto exigía que la fuerza se dirigiese hacia el interior, y aunque las ciudades de tráfico sobre el contorno de la comarca conservasen su rango de capitales, la potencia militar gravitaba naturalmente hacia Dehli, la ciudad que domina á la vez las dos vertientes del Indo y del Ganges.

Según las oscilaciones de las guerras y la presión mutua de los pueblos, el foco de ataque ó de resistencia se desplazó ligeramente al Este ó al Oeste del centro natural de gravedad. El rey misionero Açoka había fijado su residencia cerca del Indo, con objeto de aproximarse á los países de ultra-montaña á donde sus enviados iban á llevar la «buena nueva». Las emigraciones de pueblos invasores solieron dar una importancia excepcional á las provincias del Noroeste, y, por esta razón, la espléndida Lahore, sobre el Ravi, fué entonces el principal centro de potencia: allí reinaron los Grandes Mongoles, después los Sikhs. Pasado algún tiempo, por la excelencia del terreno de la proximidad de Panipat, donde se disputaba el paso de la Djamna, se resolvieron entre conquistadores é indígenas los conflictos más sangrientos y decisivos: los Ingleses, á fin de permanecer dueños de esta «Bélgica del Hindostán», han establecido sus «acantonamientos» militares más poderosos á lo largo de la línea histórica: desde el Satledj hasta el Djamna bordea la vía una cadena de campamentos y ciudadelas. La Dehli actual, sucesora de otras Dehlis arruinadas que ocupaban una vasta extensión, fué la segunda capital del imperio de los Grandes Mongoles, y hasta cierto punto es todavía la capital ficticia de la península Gangética, puesto que allí se levanta el trono donde, por procuración, la reina de Inglaterra fué proclamada emperatriz de las Indias. Puede verse cómo se concentra poco á poco la vida británica sobre un contrafuerte del Himalaya, desde donde se ve á lo lejos la llanura de doble vertiente cubierta por multitudes humanas. Cuando en 1819 se elevaron las primeras quintas inglesas sobre la cresta del Simla, hubiérase podido atribuir el hecho, insignificante en apariencia, á simple casualidad; pero si la villa creció de año en año y acabó

por transformarse en ciudad y, después, en 1864, en residencia imperial, fué debido á que sus ventajas fuéronse reconociendo gradualmente. Es indudable que la mayor parte de los Ingleses que se agrupaban en la ciudad nueva no pensaban más que en asegurarse una residencia sana en una atmósfera fresca y pura, á 2,000 metros de altura media; pero los gobiernos habían comprendido, quizá ins-



Cl. J. Kuhn, Paris.

EL FUERTE DE AGRA
que data de la segunda mitad del siglo XVI.

tintivamente, que el promontorio de Simla, que domina de una parte el Satledj y de la otra un afluente del Djamna, vigila precisamente la cima del triángulo formado por el Hindostán septentrional, y guarda, por el alto valle del Satledj, la única entrada relativamente fácil del Tibet; por último, no hay ciudad alguna mejor situada, con los campamentos militares de la base, para dominar las poblaciones particularmente belicosas de las tierras inferiores, los Sikhs y los Radjpoutas.

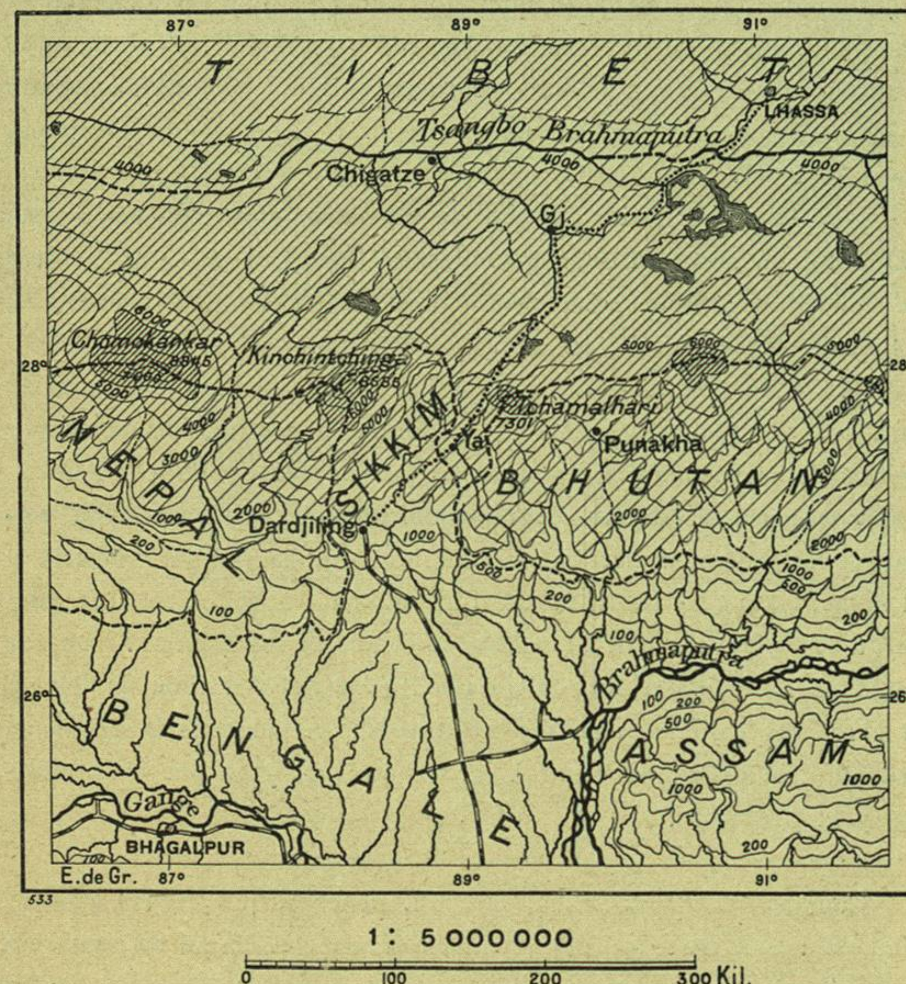
Asimismo sobre el borde de la meseta que limitan los Gaths, la ciudad de Punah, á pesar de la peste y del hambre existentes en sus contornos, ha adquirido una influencia preponderante como esta-

ción veraniega, merced á su posición relativamente saludable que domina las dos vertientes en las inmediaciones de la arista peninsular. Los demás centros administrativos y militares ocupan también puntos desde donde las tropas pueden dirigirse lo más fácilmente hacia todos los lugares donde pudiera producirse algún peligro. Los dueños de la comarca no fueron molestados en el establecimiento de su red estratégica por la existencia de grandes Estados feudatarios, que gobiernan en realidad los residentes británicos. Estos tienen el poder, en tanto que el rajah y el maharajah locales conservan la responsabilidad.

Admira que los Ingleses, esos comerciantes apresurados para abrirse nuevos mercados, hayan respetado durante tanto tiempo las murallas de cimas cubiertas de nieves que dominan al Norte sus posesiones de la India, y que no hayan adquirido más pronto derechos comerciales sobre las poblaciones pacíficas del Tibet. Las razones de esta larga abstención son múltiples: primeramente la obra de absorción de los pueblos de la frontera estaba apenas acabada, especialmente en el Nepal, vivero de soldados mercenarios; además, la menor incursión armada hacia el alto país representa un esfuerzo considerable, á causa de las largas distancias, de los penosos escalamientos, de los obstáculos naturales que presentan el suelo, el clima y la diferencia de razas. Los Ingleses habían de considerar también que los hábitos seculares del tráfico son tanto más difíciles de cambiar cuanto que las poblaciones locales, dominadas por un gobierno de sacerdotes, carecían de iniciativa. Un sistema de espionaje complicadísimo, en el que se emplean gentes de diversas razas y religiones, constituyó casi exclusivamente la acción política de Inglaterra en el Tibet. Sin embargo, está decidida, y, como por casualidad, ha escogido el momento en que el gran imperio antagónico del Norte se hallaba muy ocupado en otras regiones del planeta. Los preparativos de la expedición habían sido bien hechos y los peligros que acompañan una marcha de larga duración, á una altura de 3 á 4,000 metros, perfectamente previstos; de modo que toda la dificultad consistió en vencer la diplomacia dilatoria de los lamas por una paciencia más larga y una voluntad más fuerte. Aunque la distancia de Dardjiling á Lhassa sea sólo de 400 kilómetros,

se necesitó más de un año para recorrerla; pero al fin el Europeo pudo penetrar en la «Ciudad prohibida» (3 Agosto 1904); á lo

N.° 533. Expedición de Lhassa.



La expedición salió de Dardjiling en Junio 1903. Las negociaciones delante de Yatung (Ya.), la primera localidad tibetana, sobre la vertiente del Himalaya, duraron desde Julio á Diciembre; la garganta de la cadena principal, 4,635 metros de altura, fué atravesada el 8 de Enero 1904; se parlamentó de nuevo de Abril á Julio en Gjangtsé (Gj.); antes de llegar á Lhassa, fué preciso franquear una garganta de unos 5,000 metros de altura.

El tratado anglo-tibetano estableció mercados abiertos al comercio hindu: dos sobre el camino de Lhassa, en Yatung y en Gjangtsé, el tercero en el Tibet occidental, en Gartok, hacia las fuentes del Indo. Mediante el pago de una indemnización de mil doscientos millones y medio de francos, las tropas inglesas habían de evacuar el territorio tibetano. Esos convenios fueron cumplidos por ambas partes (1907).

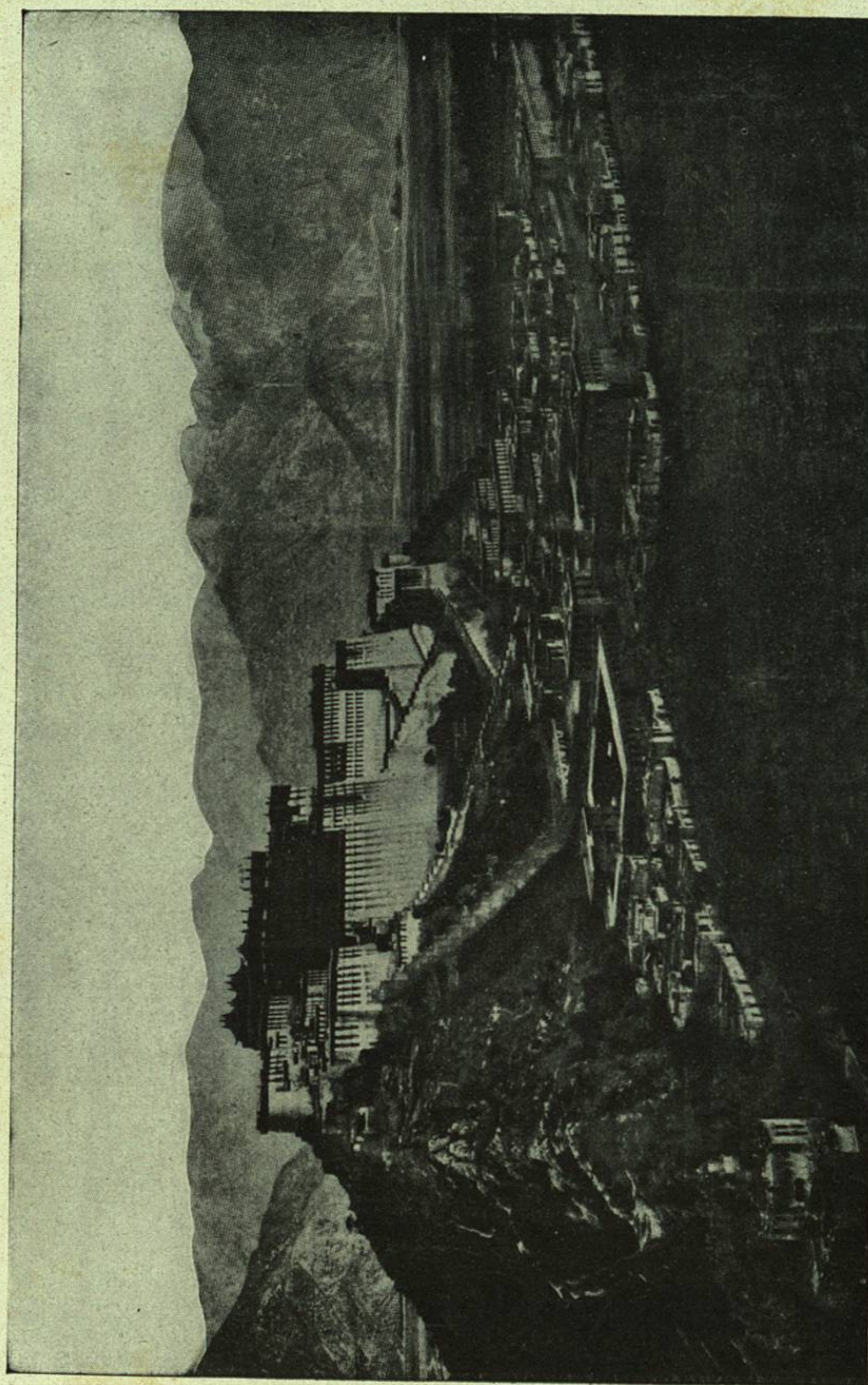
menos supo entrar en ella pacíficamente y retirarse en cuanto fué firmado el tratado. Los resultados geográficos de esa marcha en el

valle del alto Brahmaputra serán indudablemente importantísimos.

Tan grande es la extensión del imperio indio, tan variadas las multitudes de sus pueblos, que la mayor parte de los personajes que representan Inglaterra hacen honrados esfuerzos por no aumentar el extenso mundo cuyas riquezas han de administrar. Tal ha sido la prudencia, que en distintas ocasiones la Gran Bretaña ha negado á sus nacionales el permiso para organizar expediciones científicas hacia el Tibet.

Pero ese territorio asiático de tan prodigiosa extensión está expuesto, en sus contornos de miles de leguas, á tan gran número de accidentes posibles, que el más prudente de los administradores, solicitado en su mentalidad de funcionario por un doble deber nacional, el de no comprometer á su gobierno en una aventura prematura mal combinada, y el de no disminuir el prestigio británico por demasiada mansedumbre, es quizá el provocador de un conflicto y, por consecuencia, de un engrandecimiento de territorio. Sin embargo, hay regiones particularmente interesantes por la industria y el comercio, cuyo valor es tal que no ha de simularse una falsa vergüenza para suscitar las ocasiones propicias de anexión. De ese modo se ha ocupado con destreza el litoral del Arrakan, el delta y el curso del bajo Iraouaddy y los diversos Estados de la península malaya, que prometen llegar á ser pronto otra Java por los productos y la población.

Comparada con la China, la India tiene muchas menos grandes ciudades: una parte proporcionalmente más elevada de su población continúa viviendo en los campos, y seguramente el régimen de las castas es una de las causas que retarda la fundación y el crecimiento de villas y ciudades en la península Gangética. Los habitantes de la India, á quienes la industria y el comercio no han dado aún la movilidad que distingue á sus hermanos chinos, tienen una moral de casta que corresponde á sus condiciones económicas. En efecto, en una gran aglomeración de hombres es imposible, ó al menos difícil, á un hombre de alta casta evitar la aproximación, á veces hasta el contacto, de los individuos de clase baja que mancillan de lejos por su aliento á los privilegiados de origen divino. Al



Cl. Sven-Hedin.

PALACIO DEL POTALA EN LHASSA

objeto de permanecer, en cuanto sea posible, alejado de todo soplo impuro, el Malayali, es decir, el habitante del Malabar, tiene el cuidado de acostarse en la parte absolutamente central de la casa, la cual está asimismo situada en medio del jardín, á igual distancia de las multitudes que transitan al otro lado de la pared de tierra. Pero si las ciudades son raras en las comarcas donde el régimen de la casta se observa en todo su rigor, puede decirse que, por contraste, una villa continua se extiende á lo largo de los caminos, lo que admiraba al gran viajero árabe Ibn-Batuta y lo que admira igualmente en nuestros días á los visitantes europeos de las costas del Malabar ó de Ceylan: «Sobre toda esa longitud del País de la Pimienta, que es de dos meses enteros de camino, no hay un solo sitio inculto, porque cada uno tiene su jardín y una casa en medio de ese jardín, con una barrera de madera que separa del camino la casa de cada habitante». El cuidado de la pureza familiar perfecta va tan lejos, que cada vivienda tiene un nombre diferente según la casta del que en ella reside: el brahmán de noble raza y el brahmán inferior, el poderoso kchatrya y el de menor importancia, el servidor del templo, los artesanos, el paria y el hijo de esclavo constituyen grupos á los que corresponden exactamente jerarquías de castas diversamente designadas.

Además esas castas rígidas, que se creen inmutables y que deberían serlo siguiendo los códigos que dictaron los antiguos dominadores, no cesan de modificarse forzadas por los cambios económicos. En las provincias del Norte principalmente, donde el movimiento histórico se precipita más vivamente que en el Mediodía de la península, una constante evolución exalta ciertas familias y rebaja otras.

Hay brahmanes de alta aristocracia, como los del Avuah, que se sienten seres tan superiores que no consentirían jamás relacionarse con otros «dos veces nacidos», por ejemplo, con los Namburs de la costa de Malayalam; pero un simple accidente puede despojarles del carácter sagrado del brahmán: que la lepra le toque, y decae en seguida; que contraiga una alianza inferior, y todos se separarán de él con repugnancia. Hay casos remediables de pérdida de la nobleza de casta y que permiten remontar los grados de donde se cayó; mas para recobrar su rango, ¡cuántas oraciones se han de recitar,

objeto de permanecer, en cuanto sea posible, alejado de todo soplo impuro, el Malayali, es decir, el habitante del Malabar, tiene el cuidado de acostarse en la parte absolutamente central de la casa, la cual está asimismo situada en medio del jardín, á igual distancia de las multitudes que transitan al otro lado de la pared de tierra. Pero si las ciudades son raras en las comarcas donde el régimen de la casta se observa en todo su rigor, puede decirse que, por contraste, una villa continua se extiende á lo largo de los caminos, lo que admiraba al gran viajero árabe Ibn-Batuta y lo que admira igualmente en nuestros días á los visitantes europeos de las costas del Malabar ó de Ceylan: «Sobre toda esa longitud del País de la Pimienta, que es de dos meses enteros de camino, no hay un solo sitio inculto, porque cada uno tiene su jardín y una casa en medio de ese jardín, con una barrera de madera que separa del camino la casa de cada habitante». El cuidado de la pureza familiar perfecta va tan lejos, que cada vivienda tiene un nombre diferente según la casta del que en ella reside: el brahmán de noble raza y el brahmán inferior, el poderoso kchatrya y el de menor importancia, el servidor del templo, los artesanos, el paria y el hijo de esclavo constituyen grupos á los que corresponden exactamente jerarquías de castas diversamente designadas.

Además esas castas rígidas, que se creen inmutables y que deberían serlo siguiendo los códigos que dictaron los antiguos dominadores, no cesan de modificarse forzadas por los cambios económicos. En las provincias del Norte principalmente, donde el movimiento histórico se precipita más vivamente que en el Mediodía de la península, una constante evolución exalta ciertas familias y rebaja otras.

Hay brahmanes de alta aristocracia, como los del Avuah, que se sienten seres tan superiores que no consentirían jamás relacionarse con otros «dos veces nacidos», por ejemplo, con los Namburs de la costa de Malayalam; pero un simple accidente puede despojarles del carácter sagrado del brahmán: que la lepra le toque, y decae en seguida; que contraiga una alianza inferior, y todos se separarán de él con repugnancia. Hay casos remediables de pérdida de la nobleza de casta y que permiten remontar los grados de donde se cayó; mas para recobrar su rango, ¡cuántas oraciones se han de recitar,

cuántas vergüenzas y mortificaciones se han de sufrir! La expiación material, que consiste en no beber más que orines y no tomar más alimento sólido que el recogido en la boñiga de vaca, es un símbolo de las expiaciones morales á que el decaído ha de someterse. Sucede en algunas circunstancias excepcionales, que la pobreza no extingue la radiación de gloria que rodea la cabeza de los brahmanes, gracias á su reputación de santidad, á la virtud de sus maceraciones; pero, cuando se prolonga, la miseria es siempre causa de decadencia, habiéndose visto tribus de brahmanes que han llegado hasta vender sus hijas, y, por el contrario, el dinero ha procurado muchas veces la alta nobleza que no había dado el nacimiento. «La casta está en la caja de caudales» es un dicho favorito de los banqueros de Murchidabad; asimismo, repitiendo una leyenda tan fácil de comprender como la de la lluvia de oro que fecundó á Danae, los radjah de Travancore se dicen haberse convertido en brahmanes pasando por el vientre de oro de una vaca mágica. Los Haitianos, entre los cuales los negros y mulatos constituyen dos castas enemigas, expresan la misma idea en un cándido proverbio: «*Neg riche li milate; milate pauv, li neg*», es decir, «Al negro rico le llaman hombre de color, al mulato pobre se le llama vil negro».

En el mundo infinito de las castas, entre los «dioses sobre la Tierra» y los inmundos Tchandalas, se depositan muchas estratificaciones de una manera incierta y flotante, por decirlo así, á consecuencia del vaivén constante de la evolución económica. Hay castas que perecen como resultado de un cambio político de una revolución comercial; otras surgen, suscitadas por un nuevo medio: tal la casta de los palafreneros ó *cavaleres*, que nació después de la llegada de los Portugueses á Ceylán. El régimen británico, acompañado de nuevas industrias que suplantaban profesiones antiguas, tuvo por consecuencia en muchos puntos toda una nueva jerarquía de clases. Las castas de vagabundos existen todavía, lo mismo que las de ladrones; pero las de los asesinos, como lo eran antes los Thugs, parecen haber sido exterminadas, á menos que no subsistan algunos restos y ceremonias simbólicas representantes de actos sanguinarios. Entre las tribus más curiosas, existía una sobre la costa de Malabar, que el viajero Pyrard describe con cándida admiración

á causa de las dos fases alternantes de su vida y de su moral: allí se entregan las gentes, según el cambio de los monzones, unas veces á la industria de los naufragios, otras á los trabajos del campo, mostrándose, conforme á las exigencias de su medio, crueles piratas ó dulces y honrados agricultores. Entre los descendientes de aquellos depredadores suelen los Ingleses reclutar sus agentes de policía: el influjo de la herencia debe hallarse en el nuevo oficio.



NASSICK, SOBRE EL GODAVERI

Á 150 kilómetros al Este de Bombay.

En el sud de la India, donde el régimen de las castas tiene tanta potencia, prevalece otra división social, desconocida en las comarcas del Norte. Los habitantes clasificados pertenecen todos á la «Derecha» ó á la «Izquierda», según las prescripciones religiosas relativas á las abluciones: unos deben lavarse el cuerpo empleando sólo la mano derecha y los otros sirviéndose únicamente de la mano izquierda. Los Hindus se han ingeniado para observar, en el género de vida ó en los hábitos de trabajo, diferencias insignificantes, pero suficientes, no obstante, á sus ojos para justificar la creación de castas absolu-

tamente distintas. Así, por ejemplo, en una parte de la India está prohibido el matrimonio entre los pescadores que sacan las redes de derecha á izquierda y los que trabajan en sentido inverso. El modo de fabricación de la manteca de leche crea castas correspondientes. En Cattak, capital de Orissa, el alfarero que está en pie para tornear grandes cántaros no se dignaría tocar al artista que se sienta para modelar vasos pequeños [1]. Por una rareza singular de las cosas, una tribu, la de los Tchakkilis, forma parte por sus hombres y sus mujeres de los dos grupos opuestos, y cuando las castas de la Derecha y las de la Izquierda están en conflicto, es necesario proceder á un divorcio general en la tribu: todas las mujeres y todas las muchachas se van á la vez, y luego, cuando llega la reconciliación de las castas, un matrimonio colectivo reconstituye la gran familia. No hay combinación social, por absurda que parezca, que no se realice ó no se haya realizado en algún rincón del mundo.



Cl. del *Globus*.

LAMA DEL SIKKIM

De hecho, la naturaleza del hombre es de tal plasticidad, que acaba por acomodarse á las situaciones más atroces, por adaptarse á las enfermedades, á los tormentos, á las humillaciones. Las castas, por humildes que fuesen, habían aprendido á considerarse como

[1] Richard Garbe, *Indisches Leben;* citado por R. von Ihering, *Les Indo-Européens avant l'Histoire*, trad. Meulenaere, p. 84.

cuerpos privilegiados, y defendían la pureza de su sangre con la misma religión que los brahmanes. Los que eran desechados de todos no tenían más que un asilo, el de su propia casta, que les era infinitamente dulce y querida [1]. Además, preciso es decirlo, en la jerarquía de las castas hindus, todo hombre tiene su estatuto, y, por vil que sea, conserva sus derechos á la tierra, á la fortuna, á la vida, á la familia [2]; no pueden decir otro tanto los vagabundos ni los mendigos de nuestras sociedades. Por desgraciada y despreciada que sea una casta, es todavía muy favorecida en comparación de las gentes sin casta ni clase, de todos aquellos á quienes se considera como si no tuvieran existencia humana: en la época de la conquista aria, tal era la condición de los Tchandalas, á quienes se tenía como una especie de basurero. Así están actualmente los Paliyar de la India meridional, cuyo nombre suele confundirse con el de los Pariah, que constituyen una casta bien establecida, que hasta goza de algunos privilegios, especialmente en la «Ciudad Negra» de Madras, durante las fiestas de la «Buena Madre», divinidad comparable á la Demeter de los Helenos y á la «Buena Madre» de los Marselleses [3]. En otro tiempo las gentes de casta tenían derecho de vida y muerte sobre los Paliyar: todo en ellos era infame, su cuerpo, su aspecto, su aliento, su sombra, la tierra que habían tocado. Les está prohi-



Cl. del *Globus*.

REINA DE SIKKIM, DE RAZA TIBETANA

[1] H. H. Wilson, *Essays and Lectures, chiefly on the religion of the Hindus;* — Ernest Nys, *L'Inde aryenne*, p. 13.
[2] Henri Deloncle, *Revue Universitaire*, Bruselas, Enero-Febrero, 1898, p. 16.
[3] Caldwell, *Dravidian Languages;* — Julien Vinson, *Les Castes du Sud de l'Inde*, «Revue Orientale», 2.ª serie, n.º 4.

bido construir poblaciones. Cuando obtienen una limosna, después de haberla implorado á distancia, van á revolcarse en el polvo ó en el fango. Hablando de sí mismos y de sus cosas delante de un hombre de casta, deben aplicarse los calificativos más despreciables [1].

Nada más extraño que la «regla de la etiqueta» fijado por el «Código de los Gentoux», en la costa del Malabar. Dada la presencia de un brahmán, á pie ó montado sobre un elefante como es conveniente, es necesario que el Nair, es decir, el militar, el oficial indígena, permanezca á dos pasos al menos delante del amo, después ha de quedar un intervalo vacío de treinta y cinco pasos hasta el Tayer — el humilde agricultor — y, por último, á la distancia de cien pasos puede recogerse el despreciado Paliyar. Todas esas impertinencias explican el movimiento que inclina á tan gran número de Hindus de las castas inferiores á convertirse al mahometismo. En el Malabar, la casta de los Cheruman, compuesta de hijos de esclavos, disminuye muy rápidamente, mientras que los fieles aumentan en gran número en la religión mahometana. La causa de esas conversiones es evidente: el Cheruman que se adhiere al Islam gana en seguida en consideración: nadie le insulta ya; cuenta con amigos y defensores [2]. Sin embargo, su mahometismo no se parece al del Arabe: yendo el uno delante del otro, el hinduismo y el culto del Dios único se modifican mutuamente. La India, esencialmente politeísta, ha acabado por abrir su panteón al Islam, la más monoteísta de las creencias. Para los mulsumanes hindus, Mahoma y todos los profetas y santones famosos de sus antiguas religiones son otros tantos dioses. El sistema de las castas ha prevalecido á pesar de las enseñanzas igualitarias del Corán, y en ciertas partes del Dekkan ha llegado á ser casi imposible distinguir el mahometismo del brahmanismo [3].

Y no es este un fenómeno particular á la fe musulmana. Las religiones y las sectas se han sucedido al infinito en la India, pero la casta, aunque transformándose constantemente, ha subsistido siempre. Aquellos mismos que la combaten han acabado por confor-

[1] William Logan, *Malabar*, vol. I, ps. 82 y siguientes.
[2] *Ibid.*, vol. I, p. 148.
[3] Léopold de Saussure, *Psychologie de la Colonisation française*, ps. 58-59.

marse con ellas, adaptando y viciando su doctrina. Los budhistas han transformado las castas en sociedades; los Sikhs y los Thugs las habían reconstituído en sociedades secretas; el mismo cristianismo las adoptó fácilmente, y los jesuítas establecidos en la misión de



Cl. J. Kuhn, Paris.

UNA CALLE DE BOMBAY

Madura, hacia la extremidad meridional de la península Gangética, supieron aprovechar admirablemente el régimen de las castas para elevarse por la penitencia hasta la dignidad de «brahmanes romanos» [1], hasta el punto de ignorar con soberbia la existencia de sus

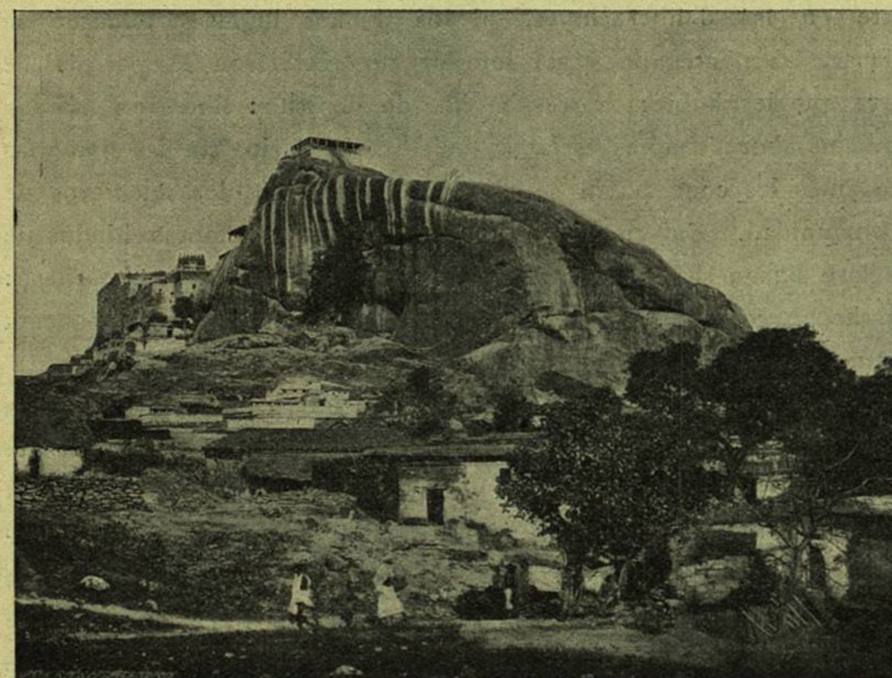
[1] Mount-Stuart; — Henri Deloncle, *Revue Universitaire*, Bruselas, Marzo-Abril, 1898, páginas 116-119.

colegas religiosos de hábito diferente. Judíos y Parsis han hecho lo mismo, y en cuanto á los gobiernos políticos, respetan tanto mejor el sistema de las castas, cuanto que tratan de encajar en él sus propias castas jerárquicas de altos y bajos funcionarios. Hasta las mismas familias se dividen en castas, porque los Ingleses han tenido gran cuidado de clasificar aparte, y muy lejos de ellos, los llamados Eurasios — Europeos asiáticos —, que son gente de su raza, sus hijos y sus hermanos, pero nacidos de mujeres indígenas. Todavía, al principio del siglo XIX, cuando el vapor no había aproximado las Indias á Inglaterra, los Ingleses que vivían como patriarcas con mujeres hindus no lo ocultaban, no habiendo de sufrir las miradas escrutadoras de los moralistas de la madre patria: conservaban consigo sus hijos, no avergonzándose de amarles ni de darles una carrera; pero actualmente ha triunfado la virtud oficial y las consecuencias han sido fatales para los Eurasios, á quienes se relega á los empleos inferiores y la vida baja de la sociedad hindu.

Las condiciones económicas creadas por la industria moderna concuerdan perfectamente con el régimen de las castas, transformándole de diversos modos. La casta, cuyas necesidades se regulan de antemano, se constituye con facilidad en sociedad de consumo bajo forma europea, puesto que ya lo era por su funcionamiento natural. Muchas castas se formaban como siendo sociedades de producción, facilitando la conservación de los secretos industriales por medio de un lazo muy estrecho de comunidad entre todos los colaboradores. Las castas comerciales fueron en todo tiempo las principales intermediarias del tráfico hindu: los Banyans del Gudjerat, que monopolizan y dirigen actualmente todavía casi todo el comercio de Africa y de Arabia con Bombay y la costa del Malabar, representan un conjunto de castas vaisya de más de cinco millones de Bengaleses y durante este siglo se ha visto nacer una poderosísima sociedad comercial compuesta únicamente de *Nattecotechetti* tamoul de la India meridional, que, gracias á su solidaridad, cubren ahora con sus bancos y contadores la península malaya y el archipiélago indonesio [1].

[1] Henri Deloncle, *memoria citada*, p. 122.

Evidentemente la India, siempre flexible en sus formas exteriores, aunque conservadora y tenaz en sus ideas fundamentales, sabrá también adaptarse al movimiento socialista que le llega de Europa, y esta adaptación será facilísima si, bajo la influencia de recuerdos atávicos, se considera por los participantes como una verdadera restauración. Los Ingleses han desorganizado las comunidades antiguas en beneficio de toda clase de parásitos, príncipes, mercaderes y



Cl. J. Kuhn, Paris.

ROCA DE TRITCHINOPOLY, INDIA MERIDIONAL

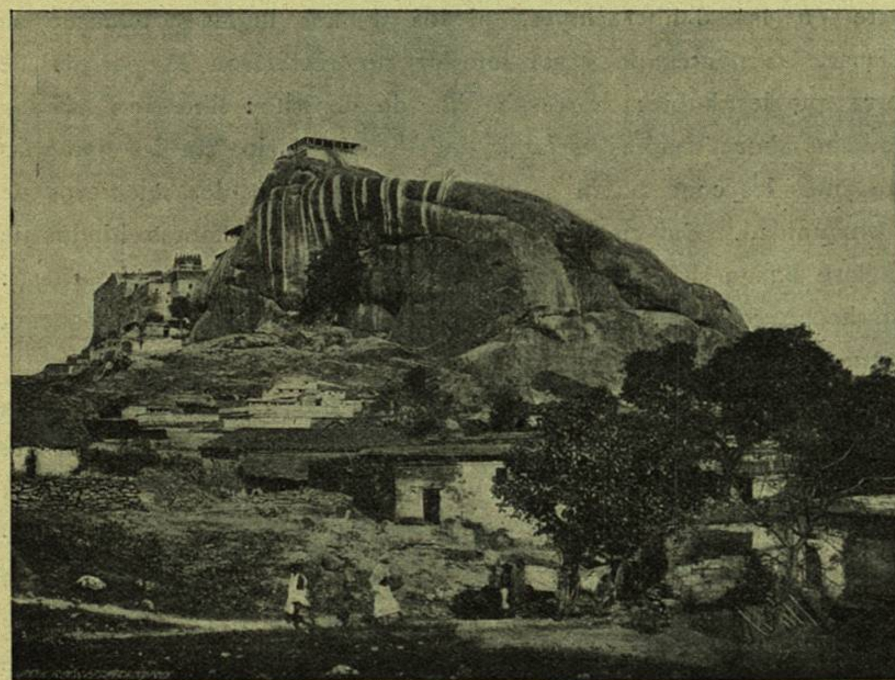
recaudadores de impuestos. Cada villa formaba en otro tiempo un conjunto bien rimado, donde cada uno tenía asegurada la posesión del suelo y las facilidades de trabajo y de un funcionamiento regular de la existencia comunitaria. En todas las villas arias estaban asegurados los servicios públicos por la elección de doce hombres que trabajaban gratuitamente por los habitantes á cambio de su manutención. De ese modo cada villa tenía su carpintero, su zapatero, su herrero, su planchador y su barbero. Así también, en país dravidio, las antiguas agrupaciones se habían conservado hasta una época reciente y bajo formas arcaicas muy curiosas, que la brutal

colegas religiosos de hábito diferente. Judíos y Parsis han hecho lo mismo, y en cuanto á los gobiernos políticos, respetan tanto mejor el sistema de las castas, cuanto que tratan de encajar en él sus propias castas jerárquicas de altos y bajos funcionarios. Hasta las mismas familias se dividen en castas, porque los Ingleses han tenido gran cuidado de clasificar aparte, y muy lejos de ellos, los llamados Eurasios — Europeos asiáticos —, que son gente de su raza, sus hijos y sus hermanos, pero nacidos de mujeres indígenas. Todavía, al principio del siglo XIX, cuando el vapor no había aproximado las Indias á Inglaterra, los Ingleses que vivían como patriarcas con mujeres hindus no lo ocultaban, no habiendo de sufrir las miradas escrutadoras de los moralistas de la madre patria: conservaban consigo sus hijos, no avergonzándose de amarles ni de darles una carrera; pero actualmente ha triunfado la virtud oficial y las consecuencias han sido fatales para los Eurasios, á quienes se relega á los empleos inferiores y la vida baja de la sociedad hindu.

Las condiciones económicas creadas por la industria moderna concuerdan perfectamente con el régimen de las castas, transformándole de diversos modos. La casta, cuyas necesidades se regulan de antemano, se constituye con facilidad en sociedad de consumo bajo forma europea, puesto que ya lo era por su funcionamiento natural. Muchas castas se formaban como siendo sociedades de producción, facilitando la conservación de los secretos industriales por medio de un lazo muy estrecho de comunidad entre todos los colaboradores. Las castas comerciales fueron en todo tiempo las principales intermediarias del tráfico hindu: los Banyans del Gudjerat, que monopolizan y dirigen actualmente todavía casi todo el comercio de Africa y de Arabia con Bombay y la costa del Malabar, representan un conjunto de castas vaisya de más de cinco millones de Bengaleses y durante este siglo se ha visto nacer una poderosísima sociedad comercial compuesta únicamente de *Nattecotechetti* tamoul de la India meridional, que, gracias á su solidaridad, cubren ahora con sus bancos y contadores la península malaya y el archipiélago indonesio [1].

[1] Henri Deloncle, *memoria citada*, p. 122.

Evidentemente la India, siempre flexible en sus formas exteriores, aunque conservadora y tenaz en sus ideas fundamentales, sabrá también adaptarse al movimiento socialista que le llega de Europa, y esta adaptación será facilísima si, bajo la influencia de recuerdos atávicos, se considera por los participantes como una verdadera restauración. Los Ingleses han desorganizado las comunidades antiguas en beneficio de toda clase de parásitos, príncipes, mercaderes y



Cl. J. Kuhn, Paris.

ROCA DE TRITCHINOPOLY, INDIA MERIDIONAL

recaudadores de impuestos. Cada villa formaba en otro tiempo un conjunto bien rimado, donde cada uno tenía asegurada la posesión del suelo y las facilidades de trabajo y de un funcionamiento regular de la existencia comunitaria. En todas las villas arias estaban asegurados los servicios públicos por la elección de doce hombres que trabajaban gratuitamente por los habitantes á cambio de su manutención. De ese modo cada villa tenía su carpintero, su zapatero, su herrero, su planchador y su barbero. Así también, en país dravidio, las antiguas agrupaciones se habían conservado hasta una época reciente y bajo formas arcaicas muy curiosas, que la brutal

intervención del dominador extranjero perturba cada vez más. El fisco exige el impuesto, no de la totalidad de la villa, sino del habitante como individuo, y éste ha de ingeniarse personalmente para ganar las annas y las rupias que ha de entregar en manos del recaudador. Es indudable que la consecuencia normal de la desintegración de las villas debería ser la atribución de una parte de tierra á cada uno de los antiguos participantes, pero como las tradiciones de casta impidieron á los Madigas y otros proletarios tomar parte en las deliberaciones, ni los dueños ingleses tomaron su defensa, las gentes de casta inferior no recibieron la parcela de tierra que les hubiera correspondido de derecho: libres en principio, son ahora simples esclavos, sujetos al salario, sin las garantías que antes les concedía la solidaridad social entre los miembros de la comunidad. En cuanto á los Sudras, representantes hindus de la clase burguesa, se han convertido en los únicos propietarios [1]: han hecho como la burguesía francesa, su revolución del «ochenta y nueve».

Todas esas diversas y rápidas evoluciones demuestran que la India se desarrolla en armonía lejana con Europa, á pesar de la distancia que sus conquistadores y dominadores quisieran conservar á todo trance entre ellos y sus súbditos. Por más que el Inglés desprecie al Hindu y reniegue de su propia descendencia, el Hindu no deja de hacerse Inglés estudiando las ciencias y todas las cosas de la civilización contemporánea en los libros ingleses que reciben de Europa, y con motivo de las reuniones anuales en que se juntan sucesivamente en las ciudades principales, casi á la manera de un Parlamento, cerca de un millar de delegados procedentes de todas las partes de la península, los oradores han debido adoptar la lengua inglesa como idioma de comprensión común, porque, en efecto, Arios y Dravidios, Sikhs, Djainis, Bengalis, Malarates, Radjpoutas, Dekkaneses, Malayalis y Kalingas no se entenderían entre sí si emplearan sus lenguajes respectivos. La literatura científica inglesa se enriquece cada año con obras de medicina, de arqueología, de crítica religiosa, de historia y de sociología, escritos por sabios de

[1] Emma Rauschenbusch-Clough, *While Sewing Sandals*, p. 309.

origen hindu, y sabido es que en el curso de la última generación ha hecho muchos adeptos el neo-budhismo, predicado por los *mahatma* de la India en Europa y en el Nuevo Mundo. Además la muerte de Darwin, para los budhistas cinghaleses, fué ocasión de grandes manifestaciones de simpatía [1]. Hasta el racionalismo europeo, bajo el nombre de brahma-somadj, trata de simplificar, de clasificar y, en resumen, de relegar á las cosas pasadas el inmenso y vertiginoso caos del paganismo brahmánico.

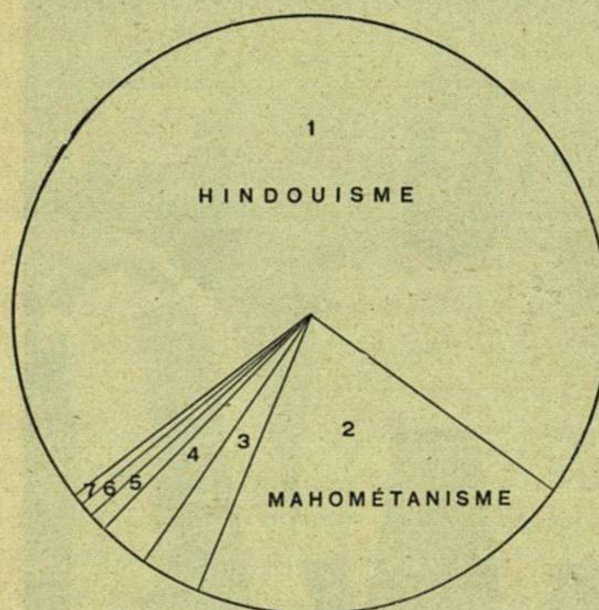


Cl. del *Globus*.
MAHOMETANOS DE CEYLÁN

Entre los progresos que se ponen al activo del gobierno inglés de las Indias, los patriotas británicos se complacen en citar la abolición de los *sati* ó sacrificio de las viudas sobre la hoguera de los esposos; sin embargo, más admirable es, por el contrario, que, á pesar de la presión de la opinión pública en Inglaterra, más respetada por los dueños de la India que la opinión de las mismas naciones hindus, la Compañía de las Indias haya tolerado tanto tiempo el suicidio de las mujeres en los serrallos de los príncipes. Verdad es que, según los tratados, los conquistadores europeos se habían comprometido á respetar los hábitos, costumbres y preceptos religiosos de los indígenas; ¡pero cuántas veces se habían violado

[1] Bordier, *Bulletin de la Société d'Anthropologie de Paris*, sesión de 5 Febrero 1885.

los tratados cuando se trataba de aumentar el rendimiento de los impuestos! Aparte de que, en ese caso particular, no era verdad que el sacrificio de las viudas estuviese ordenado por los textos sagrados, y los sabios indianistas, Wilson el primero [1], demostraron fácilmente, por las citas del Rig-Veda, que las mujeres no debían acompañar al muerto al más allá. Se probó de una manera perentoria que Colebrooke había sido engañado ó se dejó engañar por unos brahmanes cuando admitió la autenticidad de los pasajes intercalados en los textos primitivos, y concluyó, por consecuencia, afirmando el deber de las viudas hindus de entregarse al fuego al lado del cadáver de su esposo [2]. El verdadero texto, que afirmaba lo contrario: «¡Levántate, mujer, vuelve al mundo de la vida!» fué restituído en la edición auténtica, y, no obstante, la práctica del sacrificio de las viudas quedó todavía permitido durante muchos años.



RELIGIONES DE LA INDIA

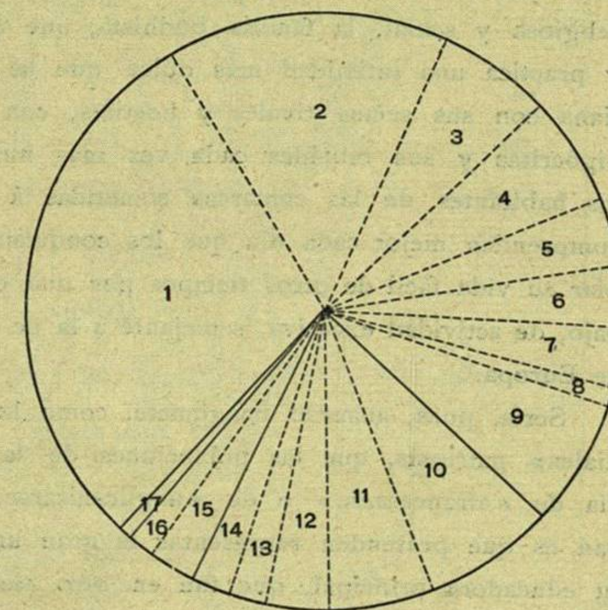
1. Hinduismo. — 2. Mahometismo. — 3. Budhismo. 4. Animismo. — 5. Cristianismo (Católicos 41 %, Protestantes 35 %, Sirios 20 %, otros 4 %). — 6. Sikhs. 7. Djainis. — 8. Otras religiones.

La India inglesa, con Ceylán, dependencia natural, erigida en colonia distinta, forma, pues, todo un mundo que, á pesar de las tradiciones de antigüedad, se agrega definitivamente á Europa: Arios del Este y Arios del Oeste se reconocen como procedentes del mismo origen.

[1] *La prétendue autorité védique que l'on invoque pour justifier le suicide des veuves.*

[2] *Essay on the duties of a faithful hindu widow.* «Asiatic Researches», vol. IV, ps. 209, 219. Calcuta.

En cuanto á las poblaciones indo-chinas é indonesias, impulsadas también por la fuerza de las cosas, están en la misma zona de atracción, aunque habiendo llegado por caminos algo diferentes. Mientras que los Hindus, habituados á la servidumbre desde hace decenas de siglos, se abandonan á su destino sin resistencia, la mayor parte de los habitantes de la Indo-China, entre los cuales las tribus llamadas salvajes ocupan todavía la mitad del territorio, resisten moralmente á la conquista. Bien comprenden que toda resistencia sería imposible, y sufren en silencio las humillaciones y las depredaciones que insolentes vencedores prodigan siempre á los vencidos; pero no olvidan esas vergüenzas, las inscriben en el tesoro de su memoria y legarán su recuerdo á las generaciones futuras. Porque no admiten en manera alguna el epíteto de «raza inferior» con que las gratificó neciamente un político del Parlamento francés; todo lo contrario, pueden creerse superiores por el origen y la tradición: hacía ya mucho tiempo que eran cultos cuando los Occidentales se hallaban todavía en plena barbarie primitiva. No solamente los letrados del Extremo Oriente, sino también el pueblo ínfimo de los Barmans y Siameses, Laocios, Cambodgianos y Annamitas tienen perfecta conciencia de esta antigüedad histórica,



LENGUAS DE LA INDIA

Lenguas arias: 1. Hindi. — 2. Bengali. — 3. Mahrati. 4. Pendjabi. — 5. Rajastani. — 6. Gudjerati. — 7. Uriya. 8. Sindhi. — 9, otras lenguas arias.

Lenguas dravidias: 10. Telugu. — 11. Tamil. — 12. Kanarais. — 13. Malayalam. — 14, otras lenguas dravidias.

Lenguas indo-chinas: 15. Barman. — 16. Tibetan, etc.

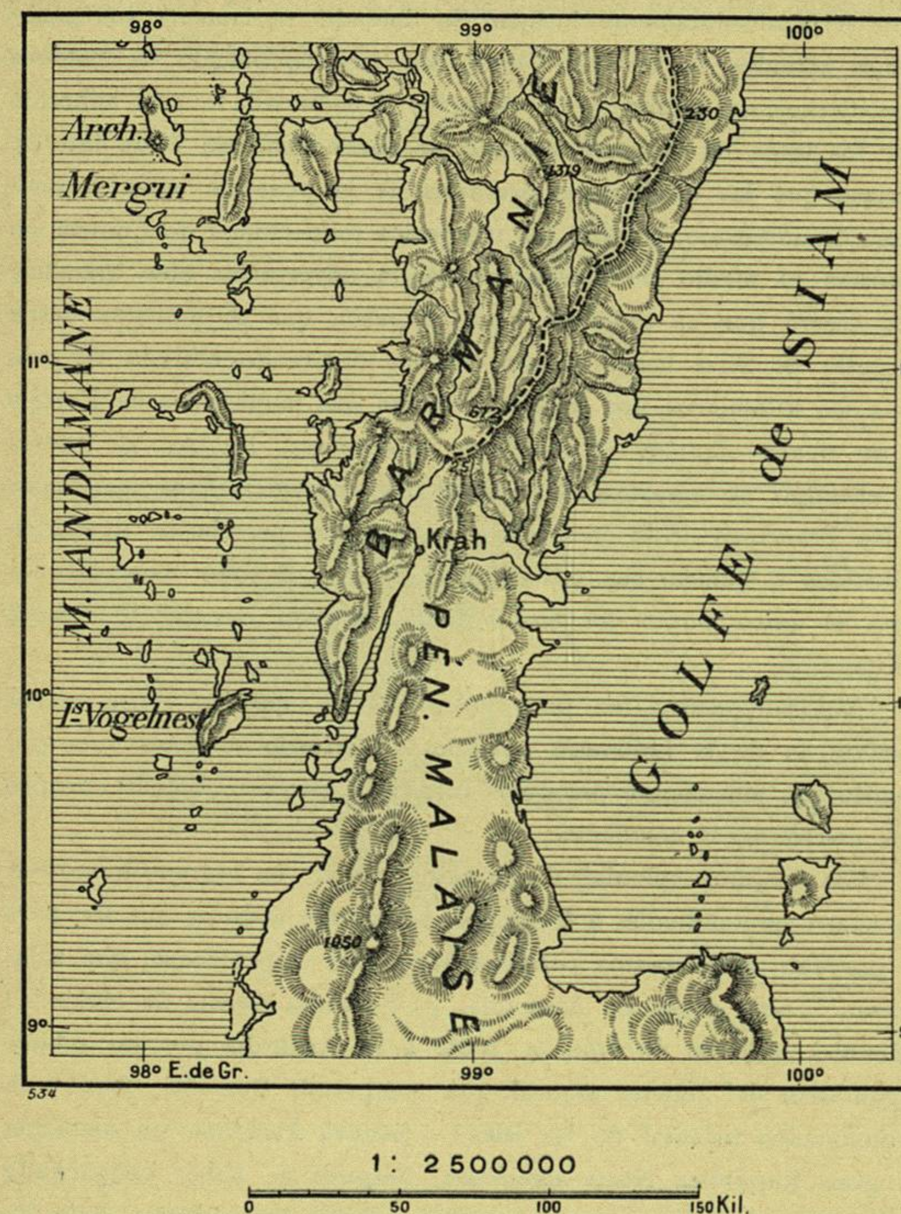
Lenguas diversas: 17, entre las cuales el inglés (250,000 personas) forma cerca de la sexta parte.

de ese derecho de primogenitura que, según parece, debería atraerle el respeto y la deferencia entre los recién llegados de las naciones occidentales; mas por una falta absoluta de táctica se erigen, por el contrario, éstos en protectores ó en amos. Los Orientales, muy especialmente los Indo-Chinos, Barmans, Siameses y Cambodgianos, tienen conciencia de otro hecho que les da sobre los Europeos una superioridad real: forman parte de una familia á la vez religiosa y social, la familia budhista, que está mucho más unida y practica una intimidad más dulce que la supuesta familia cristiana con sus sectas rivales y hostiles, con sus indiferentes, sus hipócritas y sus rebeldes cada vez más numerosos. Por último, los habitantes de las comarcas sometidas á la influencia europea comprenden mejor cada día que los conquistadores tratan de cambiar su vida fácil de otros tiempos por una existencia de rudo trabajo, de actividad excesiva, semejante á la de los obreros proletarios de Europa.

Sería, pues, absurdo imaginarse, como lo hacen ciertos «coloniales» patriotas, que las poblaciones de la Indo-China estén en vía de «afrancesarse» ó de «anglicanizarse» directamente. Verdad es que pretenden representar la gran unidad mundial, pero á su educadora principal, que fué en otro tiempo la India, ha sucedido la China, y ahora el Japón toma también parte en la obra de iniciación: el carácter preponderante en la evolución de la vida íntima de los Indo-Chinos pertenece á la cultura del Extremo Oriente. Es interesante observar que la conquista de las vías de alta mar, habiendo sido acompañada del cierre correspondiente de las vías de tierra, ha contribuído materialmente á poner la Indo-China bajo la tutela del mundo amarillo. La península Gangética está separada de la de Mekong por la lengua de tierra de 1,200 kilómetros de longitud que termina en Singapur, pero, abriendo el istmo de Krah, obra singularmente fácil entre todas las similares, el Europeo atraería los 30 millones de Indo-Chinos á la órbita de los 300 millones de Hindus: la distancia de Calcuta á Saigon se reduciría casi á la mitad, y mejorando el material del tráfico internacional, el blanco trabajaría por la independencia relativa de

los grupos humanos frente á la potencia conquistadora que surge en el Pacífico.

N.° 534. Istmo de Krah.



En nuestros días la fuerza material se manifiesta exponiendo que ha de tener su punto de apoyo eficaz y necesario, no en los arsena-

les de Brest y de Tolón, ni tampoco en los de Portsmouth y de Plymouth, sino en los de Yokohama y de Nagasaki. Es seguro que si Francia, mal aconsejada, se enemistara con el Japón para conformarse dócilmente con la política de Rusia en los mares del Pacífico, sería absolutamente incapaz de defender seriamente sus posesiones actuales de la Indo-China; no tiene población de colonos verdaderamente arraigada en el suelo, y nadie allí le está adherido por los lazos de simpatía natural, de reconocimiento ó de interés. Diríase que las condiciones precarias de la posesión están reconocidas de antemano, porque los territorios indo-chinos de Francia no tendrían el medio de defenderse contra adversarios bien armados. ¿Se creerá que en todo ese vasto imperio, que se extiende desde el golfo de Siam hasta Hainan, en un desarrollo costeño de más de 2,000 kilómetros, los soldados reciben sus municiones de Europa y no tienen siquiera el medio de fabricarlas? En caso de guerra el enemigo se apresuraría á cortar las comunicaciones marítimas, y los Franceses de la comarca y sus escasos partidarios quedarían reducidos á quemar sus últimos cartuchos[1]; el cabo Saint-Jacques sería el único punto del litoral donde podrían intentar la defensa militar.

Esta perspectiva tan poco halagüeña es también, y con mayor motivo, la de la Indonesia holandesa, territorio inmenso que, por decirlo así, únicamente pertenece todavía al pequeño Estado europeo por efecto de la costumbre.

Ese conjunto colonial, de un valor infinito, ha logrado hipnotizar ya cuatro pretendientes á lo menos, suscitando codicias que son para el porvenir otros tantos peligros que temer y problemas que solucionar. ¿Será presa de Alemania, ya heredera directa de Holanda? ¿Reunirá la Gran Bretaña la India á la Australia por los pilares gigantescos del puente natural que comprende Sumatra, Java y la prolongación oriental de las islas? ¿Sentirá aumentar su ambición la gran República Norte-americana, después de haber conquistado ya las islas Filipinas, y se apropiará todavía otras tierras, bajo un

1 *Questions diplomatiques et coloniales*, 15 Marzo 1902.

pretexto cualquiera de «destino manifiesto»? ¿Acaso el Japón, el más joven entre los actuales Estados militares y conquistadores, se hará el campeón de las razas de Asia contra los invasores europeos y proclamará que en lo sucesivo la Malasia debe pertenecer á los Malayos? En parte alguna del mundo se halla más incierto el equilibrio de las potencias.





EL NUEVO MUNDO Y LA OCEANÍA

La República brasileña es la más bella fábrica étnica del planeta; blancos y negros se funden allí en un tipo nuevo.

CAPÍTULO VI

Primacía de los Estados Unidos.
Reparto de la población americana. — Indios. — Negros.
Condiciones materiales, intelectuales y morales.
Méjico. — Unidad geográfica de la América del Sud.
Presión europea. — Mezcla de las razas, influencia incásica.
Costumbres del mundo oceánico.
Raiatea. — Misión del Europeo. — Población de la Oceanía
y transformación de los indígenas.

Los Estados Unidos de la América del Norte ocupan en el Nuevo Mundo un rango de tal superioridad desde el punto de vista de la potencia material, que el nombre de «Americanos» ha sido confiscado, por decirlo así, por sus residentes. Otra licencia de lenguaje, como es bien sabido, da á los habitantes de la principal república del Nuevo Mundo la denominación de Anglo-Sajones, expresión por lo menos singular, aplicada á hombres de toda

raza y de todo lenguaje, venidos de los cuatro extremos del globo: no son «Anglo-Sajones» más que por haber adoptado el inglés como lengua vehicular de las relaciones y del pensamiento común. Ese lenguaje nacional, unido á las tradiciones de algunas de las primeras tentativas de colonización, es, en efecto, lo que une los Estados Unidos á la Gran Bretaña más estrechamente que á toda otra patria de Europa.

Por su extensión territorial como por la cifra de su población, la república americana tiene ciertamente derecho al epíteto de «grande» que suele acompañarle en el lenguaje ordinario. Comprende un espacio terrestre de unos 7.500,000 kilómetros cuadrados en una sola pieza, desde el estrecho de San Juan de Fuca hasta los islotes de la Florida: es una superficie igual á la de todo el continente de Europa. Pero á ese territorio ya tan extenso han de añadirse las recientes adquisiciones hechas en el Nuevo Mundo, el Alaska y la isla de Puerto Rico, como en los archipiélagos de las Havaii, las Filipinas, Guam, la mayor de las Marianas, y algunas pequeñas islas oceánicas. El conjunto de las tierras que forman parte de esa extensa agrupación política es apenas inferior á diez millones de kilómetros cuadrados, ó sea la décimacuarta parte del suelo libre de las aguas. En cuanto á la población, no ha alcanzado todavía la proporción media que correspondería á la de toda la Tierra, puesto que no es sino de unos ochenta millones de habitantes, ó sea un poco más de 10 individuos por kilómetro cuadrado [1]; pero el aumento anual es extremadamente rápido, y si se evalúan los hombres en lugar de contarlos, es cierto que los Americanos están en primer término por la audacia, la iniciativa y la energía en el trabajo. Los productos creados durante el curso del siglo pasado por la nación apenas adulta de los Estados Unidos exceden ya en valor material á los recursos totales acumulados por cada una de las grandes naciones de Europa durante todas las edades transcurridas.

Á la potencia de la república norteamericana se une su prestigio en las comarcas vecinas. Así resulta que el Canadá y las otras provincias que constituyen con él el Estado del Dominion se hallan

[1] El término medio terrestre, según toda probabilidad, es ligeramente superior á 11 habitantes por kilómetro cuadrado.

de tal modo impulsadas hacia el área de gravitación de los Estados Unidos, que son, por decirlo así, una dependencia moral suya. Cuando el gabinete de Washington está en discordia sobre asuntos de interés político con el gobierno inglés, amenaza ó acaricia el Canadá como un padre con sus hijos: la anexión oficial parece inútil, de tal modo es cosa hecha en concepto social y material.



Cl. J. Kuhn, París.

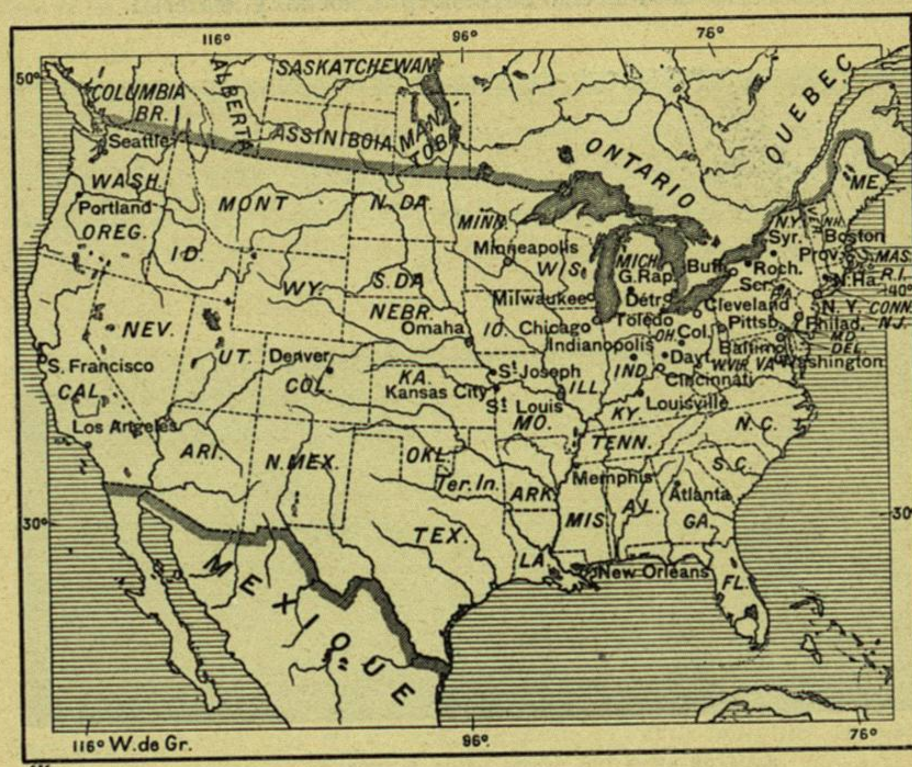
RADA DE NEW-YORK, VISTA DESDE EL PUENTE DE BROOKLYN

Enfrente, Ellis-Island, donde desembarcan los inmigrantes; á derecha, New-York; á izquierda, Brooklyn; en el fondo, las alturas de Staatus-Island.

Del otro lado, es decir, en las comarcas hispano-americanas, la influencia de los «Yankees» — como se les designa con un temor mezclado de admiración por su audacia — se hace sentir mucho menos que sobre las provincias británicas del Dominion, sin embargo está latente siempre, y los Estados Unidos no pierden ninguna ocasión de manifestarse á la atención de esos Estados de importancia secundaria, sea dirigiéndoles invitaciones que son órdenes disfrazadas, sea cargándoles el peso de su alta protección. Las repúblicas ibero-americanas han tenido que sacudir ya muchas veces esa estrechísima tutela, pero no pueden impedir que por la fuerza de las cosas

los Estados Unidos ganen constantemente en proponderancia y ocupen el primer lugar en las obras comunes, especialmente en la construcción de ese ferrocarril «pan-americano» que unirá el estrecho de Bering al de Magallanes. Y esta situación privilegiada en el con-

N.° 535. Ciudades y Estados de la República americana.



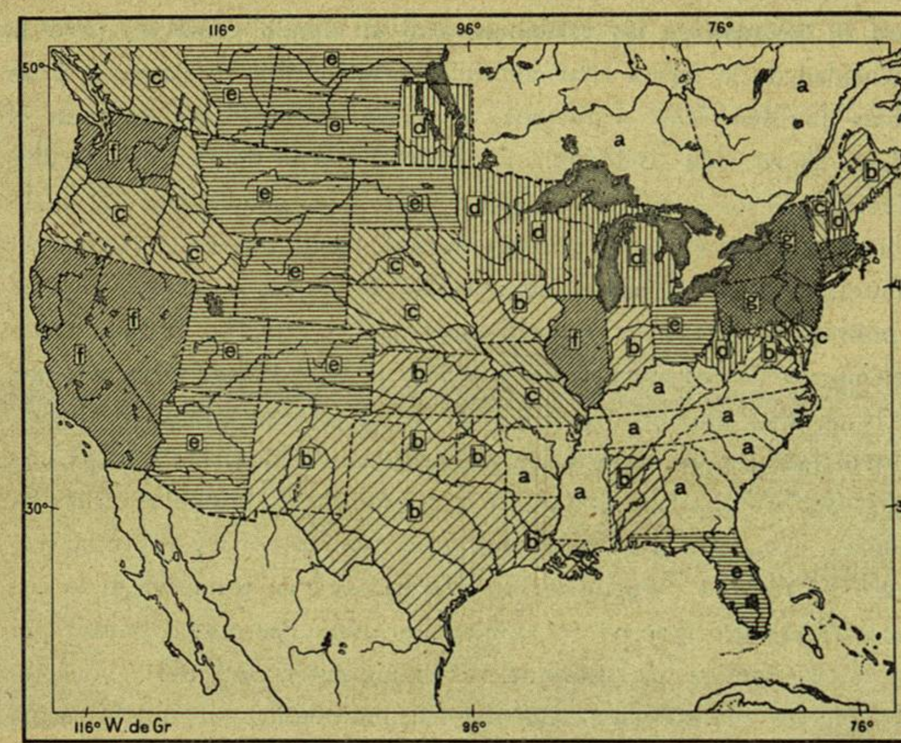
Los círculos centrados indican una aglomeración de más 500,000 habitantes, los círculos abiertos más de 250,000, los puntos negros más de 100,000. Hay ciudades próximas agrupadas en un mismo centro, bajo el nombre de la más importante de ellas: Saint-Paul con Minneapolis, Allegheny con Pittsburgh, Jersey-City, Newark y Paterson con New-York, Fall-River con Providence, Worcester con Boston.

Los Estados se indican por su abreviatura oficial, así Ga = Georgia, Ky = Kentucky, La = Louisiane, Md = Maryland, Me = Maine, Mo = Missouri, Pa = Pennsylvania, Va = Virginia, etc.

junto del Nuevo Mundo, no basta á la poderosa república. Recientemente, su jefe, autorizado por ella para hablar en nombre de toda la Nación, ¿no ha dicho extendiendo el brazo con ademán soberano sobre el Pacífico: «También allí en pocos años seremos los amos»?

Pero la dominación se compra al precio del abandono de los principios, al precio del crimen. La conquista de Filipinas por la soldadesca americana no es una bella página de la historia, lo mismo que la anexión sin frases de la isla de Puerto Rico. Oficial-

N.° 536. Aumento de la población americana por la inmigración.



Este mapa está á la misma escala que el n.° 535.

El mapa indica, Estado por Estado, según la escala de las marcas siguientes, el aumento por mil de la población americana por la inmigración producida desde el 1.° de Julio de 1906 al 30 de Junio de 1907.

a, menos de 7; — *b*, 1 á 4,63; — *c*, 6 á 9,95; — *d*, 10,21 á 12,62; — *e*, 15,7 á 18,80; — *f*, 21,70 á 28,20; — *g*, más de 30,60 por mil; — Estado de New-York, 53,2 por mil.

Para las provincias canadienses, el aumento anual de la población es aproximativo. — Para Méjico, las estadísticas no existen.

Véase después un diagrama que indica la repartición de los inmigrantes por nacionalidad según los diferentes Estados.

mente Puerto Rico, con desprecio del derecho á la autonomía local, tan frecuentemente reivindicado por los ciudadanos de los Estados Unidos, no tiene otro pretexto que la voluntad del más fuerte. Por último, dúdase si la isla de Cuba es verdaderamente libre, independiente de su poderosa vecina, á la cual ha tenido que conceder lu-

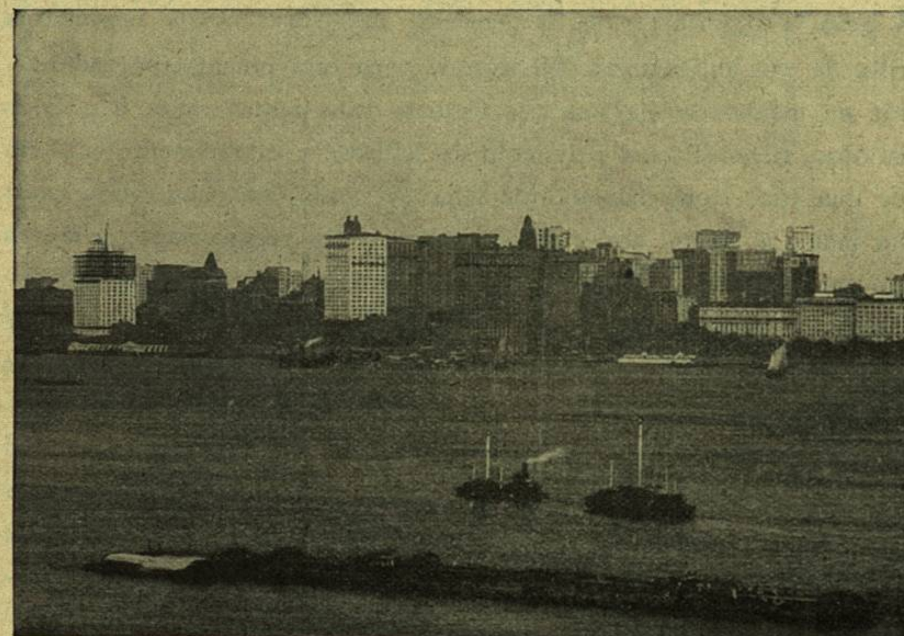
gares de guarnición y de depósito, el reglamento de las aduanas, lo mismo que la dirección de los asuntos exteriores.

La repartición de los habitantes y la de los recursos materiales, se ha operado naturalmente de una manera muy desigual en el inmenso territorio de los Estados Unidos. Entre las dos zonas litorales del Atlántico y del Pacífico viene haciéndose un trabajo de nivelación para la facilidad de las relaciones con el mundo exterior, pero la intensidad de la fuerza vital continúa perteneciendo ciertamente á las costas que dan frente á Europa, la madre patria de los colonos, el origen de su vida civilizada. En general puede decirse que la distribución de los hombres es proporcional á las condiciones del suelo y del clima que, en esas regiones, pueden clasificarse en cierto orden: llanura, montaña ó meseta, abundancia de lluvias ó sequía, riqueza ó pobreza del suelo en productos agrícolas ó mineros, proximidad ó alejamiento de los mercados ó puertos de expedición; mas, á pesar de la extrema movilidad que la red de las comunicaciones fáciles da á los habitantes, la importancia primitivamente adquirida por las colonias del litoral atlántico durante trescientos años de población les ha dado un avance enorme sobre los países del interior y sobre la vertiente del Pacífico. Puede decirse que esa ventaja primitiva de la colonización se prosigue de día en día, sobre aquellas costas, puesto que los barcos aportan sin cesar nuevos inmigrantes, una parte considerable de los cuales — el tercio por término medio — se queda en los Estados inmediatos al punto de desembarco. Por ese lado, el Océano, aunque muy ancho, de 4 á 5,000 kilómetros, no tiene las inmensidades del Pacífico y su travesía es relativamente fácil. Por la faz atlántica de los Estados Unidos el Nuevo Mundo se encara con el Antiguo.

Boston, la ciudad principal de los Estados Unidos del Nordeste, conocidos con el nombre de Nueva Inglaterra, es uno de esos lugares de inmigración que pueden calificarse de muy antiguos, puesto que los «peregrinos» ingleses se establecieron desde 1630 en la isla que forma el núcleo primitivo de la aglomeración; es posible que los Normandos hayan dejado algunos vestigios de su paso sobre las márgenes de uno de los ríos que desembocan en la bahía [1].

[1] Véase tomo III, págs. 522, 523.

Con un excelente puerto ramificado en lagos naturales, Boston ha podido unirse fácilmente por campiñas de escaso relieve con el reverso meridional de la costa y los puertos que hacen frente á Long-Island; ha llegado á ser también una de las salidas marítimas de los valles de origen glacial que se suceden de Este á Oeste hasta el Hudson, y se halla también sobre la prolongación natural del valle del Mohawk que conduce directamente á la región de los



Cl. J. Kuhn, París.

LA PUNTA DE NEW-YORK, VISTA DESDE ELLIS-ISLAND

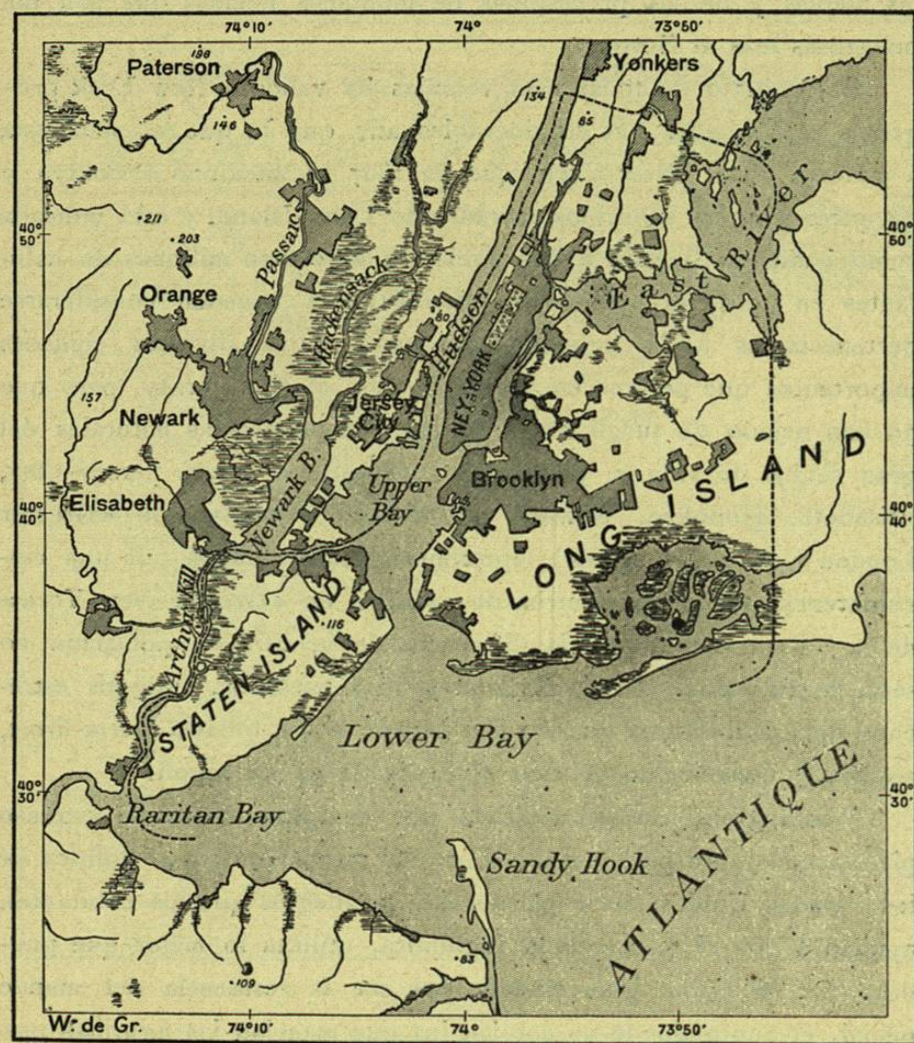
Grandes Lagos, en tanto que otras vías, practicadas al Noroeste por los valles lacustres que separan los macizos de montañas cubiertas de arbolado, unen Boston á Montreal, el puerto oceánico del San Lorenzo más avanzado en el interior de las tierras. La metrópoli del Massachusetts tiene además las ventajas inmediatas que dan á sus canteras los grandes bosques de las comarcas limítrofes: posee la fuerza motriz de los ríos próximos y los inmensos depósitos de vida animal que representan los bancos de pescados de las costas. Además Boston tiene el prestigio que le dan sus pensadores, sus escritores, los hombres célebres en todos conceptos nacidos ó educados en su circunscripción; en los Estados Unidos es la ciudad

científica, literaria y artística por excelencia, de tal modo que ha podido darse modestamente el título de *hub of the universe*, «cubo» de la gran rueda motriz del universo.

La aglomeración de ciudades insulares, peninsulares y continentales, una de cuyas partes es conocida bajo el nombre de New-York y que constituye actualmente, después de Londres, el grupo de población más considerable que haya en el mundo, presenta ventajas análogas á las de Boston, pero trazadas más vigorosamente. El gran «emporium» de la América del Norte ocupa también la orilla de una indentación del litoral, pero esta indentación, subdividida en muchos repliegues que forman otras tantas radas ó puertos distintos, tiene el gran privilegio de hallarse completamente cubierta por una isla, Long-Island, que deja por cada lado una salida hacia alta mar: la ciudad está, pues, perfectamente resguardada, á la vez que conserva sus dos puertas ampliamente abiertas. Además New-York está situada en la desembocadura de un río bastante ancho y poderoso para que su mismo descubridor, el holandés Hudson, le considerase como un brazo de mar que ofrecía un pasaje en la dirección del Pacífico; á lo menos ofrece el camino más fácil hacia el gran Mediterráneo canadiense, y gracias á él, gracias á las vías férreas que le acompañan y el canal que le prolonga, New-York ha llegado á ser el puerto por excelencia de toda la región septentrional y central de los Estados Unidos hasta más allá del Mississipi. Una línea de depresión, marcada sobre el suelo con una claridad singular y que forma por decirlo así un litoral interior á la raíz de todos los apéndices peninsulares, se desarrolla desde la boca del Hudson al estuario del Potomac, paralelamente al «Pied-Mont» sous-alleghanio. Sucédense ciudades considerables formando collar á lo largo de esta depresión, en los sitios donde los barcos pueden penetrar más adelante para aproximarse á los mercados de la región poblada. New-York es la primera perla de ese collar de las ciudades atlánticas, siguiendo en la dirección del Sudoeste, Trenton, Filadelfia, Wilmington, Baltimore, Washington. Entre esas grandes aglomeraciones urbanas, Filadelfia y Baltimore tienen grandísima fuerza de atracción comercial; sin embargo, permanecen muy inferiores á New-York y hasta dependen de ella en cierto modo, á causa

de la superioridad de sus condiciones, de la amplitud de su gran puerto y de su menor distancia de Europa: la mayor parte de los

N.° 537. New-York y sus contornos.



1: 500000

0 5 15 30 Kil.

La escala de este mapa es la misma que para Londres, página 323, tomo V. La población que habita en los límites de esta carta es de unos 5.250,000 habitantes en 1907. La población de los dos territorios es casi la misma por kilómetro cuadrado. El límite actual de New-York está indicado por un rasgo discontinuo.

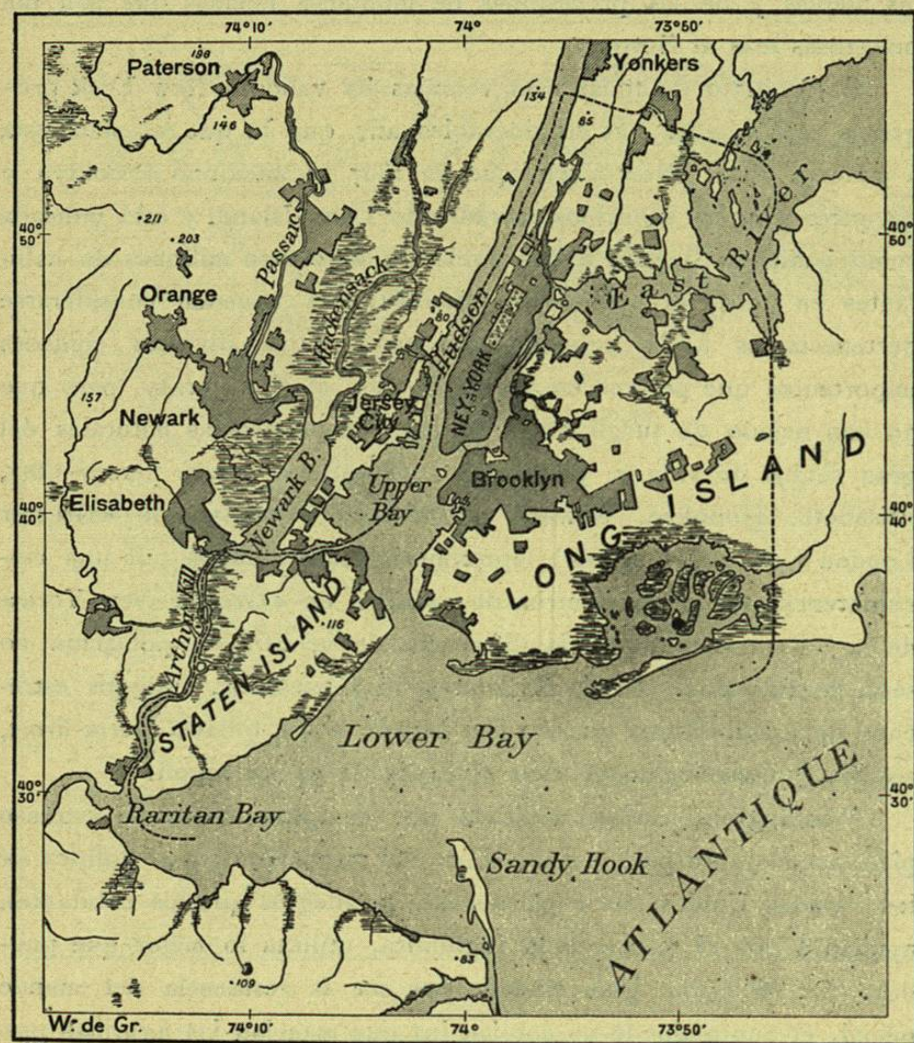
inmigrantes que desde el Mundo Antiguo se dirigen hacia los Estados atlánticos situados al sud de New-York, toman esta ciudad

científica, literaria y artística por excelencia, de tal modo que ha podido darse modestamente el título de *hub of the universe*, «cubo» de la gran rueda motriz del universo.

La aglomeración de ciudades insulares, peninsulares y continentales, una de cuyas partes es conocida bajo el nombre de New-York y que constituye actualmente, después de Londres, el grupo de población más considerable que haya en el mundo, presenta ventajas análogas á las de Boston, pero trazadas más vigorosamente. El gran «emporium» de la América del Norte ocupa también la orilla de una indentación del litoral, pero esta indentación, subdividida en muchos repliegues que forman otras tantas radas ó puertos distintos, tiene el gran privilegio de hallarse completamente cubierta por una isla, Long-Island, que deja por cada lado una salida hacia alta mar: la ciudad está, pues, perfectamente resguardada, á la vez que conserva sus dos puertas ampliamente abiertas. Además New-York está situada en la desembocadura de un río bastante ancho y poderoso para que su mismo descubridor, el holandés Hudson, le considerase como un brazo de mar que ofrecía un pasaje en la dirección del Pacífico; á lo menos ofrece el camino más fácil hacia el gran Mediterráneo canadiense, y gracias á él, gracias á las vías férreas que le acompañan y el canal que le prolonga, New-York ha llegado á ser el puerto por excelencia de toda la región septentrional y central de los Estados Unidos hasta más allá del Mississipi. Una línea de depresión, marcada sobre el suelo con una claridad singular y que forma por decirlo así un litoral interior á la raíz de todos los apéndices peninsulares, se desarrolla desde la boca del Hudson al estuario del Potomac, paralelamente al «Pied-Mont» sous-alleghanio. Sucédense ciudades considerables formando collar á lo largo de esta depresión, en los sitios donde los barcos pueden penetrar más adelante para aproximarse á los mercados de la región poblada. New-York es la primera perla de ese collar de las ciudades atlánticas, siguiendo en la dirección del Sudoeste, Trenton, Filadelfia, Wilmington, Baltimore, Washington. Entre esas grandes aglomeraciones urbanas, Filadelfia y Baltimore tienen grandísima fuerza de atracción comercial; sin embargo, permanecen muy inferiores á New-York y hasta dependen de ella en cierto modo, á causa

de la superioridad de sus condiciones, de la amplitud de su gran puerto y de su menor distancia de Europa: la mayor parte de los

N.º 537. New-York y sus contornos.



1: 500 000

0 5 15 30 Kil.

La escala de este mapa es la misma que para Londres, página 323, tomo V. La población que habita en los límites de esta carta es de unos 5.250,000 habitantes en 1907. La población de los dos territorios es casi la misma por kilómetro cuadrado. El límite actual de New-York está indicado por un rasgo discontinuo.

inmigrantes que desde el Mundo Antiguo se dirigen hacia los Estados atlánticos situados al sud de New-York, toman esta ciudad

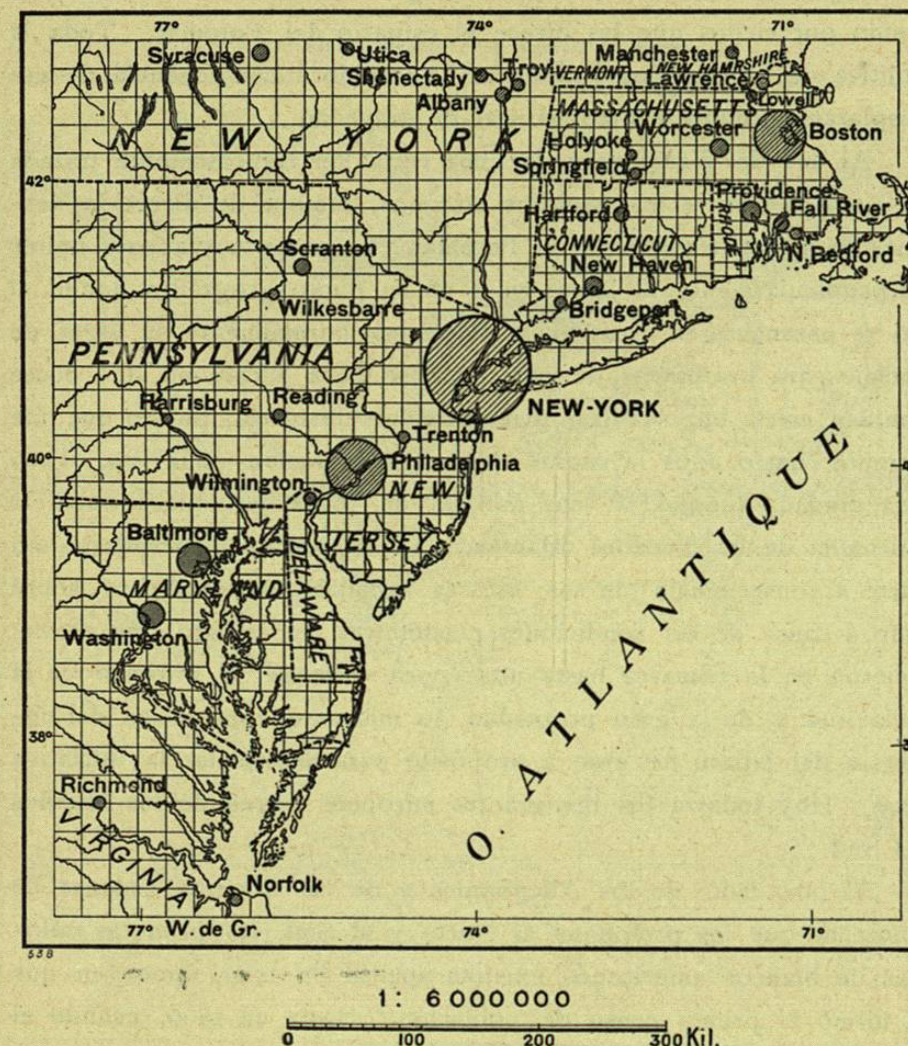
como punto de desembarco, es su primera etapa sobre el continente. Lo mismo que los puertos situados más al Sud, New-York está bajo la latitud en que los caminos marítimos están casi siempre libres de las nieblas y de las procesiones de montañas heladas que son tan peligrosas más al Norte.

El conjunto de todas esas ventajas ha valido á New-York progresos rapidísimos, más considerables aún que lo que se manifiesta á primera vista. New-York, que en 1897 se anexionó Brooklyn y los otros grandes suburbios, invadiendo Long-Island, y está indicada como habiendo llegado á una población de cuatro millones de habitantes en 1904, es una ficción administrativa: pueden considerarse pertenecientes á la aglomeración neoyorquina diversas ciudades importantes que pertenecen á otro Estado, el New-Jersey, pero que no han dejado de surgir como anejos y dependencias naturales del gran centro de vida y, por decirlo, viéndoseles crear: Jersey-City, Elisabeth, Hoboken, Newark y Paterson. Comparando «Greater London» (Londres mayor), aproximadamente limitada por una circunferencia de 23 kilómetros de radio, á un «Greater New-York» de la misma dimensión, la diferencia de la cifra de población no sería considerable. El río Hudson y unos pantanos, antiguos estrechos de archipiélagos que no han llegado á ser todavía tierra firme, separan provisionalmente estas ciudades de su metrópoli.

Washington, ciudad edificada por completo sobre un extenso plan de conjunto para formar la capital administrativa y política de los Estados Unidos, tiene ciertamente privilegios que los habitantes, ayudados por el tesoro de la República, utilizan lo mejor que pueden. Se ha hecho gran ciudad, por ser la residencia del mundo oficial, el punto donde se cobijan los que manejan las figurillas parlamentarias para «tirar los hilos» *(pull the wires)*; ocupa además el primer rango por las riquezas científicas de sus grandes bibliotecas y de sus museos; sin embargo, le falta aquella flor de vida que procede de un fenómeno de crecimiento natural conforme á las conveniencias y al genio de los primeros residentes: el aspecto mismo de la ciudad anuncia que los habitantes residen allí en locales prestados. Washington no ha brotado del suelo, es la creación artificial de la política y hasta de una política nefasta que quería

llevar á toda costa al Sud, al país de los grandes propietarios esclavistas, el centro político de la nueva República, situado pri-

N.° 538. Guirnalda de ciudades atlánticas.



Las ciudades de más de 50,000 habitantes están indicadas por un círculo cuya superficie es proporcional á su población. Lynn y Cambridge están unidas á Boston; Newark, Jersey-City, Elisabeth, Paterson, Hoboken y Yonkers á New-York; Cambden á Filadelfia.

Prescindiendo de esas grandes ciudades, la población de los Estados está indicada por la cuadrícula que les cubre, en la que cada cuadrado representa unos 12,000 habitantes.

meramente en Filadelfia, al verdadero punto de equilibrio de todas las fuerzas que se habían rebelado contra Inglaterra. La elección de Washington fué ante todo una obra de reacción, y para fortificar

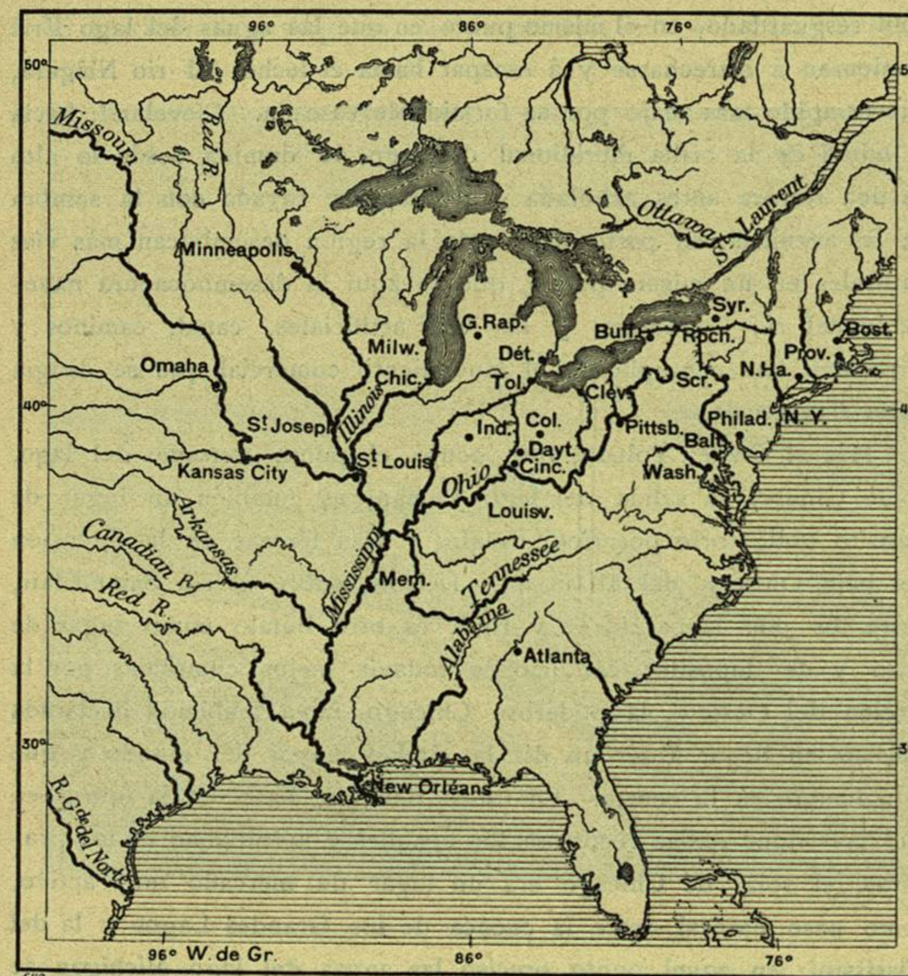
los elementos conservadores y dictatoriales del Sud se gastó el dinero sin cuento en terraplenar los pantanos donde se elevaron los palacios de la nueva ciudad. De todos modos quedó poco saludable, y los barcos apenas han aprendido á seguir el camino tortuoso y obstruído por cienos que les ofrece el estuario del Potomac. Toda la política de los Estados Unidos se ha torcido á consecuencia de ese desplazamiento del centro natural de gravedad.

Al sud de Washington, la línea recta tan rigurosamente trazada de río á río entre los ganglios urbanos, cambia de dirección después de haber franqueado el Potomac; luego se curva para unirse perpendicularmente al James-river en su punto geográfico donde el río se ensancha en estuario y determina normalmente el lugar de anclaje para los barcos de mar. Allí se eleva Richmond, que posee también cierta importancia, principalmente histórica, puesto que fué durante cuatro años la capital de la confederación esclavista. Pero esta ciudad, aunque la más antigua de todas las que forman la guirnalda de las ciudades atlánticas, no ha podido desarrollarse, en parte á consecuencia de sus escasas ventajas náuticas, pero sobre todo á causa de las condiciones económicas del trabajo que prevalecieron en la comarca hasta una época reciente: el régimen de la esclavitud y de la gran propiedad, lo mismo que la rutina del comercio del tabaco no eran á propósito para desarrollar la iniciativa local. Hoy todavía los inmigrantes europeos huyen de los Estados del Sud.

Al otro lado de los Alleghanies y de las diversas cadenas de montañas que los prolongan al Norte y al Sud, las primeras colonias de blancos americanos existían apenas en 1790, época en que se formó el primer censo de población. Hasta en 1800, cuando el núcleo primitivo de las trece colonias federadas se había aumentado en algunas unidades, la banda de territorio que se extiende desde los Grandes Lagos hasta el golfo de Méjico y forma hoy los nueve Estados, Wisconsin, Michigan, Illinois, Indiana, Ohío, Kentucky, Tennessee, Mississipi y Alabama, apenas contaba con 400,000 habitantes blancos, de los cuales más de la mitad se habían establecido á lo largo de la orilla derecha de Ohío. La población de esos mismos Estados pasa actualmente de 24 millones de individuos,

formando más de la tercera parte de la república Americana. El mayor esfuerzo de transformación se inclina por el momento hacia los Estados del norte de esta región.

N.° 539. Rios navegables de la América del Norte.



Los grandes centros de atracción y de radiación han nacido espontáneamente siguiendo las condiciones determinantes del medio. Por razón natural las ciudades más activas y más comerciales debían sucederse sobre la orilla ó en la proximidad inmediata del Mediterráneo canadiense, allí donde los necesarios puntos de parada obli-

garon á los colonos á establecer depósitos, almacenes y canteras, núcleos primitivos á cuyo rededor afluyeron los hombres más ó menos rápidamente á miles y á decenas y á centenas de millar. De ese modo, Búfalo, reemplazando unas praderas que recorrían los rebaños de bisontes hace doscientos años, nació á la orilla de un abra bien resguardado, en el mismo punto en que las aguas del lago Erié comienzan á estrecharse y á escapar hacia el lecho del río Niágara, interrumpido más abajo por su formidable cascada. Cleveland, hacia la mitad de la orilla meridional del lago, le domina desde lo alto de una terraza antes arbolada y actualmente rayada con la sombra de las avenidas: en parte alguna de la región desembocan más vías naturales en un mismo punto, que es aquí la desembocadura navegable del río Cuyahoga, y las vías artificiales, canal, caminos y ferrocarril han centuplicado el movimiento comercial que se dirigía hacia esta escala.

Mas al Oeste, Toledo, que ocupa el punto extremo del lago, como Ginebra la salida del lago Leman, es también un lugar de tránsito obligatorio por ríos, canales y vías férreas en la dirección del bajo Ohío y del Mississipi. Detroit, sobre el río Saint-Clair, entre los dos lagos Huron y Erié, es otro Búfalo como lugar de paso y de depósito; condiciones todavía mejor cumplidas por la «reina del Oeste», la poderosa Chicago, cuya ambición declarada consiste en llegar á ser un día la ciudad mayor del mundo y que actualmente es la cuarta. En todos tiempos, hasta en la época en que las tribus indias recorrían los bosques y acampaban en las praderas, el solar de Chicago era un lugar de mercado muy activo, como paso natural entre la cuenca de los Grandes Lagos y la del Mississipi: en aquel punto preciso las aguas del lago Michigan se vierten hacia el gran río por la ribera de los Illinois, y riachuelos perezosos marcaban todavía el antiguo lecho de salida, ocupado actualmente por un canal cavado por la mano del hombre. Chicago tiene muy pocas rivales en el mundo como centro continental que comunica con el mar, á pesar de la enormidad de las distancias; verdad es que esta comunicación está dificultada por obstáculos naturales, antes insuperables y franqueados en el día por canales y esclusas; barcos de mar han anclado en el puerto de Chicago, á 2,000

kilómetros de la desembocadura del San Lorenzo en el Atlántico. Otra ciudad ribereña de los Grandes Lagos, Duluth, en la punta occidental del lago Superior, goza de la misma ventaja, con la desventaja producida por un clima más áspero y una región menos productiva y mucho menos populosa. Sin embargo, puede juzgarse del movimiento prodigioso que se produce en esos mares interiores



Cl. J. Kuhn, París.

EL MISSISSIPI VISTO DESDE EL PARQUE DE SAN LUIS

Vista tomada desde la parte inferior; Minneapolis está en la superior, en la orilla derecha.

considerando que el vaivén de embarcaciones de toda clase que pasan por los canales de Soo — ó Sault Santa María —, á la salida del lago Superior, excede en tonelaje al de toda otra vía de navegación en el mundo entero.

La línea de la Belle-Riviere, el Ohío, que une los Estados atlánticos á la parte central de la depresión mississipiana, contiene también un collar de aglomeraciones urbanas. La primera gran ciu-

dad, Pittsburgo, á la que circunstancias favorables, minas de hierro y de carbón, manantiales de gas y de petróleo han ayudado singularmente en su progreso, ocupa la situación clásica de tantas otras ciudades importantes, la confluencia de dos rios principales cuya unión constituye una corriente fácilmente navegable, lo que le valió una misión estratégica cuando los Franceses construyeron allí el Fort Duquesne en el siglo XVIII y le dió en seguida su valor comercial, aumentado después por todas las vías artificiales que se ha hecho converger hacia ese punto. El centro del valle debía también producir un grupo de concentración urbana. Cincinnati fué durante mucho tiempo la «Reina del Oeste» y, aunque haya sido distanciada después, no ha cesado de crecer y constituye una de las ciudades más grandes del mundo con las ciudades anejas de la orilla meridional del Ohío, en el Estado del Kentucky. Más abajo, á la orilla del mismo río, pero con alternativas de sitios escarpados, Luisville se completa con ciudades de la Indiana que le hacen dar frente al Norte. Ese gran centro de población y de comercio es como una segunda Cincinnati, y no se comprendería que estuviera tan cerca de otra aglomeración muy considerable, si su existencia no se hubiera hecho necesaria por los rápidos del Ohío, que hacían de ese punto preciso del valle un lugar forzoso de detención, de trasbordo y de depósito de mercancías. El movimiento de la población ha debido dirigirse hacia el obstáculo y al canal que le rodea, y Luisville ha crecido en detrimento de las ciudades del curso inferior del Ohío. Ha reemplazado en gran parte como nudo vital al confluente del Mississipi y del Ohío, que, según las sencillas indicaciones del mapa, parecería haber de ser el punto central de población en la cuenca del Ohío inferior. La naturaleza se oponía á ello: del suelo bajo, fangoso é insalubre, las fiebres se elevaban en brumas, el cambiante curso de las enormes masas de agua modificaba constantemente los canales, los puertos, las penínsulas y los bancos de arena: el valiente é ingenioso Americano no ha podido lograr, á pesar de admirables trabajos hidráulicos, muelles, diques y terraplenes, hacer una gran ciudad de la aglomeración á que ya había dado ambiciosamente el nombre del Cairo, como la capital de Egipto; es un lugar de paso rápido, no de estancia y residencia.

El eje natural de toda la República americana, el curso del Mississipi, ha de estar también bordeado de centros poderosos. La

N.° 540. De Toledo á Duluth y á San Luis.



doble ciudad, Saint-Paul y Minneapolis ó «Minnapaul», es de ellas la más notable por la extraña rapidez de su crecimiento: las dos ciudades, situadas sobre dos revueltas próximas del río, se han precipitado, por decirlo así, la una hacia la otra, impulsadas por una

dad, Pittsburgo, á la que circunstancias favorables, minas de hierro y de carbón, manantiales de gas y de petróleo han ayudado singularmente en su progreso, ocupa la situación clásica de tantas otras ciudades importantes, la confluencia de dos rios principales cuya unión constituye una corriente fácilmente navegable, lo que le valió una misión estratégica cuando los Franceses construyeron allí el Fort Duquesne en el siglo XVIII y le dió en seguida su valor comercial, aumentado después por todas las vías artificiales que se ha hecho converger hacia ese punto. El centro del valle debía también producir un grupo de concentración urbana. Cincinnati fué durante mucho tiempo la «Reina del Oeste» y, aunque haya sido distanciada después, no ha cesado de crecer y constituye una de las ciudades más grandes del mundo con las ciudades anejas de la orilla meridional del Ohío, en el Estado del Kentucky. Más abajo, á la orilla del mismo río, pero con alternativas de sitios escarpados, Luisville se completa con ciudades de la Indiana que le hacen dar frente al Norte. Ese gran centro de población y de comercio es como una segunda Cincinnati, y no se comprendería que estuviera tan cerca de otra aglomeración muy considerable, si su existencia no se hubiera hecho necesaria por los rápidos del Ohío, que hacían de ese punto preciso del valle un lugar forzoso de detención, de trasbordo y de depósito de mercancías. El movimiento de la población ha debido dirigirse hacia el obstáculo y al canal que le rodea, y Luisville ha crecido en detrimento de las ciudades del curso inferior del Ohío. Ha reemplazado en gran parte como nudo vital al confluente del Missisipi y del Ohío, que, según las sencillas indicaciones del mapa, parecería haber de ser el punto central de población en la cuenca del Ohío inferior. La naturaleza se oponía á ello: del suelo bajo, fangoso é insalubre, las fiebres se elevaban en brumas, el cambiante curso de las enormes masas de agua modificaba constantemente los canales, los puertos, las penínsulas y los bancos de arena: el valiente é ingenioso Americano no ha podido lograr, á pesar de admirables trabajos hidráulicos, muelles, diques y terraplenes, hacer una gran ciudad de la aglomeración á que ya había dado ambiciosamente el nombre del Cairo, como la capital de Egipto; es un lugar de paso rápido, no de estancia y residencia.

El eje natural de toda la República americana, el curso del Missisipi, ha de estar también bordeado de centros poderosos. La

N.° 540. De Toledo á Duluth y á San Luis.



doble ciudad, Saint-Paul y Minneapolis ó «Minnapaul», es de ellas la más notable por la extraña rapidez de su crecimiento: las dos ciudades, situadas sobre dos revueltas próximas del río, se han precipitado, por decirlo así, la una hacia la otra, impulsadas por una

especie de vértigo, mezclando sus fábricas, sus barracas y sus palacios, sus bellas avenidas y sus montones de carbón y de escombros. Hacia la mitad del eje mississipiano se presenta otra ciudad, San Luis, construída á cierta distancia del rasgo geográfico á que debe su importancia, el confluente del Missouri. Lo que hace de San Luis una de las metrópolis de la república norteamericana, lo que hasta le ha permitido reivindicar por mucho tiempo, como debiendo pertenecerle, el rango de capital de los Estados Unidos, es que ocupa, si no el centro geométrico, al menos el verdadero centro político del territorio de la federación, en medio del valle mayor que le divide en dos mitades; en su proximidad, los dos afluentes, Ohío y Missouri, forman con el Mississipi una especie de cruz á través del país. Más al Oeste cae el centro de figura de todos los Estados Unidos, á excepción del Alaska; más al Este, al contrario, que se conserva, con oscilaciones incesantes, el centro de población, progresando hacia el Oeste de década en década. Pues entre esos dos puntos, uno geométrico, otro dinámico, vital, se halla San Luis, aprovechándose de las ventajas naturales que se derivan de semejante posición. Mas por importante que sea la red fluvial allí convergente y que aumenta el canal de Chicago para unirla al Atlántico por el San Lorenzo, el puerto de San Luis, frecuentemente molestado por las avenidas y las inundaciones, y á veces también por los hielos, no puede compararse con las abras marítimas para la facilidad del comercio. Además San Luis sufre aún las funestas consecuencias producidas, durante el período de la esclavitud, por las luchas entre plantadores y abolicionistas de que fué el principal teatro el Estado de Missouri.

En cuanto á Nueva Orleans, metrópoli del Sud, guardiana de los pasos del Mississipi y centro principal de la exportación de los algodones y de los azúcares, era uno de los baluartes del antiguo régimen esclavista, y, como tal, evitada por la inmigración de los blancos, que ha hecho la fuerza y la prosperidad de la zona atlántica de los Estados Unidos. Otra causa de retraso para el desarrollo de Nueva Orleans fué la insalubridad de la región, cortada por riachuelos, poblada de serpientes y cocodrilos, infestada de mosquitos y frecuentemente visitada por la fiebre amarilla. Desde que

la ciudad fué ocupada y saneada por los ejércitos del Norte, desapareció el temible azote, un canal profundo y permanente pone la creciente del río ante la ciudad en comunicación libre con el golfo de Méjico, la campiña está poblada de trabajadores libres, los progresos de toda clase han sido considerables, pero, en la concurrencia vital entre las ciudades, lo mismo que en la competencia entre los individuos, las horas, los años, las décadas perdidas no se recobran.

Al oeste del Mississipi, en las grandes llanuras uniformes en apariencia que se van elevando gradualmente hacia la base de las montañas Rocosas, las grandes ciudades Omaha, Kansas-City y Denver se reparten también, según las condiciones naturales que determinan la aglomeración de los hombres favoreciendo sus intereses por la abundancia de los recursos, las facilidades de la ganancia y los placeres de la vida. Omaha, con la ciudad gemela del lado opuesto del río, Council-Bluffs, dirige la vasta región de agricultura y de comercio donde vienen á reunirse todas las ramificaciones del alto Missouri con la larga corriente del Platta; Kansas-City, situada más abajo, en la confluencia del Missouri y del Kansas, ocupa el lugar preciso donde se cruzan dos vías históricas, una del Sud al Norte hacia las grandes llanuras herbosas, otra del Este al Oeste hacia los valles de las Rocosas, desde donde divergen los caminos por los collados de los montes hacia el Pacífico y la cuenca del Colombo. Por último, Denver, al pie mismo de las escarpas que forman la principal osamenta continental de la América del Norte, tiene, como un guerrero la mano llena de flechas, todos los caminos que remontan hacia las minas, las fuentes termales, los bosques de la montaña. Al lado opuesto, sobre el dorso del inmenso edificio con sus aristas paralelas y sus extensas llanuras áridas, no puede haber más que ciudades-oasis en los escasos valles de regadío, y agrupaciones urbanas más ó menos temporales, procedentes de la explotación de las minas y abandonadas en cuanto las venas de la roca han sido despojadas de su metal. Más allá, al otro lado de los montes, en la estrecha zona de campos que bordea el Pacífico, se muestra un nuevo collar de grandes ciudades que se suceden al norte y al sud de la ciudad dominadora, la bella Friscoe — San Francisco, — que

pretende llegar un día á mandar en todas las costas del anfiteatro oceánico que se desarrollan á Occidente hasta China, Australia y las Indias.

Esa inmensidad mundial de la República norteamericana, ese gigante que extiende los brazos de un lado sobre el Atlántico, del otro sobre el Pacífico, ha tomado forma y vida en el conjunto de las naciones en un corto número de décadas. Un pueblo nuevo ha surgido de repente entre los demás pueblos, y es entre todos el más poderoso; pero esa prodigiosa transformación se ha realizado por desplazamiento, por importación del Mundo Antiguo: en este hecho debe verse ante todo un fenómeno de la historia de Europa, cuyo territorio, demasiado estrecho, ha sido necesario ensancharle á través de los mares. Los habitantes primitivos de América no han tenido en la evolución de que ha salido la república federada más que una participación absolutamente pasiva: como en las ceremonias antiguas, fueron las víctimas sacrificadas ante el altar. Un régimen económico completamente diferente daba al mismo medio influencias contradictorias: el cazador no podía vivir al lado del agricultor, ó, al menos, no podía vivir sino allí donde el agricultor recién llegado no era un puro bárbaro á pesar de la Biblia y de sus leyes escritas. Los Indios pescadores cambiaban poco de residencia, lo mismo los que ya cultivaban la tierra, y con ellos tuvieron los colonos europeos sus primeros conflictos; pero la mayor parte de los Indios eran semi-nómadas, gracias á su vida de cazadores, y pudieron huir de soledad en soledad. Los desplazamientos habían sido en todo tiempo numerosos y rápidos en las tribus indígenas y á veces bastaban pocos años para que los bosques, los ríos, espacios inmensos separasen el antiguo y el nuevo campamento. Así los Sioux, los «Enemigos» por excelencia de los Algonquines [1], aquellos á quienes se denominaba «Semejantes á serpientes», parece que habían primitivamente habitado los valles appalachianos y las costas del Atlántico, donde, recientemente aún, habían dejado sobre las orillas del Santee, al norte de Charleston, algunos representantes; pero á

[1] W. J. Mac Gee, *The Siouan Indians*, from the fifteenth annual Report of the Bureau of Ethnology, 1897, p. 158.

medida que los rebaños de bisontes se hacían raros en las tierras orientales y se desplazaban hacia el Occidente, en la zona de las praderas, los Sioux seguían su caza; unos y otros, obligados por los cazadores blancos, mejor armados que los Pieles Rojas, iban á ser, más allá del Mississipi y del Missouri, sacrificados al mismo tiempo.



PIEL ROJA TCHEROKI

Sabido es que mucho antes de la matanza de los pueblos cazadores fugitivos en el Far West, fueron sistemáticamente exterminadas algunas tribus de Pieles Rojas, y que especialmente los «Puritanos» de la Nueva Inglaterra se dedicaron á esta obra de odio con un celo religioso. Desde esa primera época de la colonización, los ejemplos del pueblo judío destructor de los Zebuseos y de los Amalecitas no han tenido la menor intervención en las persecuciones y matanzas de las tribus indias, y únicamente con el propósito de apoderarse de sus tierras sin pagarlas ó por efecto de una brutalidad feroz, por el furioso impulso de la guerra, se ejecutaron las expulsiones de Indios acompañadas de asesinatos. Hasta se llegó con frecuencia á proceder sistemáticamente á la supresión de la raza por la propagación de enfermedades contagiosas y sobre todo por la distribución de malos aguardientes. La cruel multitud repetía con complacencia un proverbio irónico: «¡El mal whisky hace buenos Indios!» Es decir, los mata.

Algunos miles de Pieles Rojas se salvaron en el Canadá ó en

Méjico; otros viven aún protegidos por soledades de arena ó de rocas; hay, por último, ciertas «reservas», es decir, enclaves de terrenos concedidos que los nuevos poseedores de la comarca han tenido á bien respetar: tales son, por ejemplo, las que en el Estado de New-York pertenecen á las «Seis naciones». Pero lo que mejor ha defendido contra la muerte al resto de los indígenas, es que, por la influencia del medio de civilización en que se hallan, realmente se han europeizado: hablan la lengua de sus dominadores, conocen sus oficios y practican sus costumbres; cuando se rompe oficialmente el lazo de la tribu, nada impide que se hagan ciudadanos, electores y hasta elegidos como los blancos con quienes viven. En las escuelas donde se educan niños de origen indio se ha visto que no son inferiores en nada á los Americanos de raza blanca, superándoles por la gravedad de su actitud y la seriedad de su conducta. En el gran colegio de Hampden, situado á la extremidad de la península que defiende al Este la entrada del golfo de Chesapeake, hay un centenar de estudiantes Indios Pieles Rojas que en su mayoría pertenecen á tribus todavía errantes del Gran Oeste, y es verdaderamente uno de los más bellos espectáculos que pueden verse el que ofrecen esos jóvenes finos, enérgicos, algo tristes, que estudian con tanta seriedad y tranquila comprensión, y que en su actitud y en su conversación atestiguan un noble respecto de sí mismos.

En Africa y en Oceanía, ciertas tribus que se sienten condenadas se abandonan al destino sin tratar de defenderse. No así los Indios de América, que quieren vivir, y no perecerán ciertamente, aunque, á ejemplo de todas las demás nacionalidades representadas en el inmenso crisol de la multitud americana, su destino inevitable consiste en fundirse en el conjunto de la nación. Hasta en concepto del número, resisten á las causas de disminución: las cifras oficiales publicadas cada diez años para el recuento de los Estados Unidos, y que son para el año 1900 un total de 237,224 Indios, carecen de valor á este respecto, porque cuentan solamente los indígenas aún agrupados en forma de tribus, y la evolución general que les impulsa consiste precisamente en disgregarles y en confundirles como ciudadanos en la multitud de los otros Americanos, puesto que, como de raza ó ya mestizos, cesan de ser contados como Indios, lo

que no cambia nada su verdadero origen. Además, la sangre de los Pieles Rojas es considerada como «noble» según las conveniencias sociales, debido sin duda á que los aborígenes se negaron á trabajar para los blancos y el azote no pudo someterles, por lo que los matrimonios de hombres de origen europeo con las mujeres indias son considerados como honrosos y son muy frecuentes en los Estados del Oeste. A miles podrían citarse los *bois brûlés* ó mestizos descendientes de viajeros canadienses franceses del siglo XVIII, domiciliados entre los Indios de las tribus occidentales. A veces la mezcla de la sangre entre blancos é indias se hizo de una manera sistemática. Los Choctaws (Chactas) habían conservado todavía cierta extensión de tierras, á pesar de los actos de expoliación decretados por el Congreso, y los blancos de las inmediaciones trataban naturalmente de apoderarse de aquellos territorios y no podían lograrlo legalmente sino por el matrimonio con mujeres choctaws. En efecto, según la ley del país, todo blanco que se casaba con una Choctaws recibía en dote 55 acres (23 hectáreas) de buena tierra y cierta cantidad satisfecha anualmente por cada uno de los miembros de su familia, y de ese modo se aumentaba el bienestar con el número de los hijos. En esas condiciones los jóvenes arrendatarios americanos que buscaban fortuna se complacían en casarse con



PIEL ROJA KIOVA

mujeres choctaws, que eran bellas, dulces é inteligentes. Pero viéndose la nación en peligro de perder poco á poco todas sus tierras, se acordó que á partir del 1.° de Noviembre de 1899 dejarían de dotarse los casados de origen extranjero. Resultó de tal acuerdo una verdadera caza al matrimonio, y en el espacio de seis semanas, más de seiscientos blancos se casaron con *Squaw* de la nación choctaw.

En testimonio de la vitalidad enérgica de esos Indios de raza que no quieren morir, puede citarse la nación de los Tcherokis (Cherokees), que sufrió tantas persecuciones, injusticias y toda clase de violencias. Al principio del siglo XVIII, cuando su territorio de caza comprendía toda la parte meridional de la cadena de los Appalaches y las vertientes de esas montañas que pertenecen actualmente á los Estados de las Carolinas, de Georgia, del Alabama y del Tennessee, la cifra total de la nación tcheroki, calculada según el número de los guerreros, era de unos quince mil individuos. Durante el curso del siglo la nación aumentó una cuarta parte, á pesar de las persecuciones sucesivas y de las numerosas luchas suscitadas por las rivalidades de los Franceses y de los Ingleses. La guerra de la Independencia envolvió en su remolino á los Tcherokis, diezmándolos de nuevo, y recayeron al número de quince mil; después, durante el siguiente período de paz, aumentaron de nuevo. Llegó el período de la expulsión y del traslado de la tribu al territorio «Indio», al otro lado del Mississipi, en las márgenes del Arkansas: un primer lote de emigrantes, confiados en las promesas del «Tío Sam», consintió en partir; pero encontró el territorio concedido ocupado ya por otros Indios, los Osages. Fué preciso ante todo regular los derechos respectivos por la guerra, y luego, después de una ocupación de algunos años, hubo que defenderse contra nuevos invasores blancos. El movimiento de emigración se continuó hacia el Tejas, entonces república independiente, que les concedió tierras en las llanuras de los ríos Sabina, Angelina, Neches y Trinity, pero se las quitó pocos años después. Sobrevinieron nuevas emigraciones, nuevos combates, y la dispersión casi completa de esta fracción de la nación tcheroki, á excepción de una banda que logró franquear la frontera mejicana y encontró,

por último, asilo al sud de Guadalajara, en las márgenes del lago Chapala. Sus descendientes viven allí todavía y se proclaman con orgullo ciudadanos de la República de Méjico.

Pero el grueso de la nación permaneció en las montañas de los Appalaches. El general Scott, el mismo que después «entró en la gloria» como triunfador de Méjico, tuvo la misión de perseguir á



Cl. J. Kuhn, Paris.

AVENIDA DE RIVERSIDE, CALIFORNIA

los Tcherokis, de rechazarlos de valle en valle, de incendiar sus campamentos y sus mieses, de devastar sus tumbas; después de una campaña de las más arduas, que duró cinco años, consiguió desalojar á los Indios de todos sus retiros, excepto de los altos escarpes de Quallah, en los montes de la Carolina del Norte, donde vive todavía un grupo de pura descendencia tcheroki. En cuanto á la multitud de los cautivos, fué conducida lentamente, con enfermos, niños y ancianos á través de la inmensidad del territorio americano. En 1838, cuando esos desgraciados llegaron al territorio que les había sido asignado como nueva patria, habían perdido más de la mitad de los suyos y no eran más que trece mil. Pero se rehicieron poco

mujeres choctaws, que eran bellas, dulces é inteligentes. Pero viéndose la nación en peligro de perder poco á poco todas sus tierras, se acordó que á partir del 1.° de Noviembre de 1899 dejarían de dotarse los casados de origen extranjero. Resultó de tal acuerdo una verdadera caza al matrimonio, y en el espacio de seis semanas, más de seiscientos blancos se casaron con *Squaw* de la nación choctaw.

En testimonio de la vitalidad enérgica de esos Indios de raza que no quieren morir, puede citarse la nación de los Tcherokis (Cherokees), que sufrió tantas persecuciones, injusticias y toda clase de violencias. Al principio del siglo XVIII, cuando su territorio de caza comprendía toda la parte meridional de la cadena de los Appalaches y las vertientes de esas montañas que pertenecen actualmente á los Estados de las Carolinas, de Georgia, del Alabama y del Tennessee, la cifra total de la nación tcheroki, calculada según el número de los guerreros, era de unos quince mil individuos. Durante el curso del siglo la nación aumentó una cuarta parte, á pesar de las persecuciones sucesivas y de las numerosas luchas suscitadas por las rivalidades de los Franceses y de los Ingleses. La guerra de la Independencia envolvió en su remolino á los Tcherokis, diezmándolos de nuevo, y recayeron al número de quince mil; después, durante el siguiente período de paz, aumentaron de nuevo. Llegó el período de la expulsión y del traslado de la tribu al territorio «Indio», al otro lado del Mississipi, en las márgenes del Arkansas: un primer lote de emigrantes, confiados en las promesas del «Tío Sam», consintió en partir; pero encontró el territorio concedido ocupado ya por otros Indios, los Osages. Fué preciso ante todo regular los derechos respectivos por la guerra, y luego, después de una ocupación de algunos años, hubo que defenderse contra nuevos invasores blancos. El movimiento de emigración se continuó hacia el Tejas, entonces república independiente, que les concedió tierras en las llanuras de los ríos Sabina, Angelina, Neches y Trinity, pero se las quitó pocos años después. Sobrevinieron nuevas emigraciones, nuevos combates, y la dispersión casi completa de esta fracción de la nación tcheroki, á excepción de una banda que logró franquear la frontera mejicana y encontró,

por último, asilo al sud de Guadalajara, en las márgenes del lago Chapala. Sus descendientes viven allí todavía y se proclaman con orgullo ciudadanos de la República de Méjico.

Pero el grueso de la nación permaneció en las montañas de los Appalaches. El general Scott, el mismo que después «entró en la gloria» como triunfador de Méjico, tuvo la misión de perseguir á



Cl. J. Kuhn, Paris.

AVENIDA DE RIVERSIDE, CALIFORNIA

los Tcherokis, de rechazarlos de valle en valle, de incendiar sus campamentos y sus mieses, de devastar sus tumbas; después de una campaña de las más arduas, que duró cinco años, consiguió desalojar á los Indios de todos sus retiros, excepto de los altos escarpes de Quallah, en los montes de la Carolina del Norte, donde vive todavía un grupo de pura descendencia tcheroki. En cuanto á la multitud de los cautivos, fué conducida lentamente, con enfermos, niños y ancianos á través de la inmensidad del territorio americano. En 1838, cuando esos desgraciados llegaron al territorio que les había sido asignado como nueva patria, habían perdido más de la mitad de los suyos y no eran más que trece mil. Pero se rehicieron poco

á poco alrededor de Tahlequah, su capital, que llegó á ser gradualmente el lugar más importante para todas las tribus indias transportadas al otro lado del Mississipi; en 1900 el número de los Tcherokis llegaba á 38,000, no comprendidos los representantes de su nación de pura raza ó media sangre, dispersados fuera de la pequeña reserva legal de Quallah y del territorio Indio, desde la orilla derecha del Arkansas, por bajo de su confluencia con el «Canadian-River», hasta el curso medio del Cimarrón [1].

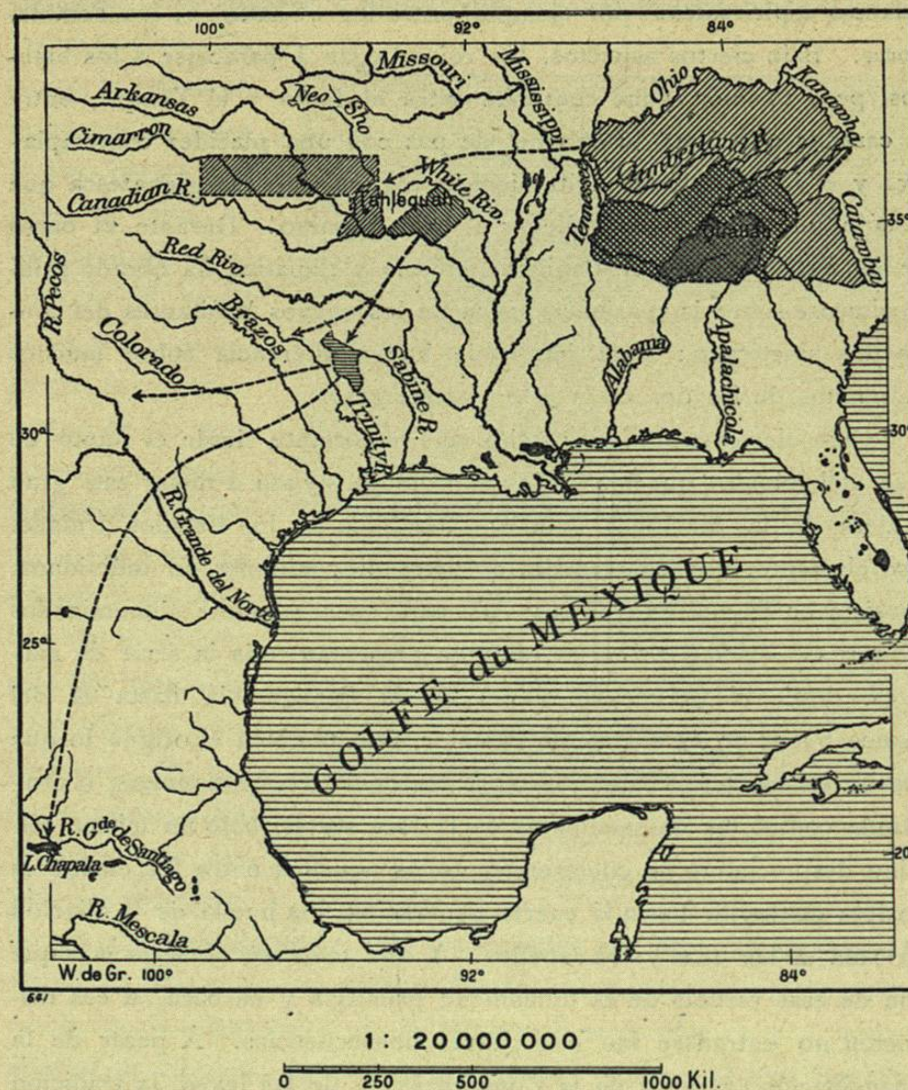
Otra prueba de la tenacidad vital de los Indios nos la suministra la evolución cumplida en ellos, bajo la influencia de sus vecinos los «Caras Pálidas», pero siempre con cierta originalidad, de que los Tcherokis nos dan todavía un ejemplo. Uno de ellos, Sequiah, habiendo comprendido la potencia intelectual que el libro aseguraba á los blancos, opresores de su raza, quiso también elevar á los suyos en la comunión del pensamiento escrito, reproducido por la impresión, pero creyó que un silabario, en vez de un alfabeto, convendría al genio de su lengua, y los de su tribu, consultados por él en gran consejo, participaron de su opinión, por lo que se acordó que en lo sucesivo los periódicos y los actos de la nación se escribirían con los signos de Sequiah: en el espacio de tres meses todos los Tcherokis se hicieron letrados en su idioma.

En concepto religioso también se hizo sentir mucho la influencia anglo-americana, hasta sobre los aborígenes, que están todavía en guerra contra los «Caras Pálidas». Surgieron numerosos Mesías que excitaban á los Indios á la lucha y perecían con ellos en los combates. Esos profetas indígenas no se limitaban á proferir el grito de odio ó de venganza contra el extranjero, sino que la mayor parte predicaban también sus ideas de reorganización social, atacando siempre lo que con justicia consideraban como la razón misma del mal, el acaparamiento de la propiedad común por el individuo privado. En estos últimos tiempos se ha hecho la más eficaz propaganda en pro de una doctrina de paz, nacida sin duda de que el Indio ha reconocido la imposibilidad de prolongar la lucha. «No obréis mal contra nadie; haced siempre el bien, no mintáis, no lloréis cuando

[1] Mooney, *Bureau of American Ethnology*, vol. XIX.

vuestros amigos sucumban, no combatáis». Tales son las enseñanzas del profeta de los Pai-Utah, Wovoka, «el Cortador», llamado

N.º 541. Territorios sucesivos y emigraciones de los Tcherokis.



En su primer éxodo, los Tcherokis bajaron del valle del Mississipi y subieron al del Arkansas, por las dos orillas.

también Kwohit-sang ó el «Gran Vientre». Y estas palabras, acompañadas de la «danza de los espíritus», han sido oídas por la mayor parte de los Indios de ultra-Missouri: una religión común les

une [1], lo que indudablemente constituye una dirección hacia un estado de alma análoga al de los blancos americanos, en quienes la religión moderna toma también un carácter de moralidad pura, despojada de dogmas, pero se complica también con ceremonias, hasta con «danzas espirituales», por ejemplo, entre los «Shakers», los Tembladores. Bajo ciertos aspectos, los rojos llegan á parecerse á los blancos, pero también ¡qué contraste entre el Indio y el Yanqui, entre el cazador que fuma su calumet de paz con una placidez contemplativa y el industrial que agita siempre alguna empresa gigantesca que él sólo puede concebir y llevar á buen término! Durante el curso de los últimos siglos, el ambiente telúrico y climático ha obrado principalmente sobre la apariencia física de los nuevos habitantes del continente americano: sería imposible hallar diferencia sobre muchos individuos de las dos razas (De Quatrefages).

Otro elemento étnico, mucho más importante desde el punto de vista del número que los Indios aborígenes, ayuda á llenar esta gran caldera de las naciones llamada República de los Estados Unidos. Ese elemento, que comprende lo menos diez millones de individuos, consiste en la multitud de los Africanos, generalmente denominados «Negros» — *black people* —, aunque presentan toda la serie de matices, desde el del negro ouolof de la Senegambia hasta el del blanco puro; no es solamente el color, sino también el origen lo que suscita en los aristócratas los sentimientos de aversión sincera ó convenida contra los descendientes de la raza servil: bajo un mismo término despreciativo se comprenden todos aquellos entre los cuales es posible distinguir hasta la cuarta generación una huella de la filiación africana en las uñas y los cabellos. Y aun todo eso no sería más que una de esas rarezas de la humanidad primitiva y bárbara, si esa distinción no entrañase las más graves consecuencias. Á pesar de la emancipación, á pesar de la Constitución y de las leyes, la tradición persigue al hijo del esclavo; la muerte acecha á los vivos. La sociedad esclavista vencida en las batallas, condenada por las leyes, no ha abdicado, y contra todo persiste y se perpetúa bajo las formas exteriores de las instituciones nuevas. La obra de reacción contra

[1] Paul Carus, *Yahveh and Manitou*, Monist, Abril 1899.

el negro emancipado se manifiesta en dos tendencias cuyo término lógico es de una parte el servilismo, de la otra el exterminio.

En primer lugar, los grandes propietarios, los representantes de las Compañías mineras é industriales, los capitalistas inmigrados de los Estados del Norte se procuran la mano de obra lo más barata posible, es decir, se esfuerzan en hacer trabajar al negro de la comarca mediante los simples gastos de su manutención, escatimados al último extremo: es en verdad la esclavitud sin la obligación de mantener á los niños ni á los ancianos. Se recurre, pues, á las complacientes leyes, y á sus intérpretes más complacientes aún, para hallar las fórmulas jurídicas en virtud de las cuales se podrá obligar á los trabajadores negros á residir en la plantación, en la cantera ó en la fábrica y á aceptar salarios de hambre; naturalmente se hallará también alguna ingeniosa forma legal para despojar del derecho de voto al desgraciado *nigger*. En algunos Estados, como en Florida, se salvan muy hábilmente todas las dificultades, haciendo condenar, por contravenciones diversas, á los negros válidos que se necesitan; después los directores de la cárcel los prestan á los empresarios para el trabajo forzado. Así el Estado paga y los capitalistas obtienen la doble ventaja de aumentar sus beneficios y destruir la fuerza de las asociaciones obreras compuestas de blancos.



SEQUIAH (SEQUOIA), INDIO TCHEROKI
De un retrato ejecutado en 1835.

Pero el odio puro, brutal, instintivo se manifiesta también en muchos puntos, donde quiera que haya negros culpables de algún delito, ó donde pesa sobre ellos alguna acusación no probada ó alguna sospecha. Hay ciudad que los expulsa en masa prohibiéndoles pesentarse jamás en su territorio; en algunas poblaciones se incendia el barrio donde residen ó la cárcel donde se les encierra y se rechaza á los fugitivos hacia el foco del incendio. Por todas partes se toma la precaución de impedir que las gentes de la



Cl. del *Globus*.

ALGUNOS «SEÑORES DE COLOR»

De izquierda á derecha, un director de escuela, un hombre político, un obispo.

casta despreciada puedan manchar con su contacto á los nobles hijos de Jafet, en los ómnibus, los trenes, los teatros, las escuelas, las iglesias. Por último, en los casos graves, sobre todo en asuntos de costumbres, han llegado á ser tan corrientes las horribles prácticas del tormento, que puede considerárselas como formando parte de la legislación local. El negro culpable ó considerado como tal es desollado vivo, recortado, disecado parcialmente, quemado á fuego lento, ó fusilado en detalle; se busca el modo de hacerle sufrir como obedeciendo al impulso de un obscuro atavismo iroqués; después, muerta la víctima, cortada en trocitos y reducida á cenizas, los asistentes toman cada uno su parte y la conservan preciosamente en su casa para recordar el placer de la venganza. Á eso se llama la «justicia del pueblo».

Es natural que los negros, que viven en el temor de las violencias y de las batidas, se agrupen para la defensa ó se preparen

á la huída. ¿Pero á dónde huirán? ¿Qué ciudad, qué Estado les darán hospitalidad franca? ¿Dónde serán recibidos como ciudadanos?

Muchos proyectos de éxodo hacia el Africa madre se agitan y se discuten entre sus hijos perseguidos. Así como los Judíos se remueven febrilmente en vista de una vuelta en masa hacia la «Montaña de Sión» y, sin embargo, permanecen en inmensa mayoría en los países de los Gentiles donde han nacido, donde viven sus familias, donde se desarrollan sus negocios, así también los negros de los



Cl. del *Globus*.

ALGUNOS «SEÑORES DE COLOR»

De izquierda á derecha, un periodista, un médico, un pintor.

Estados Unidos hablan de emigrar por millones hacia la república de Liberia, hasta de reconquistar sobre las potencias europeas el inmenso continente negro y hacerse los organizadores de un Africa para los Africanos; pero continúan residiendo en la tierra que poseen, donde tienen sus recuerdos, sus amistades y aun sus esperanzas, porque, á pesar de sus antiguos amos, se han hecho completamente Americanos por la lengua, la educación, la manera de pensar, hasta por el patriotismo con todas sus preocupaciones. Entre los planes de porvenir político con que se entretienen apasionadamente los negros de los Estados existe un proyecto de conquista haitiana: con gran satisfacción imitarían en sus anexiones violentas á los Americanos de raza blanca y se envanecerían á su vez de plantear una civilización superior á unos pueblos hasta entonces desheredados. Visitando á los negros norteamericanos y

hablando con ellos, admira ver cuán mínima es su parte de originalidad en el conjunto de la nación que, después de haberles formado, moldeado y penetrado de su espíritu, trata, no obstante, de rechazarlos, de desembarazarse de ellos. ¿Cómo no habían de transformarse en puros Americanos los hijos de los esclavos, puesto que les habían despojado del habla materna, de su nombre y de todo recuerdo del país de origen? ¿Á qué hombres podría aplicárseles mejor que á los de esta nación sin memoria de la patria, el término de «desarraigados»?

Pero, dígase lo que se quiera, la población de los Estados Unidos, roja, blanca y negra, se prepara á la evolución aborrecida de la «miscegenación». Por abajo principalmente se hará la unión de las razas. Muy diseminados sin duda, entre los hijos de los abolicionistas hay hombres de corazón que, sabiendo elevarse sobre las preocupaciones del color y de la casta, no temen fundar una familia cuyos hijos mezclarán quizá una sombra ennegrecida al carmín de sus mejillas; pero en las grandes ciudades donde las multitudes se estrechan cada vez más, las mujeres extranjeras, Irlandesas, Alemanas y Eslavas no se dejan dominar siempre por irracionales repugnancias, y más de una entre ellas acepta ser la compañera del negro de quien admira su buen aspecto, su fuerza y su bondad. Por último, hasta entre los Americanos nativos, la miseria suele asociar á los desgraciados de ambas razas. En el gran ejército de las reivindicaciones, blancos y negros marchan juntos, la participación en el extremo sufrimiento «hace desaparecer hasta las distinciones de color»[1]. No en vano ya, hasta en los Estados del Sud, escritores valerosos como Georges W. Cable han reclamado para los negros todos los «privilegios», es decir, todos los derechos, incluso el del matrimonio con los blancos[2]. Además, ese cruzamiento de las razas es la condición exigida para que los emprendedores Yanquis puedan obtener de hecho en toda la América, de poblaciones tan profundamente mezcladas, la preponderancia moral que creen corresponderles.

Entre tanto, disponen de una superioridad material absolutamente incontestable. Ante todo, en el interior, por el predominio

[1] *Old creole days.*
[2] Hamlin Garland, *A Member of the third House.*

del número, que cada año se hace más abrumador, gracias á un doble fenómeno: de un lado la inmigración continua, y del otro el exceso de los nacimientos sobre las defunciones en todas partes, excepto en las familias americanas de la Nueva Inglaterra. Á decir verdad, las estadísticas «vitales» de los Estados Unidos son muy incompletas, pero los censos decenales no permiten dudar del aumento normal de los Americanos: de 1890 á 1900 la población blanca aumentó en 11.800,000 unidades, mientras no hubo más que 3.700,000 inmigrados durante el mismo tiempo, ó sea un tercio tan sólo del aumento total. Evidentemente esos recién llegados no se hacen Americanos sólo por su desembarco; la estadística de la inmigración, llevada con gran cuidado, evidencia que los diversos países de Europa tienden á reconstituirse al otro lado del Atlántico. Año tras año, los Croatas, Rutenos, Eslovacos y Magyares se dirigen en mayoría hacia la Pensylvania, los Tcheques al Illinois, los Rumanos al Ohío, los Escandinavos al Minnesota, los Portugueses al Massachusetts, en tanto que los Italianos del Sud y los Judíos se establecen en New-York. Á pesar de los esfuerzos constantes de los gobernantes americanos, se forman «colonias», que, al tipo del aumento actual, pueden en determinadas circunstancias constituir un peligro para la Gran República. Sin embargo, la mezcla continua de las poblaciones, la educación de los niños en una lengua única y sobre todo la acción persistente de un mismo medio geográfico hacen de la nueva Europa una agrupación humana menos heterogénea que la del Mundo Antiguo.

Los Americanos del Norte gozan al exterior de un prestigio inmenso; no necesitan para conservarlo tener en pie de guerra formidables ejércitos permanentes compuestos de muchos miles de hombres con todos sus accesorios guerreros; no obstante, también se entregan á las fantasías, á la vanagloria y á los gastos sin razón de la «paz armada»; también quieren tener una flota que les permita izar con orgullo su bandera en todos los mares del mundo. Pero á su ejército, á su flota, pueden, á la primera alarma, añadir fuerzas avasalladoras para lanzarlas contra todo presunto enemigo, Alemán, Inglés ó Ruso; á este respecto no deben abrigar temor alguno; al contrario, ellos son los temidos, los considerados, y los que en

hablando con ellos, admira ver cuán mínima es su parte de originalidad en el conjunto de la nación que, después de haberles formado, moldeado y penetrado de su espíritu, trata, no obstante, de rechazarlos, de desembarazarse de ellos. ¿Cómo no habían de transformarse en puros Americanos los hijos de los esclavos, puesto que les habían despojado del habla materna, de su nombre y de todo recuerdo del país de origen? ¿Á qué hombres podría aplicárseles mejor que á los de esta nación sin memoria de la patria, el término de «desarraigados»?

Pero, dígase lo que se quiera, la población de los Estados Unidos, roja, blanca y negra, se prepara á la evolución aborrecida de la «miscegenación». Por abajo principalmente se hará la unión de las razas. Muy diseminados sin duda, entre los hijos de los abolicionistas hay hombres de corazón que, sabiendo elevarse sobre las preocupaciones del color y de la casta, no temen fundar una familia cuyos hijos mezclarán quizá una sombra ennegrecida al carmín de sus mejillas; pero en las grandes ciudades donde las multitudes se estrechan cada vez más, las mujeres extranjeras, Irlandesas, Alemanas y Eslavas no se dejan dominar siempre por irracionales repugnancias, y más de una entre ellas acepta ser la compañera del negro de quien admira su buen aspecto, su fuerza y su bondad. Por último, hasta entre los Americanos nativos, la miseria suele asociar á los desgraciados de ambas razas. En el gran ejército de las reivindicaciones, blancos y negros marchan juntos, la participación en el extremo sufrimiento «hace desaparecer hasta las distinciones de color»[1]. No en vano ya, hasta en los Estados del Sud, escritores valerosos como Georges W. Cable han reclamado para los negros todos los «privilegios», es decir, todos los derechos, incluso el del matrimonio con los blancos[2]. Además, ese cruzamiento de las razas es la condición exigida para que los emprendedores Yanquis puedan obtener de hecho en toda la América, de poblaciones tan profundamente mezcladas, la preponderancia moral que creen corresponderles.

Entre tanto, disponen de una superioridad material absolutamente incontestable. Ante todo, en el interior, por el predominio

[1] *Old creole days.*
[2] Hamlin Garland, *A Member of the third House.*

del número, que cada año se hace más abrumador, gracias á un doble fenómeno: de un lado la inmigración continua, y del otro el exceso de los nacimientos sobre las defunciones en todas partes, excepto en las familias americanas de la Nueva Inglaterra. Á decir verdad, las estadísticas «vitales» de los Estados Unidos son muy incompletas, pero los censos decenales no permiten dudar del aumento normal de los Americanos: de 1890 á 1900 la población blanca aumentó en 11.800,000 unidades, mientras no hubo más que 3.700,000 inmigrados durante el mismo tiempo, ó sea un tercio tan sólo del aumento total. Evidentemente esos recién llegados no se hacen Americanos sólo por su desembarco; la estadística de la inmigración, llevada con gran cuidado, evidencia que los diversos países de Europa tienden á reconstituirse al otro lado del Atlántico. Año tras año, los Croatas, Rutenos, Eslovacos y Magyares se dirigen en mayoría hacia la Pensylvania, los Tcheques al Illinois, los Rumanos al Ohío, los Escandinavos al Minnesota, los Portugueses al Massachusetts, en tanto que los Italianos del Sud y los Judíos se establecen en New-York. Á pesar de los esfuerzos constantes de los gobernantes americanos, se forman «colonias», que, al tipo del aumento actual, pueden en determinadas circunstancias constituir un peligro para la Gran República. Sin embargo, la mezcla continua de las poblaciones, la educación de los niños en una lengua única y sobre todo la acción persistente de un mismo medio geográfico hacen de la nueva Europa una agrupación humana menos heterogénea que la del Mundo Antiguo.

Los Americanos del Norte gozan al exterior de un prestigio inmenso; no necesitan para conservarlo tener en pie de guerra formidables ejércitos permanentes compuestos de muchos miles de hombres con todos sus accesorios guerreros; no obstante, también se entregan á las fantasías, á la vanagloria y á los gastos sin razón de la «paz armada»; también quieren tener una flota que les permita izar con orgullo su bandera en todos los mares del mundo. Pero á su ejército, á su flota, pueden, á la primera alarma, añadir fuerzas avasalladoras para lanzarlas contra todo presunto enemigo, Alemán, Inglés ó Ruso; á este respecto no deben abrigar temor alguno; al contrario, ellos son los temidos, los considerados, y los que en

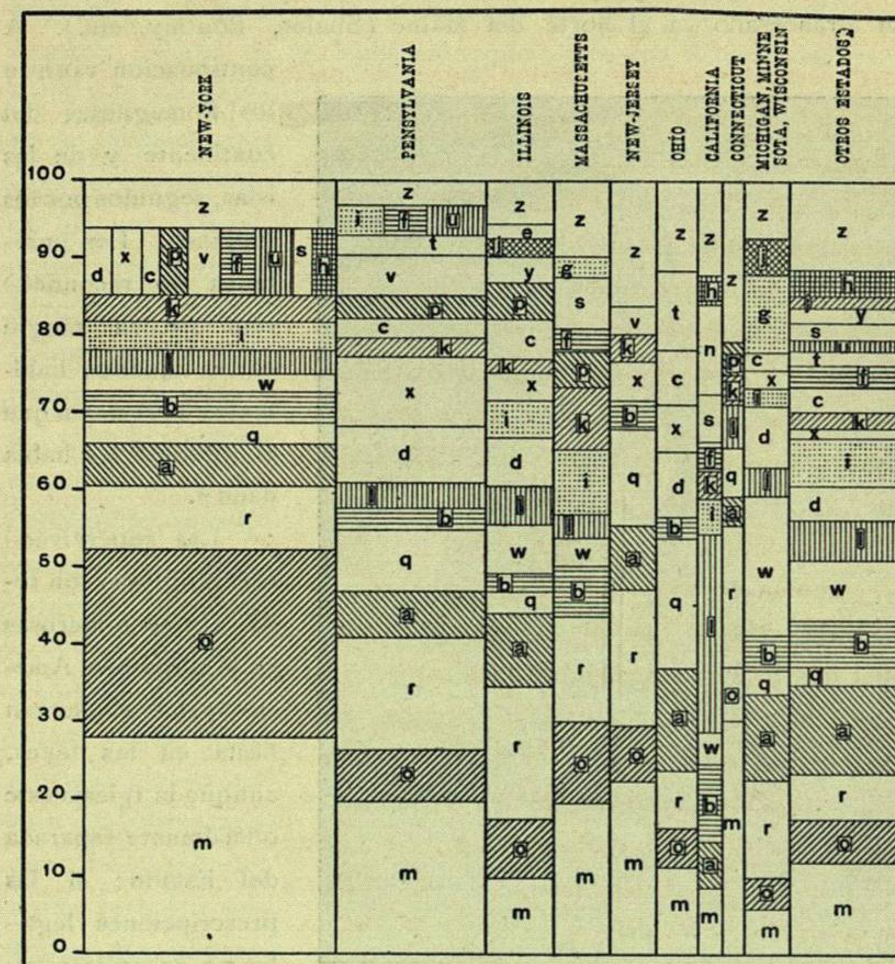
varias ocasiones han usado y abusado de su poder para inclinar en su provecho los acontecimientos contemporáneos. El ahorro anual de su agricultura, de su industria y de su comercio, reserva en que se acumulan incesantemente los miles de millones, es superior al de todos los demás países del mundo; por su producción agrícola y sus minas están en primer término entre las naciones de la Tierra, y hasta por ciertos grandes elementos de la riqueza pública, tal como el desarrollo de las vías férreas, están cerca de igualarse por sí solos á todos los Estados reunidos del mundo entero. Esta primacía material en tantas ramas diversas ha favorecido á la enfermedad particular de los Americanos, que se ha calificado de «Kilometritis»[1]: en todo lo que puede medirse, se jactan de haber alcanzado el «record». ¡Sus trenes y sus barcos, sus caballos y sus perros de caza son los mas rápidos, sus casas son las más altas y sus diarios emplean la mayor masa de papel! Es muy natural que un pueblo que ha crecido tan rápidamente tenga todavía candideces infantiles.

En cuanto á la cuestión delicada de la supremacía intelectual, que también se ha suscitado muchas veces, sería tanto más ocioso discutirla, cuanto que el mundo del pensamiento es precisamente aquel que más se desprende de los lazos de la nacionalidad. Cuando se pertenece mentalmente al número de aquellos cuyas adquisiciones constituyen el patrimonio de la humanidad, poco importa conocer la genealogía especial de tal ó cual continuador de Platon ó de Lao-tse, de Newton ó de Laplace, de Lamarck ó de Darwin. El hecho es que los Americanos, hijos y hermanos de los Europeos, se han asociado á la obra común; pero habiendo tenido que ocuparse del arreglo de la nueva tierra que habían colonizado, han debido interesarse mucho más por las aplicaciones que por las investigaciones del pensamiento puro. Así también debe haber allí un gran contraste á este respecto entre la región de la Nueva Inglaterra, que se parece á la antigua por la densidad de la población, la utilización del suelo y el establecimiento de una sociedad bien sentada, y los Estados occidentales, aún en vía de formación, en pleno trabajo de conquista sobre la naturaleza primitiva. Los estu-

[1] Bryce, *American Commonwealth*.

dios se hacen en los territorios donde el trabajo anterior ha creado el tiempo libre necesario; allá también nacen las bellas manifesta-

N.º 542. Distribución de los inmigrantes en los Estados Unidos.



Este cuadro distribuye los 1.260,000 inmigrantes llegados á los Estados Unidos propiamente dichos (con exclusión de Puerto Rico, Alaska, Havaii y Filipinas), desde 1.º de Julio de 1906 á 30 de Junio de 1907.

a, Alemanes; *b*, Ingleses; *c*, Búlgaros, Servios y Montenegrinos; *d*, Croatas y Eslovenos; *e*, Dálmatas y Bosniacos; *f*, Escoceses; *g*, Finlandeses; *h*, Franceses; *i*, Griegos; *j*, Holandeses y Flamencos; *k*, Irlandeses; *l*, Italianos del Norte; *m*, Italianos del Sud; *n*, Japoneses; *o*, Judíos; *p*, Lituanios; *q*, Magyares; *r*, Polacos; *s*, Portugueses y Españoles; *t*, Rumanos; *u*, Rusos; *v*, Rutenos; *w*, Escandinavos; *x*, Eslovacos; *y*, Tcheques; *z*, otros pueblos.

De abajo á arriba las razas están en un orden constante, el de su importancia en la inmigración total: *m*, *o*, *r*, *a*, *q*, *b*, *w*, *l*, *d*, *i*, *x*, *k*, *c*, *p*, *v*, *f*, *t*, *u*, *s*, *g*, *y*, *j*, *n*, *h*, *e*.

ciones del arte y además se intentan nuevos experimentos sociales. Pero al mismo tiempo surge el temor de que la raza dé indicios de

agotamiento; en ninguna parte hay más solteras que renuncien al matrimonio ni más mujeres que eviten la maternidad. La población se renueva felizmente por inmigraciones continuas: tras los Ingleses han venido los Irlandeses, después los Canadienses franceses que han afrancesado ya el norte del Maine (Shaler, Boutmy, etc.). Á continuación vienen los Portugueses del continente y de las islas, seguidos por los Italianos. Los puritanos no reconocerían ya su sangre entre aquellos habitantes de la tierra que el «Eterno les había dado».


HÚNGARA RECIÉN LLEGADA Á LOS ESTADOS UNIDOS

Las supervivencias religiosas son todavía muy poderosas en la república Americana, y se conservan hasta en las leyes, aunque la Iglesia esté oficialmente separada del Estado; si las prescripciones legales no se aplican ya, al menos atestiguan el arraigo que antes tenían las antiguas creencias. El no-cristiano es todavía un réprobo para el Código, y contra él se señalan las penas más severas. En el Estado del Maine, el hombre «que blasfema el nombre de Dios, por negación, maldición, desprecio, irrisión ú ofensa cualquiera, el que niega la creación, la Providencia, el juicio final, Jesucristo, el Espíritu Santo ó las Santas Escrituras» será castigado con prisión que no exceda de dos años ó una multa que no pase de 200 dollars.

Penas análogas se señalan en los Códigos de los Estados de Nueva Inglaterra, y hasta en los Estados del Sud, como Arkansas, Georgia y Mississipi, los ateos son excluídos oficialmente de todos los empleos y del derecho de ser testigos en juicio. Con ayuda de la herencia, resulta de la legislación que entre los Americanos es de regla una profesión de fe cristiana, por vaga ó contradictoria que sea. La iniciativa que el ciudadano suele aportar ordinariamente á su trabajo y su género de vida le permite cambiar de secta, inscribiéndose sucesivamente en veinte iglesias diferentes, pero no se comprendería que no se uniera á una iglesia cristiana de una manera cualquiera, aunque sea bajo una forma verbal ó simbólica. En una familia de muchos hijos suelen contarse tantas religiones como individuos. En el fondo, esa amplia tolerancia se explica por una indiferencia positiva, y lo que el dogma tenía antes de preciso y de intransigente desaparece bajo una fraseología sin fuerza. Así se ha podido celebrar en Chicago, en 1893, una fiesta en un «Parlamento de las Religiones» donde los hijos de los que se entre-maldecían se han bendecido mutuamente con unción fervorosa. Los verdaderos cristianos, muy escasos, se apartaban con escándalo, despreciando


LAPONA DE RUSIA RECIÉN LLEGADA Á LOS ESTADOS UNIDOS

esa religiosidad sentimental de supuestos creyentes, animados, no de la «fe que devora», sino del deseo, más bien negativo, de exponer frases dulces y sin sentido agradables al oído de los indiferentes.

Hace doscientos años, los católicos romanos que se hubiesen aventurado en la Nueva Inglaterra hubiesen sido cruelmente perseguidos; pero la inmigración de los Irlandeses, de los Escoceses del Norte, de los Rhenanos, de los Italianos y de otros latinizados ha cambiado el equilibrio religioso en los Estados Unidos, y aunque una parte de esos inmigrantes se haya pasado al protestantismo, la cohesión del catolicismo con relación á las sectas protestantes ha acabado, no obstante, por dar el primer rango numérico á la forma romana del cristianismo; pero en esta materia como en todas las demás, la manía de exageración, que es el gran defecto nacional, vicia todos los documentos y no se pueden aceptar como verdaderas las estadísticas más ó menos oficiales. ¿No se ha llegado, para «hacer grande», hasta reivindicar como formando parte del mundo católico americano la población de las islas Filipinas? Se ha llegado á evaluar en 35 millones de individuos, número á lo menos doble de la realidad, al conjunto del rebaño de los Estados Unidos perteneciente á la iglesia de Roma. Además ha debido hacerse sin remedio una evolución en las comunidades más conservadoras de América: el medio más libre y más audaz de la sociedad americana ha hecho sentir su influencia sobre las agrupaciones religiosas más cerradas, que hacen vanos esfuerzos para obedecer á la tradición. Bajo muchos aspectos los católicos de los Estados Unidos pueden ser considerados como formando una secta protestante; el espíritu de independencia que se tolera en ellos para evitar un cisma sería tenido en Europa por un estado de alma en extremo peligroso, expresión de ideas revolucionarias. Así se ha visto nacer en América, á la excitación de Hecker, ardiente socialista, la orden de los «Paulistas», misioneros exaltados en cuya vida «la individualidad es el elemento integral y dominante». Contando con «la acción del Espíritu Santo en cada alma humana», predican como apóstoles, á su manera, con toda libertad y sabiendo acomodarse á la perfecta libertad ajena. No se reconocen las tradiciones de la Iglesia romana, tan perfectamente disciplinada, arraigada sobre la roca de

la tradición, en el lenguaje y los actos de esos mensajeros improvisados de la «buena nueva», aparte de que Roma vela con cuidadoso celo para que las manifestaciones del catolicismo americano sean desconocidas de la masa de los fieles del Mundo Antiguo. El culto católico, lo mismo que las mil formas del protestantismo, ha



Cl. J. Kuhn, Paris.
LAGO VOLCÁNICO EN LA ISLA DE GRANADA, PEQUEÑA ANTILLA

debido adaptarse á los nuevos ambientes donde se mezclan de diversos modos las tradiciones religiosas y las prácticas industriales del reclamo sobre el viejo fondo animista y mágico que se llama el «espiritismo».

Las islas de Cuba, de Puerto Rico, de Haiti-Santo Domingo, de la Jamaica, la rastra de las pequeñas Antillas, el gran territorio triangular de la República mejicana forman la transición geográfica y política entre los Estados Unidos y la parte meridional del Nuevo Mundo; pero la aproximación se hace y continúa haciéndose,

únicamente desde el punto de vista material por las relaciones comerciales, la aplicación de los procedimientos industriales, la constitución de sociedades financieras, bajo la influencia evidente y exclusiva de los Americanos yanquis. Porque el contraste es todavía muy grande para las costumbres, el género de vida y el ideal. No faltan sin duda en Méjico ni en las repúblicas sud-americanas jóvenes educados en los Estados Unidos que se esfuerzan por copiar á sus educadores; sin embargo, esos individuos constituyen una excepción, y además se encuentran frente á adversarios que también han hecho sus estudios en las universidades del Norte y de allí precisamente han sacado fuerzas para conservar su originalidad latina contra la invasión amenazadora. En cuanto á la masa de las naciones ibero-americanas, permanece absolutamente refractaria al espíritu de los visitadores de lengua inglesa, y el sentimiento que se les manifiesta es el de la hostilidad. Admira ver cómo en el mismo territorio que los Estados Unidos se anexionaron en 1848, los habitantes de Nuevo Méjico, de origen español mestizo, han resistido al trabajo de asimilación, y, sin embargo, eran cincuenta mil apenas cuando la conquista: una gota de agua en el Océano.

El hecho esencial en la cultura mejicana, comparada con la de los Estados Unidos, es que el elemento étnico dominante es de origen autóctono. Los Yanquis son ante todo colonos europeos; los Mejicanos, tomados en masa, son más Indios modificados poco á poco por la levadura de la civilización europea aportada por los Españoles, transformados por el cruzamiento en una raza nueva. Algunos viajeros han podido engañarse en este asunto porque residían en la capital y en las ricas plantaciones donde dominaban blancos de raza más ó menos pura. Habiendo comprobado y consignado desde el principio que la primera iniciativa provenía de los Europeos y de su descendencia, y habiendo visto también después que muchas tribus indias se hallaban todavía apartadas en sus retiros de las montañas, deducían que la evolución de Méjico podía compararse de lejos á la de los Estados Unidos, lo que es un error, porque si la cultura europea, viniendo de arriba, se extiende cada vez más en la masa del pueblo, la mezcla ó la indianización, elevándose de abajo, gana incesantemente en el conjunto de la nación

mejicana. En la infinita complicación de las cosas, sucede que la lucha de dos elementos opuestos termina por la realización de un estado superior en que cada uno ha obtenido la victoria. Ciertamente los *Gachupinos* odiados, es decir, los Españoles, han hecho prevalecer sus tendencias republicanas, su modo de civilización, su ascendiente moral, en tanto que los Indios prevalecen en la estructura misma de la nación, constituyendo su carne y su sangre.



Cl. J. Kuhn, Paris.

CIUDAD DE MÉJICO: EL PALACIO

Sin embargo, ese trabajo está lejos todavía de haber alcanzado su término. En muchos puntos, y sobre todo en las grandes ciudades, un miserable residuo de proletarios mendigos y famélicos recuerda la antigua población de los esclavos; en otras partes los Indios se ocultan todavía en grutas, evitando en cuanto pueden todo contacto con los blancos, y hasta recientemente contra los Yanquis y los Seris, al Noroeste, y contra los Mayas, al Sudeste de la República, existe la guerra brutal, si no de exterminio, al menos de represión.

La entrada gradual de todos los Indios en el mundo de la civilización castellana se hace con bastante rapidez para que las anti-

únicamente desde el punto de vista material por las relaciones comerciales, la aplicación de los procedimientos industriales, la constitución de sociedades financieras, bajo la influencia evidente y exclusiva de los Americanos yanquis. Porque el contraste es todavía muy grande para las costumbres, el género de vida y el ideal. No faltan sin duda en Méjico ni en las repúblicas sud-americanas jóvenes educados en los Estados Unidos que se esfuerzan por copiar á sus educadores; sin embargo, esos individuos constituyen una excepción, y además se encuentran frente á adversarios que también han hecho sus estudios en las universidades del Norte y de allí precisamente han sacado fuerzas para conservar su originalidad latina contra la invasión amenazadora. En cuanto á la masa de las naciones ibero-americanas, permanece absolutamente refractaria al espíritu de los visitadores de lengua inglesa, y el sentimiento que se les manifiesta es el de la hostilidad. Admira ver cómo en el mismo territorio que los Estados Unidos se anexionaron en 1848, los habitantes de Nuevo Méjico, de origen español mestizo, han resistido al trabajo de asimilación, y, sin embargo, eran cincuenta mil apenas cuando la conquista: una gota de agua en el Océano.

El hecho esencial en la cultura mejicana, comparada con la de los Estados Unidos, es que el elemento étnico dominante es de origen autóctono. Los Yanquis son ante todo colonos europeos; los Mejicanos, tomados en masa, son más Indios modificados poco á poco por la levadura de la civilización europea aportada por los Españoles, transformados por el cruzamiento en una raza nueva. Algunos viajeros han podido engañarse en este asunto porque residían en la capital y en las ricas plantaciones donde dominaban blancos de raza más ó menos pura. Habiendo comprobado y consignado desde el principio que la primera iniciativa provenía de los Europeos y de su descendencia, y habiendo visto también después que muchas tribus indias se hallaban todavía apartadas en sus retiros de las montañas, deducían que la evolución de Méjico podía compararse de lejos á la de los Estados Unidos, lo que es un error, porque si la cultura europea, viniendo de arriba, se extiende cada vez más en la masa del pueblo, la mezcla ó la indianización, elevándose de abajo, gana incesantemente en el conjunto de la nación

mejicana. En la infinita complicación de las cosas, sucede que la lucha de dos elementos opuestos termina por la realización de un estado superior en que cada uno ha obtenido la victoria. Ciertamente los *Gachupinos* odiados, es decir, los Españoles, han hecho prevalecer sus tendencias republicanas, su modo de civilización, su ascendiente moral, en tanto que los Indios prevalecen en la estructura misma de la nación, constituyendo su carne y su sangre.



Cl. J. Kuhn, Paris.

CIUDAD DE MÉJICO: EL PALACIO

Sin embargo, ese trabajo está lejos todavía de haber alcanzado su término. En muchos puntos, y sobre todo en las grandes ciudades, un miserable residuo de proletarios mendigos y famélicos recuerda la antigua población de los esclavos; en otras partes los Indios se ocultan todavía en grutas, evitando en cuanto pueden todo contacto con los blancos, y hasta recientemente contra los Yanquis y los Seris, al Noroeste, y contra los Mayas, al Sudeste de la República, existe la guerra brutal, si no de exterminio, al menos de represión.

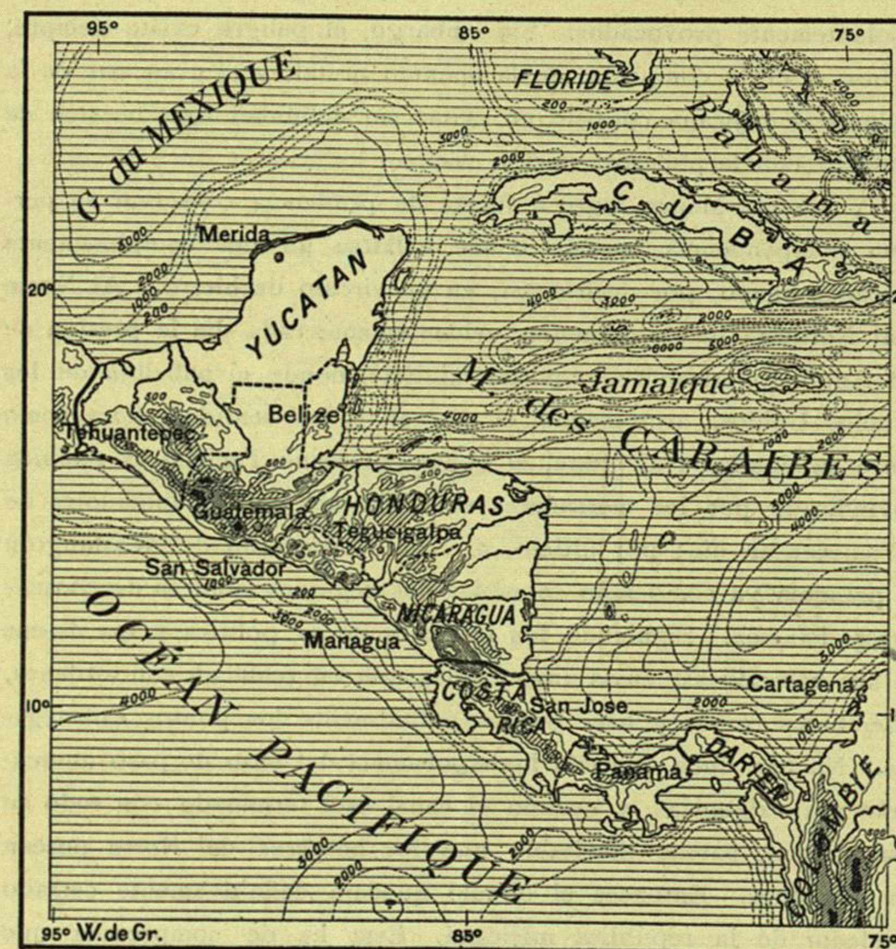
La entrada gradual de todos los Indios en el mundo de la civilización castellana se hace con bastante rapidez para que las anti-

guas divisiones en naciones y en tribus sean ya muy difíciles de reconocer. Los sabios no concuerdan bien sobre el nombre de grupos distintos que quedan claramente diferenciados por el lenguaje. Se cree que antes de la dominación española estaban en uso más de doscientos idiomas, más ó menos afiliados entre sí, en toda la extensión de Méjico: actualmente pueden evaluarse en ciento veinte los diferentes lenguajes de las diversas partes de la comarca (Orozco y Berra). Algunos desaparecen en cada generación, y el cruzamiento, que transforma los «Pieles Rojas» en «Caras Pálidas», reemplaza el tarasco, el othonis y tantas otras lenguas por el castellano. Varias naciones que tuvieron antes una civilización propia y un gran desarrollo intelectual — como los Mayas de Yucatán — renacerán bajo otra forma y contribuirán indudablemente á la prosperidad común de la sociedad nacional más extensa á que en la actualidad pertenecen. Los Toltecas, que se han fundido completamente en el conjunto del pueblo mejicano, han tomado una parte considerable en la historia del país, y los Zapotecas de Oajaca, que resistieron á los conquistadores españoles con más energía que los demás habitantes del Méjico actual, se cuentan también entre los que en el movimiento contemporáneo de renovación muestran más vitalidad y energía.

Gracias á ese aumento continuo de la población latinizada, aumento al que viene á sumarse un excedente anual de natalidad y una inmigración bastante fuerte en que esos elementos «latinos» son con mucho los más representados, la República mejicana sostiene dignamente frente á los Estados Unidos su carácter de campeón de vanguardia en la concurrencia vital de las naciones y de las razas. Desde que España tuvo la dicha de no ser ya la dominadora y, por consiguiente, la enemiga, ha tomado como una vaga apariencia de madre amada de lejos por los pueblos que conquistó en otro tiempo y, á pesar de todo, inició en la consideración de un horizonte más dilatado y en la comprensión de un mundo moral más complejo y más extenso. Á la influencia de España, que por la lengua común no puede menos de asociarse cada vez más á sus antiguas colonias, se une la acción de Francia, á la que Méjico ha perdonado su intervención militar con tentativa de restauración im-

perial. París es la ciudad que los Mejicanos consideran como el centro del mundo, y, siguiendo sus tendencias personales, su desarrollo

N.° 543. Istmos de la América central.



1: 20 000 000

0 250 500 1000 Kil.

Entre los numerosos proyectos de canales á través del istmo Americano, citaremos:

Tehuantepec. Distancia entre mares, 216 km.; altura del collado más bajo, 230 m. Acaba de inaugurarse un ferrocarril de mar á mar (1908).

Nicaragua. Distancia entre mares, 240 km.; el lago está á la altura de 33 m. y á 22 km. del Pacífico; altura del collado más bajo, 46 m. Territorio sujeto á temblores de tierra.

Panamá. 56 km. entre mares; collado de la Culebra, 87 m. Canal de 72 km.

Darien. 120 km. desde el Atrato al golfo de Darien; altura del collado más bajo, 142 m.

propio, á París piden el bien ó el mal, la ciencia, el arte, la poesía, las ideas de renovación ó las frivolidades de la moda, las ne-

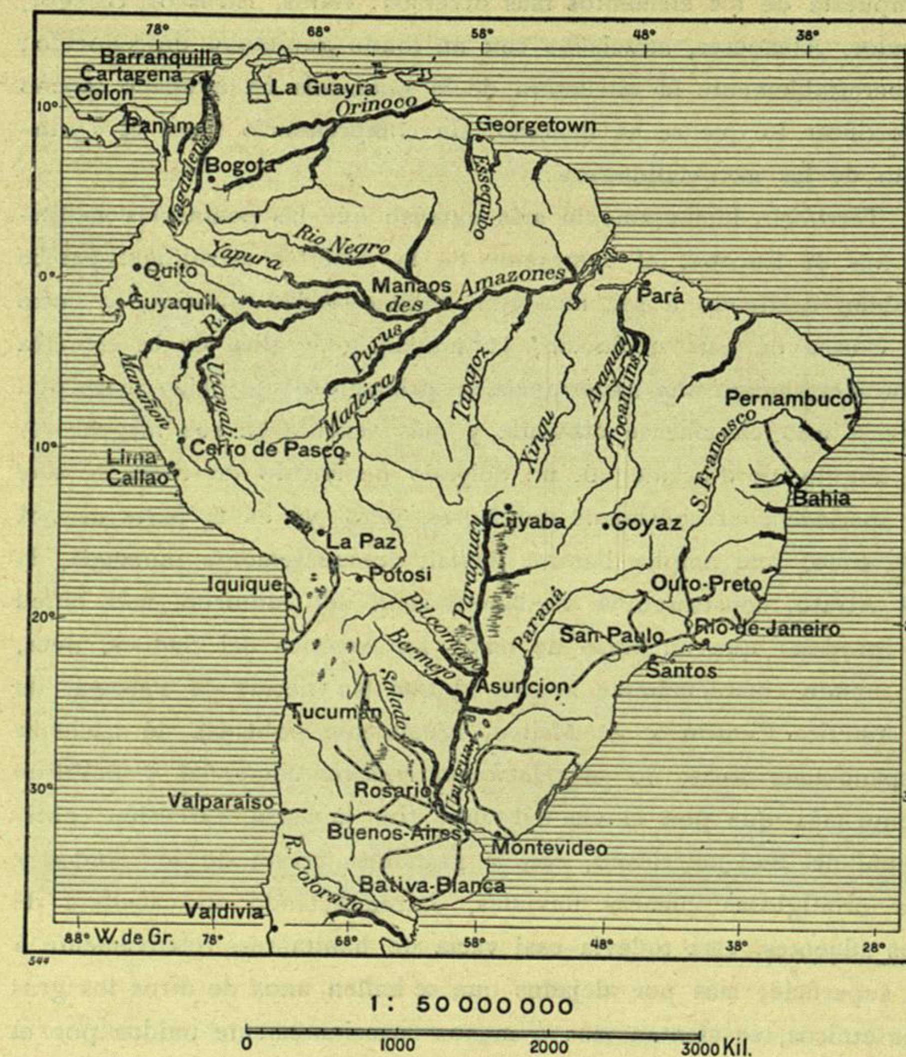
cedades del falso ingenio, las perversidades del vicio. En esa importación intelectual y moral se reunen todos los elementos de la cultura moderna y se agota la fuerza de resistencia contra lo que el americanismo yanqui tiene de más mezquino y á veces también de insolentemente provocador. Sin embargo, el peligro existe siempre, incluso el de la conquista, de la anexión brutal, y el gran arte de la diplomacia mejicana consiste en evitar sin debilidad toda ocasión de conflicto con la poderosa nación vecina.

Y aunque Méjico logre á fuerza de prudencia conservar su perfecta independencia, puede temer hallarse un día completamente rodeado, ligado, por decirlo así, en un círculo de hierro. Al Norte y al Nordeste ha de aumentar evidentemente cada día la presión de los Anglo-Americanos; lo mismo al Este, donde el pabellón de los Estados Unidos, atravesando el mar en todos sentidos, flota como sobre su dominio; al Oeste, el inmenso Océano Pacífico es también reivindicado por los mercaderes de California como habiéndoles de pertenecer un día; por último, al Sud, el gobierno de Washington se presenta ya como amo sobre las dos regiones ístmicas de Nicaragua y Panamá. Siguiendo los intereses de su política y los deseos de sus hacendistas, envía invitaciones que en realidad son órdenes, desembarca tropas y hace ocupar militarmente los puntos estratégicos. No hay duda que con la importancia del sitio de paso aumentarán sus exigencias, y cuando el canal esté terminado con todo su instrumental, parece inevitable que los hombres del Norte posean sus márgenes. Entonces el círculo quedará definitivamente cerrado alrededor de la república mejicana. Esta ha de comprender que debe ser solidaria de todas las pequeñas repúblicas de la América Central. Cada golpe que les hiera repercutirá en su corazón. No sólo ha de pensar en su propia independencia, sino también en la de los otros grupos hispano-americanos.

Una individualidad geográfica claramente determinada contribuye por su misma forma á dar á los pueblos que la habitan, por diversos que sean, una tendencia á la unidad. La mezcla de las naciones se hace en ellas de una manera más íntima, gracias á los remolinos que se producen en los puntos de unión como entre aguas que

afluyen de varios orígenes á una cuenca bien limitada: el solo hecho de hallarse encerrado en un recinto separado de los otros países del mundo ayuda á los indígenas á sentirse parientes. Así, á pesar de sus rivalidades y guerras incesantes, los Helenos se consideraron

N.° 544. Vías navegables y ferrocarriles de la América del Sud.

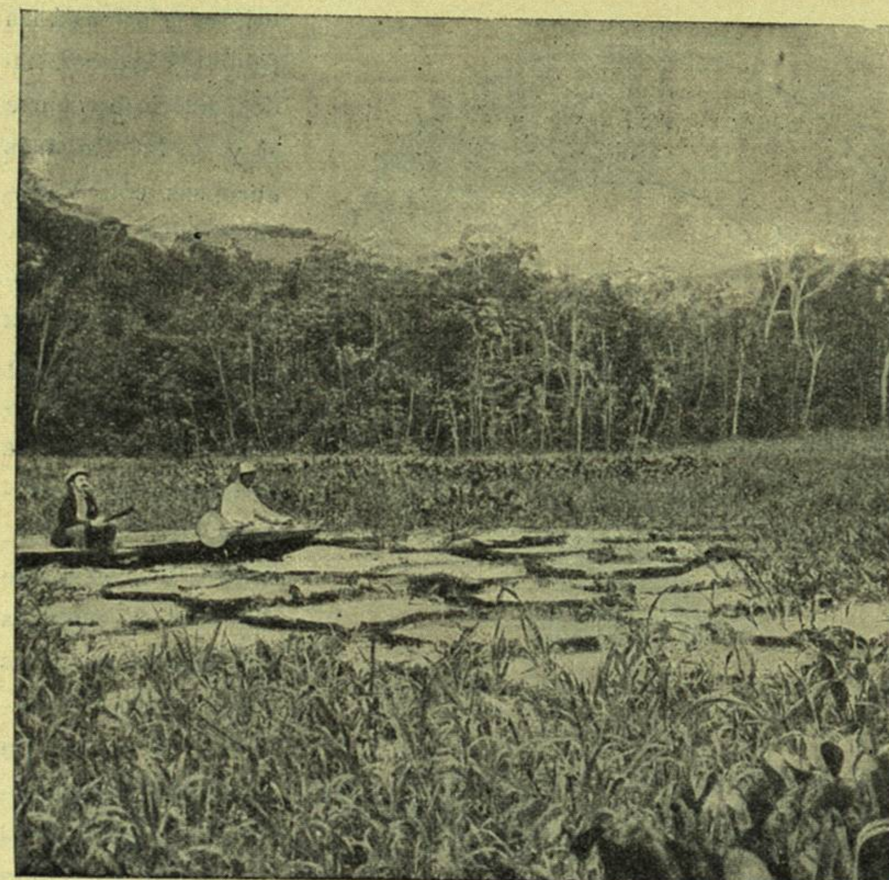


como hermanos, fuesen aliados ó enemigos, y en los tiempos modernos, cuando nació una nueva Grecia, á la vez que por un impulso del pueblo hacia la libertad, por una piadosa gratitud de Europa hacia la Grecia antigua, el Estado que se constituyó comprendía la mayor parte de la región insular y peninsular, á pesar

de la diferencia de las nacionalidades que la poblaban, Albaneses y Helenos. Lo mismo sucede en Italia: no hay tierra en el mundo, á excepción de las islas del Océano, mejor delimitada. Una desde el punto de vista geográfico, esta península que «ciñen los Alpes» ha acabado por ser una en concepto nacional, aunque la población esté compuesta de los elementos más diversos: Galos, Etruscos, Griegos, Sículos, Albaneses, mezclados con un fondo autóctono desconocido; incontestablemente la estructura de la península ha ayudado mucho á fortificar lo que se ha llamado, sin comprenderlo bien, el «principio de las nacionalidades».

Territorio inmensamente más extenso que las penínsulas mediterráneas de Europa, el continente de la América meridional parece también destinado á ser una gran individualidad política, y entre las causas de esta evolución, la unidad geográfica de la comarca tiene ciertamente una importancia de primer orden. ¿Hay masa planetaria más claramente dibujada y más sencilla en sus rasgos? Á su ángulo nord-occidental, un delgado pedúnculo de tierra le une en apariencia al continente del Norte, pero ya en la parte de acá del istmo, una amplia llanura fluvial, frecuentemente inundada, la del Atrato, constituye la verdadera zona del contorno, más difícil de atravesar que un brazo de mar. La América del Sud es, pues, un mundo completamente aparte al que las tierras de Panamá, de la América Central y de Méjico, igualmente pobladas de naciones hispano-americanas, no se relacionan todavía comercial y políticamente más que por la vía del mar. La inmensa extensión continental del Sud americano, con la grandiosa cresta de los Andes y sus prodigiosas cuencas fluviales, entremezclando su cabellera de ríos afluentes, está todavía casi vacía de habitantes, relativamente á su superficie; mas por alejados que se hallen unos de otros los grupos étnicos, se sienten más ó menos conscientemente unidos por el lazo de origen, y, hablen portugués ó castellano, todos, Brasileños, Argentinos, Chilenos, Peruanos ó Colombianos, se complacen en decirse Americanos del Sud en sus viajes por país extranjero. Ya, cuando la guerra de la Independencia, las colonias insurrectas intentaron unirse en una gran federación, pero los intereses eran todavía tan divergentes y los medios de comunicación tan lentos y difíciles,

que toda unión política había de ser puramente ficticia. Hasta se vió que en cada república distinta, Colombia, Perú, Argentina y otras, los diversos focos de la vida pública, desde Cartagena hasta Buenos Aires, se agitaban en guerras civiles contra la prácticas mortales de la centralización, legadas por el gobierno de la metrópoli.

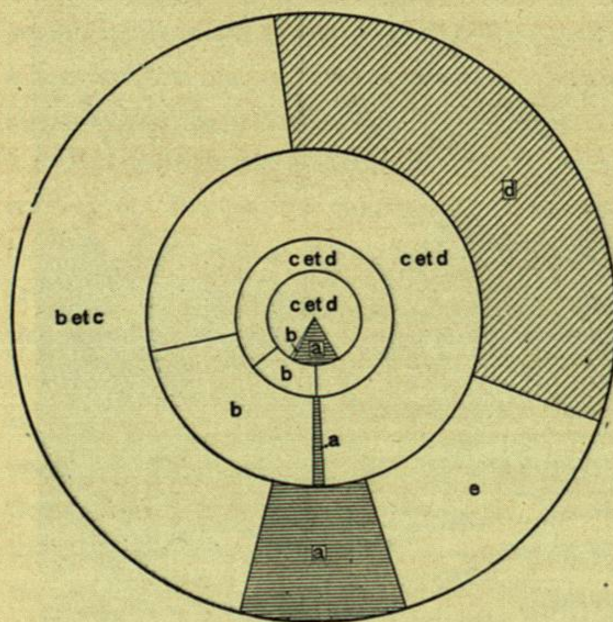


Cl. del *Globus*.

ESTANQUE CUBIERTO DE VICTORIA REGIA, CERCA DE MANAOS

Pero ¡qué cambios desde aquellos tiempos ya casi distantes un siglo! La vida se relaciona por las ideas y las costumbres en las vertientes de los Andes y en las costas de los dos Océanos; los centros de vitalidad, similares ya por el desarrollo intelectual, aproximándose por el vapor; la gran patria sud-americana se hace más extensa y más íntima de día en día. Si los intereses de clase y de poder personal, si las ambiciones militares no se opusieran, la

unión sería definitivamente realizada. No hay duda que grandes acontecimientos, análogos á los producidos en la Hélade y en Italia, precipitarán un día la constitución espontánea de la Unidad sud-americana. Puede suceder que la orientación hacia el nuevo estado de cosas se haga por la vía indirecta del arbitraje, que ha logrado ya arreglar, sin efusión de sangre, un gran número de litigios relativos á las fronteras de esos Estados americanos entre sí y de las Guyanas europeas con Venezuela y el Brasil.



COMPOSICIÓN ÉTNICA DE LAS COMARCAS AMAZO-PLATENSES

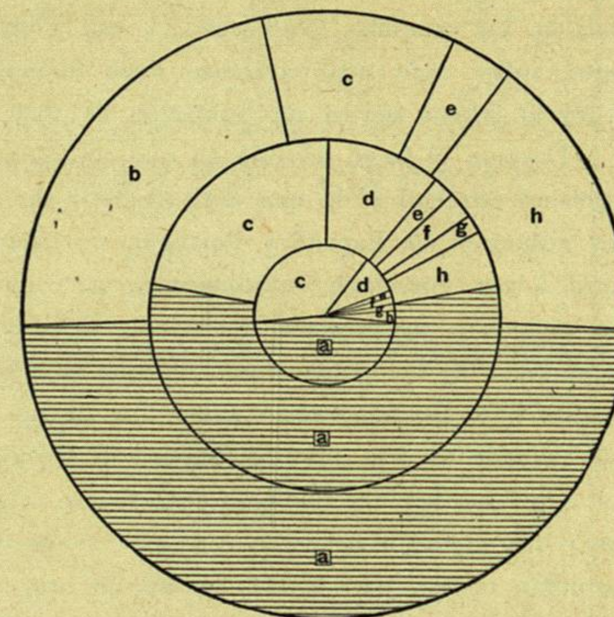
Del centro á la periferia, los países representados son el Paraguay, el Uruguay, la Argentina y el Brasil; la superficie de la zona es proporcional á la población de cada uno de ellos.

a, Indios; *b*, blancos de Europa; *c*, blancos nacidos en el país; *d*, Mestizos; *e*, Negros.

Antes que la unidad ibero-americana pueda marchar francamente hacia su perfecta realización, debe terminarse un trabajo, no de eliminación, pero sí á lo menos de depuración. Algunas potencias europeas tienen todavía territorios de ocupación en continente americano, vestigios de la época en que todo el Nuevo Mundo era propiedad virtual de los pueblos de la Europa occidental. Los Países Bajos y Francia tienen en la región de las Guyanas girones de suelo, de una población relativamente escasa, cuya conservación les impone el amor propio más que el interés; pero en la misma parte del continente Inglaterra posee el importantísimo valle del Essequibo y el acceso de la cuenca del Orinoco, es decir, las puertas de dos vías naturales que conducen desde el Norte hacia el Amazonas, y, por este río, hacia el centro del continente. Asimismo,

en los mares australes, la Gran Bretaña ha tomado posesión de un pequeño archipiélago, las Malouinas ó Falkland, que legal é históricamente, lo mismo que por la lógica de la geografía, debería ser tierra argentina. Evidentemente ese estado de cosas, supervivencia de una política ya prescripta, debería ser arreglada amistosamente de conformidad con el espíritu moderno.

Además de la posesión directa de la parte de territorio que actualmente les es arrebatada, las repúblicas americanas tienen que recuperar, respecto de todas las potencias, la perfecta independencia de actitud y de lenguaje que corresponde á los iguales. Eso constituyó una dificilísima tarea para Venezuela cuando hubo de responder á las reclamaciones de una decena de Estados amenazadores que se presentaban á sus nacionales reclamándoles millones de créditos más ó menos usurarios. También el Brasil necesita toda su diplomacia contra Alemania, que continúa viendo súbditos en los Germanos domiciliados al Sud de la República, en los Estados de Santa Catalina y de Río Grande do Sul. Finalmente, hasta del mismo inventor de la doctrina de Monroe ha de desconfiarse. El gabinete de Washington suele ser bien categórico en sus invitaciones, que más bien parecen órdenes.



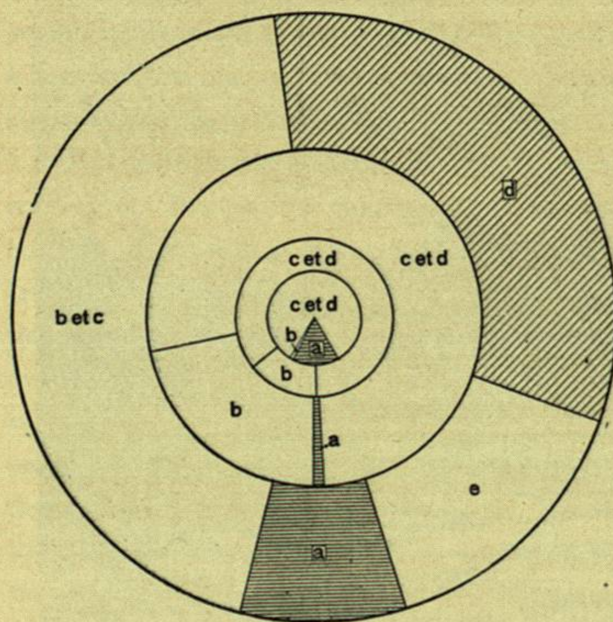
EUROPEOS DE LAS COMARCAS AMAZO-PLATENSES

Las colonias europeas del Uruguay y del Paraguay, en 1900, están confundidas en el centro; vienen después las de la Argentina en 1906; por último, los inmigrantes al Brasil de 1854 á 1904.

a, Italianos; *b*, Portugueses; *c*, Españoles; *d*, Franceses; *e*, Alemanes; *f*, Ingleses; *g*, Suizos; *h*, otros Europeos.

Mucho más que Méjico, la Hispano-América del continente meridional sufre la influencia de Europa y especialmente de sus

unión sería definitivamente realizada. No hay duda que grandes acontecimientos, análogos á los producidos en la Hélade y en Italia, precipitarán un día la constitución espontánea de la Unidad sud-americana. Puede suceder que la orientación hacia el nuevo estado de cosas se haga por la vía indirecta del arbitraje, que ha logrado ya arreglar, sin efusión de sangre, un gran número de litigios relativos á las fronteras de esos Estados americanos entre sí y de las Guyanas europeas con Venezuela y el Brasil.



COMPOSICIÓN ÉTNICA DE LAS COMARCAS AMAZO-PLATENSES

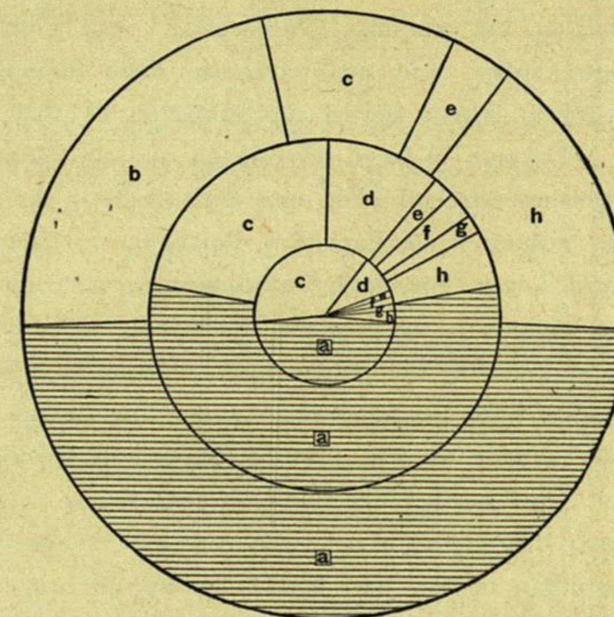
Del centro á la periferia, los países representados son el Paraguay, el Uruguay, la Argentina y el Brasil; la superficie de la zona es proporcional á la población de cada uno de ellos.

a, Indios; *b*, blancos de Europa; *c*, blancos nacidos en el país; *d*, Mestizos; *e*, Negros.

Antes que la unidad ibero-americana pueda marchar francamente hacia su perfecta realización, debe terminarse un trabajo, no de eliminación, pero sí á lo menos de depuración. Algunas potencias europeas tienen todavía territorios de ocupación en continente americano, vestigios de la época en que todo el Nuevo Mundo era propiedad virtual de los pueblos de la Europa occidental. Los Países Bajos y Francia tienen en la región de las Guyanas girones de suelo, de una población relativamente escasa, cuya conservación les impone el amor propio más que el interés; pero en la misma parte del continente Inglaterra posee el importantísimo valle del Essequibo y el acceso de la cuenca del Orinoco, es decir, las puertas de dos vías naturales que conducen desde el Norte hacia el Amazonas, y, por este río, hacia el centro del continente. Asimismo,

en los mares australes, la Gran Bretaña ha tomado posesión de un pequeño archipiélago, las Malouinas ó Falkland, que legal é históricamente, lo mismo que por la lógica de la geografía, debería ser tierra argentina. Evidentemente ese estado de cosas, supervivencia de una política ya prescripta, debería ser arreglada amistosamente de conformidad con el espíritu moderno.

Además de la posesión directa de la parte de territorio que actualmente les es arrebatada, las repúblicas americanas tienen que recuperar, respecto de todas las potencias, la perfecta independencia de actitud y de lenguaje que corresponde á los iguales. Eso constituyó una dificilísima tarea para Venezuela cuando hubo de responder á las reclamaciones de una decena de Estados amenazadores que se presentaban á sus nacionales reclamándoles millones de créditos más ó menos usurarios. También el Brasil necesita toda su diplomacia contra Alemania, que continúa viendo súbditos en los Germanos domiciliados al Sud de la República, en los Estados de Santa Catalina y de Río Grande do Sul. Finalmente, hasta del mismo inventor de la doctrina de Monroe ha de desconfiarse. El gabinete de Washington suele ser bien categórico en sus invitaciones, que más bien parecen órdenes.



EUROPEOS DE LAS COMARCAS AMAZO-PLATENSES

Las colonias europeas del Uruguay y del Paraguay, en 1900, están confundidas en el centro; vienen después las de la Argentina en 1906; por último, los inmigrantes al Brasil de 1854 á 1904.

a, Italianos; *b*, Portugueses; *c*, Españoles; *d*, Franceses; *e*, Alemanes; *f*, Ingleses; *g*, Suizos; *h*, otros Europeos.

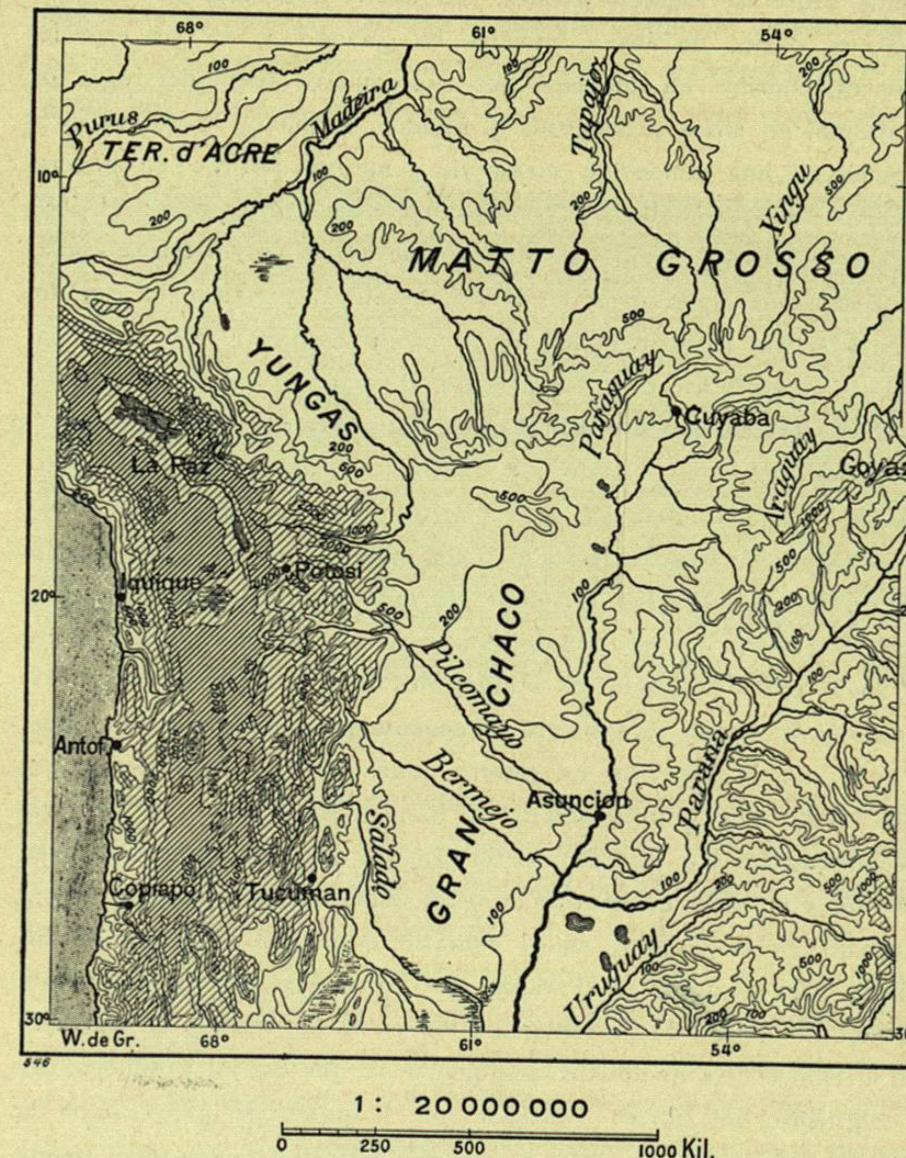
Mucho más que Méjico, la Hispano-América del continente meridional sufre la influencia de Europa y especialmente de sus

representantes latinos. Principalmente en la región del Sud, Argentina, Banda Oriental y Chile es donde el inmigrante europeo halla sociedades que difieren menos de las del Mundo Antiguo á que estaba acostumbrado. Y no puede ser de otro modo, puesto que la ola de la invasión europea se dirige hacia ese lado mucho más activamente que á las comarcas ecuatoriales de América. Los Españoles, los Vascos y los Franceses están verdaderamente en su país en las campiñas platenses. Á esa afluencia de colonos europeos, sobre todo mediterráneos, debe Buenos Aires haber llegado á ser el mayor centro de población de toda la América del Sud.

Durante el largo período en que consideraciones políticas de un egoísmo estrecho y de una falta absoluta de capacidad inspiraban á los gobiernos de España y Portugal, no dejando ninguna iniciativa local á sus posesiones ultramarinas, las ciudades del Nuevo Mundo no ocupaban su posición verdadera, determinada por la iniciativa espontánea de las poblaciones: aunque situadas en América, sólo á medias eran ciudades americanas. La ciudad de Potosí, por ejemplo, situada en una porción demasiado elevada sobre las montañas para que las familias pudieran perpetuarse espontáneamente, era ante todo una creación del fisco español: si los castellanos mineros no hubieran tenido, para saciar su sed de oro, el derecho funesto de disponer de las poblaciones serviles y de conducirlas á la fuerza sobre aquellas ásperas cimas, jamás hubiera podido formarse en tal sitio una gran aglomeración de seres humanos. Cerro de Pasco y otras ciudades mineras debieron también su origen á semejantes violencias cometidas contra naciones oprimidas. Aun después que las comarcas de la América meridional se hicieron independientes de España, muchas ciudades del litoral han sido creadas únicamente por los grandes capitales extranjeros, sin contar con la voluntad de las poblaciones locales: fueron simples colonias industriales del alto negocio de Europa y de América. La explotación de las islas de guano, donde los agricultores de las tierras agotadas del mundo civilizado hallaban el abono restaurador de sus campos, hizo nacer sobre la costa del Perú vastos depósitos, que resultaron inútiles en cuanto las islas fueron despojadas y limpias hasta la roca viva de sus últimos excrementos de aves. También para el comercio mundial han

nacido las grandes aglomeraciones de fábricas y depósitos como Iquique, Antofogasta y sus anejos del litoral, construídas sobre playas áridas, antes evitadas por el hombre. Su existencia es debida á

N.º 545. Desde Marañón á Paraná.

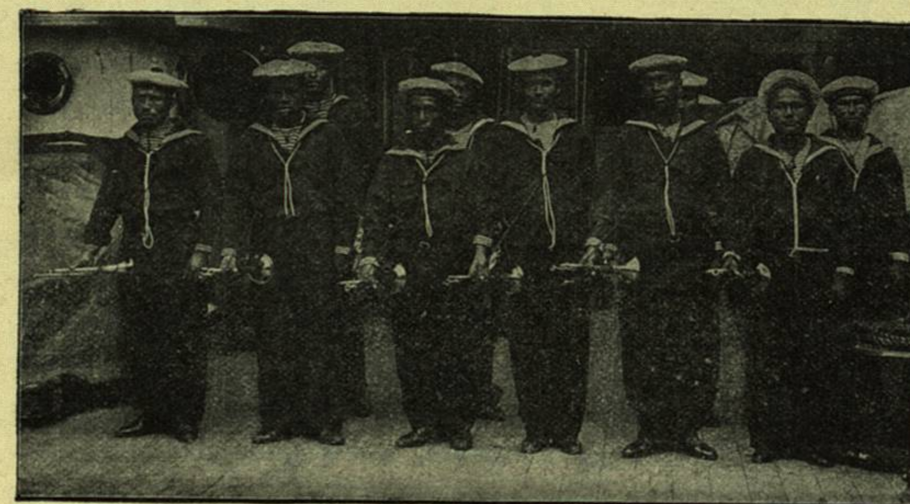


la proximidad de los prodigiosos montones de salitre que constituyen en gran parte la riqueza de Chile, y que como el guano, provienen, según una hipótesis muy probable, de deyecciones animales.

Las regiones en que se encuentran esos montones son todavía y fueron antiguamente recorridas por rebaños de vicuñas y de guanacos, compuestos de centenares ó de miles de individuos. Todos los viajeros antiguos convienen en que esos animales eran numerosísimos sobre las mesetas salinas. El hábito constante de los guanacos, es decir, de los «animales de guano» y de las especies similares, consiste en depositar sus excrementos fuera del lugar de los pastos, en sitios pedregosos y salados, formando montones prolongados de una dimensión media de 3 metros por 5: en general esos montones se hallan en la proximidad de los mares; el ázoe de esos lechos de guano entra en contacto con las materias salinas del suelo y del agua y así se forma el salitre. Continuada durante siglos y siglos, esta operación acabó por transformar extensas llanuras en espesas salitrerías, capaces de alimentar durante un período indefinido los arsenales y las fábricas químicas del mundo entero [1].

Hasta la mitad del siglo XIX, la ciudad más populosa del continente Sud-Americano fué Río Janeiro, que debe su rango á la excelencia de su puerto, á la maravillosa belleza de los valles que le rodean, á la proximidad de montañas salubres y del rico valle de Parahyba; pero no ha podido conservar su preeminencia á causa del suelo pútrido, donde los inmigrantes habían establecido sus viviendas y de donde se exhalaban frecuentemente fiebres devoradoras. A pesar de la falta de un puerto, que ha sido necesario construir á fuerza de grandes capitales, Buenos Aires supera á su rival brasileña, gracias á los colonos de Europa que allí desembarcan en multitud y que no encuentran ningún obstáculo para establecerse á su gusto en la llanura, en el estuario ó en las márgenes de los grandes ríos Uruguay ó Paraná. Es indudable que el continente del Sud no dejará de presentar un día en la agrupación de sus centros urbanos una evolución análoga á la que se ha producido en el continente del Norte; á medida que la población progrese de la circunferencia hacia el centro y que el equilibrio de densidad tienda á establecerse, se constituirá la unidad continental; se precisará y acabará por dominar sobre las individualidades locales, cuyas principales relaciones se dirigen al exterior hacia el mundo europeo. Puede decirse que en concepto económico la América del Sud está formada por la larga línea de su contorno desde Colón á Panamá por Cartagena, Barranquilla, La Guayra, Georgetown, Pará (Belem), Pernambuco, Bahía, Río, Santos, Montevideo, Buenos Aires, Bahía Blanca, Punta Arenas, Valdivia, Valparaíso, Iquique, Callao, Guayaquil; el interior del continente Amazonio es apenas conocido, aun mucho menos que el interior del Africa; pero lo será próximamente, y así como en los Estados Unidos se ha visto Chicago, San Pablo, Minneapolis, San Luis y otras ciudades importantes atraerse el movimiento vital que se propaga desde todas las extremidades, asimismo surgirán ciudades en esta región verdaderamente única del continente meridional donde se entremezclan los altos afluentes del sistema paranio y de la cuenca del Amazonas. La falta de comunicaciones rápidas no ha dado todavía á las semillas de las ciudades que esperan en el suelo la ocasión de germinar y de transformarse en otras ciudades como San Luis y Chicago, pero allá están como capitales virtuales, por decirlo así, donde la humanidad tendrá también sus emporios. Actualmente la humilde aglomeración de Cuyaba es el punto que parece tener más probabilidades de ser una de esas Babilonias futuras; más al Este, Goyaz presenta también alguna pretensión á la primera plaza.

[1] Otto Kunge, *Geogenetische Beitrage*, ps. 13 y siguientes.



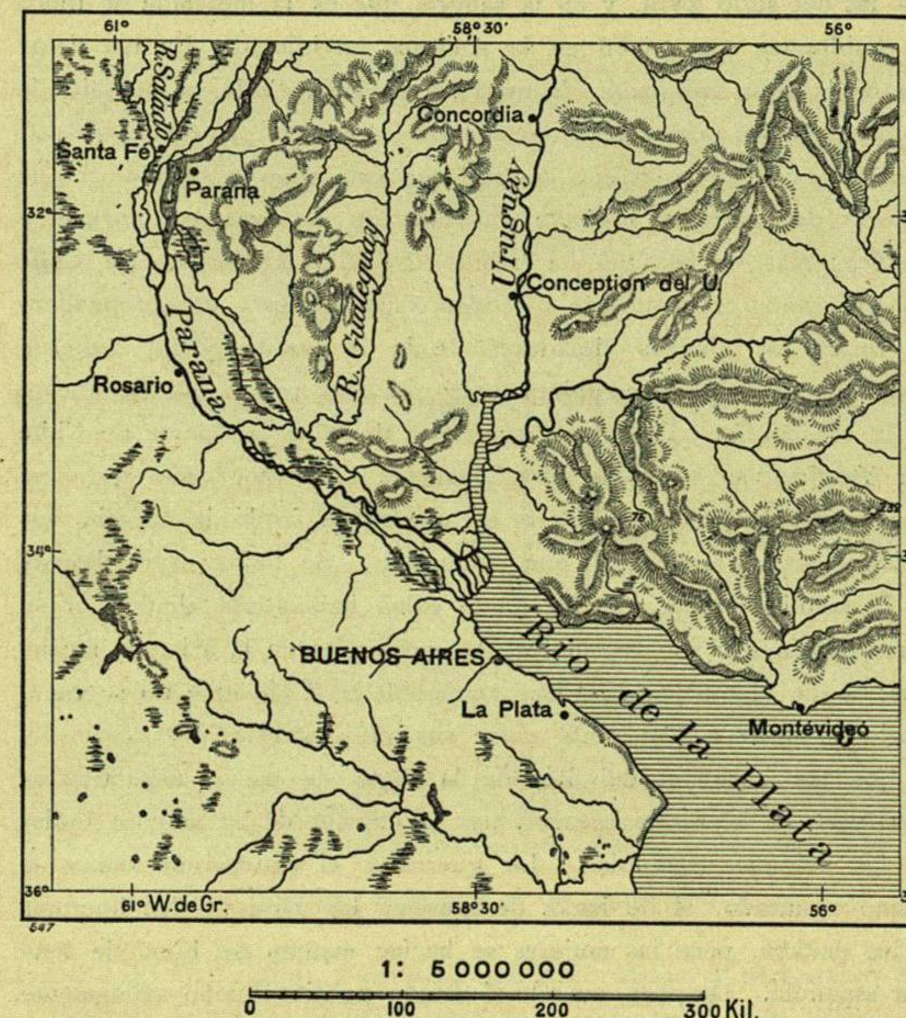
UN GRUPO DE MARINOS BRASILEÑOS

La misión étnica de la América del Sud — como la del Anahuac, pero en proporciones mucho más extensas — consiste en mezclar elementos de orígenes diferentes y unirlos en una sola raza. En este concepto, la república brasileña es la más bella fábrica del planeta: el nombre de *officina gentium*, que antiguamente se dió al Asia mongola y turca, puede aplicarse con más justicia al Brasil, donde los tipos que se consideran como hallándose á los dos extremos del género humano, los blancos y los negros, se funden incontestablemente en un tipo cruzado con cualidades nuevas. Es este un hecho capital en la historia natural del hombre, hecho que quizá no se ha puesto suficientemente en claro, á consecuencia de un instinto de vanidad irracional que lleva á la generalidad de los blancos, incluyendo á los mismos sabios, á imaginar que la pureza de su sangre es un privilegio precioso que ha de conservarse. Pero si es verdad que los hijos de los antiguos esclavos, que constituyeron en el tiempo del régimen imperial la cuarta parte de la población total, entra poco á poco en la masa de la nación para formar en ella un conjunto homogéneo, ¿no se sigue como consecuencia que, por los Brasileños, que se asocian por el matrimonio con todos los demás representantes de la raza blanca, la miscegenación de las razas llegará á ser un hecho de orden general? La acción del Brasil en este sentido es la continuación de la que se había ya comenzado en el mismo Portugal, en la madre patria, durante la época de su preeminencia comercial: entonces, el número de los negros, libres ó esclavos, que se desembarcaba en Lisboa era muy considerable, y durante la serie de las generaciones sucesivas, los cruzamientos han fundido tan bien los elementos diversos, que el tipo lusitano-africano se halla en todas las familias de las provincias meridionales y del centro. Como heredero directo de Portugal, lo mismo que por las condiciones particulares que le valió la larga importación de los negros, el Brasil es, pues, el país que en el mundo tiene el privilegio especial de representar la unidad de la raza humana. Es este un contraste esencial con la república anglo-americana del Norte, que trabaja — aunque inútilmente — por la conservación de las desigualdades y hasta de los odios entre las razas.

En los Estados hispano-americanos de la América meridional

la fusión de la raza blanca con el elemento «rojo», es decir, con los aborígenes, ha sido mucho más importante que con el elemento «negro». Los esclavos no fueron nunca numerosos en las regiones montañosas que constituyen la mayor parte del territorio hispano-

N.° 546. Estuario del Plata.



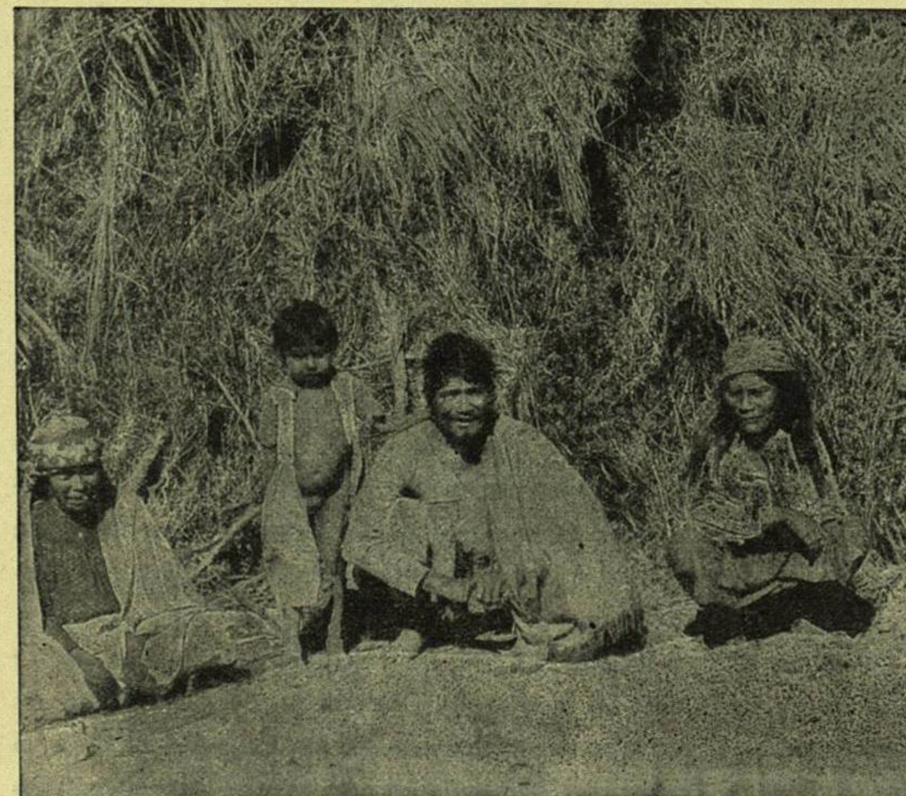
americano: los Indios, «repartidos» entre los propietarios de las plantaciones y los de las minas, se empleaban casi todos en trabajar para los blancos, y sabido es lo que les costó esa labor proseguida durante más de dos siglos con rudeza feroz. Pero, no obstante, desde la llegada de los primeros «conquistadores», se efectuaron matrimonios entre los Españoles y las hijas de los Indios

reputados de raza noble: el ejemplo era dado desde arriba y después no ha cesado de ser imitado en las capas populares en proporciones cada vez mayores; el doble movimiento de hispanificación y de indianización se continúa de una manera irresistible, á la vez en la lengua, que es el castellano, en las ideas, que, en resumen, son las del siglo XVIII, y en la sangre, que es la mezclada de todos los habitantes que viven en la América meridional. En los Estados de la zona templada, Uruguay, Argentina, Chile, el trabajo de la fusión de las razas puede considerarse como enteramente acabado; desgraciadamente no puede decirse que esta gran revolución en la historia de las razas se haya realizado de una manera normal y pacífica: más de una vez ha habido degüellos en masa. En Chile los Araucanos tuvieron que defender frecuentemente su independencia contra los blancos violadores de la fe jurada, y no cedieron hasta que se hallaron completamente rodeados por la ola ascendente de la civilización. Cuando la conquista de la mayor parte de Chile por Valdivia, su tropa de 450 Españoles no contaba más que una sola mujer, Inés Suárez. Pero en cuanto se fundó la colonia, los recién llegados se casaron con Araucanas. Se habla especialmente de la familia del cacique Talagante como habiéndose aliado por su descendencia con los Españoles que constituyeron la aristocracia del país: según Mac-Kenna, no hay una noble de Chile que no se vanaglorie de tener á Talagante entre sus antepasados [1].

En las márgenes del Río de la Plata, la nación argentina se constituyó de la misma manera, por la entrada de las mujeres indias en las colonias españolas. La guerra y el matrimonio daban el mismo resultado, el de hacer desaparecer las tribus: á los hombres se les mataba, pero las mujeres se hacían madres de hijos de lengua española. Después, cuando el estado político quedó sólidamente establecido, la diferencia entre blancos de una parte, y Puelches, Tehuelches y Patagones de otra parte, tomó tal carácter de odio, que las únicas relaciones fueron las de una lucha sin tregua. Durante las últimas décadas, la guerra de pillaje y de exterminio dominaba con tanta violencia entre los colonos europeos y los guerreros de

[1] A. Philipps, *Globus*, 25 de Febrero de 1904.

las diversas tribus patagonas, que se sintió la necesidad de construir muros de defensa alrededor de las zonas de cultivo, análogas á las trincheras elevadas por los Romanos contra las tribus germanas, dacias ó sármatas. Pero los soldados modernos disponían de recursos superiores á los de los vélites antiguos, y su obra sangrienta



INDIOS DEL MATTO GROSSO, TRABAJANDO EN LAS INMEDIACIONES DE TUCUMÁN

fué mucho más rápida y decisiva: no duró siglos, y se terminó por la sumisión completa de los escasos supervivientes indios. El estampido del cañón y las señales eléctricas agrupaban inmediatamente á los caballeros blancos sobre los puntos amenazados, y sea al primer ataque, sea al regreso del saqueo, la banda trataba de forzar de nuevo la línea de los puestos y de los muros con los rebaños capturados, y allí perdía la mayor parte de los suyos, que se mataba ó aprisionaba.

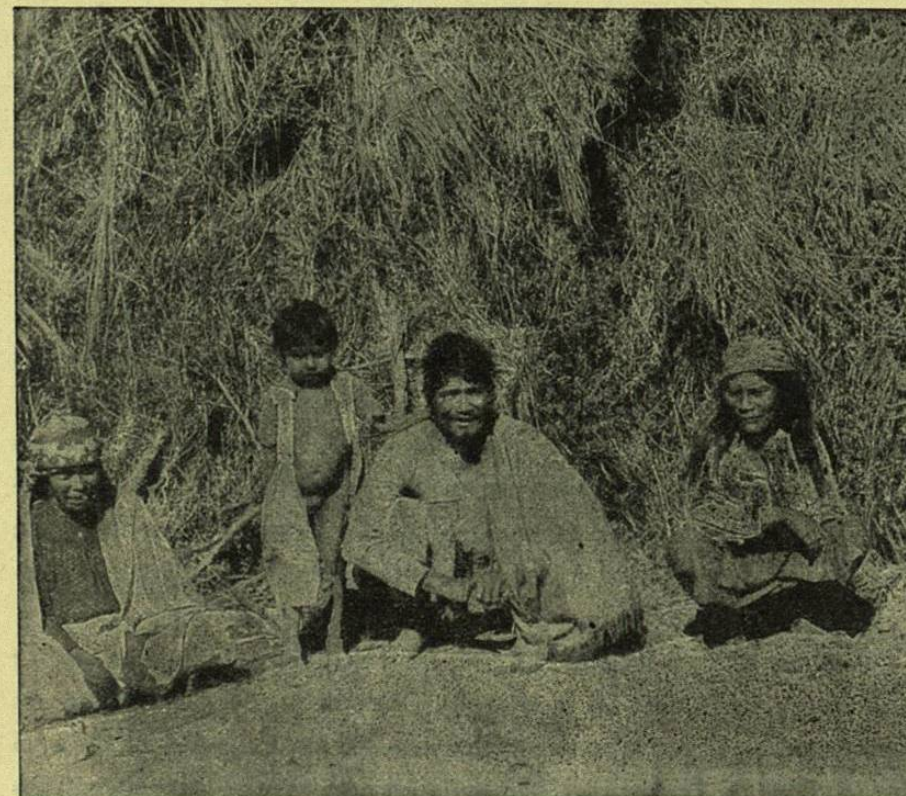
En medio de los habitantes cultos del centro continental, Espa-

reputados de raza noble: el ejemplo era dado desde arriba y después no ha cesado de ser imitado en las capas populares en proporciones cada vez mayores; el doble movimiento de hispanificación y de indianización se continúa de una manera irresistible, á la vez en la lengua, que es el castellano, en las ideas, que, en resumen, son las del siglo XVIII, y en la sangre, que es la mezclada de todos los habitantes que viven en la América meridional. En los Estados de la zona templada, Uruguay, Argentina, Chile, el trabajo de la fusión de las razas puede considerarse como enteramente acabado; desgraciadamente no puede decirse que esta gran revolución en la historia de las razas se haya realizado de una manera normal y pacífica: más de una vez ha habido degüellos en masa. En Chile los Araucanos tuvieron que defender frecuentemente su independencia contra los blancos violadores de la fe jurada, y no cedieron hasta que se hallaron completamente rodeados por la ola ascendente de la civilización. Cuando la conquista de la mayor parte de Chile por Valdivia, su tropa de 450 Españoles no contaba más que una sola mujer, Inés Suárez. Pero en cuanto se fundó la colonia, los recién llegados se casaron con Araucanas. Se habla especialmente de la familia del cacique Talagante como habiéndose aliado por su descendencia con los Españoles que constituyeron la aristocracia del país: según Mac-Kenna, no hay una noble de Chile que no se vanaglorie de tener á Talagante entre sus antepasados [1].

En las márgenes del Río de la Plata, la nación argentina se constituyó de la misma manera, por la entrada de las mujeres indias en las colonias españolas. La guerra y el matrimonio daban el mismo resultado, el de hacer desaparecer las tribus: á los hombres se les mataba, pero las mujeres se hacían madres de hijos de lengua española. Después, cuando el estado político quedó sólidamente establecido, la diferencia entre blancos de una parte, y Puelches, Tehuelches y Patagones de otra parte, tomó tal carácter de odio, que las únicas relaciones fueron las de una lucha sin tregua. Durante las últimas décadas, la guerra de pillaje y de exterminio dominaba con tanta violencia entre los colonos europeos y los guerreros de

[1] A. Philipps, *Globus*, 25 de Febrero de 1904.

las diversas tribus patagonas, que se sintió la necesidad de construir muros de defensa alrededor de las zonas de cultivo, análogas á las trincheras elevadas por los Romanos contra las tribus germanas, dacias ó sármatas. Pero los soldados modernos disponían de recursos superiores á los de los vélites antiguos, y su obra sangrienta



INDIOS DEL MATTO GROSSO, TRABAJANDO EN LAS INMEDIACIONES DE TUCUMÁN

fué mucho más rápida y decisiva: no duró siglos, y se terminó por la sumisión completa de los escasos supervivientes indios. El estampido del cañón y las señales eléctricas agrupaban inmediatamente á los caballeros blancos sobre los puntos amenazados, y sea al primer ataque, sea al regreso del saqueo, la banda trataba de forzar de nuevo la línea de los puestos y de los muros con los rebaños capturados, y allí perdía la mayor parte de los suyos, que se mataba ó aprisionaba.

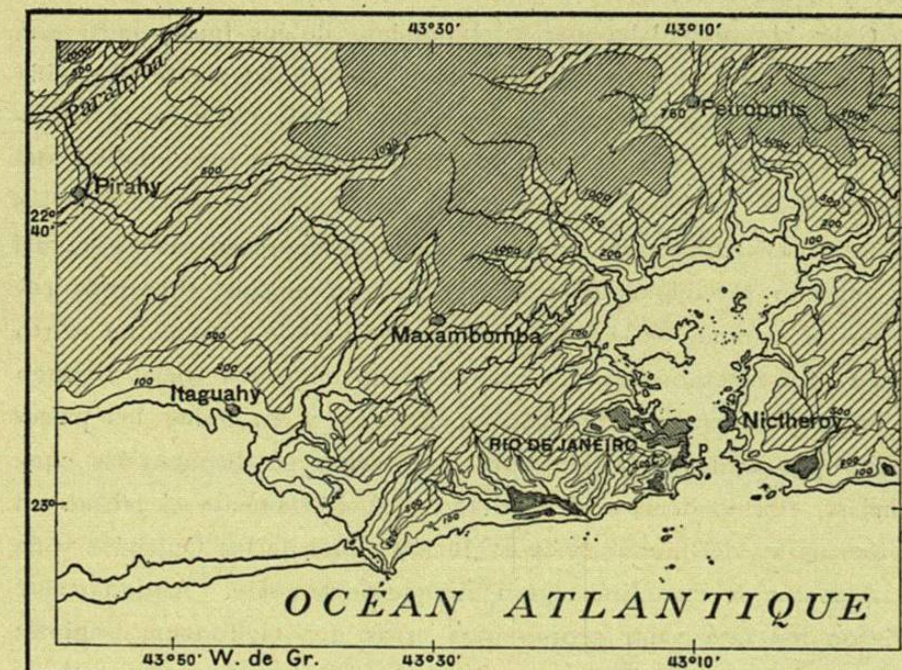
En medio de los habitantes cultos del centro continental, Espa-

ñoles, Portugueses y colonos de las diversas naciones de Europa, se han conservado aún numerosas tribus con su lenguaje, su religión y sus costumbres hereditarias; pero la proporción relativa entre ellas y los mestizos se va modificando en su detrimento, sea que disminuyan realmente en número por efecto de la viruela, de la escarlatina ó del sarampión y otras enfermedades contagiosas, sea que la asimilación graduada les transforme en simples proletarios como los mismos Europeos, vencidos en el combate de la vida, ó que, más dichosos, entren, como los Guaranis del Paraguay, en la masa de la nación civilizada, propietaria del suelo. Los Indios del Norte de la Argentina, los del Brasil occidental y de la llanura subandina de Bolivia, Calchaquis, Chiriguanos, Tobas, Mojos y Chiquitos van siendo absorbidos poco á poco en el vasto círculo de atracción. Algunos entre ellos tienen como una presciencia de la misión que no dejará de corresponder un día á la región del centro continental, que consistirá en repartir la vida hasta las extremidades del gran cuerpo. Así los Mojos navegan semanas y meses enteros sobre la red de los ríos para transportar los géneros á lo lejos, en tanto que otros Indios que descienden de las montañas de Apolobamba, van, como médicos viajeros, distribuyendo plantas medicinales y remedios hasta las ciudades del litoral.

Aunque derrocado hará pronto cuatro siglos, el imperio de los Incas ha conservado sus contornos, marcados por cambios en las costumbres de la población: se reconoce en los antiguos súbditos la fuerte marca de la disciplina ejercida en otro tiempo por los «hijos del Sol». Adoradores de los amos que les distribuían el trabajo y que les aseguraban al mismo tiempo la pitanza diaria, los Quichúas y los Aymaras suelen buscar todavía algún representante de los dioses terribles á quienes servir con respeto y temor: los sacerdotes católicos han hallado en ellos almas dóciles para creer en el diablo y en el infierno, en las virtudes de la maceración y de la plegaria, en los deberes de la obediencia y del sacrificio hacia los intérpretes de la divinidad. Pocos países hay en el mundo donde la Iglesia romana disponga de tan gran poder, porque las supersticiones nuevas se acomodan fácilmente á las antiguas, que nacieron de una misma concepción de las cosas, y las prácticas religiosas

apenas han cambiado. No hay guerra ni revolución en aquellos países frecuentemente agitados en que no se halle la influencia directa del clero que obra sobre las masas para hacerlas combatir en su beneficio. En realidad, todas las luchas intestinas producidas en los países del antiguo imperio de los Incas, Bolivia, Perú y Ecua-

N.° 547. Inmediaciones de Rio de Janeiro.



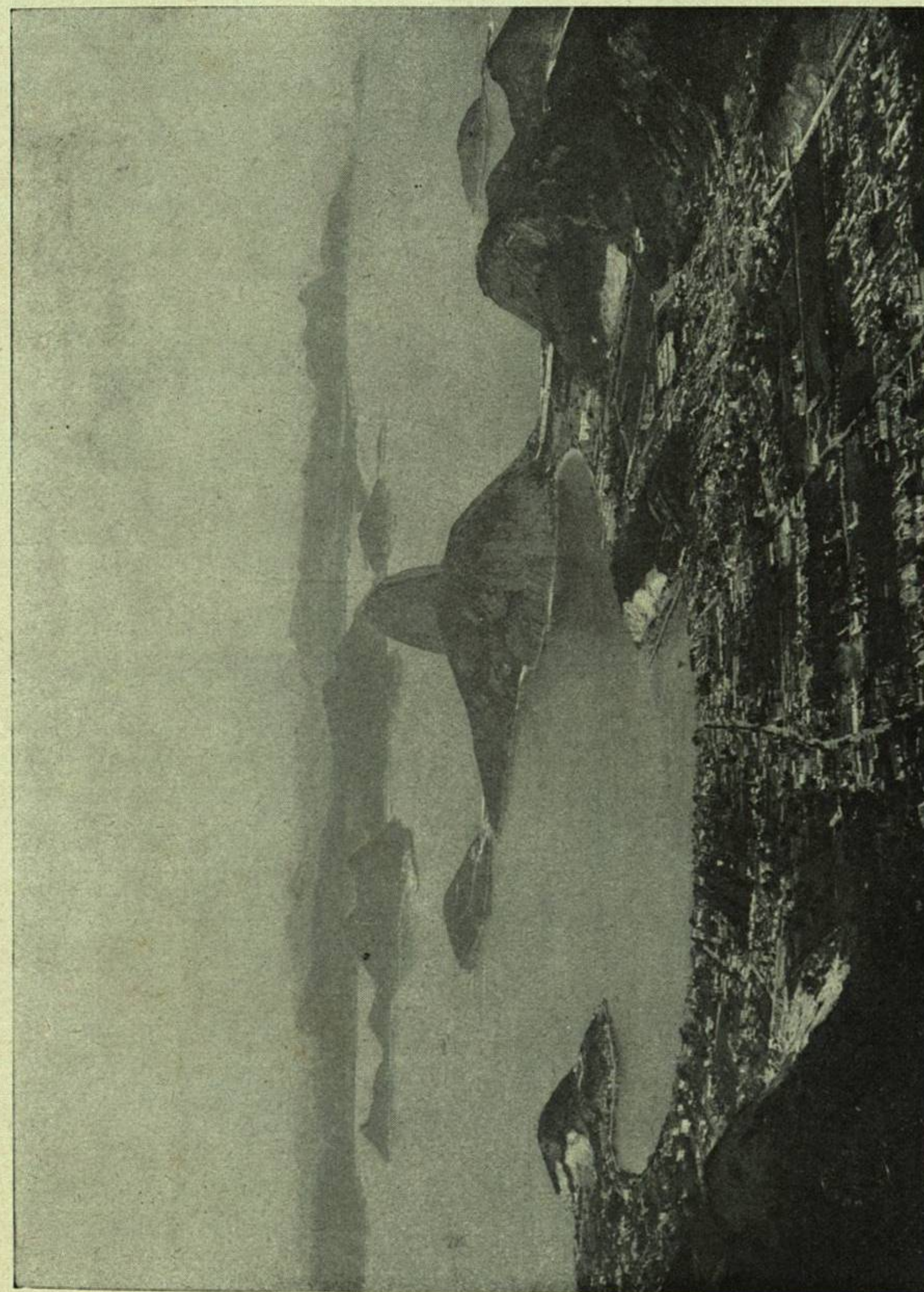
C. Indica la línea del Corcovado, altura 712 m., desde donde está tomada la fotografía del frente. P. Indica el Pan de Azúcar, Pâo d'Assucar, altura 387 m., que se ve á la entrada de la bahía.

dor, han tenido los intereses del clero entre las principales causas, al mismo tiempo que las ambiciones militares, los conflictos de las castas y las rivalidades provinciales. Cuando triunfa el clero, se aprovecha para establecer un gobierno teocrático en que, bajo nombres de personajes civiles ó de generales, son dueños del poder. Así, durante los buenos tiempos de la dominación clerical, la «república» del Ecuador puede ser considerada como el modelo del estancamiento, del conservadurismo absoluto. La instrucción y, por

consiguiente, la hispanificación de los indígenas, pareció completamente suprimida. Porque ahí está la cuestión de vida ó muerte: si los naturales americanos se confunden por el cruzamiento y por la influencia de la escuela con los descendientes de los Europeos y participan á su vez en el movimiento de la vida moderna, la Iglesia, por eso mismo, queda condenada á perder su presa en el suelo firme y á desvanecerse después como un sueño.

Colombia se hallaba fuera del dominio de los Incas, pero está poblada de otras naciones indias todavía incompletamente hispanificadas, aunque constituyendo la parte más considerable de la población y ejerciendo una acción importantísima en la vida política del Estado. Allí también el interés del clero consiste en retener los Indios en el paganismo primitivo, bajo forma semi-razonada: así han logrado prolongar un gobierno que en muchos conceptos recuerda los tiempos de la Edad Media. En grande y sobre un teatro mucho más extenso, hay allá un fenómeno de orden social análogo al que se observa en Flandes, en Bretaña y en todos los países de Europa donde la Iglesia y la Revolución se disputan las conciencias. Por lo demás, el resultado será ciertamente el mismo en las dos partes del mundo, y la evolución moral de los Quichúas y de los Aymaras se cumplirá segura aunque lentamente. Antiguamente tuvieron bastante valor propio para crear una civilización original; también tendrán el suficiente para asociarse á la cultura general de la humanidad.

En el conjunto de la América del Sud, la parte completamente europeizada no comprende, aparte de las grandes ciudades de la zona costeña, más que la región transcontinental perteneciente al clima templado y cuyo eje es el ferrocarril, no terminado aún (1905), de Buenos Aires á Valparaíso: esa es exactamente la parte de la comarca que más se parece á Europa y donde, por consecuencia, ha sido más fácil constituir una nueva Europa, con los caracteres especiales de cada país. Poco á poco se universaliza el comercio de esas regiones, abrazando gradualmente todos los objetos que el hombre puede utilizar; pero diversos recursos particulares les asegurarán todavía durante mucho tiempo una misión propia en los cambios del mundo. País de extensas llanuras, las provincias

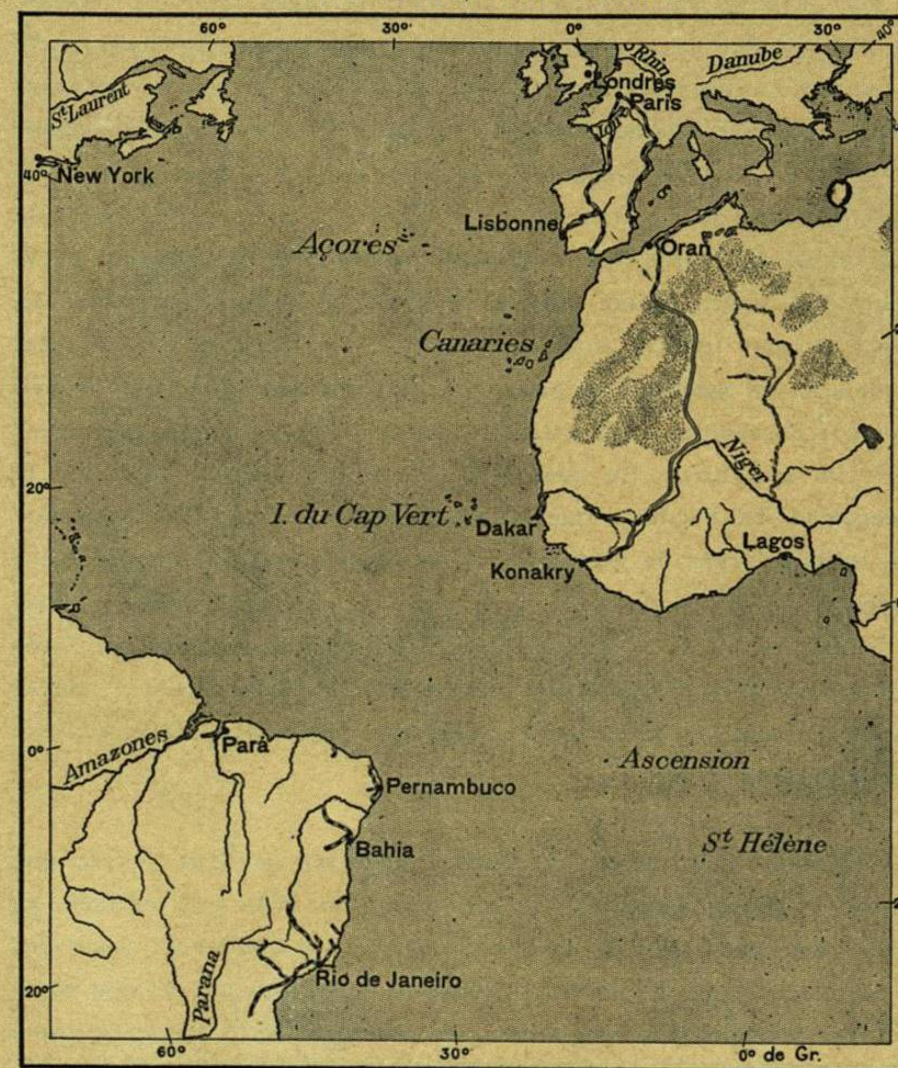


Cl. J. Kuhn, Paris.

CIUDAD Y BAHÍA DE RÍO JANEIRO, VISTAS DESDE LA CIMA DEL CORCOVADO

de la pampa tienen sus cereales y productos agrícolas de todas clases; Chile dispone de sus preciosos tesoros mineros, cobre, hulla,

N.° 548. Rutas de París á Río de Janeiro.



El arco de gran círculo de París á Río se ha convertido en este mapa en la línea recta que unirá esos dos puntos. La distancia de Konakry á Pernambuco es de 3,000 km., ó sean 68 horas de travesía á la velocidad de 24 nudos.

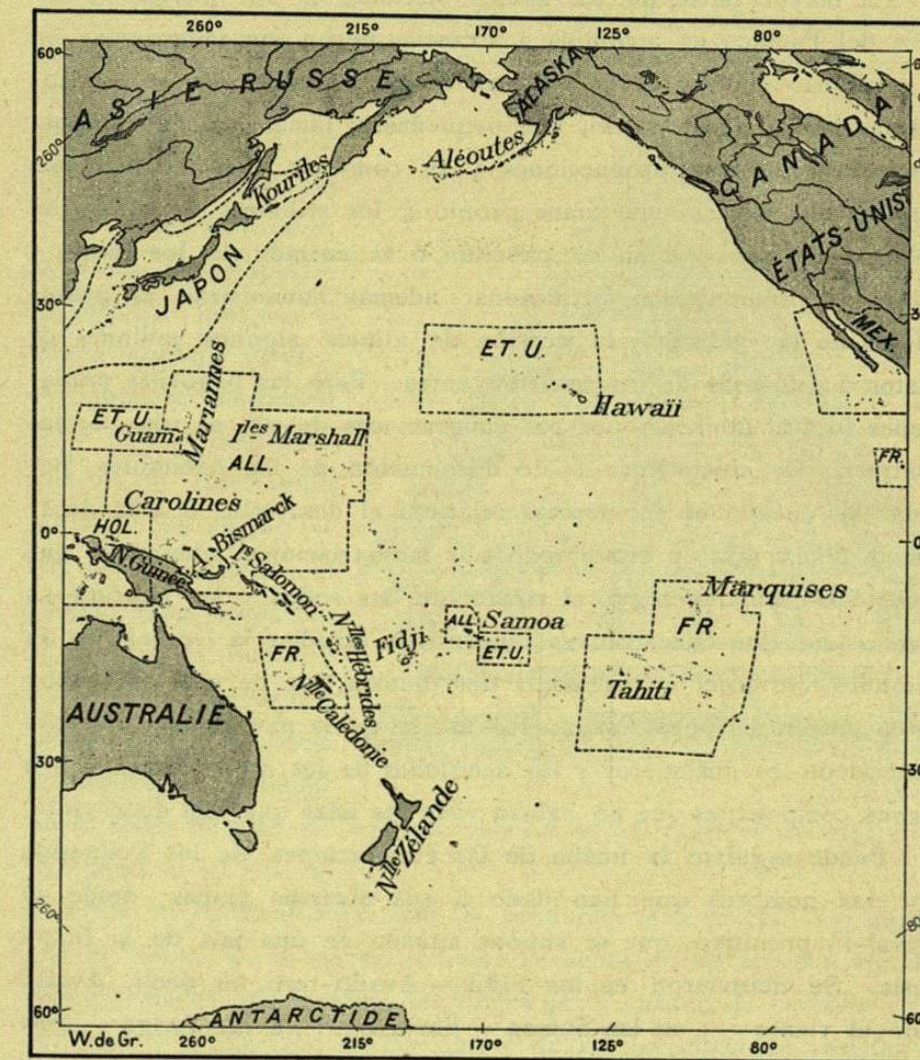
salitre, borax; Perú y Bolivia continúan siendo, como en tiempo de la dominación española, inmensos depósitos de ricos metales; el Bra-

sil sobresale en el movimiento de los géneros por el caucho de los bosques amazónicos y por el café de las provincias litorales, sobre todo de São Paolo, de las «tierras rojas» inagotables. Por sus costas más próximas al continente africano, el Brasil tiene ya relaciones directas con la Guinea, de donde vinieron antes la mayor parte de sus habitantes negros; en un porvenir quizá próximo y por esas costas, entre las que el Atlántico se estrecha hasta las dimensiones de un brazo de mar atravesable en tres días, los ferrocarriles trazados á través de la Mauritania, el Sahara y la alta Nigeria conducirán los viajeros y las mercancías procedentes directamente de la cuenca del Mediterráneo. Rutas rapidísimas, cuya construcción no parece ocupar todavía suficientemente á los hombres de empresa, no dejarán de establecerse hacia el continente meridional del Nuevo Mundo. Pernambuco no estará ya más lejos de París que New-York lo está hoy. En cuanto á los islotes desparramados en la inmensidad del Pacífico, quedarán separados por enormes extensiones, todavía largas de franquear, de la costa que marca el pie de los Andes. Allí es donde se halla la mayor separación entre las zonas de habitación humana. Sin embargo, Chile ha puesto mano en esos espacios oceánicos tomando las tierras de Juan Fernández y la famosa isla de Pascuas, de misteriosas efigies, que nos hablan de una civilización desaparecida.

Al oeste del mundo oceánico, todas las grandes tierras que dependen geográficamente del continente de Asia han entrado ya por la conquista, por la utilización agrícola y comercial, hasta por la colonización, en el círculo inmenso de la civilización de tipo europeo, por mediación de Inglaterra, de Holanda, de Alemania y hasta del pequeño Portugal decaído y de los Estados Unidos desbordantes de fuerza material y de audacia. Después, en medio del Pacífico, se halla el formidable continente australiano, que fué antes una simple dependencia de Europa, á la cual está unido todavía por la dirección de casi todo su movimiento comercial; constituye también un centro de dominación para las tierras circundantes: una parte de Nueva Guinea recibe de la república de Australia sus exploradores y sus inmigrantes, las islas Fidji se hallan en su radio de

explotación capitalista y ya la Nueva Caledonia y las islas inmediatas, que pertenecen á Francia ó que las ambiciona, han dado lugar

N.° 549. Divisiones políticas de la Oceanía.



Las islas no encerradas están bajo la intervención de Inglaterra.

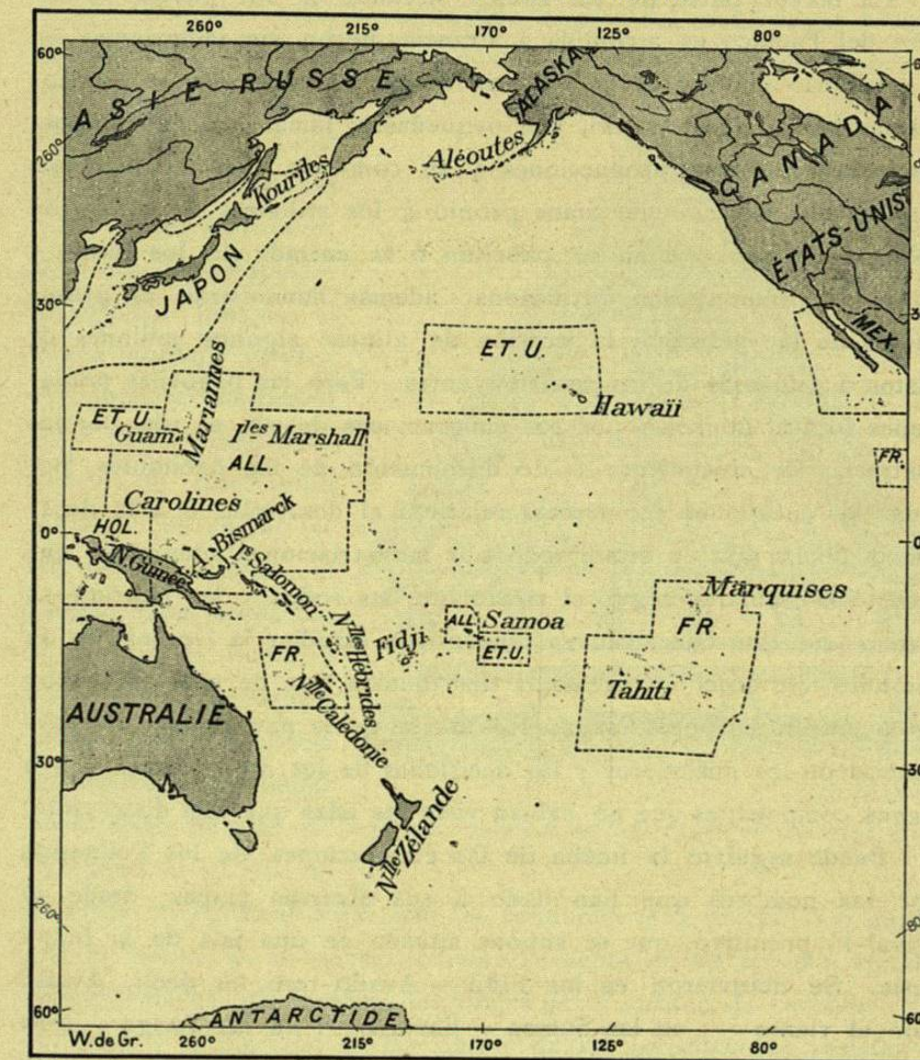
á duras reclamaciones de parte de los Australianos, que se consideran los amos indiscutibles de las inmensidades del Pacífico. Á este respecto no pueden menos de entrar en conflicto con los Americanos

sil sobresale en el movimiento de los géneros por el caucho de los bosques amazónicos y por el café de las provincias litorales, sobre todo de São Paolo, de las «tierras rojas» inagotables. Por sus costas más próximas al continente africano, el Brasil tiene ya relaciones directas con la Guinea, de donde vinieron antes la mayor parte de sus habitantes negros; en un porvenir quizá próximo y por esas costas, entre las que el Atlántico se estrecha hasta las dimensiones de un brazo de mar atravesable en tres días, los ferrocarriles trazados á través de la Mauritania, el Sahara y la alta Nigeria conducirán los viajeros y las mercancías procedentes directamente de la cuenca del Mediterráneo. Rutas rapidísimas, cuya construcción no parece ocupar todavía suficientemente á los hombres de empresa, no dejarán de establecerse hacia el continente meridional del Nuevo Mundo. Pernambuco no estará ya más lejos de París que New-York lo está hoy. En cuanto á los islotes desparramados en la inmensidad del Pacífico, quedarán separados por enormes extensiones, todavía largas de franquear, de la costa que marca el pie de los Andes. Allí es donde se halla la mayor separación entre las zonas de habitación humana. Sin embargo, Chile ha puesto mano en esos espacios oceánicos tomando las tierras de Juan Fernández y la famosa isla de Pascuas, de misteriosas efigies, que nos hablan de una civilización desaparecida.

Al oeste del mundo oceánico, todas las grandes tierras que dependen geográficamente del continente de Asia han entrado ya por la conquista, por la utilización agrícola y comercial, hasta por la colonización, en el círculo inmenso de la civilización de tipo europeo, por mediación de Inglaterra, de Holanda, de Alemania y hasta del pequeño Portugal decaído y de los Estados Unidos desbordantes de fuerza material y de audacia. Después, en medio del Pacífico, se halla el formidable continente australiano, que fué antes una simple dependencia de Europa, á la cual está unido todavía por la dirección de casi todo su movimiento comercial; constituye también un centro de dominación para las tierras circundantes: una parte de Nueva Guinea recibe de la república de Australia sus exploradores y sus inmigrantes, las islas Fidji se hallan en su radio de

explotación capitalista y ya la Nueva Caledonia y las islas inmediatas, que pertenecen á Francia ó que las ambiciona, han dado lugar

N.° 549. Divisiones políticas de la Oceanía.



Las islas no encerradas están bajo la intervención de Inglaterra.

á duras reclamaciones de parte de los Australianos, que se consideran los amos indiscutibles de las inmensidades del Pacífico. Á este respecto no pueden menos de entrar en conflicto con los Americanos

del Norte, que poseen un cable telegráfico á través de toda la extensión del Océano, entre San Francisco y las Filipinas por las escalas de Honolulu, en las Havaii, y de Guam en las Marianas.

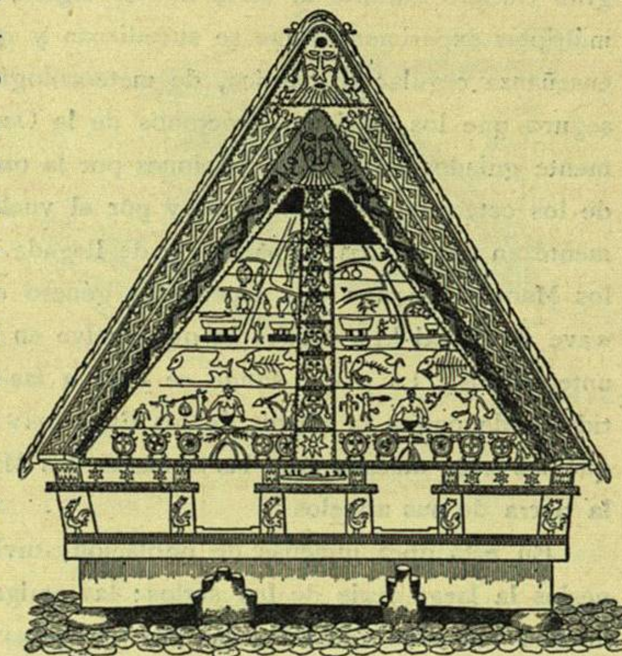
La mayor parte de los islotes situados en los parajes orientales del Pacífico es atribuída á Francia, hecho sin importancia en el equilibrio general de la potencia de los Estados, porque casi todas las islas, excepto Taiti, son pequeñas y jamás tendrán importancia real por sus producciones y su comercio: dan simplemente una corta satisfacción de amor propio á los militares de la nación dominadora que plantan su pabellón á la entrada de los pasos y sobre los promontorios fortificados; además suministran al presupuesto de la metrópoli la ocasión de alinear algunos millones de gastos á expensas de los contribuyentes. Pero las pequeñas poblaciones locales interesan por sus emigraciones de isla en isla, por los contrastes de crecimiento ó de disminución de los habitantes, por todas las cuestiones económicas relativas al desarrollo ó á la decadencia de la raza, y sobre todo por las variaciones admirables que sufren los insulares según el medio que les rodea y les imprime su marca. En este concepto, es conveniente estudiar la Oceanía en su conjunto, sin tener en cuenta la distribución que de ella han hecho las potencias europeas, según los azares de la navegación, las exigencias de los misioneros y las decisiones de los diplomáticos más ó menos competentes que no habían visto las islas que han distribuído.

Puede seguirse la huella de las emigraciones de los Polinesios por los nombres que han dado á sus diversas etapas, desde el Havai-ki primitivo, que se supone situado en una isla de la Indonesia. Se detuvieron en las Fidji — Avaiki-raro, es decir, Avaiki bajo el viento —; en las Samoa — Savai-i —; en las Tonga — otro Avaiki-raro; en Raiateia — Havai-i —; en Taiti — Avai-ki runga, ó sea Avai-ki «al viento» —; en Fakarava (Archipiélago Pomotú) — Havai-ki —; en las Sandwich — Havai-i —; por último, en la Nueva Zelanda — Avai-ki-tau-tau, Avaiki del «fuego»[1].

Todas las tradiciones hacen venir á los Polinesios de Occidente, y las formas lingüísticas apuntan en la misma dirección, hacia la

[1] Paul Huguenin, *Raïateia la Sacrée*, ps. 67-68.

región malaya. Percy Smith designa resueltamente la India como lugar de origen de todos los insulares del mundo oriental[1]. El soplo regular de los alisios, que va constantemente en la dirección de Este á Oeste, es decir, en sentido inverso del movimiento de emigración de los Indios, diferenciados gradualmente en Indonesios y en Polinesios, esta marcha de los aires fué indudablemente un obstáculo á los viajes marítimos, pero no un obstáculo invencible, porque el viento normal es frecuentemente interrumpido por remolinos aéreos de direcciones diversas: así en las islas de la Sociedad, el *toerau*, que sopla en el sentido de Norte á Sud, es muy frecuente; los marinos de Raiateia le esperan para bogar hacia Taiti, porque saben que una vez allí no tardarán en hallar la brisa que les conducirá á la patria. Lo mismo que el viento, la corriente oceánica presenta en su aspecto algunas irregularidades que facilitan los viajes en el sentido de Oriente. Por la forma y la posición de las islas y de los arrecifes que resisten la oleada, se determinan corrientes laterales; pero el fenómeno capital que los navegantes hubieron de utilizar es la existencia de esa contracorriente regular que, de ambos lados del ecuador, corre en medio de la corriente mayor de las aguas del Pacífico[2]. En sus grandes expediciones, los marinos oceánicos podían, pues, dejarse llevar alter-



Cl. del *Globus*.

FACHADA ANGULAR DE CASA COMÚN EN LAS ISLAS PALAN

[1] *Hawaiki the whence of the Maori*, «Journal of the Polynesian Society», Septiembre de 1898 á Marzo de 1899.
[2] Véase el mapa de las corrientes del Pacífico, p. 421, tomo IV.

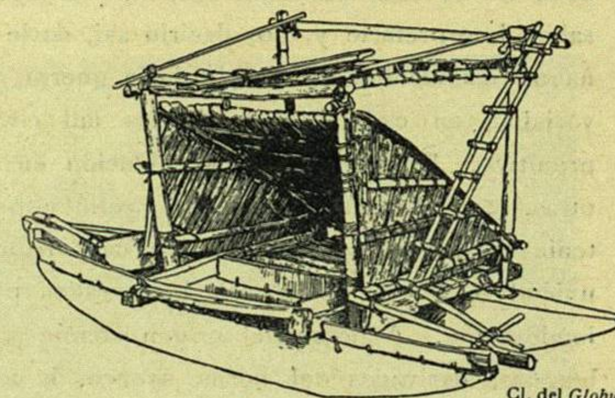
nativamente al Este ó al Oeste, sobre la redondez del globo. Á esa corriente de reflujo atribuye Quatrefages la causa principal en la historia de la población de las islas de la Oceanía.

Pero, de hecho, era preciso descubrirlas, y en esto debe admirarse la iniciativa y la audacia que se desarrolló en los insulares del gran Océano durante la serie de los siglos, á consecuencia de los múltiples experimentos que se sucedieron y que aseguraron por una enseñanza regular de náutica, de meteorología y de astronomía. Es seguro que los marinos autóctonos de la Oceanía fueron frecuentemente guiados en sus emigraciones por la observación de la marcha de los cetáceos y de los peces y por el vuelo de las aves, especialmente en sus puntos de partida y de llegada. En la Nueva Zelanda, los Maoris designan una especie de género cucú por el nombre de «ave de Havai-ki» y cuentan que vuelve en invierno al país de sus antepasados. La playa donde se reunen las aves antes de su partida se denomina la «bahía de los Espíritus»: sin duda se imaginaba que las aves mismas eran las almas de los Maoris que volaban hacia la tierra de sus abuelos [1].

En esta obra inmensa de población, tuvieron para sí los Polinesios la larga serie de los siglos: las emigraciones no se hicieron de una vez, sino intentándolas muchas veces y con éxitos y fracasos alternados, con desviaciones y retrocesos; hubo expediciones que desaparecieron por los naufragios, las batallas ó el hambre. Con frecuencia también hubo bandas de emigrantes de orígenes distintos que desembarcaron en una misma isla y el régimen de la sociedad local se cambió bruscamente. Á consecuencia de esta sucesión de agregaciones humanas se constituyeron las castas, los últimos y más fuertes invasores se hicieron reyes *(Arioi)* y jefes *(Raatira)*, mientras que los serviles de la plebe que se llamaban autóctonos formaban la multitud de los *Manahuna*. Esta jerarquía de las castas, tal como existe en las islas «bajo el viento», se reproduce en muchas otras tierras con denominaciones diferentes. Además, cada agrupación local emplea numerosos sinónimos procedentes de las capas sucesivas de poblaciones inmigrantes [2].

[1] Taylor White, *Nature*, Mayo, 1899, p. 30.
[2] Paul Huguenin, *Raïateia la Sacrée*.

La última ola de inmigración conquistadora es reciente: se dirigió de la Indonesia hacia las Fidji, evitando las tierras habitadas por las poblaciones de piel negra, después invadió las Samoa y las Tonga pasado el siglo X; doscientos años más tarde ocupaba ya las islas Havaii, y hacia 1350 arribaban flotas invasoras á Nueva Zelanda. De allí la emigración de los Polinesios llegó hasta Rapanui, ó isla de Pascuas, la tierra más avanzada en la dirección de la costa americana: la similitud de los dialectos hace incontestable la comunidad de origen. Si los indígenas de Rapanui han esculpido en piedra los colosales ídolos que se encuentran en la isla, la causa estriba en la falta de árboles: el estilo de aquellos monumentos es indudablemente el mismo que el de las estatuas de madera erigidas en las islas frondosas del resto de la Oceanía. Así los insulares han debido recorrer de etapa en etapa la inmensa extensión de los mares que separa el Asia de América. En cuanto á los viajes de algunos centenares ó millares de kilómetros, nos son atestiguados por las leyendas, por los cruzamientos de razas y de lenguas y hasta por la historia directa. Durante el período moderno se ha visto á los Chamorros de las Marianas establecerse en la parte central del archipiélago de las Carolinas, después de haber hecho escala en las islas de Uluthi, de Uleai y de Lamotrek: Christian ha reconocido huellas muy claras del lenguaje de los Marianeses en el grupo carolino de las islas Mortlock.



Cl. del *Globus*.

BARCO DE ALTA MAR
usado en Samoa antiguamente.

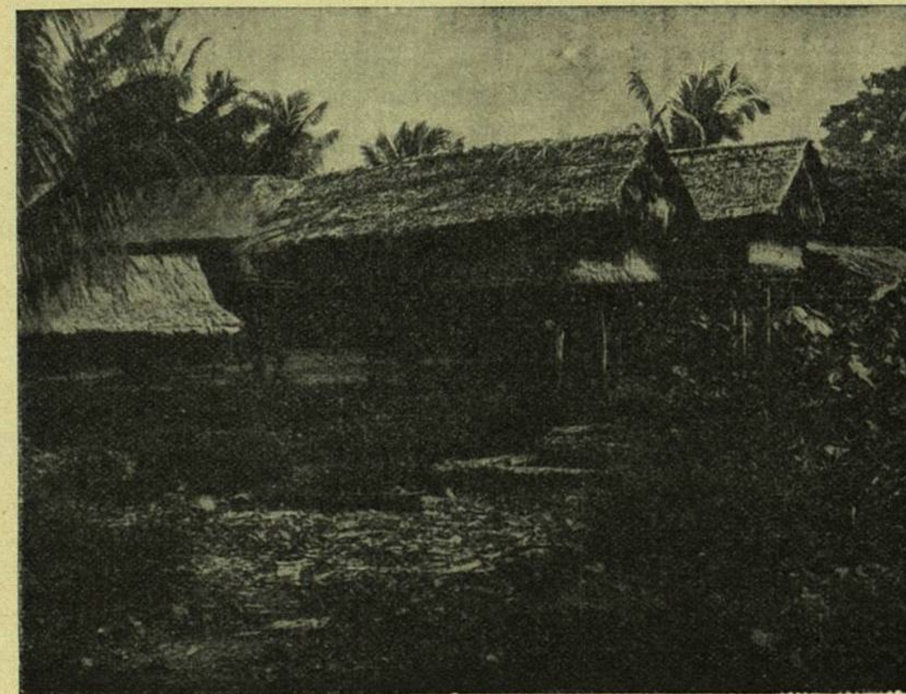
La belleza de la residencia predispone naturalmente al viajero á imaginarse una especie de armonía preestablecida entre los insulares y las encantadoras tierras que habitan. Se desearía que esos indígenas hubiesen respondido siempre por el carácter y las costumbres á la admirable naturaleza en que vivían: hubieran debido

ser uniformemente bellos y fuertes, amables, generosos, pacíficos. Pero no era así, excepto en algunos islotes privilegiados, donde la población, formando un mundo aparte en condiciones perfectamente igualitarias, se había llegado á no conocer la distinción entre lo tuyo y lo mío. El bello ambiente del suelo, de las aguas y de los aires no se hace educador sino con la ayuda de los hombres que saben interpretarle y, por decirlo así, darle un alma. Pero la enseñanza recibida fué siempre la de la guerra, y las formas de conflicto variaban en cada isla, según las mil circunstancias del contacto primitivo. El reparto de la población en tierras alejadas unas de otras, constituyendo todas un medio especial bien caracterizado, tenía ya por consecuencia dar á cada tribu un carácter particular, uniéndose á esos contrastes los creados por las vicisitudes de la inmigración. Á pesar del origen común y de la semejanza de las lenguas, derivadas del mismo tronco, la evolución siguió en cada territorio vías propias: los Melanesios se parecen poco á los Havaianos, los de las Marquesas contrastan mucho con los de las islas de la Sociedad, los Samoanos y los Maoris habían llegado á ser muy diferentes durante una separación de algunos siglos.

Los contactos que se produjeron sucesivamente en los diversos archipiélagos entre los antiguos inmigrantes convertidos á la propia consideración en aborígenes, propietarios inmemoriales de la montaña ó del arrecife, y los arrogantes invasores, que por el derecho de la fuerza se atribuían cuanto les convenía, cabañas, bosques y los mismos habitantes, todos esos choques habían producido casi en todas partes un estado permanente de guerra abierta ó de opresión, es decir, de guerra regularizada. Se habían constituído las castas, dominadas por la clase superior de los *arioi*, que eran los amos, los nobles, los grandes detentadores del suelo, las gentes de títulos, de fortunas y de privilegios, que podían permitirse echar el *tapu* (tabou) sobre todas las cosas que querían prohibir al pueblo, reservándoselas para sí mismos.

Entre esos privilegios de los nobles había uno que consistía nada menos que en el derecho de comerse las gentes de la plebe. En las Marquesas y en las Fidji era una costumbre honrosa, que aconsejaban los sacerdotes en las circunstancias graves y que se

explicaba claramente por la antigua superstición del sacrificio sangriento, lo mismo en las tradiciones arias y semíticas, politeístas y monoteístas, que judías y cristianas, porque en las mismas islas en que los hombres habían cesado de comer la carne humana, por repugnancia instintiva, los abuelos habían conservado el gusto y era preciso continuar sirviéndosela (Lippert). La idea, que se presenta



Cl. H.-B. Guppy.

CASAS SOBRE ESTACAS, ISLAS FAURO (ARCHIPIÉLAGO SALOMON)

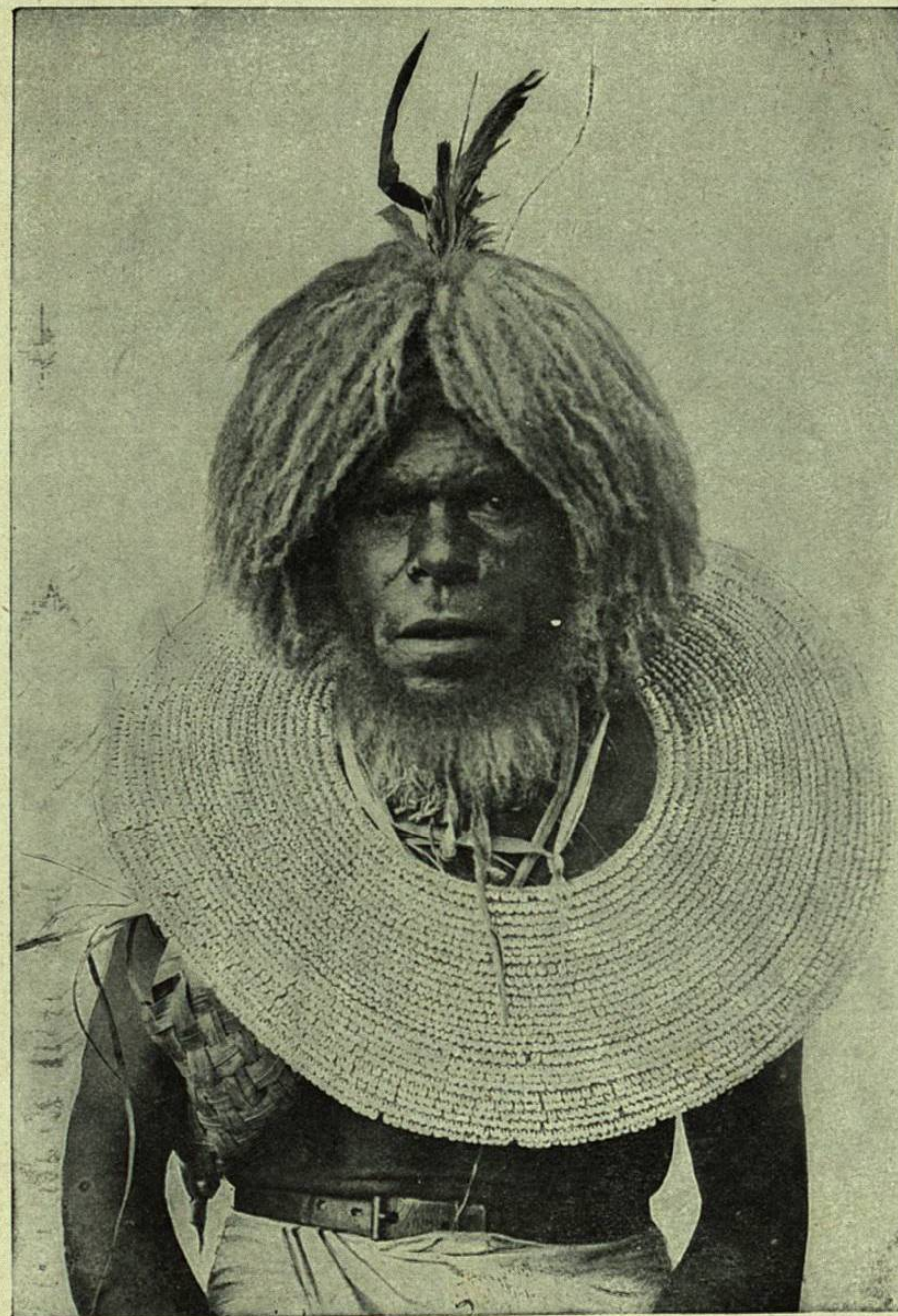
espontáneamente á los espíritus sencillos, de que la sangre nutre la sangre y que el corazón dobla el corazón, contribuía también á justificar la antropofagia á los ojos de los jefes y de los sacerdotes, pero los grandes reyes no tenían necesidad de tradiciones religiosas ni de razones antropológicas, les bastaba tener hambre de carne humana. El famoso rey fidjiano Thakambau, que murió rodeado de cortesanos británicos y grandemente pensionado por el Tesoro inglés, era uno de esos potentados que suelen prescindir de excusas: cuando uno de sus súbditos le parecía á punto para una excelente comida, le hacía una señal: el desgraciado comprendía y él

mismo iba á la huerta á recoger las batatas y legumbres y verduras que habían de acompañar y sazonar su propio cuerpo bien asado. Ahora, la voluntad de nuevos amos, los Europeos, ha desterrado la real práctica de la antropofagia, pero téngase en cuenta que la conservación del canibalismo fué reivindicada por los partidos conservadores de las Fidji, en nombre de los «principios» y de la «sana moral». Como decían los defensores de los tiempos antiguos, ¿cómo proteger la sociedad sin contener las clases bajas por un justo terror?

Conviene observar que muchos archipiélagos habían abandonado las costumbres de las «comidas del gran puerco» mucho antes que Cook hubiera atravesado los mares. Apenas subsistieron hasta el siglo XIX más que en las Fidji, en las Marquesas, en Melanesia y en la Nueva Zelanda. En Taiti, en Samoa, en las islas Gilbert, en las Marschall, ciertas tradiciones y ceremonias, incomprensibles hoy, indican que el canibalismo fué allí practicado hace algunos siglos, pero no puede afirmarse que haya sido conocido en Havaii. Por otra parte, esas prácticas sanguinarias se alían muy bien en Oceanía con una gran benevolencia recíproca, del mismo modo que el infanticidio va allí unido con un respeto al niño que sólo excepcionalmente se encuentra en Europa. De hecho el Marquesiano no pone más mala intención en sacrificar á su camarada designado por los sacerdotes, que un campesino francés en matar su cerdo. En ambos casos se derrama la sangre porque no se imagina que pueda obrarse de diferente manera; pero los muertos se vengan, y el temor de los espíritus que sufren los vivos constituye el fondo íntimo de la religión polinesia [1].

La isla maravillosa de Taiti, en la que Bougainville y sus compañeros vieron una «nueva Cytherea» y que, después de aquel navegante, tantos pintores han descrito y tantos poetas han cantado, no era solamente la isla del amor, sino también un lugar de prácticas horribles, introducidas por la casta aristocrática de los Oros, gentes ociosas, que se honraban no haciendo nada con sus dedos y que engordaban conscientemente para darse un aspecto imponente. Actualmente aún los nobles procuran distinguirse por una majestuosa obesidad, que los antropólogos han querido considerar como

[1] R. L. Stevenson, *In the South Seas*, p. 144 y siguientes.



Cl. de la Sra. Massieu.

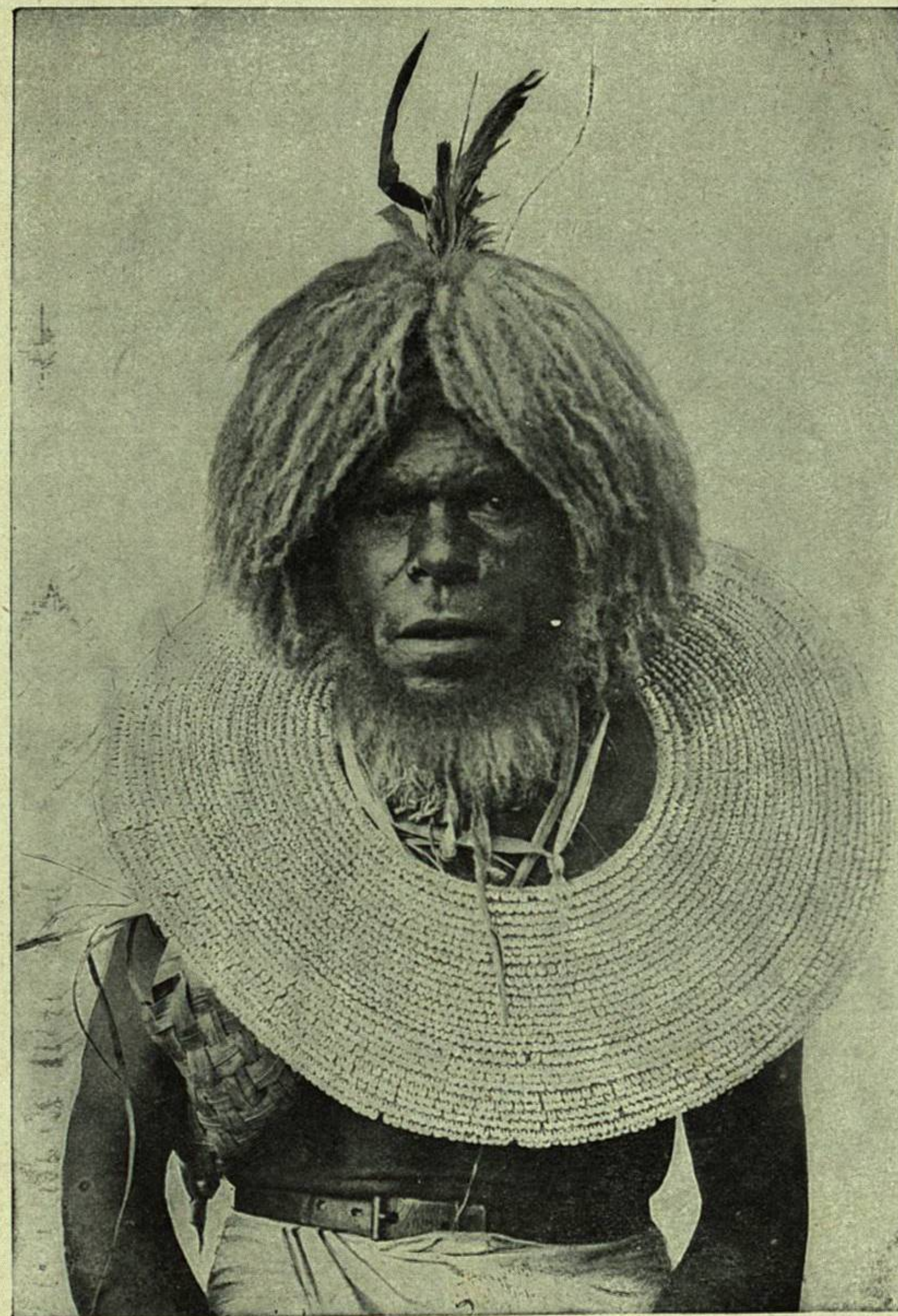
CANÍBAL DE LAS ISLAS SALOMON Ó SOLOMON

mismo iba á la huerta á recoger las batatas y legumbres y verduras que habían de acompañar y sazonar su propio cuerpo bien asado. Ahora, la voluntad de nuevos amos, los Europeos, ha desterrado la real práctica de la antropofagia, pero téngase en cuenta que la conservación del canibalismo fué reivindicada por los partidos conservadores de las Fidji, en nombre de los «principios» y de la «sana moral». Como decían los defensores de los tiempos antiguos, ¿cómo proteger la sociedad sin contener las clases bajas por un justo terror?

Conviene observar que muchos archipiélagos habían abandonado las costumbres de las «comidas del gran puerco» mucho antes que Cook hubiera atravesado los mares. Apenas subsistieron hasta el siglo XIX más que en las Fidji, en las Marquesas, en Melanesia y en la Nueva Zelanda. En Taiti, en Samoa, en las islas Gilbert, en las Marschall, ciertas tradiciones y ceremonias, incomprensibles hoy, indican que el canibalismo fué allí practicado hace algunos siglos, pero no puede afirmarse que haya sido conocido en Havaii. Por otra parte, esas prácticas sanguinarias se alían muy bien en Oceanía con una gran benevolencia recíproca, del mismo modo que el infanticidio va allí unido con un respeto al niño que sólo excepcionalmente se encuentra en Europa. De hecho el Marquesiano no pone más mala intención en sacrificar á su camarada designado por los sacerdotes, que un campesino francés en matar su cerdo. En ambos casos se derrama la sangre porque no se imagina que pueda obrarse de diferente manera; pero los muertos se vengan, y el temor de los espíritus que sufren los vivos constituye el fondo íntimo de la religión polinesia [1].

La isla maravillosa de Taiti, en la que Bougainville y sus compañeros vieron una «nueva Cytherea» y que, después de aquel navegante, tantos pintores han descrito y tantos poetas han cantado, no era solamente la isla del amor, sino también un lugar de prácticas horribles, introducidas por la casta aristocrática de los Oros, gentes ociosas, que se honraban no haciendo nada con sus dedos y que engordaban conscientemente para darse un aspecto imponente. Actualmente aún los nobles procuran distinguirse por una majestuosa obesidad, que los antropólogos han querido considerar como

[1] R. L. Stevenson, *In the South Seas*, p. 144 y siguientes.



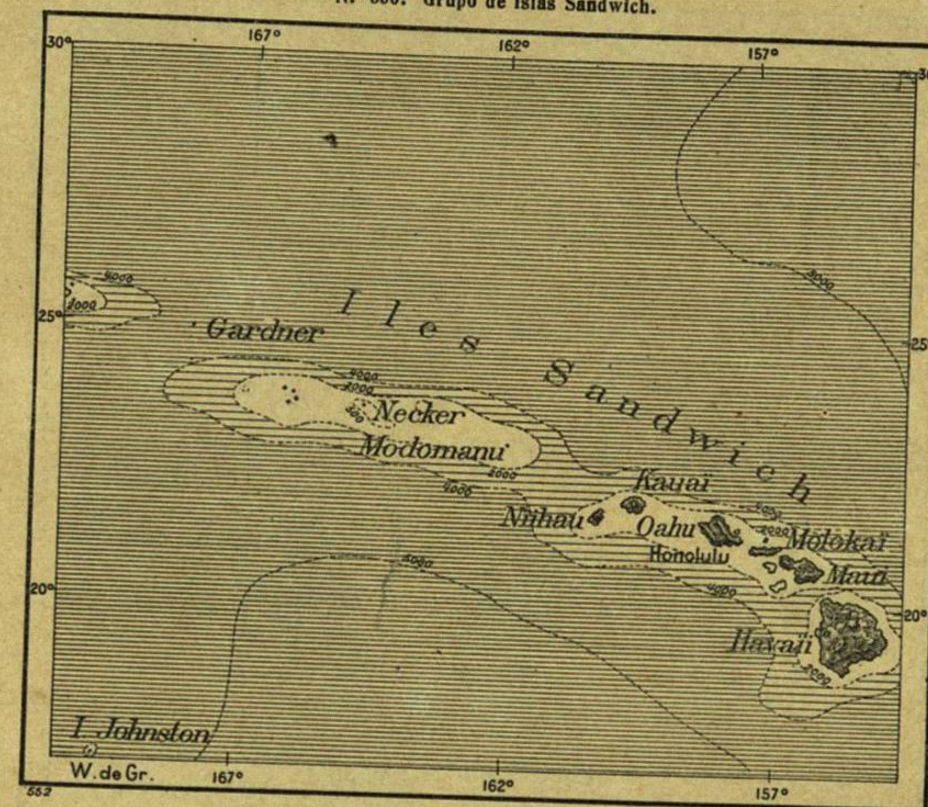
Cl. de la Sra. Massieu.

CANÍBAL DE LAS ISLAS SALOMON Ó SOLOMON

un carácter de raza. Los Oros formaban una sociedad secreta cuyos miembros se comprometían á celebrar sacrificios sangrientos y á suprimir religiosamente su descendencia.

Se ha pretendido explicar esta horrible costumbre del infanticidio por la falta de recursos alimenticios. Los padres, la madre

N.º 550. Grupo de islas Sandwich.



1 : 15 000 000

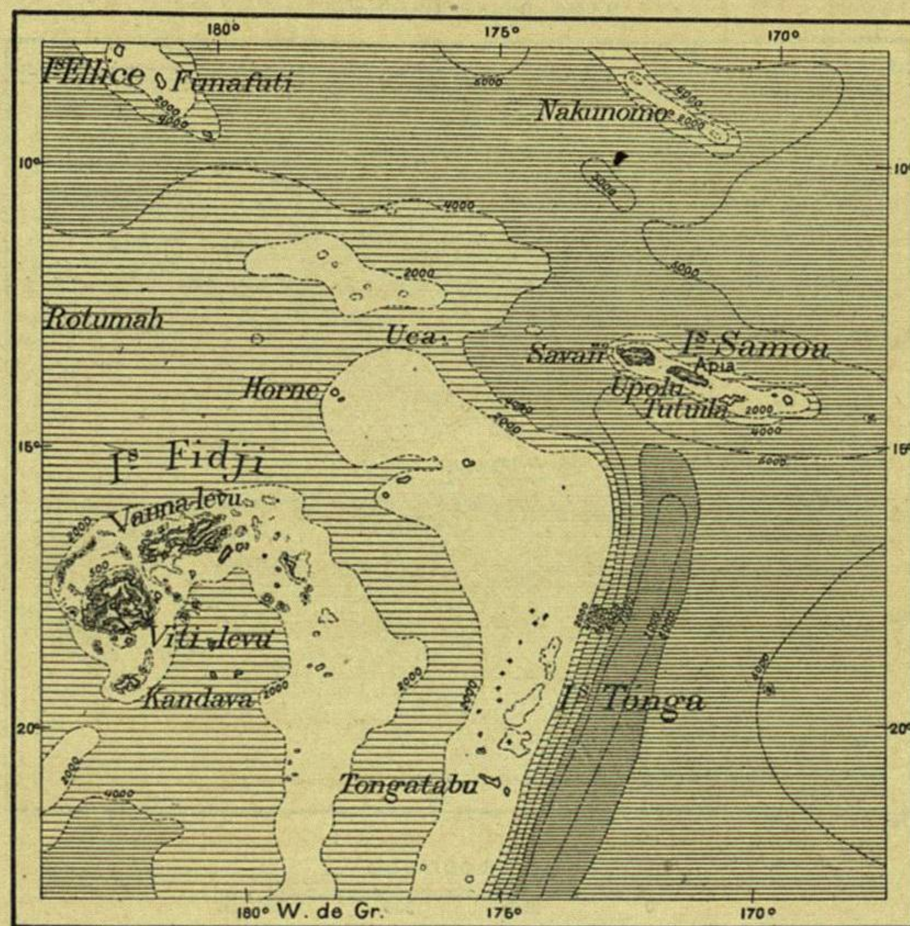
0 250 500 750 Kil.

misma, parece que habían comprendido que los víveres no se aumentaban en proporción igual á la de las familias, y previamente se conformaban con la «ley de Malthus» en todo su espantoso rigor [1]. Es posible que en ciertas islas donde prevalecieran circunstancias excepcionales, guerras de exterminio, tempestades destructivas ú otros desastres imprevistos, el hambre determinara á los padres á

[1] Th. Waitz y G. Gerland, *Anthropologie der Naturvœlker*.

desembarazarse de su progenitura; es posible que los Oceánicos hayan desconocido los recursos de su admirable clima y la potencia de su trabajo, pero el infanticidio tuvo sin duda en muchas comarcas distintas causas que el hambre. Toda acción, sólo por haberse pro-

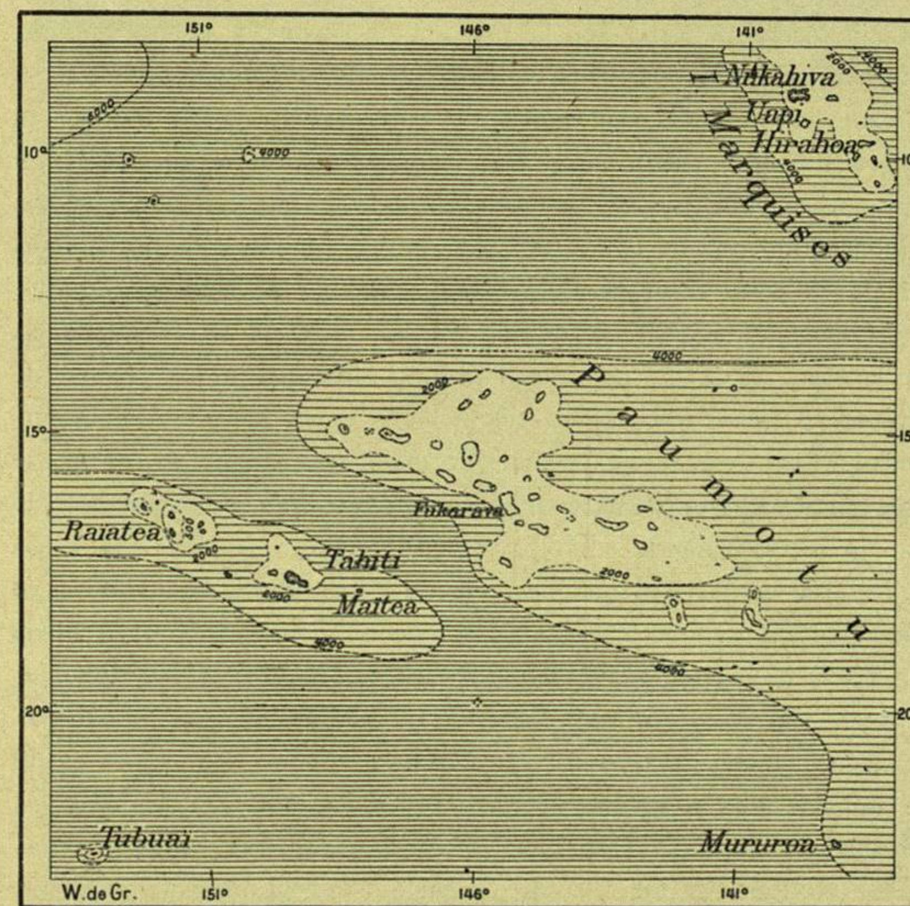
N.° 551. Grupo de las Fidji y de las Samoa.



ducido, cualquiera que sea su causa, tiene tendencia á renovarse, á trocarse en costumbre, á tomar un carácter religioso; en todos los países del mundo, la tradición llega á ser santa, y, más que justificar, diviniza los actos. En el asesinato de los niños, ¿no tiene siempre el hombre el supremo recurso de la ilusión para consolarse

en sus penas? De esos niños que no habían tenido siquiera el tiempo de abrir los ojos á la luz del sol, ¿no podían hacerse espíritus protectores, santos que recordaran la pobre familia de la que habían salido y que intercedieran por ella cerca de las divinidades irritadas?

N.° 552. Grupos de las Marquesas y de las Islas de la Sociedad.



En algunas islas y durante ciertos períodos, la proporción de los niños sacrificados se eleva á más de la mitad, hasta las dos terceras partes de la misma generación. En el atoll de Vaitupu (archipiélago Ellice), no se concedía más que dos hijos á cada pareja, uno solo entre los habitantes de Nukufetau, á algunos kilómetros al norte de Funafuti, á menos que los padres consin-

tieran en pagar una multa, lo que, según parece, ocurría con frecuencia [1]. Las niñas principalmente, como en todas las sociedades bárbaras, estaban amenazadas, porque, relativamente á los niños, representan una cantidad menor de esperanzas, más dudas é inquietudes. La madre misma, consciente de su infortunio, de su miserable condición de esclava, recordando los golpes, las injurias, el trabajo incesante, solía ser la primera en pedir la muerte de una futura desgraciada, destinada á sufrir como ella había sufrido. Su corazón se conmovía más fácilmente á la idea de que le naciese un hijo destinado quizá á la gloria como navegante ó guerrero. En Ruk, en las Carolinas, no podía decidirse la muerte del niño sino con el consentimiento de la madre: cuando ésta quería salvarle, se teñía la teta de rojo, color de sangre que rescataba su amor maternal.

Cualesquiera que hayan sido en los diversos archipiélagos las verdaderas causas de los infanticidios, la hipótesis de la escasez de víveres no tiene sentido en archipiélagos como las islas de la Sociedad, Taiti ó Raiateia, donde los matadores de niños son parásitos dedicados sistemáticamente á la pereza, que se prohiben todo trabajo de sus manos. Si los víveres llegaran á faltar, la causa no estaría en las generaciones nuevas. Las tierras fecundas, cuyo suelo volcánico ó coralino se descompone fácilmente bajo la lluvia y el sol, no suelen cultivarse más que en la proximidad del mar, es decir, en los sitios expuestos á las temibles mareas. Los indígenas no pueden perder de vista el espectáculo siempre renovado de aquellas olas y además son casi todos marinos y pescadores; en el inmenso laboratorio vital del Océano encuentran en gran abundancia el alimento complementario del que les suministran los huertos de sus cabañas. Justo es hacer constar que si los productos vegetales y los pescados ofrecen un recurso ilimitado, hay penuria de carne animal, y durante siglos ciertas poblaciones no comieron otra carne que la del «gran puerco».

En las islas montañosas, las pendientes del interior, aunque parcialmente revestidas de vegetación, son casi en todas partes descuidadas en concepto económico, y, sin embargo, allí podría subsistir

[1] R. L. Stevenson, *In the South Seas*, vol. I., p. 60.

una población numerosa. Cuando en 1897 vino á apoderarse efectivamente de la isla Raiateia una expedición francesa, hasta enton-



Cl. J. Kuhn, Paris.

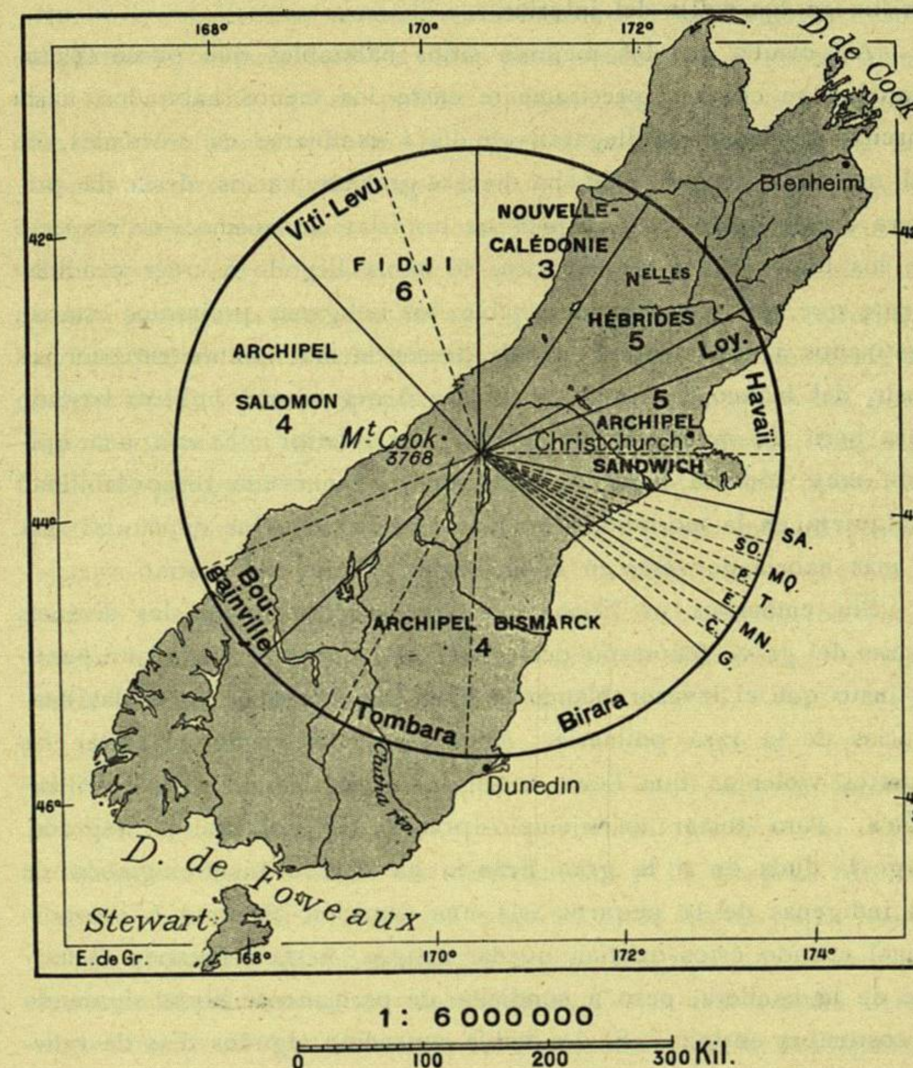
CHOZA POLINESIA

ces poseída de una manera puramente ficticia, los sitiadores tuvieron más trabajo que los sitiados en conservar la regularidad de sus

provisiones. Rechazadas á los altos valles, lejos de la playa, las gentes de Teranpoo, que se negaban obstinadamente á sufrir la dominación extranjera, debieron renunciar absolutamente á todo alimento animal y hasta privarse de cocer sus alimentos vegetales para no ser descubiertos por el humo. Las frutas y otros productos crudos que hallaban en abundancia en su retiro, bastaban ampliamente para su alimentación: batatas, patatas silvestres, raíces de dracoena y de helechos arborescentes; nueces de *tiairi* y castañas de *mape*, naranjas y mangos silvestres, barbarinas ó frutos enormes de una pasiflora. Los fugitivos hubieran podido vivir cómodamente durante muchos meses si el enemigo no hubiera sido suficientemente numeroso para proceder estratégicamente á la ocupación de toda la isla. La cuestión demográfica del excedente de habitantes en proporción de los recursos alimenticios no se ha planteado, pues, en Oceanía. El suelo de los archipiélagos — sin contar las aguas oceánicas abundantes de vida — podría alimentar fácilmente una población décuple y céntuple de la que lo habita en el día: al este de las grandes islas melanesias, la Oceanía propiamente dicha no llega á un millón de residentes indígenas, blancos ó mestizos, 900,000 quizá. Á ocho ó diez individuos solamente puede evaluarse por aproximación la densidad kilométrica de los insulares oceánicos. Los archipiélagos Ellice y Gilbert por sí solos llegarían á una población específica comparable á la de Francia.

Los naturales de las islas de la Sociedad veneran entre todas esa alta tierra de Raiateia y continúan llamándola «Santa», aunque hayan abandonado el culto de los antiguos dioses. Allí abordaron, hace ya muchas generaciones, las familias que poblaron el archipiélago: la isla ha conservado el nombre de Havaii, que recuerda la patria tradicional. Hay lugares de tal modo sagrados en la isla, que ningún indígena osaría pasar allí la noche, ni aun penetrar de día, porque si aquellas gargantas silvestres, aquellos cráteres de rocas quemadas eran antiguamente muy temibles á causa de las poderosas divinidades que allí se habían reunido, ¡cuánto más peligrosos han de ser desde que el Dios de los misioneros hizo su aparición, expulsando á los dioses nacionales y transformándolos en diablos, en

N.º 553. Isla meridional de Nueva Zelanda y superficie de las islas de Oceanía.



La superficie de la isla meridional de Nueva Zelanda es de 152,165 kilómetros cuadrados, ligeramente inferior á la superficie aproximada total (178,196) de los miles de islas de Oceanía. La mayor de ellas es Birara (Neu Pommern) en el archipiélago Bismarck; en el diagrama están indicadas las de menos de 10,000 kilómetros cuadrados.

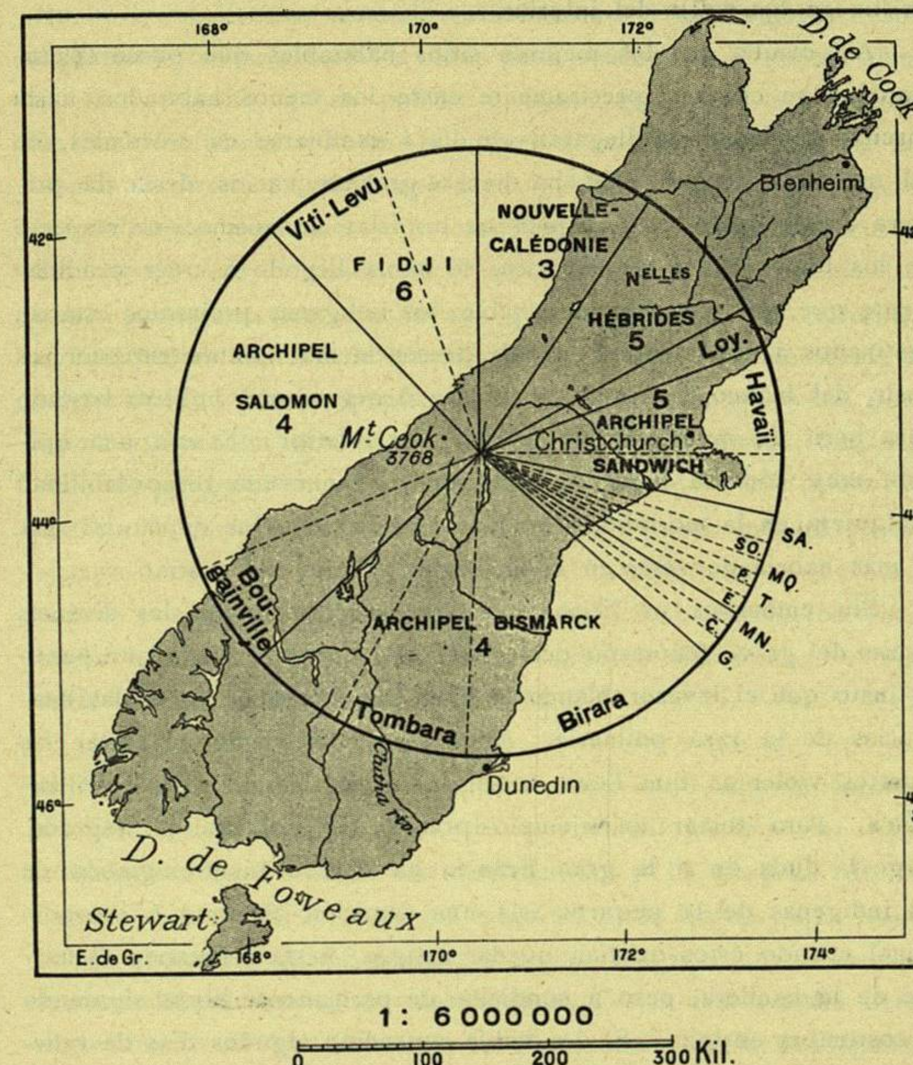
Loy = Loyauté y las islas próximas á la Melanesia (6); Sa = Samoa (13); So = Sociedad (9); Mq = Marquesas (4); P = Paumotou (7); T = Tonga (25); El = Ellice y otras islas de Polinesia (68); Mn = Marianas (7); C = Carolinas (26); G = Gilbert (82) y otras islas de la Micronesia. Las cifras indican la densidad de la población en 1895.

enemigos del pueblo al que antes pertenecían! Los olas, levantadas recientemente (1903) por una tempestad giratoria, devastaron la mayor parte del litoral, arrasaron habitaciones y ahogaron pesca-

provisiones. Rechazadas á los altos valles, lejos de la playa, las gentes de Teranpoo, que se negaban obstinadamente á sufrir la dominación extranjera, debieron renunciar absolutamente á todo alimento animal y hasta privarse de cocer sus alimentos vegetales para no ser descubiertos por el humo. Las frutas y otros productos crudos que hallaban en abundancia en su retiro, bastaban ampliamente para su alimentación: batatas, patatas silvestres, raíces de dracoena y de helechos arborescentes; nueces de *tiairi* y castañas de *mape*, naranjas y mangos silvestres, barbarinas ó frutos enormes de una pasiflora. Los fugitivos hubieran podido vivir cómodamente durante muchos meses si el enemigo no hubiera sido suficientemente numeroso para proceder estratégicamente á la ocupación de toda la isla. La cuestión demográfica del excedente de habitantes en proporción de los recursos alimenticios no se ha planteado, pues, en Oceanía. El suelo de los archipiélagos — sin contar las aguas oceánicas abundantes de vida — podría alimentar fácilmente una población décuple y céntuple de la que lo habita en el día: al este de las grandes islas melanesias, la Oceanía propiamente dicha no llega á un millón de residentes indígenas, blancos ó mestizos, 900,000 quizá. Á ocho ó diez individuos solamente puede evaluarse por aproximación la densidad kilométrica de los insulares oceánicos. Los archipiélagos Ellice y Gilbert por sí solos llegarían á una población específica comparable á la de Francia.

Los naturales de las islas de la Sociedad veneran entre todas esa alta tierra de Raiateia y continúan llamándola «Santa», aunque hayan abandonado el culto de los antiguos dioses. Allí abordaron, hace ya muchas generaciones, las familias que poblaron el archipiélago: la isla ha conservado el nombre de Havaii, que recuerda la patria tradicional. Hay lugares de tal modo sagrados en la isla, que ningún indígena osaría pasar allí la noche, ni aun penetrar de día, porque si aquellas gargantas silvestres, aquellos cráteres de rocas quemadas eran antiguamente muy temibles á causa de las poderosas divinidades que allí se habían reunido, ¡cuánto más peligrosos han de ser desde que el Dios de los misioneros hizo su aparición, expulsando á los dioses nacionales y transformándolos en diablos, en

N.° 553. Isla meridional de Nueva Zelanda y superficie de las islas de Oceanía.



1: 6 000 000

0 100 200 300 Kil.

La superficie de la isla meridional de Nueva Zelanda es de 152,165 kilómetros cuadrados, ligeramente inferior á la superficie aproximada total (178,196) de los miles de islas de Oceanía. La mayor de ellas es Birara (Neu Pommern) en el archipiélago Bismarck; en el diagrama están indicadas las de menos de 10,000 kilómetros cuadrados.

Loy = Loyauté y las islas próximas á la Melanesia (6); Sa = Samoa (13); So = Sociedad (9); Mq = Marquesas (4); P = Paumotou (7); T = Tonga (25); El = Ellice y otras islas de Polinesia (68); Mn = Marianas (7); C = Carolinas (26); G = Gilbert (82) y otras islas de la Micronesia. Las cifras indican la densidad de la población en 1895.

enemigos del pueblo al que antes pertenecían! Los olas, levantadas recientemente (1903) por una tempestad giratoria, devastaron la mayor parte del litoral, arrasaron habitaciones y ahogaron pesca-

dores, haciéndose el desierto sobre extensas playas fértiles como ya existía en los valles del interior.

Así resulta que los mejores sitios habitables que posee la humanidad se cuentan precisamente entre los menos habitados, hasta suscitar la idea de si llegarán un día á cambiarse en soledades, de tal modo la despoblación ha hecho grandes vacíos desde la primera aparición de los Europeos en las islas: lo mismo que respecto de los Pieles Rojas de América, se había llegado á creer cándidamente que, por una ley ineluctable, los indígenas polinesios estaban destinados á desaparecer; la sola presencia del hombre superior, es decir, del blanco, marinero, sacerdote ó negociante, hubiera bastado para herir de muerte desde lejos al ser inferior. Es esa una opinión muy cómoda para los que puedan tener una responsabilidad cualquiera en la mortalidad de los insulares canacas ó maoris. ¡Á lo más habría de verse en ellos ciegos agentes del destino!

Sin embargo, es lícito investigar detalladamente las diversas causas del grave fenómeno demográfico y consignar hasta qué punto es justo que el invasor blanco se lave las manos de todas las desgracias de la raza polinesia. Ante todo habrá que enumerar las muertes violentas que lleva consigo la obra llamada de «civilización». Para tomar un ejemplo preciso en Raiateia la Sagrada, surge la duda de si la gran Francia ha obrado bien exigiendo de los indígenas de la pequeña isla una sumisión absoluta é incondicional cuando éstos querían quedar amigos, hasta aceptando el fetiche de la bandera, pero á condición de permanecer libres siguiendo la costumbre antigua. Se les había concedido algunos días de reflexión antes del 1.° de Enero de 1897 para someterse por completo. Una mitad de los insulares prefirió combatir, permanecer en la montaña durante algunos meses, y no rendirse sino diezmada, para dejarse deportar en seguida al archipiélago de las Marquesas. ¿Cuántos muertos fueron la consecuencia de aquel acto de conquista? La estadística no lo dice. Tampoco dirá cuánto costaría el acto de «justicia» que unos invasores alemanes han ejercido recientemente, no en la Oceanía propiamente dicha, sino en un archipiélago de la Melanesia, poco importa el lugar, puesto que el sistema y el método son en todas partes los mismos. En Octubre

de 1901, el buque de guerra *Cormoran* fué á castigar á los insulares de Saint-Mathias matando primeramente 61 «salvajes», después capturando las mujeres y los niños para conducirlos al puerto alemán de Herbertshohe, donde podrán formarse una idea de la potencia de los «civilizados» antes de volver á su isla, si hallan la ocasión ó si viven. ¿Qué crimen atroz habían cometido las gentes de Saint-Mathias para que se les castigase de una manara tan bárbara? Se habían vengado matando á un alemán que se entretenía derribando cocoteros, los árboles con que se alimentan los naturales [1]. «¡Una broma, un simple pasatiempo!» Hechos semejantes se han producido en diversos puntos de Oceanía, aprobados todos por la moral nacionalista que reina todavía en nuestro mundo, tan orgulloso de su progreso. En la historia del mar del Sud, quizá en la historia universal, el almirante Goodenough queda todavía como un ejemplo único de verdadera humanidad. Sintiéndose herido de muerte por una flecha extraviada, se volvió á sus marineros, que ya cogían sus carabinas y preparaban sus cañones, diciéndoles: «¡Sobre todo, amigos míos, no me venguéis!»

Pero no se mata solamente con *el hierro y con el fuego*, sino también y en mayor escala con el veneno, dado bajo la forma de alcoholes puros ó adulterados, lo que constituye un arma que el tratante europeo maneja con preferencia, y la rivalidad de concurrencia se establece entre los mercaderes de Europa, que quieren obligar á las naciones á embriagarse con sus bebidas, y los fabricantes indígenas que saben también producir los más funestos licores, especialmente el *kava*, azote de las Marquesas. La lucha, reglamentada por las administraciones europeas, se establece entre los productos llamados «higiénicos» de los negociantes con patente y los destiladores no autorizados. El resultado del conflicto es siempre la intoxicación con todas sus consecuencias de vicios, de enfermedades y de muerte. ¿No tiene el Europeo su parte de responsabilidad en la despoblación que causa la embriaguez? Está fuera de duda que la disentería era desconocida entre los insulares de los archipiélagos Salomón y Nuevas Hébridas hasta la época en que unos indígenas,

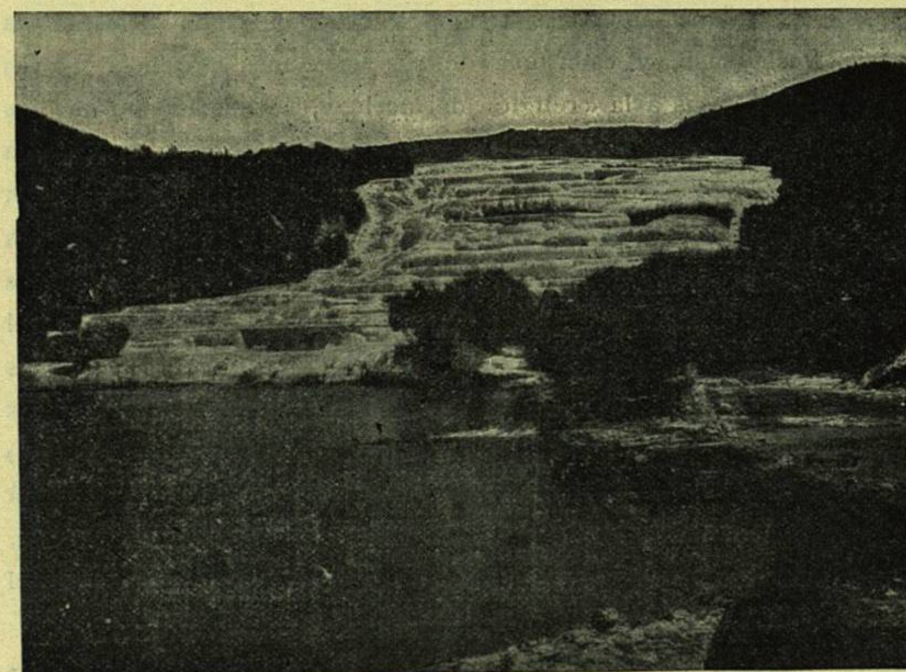
[1] *Kœlnische Zeitung*, 6 Enero 1902.

importados en las islas Fidji, volvieron á la comarca natal con los gérmenes de la enfermedad contraída en la sociedad de los Europeos [1].

Los tristes educadores de los Polinesios no han sido solamente los marineros, los soldados y los tratantes; en muchos archipiélagos fueron principalmente los misioneros protestantes y católicos, y también puede preguntarse si los religiosos personajes son absolutamente inocentes de toda culpa en la obra de despoblación. El misionero acusa al tratante porque corrompe sus fieles vendiéndoles alcohol y armas, y por su parte el tratante acusa al misionero porque las guerras religiosas encendidas por las rivalidades del culto son más encarnizadas y más duraderas que todas las otras: ambas partes se acusan mutuamente de participación en el crimen [2]. De todos modos una cosa resulta cierta, á saber: los misioneros ingleses han sido los verdaderos amos de la mayor parte de los archipiélagos durante la segunda mitad del siglo XIX, y á ellos principalmente ha de pedirse cuenta de la gestión europea de los intereses polinesios. Gracias á la autoridad que les daba una larga estancia, la superioridad de los conocimientos y la visita frecuente de poderosos barcos de guerra británicos, esos misioneros eran los verdaderos detentadores del poder, y los reyezuelos locales eran sus humildes cortesanos. Hablando de los misioneros ingleses venidos á su isla, un Maori decía al viajero Lloyd [3]: «Han venido aquí para enseñarnos á rogar á Dios, y mientras nuestros ojos se levantan al cielo para invocar al Señor, nos han escamoteado la tierra bajo nuestros pies».

Los potentados religiosos no se limitaban á traducir la Biblia y á hacerla recitar á los indígenas; lo mismo que los Mahometanos, habían extraído la ley toda entera de su libro sagrado, ayudándose con los precedentes de la justicia inglesa: derecho agrícola, derecho comercial, penalidad, todo había sido regulado por ellos de una manera absoluta, y tal era el rigor de su vigilancia, que sus agentes estaban autorizados para penetrar á toda hora en las habitaciones. Su principal medio de investigación era el espionaje: su enseñanza cristiana se acomodaba perfectamente á animar á los delatores. Además el conjunto de su código estaba impregnado de un espíritu de codicia financiera; la multa más ó menos fuerte era la única pena pronunciada para todos los delitos ó crímenes, á excepción de las rebeldías políticas, que se castigaban con el destierro. La pobre literatura kanaca no comprende más libros que la Biblia, cantos religiosos, trataditos de escuela y, para uso de los niños, un «guía para conocer las riquezas», resumen de economía política [1]. Los indígenas, educados en la escuela, han aprendido á poner sus pequeñas ganancias en la caja de ahorros.

[1] R. H. Codrington, *Le Magie chez les Insulaires mélanésiens*, cap. I.
[2] G. Thilenius, *Globus*, 3 Febrero 1900.
[3] Henry Demarest Lloyd, *National Geographical Magazine*, Septiembre 1902.



NUEVA ZELANDA — MANANTIAL INCRUSTANTE DE ROTOMAHANA

Pero la perspectiva de la riqueza es siempre muy peligrosa, hasta para aquellos que han hecho voto de pobreza. Así los misioneros wesleyenses de la Polinesia se vieron arrastrados, algunos quizá inconscientemente, á hacerse en realidad jefes de piratas, ó al menos á patrocinar guerras de conquista. Los insulares de Tonga,

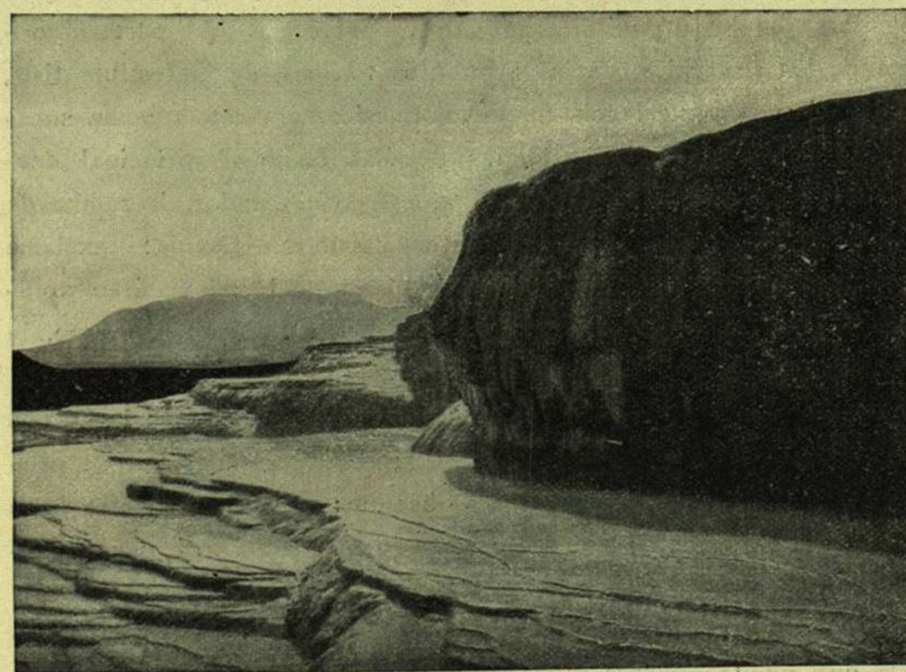
[1] H. Gros, *Bulletin de la Société d'Anthropologie de Paris*, sesión de 30 Febrero 1896.

ya convertidos á la fe protestante y practicando los ritos siguiendo las prescripciones de sus directores espirituales, enviaron muchos de los suyos á los islotes meridionales del archipiélago de Viti, y poco á poco el movimiento de emigración se convirtió en invasión. Convertidos en «enderezadores de entuertos», es decir, conquistadores, los Tonganos acabaron por apoderarse de todas las islas, á excepción de la mayor, Viti-Levu, que habían atacado ya cuando Inglaterra intervino oficialmente para decidir en su provecho entre los beligerantes. Pero esos invasores tonganos obraban como fieles de la iglesia wesleyense, y cada una de sus anexiones producía nuevas cotizaciones ó tasas á la «religión del aceite», así llamada porque los misioneros eran retribuídos en kopra ó en aceite de coco. ¿Hubiera sido posible esta guerra remuneradora si los metodistas, que eran los dueños absolutos, no la hubieran querido y mandado? ¿No sería también injuriar á los sacerdotes católicos de las Marquesas y otros archipiélagos suponerles inferiores á sus émulos wesleyenses en el comercio del «aceite» y de las almas? No, fueron también buenos compadres, lo suficiente para obligar al rey Luis Felipe, el más circunspecto de los hombres, á malquistarse con Inglaterra (1843) y para hacer que se les diera la razón en sus intrigas de Taiti, á riesgo de ponerse de rechazo en lucha las dos naciones europeas.

Si los misioneros de todo culto han causado directamente el mayor mal á los Polinesios atizando la guerra civil, ¿no ha de acusárseles también de haber sido los principales introductores y propagandistas de las enfermedades contagiosas por su falso pudor, por su deplorable virtud, que pueden verdaderamente calificarse de obscenas cuando se tiene el respeto de la bella forma humana? ¿No son todos esos predicadores del pecado original quienes obligaron á los indígenas á ocultar su sana desnudez para vestirse con horribles trajes europeos? Stevenson expresa claramente su opinión de que la esposa del misionero protestante es el principal factor de esa transformación, cuya consecuencia ha sido depravar más que reforzar la virtud de esos bellos representantes de la especie [1]. Bullen refiere cómo por una obediencia infantil á los caprichos de

[1] R. L. Stevenson, *In the South Seas*, vol. I, p. 71.

fanáticos misioneros wesleyenses, y quizá también por la necesidad supersticiosa de ofrecerse en sacrificio por unas reglas duras y meritorias, los indígenas de Vau-Vau (ó Vavao, isla de Tonga) se condenan á una feroz observancia del «Sabbat», de tal modo que, durante todo el día, los intervalos de reposo entre los servicios de oraciones, cantos y otras prácticas piadosas no duran jamás más de una hora. Ansiosos, temerosos siempre de cometer alguna infracción



Cl. J. Kuhn, Paris.

NUEVA ZELANDA — TERRAZA EN EL PAÍS DE LOS GEYSERS

á la santidad del domingo, los cándidos naturales se creen todos obligados á presentarse delante del pastor con vestidos europeos comprados en su tienda: las mujeres van vestidas con indianas ligeras, mientras que los hombres, bajo el tórrido clima ecuatorial, llevan gruesos vestidos de lana, como marinos del Océano Artico. Pero, después del servicio, se les ve precipitarse bajo los grupos de árboles más cerca de la capilla, despojarse de sus vestidos y reaparecer, libres por algunos minutos de sus trajes de tormento, revolcarse sobre la hierba en su bella desnudez adornada con una guirnalda de hojas de cocotero [1].

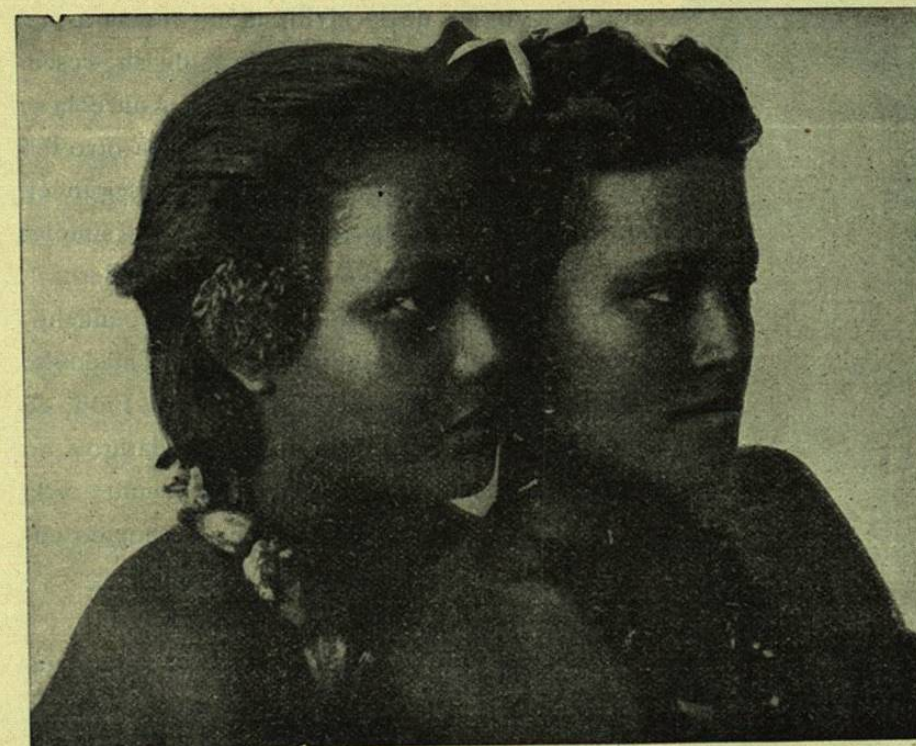
[1] Frank T. Bullen, *The Cruise of the «Cachalot»*, t. II, p. 91.

Compréndese cuán funestas consecuencias puede tener ese paso brusco de una á otra sensación, según las condiciones variables de la atmósfera, sobre todo cuando la hipocresía moral, que predomina siempre, se junta á la hipocresía física de los vestidos. Bien vestidos durante el día para ir al templo, los fieles gustan de desnudarse por la noche para danzar al aire libre, al viento y al rocío, sus antiguas danzas paganas: la orgía sucede á la privación, el uso del opio al de la Biblia, y las enfermedades se aprovechan para deslizarse en los organismos agotados. Tal es en gran parte el origen de los resfriados, de las bronquitis tenaces, de la temible tisis, el enemigo por excelencia de los Polinesios, el azote que ha sucedido á la sífilis de las primeras décadas como el principal destructor de la raza: «¡He ahí el monstruo devorador, la tumba de Havaii! He ahí lo que hace nuestros caminos desiertos!» exclama el historiador kanaca David Malo, hablando del mal venéreo aportado á las islas por los marineros de Europa [1]. Y sin embargo, la sífilis no ha herido jamás con tanto rigor como la tuberculosis. Stevenson cita la población del valle Hapaa, en Nukahiva: la viruela mató la cuarta parte de los habitantes; seis meses después se propagó la tisis como el fuego en el bosque; en menos de dos años una tribu de cuatrocientos individuos quedó reducida á dos supervivientes.

Por último, hay también una causa económica muy importante á la que puede atribuirse una gran parte de la desmoralización y, por consecuencia, de la mortalidad de los indígenas. El cese casi brusco del trabajo, producido por las nuevas relaciones establecidas con Europa y Australia, fué esa causa mayor. Antes de la llegada de los Europeos, los insulares empleaban su tiempo, no sólo en el cultivo y la pesca, sino también en trabajos de una industria muy larga y fatigosa: sin más instrumentos que huesos, aristas y otros menudos objetos, necesitaban mucho tiempo para tejer sus telas, embellecer y amueblar sus cabañas y construir sus canoas: todos trabajaban. Pero en cuanto se proveyeron de hachas y de cuchillos, en cuanto los mercaderes extranjeros les trajeron cuartos y

[1] Jules Rémy, *Ka Modelo Havaii.*

objetos de vidrio para reemplazar sus monedas de piedra tallada, ágatas ó jaspes, agujereadas, emplearon su tiempo en no hacer nada y se envilecieron y depravaron [1]. Ya en este caso no es extraño que hubiera negreros que propusieran el trabajo forzado como remedio á esa holganza de los indígenas, y, sin más escrúpulos, algunos aventureros americanos se han entregado durante los últimos



Cl. del *Globus.*

SAMOA — DOS HERMANAS DE 11 Y 13 AÑOS

años del siglo XIX á la trata de los Polinesios, especialmente de los habitantes de las islas Gilbert, al Norte de las Ellice, invitándoles á bordo de sus barcos y transportándoles, vivos ó muertos, hasta la costa de Guatemala, donde se empleaban los escasos supervivientes.

El conjunto de las modificaciones aportadas por los civilizados conduce al Oceánico por el camino de la muerte, tanto más lejos cuanto los cambios, buenos ó malos, indispensables ó accesorios, hayan sido

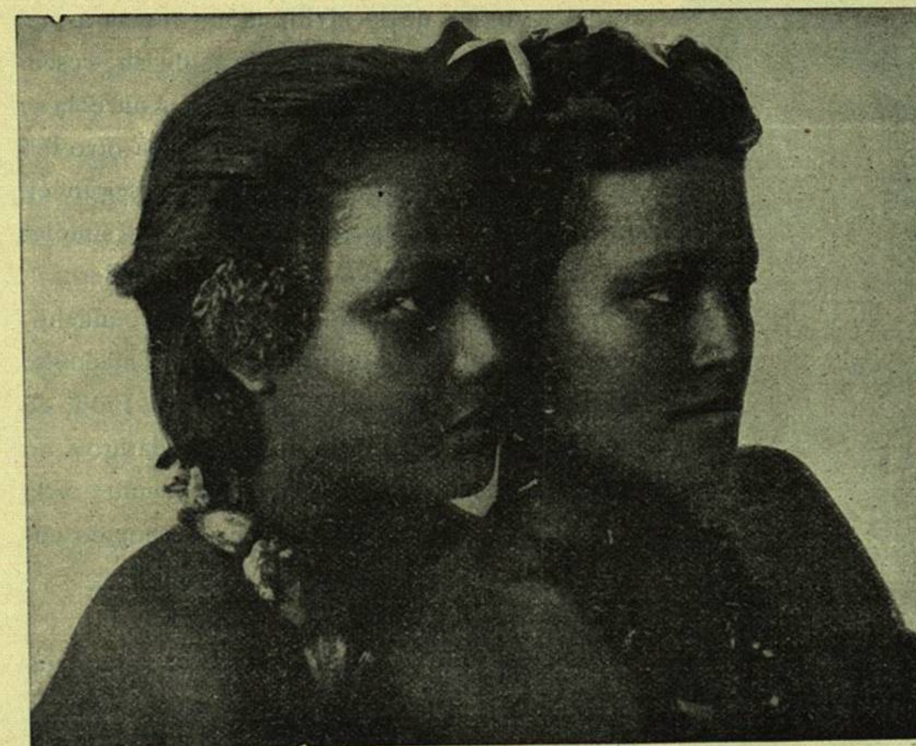
[1] Wilson Keate, *Au account of the Pelew Islands;* — Semper, *Die Philippinen und ihre Bewohner.*

Compréndese cuán funestas consecuencias puede tener ese paso brusco de una á otra sensación, según las condiciones variables de la atmósfera, sobre todo cuando la hipocresía moral, que predomina siempre, se junta á la hipocresía física de los vestidos. Bien vestidos durante el día para ir al templo, los fieles gustan de desnudarse por la noche para danzar al aire libre, al viento y al rocío, sus antiguas danzas paganas: la orgía sucede á la privación, el uso del opio al de la Biblia, y las enfermedades se aprovechan para deslizarse en los organismos agotados. Tal es en gran parte el origen de los resfriados, de las bronquitis tenaces, de la temible tisis, el enemigo por excelencia de los Polinesios, el azote que ha sucedido á la sífilis de las primeras décadas como el principal destructor de la raza: «¡He ahí el monstruo devorador, la tumba de Havaii! He ahí lo que hace nuestros caminos desiertos!» exclama el historiador kanaca David Malo, hablando del mal venéreo aportado á las islas por los marineros de Europa[1]. Y sin embargo, la sífilis no ha herido jamás con tanto rigor como la tuberculosis. Stevenson cita la población del valle Hapaa, en Nukahiva: la viruela mató la cuarta parte de los habitantes; seis meses después se propagó la tisis como el fuego en el bosque; en menos de dos años una tribu de cuatrocientos individuos quedó reducida á dos supervivientes.

Por último, hay también una causa económica muy importante á la que puede atribuirse una gran parte de la desmoralización y, por consecuencia, de la mortalidad de los indígenas. El cese casi brusco del trabajo, producido por las nuevas relaciones establecidas con Europa y Australia, fué esa causa mayor. Antes de la llegada de los Europeos, los insulares empleaban su tiempo, no sólo en el cultivo y la pesca, sino también en trabajos de una industria muy larga y fatigosa: sin más instrumentos que huesos, aristas y otros menudos objetos, necesitaban mucho tiempo para tejer sus telas, embellecer y amueblar sus cabañas y construir sus canoas: todos trabajaban. Pero en cuanto se proveyeron de hachas y de cuchillos, en cuanto los mercaderes extranjeros les trajeron cuartos y

[1] Jules Rémy, *Ka Modelo Havaii.*

objetos de vidrio para reemplazar sus monedas de piedra tallada, ágatas ó jaspes, agujereadas, emplearon su tiempo en no hacer nada y se envilecieron y depravaron[1]. Ya en este caso no es extraño que hubiera negreros que propusieran el trabajo forzado como remedio á esa holganza de los indígenas, y, sin más escrúpulos, algunos aventureros americanos se han entregado durante los últimos



Cl. del *Globus.*

SAMOA — DOS HERMANAS DE 11 Y 13 AÑOS

años del siglo XIX á la trata de los Polinesios, especialmente de los habitantes de las islas Gilbert, al Norte de las Ellice, invitándoles á bordo de sus barcos y transportándoles, vivos ó muertos, hasta la costa de Guatemala, donde se empleaban los escasos supervivientes.

El conjunto de las modificaciones aportadas por los civilizados conduce al Oceánico por el camino de la muerte, tanto más lejos cuanto los cambios, buenos ó malos, indispensables ó accesorios, hayan sido

[1] Wilson Keate, *Au account of the Pelew Islands;* — Semper, *Die Philippinen und ihre Bewohner.*

más numerosos. Reconócese cuán justa era la respuesta dada al honrado Gordon por una tribu á la cual tenía el remordimiento de haber iniciado en la civilización: «¿Qué puedo hacer por vosotros?» «Nada, no necesitamos nada. Marchaos, eso es lo único que os pedimos».


Cl. del *Globus*
VIGA DE UNA CASA
Escultura maori.

En el lenguaje convenido de los aduladores de toda opresión, suele hablarse del «cetro» y del «yugo» de la civilización, y más á menudo de su «égida» protectora, de su «escudo», de su «antorcha» y de su «aureola»; pero un explorador americano emplea otro término menos poético, el «látigo»; según él, por el látigo se ha de obligar á los simples al trabajo exigido por la sociedad moderna [1]. Por desgracia, sin formular esa teoría, muchos plantadores la han aplicado ya en Caledonia, en las Nuevas Hébridas, en las islas Fidji, en Samoa, en las Sandwich, donde el «látigo» no ha dado mejor resultado que el «escudo» y la «aureola». Los indígenas han continuado envileciéndose y pereciendo.

La enfermedad y la muerte se han apoderado de los habitantes de esas islas afortunadas, y, sin embargo, no hay que desesperar. En la historia de la humanidad, muchos grupos étnicos cogidos por los remolinos de las fuerzas en lucha, parecían también cerca de la muerte como lo son en nuestros días los Oceánicos, y al fin se han repuesto y prosperado de nuevo. Verdad es que hay pueblo, como el de los Vándalos, que ha desaparecido sin dejar huellas, pero es más frecuente que las tribus aventuradas fuera de su medio, ó sometidas al asalto de

[1] George Earl Church, *Geographical Journal*, Agosto 1901, p. 153.

poblaciones invasoras mejor armadas, no son destruídas por completo, sino que se acomodan poco á poco á las circunstancias dominantes, cambian de nombre, de religión, de costumbres y, por efecto de los cruzamientos, se funden de generación en generación en la raza misma de los exterminadores. Así es como los Guanches de las Canarias se han convertido en Españoles y los Pieles Rojas del territorio indio se transforman en «Anglo-Sajones». Del mismo modo los Oceánicos se cambian gradualmente en mestizos, en semi-Europeos; nuevas generaciones nos darán blancos tan completos como lo somos nosotros mismos, Iberos, Ligures, Celtas, Germanos y Eslavos mezclados de Semitas.

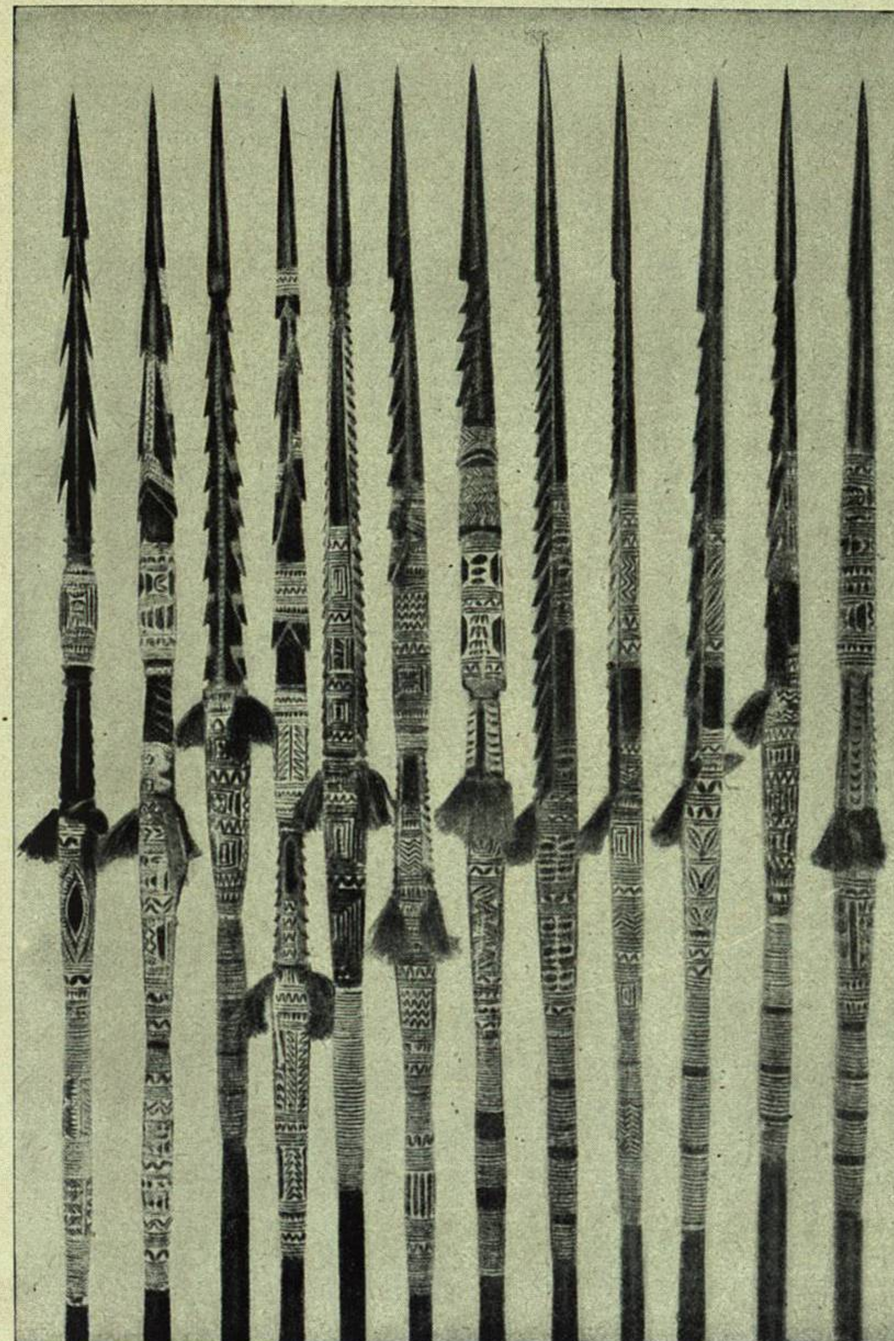

Cl. del *Globus*.
VIGA DE UNA CASA
Escultura maori.

La facilidad y frecuencia de los viajes, que colocaron estas islas en la proximidad virtual del mundo europeo, tendrán por consecuencia indirecta la modificación de la raza. Las islas del Pacífico tropical parecen hechas para ser mansiones de felicidad: son paraísos más encantadores que los palmerales, ya muy bellos, de las márgenes del Eufrates y que los jardines de la Armenia, dominados de lejos por el doble cono del Ararat. Es seguro que la admirable «vía láctea» que miriadas de islas han formado en el mar del Sur, será, en un porvenir bastante próximo, una sucesión de retiros deliciosos donde irán á descansar por un tiempo ó á reposar toda la vida aquellos á quienes fatiga la ruda lucha industrial de nuestras grandes ciudades. Allá se suceden al infinito «costas de azur», no menos propensas al reposo que la «corniche» de Menton y la «costa» de Génova. Ya unos ingleses de Nueva Zelanda fletan barcos de vapor para ir á centenares á visitar de etapa en etapa los sitios más curiosos de aquel vasto mundo insular del Pacífico y, entre los visitantes, los hay que se quedan en el camino,

á la orilla de una ensenada pacífica, bajo la sombra de un frondoso árbol del pan, donde la vida les será dulce.

Así se resolverá la antinomia actual. Mientras se hallaba como suspendida entre dos civilizaciones inconciliables, el Polinesio estaba en la situación de un animal cautivo, aturdido, sin pensamiento. Como decía Gratiolet, en una discusión memorable entre los miembros de la Sociedad de Antropología, el pobre insular vencido perdía la conciencia de su ser y todas sus ideas de moral se desvanecían; no sabía ya lo que era bueno ó malo y se dejaba conducir sin impulso propio, sin voluntad. En lo sucesivo, todos los que no hayan sido violentamente suprimidos, como lo fueron los Tasmanios, como lo son la mayor parte de las tribus de Australia, cesarán de tener la menor duda acerca de la corriente de civilización que les lleva consigo. Habiendo pasado por la «religión del aceite», ya deben saber lo que es nuestra sociedad moderna, donde todo se vende y se compra, pero que contiene en sí, sin embargo, una esperanza de progreso, un ideal de cosas más elevadas, como un brote imperceptible que un día ha de convertirse en flor.

La gran evolución consiste principalmente en el desprecio del *tabou*. Las piedras santas, los árboles fetiches, las huellas trazadas en el suelo han perdido su poder mágico, es decir, que los jefes espirituales y temporales y los jefes de familia, los maridos y padres han cesado de ser dueños absolutos y de dar á su voluntad una forma simbólica: los signos espantosos han llegado á ser ridículos, y, si los misioneros quieren conservarlos en beneficio de su propiedad, están obligados á recurrir al espionaje y á la delación. Verdad es que en lugar de los antiguos tabous, los extranjeros han traído otros, la Biblia, el crucifijo, la bandera; mas precisamente esos diversos símbolos pertenecen á una civilización fraccionada y se contradicen mutuamente. No presentan un conjunto que imponga al mismo tiempo la convicción, el respeto, el terror, y lo que es peor, los «portadores de antorchas», los mismos civilizadores creen á medias ó no creen las mismas doctrinas que están encargados de enseñar; mezclan la indiferencia y hasta el pensamiento libre á la instrucción religiosa, moral ó patriótica, es decir, que el movimiento que impulsa actualmente á los insulares es, con la diferencia



Cl. del *Globus*.

ARMAS POLINESIAS

de algunos años ó décadas, idéntico al que lleva todo nuestro mundo moderno. Se les convierte bien ó mal, pero á esta conversión se mezcla ya la «irreligión del porvenir». Uno de mis recuerdos más precisos es el de una controversia vehemente que hube de sostener á hora muy avanzada de la noche con un misionero que había de partir á la mañana siguiente para evangelizar á los antropófagos de las islas Fidji. El desgraciado partió muy quebrantado en su fe: «¿Pero al menos, preguntó angustiado, podré decirles que hay un Dios?»

El fondo atávico resurgirá indudablemente todavía con frecuencia, pero ¡cuántos Polinesios que nos describieron Cook y Bougainville, Moerenhout y Fornander se han transformado por completo! La moda del taraceo, que los insulares del mar del Sud, sobre todo los Maoris de Nueva Zelanda, las gentes de Taiti, de Samoa, de las Sandwich habían elevado á la altura de un gran arte, ha desaparecido casi por completo, á excepción de las islas más desgraciadas, las Marquesas. Y cosa curiosa, en muchas islas de la Polinesia frecuentadas por los extranjeros, la estadística de los taraceados comprende mayor número de Europeos que de indígenas, sin que aquéllos puedan jactarse, como antes los Maoris, de la noble elegancia de su dibujo. En este concepto la transformación puede considerarse como definitiva: actualmente los Polinesios manifiestan su coquetería en el vestido, como antes la manifestaban en el ornamento pictórico de su cuerpo libremente expuesto á las miradas.

El movimiento que se produce en la dirección de una civilización nueva, y que se indica claramente por el cambio en gran parte espontáneo del traje, se manifiesta más aún por la adquisición de un lenguaje nuevo. Las antiguas lenguas de amable sonido musical desaparecen cada vez más, reemplazadas por una jerga en que las palabras inglesas *toutou*, es decir, *cook*, cocinero, *titeta* por *teakettle*, tetera, y los términos franceses *repupilita* por *republique*, son desfigurados de una manera rara y graciosa, pero que á su vez reemplazan á la lengua verdadera, con sus investigaciones gramaticales y sus giros oratorios. Muchos Oceánicos ponen su orgullo en hablar bien lenguas europeas, en hacer cálculos matemáticos complicados, en recitar con cuidado largas enumeraciones geográficas y, lo que es más importante, ya no han de «matar el tiempo», pe-

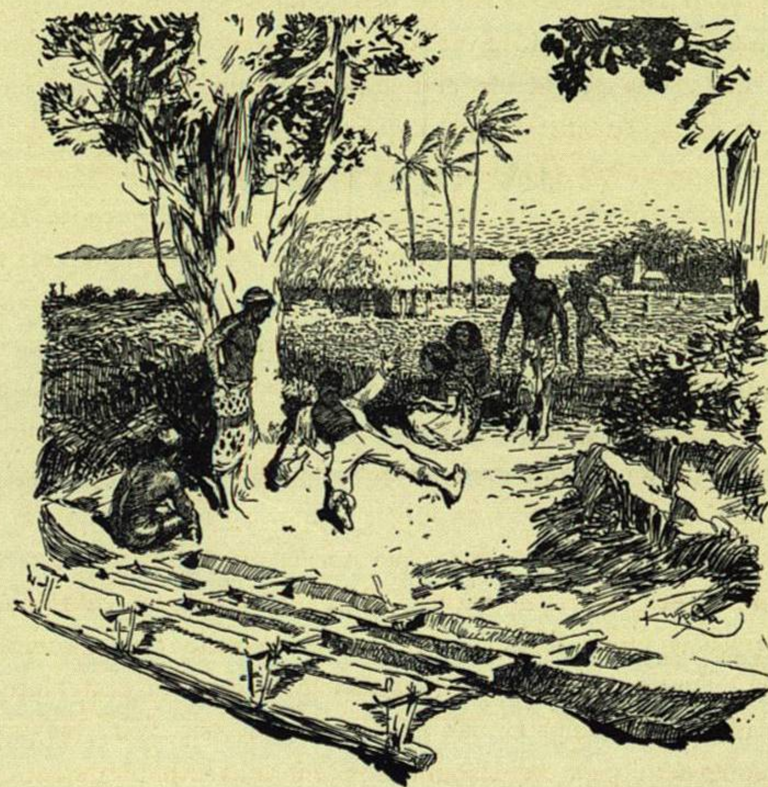
ríodo de transformación que les fué tan funesto durante sus primeros años de contacto con los Europeos; en la actualidad adquieren oficios y profesiones diversas. Los marineros Polinesios son muy justamente apreciados, y el ballenero Bullen [1] les alaba en gran manera y habla con el mayor elogio de sus compañeros kanacas, naturales de Vau-Vau, en el archipiélago de los Amigos (Tonga). Altos, fuertes, diestros, serviciales, siempre francos y alegres, de un valor entusiasta, sobrios y verídicos, eran muy superiores por término medio, física y moralmente, á sus compañeros de origen europeo.

En este nuevo período de adaptación al ambiente europeo, muchos ejemplos recientes muestran felizmente que la pretendida ley de desaparición de raza suele fallar. Las estadísticas formadas por los trabajos del médico Gros, en las islas australes y de la Sociedad [2], establecen que desde la gran epidemia de escarlatina, que, en 1854, ocasionó ochocientas defunciones en Taiti, la población indígena y mestiza no ha cesado de aumentar regularmente cada año. Los datos del estado civil indican también aumentos en Bora-Bora, la gran Tubiai, y, según dicen los indígenas, Rorutua y Rimatava aumentaron también en población. M. Paul Huguenin dice que la población de todas las Islas de Sota-Vento, excepto Haahine, va en aumento considerable desde 1834. Por último, la isla de Rapa, que antiguos trabajos de cultivo y de irrigación prueban haber sido muy poblada antiguamente, pero que sólo contaba setenta habitantes en 1851, había más que doblado, casi triplicado el número de sus residentes cuarenta años después, y sin que un solo inmigrante, excepto un gendarme, representante de la República Francesa, hubiese ido á residir en la isla; en 1891 se contaban 191 ciudadanos en Rapa. No hay duda que con la ayuda del trabajo regular, de una buena higiene, de una vigilancia más cuidadosa con las enfermedades contagiosas y de una acomodación más completa al medio de nueva civilización, la población llegará á restablecerse en su estado normal, aun en las islas donde la tisis reina de una manera endémica; pero la despoblación continuará naturalmente en los archipiélagos cuyos habitantes son arrebatados de viva fuerza so

[1] Frank T. Bullen, *The Cruise of the «Cachalot»*, 2.º volumen.
[2] *Bull. de la Soc. d'Anthropologie de Paris*, 1896, fasc. 2 y 3, sesión de 20 Febrero 1896.

pretexto de «contratos voluntarios», porque la esclavitud es otra forma de la muerte y tal vez la peor.

Nada se pierde, se dice; pero es cierto que, de avatar en avatar, de desintegraciones en integraciones nuevas, las cosas del porvenir suelen parecerse muy poco á las del pasado. Como quiera que sea, los hechos que nos presentan los geógrafos y los antropólogos permiten afirmar que la bella raza polinesia no está en el artículo de la muerte: se transforma, pero persiste en sus nuevas alianzas. En su cándido amor de la vida, está además sostenida por una invencible esperanza. Ningún Oceánico se suicida: no comprende al Francés, al civilizado, que goza de la felicidad de ver, de aprender, de obrar y que, no obstante, se abandona hasta el punto de desertar voluntariamente de la existencia.





EL ESTADO MODERNO

La ley tiene por efecto inmediato adormecer en un triunfo momentáneo á los que la han dictado.

CAPÍTULO VII

Unidad de convergencia de las naciones.
Autoridad absoluta ó mitigada. — Régimen parlamentario.
Repúblicas y monarquías. — Evolución y revolución.
Espíritu de cuerpo; magistrados, ingenieros y oficiales.
Coalición de los cuerpos constituídos.
Funcionarios y funcionarismo. — Libertad de la persona humana.

El mundo está cerca de unificarse: hasta los islotes esparcidos en la inmensidad del Océano, todas las tierras han entrado en el área de atracción de la cultura general, con predominio del tipo europeo. Solamente en algunos raros rincones, en países de grutas donde los hombres huyen de la luz, en lugares muy apartados cerrados por muros de rocas, por bosques ó pantanos, algunas tribus han podido conservarse completamente aisladas, sin que su existencia se asocie al ritmo de la gran vida universal.

Sin embargo, por cuidadosamente que se oculten esas tribus, á las que basta el pequeño círculo hereditario, los investigadores de la ciencia las descubren y las hacen entrar en el conjunto de la humanidad estudiando sus formas, su género de vida, sus tradiciones y clasificándolas en la serie de que eran un grupo ignorado.

La tendencia instintiva de todas las naciones á tomar parte en los asuntos comunes del mundo entero, se ha manifestado ya en diferentes circunstancias de la historia contemporánea. En el año 1897 se vió á las seis grandes potencias europeas, cada una quizá con un pensamiento secreto, pero todas con la pretensión de conservar el equilibrio europeo, satisfacer á la vez á Turquía y á Grecia, fusilando al mismo tiempo á algunos desgraciados Cretenses «hermanos en Cristo», porque así lo exigía «el orden público». Á pesar del desconsolador espectáculo que representaba esa gran manifestación de fuerza contra un pueblo pequeño que reclamaba justicia, no dejó de ser un hecho completamente nuevo y sugestivo la unión de esos soldados y marineros de diversas lenguas y naciones, agrupándose en destacamentos aliados bajo las órdenes de un jefe sorteado entre Ingleses, Austriacos, Italianos, Franceses y Rusos. Fué aquel un acontecimiento de un carácter internacional, único hasta entonces en la historia por la precisión metódica con que se aplicaba. Quedaba demostrado para lo sucesivo que Europa es en su conjunto una especie de república de Estados, unidos por la solidaridad de clase. La casta financiera que reina desde Moscou á Liverpool había hecho obrar á los gobiernos y los ejércitos con una disciplina perfecta.

Después la historia nos ha presentado varios otros ejemplos de ese Consejo de naciones que se constituye espontáneamente en todas las graves circunstancias políticas; estando en juego los intereses de todos, cada uno quiere tener su parte en las deliberaciones y sus ventajas en los acuerdos. En China, por ejemplo, la federación momentánea que se produjo entre naciones es bastante estrecha para reunir á los militares representantes de todos los Estados en una obra común de destrucción y de matanza; en otras partes, en Marruecos especialmente, las acciones comunes se limitan por un tiempo á confabulaciones diplomáticas, pero como quiera que sea,

el hecho resulta patente. Los Estados tienen clara conciencia de la repercusión sobre su propio destino de todos los hechos que se producen en cualquier parte del mundo, y se esfuerzan cuanto pueden para hacer frente al cambio de equilibrio. Sin embargo, conviene señalar el contacto que se produce en la solidaridad de los Estados conservadores, comparada con la de los pueblos en período de revolución. El impulso se termina, pero en sentido inverso. Mientras que el año 1848 saludó al mundo en una vibración de libertad, se vió á Inglaterra, cincuenta años después, entregarse á los representantes de la aristocracia y lanzarse á una larga guerra contra una banda de filibusteros, á Francia defenderse de una recrudescencia de espíritu clerical y militar, á España restablecer las prácticas de la Inquisición, á América, poblada de inmigrantes, tratar de cerrar sus puertas al extranjero y hasta Turquía tomar su revancha sobre Grecia.

Puesto que el movimiento de convergencia hacia la comprensión de las cosas se produjo en el mundo entero, permítase tomar el estado de espíritu y la práctica de los civilizados de Europa en la gestión de sus sociedades y la realización de su ideal, como el punto de partida de las transformaciones que se operarán en el porvenir. Evidentemente, cada grupo de hombres encaminados hacia al mismo objeto no seguirá servilmente la misma gran ruta, sino que tomará, según el punto que á la sazón ocupe, el sendero de travesía determinado por la resultante de todas las voluntades individuales que le constituyen. Conviene, pues, establecer una especie de término medio al que se refiera, según el medio en el tiempo y en el espacio, la situación particular de cada nación y de cada elemento social. Pero en semejante estudio es preciso que el investigador se aleje cuidadosamente de toda tendencia patriótica, resto de la antigua ilusión según la cual la nación á que se pertenecía se halla especialmente destinada por una Providencia celeste á la realización de grandes cosas. Á esa ilusión, natural en todos los pueblos, que se consideran los primeros de todos en méritos y en genio, corresponde otra ilusión, que Luis Gumplowitz designa por el término de «acrochronismo», por la cual se imagina que la civilización contemporánea, por imperfecta que sea, es el estado culmi-

nante de la humanidad, y que todas las edades anteriores pertenecen en comparación á las edades de la barbarie. Es un egoísmo «cronocéntrico» análogo al egoísmo «etnocéntrico» del patriotismo.

En la sociedad actual, el «derecho del hombre», proclamado por individuos aislados hace miles de años y hace más de un siglo por una asamblea que atrajo hacia así la atención de los pueblos y de los tiempos, sólo es reconocido en principio, como una simple palabra cuyo sentido no se trata de penetrar. El hecho brutal de la autoridad persiste contra el derecho á la vez en la familia, en la sociedad y en el Estado, y persiste admitiendo su contrario, mezclándose con él en mil combinaciones ilógicas y extrañas. Poco numerosos son ya los fanáticos de la autoridad absoluta que dan al príncipe derecho de vida y muerte sobre sus súbditos, al marido y al padre el mismo derecho sobre su mujer y sus hijos. La opinión flota indecisa, dirigida en estas materias menos por el razonamiento que por las circunstancias del drama, las simpatías personales, la forma de las narraciones. En general, puede decirse que el hombre mide el rigor de sus principios de libertad por la parte de interés personal que tiene en el hecho realizado. Es estricto, completo, cuando se trata de acontecimientos que ocurren en la parte opuesta del globo; transige un poco y mezcla sus manías autoritarias á concepciones de derecho humano cuando los hechos se refieren á su país, á su casta; por último, cuando le toca directamente, corre peligro de dejarse cegar por la pasión y suele hablar como amo.

¿No se ha convenido, por decirlo así, en ciertos países, en Francia por ejemplo, que el marido tiene el derecho de matar á su mujer infiel? En la familia principalmente, en sus relaciones diarias con los suyos es donde mejor puede juzgarse al hombre: si respeta en absoluto la libertad de su mujer, si los derechos y la dignidad de sus hijos y de sus hijas le son tan preciosos como los suyos, la prueba está hecha; es digno de entrar en una asamblea de ciudadanos libres; si no, todavía es esclavo, puesto que es tirano.

Se ha repetido con frecuencia que el grupo de la familia es la célula primordial de la humanidad. Es esa una verdad muy relativa, porque dos hombres que se encuentran y traban amistad, una banda que se forma para la caza ó para la pesca, comprendiendo en



Cl. de *Chine et Belgique.*

GRUPO DE OFICIALES DE LOS DESTACAMENTOS MILITARES ESTACIONADOS EN PEKÍN

Alemán Inglés Francés Austr. Francés Alemán Amer. Inglés Inglés Alemán Austriaco
Austriaco Francés Alemán Inglés Austriaco Ruso Americano Francés Alemán Francés
Japonés Belga Alemán Italiano Inglés Italiano Alemán Holandés Japonés Francés
Chino Francés Americano Austriaco Chino

ella hasta las animales, un concierto de voces ó de instrumentos que se asocian al unísono y unos pensamientos que se realizan en acciones comunes constituyen igualmente grupos iniciales en la gran sociedad mundial. Al menos es cierto que las asociaciones familiares, cualquiera que sean sus modos, poliginia ó poliandria, monogamia ó uniones libres, ejercen una acción directa sobre la forma del Estado por la repercusión de su ética: en grande se ven las cosas de la misma manera que en pequeño. La autoridad que prevalece en el gobierno corresponde á la que se sufre en las familias, pero por lo común, preciso es reconocerlo, en menores proporciones, porque el gobierno no tiene en los individuos esparcidos la misma fuerza de presión que un cónyuge sobre el cónyuge que vive bajo el mismo techo.

Conforme á esa práctica de las familias, que naturalmente se ha transformado en «principio» entre todos los interesados, se ha constituído el gobierno en todas las partes del género humano que viven separadas unas de otras, en cuerpos políticos distintos. Las causas de esa partición varían y se entremezclan: en unas partes la diferencia de lengua ha limitado dos grupos; en otras las condiciones económicas procedentes de un terreno particular, de producciones especiales, de vías históricas diversamente dirigidas han trazado la frontera; después, sobre todas las causas primeras, naturales y de evolución sucesiva, han venido á agregarse conflictos que una sociedad autoritaria debe justificar en todas partes y siempre. De ese modo, por el juego incesante de los intereses, de las ambiciones, de las fuerzas atractivas y repulsivas, se han delimitado los Estados, aspirando, á pesar de sus vicisitudes incesantes, á una especie de personalidad colectiva y hasta exigiendo de parte de sus jurisdiccionales un sentimiento particular de amor, de adhesión, de sacrificio que se llama el «patriotismo». Pasa un conquistador, marca nuevamente las fronteras y, como resultado, los súbditos, por la autoridad, han de modificar sus sentimientos, han de orientarse hacia un nuevo sol.

Así como la propiedad es el derecho de usar y abusar, así también la autoridad es el derecho de mandar con razón ó sin ella. Así lo entienden los que mandan, así lo comprenden los gobernados, sea que obedezcan servilmente, sea que sientan despertarse en sí el espíritu de rebeldía. Pero los filósofos han visto cosa muy dife-

rente en la autoridad. Deseosos de dar á esa palabra una significación que la aproxime al sentido primitivo, análogo al de creación, nos dicen que la autoridad reside en quien enseña á alguien alguna cosa útil, ya se trate del primero entre los sabios ó de la última de las madres de familias [1], y algunos llegan á considerar al revolucionario que se levanta contra el poder como el verdadero representante de la autoridad.

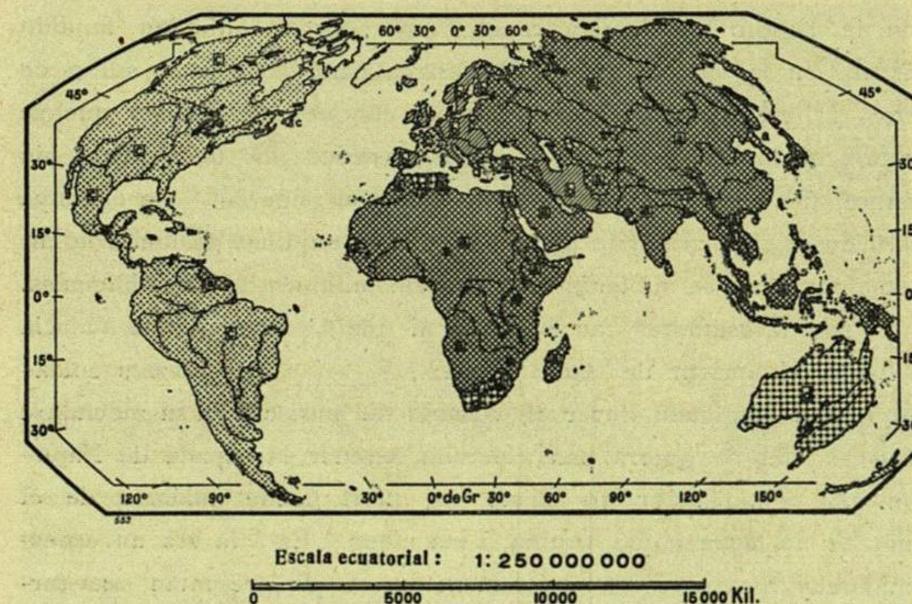
Cada uno tiene el derecho de hablar el lenguaje que le conviene y de dar á las palabras el sentido que personalmente ha escogido; pero la verdad es que en la conversación popular, la palabra «autoridad» tiene el sentido que le dió Poseidon mandando á las tempestades: «¡Así quiero, así mando! ¡No hay razón; mi voluntad basta!» Después no hablaron de otro modo, los amos. ¿No se ha convenido en que «el cañón es la razón suprema de los reyes»? ¿Y no se distingue «la razón de Estado» por no ser la razón? La autoridad se coloca fuera de las condiciones de la humanidad vulgar, y manda á su antojo al justo y al injusto, al bien y al mal.

En buena lógica autoritaria todo pertenece al monarca absoluto, la tierra como la vida de sus súbditos. Su Majestad Siamesa se dignaba «autorizar á todos sus súbditos á servirse de los árboles y de las plantas, del agua, de las piedras y de todas las demás substancias que se hallan en su reino» [2]. Y había cierta audacia en el súbdito que «ponía bajo la planta de los pies sagrados todo lo que se hallaba en su posesión». Porque excusado es decir que todo pertenece al amo de los amos, y el déspota hubiera podido mandar cortar la cabeza á los audaces que se atrevieran á usar en su presencia tal lenguaje, prueba de que, á pesar de las fórmulas de abyección, la propiedad privada comenzaba á existir en el país y que el amo no era ya único. Pero el mundo político está lleno de esos contrastes entre el principio de la autoridad absoluta y las exigencias de la libertad individual. Sin ir tan lejos, en la despótica Asia, y aun permaneciendo en la «libre Inglaterra», ¿no se ve en mil textos del pasado, cuyo sentido es poco comprendido en el presente, que la autoridad del príncipe era de hecho casi ilimitada?

[1] Saint-Yves d'Alvaydra, *La mission des Juifs*, p. 41.
[2] Pallegoix, *Description du royaume de Siam*, I, ps. 263, 264.

Casi no tiene límites el envilecimiento á que se presta el súbdito en sus relaciones con el monarca. Apenas ha transcurrido un siglo desde que el emperador Pablo hacía descubrir á todos los transeuntes para ver cómo iban peinados, y no admitía nadie á su presencia sin que la rodilla del adorador tocara al suelo y sin que

N.º 554. Autocracia, Monarquía, República.



a. Países gobernados autocráticamente, aun cuando los agentes del despotismo pertenezcan á un grupo de libres ciudadanos: Abisinia, Congo, Rusia, etc.
b. Monarquías constitucionales: Alemania, Japón, Persia, etc.
c. Repúblicas: Argentina, Francia (Liberia olvidada), etc.; el Canadá y Nueva-Zelanda están también clasificados en esta categoría de Estados.
d. Países donde una raza se ha constituído en monarquía ó en república y conserva dominada otra población: Argelia, Australia, Transvaal, etc.

su beso sobre la mano imperial resonara ruidosamente en la sala. La palabra «calvo» fué prohibida, so pena del knout, porque el emperador era calvo, lo mismo que el término «chato», porque la nariz augusta era aplastada como la de un kalmouk. Prohibido decir que los astros celestes efectúan su «revolución», y, en todas las representaciones, prohibido emplear la palabra «libertad», que debe sustituirse por «permiso» [1]. Y, sin embargo, ese loco, que

[1] Masson, *Secret memoirs of the Court of Saint-Petersbourg*, London, H. S. Nichols.

rente en la autoridad. Deseosos de dar á esa palabra una significación que la aproxime al sentido primitivo, análogo al de creación, nos dicen que la autoridad reside en quien enseña á alguien alguna cosa útil, ya se trate del primero entre los sabios ó de la última de las madres de familias [1], y algunos llegan á considerar al revolucionario que se levanta contra el poder como el verdadero representante de la autoridad.

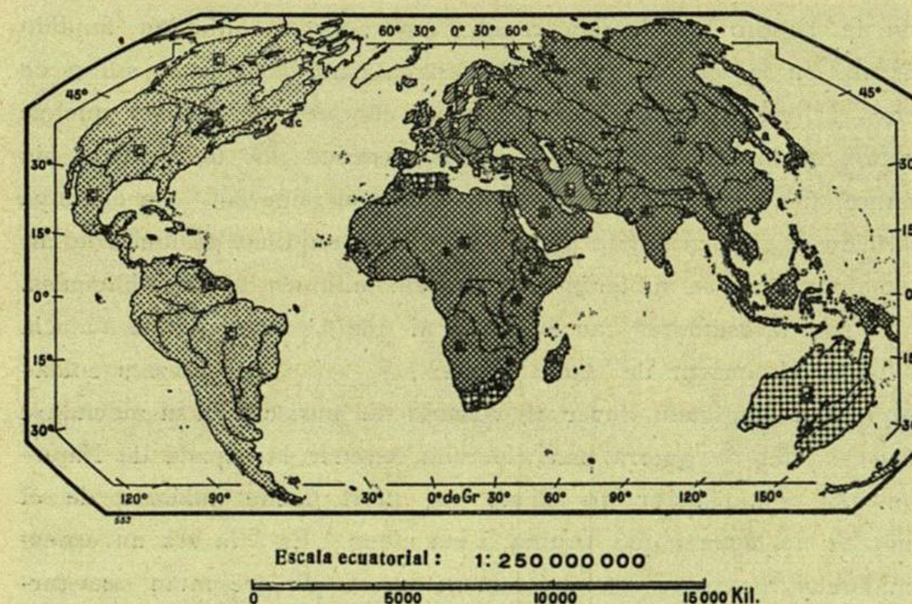
Cada uno tiene el derecho de hablar el lenguaje que le conviene y de dar á las palabras el sentido que personalmente ha escogido; pero la verdad es que en la conversación popular, la palabra «autoridad» tiene el sentido que le dió Poseidon mandando á las tempestades: «¡Así quiero, así mando! ¡No hay razón; mi voluntad basta!» Después no hablaron de otro modo, los amos. ¿No se ha convenido en que «el cañón es la razón suprema de los reyes»? ¿Y no se distingue «la razón de Estado» por no ser la razón? La autoridad se coloca fuera de las condiciones de la humanidad vulgar, y manda á su antojo al justo y al injusto, al bien y al mal.

En buena lógica autoritaria todo pertenece al monarca absoluto, la tierra como la vida de sus súbditos. Su Majestad Siamesa se dignaba «autorizar á todos sus súbditos á servirse de los árboles y de las plantas, del agua, de las piedras y de todas las demás substancias que se hallan en su reino» [2]. Y había cierta audacia en el súbdito que «ponía bajo la planta de los pies sagrados todo lo que se hallaba en su posesión». Porque excusado es decir que todo pertenece al amo de los amos, y el déspota hubiera podido mandar cortar la cabeza á los audaces que se atrevieran á usar en su presencia tal lenguaje, prueba de que, á pesar de las fórmulas de abyección, la propiedad privada comenzaba á existir en el país y que el amo no era ya único. Pero el mundo político está lleno de esos contrastes entre el principio de la autoridad absoluta y las exigencias de la libertad individual. Sin ir tan lejos, en la despótica Asia, y aun permaneciendo en la «libre Inglaterra», ¿no se ve en mil textos del pasado, cuyo sentido es poco comprendido en el presente, que la autoridad del príncipe era de hecho casi ilimitada?

[1] Saint-Yves d'Alvaydra, *La mission des Juifs*, p. 41.
[2] Pallegoix, *Description du royaume de Siam*, I, ps. 263, 264.

Casi no tiene límites el envilecimiento á que se presta el súbdito en sus relaciones con el monarca. Apenas ha transcurrido un siglo desde que el emperador Pablo hacía descubrir á todos los transeuntes para ver cómo iban peinados, y no admitía nadie á su presencia sin que la rodilla del adorador tocara al suelo y sin que

N.° 554. Autocracia, Monarquía, República.



a. Países gobernados autocráticamente, aun cuando los agentes del despotismo pertenezcan á un grupo de libres ciudadanos: Abisinia, Congo, Rusia, etc.
b. Monarquías constitucionales: Alemania, Japón, Persia. etc.
c. Repúblicas: Argentina, Francia (Liberia olvidada), etc.; el Canadá y Nueva-Zelanda están también clasificados en esta categoría de Estados.
d. Países donde una raza se ha constituído en monarquía ó en república y conserva dominada otra población: Argelia, Australia, Transvaal, etc.

su beso sobre la mano imperial resonara ruidosamente en la sala. La palabra «calvo» fué prohibida, so pena del knout, porque el emperador era calvo, lo mismo que el término «chato», porque la nariz augusta era aplastada como la de un kalmouk. Prohibido decir que los astros celestes efectúan su «revolución», y, en todas las representaciones, prohibido emplear la palabra «libertad», que debe sustituirse por «permiso» [1]. Y, sin embargo, ese loco, que

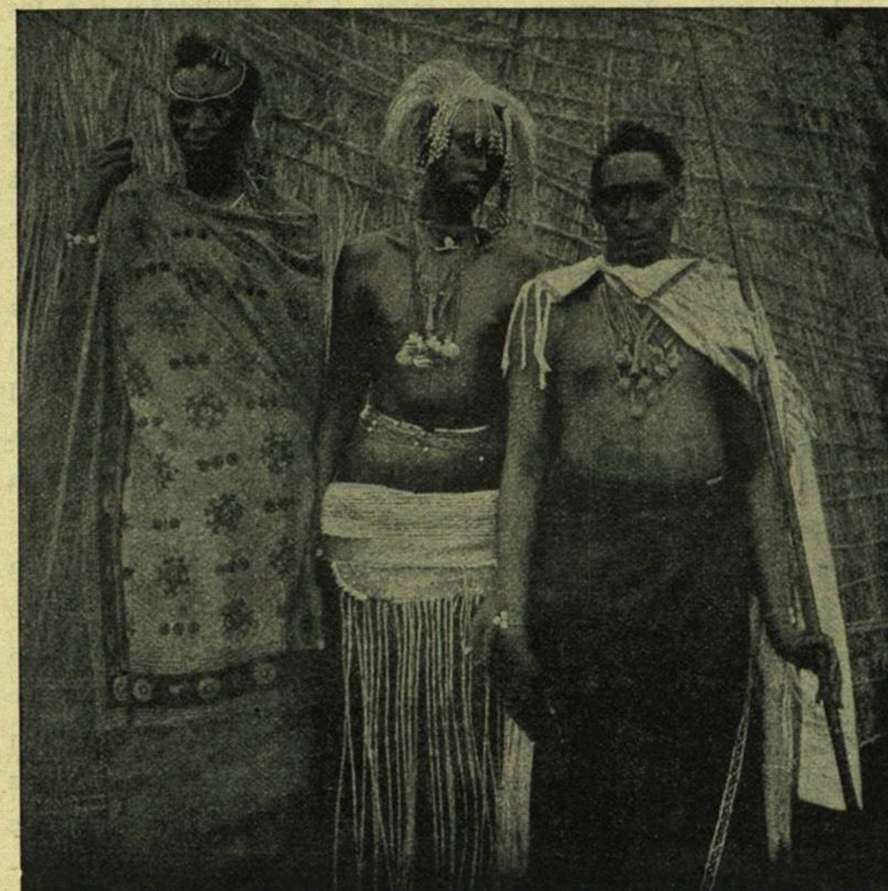
[1] Masson, *Secret memoirs of the Court of Saint-Petersbourg*, London, H. S. Nichols.

tenía método en su locura, reinó cinco años y su pueblo le hubiera dejado indefinidamente en su trono: sucumbió bajo el esfuerzo de una conjuración de corte, que no ignoraba su hijo, el futuro Alejandro I.

Y si el poder personal tiene su aspecto abyecto, vésele también manifestarse por su carácter feroz. Las guerras á que Napoleón ha dejado su nombre eran verdaderamente suyas, y si lo que se llama su «genio» no hubiera intervenido, la loca empresa de la expedición de Egipto no hubiera tenido lugar, no se hubieran fundido ejércitos en la terrible guerra de España para dar allí un sillón de virrey á José Bonaparte; el espantoso choque de hombres que se produjo en la Rusia central, y que se terminó por un desastre sin nombre, fué también resultado de la voluntad imperial. Sin él, cuya aparición se explica por la ignorancia y las mezquinas pasiones de sus contemporáneos, se hubieran economizado millones de vidas humanas.

Otros devastadores han sucedido al que se ha tenido la audacia de llamar el «mártir de Santa Elena», y, así como muchos soldados se han imaginado llevar el «bastón de mariscal en su mochila», miles de jefes de guerra han esperado heredar la espada de Napoleón. El conquistador no existe ya, pero puede hablarse de él como de un muerto que domina á los vivos. Es á la vez un espectáculo muy instructivo y muy lamentable el que presentan esas turbas numerosas de la sociedad que buscan un amo. El rebaño pide un perro que ladre á su lado y le clave los colmillos en su carne. Las multitudes invocan á los Napoleones, pero no respondiendo éstos al llamamiento, es preciso contentarse con el culto de las botas y del latiguillo del difunto. Es forzoso prescindir de resucitar la antigua servidumbre en toda su ignominia, pero se la glorifica en leyenda, se hace de ella un período santo, y los poetas intentan cantar en tono heroico la bajeza de los abuelos. Y, puesto que el amo no existe ya en su prestigiosa grandeza, pueden consolarse á medias prosternándose ante los amos secundarios que más se le parecen, delante de los que ponen al servicio de su ambición las cualidades esenciales del dominador: carencia total de escrúpulos, desprecio absoluto de los hombres, deseo insaciable de goces, inteligencia refinada al servicio del mal, la cruel ironía que da sabor al crimen.

De ese modo, á pesar de cuanto dicen los teóricos que ven en el Estado una especie de entidad independiente de los hombres, la historia nos muestra de la manera más evidente que el gobierno se presta todavía en gran parte bajo su forma más primitiva de la violencia, la del monopolio, del capricho, y que el representante por



Cl. del *Globus*.

MSSINGA, REY DE LA UGANDA Y DOS TÍOS SUYOS, SUS MINISTROS

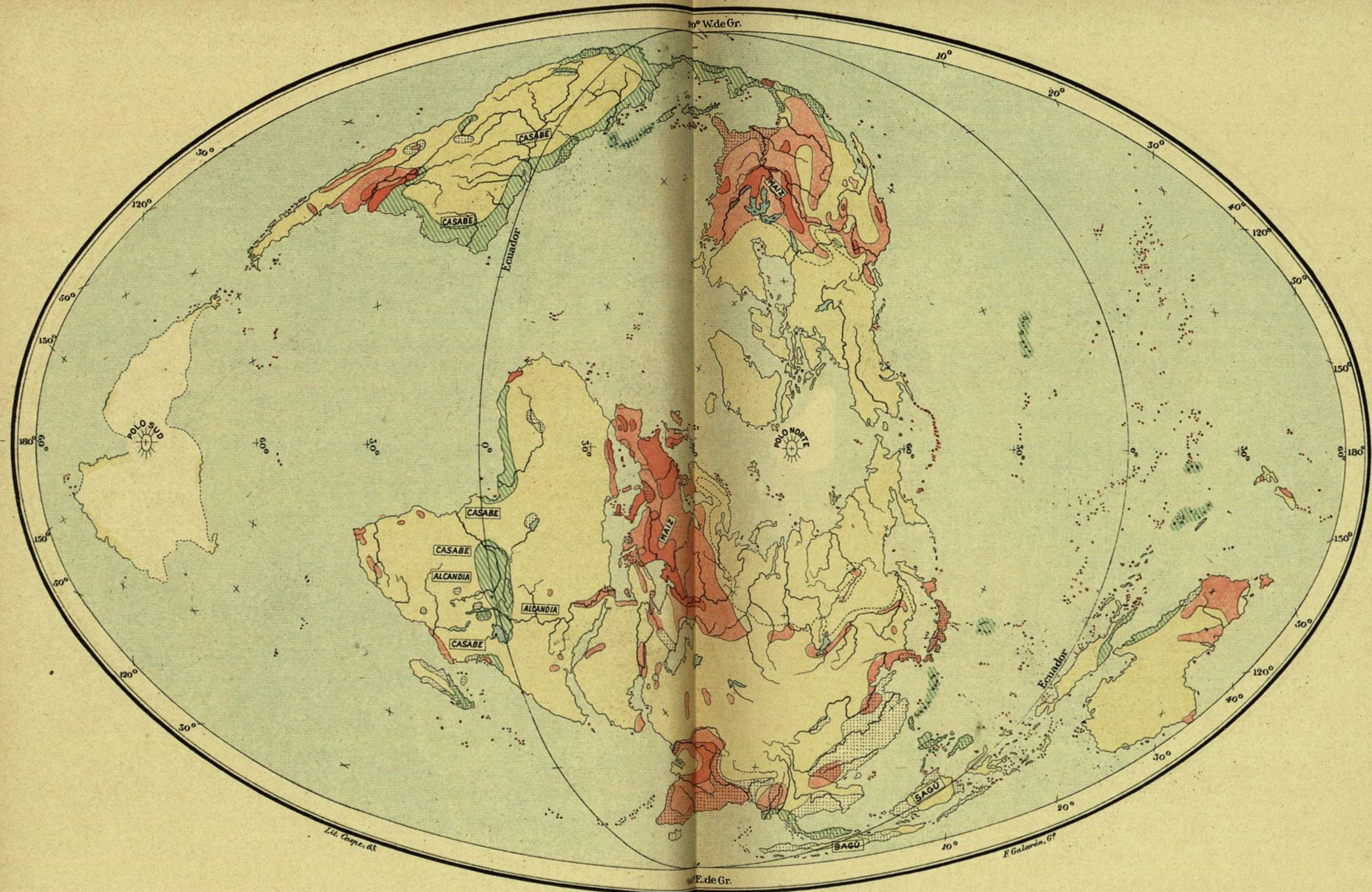
excelencia del Estado, es decir, el soberano, le da forzosamente la dirección que proviene de la resultante de sus pasiones y de sus intereses. No solamente el rey no es más que un hombre, sino que hay muchas probabilidades de que sea un hombre inferior al término medio general, porque está rodeado de aduladores é intrigantes que le ocultan la verdad y á quien el vértigo de su posi-

ción privilegiada le expone á la locura. Lecky[1] hace constar que más de la mitad de las guerras que devastaron Europa tuvieron su origen en las desavenencias de reyes muy emparentados. Se comprende fácilmente que haya sido así. Los pueblos no tenían ningún interés en esas discusiones de familia que pesaban sobre ellos, pero se veían arrastrados por ellas como el agua en un torbellino de esclusa: entregados como cosa inerte á las rivalidades y á los odios de sus amos, eran dedicados á satisfacer á los unos y á saciar á los otros. Caprichos personales, intereses de familia, he ahí lo que se oculta bajo la «Gracia de Dios», herencia de los tiempos antiguos legada por los Merodach (Marduk), los Faraones y los Césares. Hasta los reyes actuales, ligados por constituciones é instituciones precisas, y que, á pesar de sus veleidades de poder absoluto, se sienten un tanto en la situación de insectos picados por una aguja, la historia contemporánea puede designar al menos uno, en el centro de Europa, sobre uno de los tronos más elevados del mundo, que no pierde ninguna ocasión de proclamarse el elegido directo de Dios: Altísimo él mismo, sin otra responsabilidad que la que tiene ante el Altísimo.

Pero, á consecuencia de la evolución histórica, sucede que la mayor parte de los defensores del antiguo régimen han abandonado el ataque y permanecen á la defensiva, reduciéndose á invocar las circunstancias atenuantes. Así como, en una época memorable, se conservó la República en Francia porque era el estado de transición que dividía menos, así también se conserva la monarquía en varios Estados porque permite á los diversos partidos esperar pacientemente un acuerdo sobre los cambios que hayan de realizarse. Todas las virtudes domésticas y privadas que afortunadamente posea el soberano se le cuentan como méritos particularmente excepcionales, y hasta todos los favores de la suerte, como buenas cosechas y buen tiempo, se consideran como debidas, si no á su poder directo, al menos á una especie de intervención. El símbolo de esta soberanía del amo terrestre sobre los elementos del cielo se ve todavía en China, cuando ocurre un eclipse de sol ó de luna; el mandarín chino, pro-

[1] *History of England in the Eighteenth Century*, vol. I, p. 104.

CULTIVO DE ALGUNAS PLANTAS FARINÁCEAS



TRIGO — Gran producción — Escasa producción

ARROZ

BANANAS

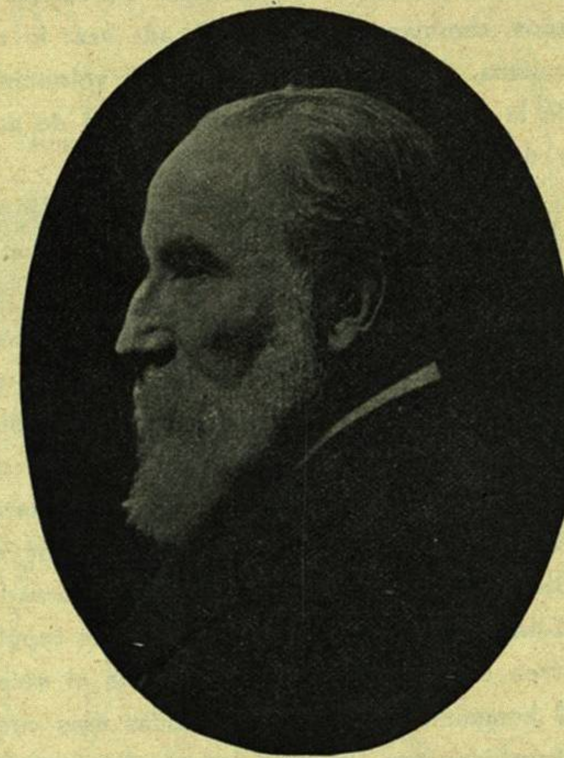
CASABE — MAIZ — ALCANDIA — SAGÚ

Límite septentrional de los cereales

Escala media 1:125 000 000

0 1000 10000 Kil.

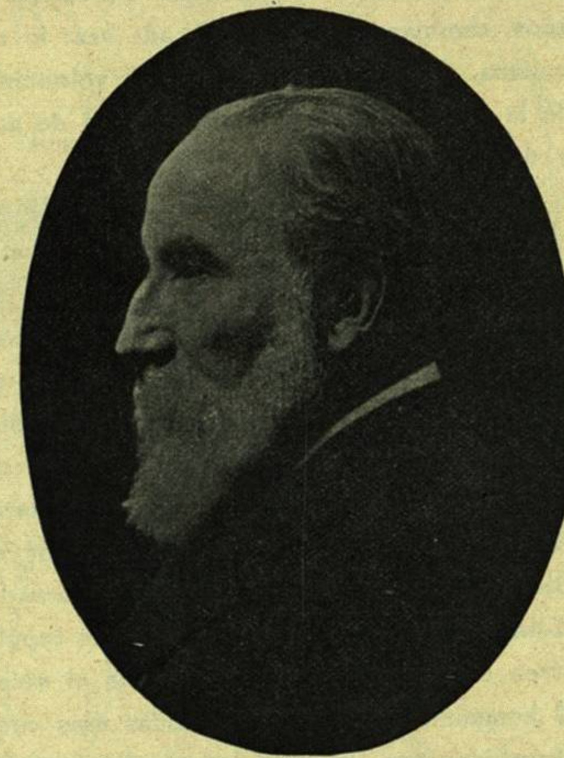
visto de sus armas y vestido con su gran uniforme, significa desde abajo sus órdenes en nombre del emperador y, para causar placer á su pueblo, libra al astro amenazado. Recientemente, cuando murió la reina Victoria de Inglaterra, después de un larguísimo reinado de tres cuartos de siglo, muchos súbditos entusiastas parecieron casi imaginar que la soberana había tenido alguna participación en los inmensos progresos realizados en el mundo durante toda la era victoriana, *the Victorian age*. Así se formaron antiguamente la leyenda de los Rama, de los Ciro y de los Carlomagno; así fué como «una mirada de Luis producía Corneilles».



FRANCISCO PI Y MARGALL
1824 - 1901
Presidente de la República Española en 1873.

El estado de transición entre la sumisión servil de todos á uno solo, forma normal de la monarquía, y la agrupación libre y espontánea de los hombres que funcionan en armonía, forma ideal de la humanidad, está marcado por constituciones, cartas y estatutos que forzosamente deben cambiar con el tiempo, no sólo porque la nación á que se aplican evoluciona más ó menos rápidamente, sino también porque esas convenciones, promulgadas con tanta solemnidad, no son obras originales, procedentes de la voluntad precisa del pueblo: en su mayor parte son copias, más ó menos hábiles, de otros documentos del mismo género, y, como las leyes, representan siempre los intereses exclusivos de la clase directora. Nadie hizo mejor la crítica de las constituciones escritas que el repre-

visto de sus armas y vestido con su gran uniforme, significa desde abajo sus órdenes en nombre del emperador y, para causar placer á su pueblo, libra al astro amenazado. Recientemente, cuando murió la reina Victoria de Inglaterra, después de un larguísimo reinado de tres cuartos de siglo, muchos súbditos entusiastas parecieron casi imaginar que la soberana había tenido alguna participación en los inmensos progresos realizados en el mundo durante toda la era victoriana, *the Victorian age*. Así se formaron antiguamente la leyenda de los Rama, de los Ciro y de los Carlomagno; así fué como «una mirada de Luis producía Corneilles».



FRANCISCO PI Y MARGALL
1824 - 1901
Presidente de la República Española en 1873.

El estado de transición entre la sumisión servil de todos á uno solo, forma normal de la monarquía, y la agrupación libre y espontánea de los hombres que funcionan en armonía, forma ideal de la humanidad, está marcado por constituciones, cartas y estatutos que forzosamente deben cambiar con el tiempo, no sólo porque la nación á que se aplican evoluciona más ó menos rápidamente, sino también porque esas convenciones, promulgadas con tanta solemnidad, no son obras originales, procedentes de la voluntad precisa del pueblo: en su mayor parte son copias, más ó menos hábiles, de otros documentos del mismo género, y, como las leyes, representan siempre los intereses exclusivos de la clase directora. Nadie hizo mejor la crítica de las constituciones escritas que el repre-

sentante de los Tcherokis, hablando en una asamblea general de las tribus del territorio indio, reunida en 1872 para la discusión de una carta general: «Nosotros debemos, dijo, ocuparnos de grabar las instituciones en el corazón de nuestros conciudadanos, solamente así serán duraderas. Escribirlas sobre el papel es tanto como grabarlas sobre la corteza de los árboles. La encina del bosque crece todos los años, cambiando de corteza cada vez: lo mismo sucede en la nación indiana. Dos cosas no pasan: la voluntad del hombre y el corazón de la encina. A la voluntad hemos de atenernos si queremos vivir y durar»[1].

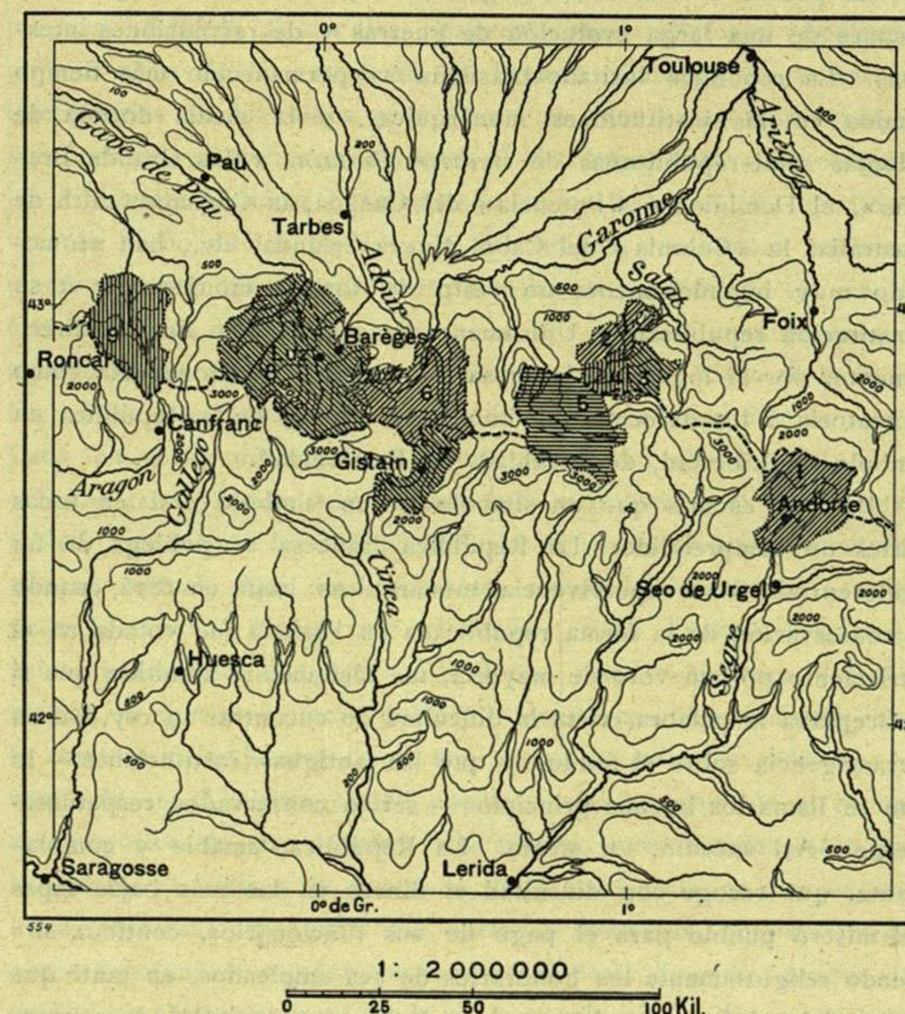
El nombre de República aplicado á ciertos Estados, por oposición al de Monarquía, se ha dado en el curso de los tiempos á organizaciones bien diversas, pero que, unas y otras, procuraban hacer que viviera un grupo más ó menos restringido de hombres considerándose como libres en medio de una población de esclavos ó de vecinos bárbaros. ¡Problema insoluble! porque no puede haber sociedad verdaderamente libre en tanto que un solo hombre permanezca esclavizado sobre el planeta terráqueo. El ciudadano de Atenas, el plebeyo de Roma, el pastor de los Pirineos, hasta los miembros de la tribu de los Ova-Mbarandu, al sud de Cunene, que el misionero Duparquet describe como republicanos intransigentes que viven en libertad completa, sin jefe ni sacerdote que pueda exigirles el homenaje ó el impuesto, todas esas comunidades han sucumbido, absorbidas por los imperios serviles que les rodeaban. Pero puede decirse que esas organizaciones formulaban soluciones más originales que las repúblicas del siglo XX, sometidas al gobierno de la alta banca internacional y por ella niveladas al rango de las monarquías vecinas.

Las diferencias de título carecen, pues, de carácter esencial, pero conviene hacerlo constar y determinar su origen histórico. Entre los ciento ochenta ó doscientos millones de hombres que viven actualmente en régimen republicano, si no sin amos, al menos sin reyes oficiales, es evidente que los Suizos, los Americanos y los Franceses han sido impulsados á tomar el mismo nombre por circunstancias históricas muy diferentes. Suiza, que fué primera-

[1] *Le Temps*, 30 Agosto 1872; — A. Letourneau, *Evolution de la Morale*, p. 122.

mente un caos de señorías, de feudos y de comunidades campestres, sólo necesitó buscar y conservar su equilibrio de fuerzas para

N.º 555. Antiguas Repúblicas de los Pirineos.



1. República de Andorra. — 2. Valle del Bouigane ó Ballongue. — 3. Valle de Bethmale ó Balamet. — 4. Valle de Biros. — 5. Valle de Arán. — 6. Valle de Aure. — 7. Valle de Gistain.

8. Los siete «ríos» del Lavedan; contorneando esos valles desde el Norte hacia al Oeste para volver por el Este, se encuentran sucesivamente los siguientes valles: Surqueres ó Batsouriguere; Estrem de Salles; Azun; Saint-Savin ó Cauterets; Bareges, Luz ó Balsan; Davantaique; Castelloubon.

9. Valle de Aspe. — Roncal, en país vasco español, es el centro de una especie de pequeña república.

llegar á ser una confederación republicana; los Estados Unidos fueron obligados por la obstinación de Inglaterra á privarse del

régimen monárquico al que en un principio querían permanecer religiosamente fieles; asimismo, las repúblicas hispano-americanas, que se anunciaron en la historia por el grito de «¡Viva Fernando VII!» no han podido evidentemente llegar á renegar de la monarquía sino después de una larga evolución de guerras y de revoluciones intestinas. La república lusitano-brasileña ha permanecido más tiempo sumida en las instituciones monárquicas, y la media docena de colonias semi-republicanas de *Greater Britain*, «Más Grande Bretaña», el Dominion ó «Potencia» del Canadá, la Commonwealth de Australia, la «Colonia» del Cabo, Nueva Zelanda, etc., han acomodado muy ingeniosamente un resto de formas monárquicas á su constitución republicana. Únicamente Francia ha sido llevada directamente, por la lógica de las cosas, á suprimir la monarquía como atentatoria á los derechos del hombre y á hacer de la República un símbolo de Libertad, de Igualdad, de Fraternidad.

Pero no es más que un símbolo y un símbolo casi en todas partes no comprendido. La República francesa se doblega de un modo extraño á las supervivencias monárquicas: hasta en 1875, cuando la conservación de la forma republicana en Francia fué votada en el Parlamento por un voto de mayoría, fué tácitamente admitido que si se aceptaba la palabra, vista la dificultad de encontrar un rey, habría intransigencia sobre el fondo, y que las antiguas instituciones — lo que se llama los buenos principios — serían conservados respetuosamente. Así sucedió, en efecto. La República, amable y complaciente, que recoge con dificultad el dinero en las más bajas capas del mísero pueblo para el pago de sus funcionarios, continúa sirviendo religiosamente los honorarios de sus empleados, en tanto que éstos, fieles á los precedentes, á la rutina y al espíritu de cuerpo, proseguían su censuras contra el nuevo régimen, gracias al cual hacían buen papel en el mundo. Oficiales, magistrados, sacerdotes, hasta profesores, se honraban haciendo traición al gobierno que tenían el deber de respetar y servir, y de ello se vanagloriaban hasta en discursos y circulares. Durante aquel proceso de traición militar — llamado «proceso Dreyfus» —, que tomó un carácter épico en el inmenso hervidero de las pasiones humanas, ocurrió un incidente de los más curiosos y significativos, el de la consulta á los alumnos de

Saint-Cyr, la Gran Escuela militar de Francia: «¿Deseáis el cambio de la forma gubernamental?» — «Sí», fué la respuesta unánime, aumentada por algunos de los alumnos con expresiones violentas ó groseras. Y después, cuando, bajo la presión de una parte del pueblo, escandalizada al ver las congregaciones religiosas apoderarse poco á poco de la enseñanza en Francia y tratar de malear las inteligencias de los niños para hacer de ellos otros tantos pequeños jesuítas, el gobierno resolvió al fin defenderse, vióse á todos los tribunales justificar unánimemente todas las rebeldías, insultos y vías de hecho de los frailes y de sus amigos, y condenar uniformemente á penas tan ligeras que probaban el acuerdo de los magistrados con los procesados. Jamás se vió ejemplo más patente de aquella «casa dividida contra sí misma», de que habla el Evangelio. Pues semejante «casa no puede subsistir», nos dice la razón. Cada día vemos desprenderse alguna piedra del edificio.

Las revoluciones, bajo formas muy múltiples, son, pues, inevitables, puesto que las evoluciones son contrariadas en su funcionamiento normal. Que las catástrofes terminales se dividan en mil pequeños hechos, bancarrotas y suicidios, riñas, huelgas ó hambres, ruinas industriales ó trastornos políticos, empobrecimiento ó despoblación, ó que un huracán político y social pase bruscamente sobre la comarca dejando tras de sí una rastra de ruinas y cadáveres, el resultado es el mismo en su conjunto. El lenguaje de la historia es categórico en este asunto: ó la muerte, como antiguamente para la Caldea, el Elam y la Bactriana, ó la transformación penosa, violenta, dolorosa para todas las naciones modernas, que no pueden perecer porque se ayudan mutuamente á pesar de todo, aunque devorándose recíprocamente en la concurrencia vital. No puede haber otra salida en tanto que el Estado, representado por el poder personal de uno ó de varios individuos y hasta de una clase entera conserve el derecho eminente de considerarse como educador de la nación, porque esa educación la hará siempre en su propia ventaja aunque con la perfecta ilusión de «dedicarse al bien del país». Prodúcese una división del trabajo que parece naturalísima á los que desean la conservación de las antiguas prerrogativas: de un lado el deber de gobernar, del otro el de obedecer. Pero los que se

encargan de «conducir el carro del Estado» habrían de saber, preverlo y organizarlo todo, y lo cierto es que los súbditos, aunque educados así, notan los errores de sus amos, recusan esa división del trabajo y se dedican á destruirla.

¿No fueron las jornadas de Julio consecuencia obligada de las «ordenanzas» y de todo el régimen de opresión que había ocasionado el conflicto? ¿No fué la guerra franco-alemana, tras múltiples choques y vicisitudes, consecuencia natural de los dos imperios napoleónicos que derribaron las dos repúblicas francesas? Rusia no hubiera tenido que sostener el choque de los ejércitos japoneses en los primeros años del siglo XX si, violando todas las promesas, no se hubiera apoderado de una provincia china, riéndose de los cándidos que creían en su palabra. Sin razón, pues, se atribuyen las revoluciones al efecto de un instinto de destrucción que agita á las masas populares y las inclina á destruir. Sin duda ese instinto existe, todos los educadores han notado cuán imperioso es en los niños, enamorados natos de renovación. No ha de olvidarse que «vivir, es obrar», y que «la destrucción es la forma más fácil de la acción» (Anatole France); pero no hay más que el instinto, ha de tenerse en cuenta sobre todo la voluntad colectiva procedente de las condiciones generales de la sociedad.

Cuando la vida se desborda es imposible contenerla: es como el agua corriente, que se le pueden poner diques, pero que ha de facilitársele una salida, sea sobre el mismo dique cayendo en el cauce habitual, sea por una depresión lateral en un nuevo cauce. Así se explican los efectos imprevistos de las revoluciones y de las contrarevoluciones violentas. Después de cambios bruscos obtenidos por la fuerza, la vida no se manifiesta ya por los mismos actos, alimenta energías antes dormidas, penetra en nuevos canales como el agua comprimida por un pistón; pero, cualesquiera que sean las transformaciones, la persistencia de la fuerza prevalece siempre. El trabajo se efectúa de otra manera, pero se efectúa, produciendo toda una sucesión de acontecimientos imprevistos, que los hombres débiles sometidos á sus efectos califican, según las circunstancias, de funestos ó favorables, juzgando de ordinario según su egoísmo estrecho y su apreciación del momento. Así es como el movimiento se transforma

en calor y el calor en electricidad. Viendo detenerse la máquina, se cree fácilmente que la fuerza misma se dispersa; pero he aquí que de repente estalla transfigurada. Es el dios que se desvanece y reaparece en continuas transformaciones. Proteo, siempre cambiante, ha tomado la forma de un nuevo ser.



Cl P. Sellier.

MOSCOU, EL 31 DE OCTUBRE DE 1905
Manifestación reclamando la libertad de los presos políticos.

En la ilusión pueril y bárbara de poder detener la vida desbordante de la multitud, de inmovilizar la sociedad en su provecho personal, individuos y clases que disponen del poder, jefes de Estados y amos aristócratas, religiosos ó burgueses, suelen intervenir por la fuerza bruta para suprimir toda iniciativa popular; pero lo hacen con mano vacilante. Las leyes inmutables de la historia comienzan á ser bastante conocidas para que los más audaces entre los explotadores de la Sociedad se atrevan á ponerse frente á su movimiento; necesitan proceder con ciencia y astucia para desviarla en vías laterales, como un tren al que se separa de la gran línea. Hasta el presente

el medio con más frecuencia empleado, y uno de los que desgraciadamente dan mejor resultado á los dueños de los pueblos, consiste en trocar todas las energías nacionales en furor contra el extranjero. Los pretextos son fáciles de encontrar, puesto que los intereses de los Estados permanecen diferentes y contradictorios por el hecho mismo de la separación en organismos artificiales distintos. Existen también más que pretextos, hay recuerdos de males, de matanzas, de crímenes de todas clases en las antiguas guerras; la apelación á la venganza resuena todavía, y cuando haya pasado la nueva guerra como un incendio, devorándolo todo con su terrible llama, también dejará memoria de odio y podrá servir de fermento para futuros conflictos. ¡Cuántos ejemplos podrían citarse de tales derivativos! A las dificultades interiores del gobierno, los poseedores del poder responden por guerras exteriores. Si esas guerras son triunfantes, los amos las aprovechan para la consolidación de su régimen: habrán envilecido á su pueblo por la locura de la vanidad que se llama gloria; habrán hecho de él un cómplice vergonzoso invitándole al robo, al pillaje, á la matanza, y la solidaridad del mal adormecerá las primeras reivindicaciones, hasta que nuevamente se llenen los vasos con el vino rojo del odio.

Pero además de la guerra, los gobernantes tienen á su disposición poderosos medios de alejar de sí todo peligro. Entre otros, la corrupción y la desmoralización por el juego, todas las formas de la depravación: las apuestas, la lotería, las carreras, la bebida, los cafés, los cafés cantantes. «¡Que canten, ya pagarán!» Los depravados y envilecidos, que á sí mismos se desprecian, no tienen ya el sentimiento de dignidad necesario que podría impulsarles á la rebeldía: con la conciencia de tener almas de lacayos, se hacen justicia aceptando la opresión. Así las guerras de la República y la explosión de los vicios y desenfreno que siguieron á los primeros años de la Revolución con su ideal de austeridad y de virtud, vinieron á propósito para preparar el régimen imperial y el ignominioso rebajamiento de los caracteres. Sin embargo, se produjo un fenómeno de balanceo que provino en gran parte de una reacción normal de la Sociedad tomada en su conjunto. Es natural que los hombres oscilen sucesivamente del uno al otro contrario, del mismo

modo que su vida alterna de la actividad al sueño y del descanso al trabajo. Además, componiéndose una nación de gran número de clases y de grupos diversos que tienen su evolución propia en la evolución general, resultan movimientos históricos de tendencias opuestas que se entrechocan y se entrecruzan describiendo las curvas más complicadas, cuya madeja apenas puede desenredar el historiador.



Cl. del *Photo-Globe*.

SAN PETERSBURGO — PLAZA DEL PALACIO DE INVIERNO

Ensangrentada el 9 (22, nuevo estilo) de Enero de 1905.

Y sucedió que durante las luchas intestinas de la Revolución francesa, los Vendeanos representaban ciertamente contra el gobierno central el principio del Municipio autónomo, libremente federado; mas, por una contradicción de que la falta absoluta de instrucción no les permitía darse cuenta, se hicieron defensores de la Iglesia, que aspira al imperio universal de las almas, y de la Monarquía, que en todos los Comuneros no ve más que siervos y carne para los campos de batalla. Por una extraña candidez que hace sonreir y haría llorar, los negros de Haiti, luchando por su libertad contra

el medio con más frecuencia empleado, y uno de los que desgraciadamente dan mejor resultado á los dueños de los pueblos, consiste en trocar todas las energías nacionales en furor contra el extranjero. Los pretextos son fáciles de encontrar, puesto que los intereses de los Estados permanecen diferentes y contradictorios por el hecho mismo de la separación en organismos artificiales distintos. Existen también más que pretextos, hay recuerdos de males, de matanzas, de crímenes de todas clases en las antiguas guerras; la apelación á la venganza resuena todavía, y cuando haya pasado la nueva guerra como un incendio, devorándolo todo con su terrible llama, también dejará memoria de odio y podrá servir de fermento para futuros conflictos. ¡Cuántos ejemplos podrían citarse de tales derivativos! A las dificultades interiores del gobierno, los poseedores del poder responden por guerras exteriores. Si esas guerras son triunfantes, los amos las aprovechan para la consolidación de su régimen: habrán envilecido á su pueblo por la locura de la vanidad que se llama gloria; habrán hecho de él un cómplice vergonzoso invitándole al robo, al pillaje, á la matanza, y la solidaridad del mal adormecerá las primeras reivindicaciones, hasta que nuevamente se llenen los vasos con el vino rojo del odio.

Pero además de la guerra, los gobernantes tienen á su disposición poderosos medios de alejar de sí todo peligro. Entre otros, la corrupción y la desmoralización por el juego, todas las formas de la depravación: las apuestas, la lotería, las carreras, la bebida, los cafés, los cafés cantantes. «¡Que canten, ya pagarán!» Los depravados y envilecidos, que á sí mismos se desprecian, no tienen ya el sentimiento de dignidad necesario que podría impulsarles á la rebeldía: con la conciencia de tener almas de lacayos, se hacen justicia aceptando la opresión. Así las guerras de la República y la explosión de los vicios y desenfreno que siguieron á los primeros años de la Revolución con su ideal de austeridad y de virtud, vinieron á propósito para preparar el régimen imperial y el ignominioso rebajamiento de los caracteres. Sin embargo, se produjo un fenómeno de balanceo que provino en gran parte de una reacción normal de la Sociedad tomada en su conjunto. Es natural que los hombres oscilen sucesivamente del uno al otro contrario, del mismo

modo que su vida alterna de la actividad al sueño y del descanso al trabajo. Además, componiéndose una nación de gran número de clases y de grupos diversos que tienen su evolución propia en la evolución general, resultan movimientos históricos de tendencias opuestas que se entrechocan y se entrecruzan describiendo las curvas más complicadas, cuya madeja apenas puede desenredar el historiador.



Cl. del *Photo-Globe.*

SAN PETERSBURGO — PLAZA DEL PALACIO DE INVIERNO

Ensangrentada el 9 (22, nuevo estilo) de Enero de 1905.

Y sucedió que durante las luchas intestinas de la Revolución francesa, los Vendeanos representaban ciertamente contra el gobierno central el principio del Municipio autónomo, libremente federado; mas, por una contradicción de que la falta absoluta de instrucción no les permitía darse cuenta, se hicieron detensores de la Iglesia, que aspira al imperio universal de las almas, y de la Monarquía, que en todos los Comuneros no ve más que siervos y carne para los campos de batalla. Por una extraña candidez que hace sonreir y haría llorar, los negros de Haiti, luchando por su libertad contra

los plantadores blancos, se proclaman con entusiasmo las gentes del Rey; los rebeldes de las colonias españolas del Nuevo Mundo aclamaban al rey católico de España. Casi siempre, en la corriente de los siglos, los que se rebelaron contra una autoridad cualquiera lo hicieron en nombre de otra autoridad, como si el ideal no consistiera más que en el cambio de amo. Cuando los grandes movimientos de opinión y de libertad intelectual que produjeron la revolución de 1830, los que trabajaban por la emancipación de la lengua, por el libre estudio de la historia artística y literaria en todos los tiempos y todos los países, fuera de Grecia, de Roma y del «Gran Siglo», todos los que buscaban sus orígenes hasta en la Edad Media, y sus parientes aun entre los Alemanes y los Eslavos, los «románticos», en una palabra, en su mayor parte, no obstante, habían permanecido realistas y cristianos; en tanto que los reivindicadores de la libertad política se atenían siempre á las formas clásicas de la Escuela, al estilo tradicional estampillado por las Academias. Cuando Blanqui, ennegrecido por la pólvora, soltó su fusil después de las tres jornadas victoriosas de Julio, no dijo más que esta frase: «¡Hundidos los románticos!» [1]. La revolución se había descompuesto en dos elementos, el de la política, que aspiraba al derrocamiento de los tronos; el de la literatura, que trabajaba por la libertad de la lengua y por la extensión de su dominio. Por ambas partes los revolucionarios eran también los reaccionarios los unos de los otros. Con justicia, de partido á partido, se reprochaban la falta de lógica, las inconsecuencias, los absurdos y las tonterías.

El historiador, que contempla el vaivén de los acontecimientos y que trata de extraer de ellos su substancia desde el punto de vista del progreso, ha de resolver el problema más difícil, el de establecer el paralelógramo de las fuerzas entre los mil impulsos en lucha que chocan por todas partes. Le es fácil equivocarse y con frecuencia se desespera, creyendo asistir á un derrumbamiento cuando hay positivos progresos, ó, por mejor decir, en la liquidación general de cuentas, abrazando las pérdidas y las ganancias, ha aumentado gradualmente el haber humano.

[1] Gustave Geoffroy, *L'Enfermé*, p. 51.

Pero ¡cuán difícil y larga parece la obra de verdadera revolución á los enamorados del Ideal! Porque si las formas exteriores, instituciones y leyes, obedecen á la presión de los cambios íntimos que se han realizado, no pueden producirlos: siempre es necesario que un nuevo impulso venga del interior. Al primer golpe de vista, parece que el voto de una Constitución, ó de leyes estableciendo



Cl. P. Sellier.

TEHERAN — SALA DEL PALACIO DE BAHARISTAN
donde se reunió el más reciente de los Parlamentos.

por fórmulas oficiales la victoria de la parte de la nación que reivindica sus derechos, asegura de una manera definitiva el progreso ya realizado; pero puede suceder que el resultado sea precisamente contrario. Esa carta, esas leyes, aceptadas por los rebeldes, confirman, es verdad, la libertad conquistada, pero también la limitan, y ahí está el peligro; porque determinan el término preciso donde han de detenerse los vencedores, y se convierte fatalmente en el punto de partida de un retroceso. La situación no es nunca absolutamente estacionaria: si el movimiento no se hace en el sentido

del progreso, se hará del lado de la opresión. La ley tiene por efecto inmediato adormecer en su momentáneo triunfo á los que la han dictado, despojar á los individuos inteligentes y activos de la energía personal que les había animado en su obra victoriosa y cederla á otros, á los legisladores de profesión, á los conservadores, es decir, á los mismos enemigos de todo cambio progresivo. Por lo demás, en el fondo, el pueblo es conservador, y el juego de las revoluciones no le agrada mucho tiempo; prefiere la evolución, porque no la sospecha y el ignorante no puede mostrarle su mal humor. Convertidos en legalitarios, los antiguos rebeldes quedan en parte satisfechos, entran en los grupos de los «amigos del orden», y la reacción readquiere el dominio, hasta que otros revolucionarios no ligados por fórmulas, ayudados por los errores ó las locuras gubernamentales, llegan á abrir otra brecha en las construcciones antiguas.

En cuanto se funda una institución, aunque sea para combatir enormes abusos, crea otros nuevos para su existencia misma: es preciso que se adapte al mal medio y que, para funcionar, funcione en modo patológico. Los creadores de la institución obedecían á un noble ideal, los empleados que nombran han de cuidar ante todo de sus emolumentos y de la duración de su empleo. Lejos de desear el éxito de la obra, acaban por no tener más vivo deseo que el de no llegar jamás al objeto final [1]. No se trata de la obligación, sino de los beneficios que reporta, de los honores que confiere. Así, encárgase á una comisión de ingenieros que examine las quejas de los propietarios desposeídos por la construcción del acueducto del Avre: parece lo más sencillo estudiar primeramente esas quejas y contestarlas con toda equidad. Pues no, se comienza por emplear algunos años en rehacer una nivelación general de la comarca, ya hecha y bien hecha. Pasa el tiempo, se acumulan los gastos y las quejas se exacerban. Sucede muchas veces que los créditos votados para un trabajo son notoriamente insuficientes, y apenas sirven para el coste del andamiaje, pero los emolumentos de los ingenieros corren como si se hiciera obra útil. ¡Cuántos años necesitó la perseverante asociación del *Loire navigable* para obtener la autorización de canalizar el río á sus expensas, por medio de una obra de ladrillos poco costosa! El Estado no admitía más que trabajos que necesitaban millones y que probablemente en veinte años hubiesen estado todavía en estudio, como tantas otras obras vitales para la utilización inteligente del suelo de Francia.

[1] Herbert Spencer, *Introduction à la Science sociale*, cap. V, p. 87.

La Ley se dicta por el Parlamento, que emana del Pueblo, en quien reside la Soberanía nacional. Cuanto más libre es el país, más venerado es el Cuerpo legislativo que se ha escogido, pero más necesario es el libre examen de todas las cosas referentes á la libertad. Por tanto, no hay institución más sujeta á la crítica que el parlamentarismo.

Fué un innegable instrumento de progreso para la nación que le dió origen, y se comprende la admiración de Montesquieu estudiando el funcionamiento del sistema inglés, tan sencillo y, entonces, tan lógico. Después, con la Asamblea Nacional de 1789 y la Convención, el Parlamento atravesó en Francia su período heroico é hizo buena figura en la historia de la liberación gradual del individuo. Después ha conquistado casi todos los países del mundo, incluso las repúblicas negras de Haiti, Santo Domingo y Liberia; solamente Rusia (1905), Turquía, China, las colonias de explotación europea y algunos otros Estados quedan sin representación nacional. La institución se ha diversificado en los diferentes países, mostrando tal defecto más particularmente en una, mientras que tal otro sobresale en otras, pero en todas partes se revela una divergencia profunda entre la evolución del pueblo y la de sus Cámaras legislativas.

Dejando á un lado los sistemas censitarios y plurales, no considerando más que el sufragio universal honradamente aplicado, no contando el hecho de que, excepto raras excepciones, la mitad femenina de la población no está «representada», no puede admitirse que la ley votada por la mayoría de los votantes exprese la opinión de la mayoría de los electores: de hecho, lo contrario es frecuentemente la verdad. Ese vicio, puramente matemático, podría no ser atendible cuando sólo existieran dos partidos en el Estado, porque las pérdidas y las ganancias se equilibrarían en el conjunto, pero se hace tanto más grave cuanto más se acentúa la vida y se diversifi-

can las opiniones. Unicamente Suiza apela á la totalidad de los electores para la aceptación ó no aceptación final de toda ley nueva.

Excepto en casos muy excepcionales, el espectáculo que ofrecen los países cuando se hallan en período electoral no es de los que puedan regocijar al hombre de principios. Sea que el candidato violente personalmente su modestia, ó que le presente un comité, las maniobras se abren paso, las ventas y las mentiras se ponen en juego y no es el más decente de los que se proponen á los sufragios el que tiene más probabilidades de éxito. Aunque los legisladores han de resolver toda clase de problemas, locales y mundiales, financieros y educativos, técnicos y morales, el candidato no es recomendado á sus electores por ninguna capacidad especial. El elegido podrá deber su triunfo á cierta popularidad territorial, á su buen carácter, á su facundia oratoria, á su talento de organizador, pero también frecuentemente á su riqueza, á sus relaciones de familia y hasta, si es gran industrial y propietario, al terror que inspire; frecuentemente será un hombre de partido; no se le pedirá que trabaje en la obra nacional, ni que facilite las relaciones entre los hombres, sino que combata tal ó cual grupo político; en resumen, la composición de las Cámaras no recordará en nada la de la nación, le será generalmente inferior en cualidades morales: el político de carrera dominará en ellas.

Una vez nombrado, el representante se hace independiente de sus electores; deben confiar en que decida según su conciencia en las mil contingencias diarias, y si no se coloca en el mismo punto de vista que sus comitentes, no hay recurso alguno contra el voto emitido. Lejos de toda intervención durante los cuatro, siete ó nueve años de su mandato, no ignorando la impunidad concedida á actos delictuosos, el elegido se halla inmediatamente expuesto á las seducciones de toda suerte á que le someten las clases directoras; el recién venido se inicia en la tradición legislativa bajo la dirección de los veteranos del parlamentarismo, adopta el espíritu de cuerpo, es solicitado por la gran industria, por los grandes funcionarios y sobre todo por la banca cosmopolita. Aunque el Parlamento quede compuesto de una mayoría de hombres honrados, se desarrolla en él una mentalidad especial compuesta de arreglos, de compromisos,

de palinodias y de transacciones que no deben llegar á oídos del gran público, de fórmulas y regateos de pasillo que se cubren por algún brillante torneo oratorio entre tribunos experimentados. Todo carácter noble se envilece, toda convicción sincera se contamina, toda voluntad recta se tuerce.

No es extraño que tantos hombres se nieguen á alimentar con su voto un medio semejante y á cooperar á la «conquista de los poderes públicos». Los revolucionarios saben, al menos, que las formas del pasado durarán mientras los trabajadores se interesen en sostenerlas y se sirvan de ellas, aunque sea para modificarlas, y no pueden menos que deplorar la candidez de los que piensan poder «hacer la Revolución con el boletín electoral». Para conservar esta ilusión, no ha de considerarse la debilidad real de ese Parlamento supuesto soberano, es preciso cerrar los ojos ante las instituciones mucho más poderosas que se han constituído alrededor, jugando con la legislatura como el gato con el ratón.

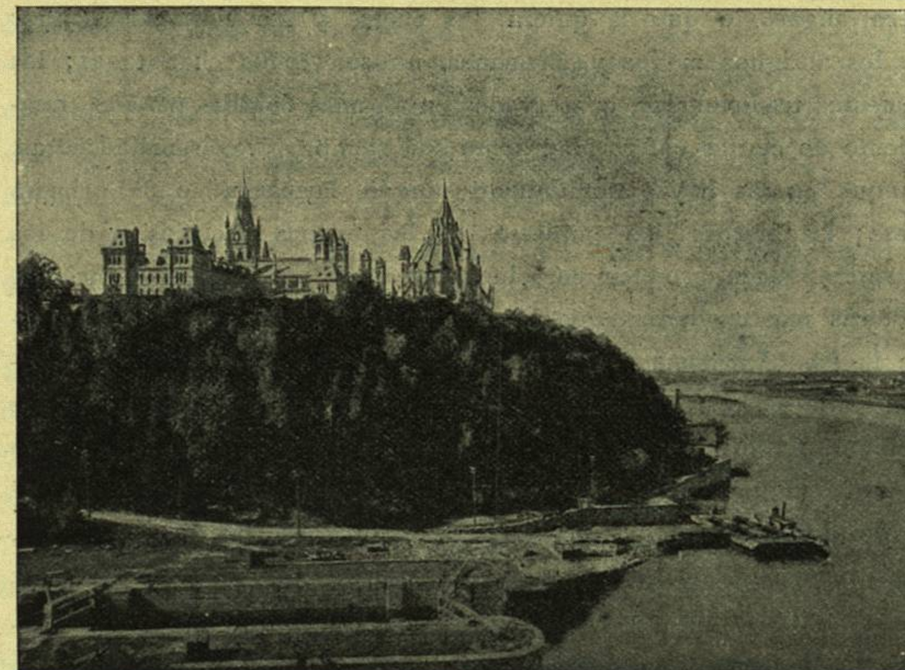
Esa complejidad del gobierno hace que toda revolución francamente política sea extremadamente difícil. Las viejas supervivencias se han acantonado y concentrado todas en otros tantos Estados secundarios, verdaderos pulpos que viven sobre el organismo del Estado general y á sus expensas: la nación se empobrece en razón de su prosperidad. Una revolución nominal no puede tener ningún efecto si no toca también á esas corporaciones unidas por una solidaridad absoluta de intereses particulares y colectivos. En cuanto una de esas profesiones es sólidamente constituída en corporación oficial y sacrosanta, su tendencia inevitable es á titularse y creerse infalible y á reservarse absolutamente las discusiones y las decisiones que han sido declaradas por el rey, la costumbre ó la ley como de su incumbencia. Así es como la Iglesia reivindicaba no solamente el monopolio de la salvación de las almas, sino también el de la ciencia: fuera de los sacerdotes ó gentes de *clergie*, es decir, de saber, nadie tenía derecho de hablar de cosas que se suponían estar más altas que su alcance intelectual; el conocimiento de la naturaleza humana permite afirmar sin temor que en muchas circunstancias los sacerdotes intentaron procesos de herejía más por celos de oficio que por un santo ardor por la fe. La misma infa-

libilidad en las otras profesiones, á través de todas las capas de la sociedad hasta las diversas corporaciones obreras, que sostenían sus privilegios de oficio con rudeza patriótica, no sólo á causa del interés comercial que tenían en quedar como únicas proveedoras de ciertos productos, sino también en virtud del orgullo que les inspiraba la posesión exclusiva de los secretos y prácticas de su industria. Sabido es que antiguamente tal forma de la pasta pertenecía al panadero y tal otra forma era propiedad del pastelero. Un grado más en esta vía, es decir, la consagración religiosa y social de esas divisiones entre las profesiones, los trabajos, los oficios, y la casta quedaría creada en Occidente como en el antiguo Egipto y en la India actual.

Y sin embargo, ese espíritu de cuerpo, que es una de las llagas de la sociedad moderna, tuvo grandeza en su período de evolución, cuando para la conquista ó la defensa de la independencia ó de la libertad, exigía el sentimiento del deber, el sacrificio, el honor colectivo. Unos hombres que se hacen hermanos quedan obligados por esa unión á no desmerecer unos de otros y ante los que han sido testigos de su pacto. El lazo que les une no debe romperse ni aun por la muerte. ¡Cuántas veces, en los combates de los tiempos primitivos, se han unido unos guerreros por medio de cadenas, para formar un solo cuerpo, individuo gigantesco, destinado á vencer ó á morir todo entero! Hasta la historia militar moderna, que, no obstante, no ha de ocuparse de hombres que luchan por una causa libremente escogida, está llena de relaciones que atestiguan la estrecha solidaridad de valor entre compañeros reunidos por la casualidad bajo una misma bandera, en un mismo cuerpo, teniendo por tradición el desprecio de la muerte. «¡Formad el cuadro!» Tal fué, bajo diversas formas, la orden del general en jefe en las luchas supremas. Una estadística, formada cuidadosamente por el ejército británico, establece que la cifra de la mortalidad de las tropas en las batallas, verdadera medida del valor frente á los cañones, aumenta con la reputación tradicional de los regimientos, formando á la cabeza de la lista los *Highlanders*.

Ese espíritu de cuerpo del soldado que se sacrifica por orgullo forma la transición natural entre el sentimiento primitivo de los

hombres libres, que se entregan por completo á una causa amada, y el espíritu de cuerpo actual de las compañías y de las administraciones de Estado, cuyos miembros están unidos para la defensa, la conservación y el aumento de sus privilegios. Júzguese por aquella que, entre todas las profesiones, comprende ciertamente en mayor proporción gran número de hombres superiores, puesto que ne-



Cl. del *Photo-Globe*.

OTTAWA — EL PARLAMENTO DEL DOMINION DEL CANADÁ

Al norte de la ciudad corre el río Ottawa.

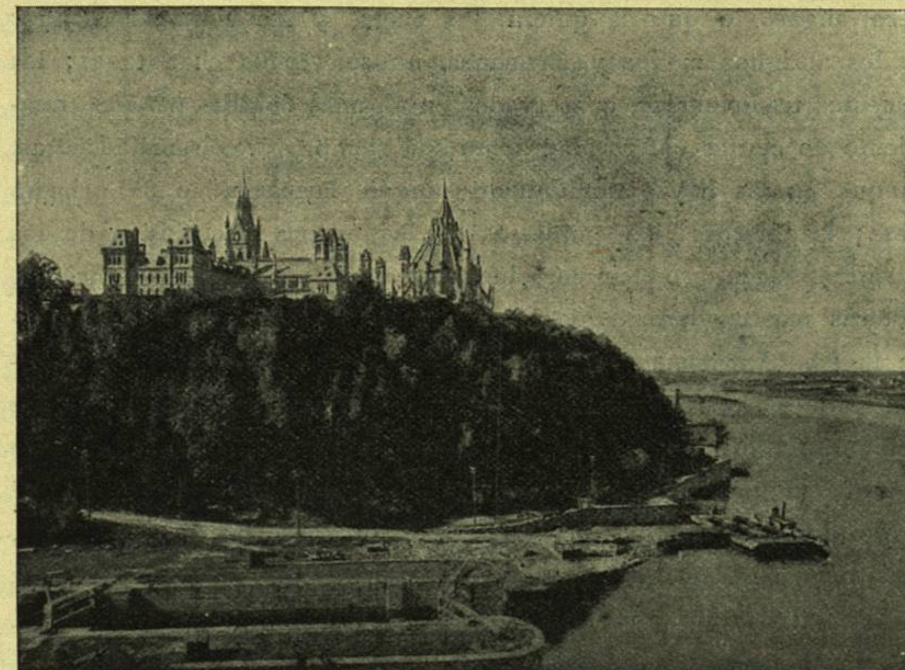
cesita más profundos estudios, obliga á más atentos experimentos y cuenta más con la simpatía humana: la profesión médica. Basta leer los estatutos de las sociedades provinciales, por los cuales los «compañeros de carrera» se unen, para ver que también ellos se han dejado corromper por el espíritu de cuerpo y que la adhesión al público paciente es el menos interesante de sus cuidados. El médico, que es al mismo tiempo un amigo, un precioso consejero que sabe leer en nuestro cuerpo, y al que el afecto, la práctica sagaz de la vida permiten leer también en nuestra alma, el que trae consigo consuelo y fuerza, es el cazador de enfermos, el especulador

libilidad en las otras profesiones, á través de todas las capas de la sociedad hasta las diversas corporaciones obreras, que sostenían sus privilegios de oficio con rudeza patriótica, no sólo á causa del interés comercial que tenían en quedar como únicas proveedoras de ciertos productos, sino también en virtud del orgullo que les inspiraba la posesión exclusiva de los secretos y prácticas de su industria. Sabido es que antiguamente tal forma de la pasta pertenecía al panadero y tal otra forma era propiedad del pastelero. Un grado más en esta vía, es decir, la consagración religiosa y social de esas divisiones entre las profesiones, los trabajos, los oficios, y la casta quedaría creada en Occidente como en el antiguo Egipto y en la India actual.

Y sin embargo, ese espíritu de cuerpo, que es una de las llagas de la sociedad moderna, tuvo grandeza en su período de evolución, cuando para la conquista ó la defensa de la independencia ó de la libertad, exigía el sentimiento del deber, el sacrificio, el honor colectivo. Unos hombres que se hacen hermanos quedan obligados por esa unión á no desmerecer unos de otros y ante los que han sido testigos de su pacto. El lazo que les une no debe romperse ni aun por la muerte. ¡Cuántas veces, en los combates de los tiempos primitivos, se han unido unos guerreros por medio de cadenas, para formar un solo cuerpo, individuo gigantesco, destinado á vencer ó á morir todo entero! Hasta la historia militar moderna, que, no obstante, no ha de ocuparse de hombres que luchan por una causa libremente escogida, está llena de relaciones que atestiguan la estrecha solidaridad de valor entre compañeros reunidos por la casualidad bajo una misma bandera, en un mismo cuerpo, teniendo por tradición el desprecio de la muerte. «¡Formad el cuadro!» Tal fué, bajo diversas formas, la orden del general en jefe en las luchas supremas. Una estadística, formada cuidadosamente por el ejército británico, establece que la cifra de la mortalidad de las tropas en las batallas, verdadera medida del valor frente á los cañones, aumenta con la reputación tradicional de los regimientos, formando á la cabeza de la lista los *Highlanders*.

Ese espíritu de cuerpo del soldado que se sacrifica por orgullo forma la transición natural entre el sentimiento primitivo de los

hombres libres, que se entregan por completo á una causa amada, y el espíritu de cuerpo actual de las compañías y de las administraciones de Estado, cuyos miembros están unidos para la defensa, la conservación y el aumento de sus privilegios. Júzguese por aquella que, entre todas las profesiones, comprende ciertamente en mayor proporción gran número de hombres superiores, puesto que ne-



Cl. del *Photo-Globe*.

OTTAWA — EL PARLAMENTO DEL DOMINION DEL CANADÁ

Al norte de la ciudad corre el río Ottawa.

cesita más profundos estudios, obliga á más atentos experimentos y cuenta más con la simpatía humana: la profesión médica. Basta leer los estatutos de las sociedades provinciales, por los cuales los «compañeros de carrera» se unen, para ver que también ellos se han dejado corromper por el espíritu de cuerpo y que la adhesión al público paciente es el menos interesante de sus cuidados. El médico, que es al mismo tiempo un amigo, un precioso consejero que sabe leer en nuestro cuerpo, y al que el afecto, la práctica sagaz de la vida permiten leer también en nuestra alma, el que trae consigo consuelo y fuerza, es el cazador de enfermos, el especulador

en tratamientos y en drogas, el inventor y el propagador ingenioso de nuevas degeneraciones, es un peligroso compadre. El monopolio, no de curar, sino de tratar á la casualidad, es reivindicado por él con una tenacidad singular, y si á veces se ve obligado á acoger como un colega á un Pasteur ó á cualquier otro descubridor de vías nuevas, rechaza con desprecio los humildes curanderos, sobre todo á los que cuidan gratuitamente los enfermos y los heridos. Pero, dígase lo que se quiera, los magos y los curanderos, hijos de los antiguos magos y chamanes, no son todos charlatanes; los remedios tradicionales, conservados en algunas familias para el tratamiento de ciertas enfermedades, no son siempre drogas malhechoras, aunque no las haya estampillado ningún farmacéutico de primera clase; las hierbas, los emplastos de las buenas ancianas y de los salvajes pueden producir curaciones en casos en que las soluciones médicas más modernas quedan impotentes. Terutak, el «médico» de la isla Apemama (archipiélago Gilbert), trató á R. L. Stevenson para un resfriado de un modo que ningún sabio con patente hubiera podido curarle más sencilla y radicalmente [1], un recinto sagrado, algunos pases magnéticos, un sueño profundo, y el paciente se despierta curado. Dícese que los «diplomas son una garantía», pero más bien son una mixtificación, porque nos afirman falsamente el saber de los ignorantes que han sabido recitar frases de manual. Los examinadores mismos afirman que los exámenes son formalidades sin valor.

De esos Estados en el Estado, el más augusto, evidentemente, es el que en otro tiempo quiso ser el dueño absoluto y que aspira aún al imperio universal: el clero. No cede sino palmo á palmo en su lucha secular, y palmo á palmo trataría de reconquistar todo el terreno perdido si no interviniera la ciencia, porque quiere rudamente el poder y tiene la experiencia de él. Y aun dejándole el carácter puramente espiritual en que se le quiere encerrar, es otra casta que aspira á la dominación. Aunque emanada directamente del Estado, la magistratura constituye un segundo clero, á la vez por la solidaridad de sus miembros, el orgullo de

[1] *In the South Seas*, vol. II, ps. 232-235.

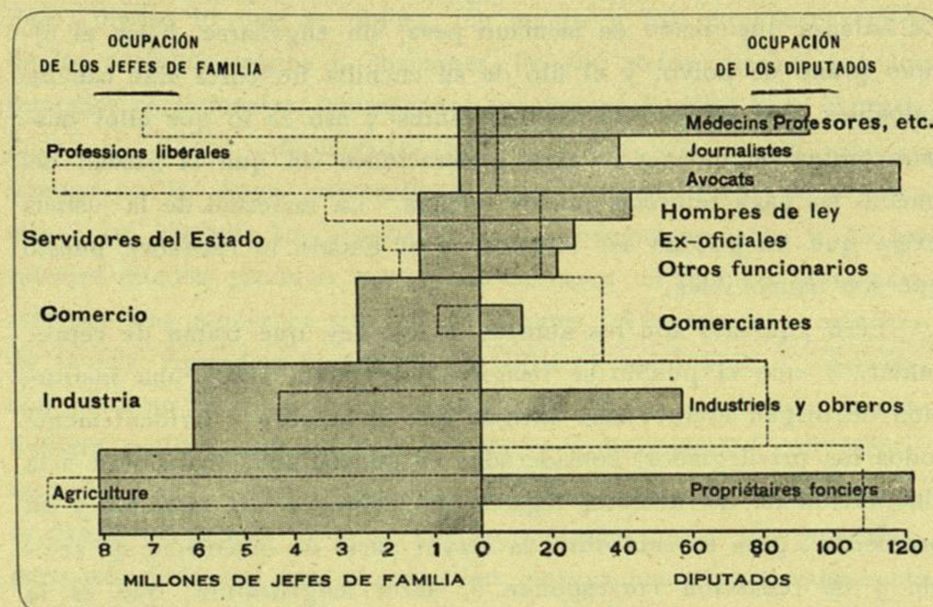
su actitud y el carácter sobrenatural que le place darse. Esa casta no representa á Dios sobre la tierra, pero personifica la Ley, que es también una divinidad, y se ha atribuído por símbolo las tablas de piedra, sobre las cuales están grabadas palabras que se supone durarán siempre. Nada puede borrar esa antigua escritura trazada por el mismo rayo en el Sinaí ó cualquiera otra montaña tonante; así también los juicios de los magistrados deben parecer infalibles. La balanza que tienen en la mano pesa, sin engañarse, hasta el último grano de polvo, y el filo de su cuchilla no corta sino cabezas culpables. Al menos eso se creía antes y eso es lo que ellos mismos pretenden todavía. Pasan generaciones sin que la piedad del pueblo les haga reformar juicios inicuos. La majestad de la justicia exige que no puedan ser injustos, y el Estado lo reconoce puesto que son inamovibles.

Pero ¿quiénes son los autores de esa ley que tratan de representar, y que el pueblo se imagina, en efecto, como una institución de origen eterno, más antigua que el hombre? Evidentemente todos los privilegiados, considerados en su conjunto, colaboran á la elaboración de los decretos legales que protegen sus intereses y su propiedad; pero en esta obra, la mayor parte de invención, de arreglo y de redacción corresponde á cierta magistratura, que es la única depositaria del libro mágico en que están escritas esas cosas. Ella prepara los proyectos de ley que los ministros sostienen ante el Parlamento y, cuando esos textos son combatidos, se encarga nuevamente de ellos con el pensamiento fijo de no modificar su significación fundamental, aunque se cambien los términos. En la discusión fijan el sentido momentáneo de las frases, con el propósito de interpretarlas de otro modo cuando lo exijan los intereses de la casta. Por lo demás, en la mayor parte de las asambleas parlamentarias, la proporción de los hombres de ley está fuera de toda relación natural con las otras clases de la sociedad. Por los antiguos magistrados y sobre todo por la juventud ambiciosa de los abogados, igualmente imbuídos del lenguaje y de las astucias de los leguleyos, los juristas tienen la mayor parte en la representación nacional.

Un curioso diagrama introducido por M. Demolins en su obra

sobre la *Supériorité des Anglo-Saxons* (p. 222), demuestra que la representación llamada «nacional» de Francia corresponde poco á la constitución misma de la sociedad y que en realidad es una «mentira convencional». Los diputados que no han pertenecido desde su nacimiento á la clase burguesa están en ínfima minoría, una, dos decenas,

N.º 556. Francia y su Cámara de diputados.

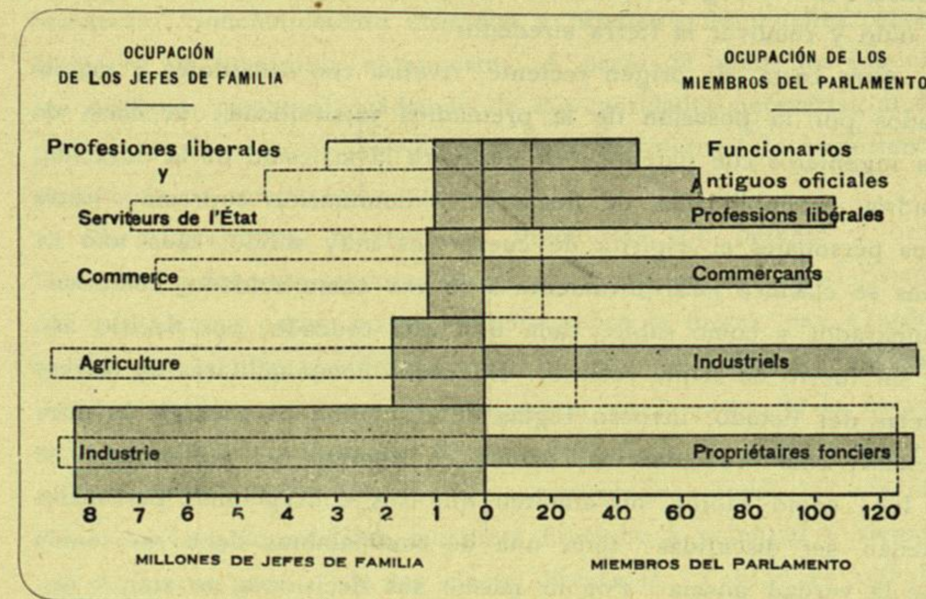


Á izquierda están repartidos los 18 millones de jefes de familia, según los informes del censo de 1901. Á derecha están los diputados de la Legislativa elegida en 1906: 120 propietarios territoriales; 119 abogados; 126 miembros de otras profesiones liberales (46 médicos, 40 periodistas y publicistas, 26 profesores, etc.); 93 ex-funcionarios (26 oficiales, 24 magistrados, 19 notarios y procuradores, etc.); 78 negociantes é industriales (12 comerciantes, 27 jefes de industria, 18 ingenieros, 12 obreros, etc.). Falta una cincuentena de diputados cuya ocupación no ha sido expresada.

tres á lo sumo. Los otros pueden repartirse en cinco grupos, cuatro de los cuales casi se equivalen por el número: los propietarios territoriales, entre los que los delegados de la pequeña propiedad son escasos ó no existen; los abogados; los otros miembros de las profesiones liberales (periodistas, médicos y profesores); después los funcionarios retirados ó dimisionarios (oficiales de los ejércitos de mar y tierra, magistrados, diplomáticos), en cuyos grupos pueden colocarse los notarios y los procuradores; por último, una quinta categoría, menos numerosa, comprendería los banqueros, industriales y negociantes.

Gracias á la alianza de los oradores y de los ricos, que constituyen siempre la mayoría, independientemente del juego de la báscula parlamentaria, las leyes, cuyo conjunto incoherente representa esa divinidad que se llama la Ley, permanecerán siempre con toda seguridad ajustadas á los «buenos principios». Luego, después del

N.º 557. El Reino Unido de la Gran Bretaña y de Irlanda y su Parlamento.



Este diagrama está trazado, para la población, según el censo inglés de 1901, para la composición de la Cámara de los Comunes, según las cifras relevadas por Ed. Demolins, hace una decena de años: 47 funcionarios, 66 ex-oficiales, 107 miembros de las profesiones liberales, 100 negociantes, 131 industriales, 132 propietarios territoriales. Los nombres de esas dos últimas categorías están en lugar el uno del otro sobre la derecha del diagrama.

período preparatorio, viene el de aplicación, y entonces la magistratura puede hacer maravillas escogiendo en el arsenal de los precedentes jurídicos los argumentos que le convengan para blanquear ó ennegrecer al acusado, según que sea «poderoso ó miserable». Terrible prerrogativa la de decidir del bien ó del mal, de clasificar al minuto los hombres entre los buenos ciudadanos ó entre los réprobos. No es posible que el juez, armado con ese poder sobrehumano, resista el vértigo de su omnipotencia moral. Como el clero, al que tanto se parece y al que secunda de buen grado, se entrega á la ilusión de su perfecta superioridad, y en sus conflic-

tos con los otros cuerpos del Estado, decide con serenidad en favor de sus intereses tradicionales. ¡Cuánto más sencilla es la magistratura de la isla de Apemama, ya citada [1]: un solo funcionario, excelente tirador: el rey Tembinok, á la vez amo y propietario, juez y verdugo; una sola advertencia antes de la pena suprema coge al delincuente de improviso y le obliga á escudriñar su conciencia ¡la descarga de un fusil de repetición que hace silbar la bala al oído y remover la tierra alrededor!

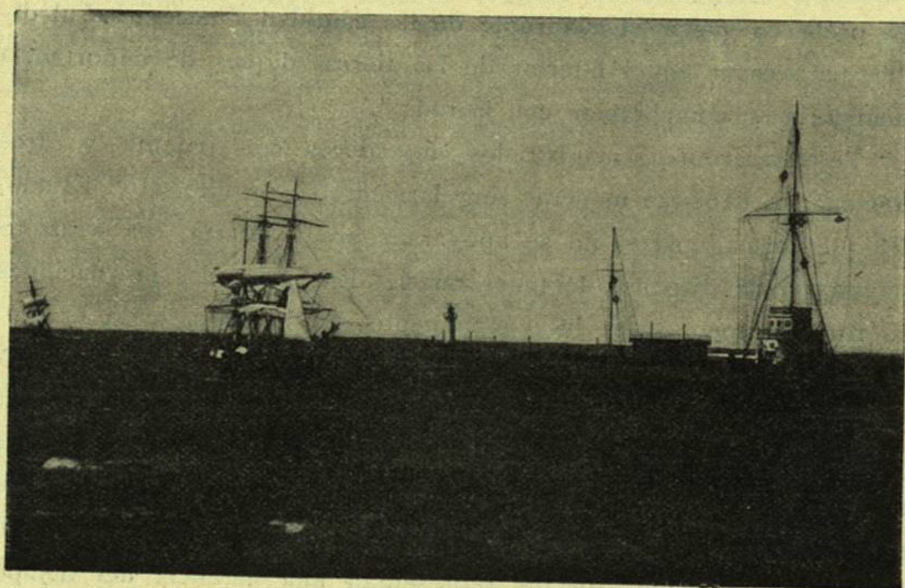
Otra casta, de origen reciente, rivaliza con sacerdotes y magistrados por la posesión de la pretendida infalibilidad: la clase de los ingenieros con patente. Si poseyera la majestad de la duración, tendría probabilidades de llegar á la dominación suprema. Entre esos personajes el espíritu de cuerpo es muy sólido, cada uno de ellos se clasifica jerárquicamente á la vez como soldado, como administrador y como sabio, cada uno está rodeado, por decirlo así, de un fuerte de triple recinto. Educados como militares en las escuelas del Estado, invocan reglas de disciplina para exigir la obediencia; como funcionarios, hablan en nombre del gobierno y de la ley; como sabios, no admiten que sus concepciones personales puedan ser discutidas: cada una de sus palabras debe ser tenida por la verdad misma. Por lo mismo sus decisiones no sufren demora, aun cuando encuentren ante sí poblaciones unánimes, imbuídas de una experiencia tradicional y de un conocimiento perfecto de los lugares. Sin duda más de una vez deben reconocer en secreto que alguno de sus «queridos compañeros» ha cometido algún disparate, pero ante todo conviene no dejar entrar al público en la confidencia, reivindicar al mal trabajo como una obra maestra, y sobre todo se ha de impedir á toda costa que uno de fuera, un individuo salido de las escuelas se permita corregir la obra defectuosa de un elegido. Aunque los cuerpos de oficio estrictamente cerrados hayan sido abolidos en los países de cultura europea, no ha dejado de conservarse el monopolio en todas las profesiones de diploma y de jerarquía, de lo que resulta que trabajos de capital importancia se hagan á veces de una manera absolutamente contraria al bien público. Así es como en el Havre, á pesar de todos los pilotos y de todos los marinos que frecuentan el puerto, los ingenieros, dictando su voluntad desde París, se han negado constantemente á dotar al comercio local de una soberbia rada, fácil de poner dique, puesto que los cimientos mismos existen á 3 kilómetros de la costa actual: son los restos del antiguo acantilado, que protegen en marea baja una superficie de muchos centenares de hectáreas. Suficientemente elevados y provistos de muelles, darían al Havre un admirable antepuerto. Á pesar de todo, los ingenieros prefieren gastar el cuádruple de las cantidades necesarias al dique, para cavar en el interior de las tierras diques de importancia secundaria en comparación con la rada [1].

[1] R. L. Stevenson, *In the South Seas*, vol. II, ps. 199-200.

Pero sacerdotes, magistrados, ingenieros con patente y otros funcionarios deberían moderar singularmente su orgullo, si el Estado, del que forman parte, no se apoyara sobre la fuerza, esa «razón» mayor que le dispensa de tener razón. En casi todas las naciones de tipo europeo, se recluta anualmente, en la masa de la nación, una parte muy considerable de la juventud válida y se le adiestra metódicamente en el arte de matar, tomándose todas las medidas para que la gran máquina mortífera funcione á voluntad y siempre en el interés preciso de las clases directoras. Verdad es que los ejércitos no han seguido los progresos de la organización industrial y que bajo muchos aspectos representan una herencia del tiempo de Luis XIV, de formas añejas y pesadas. Se puede juzgar de esa falta de adaptación de los ejércitos á la vida moderna, comparando, por ejemplo, las fuerzas militares de Francia y de la Europa central á las de Suiza, donde se han esforzado para organizar las tropas en fuerzas verdaderamente defensivas, sin interrupción completa de su vida cívica é industrial. Para hallarse á la altura de la ciencia el sistema militar debería evolucionar continuamente; pero, lejos de ello, cada día hace más patente la ruptura de equilibrio. Con la potencia terrible de las armas modernas, se ha aumentado paralelamente el valor relativo de la iniciativa individual; mas, ¿cómo desarrollar la iniciativa sin inteligencia y conservando la obediencia

[1] Fernand Maurice, *Le Havre et l'Endiguement de la Rade*; — E. Prat, *Enrochement de la rade du Havre*.

pasiva? ¿Cómo impedir que cada soldado se dé cuenta en su fuero interno de la ridícula incapacidad de la organización militar y de la inutilidad de los esfuerzos que se le exigen? ¿Cómo no sentirá de modo más pesado cada día el sacrificio que hace abandonando trabajo y familia durante tres años y aun durante dos años? Y no pudiendo sustraerse ningún ciudadano al servicio personal, ¿cómo evitar que se extienda en la nación entera la convicción de que ha pasado ya el tiempo del ejército permanente?

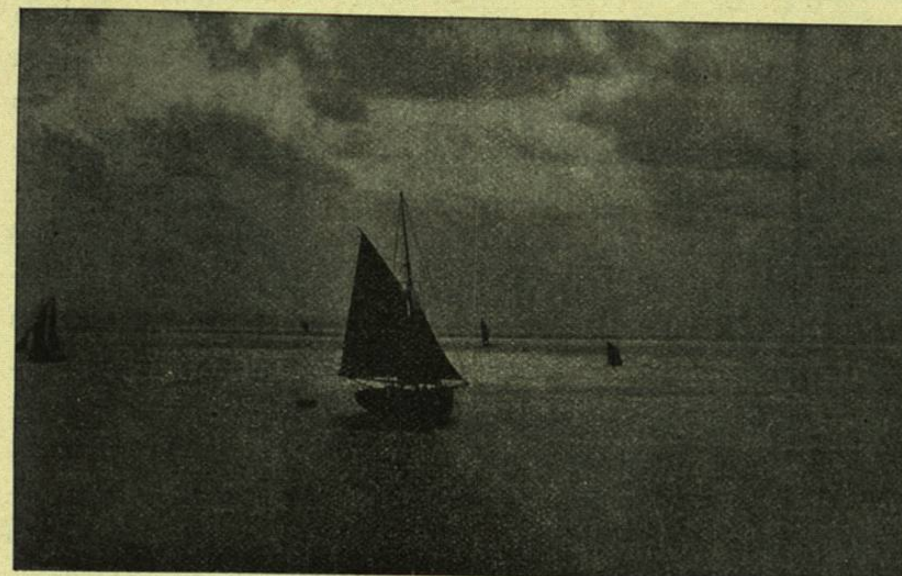


Cl. J. Kuhn, París.
EL HAVRE — ENTRADA DEL PUERTO EN MAREA ALTA

Pero, después de todo, ¿no se ha logrado el objeto principal del ejército, consistente en tener á mano bayonetas obedientes en número ilimitado, menos para oponerlas al enemigo que para atemorizar á un pueblo siempre dispuesto á la crítica, á las amenazas y hasta la revolución? Las tradiciones del ejército exigen que los jefes sean siempre personajes decorativos, que se distingan, como en la Edad Media, por la abundancia de las plumas y de los bordados, por la violencia de los colores. En Inglaterra, los generales son casi todos hombres de la clase elevada [1], que tienen mucho

[1] H. G. Wells, *Anticipations.*

dinero que gastar en caballos, en torneos y en festines. En Alemania, en Austria y en Rusia son principalmente señores de blasones antiguos; en Francia, la mayor parte se llaman «hijos de los Cruzados», y muchos de ellos, para atestiguar que representan la reacción en su esencia, se glorifican de pertenecer á las familias de los emigrados que combatieron contra Francia durante la primera Revolución. Hasta en Suiza, los cuadros de oficiales, mantenidos en permanencia, constituyen una verdadera aristocracia militar. Deja-

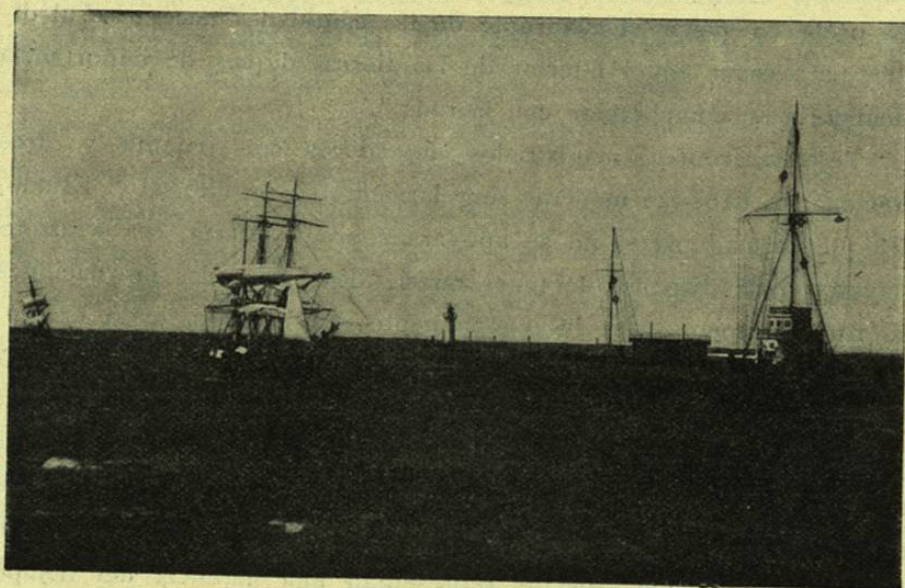


Cl. J. Kuhn, París.
LA RADA DEL HAVRE EN TIEMPO DE CALMA

dos á sí mismos, los ejércitos no tomaron jamás partido por la libertad de un pueblo contra tiranos hereditarios ó usurpadores: en toda ocasión pusieron su fuerza al servicio de algún déspota. Habituados á la obediencia pasiva, no comprendieron jamás una sociedad libre; sometidos servilmente á sus jefes, ayudaban á la sumisión de la población civil.

Hasta cuando el ejército no se emplea directamente como «gran gendarmería» para servir contra el pueblo, sea en las agitaciones políticas, sea en las crisis económicas del trabajo y de las huelgas, no siente menos la hostilidad contra los ciudadanos sin armas. Bien conocido es el gran desprecio de los oficiales de Napoleón hacia

pasiva? ¿Cómo impedir que cada soldado se dé cuenta en su fuero interno de la ridícula incapacidad de la organización militar y de la inutilidad de los esfuerzos que se le exigen? ¿Cómo no sentirá de modo más pesado cada día el sacrificio que hace abandonando trabajo y familia durante tres años y aun durante dos años? Y no pudiendo sustraerse ningún ciudadano al servicio personal, ¿cómo evitar que se extienda en la nación entera la convicción de que ha pasado ya el tiempo del ejército permanente?



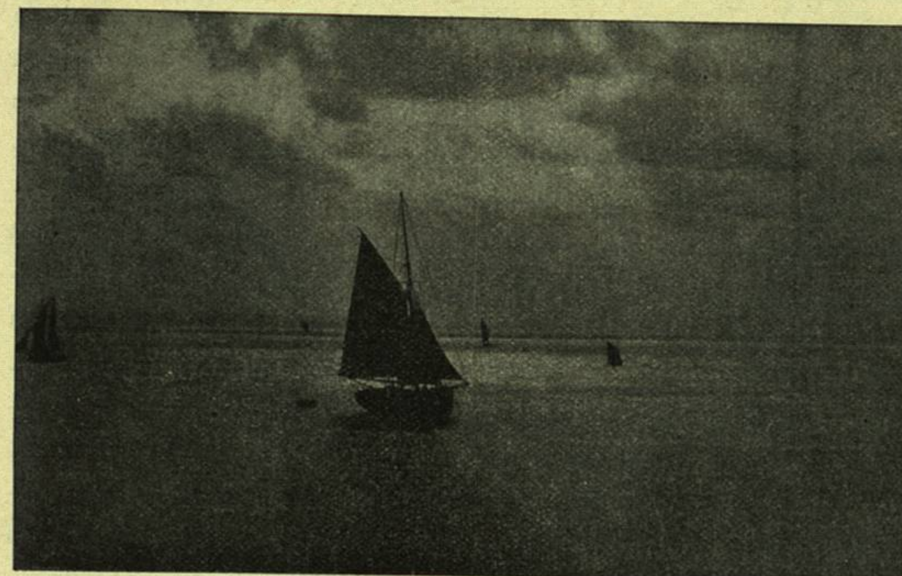
Cl. J. Kuhn, París.

EL HAVRE — ENTRADA DEL PUERTO EN MAREA ALTA

Pero, después de todo, ¿no se ha logrado el objeto principal del ejército, consistente en tener á mano bayonetas obedientes en número ilimitado, menos para oponerlas al enemigo que para atemorizar á un pueblo siempre dispuesto á la crítica, á las amenazas y hasta la revolución? Las tradiciones del ejército exigen que los jefes sean siempre personajes decorativos, que se distingan, como en la Edad Media, por la abundancia de las plumas y de los bordados, por la violencia de los colores. En Inglaterra, los generales son casi todos hombres de la clase elevada [1], que tienen mucho

[1] H. G. Wells, *Anticipations*.

dinero que gastar en caballos, en torneos y en festines. En Alemania, en Austria y en Rusia son principalmente señores de blasones antiguos; en Francia, la mayor parte se llaman «hijos de los Cruzados», y muchos de ellos, para atestiguar que representan la reacción en su esencia, se glorifican de pertenecer á las familias de los emigrados que combatieron contra Francia durante la primera Revolución. Hasta en Suiza, los cuadros de oficiales, mantenidos en permanencia, constituyen una verdadera aristocracia militar. Deja-



Cl. J. Kuhn, París.

LA RADA DEL HAVRE EN TIEMPO DE CALMA

dos á sí mismos, los ejércitos no tomaron jamás partido por la libertad de un pueblo contra tiranos hereditarios ó usurpadores: en toda ocasión pusieron su fuerza al servicio de algún déspota. Habituados á la obediencia pasiva, no comprendieron jamás una sociedad libre; sometidos servilmente á sus jefes, ayudaban á la sumisión de la población civil.

Hasta cuando el ejército no se emplea directamente como «gran gendarmería» para servir contra el pueblo, sea en las agitaciones políticas, sea en las crisis económicas del trabajo y de las huelgas, no siente menos la hostilidad contra los ciudadanos sin armas. Bien conocido es el gran desprecio de los oficiales de Napoleón hacia

los paisanos ó «pekins», y ese desprecio se halla todavía, aunque en menor grado, en todos los ejércitos, hasta entre los soldados que creen en «el prestigio del uniforme», aunque sólo sea para compensar las humillaciones que les hacen sufrir sus superiores. Ese desprecio engendra el odio, y muchas veces se ha visto el ejército en una guerra nacional, obrar de una manera completamente hostil á los intereses y á los deseos de la nación.

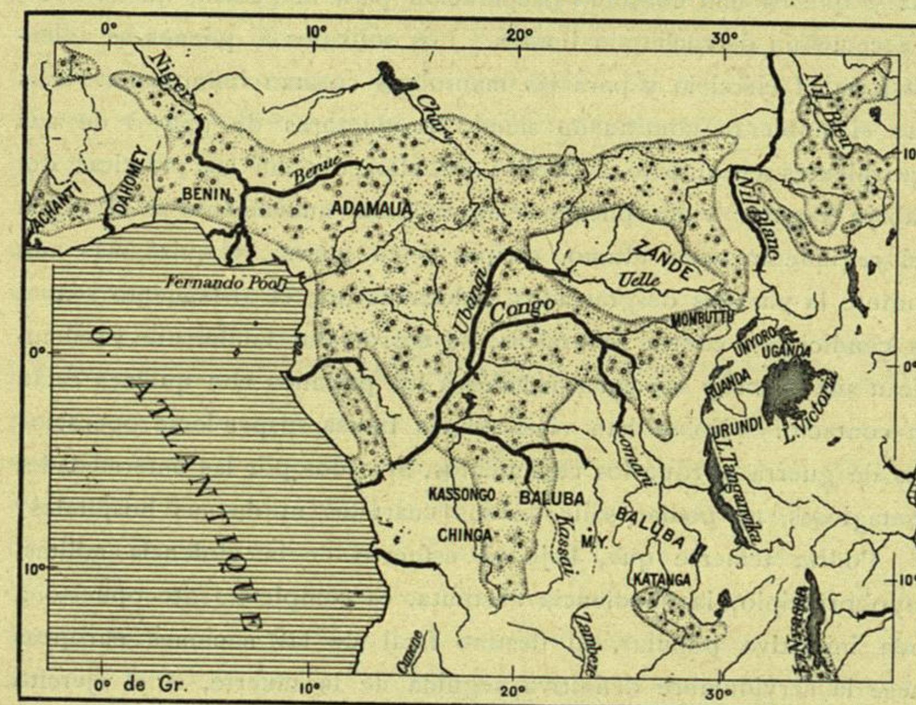
Así, durante la guerra franco-alemana de 1870, Bazaine dejó encerrar en Metz los 170,000 hombres que se le habían confiado, porque quería «conservar un ejército á la disposición eventual de su emperador». Y también, durante el sitio de París, los oficiales que mandaban los fuertes excitaban los odios y las burlas de sus soldados contra los ciudadanos armados; el ejército se hubiera sentido deshonrado por una victoria de la guardia nacional. Por último, en tiempo de paz, la influencia preponderante de las castas militares atribuye á los retirados y á los inválidos, con gran perjuicio del servicio público, numerosas funciones á las que el régimen del ejército no les ha preparado en manera alguna. En Argelia, en el Sudán, se llega hasta desanimar y perseguir á los exploradores que no pertenecen al ejército ó á la Iglesia.

Á propósito de los crímenes que se produjeron en diversas ocasiones en los ejércitos coloniales y que causaron en el mundo una sensación de horror universal, se emitió la idea de que la influencia del sol tropical sería causa de una enfermedad especial, la «sudanitis», que se manifestaría especialmente en los oficiales y les haría cometer actos abominables y sin causa aparente. Esta invención de una enfermedad particular á los militares graduados, que presenta la gran ventaja de ser premiados por los consejos de guerra, y parcialmente también por la opinión pública, recuerda el descubrimiento hecho para el robo en los almacenes de novedades, cuando es cometido por grandes damas que no tienen necesidad de los objetos que se llevan: es entonces un simple caso de kleptomanía, que corresponde, no á los tribunales, sino á la medicina. Sin embargo, en los oficiales dejados en algún terreno colonial, la locura criminal se explica fácilmente sin acceso de sudanitis: el poder absoluto ejercido sobre seres considerados apenas como hombres y

sin haber de temer el juicio de un igual, la reprobación de un solo individuo cuya conciencia ó pensamiento se respeta, ese poder se transforma rápidamente en imperialismo ó en pura maldad.

Organizado para el mal, el ejército no puede funcionar sino para el mal. Durante la guerra destruye todo por el hierro y por

N.º 558. Monarquías del África central y del Sudán.



Según Leo Frobenius — *Geographische Kulturkunde*, p. 9 y siguientes, — existe en el Africa central y en el Sudán una disposición geográfica de las formas gubernamentales. En el centro, el cazador en el bosque ecuatorial, después la zona de los agricultores que viven en régimen comunal, rodeada por la de las monarquías agrícolas: Achanti, Dahomey, Benin, Adamaua, Zande ó Niam-Niam, Mombuttu ó Mangbattu, Kassongo, Chinga, Baluba occidental (M. Y. = Muata Yamvo), Bakuba, Baluba oriental, Katanga. Además se encuentran los pueblos pastores que, en el Este, han constituído imperios: Uganda, Unyoro, Ruanda, Urundi, etc.

el fuego, y la patria que le mantiene, que le suministra los elementos y las armas, gasta para él todos sus recursos presentes y grava el porvenir con tantos empréstitos como los banqueros del mundo quieren consentir. ¿No hubiera aprovechado el Japón la victoria de Mukden y no duraría todavía la guerra de la Mandchuria (1905),

si no se hubiera agotado su crédito? Verdad es que los conflictos entre grandes potencias han llegado á ser acontecimientos raros, porque cada una de ellas teme con fundado motivo los formidables esfuerzos que exigen semejantes luchas, pero los orgullosos Estados se indemnizan destruyendo acá y acullá algunos enemigos lejanos, demasiado débiles para resistir, sin contar que lo que se llama la paz y que es una continua preparación para la guerra, queda siempre como un derroche sin límites. Los soldados á quienes se adiestra para el ejercicio y para las maniobras cuestan infinitamente más que si hubieran continuado siendo productores de pan ó de sus equivalentes en trabajo. Muchos de ellos olvidan las prácticas del trabajo regular y no pueden emprenderlas nuevamente á la salida del regimiento; por último, en paz ó en guerra, y quizá más aún durante la paz, los desgraciados, colocados por el aislamiento sexual en condiciones contra naturaleza, se corrompen fatalmente y comunican sus vicios y sus enfermedades á los paisanos con quienes están en contacto. ¿No se han visto en las Indias suspenderse operaciones de guerra porque los regimientos, atacados por las enfermedades contagiosas, no podían salir de sus cuarteles ni de sus hospitales?

Podría temerse que, bajo el esfuerzo de la violencia militar, cuyo principio, la obediencia absoluta, es completamente opuesto á toda iniciativa popular, el destino fatal de las naciones europeas fuese la servidumbre definitiva seguida de la muerte, si el ejército fuera estrictamente uno en su organización íntima, como aparece en las conferencias que los soldados están obligados á sufrir y en las que cada falta á la consigna, á las órdenes de los jefes, está señalada, como en una especie de estribillo, por una amenaza de pena de muerte. Pero el ejército no es uno; lo de abajo no se relaciona con lo de arriba por una adherencia voluntaria de una parte y de otra; el conjunto no forma una «gran familia» como suele repetirse con frecuencia. Al contrario, los sentimientos de aversión dominan entre los oficiales y «sus» hombres. No puede ser de otro modo: los oficiales, en gran mayoría, pertenecen á las castas de la nobleza y de la burguesía; han vivido fuera del pueblo pobre; han seguido una vía especial; salvo excepciones, jamás han sido soldados de segunda clase y, durante mucho tiempo, el medio más eficaz de evitar en absoluto la cohabitación de la cuadra consistió en abrazar la carrera militar; puede decirse más: los oficiales salidos de filas no alcanzan generalmente una consideración igual á la que gozan sus colegas salidos de las escuelas. El oficial domina desde tan alto al militar no graduado, que toda cordialidad se hace imposible: las condiciones de la vida del soldado se arreglan por sargentos, clase híbrida, despreciada por los unos y odiada por los otros. Hasta en los buques de guerra, donde por ser el espacio tan reducido parece que el contacto habría de ser inevitable, allí mismo, y allí sobre todo, la separación es completa entre los que mandan y la tripulación que ha de obedecer á la menor señal: en ninguna parte se hace sentir más duramente la rigidez brutal de la casta: diríase que los jefes sienten la necesidad de aumentar la distancia moral para compensar la falta de distancia material.

Gracias á esta línea de separación absoluta entre los oficiales y los «hombres», la sociedad ha podido á pesar de todo evolucionar hacia lo mejor. Si la guerra, con toda su vida particular de horrores y de matanzas, fuera la ocupación real del ejército, éste encontraría su monstruosa unidad fuera del cuerpo social, pero felizmente los grandes conflictos internacionales son raros y el desdoble se hace entre los dos elementos del organismo militar: la casta de los oficiales se asocia á las otras castas directoras, mientras que por su parte la tropa gravita naturalmente hacia la masa del pueblo de donde se le ha sacado y donde volverá después de algunos centenares de días, cuya cuenta exacta lleva cuidadosamente en su memoria cada soldado deseoso de libertad. El contraste es harto manifiesto para que los grandes jefes no puedan osar nada, y se vean obligados á sufrir la ingerencia de los paisanos en sus asuntos, cosa monstruosa á sus ojos. Los símbolos republicanos, banderas, cantos, fórmulas les chocan en gran manera, pero el destino les obliga á acomodarse á ellos. Mandan, pero sólo en apariencia; han de acomodarse también á un nuevo orden de cosas; se creen libres y la corriente les lleva hacia un porvenir desconocido.

El código que rige al ejército, desde el general hasta el simple soldado, se presenta con cierta unidad, pero de hecho se aplican á los elegidos del cuerpo superior y á la multitud de los no

graduados dos sistemas completamente diferentes. Los soldados rasos están regidos por el terror, y las penas que se les aplican van acompañadas de torturas tradicionales, impuestas por el capricho de verdugos irresponsables. En cuanto á los oficiales, se tienen por hombres superiores, y arreglan como colegas corteses, de buena compañía, las faltas de sus iguales al deber militar por penas que no pasan de decorativas y que atestiguan una continuación de respeto hacia el oficial sentenciado. Sin embargo, prodúcense dramas terribles á consecuencia de crímenes, de traiciones y de rivalidades personales; pero inmediatamente después los grandes jefes tratan de reparar lo que llaman «el honor del ejército» y que es sencillamente la apariencia de infalibilidad de que deben gozar á los ojos de la multitud ignorante. Así, por ejemplo, en el memorable «proceso Dreyfus» en que se había impuesto la pena más grave á un hombre seguramente inocente, se vió ligarse á la mayoría de los jefes del ejército, no para aclarar y proclamar la verdad, sino, al contrario, para ocultarla: á toda costa, hasta por el asesinato y por documentos falsos, se intentó salvar el honor colectivo del cuerpo, que exigía el sacrificio de una víctima pura, «muy dichosa, se decía, de servir para la salvación de una institución sagrada». Como quiera que sea, el alma del soldado ha sido descubierta, y la crítica del observador, cada vez mejor fundada sobre hechos más numerosos, demuestra que el organismo del ejército, como el de todos los demás cuerpos establecidos en el Estado á expensas de la nación, es un verdadero cáncer que propende á extenderse sobre la parte sana del pueblo y que no puede desaparecer sino por efecto de una revolución decisiva: no hay reformas suficientes en semejante caso. No se reforma el mal; se le suprime.

Pero el miedo es buen consejero. Las diversas castas saben lo que tienen que temer de un porvenir quizá próximo, y se ligan prudentemente para hacer frente al peligro el mayor tiempo posible. Á este respecto, y á pesar del retroceso más ó menos duradero resultante para el conjunto de la sociedad, hay que felicitarse de que la evolución histórica haya producido en las comarcas que se dicen civilizadas una alianza más íntima entre los gobiernos contra los pueblos, y en cada Estado una complicidad más estrecha

entre los cuerpos constituídos, clero, magistratura, ejército, contra la masa explotable de la población; las situaciones se han aclarado



ESTADO INDEPENDIENTE DEL CONGO — EL REY ZAPPO-ZAB Y LOS GRANDES DIGNATARIOS DE SU CORTE

y los acontecimientos han tomado un aspecto lógico. Los jefes y las clases directoras comprenden cada vez más el interés que tienen en la opresión metódica de la multitud de los súbditos sin los

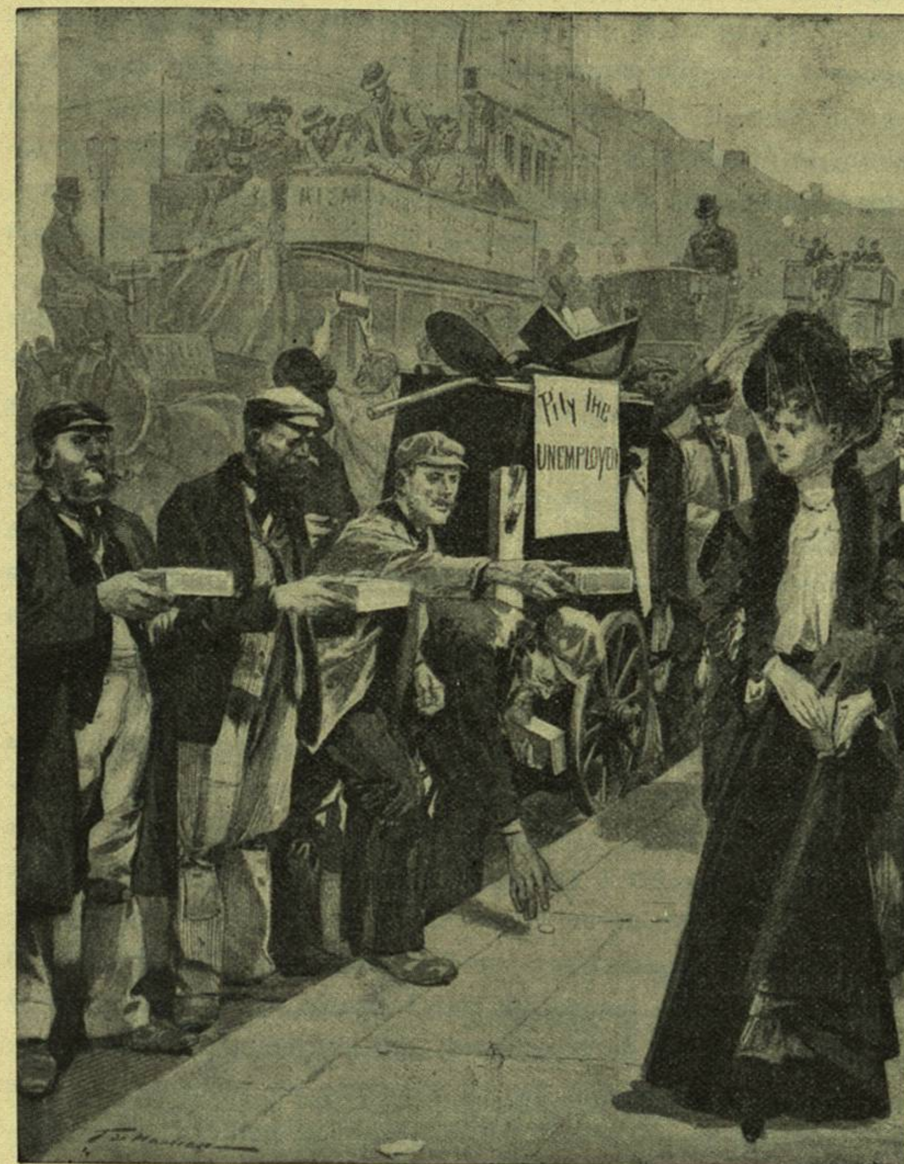
bruscos golpes de la guerra, y su principal cuidado consiste en preparar todo su aparato de defensa contra el pueblo, en el caso en que manifestase el menor intento de independencia. Los pastores de los pueblos, aquellos á quienes, con Octavio Mirbeau, se designan con el nombre de «malos pastores», tienden á constituirse en un gran Consejo, á expensas y por cuenta de la sociedad anónima de los ricos accionistas que les sostienen en el poder.

Asimismo, en los diversos Estados, los órganos del poder, antes completamente distintos y viviendo sobre un fondo de tradiciones propias, se encerraban en su celoso espíritu de cuerpo y profesaban una moral propia y exclusiva, fundada sobre la glorificación de su casta especial; pero esas diversas jerarquías, que recíprocamente se envidiaban y se odiaban, han sentido la necesidad de unirse contra el enemigo común, contra el pensador libre que las estudia y desprecia, contra el hombre que Bossuet califica de herético: «el que tiene una opinión propia, sigue su propio pensamiento y su sentimiento particular», y sobre todo contra el rebelde consciente, que no abdica su derecho de defensa, y ha comprendido el deber de obrar por sí y por sus compañeros de sufrimiento: «Contra el enemigo la reivindicación es eterna» [1]. En todo tiempo hubo rebeldes, pero casi siempre fueron desgraciados, embrutecidos por la miseria, que no pudiendo sufrir más, se volvían ciegamente contra el amo, pero éste ve ahora levantarse ante sí reivindicadores que conocen la causa de su miseria y los medios de salir de ella, «herejes» que, en la lucha contra la rutina, asocian su pensamiento, su sentimiento y su ciencia en vista de una acción común, desprecian las vanidades del poder y las futilidades de la riqueza, y son frecuentemente superiores á sus patronos, no sólo por la comprensión de las cosas, sino también por las cualidades morales.

Todas las clases de funcionarios y de gobernantes que tienen su parte en el presupuesto se ven obligadas á renunciar á su orgulloso aspecto de superioridad para hacer frente al peligro: soldados y curas, magistrados y parásitos que viven de la explotación de las gentes de trabajo se alían en vista del beneficio común, todos bajo la dirección

[1] «*Adversus hostem æterna auctoritas esto*». L. Morosti, *Les Problèmes du Paupérisme*.

del prelado, de melíflua palabra, de sutil conciencia, siempre dispuesto á distinguir el bien del mal ó á entremezclarlos sabiamente.



Cl. P. Sellier.

LONDRES — CUESTACIÓN PÚBLICA POR LOS OBREROS SIN TRABAJO

Un mismo fenómeno se produce de una parte y de otra: la concentración de las inteligencias y de las voluntades alrededor de dos principios opuestos; de un lado la autoridad, que tiene su

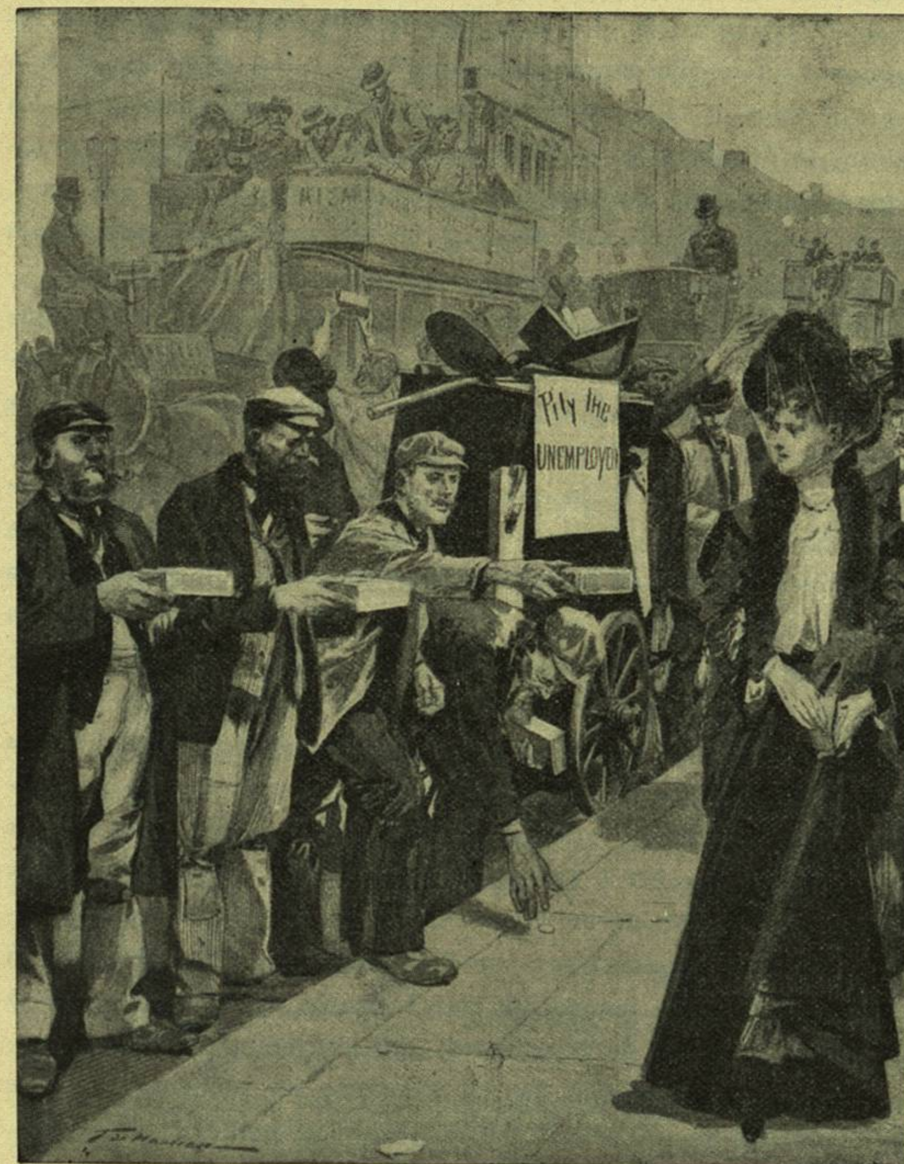
bruscos golpes de la guerra, y su principal cuidado consiste en preparar todo su aparato de defensa contra el pueblo, en el caso en que manifestase el menor intento de independencia. Los pastores de los pueblos, aquellos á quienes, con Octavio Mirbeau, se designan con el nombre de «malos pastores», tienden á constituirse en un gran Consejo, á expensas y por cuenta de la sociedad anónima de los ricos accionistas que les sostienen en el poder.

Asimismo, en los diversos Estados, los órganos del poder, antes completamente distintos y viviendo sobre un fondo de tradiciones propias, se encerraban en su celoso espíritu de cuerpo y profesaban una moral propia y exclusiva, fundada sobre la glorificación de su casta especial; pero esas diversas jerarquías, que recíprocamente se envidiaban y se odiaban, han sentido la necesidad de unirse contra el enemigo común, contra el pensador libre que las estudia y desprecia, contra el hombre que Bossuet califica de herético: «el que tiene una opinión propia, sigue su propio pensamiento y su sentimiento particular», y sobre todo contra el rebelde consciente, que no abdica su derecho de defensa, y ha comprendido el deber de obrar por sí y por sus compañeros de sufrimiento: «Contra el enemigo la reivindicación es eterna» [1]. En todo tiempo hubo rebeldes, pero casi siempre fueron desgraciados, embrutecidos por la miseria, que no pudiendo sufrir más, se volvían ciegamente contra el amo, pero éste ve ahora levantarse ante sí reivindicadores que conocen la causa de su miseria y los medios de salir de ella, «herejes» que, en la lucha contra la rutina, asocian su pensamiento, su sentimiento y su ciencia en vista de una acción común, desprecian las vanidades del poder y las futilidades de la riqueza, y son frecuentemente superiores á sus patronos, no sólo por la comprensión de las cosas, sino también por las cualidades morales.

Todas las clases de funcionarios y de gobernantes que tienen su parte en el presupuesto se ven obligadas á renunciar á su orgulloso aspecto de superioridad para hacer frente al peligro: soldados y curas, magistrados y parásitos que viven de la explotación de las gentes de trabajo se alían en vista del beneficio común, todos bajo la dirección

[1] «*Adversus hostem æterna auctoritas esto*». L. Morosti, *Les Problèmes du Paupérisme*.

del prelado, de melíflua palabra, de sutil conciencia, siempre dispuesto á distinguir el bien del mal ó á entremezclarlos sabiamente.



Cl. P. Sellier.

LONDRES — CUESTACIÓN PÚBLICA POR LOS OBREROS SIN TRABAJO

Un mismo fenómeno se produce de una parte y de otra: la concentración de las inteligencias y de las voluntades alrededor de dos principios opuestos; de un lado la autoridad, que tiene su

forma lógica en el catolicismo enseñado por los Jesuítas, de la otra la libertad, que reconoce á cada uno el deber de seguir la ley de su propia conciencia. Poco á poco salen los elementos de la multitud de los esclavizados sin idea, y se dirigen hacia uno de esos polos; las opiniones intermediarias tratan de conciliar los dos extremos, se evaporan al calor de la controversia, constituyendo formas pasajeras. En política se disuelven los partidos de «izquierda», los grupos «avanzados» se replegan gradualmente y se amontonan hacia el «centro», los del centro hacia la «derecha», á medida que las reivindicaciones populares se hacen más serias y se expresan más claramente.

Todos los movimientos de emancipación se sostienen, aunque los rebeldes se ignoran frecuentemente unos á otros y hasta conservan sus enemistades y sus rencores atávicos. De Inglaterra y de Alemania á Francia y á Italia, los obreros que se detestan recíprocamente son numerosos, lo que no les impide ayudarse mutuamente en la lucha común contra el capital opresor. Así también, entre las mujeres que se han lanzado impetuosamente en el ejército de la reivindicación igualitaria entre los sexos, hubo en un principio una gran proporción que, en su calidad de patricias ó de letradas, conservaban un santo horror al obrero de vestidos viejos y sucios; pero desde los primeros tiempos del «feminismo» se vieron valientes mujeres que iban heroicamente hacia las prostitutas, para solidarizarse con ellas en la protesta contra los abominables tratamientos que se les hace sufrir y contra la escandalosa parcialidad de la ley respecto de los seductores contra sus víctimas. Arriesgando insultos y contactos repugnantes, aquellas mujeres osaron descender á las casas públicas y ligarse con sus hermanas reprobadas contra la vergonzosa injusticia de la sociedad. De ese modo, las risas groseras, los bajos ultrajes con que se acogieron sus primeros pasos, se han cambiado, en muchos de los que antes se burlaban, en admiración profunda. Es un valor de un valor superior al del feroz soldado que, poseído de furor bestial, se desenfrena á tiros y sablazos.

Todas las reivindicaciones de la mujer contra el hombre son evidentemente justas: reivindicación de la obrera que cobra menos jornal que el obrero por trabajo igual, reivindicación de la esposa en quien se castiga como «crímenes» lo que son «pecadillos» en el esposo, reivindicación de la ciudadana á la que se prohibe toda acción política aparente, que obedece á leyes que no ha contribuído á hacer y paga impuestos que no ha consentido. Su derecho de recriminación es absoluto, y ninguna de las que se vengan cuando la ocasión se presenta debiera ser condenada, puesto que las primeras culpas son las del privilegiado. Pero ordinariamente la mujer no se venga; en sus congresos hace, al contrario, un cándido llamamiento á los legisladores y á los gobernantes, esperando su salvación de sus deliberaciones ó de sus decretos. De año en año la experiencia les demostrará que la libertad no se mendiga y que es preciso conquistarla; les enseñará además que su causa se confunde virtualmente con la de todos los oprimidos quienes quiera que sean; en lo sucesivo habrán de ocuparse de todos aquellos á quienes se perjudica, y no solamente de las desgraciadas mujeres obligadas por la miseria á vender su cuerpo. Unidas las unas á los otros, todas las voces de los humildes y ofendidos tronarán en un formidable grito que habrá de ser oído.

No hay que engañarse. Los que buscan la justicia no tendrán probabilidad alguna de triunfar un día, ningún rayo de esperanza puede reconfortarles en su miseria si la liga de todas las clases enemigas se mantuviera sin defecciones, si se presentara sólida como el muro viviente de un cuadro de infantería; pero de sus filas salen innumerables tránsfugas, unos que se van sin vacilación á engrosar el campo de los rebeldes, otros que se dispersan acá ó acullá, más ó menos aproximados al grupo de los innovadores ó del de los conservadores, pero en todo caso demasiado alejados de su lugar de origen para que se les pueda atraer en el momento de la batalla. Es natural que los cuerpos organizados se empobrezcan despojándose así de sus mejores elementos por un continuo movimiento de emigración. El estudio de los hechos y de las leyes que la ciencia contemporánea revela en su encadenamiento, las rápidas transformaciones del estado social, las condiciones nuevas del ambiente, la necesidad de equilibrio moral entre los seres que atrae lógicamente la investigación de la verdad, todo eso crea á los jóvenes un medio completamente diferente del que constituye un organismo tra-

dicional de lenta y penosa evolución. Verdad es que los representantes de los antiguos monopolios tienen también sus reclutas, sobre todo los que, cansados de sufrir por sus ideas, quieren gozar al fin de las alegrías y de los privilegios de este mundo, comer hasta saciarse y vivir á su vez como parásitos. Pero cualquiera que sea el valor particular de tal ó cual individuo que cambia de ideal y de práctica, es cierto que el ejército del ataque revolucionario gana en este cambio de hombres, porque recibe los ardientes, los resueltos, los jóvenes de audacia y de voluntad, mientras que hacia el campo de los antiguos partidos se dirigen los vencidos de la vida, llevando su desaliento y su pusilanimidad.

El Estado y los diversos Estados que le componen tienen la gran desventaja de obrar según un mecanismo tan regular, tan pesado, que les es imposible modificar sus movimientos y habituarse á las cosas nuevas. No solamente no ayuda el funcionarismo al trabajo económico de la sociedad, sino que le es doblemente perjudicial, primero molestando de todas maneras la iniciativa individual y hasta impidiendo su nacimiento, después retardando, deteniendo é inmovilizando los trabajos que le son confiados. Los engranajes de la máquina administrativa están establecidos precisamente en sentido inverso de los que funcionan en un organismo industrial. En éste se procura disminuir el número de los artículos inútiles y producir la mayor cantidad de resultados con el mecanismo más sencillo; en la jerarquía administrativa, por el contrario, hay empeño en multiplicar los encargados y los subordinados, los directores, contadores ó inspectores: se hace el trabajo imposible á fuerza de complicarle. En cuanto se presenta un asunto que no se ajusta á la rutina habitual, la administración se turba como se turba un pueblo de ranas por la caída de una piedra en el charco de su residencia. Todo se convierte en motivo de retraso ó de reprensión. Uno no quiere firmar porque tiene envidia de un rival que podría salir beneficiado, otro porque teme desagradar á un superior, un tercero reserva su opinión para darse importancia. Después vienen los indiferentes y los perezosos. El tiempo, los accidentes, las equivocaciones completan las excusas de la mala voluntad, y por último los expedientes desaparecen bajo una capa de polvo en la oficina

de algún jefe malévolo ó perezoso. Las formalidades inútiles y, en ciertos casos, la imposibilidad material de suministrar todas las firmas exigidas, detienen los negocios.

Los trabajos más urgentes no pueden hacerse porque la fuerza de inercia de las oficinas permanece invencible. Tal es el ejemplo de la isla de Re, que está en peligro de ser algún día cortada en dos por una tempestad. Del lado del Océano ya ha perdido una orilla



Cl. R. B., París.

LA COSTA DE LA ISLA DE RE INMEDIATA Á LA PUNTA DE LAS BALLENAS Y Á LOS PANTANOS PERDIDOS

de terreno de algunos kilómetros de ancha en ciertos puntos, y no queda actualmente en el lugar más amenazado que un istmo menor de cien metros de ancho: el cordón de dunas que forma la osamenta de la isla es allí muy débil, y todo hace prever que, con motivo de una fuerte marea de equinoccio, algún furioso viento de Oeste hará pasar un día las olas á través del pedúnculo de arena y se abrirá un amplio estrecho por los pantanos y los campos. Todos están conformes en que urge construir un poderoso dique sobre ese punto débil de la isla; pero se construyó allí ya hace tiempo un fortín, obra sin valor, abandonado actualmente á los murciélagos, sin un hombre siquiera de guarnición; no importa, está bajo la vigilancia virtual del cuerpo de ingenieros y, por consiguiente, todos

los trabajos civiles están forzosamente detenidos en sus inmediaciones: esa parte de la isla ha de perecer. No lejos de allí, las aguas de un golfo han hecho irrupción en pantanos salados y los han cambiado en un estuario sin profundidad. Sería fácil recuperar esos «Pantanos Perdidos» y los ribereños ya lo habían proyectado, pero la invasión del mar lo ha convertido en dominio nacional, y la serie de formalidades que traería consigo la recuperación del suelo aparece de tal modo indefinida que la empresa se ha hecho imposible. La tierra perdida quedará perdida, á menos de una resolución que suprima toda intervención molesta de un Estado ignaro é indiferente y permita á los interesados la libre gerencia de sus intereses.

En ciertos casos el poder se ejerce de una manera aún más absoluta por los pequeños funcionarios que por los personajes de imponente situación. A éstos su importancia misma les impone cierto decoro, se ven obligados á respetar lo que se llama los «usos del mundo» y á ocultar sus insolencias, lo que á veces basta para dominarlos y calmarlos. Por otra parte, las brutalidades, los delitos ó los crímenes que cometen los grandes provocan la atención de todos: la opinión se mezcla en sus actos y los discute con pasión; con frecuencia hasta arriesgarían ser destituídos por una intervención de los cuerpos deliberantes y arrastrarían á sus superiores en la caída. Pero el pequeño funcionario no ha de temer semejantes responsabilidades cuando un poderoso patrón le cubre con su escudo, porque entonces toda la administración superior, hasta el ministro, hasta el rey, garantiza su irreprochable conducta. El grosero puede expansionarse libremente en toda su grosería, el violento golpear á su antojo, el cruel divertirse á sus anchas en martirizar. ¡Qué infierno vivir bajo el odio de un sargento instructor, de un carcelero, de un calabocero! Por la ley, los reglamentos, la tradición, la complacencia de los superiores, el tirano es á la vez juez, testigo y verdugo. Saciando su cólera aparece siempre como fiel servidor de la infalible majestad de la justicia. Y si el destino le lleva á ser el sátrapa de alguna colonia lejana, ¿quién osará oponerse á su capricho? Entonces se eleva á la categoría de los reyes y de los dioses.

La rudeza del empleado que, protegido por una rejilla, puede permitirse ser grosero con cualquiera, el ingenio del magistrado que

se ejerce á expensas del acusado á quien va á condenar, la brutalidad del agente que detiene á pacíficos manifestantes y mil otras maneras soberbias y arrogantes de la autoridad, mantienen la animosidad entre gobernantes y gobernados. Y nótese que esos hechos que ocurren diariamente no se fundan en la ley, sino en decretos, circulares ministeriales, comentarios, reglamentos y disposiciones de los gobernadores. La ley puede ser dura, hasta injusta, pero el trabajador rara vez la encuentra en su camino; hasta puede en determinadas circunstancias atravesar la vida sin notar que está sometida á ella, hasta ignorando que paga el impuesto; pero á cada manifestación de su actividad tropieza con las decisiones dictadas por unos funcionarios mucho más irresponsables que los mismos miembros del Parlamento, decisiones inapelables y que recuerdan á cada instante al individuo la tutela á que le tiene sometido el Estado.

El número de funcionarios grandes y pequeños se aumenta naturalmente en proporciones considerables á medida que se aumentan los recursos del presupuesto y que el fisco se ingenia para hallar procedimientos nuevos para extraer más ingresos de la «materia imponible»; pero la abundancia de encargados y empleados proviene sobre todo de lo que se llama la «democracia», es decir, la participación de la multitud en las prerrogativas del poder. Cada ciudadano quiere tener su pedazo de ellas, y la ocupación principal de las gentes que tienen ya su función oficial consiste en clasificar, estudiar y apostillar las demandas de los que reclaman también su plaza. ¿No se ha pagado — y quizá se paga todavía — un inspector de los bosques de la isla de Ouessant, que en conjunto tiene ocho árboles, cinco en el jardín del cura y tres en el cementerio?

Tal es la presión ejercida sobre el gobierno por la multitud de los pretendientes, que la adquisición de colonias lejanas se debe en gran parte al cuidado de distribuir funciones. Puede juzgarse de lo que en muchos países es la colonización por el hecho de que en Argelia el número de los Franceses residentes en 1896 en los límites del territorio era un poco más de 260,000, entre los cuales se contaban más de 51,000 funcionarios de toda clase, ó sea cerca de

la quinta parte de los colonos [1], sin contar los cincuenta mil hombres de guerra. Esto recuerda la inscripción añadida en un mapa al nombre de la «ciudad» de Ouchouia, la colonia urbana más meridional de América y del mundo: «Setenta y ocho residentes, todos funcionarios».

Francia, tomada como ejemplo de esta «democratización» del Estado, está dirigida por un número de unos seiscientos mil parti-



Cl. del *Assiette au Beurre*.

LAS POTENCIAS EN CHINA, POR STEINLEN

cipantes en la fuerza soberana, pero si se unen á los funcionarios propiamente dichos los que se consideran como tales, y que efectivamente están revestidos de cierto poder local ó momentáneo, lo mismo que los individuos separados del grueso de la nación por títulos ó signos distintivos, como guardas rurales, tamborileros de villa, pregoneros, sin contar los condecorados, resulta que el número de los funcionarios excede en mucho al de los soldados, y, tomados en su conjunto, son sostenes mucho más eficaces del gobierno que les paga, porque mientras el militar obedece las órdenes reci-

[1] Louis Vignon, *La France en Algérie*.

EL ENRIQUECIDO, POR J. FORAIN



Album Forain. Cl. Plon-Nourrit.

— Sí, hijos míos; privándome todos los días de tomar café, he llegado á ser propietario.

la quinta parte de los colonos [1], sin contar los cincuenta mil hombres de guerra. Esto recuerda la inscripción añadida en un mapa al nombre de la «ciudad» de Ouchouia, la colonia urbana más meridional de América y del mundo: «Setenta y ocho residentes, todos funcionarios».

Francia, tomada como ejemplo de esta «democratización» del Estado, está dirigida por un número de unos seiscientos mil parti-



Cl. del *Assiette au Beurre.*

LAS POTENCIAS EN CHINA, POR STEINLEN

cipantes en la fuerza soberana, pero si se unen á los funcionarios propiamente dichos los que se consideran como tales, y que efectivamente están revestidos de cierto poder local ó momentáneo, lo mismo que los individuos separados del grueso de la nación por títulos ó signos distintivos, como guardas rurales, tamborileros de villa, pregoneros, sin contar los condecorados, resulta que el número de los funcionarios excede en mucho al de los soldados, y, tomados en su conjunto, son sostenes mucho más eficaces del gobierno que les paga, porque mientras el militar obedece las órdenes reci-

[1] Louis Vignon, *La France en Algérie.*

EL ENRIQUECIDO, POR J. FORAIN



Album Forain. Cl. Plon-Nourrit.

— Sí, hijos míos; privándome todos los días de tomar café, he llegado á ser propietario.

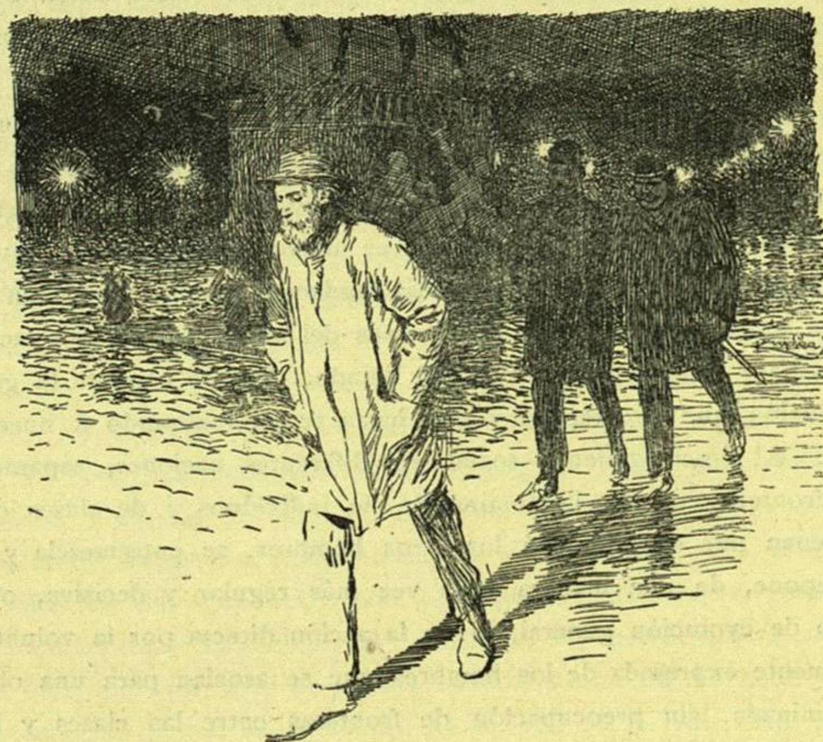
bidas por temor, el funcionario añade al móvil de la obediencia el de la convicción: como forma parte del gobierno, reconcentra en sí su espíritu en toda su manera de pensar y en su ambición. Por sí solo representa el Estado. Además, el inmenso ejército de funcionarios en plaza tiene como reserva el ejército, mayor aún, de todos los candidatos á las funciones, de todos los solicitantes y pretendientes, padres, parientes y amigos. Así como los ricos se apoyan sobre la masa profunda de los pobres y de los hambrientos que les son semejantes por los apetitos y el amor al lucro, así también las multitudes oprimidas, vejadas y maltratadas sostienen indirectamente el Estado, puesto que se componen de individuos que se ocupan en solicitar empleos.

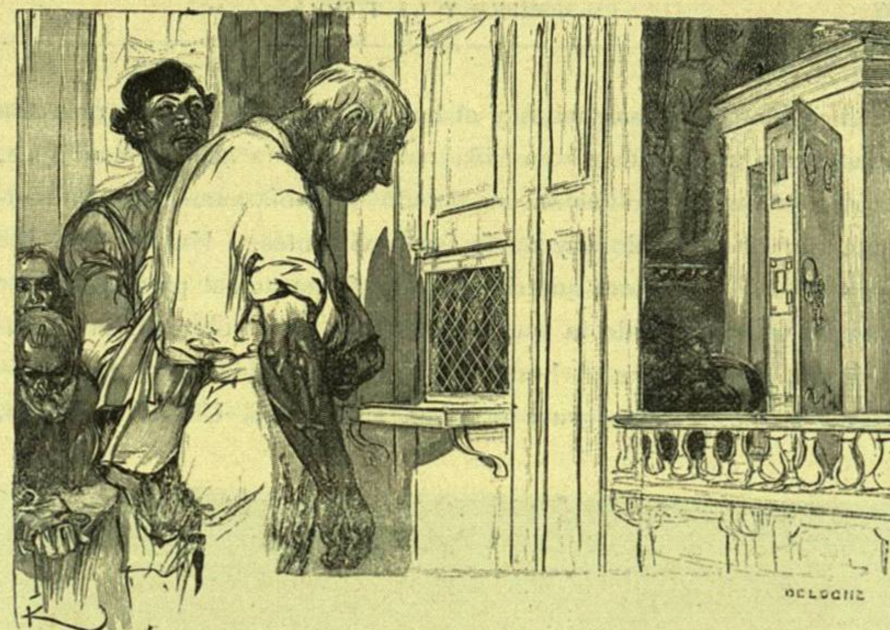
Naturalmente, esa expansión indefinida del poder, ese reparto al menudeo de las plazas, de los honores y de los pequeños sueldos, hasta salarios ridículos, hasta la simple esperanza de emolumentos futuros, tiene consecuencias de efecto contradictorio. Por una parte la ambición de gobernar se generaliza, hasta se universaliza, y la tendencia normal del ciudadano común consiste en participar en la gerencia de la cosa pública. Millones de hombres se sienten solidarios de la conservación del Estado, que es su propiedad, su cosa; así también, paralelamente, la deuda creciente del gobierno, repartida en miles de pequeños títulos de renta, encuentra otros tantos defensores como acreedores que perciben cada trimestre el valor de sus cupones. Por otra parte, ese Estado, dividido en innumerables fragmentos, y colmando de privilegios á tal ó cual individuo que todo el mundo conoce y que no ha dado ocasión especial de que se le admire ni de que se le tema, que hasta hay razón para que se le desprecie, ese gobierno pueril, demasiado conocido, cesa de dominar á la multitud por la impresión de majestad terrible que pertenecía antes á los amos, casi siempre invisibles y que no se mostraban al público sino rodeados de jueces, escuderos y verdugos. No solamente el Estado no inspira ya misterioso y sagrado terror, sino que hasta provoca risa y desprecio: por los periódicos satíricos, especialmente por las maravillosas caricaturas que han llegado á ser una de las formas más notables del arte contemporáneo, los historiadores futuros estudiarán el espíritu pú-

blico durante todo el período que comienza con la segunda mitad del siglo XIX. El Estado perece, se neutraliza por su misma diseminación; poseyéndole todos, ha cesado virtualmente de existir; ya no es más que la sombra de sí mismo.

Así es como las instituciones se desvanecen en cuanto triunfan en apariencia. El Estado se ramifica por todas partes, pero por todas partes también se muestra una fuerza opuesta, antes tenida por nula é ignorándose á sí misma, pero siempre creciente y desde luego consciente de la obra que ha de realizar. Esta fuerza es la libertad de la persona humana que, después de haber sido espontáneamente ejercida por muchas tribus primitivas, fué proclamada por unos filósofos y reivindicada sucesivamente con más ó menos conciencia y voluntad por innumerables rebeldes. En nuestros días los rebeldes se multiplican; su propaganda toma un carácter cuya forma, menos pasional que en otro tiempo, es mucho más científica; entran en la lucha más convencidos, más audaces, más confiados en su fuerza y encuentran en las condiciones del ambiente mayores facilidades para escapar á la acción del Estado. En eso consiste la gran revolución que se prepara y que hasta se va realizando á nuestra vista. Al funcionamiento social en diferentes naciones, separadas por fronteras y bajo la dominación de individuos y de clases que se tienen por superiores á los otros hombres, se entremezcla y se sobrepone, de una manera cada vez más regular y decisiva, otro modo de evolución general, el de la acción directa por la voluntad libremente expresada de los hombres que se asocian para una obra determinada, sin preocupación de fronteras entre las clases y los países. Toda realización que se verifica así sin la intervención de los jefes oficiales, fuera del Estado, cuyo pesado mecanismo y cuyas prácticas trasnochadas no se prestan al movimiento normal de la vida, es un ejemplo que puede ser utilizado para empresas más grandes, y los antiguos súbditos, convertidos en asociados, se agrupan con toda independencia, conforme á sus afinidades personales, á sus relaciones con el clima que les baña y el suelo que les sostiene y aprenden á prescindir de los andadores que tan mal les guían, dirigidos por hombres degenerados y locos. Por los fenómenos de la actividad humana en las ramas del trabajo, agricultura,

industria, comercio, estudio, enseñanza y descubrimientos, los esclavizados llegan gradualmente á libertarse, á conquistar la posesión completa de esa iniciativa individual sin la cual ningún progreso se realizó jamás.





EL CULTIVO Y LA PROPIEDAD

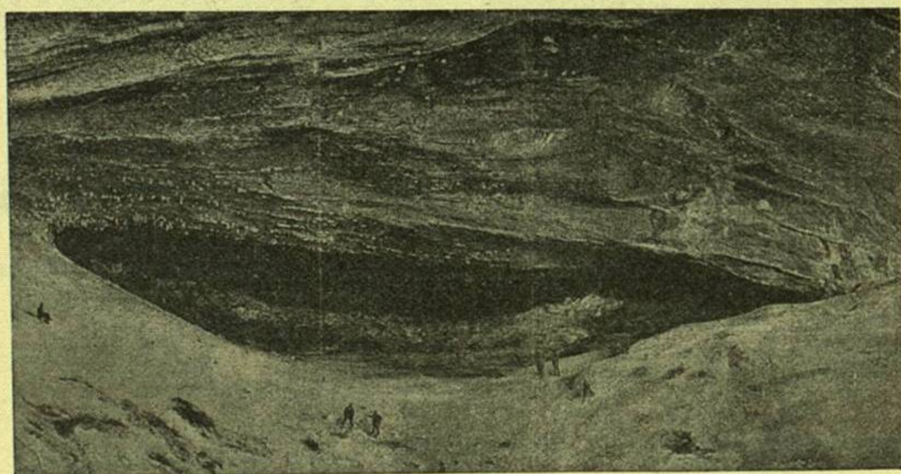
El poder de los reyes y de los emperadores es limitado, el de la riqueza no tiene límites.

CAPÍTULO VIII

Haber de la humanidad en fauna y en flora.
Domesticación. — Parques nacionales y reservas. — Especies humanizadas. — Propiedad común. — Repartos periódicos.
Propiedad privada. — Grande y pequeña propiedad.
Tierra dada en feudo ó regalada. — Alquiler y arrendamiento.
Mejoras agrícolas. — El suelo y la hacienda.
Cuadro general de la producción. — Caos y miseria.

El haber que se atribuye la humanidad y que representan los jardines y los campos cultivados, los rebaños de las praderas y de los eriales y, por último, los animales domésticos, se ha aumentado, de una manera general, proporcionalmente al número de beneficiarios; sin embargo, no parece que, desde la época prehistórica, las adquisiciones del hombre en especies nuevas de esencial utilidad hayan sido muy considerables. Allá en los remotos tiempos á que se remontan los testimonios escritos, ya se habían hecho los

descubrimientos fundamentales y el hombre molía el grano y amasaba la pasta que se transforma en vida; también tenía amigos, asociados, servidores entre los animales: su mundo se había aumentado infinitamente por el de la flora y de la fauna vivientes. Hasta es posible remontarse á las edades anteriores á la fauna actual para encontrar en ellas los indicios de la asociación hecha por voluntad, por astucia ó por fuerza entre el hombre y otros animales. Los descubrimientos hechos en una gruta próxima á la bahía Ultima Speranza,



LA GRAN GRUTA DE ULTIMA SPERANZA

en medio de los archipiélagos magallánicos, no dejan la menor duda respecto de este asunto. Es cierto que antes del último período glacial los trogloditas de la América meridional poseían ya un animal doméstico, el *grypotherium domesticum*, un desdentado gravígrado, que ha dejado de existir desde hace ya mucho tiempo: espesas capas de estiércol de unos dos metros, que cubren un espacio de 2,600 metros cuadrados en la gruta que aquellos animales habitaban al lado de los hombres, prueba que se les criaba en verdaderos rebaños[1].

Como toda evolución, la de las relaciones del hombre con las otras especies vivientes, vegetales y animales, sufre ciertos retrocesos. El cultivo no se ha enriquecido ni mejorado con un movi-

[1] R. Hanthal, *Revista del Museo de la Plata*, t. IX, ps. 409 y siguientes.

miento igual y continuo; en ciertas épocas, por el contrario, se ha empobrecido mucho. En cuanto á domesticar los animales, es cierto que la humanidad se halla parcialmente en una vía regresiva. Algunas especies que hubieran podido ser preciosos auxiliares han sido destruídas, así como otras que, por lo menos, contribuían á la belleza y á la alegría de nuestro planeta; ahora no se las conoce en las vitrinas de nuestras colecciones, sino por raros ejemplares y por las descripciones y los grabados que sagaces naturalistas han dedicado



LA CADENA DE LOS ANDES, VISTA DESDE LA GRUTA DE ULTIMA SPERANZA

á la fauna desaparecida. Hay especies aún, como el kanguro, gravemente amenazadas, y si llegasen á perecer la pérdida sería irremediable. Además, animales antes domesticados han vuelto en nuestros días á la vida errante. Así los arqueólogos han comprobado de una manera indubitable que los Egipcios del «Antiguo Imperio» contaban en sus rebaños de animales domésticos tres especies de antílopes, la gacela de Nubia *(A. leucoryx)*, la gacela propiamente dicha *(A. dorcas)* y el defalla *(A. ellipsiprymna)*; en un bajo relieve señalado por Lepsius en sus *Denkmaeler*, se ve, entre los rebaños de animales domésticos contados por los escribas, una cuarta especie de antílope, el *damalis senegalensis*, de cuernos en forma de lira. El buquetin del Sinaí, *capra sinaitica* [1], que se encuentra aún en

[1] Fr. Lenormant, *Les Premières Civilisations.*

multitudes silvestres entre el Nilo y el Mar Rojo, como en el macizo del Sinaí, había sido también domesticado. Pero desde el «Imperio Medio» la gacela de Nubia era el único de esos antílopes ó cabras que quedó doméstica, y después de la invasión de los Hyksos, todos aquellos animales que los Egipcios habían sabido asociar á su existencia habían vuelto á ser silvestres.

Con las diversas especies de perros que poseían y enseñaban los Egipcios, habían sabido adiestrar dos animales aproximados á la hiena, en los que Hartmann ha reconocido el perro hienoide, *canis pichus*[1], que vive todavía en Abisinia, pero que no se utiliza ya en ninguna parte como cazador, aunque sabe agruparse muy bien en jauría y perseguir la caza con raro método hasta en pleno día. No costó gran trabajo á los Egipcios aprovechar ese instinto tan notable, porque el perro hienoide se reproduce en la domesticidad. En cuanto al guepardo (*felis jubata*), que los cazadores de Egipto tenían también en sus perreras, sirve todavía á los Beni Mzab de Argelia para perseguir á los antílopes. Al extremo opuesto del continente, en las malezas del África meridional, el abandono extraordinario de los colonos, de raza holandesa, francesa ó británica, ha destruído, en el espacio de dos siglos, quizá más especies de animales que las que el hombre hubiera podido asociar á su trabajo. Dos de esos soberbios animales han desaparecido completamente durante la segunda mitad del siglo XIX: el antílope negro ó blaubock y el couaga. Este último hubiera sido fácil de conservar, porque se domesticaba pronto cuándo se le capturaba joven: se cruzaba con la yegua y no sufría como la mayor parte de los otros animales el terrible contagio aportado por la mosca tsetsé. Por millones hubieran podido contarse los couagas si se hubiera intentado la cría, y no quedan en la actualidad más que esqueletos y pieles en una docena de museos[2].

El elefante, que constituía la gloria de los grandes cortejos de Africa, hace dos mil años, como todavía en la actualidad en las Indias, ha vuelto recientemente al estado salvaje en el continente negro. En el curso del siglo XIX, la especie africana no estaba ya

[1] Dümichen; — Hartmann, *Resultate der archäologisch-photographischen Expedition.*
[2] Graham Renshaw, *Zoologist*, citado en la *Revue Scientifique*, 30 Marzo 1901.

representada por un solo animal domesticado: la raza había vuelto á su primitivo estado silvestre, y lo que de ella quedaba estaba amenazado de desaparición muy próxima. Se ha calculado que la producción del marfil elefantino en África es de 800,000 kilogramos anuales. Una pequeña parte de esta preciosa substancia se compone de «marfil muerto», procedente de cadáveres hallados en los bosques, pero casi toda la cosecha se compone de «marfil vivo»[1]. Es decir, tomando un término medio de 15 kilogramos por colmillo, los cazadores matan á lo menos 40,000 elefantes al año, sin contar los que habiendo sido heridos, van á morir lejos perdidos en la maleza[2]. Y sin embargo, ¡cuánta riqueza superior, por su fuerza de trabajo y por su inteligencia representa el animal vivo comparado con el animal muerto! En lugar de esas cazas de exterminio, se podría fácilmente domesticar al gigantesco animal, como antiguamente los Etiopes, los «más prudentes de los hombres», y tranformarle en servidor, mejor aún, en aliado en el trabajo de arreglo del suelo africano. Los relatos de los historiadores y los grabados de las monedas no dejan duda que el elefante doméstico de los ejércitos pertenecía verdaderamente á la especie que recorre hoy día los bosques nilóticos. La dimensión considerable de las orejas y la forma de la frente caracterizan claramente esta especie. Pero la guerra mató la industria de la domesticación, y á la paz, á la paciente dulzura de los educadores incumbe comenzar nuevamente la grandísima obra, porque es verdaderamente uno de los supremos triunfos del hombre haber sabido elevar ciertos animales hasta la sociedad superior que concibe y practica lo bello. ¿No ha llegado el elefante á ser el dios Ganesa, es decir, el símbolo de la Prudencia, gracias al hombre, que hizo de él su compañero? ¿Y no puede decirse lo mismo de especies igualmente divinizadas, como el perro y el gato, que, conservando, especialmente el gato, cierta independencia y la originalidad del carácter, se han humanizado para vivir de la existencia del *homo sapiens* por la mirada, los deseos, los sentimientos y las pasiones?

[1] Marfil puesto en venta en los tres grandes mercados de Londres, Liverpool y Amberes en 1895: 674,550 kilogramos.
[2] *Revue Scientifique*, 21 Septiembre 1895.

multitudes silvestres entre el Nilo y el Mar Rojo, como en el macizo del Sinaí, había sido también domesticado. Pero desde el «Imperio Medio» la gacela de Nubia era el único de esos antílopes ó cabras que quedó doméstica, y después de la invasión de los Hyksos, todos aquellos animales que los Egipcios habían sabido asociar á su existencia habían vuelto á ser silvestres.

Con las diversas especies de perros que poseían y enseñaban los Egipcios, habían sabido adiestrar dos animales aproximados á la hiena, en los que Hartmann ha reconocido el perro hienoide, *canis pichus*[1], que vive todavía en Abisinia, pero que no se utiliza ya en ninguna parte como cazador, aunque sabe agruparse muy bien en jauría y perseguir la caza con raro método hasta en pleno día. No costó gran trabajo á los Egipcios aprovechar ese instinto tan notable, porque el perro hienoide se reproduce en la domesticidad. En cuanto al guepardo *(felis jubata)*, que los cazadores de Egipto tenían también en sus perreras, sirve todavía á los Beni Mzab de Argelia para perseguir á los antílopes. Al extremo opuesto del continente, en las malezas del África meridional, el abandono extraordinario de los colonos, de raza holandesa, francesa ó británica, ha destruído, en el espacio de dos siglos, quizá más especies de animales que las que el hombre hubiera podido asociar á su trabajo. Dos de esos soberbios animales han desaparecido completamente durante la segunda mitad del siglo XIX: el antílope negro ó blaubock y el couaga. Este último hubiera sido fácil de conservar, porque se domesticaba pronto cuando se le capturaba joven: se cruzaba con la yegua y no sufría como la mayor parte de los otros animales el terrible contagio aportado por la mosca tsetsé. Por millones hubieran podido contarse los couagas si se hubiera intentado la cría, y no quedan en la actualidad más que esqueletos y pieles en una docena de museos[2].

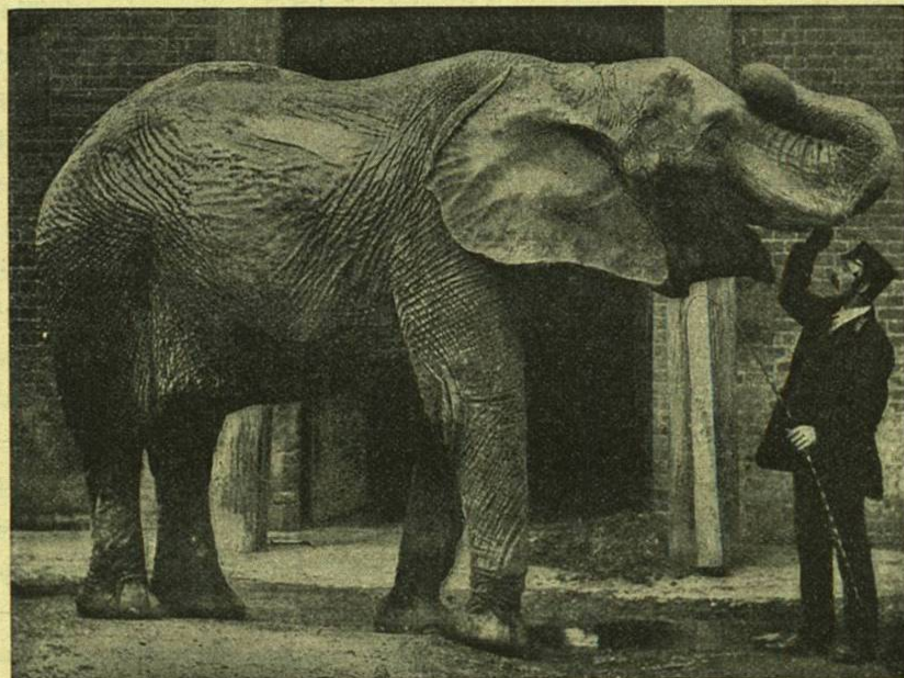
El elefante, que constituía la gloria de los grandes cortejos de Africa, hace dos mil años, como todavía en la actualidad en las Indias, ha vuelto recientemente al estado salvaje en el continente negro. En el curso del siglo XIX, la especie africana no estaba ya

[1] Dümichen; — Hartmann, *Resultate der archäologisch-photographischen Expedition*.
[2] Graham Renshaw, *Zoologist*, citado en la *Revue Scientifique*, 30 Marzo 1901.

representada por un solo animal domesticado: la raza había vuelto á su primitivo estado silvestre, y lo que de ella quedaba estaba amenazado de desaparición muy próxima. Se ha calculado que la producción del marfil elefantino en África es de 800,000 kilogramos anuales. Una pequeña parte de esta preciosa substancia se compone de «marfil muerto», procedente de cadáveres hallados en los bosques, pero casi toda la cosecha se compone de «marfil vivo»[1]. Es decir, tomando un término medio de 15 kilogramos por colmillo, los cazadores matan á lo menos 40,000 elefantes al año, sin contar los que habiendo sido heridos, van á morir lejos perdidos en la maleza[2]. Y sin embargo, ¡cuánta riqueza superior, por su fuerza de trabajo y por su inteligencia representa el animal vivo comparado con el animal muerto! En lugar de esas cazas de exterminio, se podría fácilmente domesticar al gigantesco animal, como antiguamente los Etiopes, los «más prudentes de los hombres», y tranformarle en servidor, mejor aún, en aliado en el trabajo de arreglo del suelo africano. Los relatos de los historiadores y los grabados de las monedas no dejan duda que el elefante doméstico de los ejércitos pertenecía verdaderamente á la especie que recorre hoy día los bosques nilóticos. La dimensión considerable de las orejas y la forma de la frente caracterizan claramente esta especie. Pero la guerra mató la industria de la domesticación, y á la paz, á la paciente dulzura de los educadores incumbe comenzar nuevamente la grandísima obra, porque es verdaderamente uno de los supremos triunfos del hombre haber sabido elevar ciertos animales hasta la sociedad superior que concibe y practica lo bello. ¿No ha llegado el elefante á ser el dios Ganesa, es decir, el símbolo de la Prudencia, gracias al hombre, que hizo de él su compañero? ¿Y no puede decirse lo mismo de especies igualmente divinizadas, como el perro y el gato, que, conservando, especialmente el gato, cierta independencia y la originalidad del carácter, se han humanizado para vivir de la existencia del *homo sapiens* por la mirada, los deseos, los sentimientos y las pasiones?

[1] Marfil puesto en venta en los tres grandes mercados de Londres, Liverpool y Amberes en 1895: 674,550 kilogramos.
[2] *Revue Scientifique*, 21 Septiembre 1895.

La obra de reconquista del elefante africano, en concepto económico y moral, se va realizando lentamente. Un ensayo fracasado, hecho en 1879, para aclimatar cuatro elefantes indios en las márgenes del Tanganyika, desanimó las tentativas; pero después Bourdarie y otros viajeros han citado ejemplos de numerosos éxitos felices. En el Congo francés, en las orillas del Fernand Vaz, el elefante



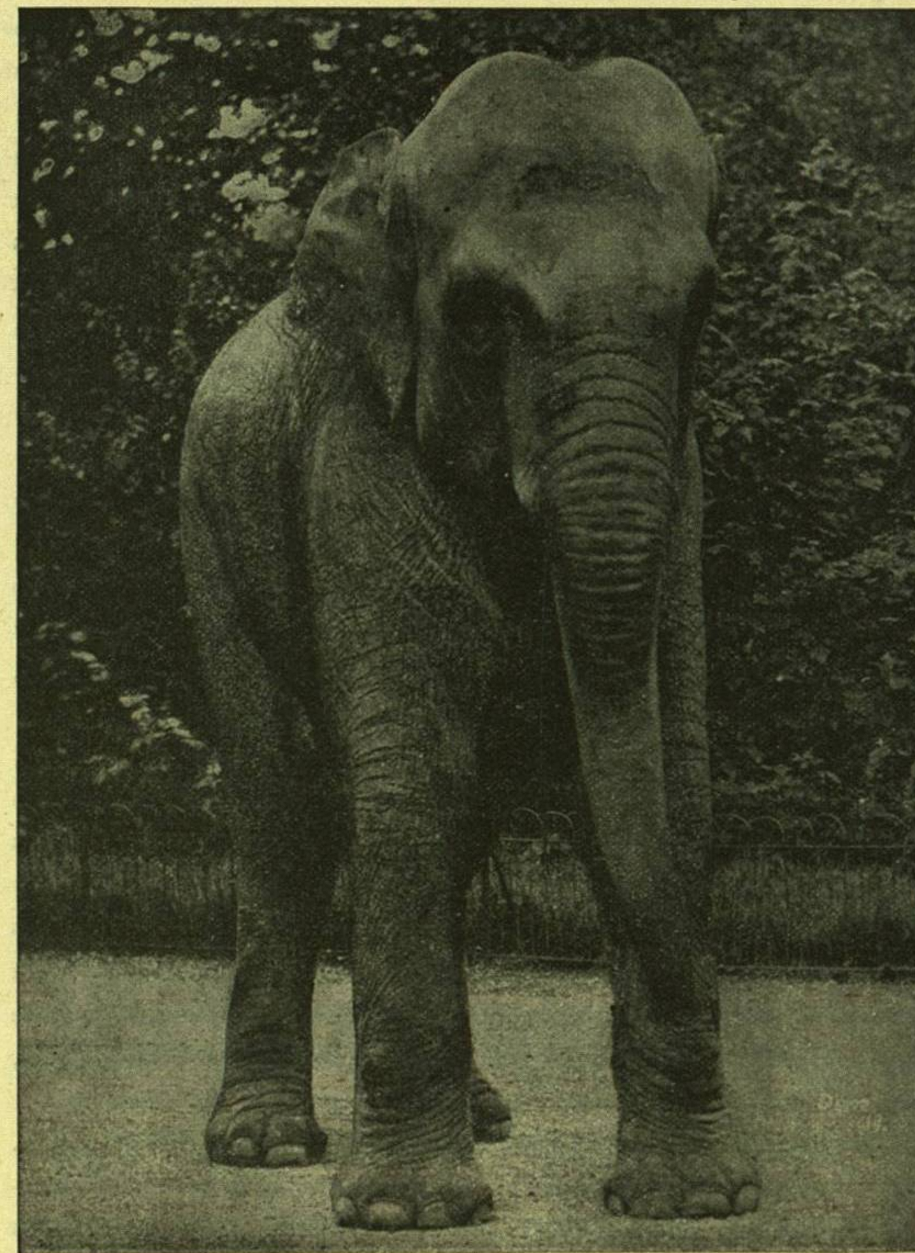
Cl. J. Kuhn, París.

EL ELEFANTE DE ÁFRICA EN EL JARDÍN ZOOLÓGICO DE LONDRES

Fritz, criado por negros Pahouins, está perfectamente adiestrado para el transporte de cargas de 350 kilogramos, y arrastra troncos de árboles de media tonelada de peso [1]. En Yaumdé, en el Kamerun, el Alemán von Lottner se hace seguir gentilmente por elefantes domesticados, tan familiares como perros; ha demostrado la existencia en el distrito de dos variedades distintas, una de pelo claro y de cráneo puntiagudo, y otra de pelo más obscuro y de cabeza ancha; esta última es más silvestre y exige más paciencia del domador.

[1] *Globus*, 1.º Septiembre 1900, p. 131.

En Africa, la más grande de las aves, el avestruz, estaba amenazado de desaparición como animal doméstico; apenas se encon-



Cl. J. Kuhn, París.

EL ELEFANTE INDIO EN EL JARDÍN ZOOLÓGICO DE LONDRES

traba diseminado entre los negros del Sudán, en algunas villas de la Tripolitana y principalmente alrededor del lago Tzadé, antes de

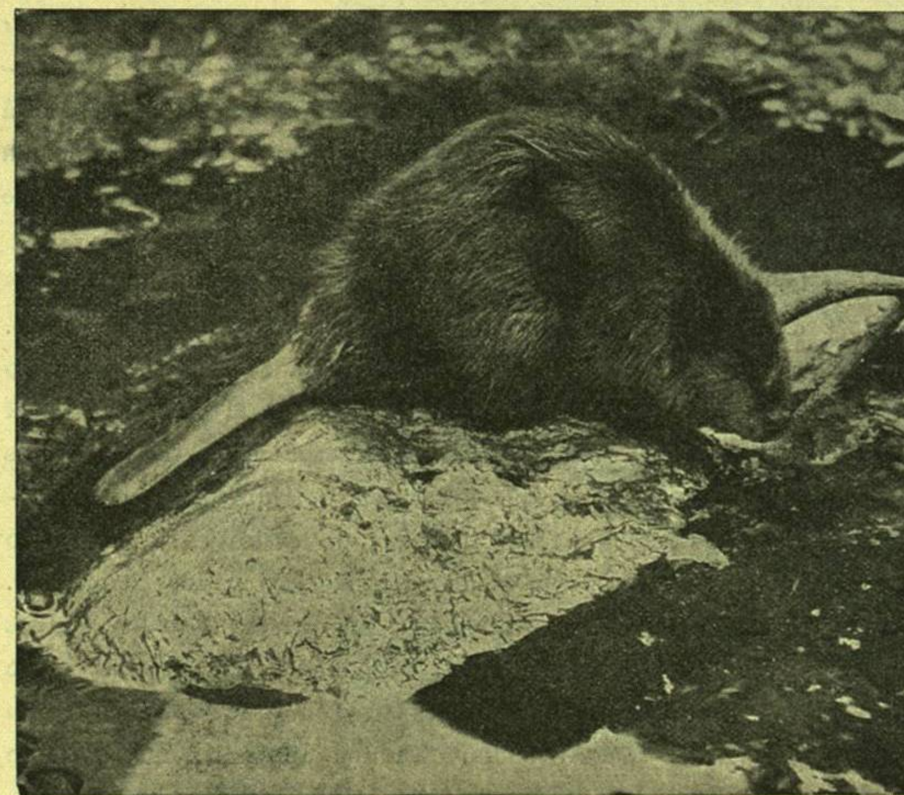
los destrozos de las recientes guerras [1]. El soberbio volátil fué salvado gracias á los criadores del Cabo de Buena Esperanza, que comprendieron las ventajas materiales de la cría, comparada con la caza destructiva. En las estepas de la Rusia meridional han tenido éxito excelente unas tentativas del mismo género, á pesar de los fríos rigurosos, en tanto que, hasta el presente, la domesticación del avestruz sobre el litoral demasiado húmedo de la Argelia, en jardines demasiado estrechos, ha sido completamente infructuosa desde el punto de vista industrial. Sobre la vasta extensión de las mesetas que antes recorrían los avestruces silvestres, exterminados por el general Margueritte y sus compañeros de caza, en aquella misma región de inmensos horizontes se podría, si se desease formalmente y con método, renovar la raza del avestruz argelino.

¿Y qué decir de las más bellas especies de aves, los lofóforos, y aquellas maravillosas y fantásticas «liras» volantes, que en otro tiempo se creía que no podían vivir sino mecidas por el viento y volando al sol hacia el «paraíso»? Esas aves incomparables no habían podido desarrollarse en la Indonesia sino gracias á la carencia de los grandes rapaces, pero el hombre, el rapaz por excelencia, reemplaza ampliamente á los tigres y á las zorras. La moda femenina de los sombreros adornados con plumas y penachos de aves, que prevalece desde las últimas décadas del siglo XIX, y que las costumbres democráticas han propagado hasta sobre el tocado de los mendigos, ha producido una clase de viajantes cazadores que recorren el mundo para matar los más bellos volátiles y despojarles de sus plumas: las casas de comercio entran en concurrencia para procurarse los más diestros agentes de esa obra tan funesta, que se prosigue contra lo más bello que existe, los flamencos, las grullas, hasta contra las golondrinas, honradas á través de las edades.

En nuestros días desaparece el flamenco de la América del Norte. Desde hacía mucho tiempo se pensaba que los individuos encontrados en distintos puntos debían proceder de una colonia establecida en sitio desconocido del archipiélago de las Bahamas. El naturalista Frank Chapman le buscó y acabó por descubrirle en Mayo de 1904.

[1] Huart, *Géographie*, 15 Marzo 1904.

Usando de precauciones extremas, logró observar esos animales admirables, las más grandes aves de plumaje brillante; sin inquietarles, pudo observar sus costumbres y tomar numerosas fotografías; pero si el sabio pudo ocultarse del animal, no logró impedir que otros hombres siguieran sus huellas, y en los seis meses que siguieron á



Cl. J. Kuhn, París.

EL CASTOR EN EL JARDÍN ZOOLÓGICO DE LONDRES

su expedición, los flamencos desaparecieron casi todos bajo el diente del cazador [1].

La caza de las «garzas», más que los yacimientos de oro, fué la razón de los conflictos diplomáticos suscitados entre la Gran Bretaña, Venezuela y el Brasil al final del siglo XIX. Se hablaba solemnemente del derecho de gentes, de precedentes históricos y de deberes internacionales, pero no se trataba en realidad sino de be-

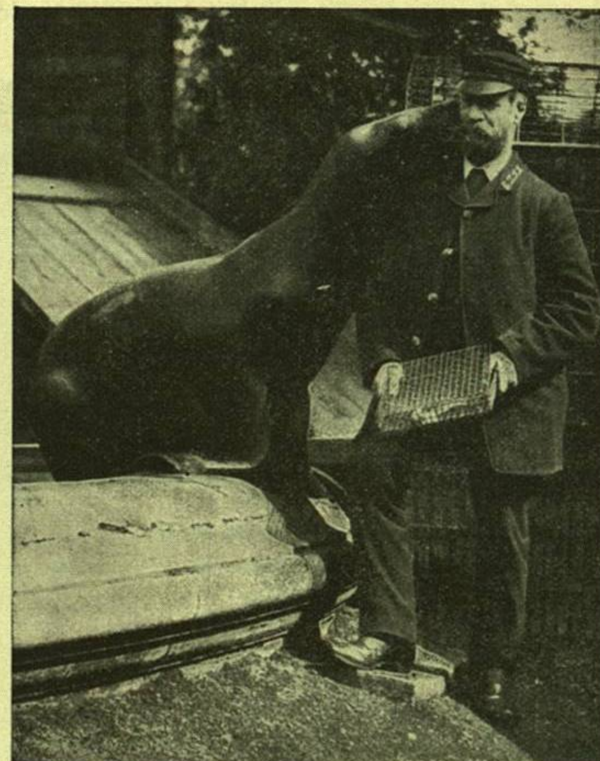
[1] *Century Magazine*. — *National Geographical Magazine*, Enero 1905.

neficios para los especuladores de tal ó cual país sobre la captura anual de doscientas ó trescientas mil garzas [1]. Sin embargo, no faltan ejemplos de procedimientos menos bárbaros, fáciles de imitar, que salvarían las especies y asegurarían el producto regular. En Venezuela y en las demás partes de la América meridional y templada, en Marruecos, en Mesopotamia y en China las aves de penacho se domestican fácilmente; algunos especuladores, menos impacientes por matar que sus colegas, han hecho en grande y con buen éxito experimentos de domesticación de centenares de animales. ¿Llegará á tiempo su ejemplo para salvar las especies amenazadas por la manía destructora de los oficiales, de los cazadores y de las mujeres de mundo?

Por las mismas causas escasean ó casi han desaparecido completamente los animales de pieles finas en muchos países del Norte. Si el castor no ha desaparecido aún, no vive ya en «naciones» como en la época en que los Europeos penetraron en el país. Ya en el siglo XVII los cazadores canadienses franceses hicieron tales estragos entre las tribus de castores, que los Indios del Missisipi se concertaron para la protección de las ciudades de castores, estableciendo que habían de dejarse por lo menos seis machos y doce hembras [2]. Actualmente el nombre de *Beaver* se halla en los Estados Unidos con tanta frecuencia en las regiones despobladas de castores como los de *Bievre* (especie de nutria ó castor) en Francia, de *Bever* en Flandes y de *Bieber* en Alemania. En una época reciente ha sido felizmente salvado el castor de una destrucción completa en la América del Norte por la cría en parque. Una granja de Georgia de unas 450 hectáreas contiene algunos centenares de esos animales, jóvenes y viejos, que disponen del agua abundante de un arroyo para la construcción de sus viviendas y á los que se da toda facilidad para el trabajo, pero cada año se mata cierto número para la venta de las pieles [3]. Una isla de la costa del Maine, Outer Heron, cerca de Boothbay, lo mismo que las islas Pribilov de los mares de Alaska, se utilizan como cercados para las zorras negras y «azules»,

[1] I. Forest, *Congrès des Sociétés Nationales de Géographie*. Lorient, Agosto 1896, *Revue Scientifique*, 28 Noviembre 1896, p. 700.
[2] Michelet, *Histoire de France*, XV, *Régence*, p. 189.
[3] *Revue Scientifique*, 24 Abril 1897, p. 537; — P. Difloth, *Revue Universelle*, 1902.

cuyas pieles se venden en Londres hasta 1,000 y 1,250 francos [1]. La especulación triunfa, pero si los criadores regulan la matanza de su caza, aseguran al menos la duración, y también, por la elección consciente de los reproductores, la belleza de la raza; á esto se limitan sus cuidados. No hacen nada para la educación del animal; sin embargo, las víctimas designadas son llevadas en plena mar: se les sacrifica lejos de la orilla para que las zorras de la isla no vean las huellas de la sangre ni perciban su olor.



Cl. J. Kuhn, Paris.

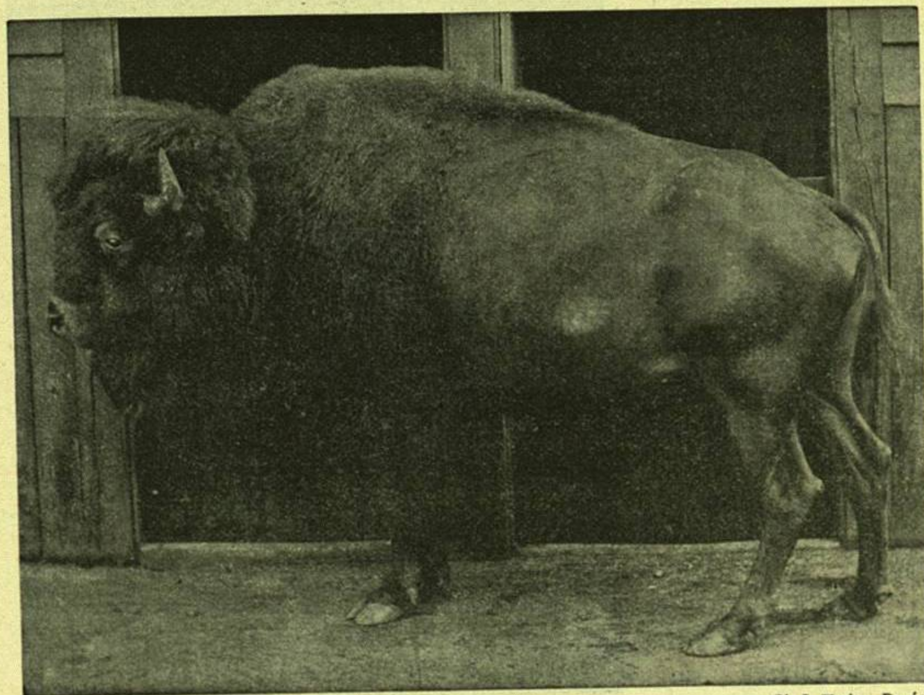
UNA OTARIA DEL JARDÍN ZOOLÓGICO DE LONDRES ACARICIANDO Á SU GUARDIÁN

Recientemente, la coronación del rey de Inglaterra, Eduardo VII, hubiera costado la vida á 108,000 armiños para los mantos de los pares y de las paresas, si, para la belleza correcta de las pieles, no hubiera habido arreglo con los proveedores de la corte.

Las nutrias marinas no son ya conocidas por los cazadores. Ya hacia 1876 habían desaparecido de las costas de California, pero se encontraban todavía en el litoral del Oregón, hacia Alaska y las Aleoutienas. Ahora no quedan bastantes, ni aun en los parajes septentrionales, para que se las cace todavía: la industria no existe ya. Las escasas nutrias que constituían la especie han cambiado de costumbres: no vienen ya á tierra para descansar; se refugian sobre

[1] *Revue Scientifique*, 24 Abril 1897, p. 537; — P. Difloth, *Revue Universelle*, 1902.

masas de algas flotantes y van á pacer sobre las rocas á flor de agua [1]. Pero los celos comerciales y los odios internacionales han hallado el medio de satisfacerse á expensas de una especie marina, las otarias, que sería singularmente fácil transformar en animal doméstico. En 1896, un acuerdo del Congreso norteamericano ordena á los guardias de las islas Pribilov la destrucción casi total de las ota-



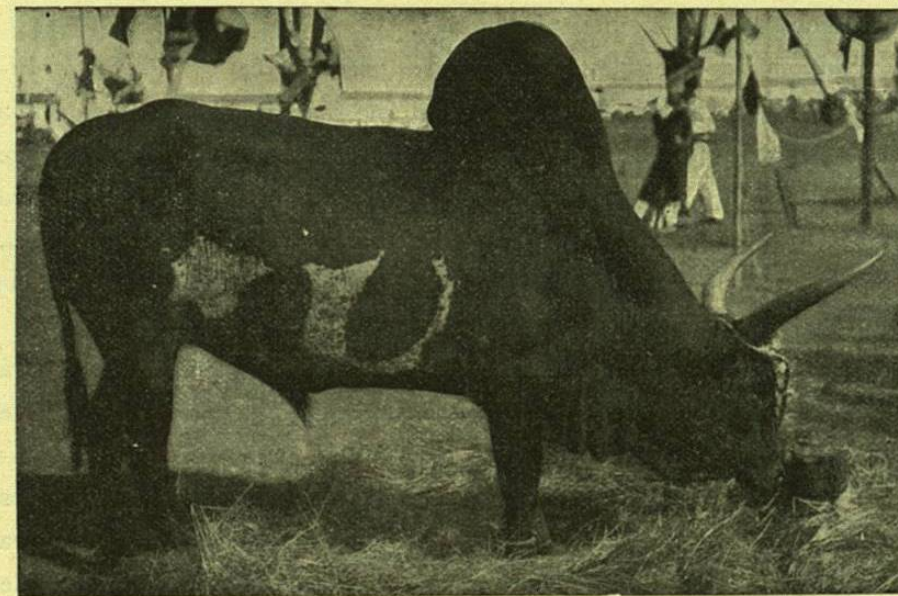
Cl. J. Kuhn, París.

BISONTE DE LA AMÉRICA DEL NORTE *(Bonassus americanus)*

rias *(cailorhinus ursinus)*, que aborden en el Archipiélago para criar allí sus familias. ¡Triste ejemplo de la ininteligencia humana! Durante la primera mitad del siglo XIX la matanza se hacía sin método. Rusos é Ingleses exterminaban en masa. No se veían más que animales aislados en las islas del Pacífico septentrional, cuando unos arrendatarios americanos tuvieron la idea de utilizar las islas Pribilov como grandes parques de ganado marino. En 1890 no se contaban allí menos de cinco millones de focas, de las cuales cien mil, ó sea cerca de las dos terceras partes de la producción del

[1] *Revue Scientifique*, 30 Mayo 1896; 6 Agosto 1898.

mundo entero, debían matarse cada año en beneficio de la compañía de adjudicación. Vino después la lucha entre arrendatarios y piratas, á la que siguió el exterminio legal, destinado á poner término á las frecuentes disputas que estallaban entre los concesionarios oficiales y los cazadores furtivos. Cuando no queden más que escasos supervivientes, quizá se lamente no haber domesticado al pacífico animal.



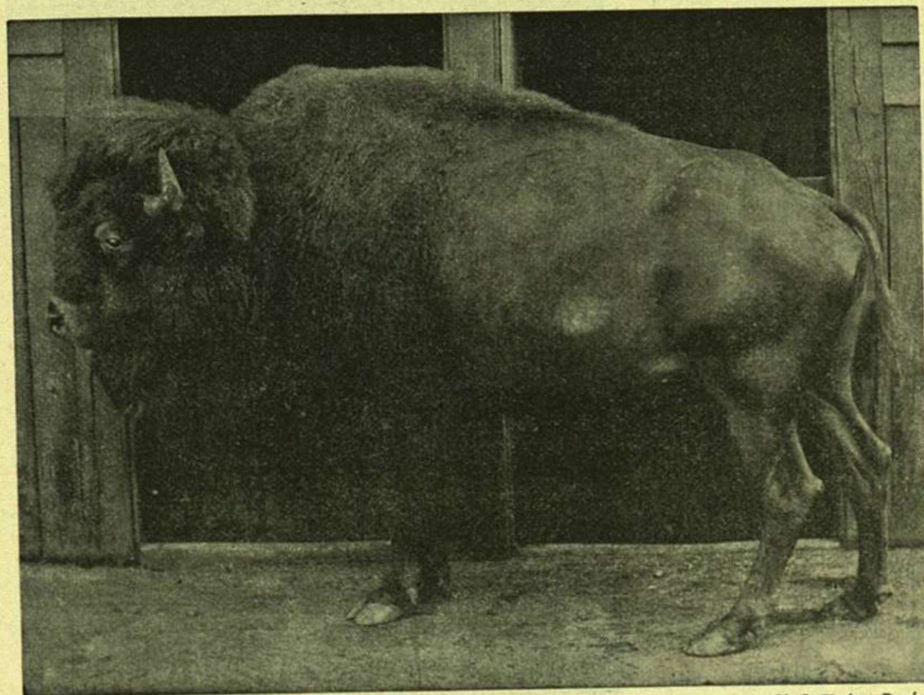
Cl. J. Kuhn, París.

ZEBÚ DE MADAGASCAR *(Bibos radicus)*

En el continente vecino, en la América del Norte, el animal de caza más frecuentemente citado fué el bisonte, cuya carne alimentaba tantas tribus indias antes que los blancos, poseídos del frenesí de la matanza, se hubieran dedicado á exterminar cuanto se les ponía delante. Todavía á la mitad del siglo XVIII los bisontes recorrían los bosques y las sábanas en el «Pied-Mont» oriental de los Alleghanies [1] y hasta una colonia de hugonotes franceses, en Manikintown, el valle superior del James-River, había domesticado el animal, si no para la agricultura, al menos para la producción de la carne y de la leche. El bisonte ha trazado los caminos que conducen desde el Océano Atlántico al Far West, atravesando montañas y valles

[1] G. Brown Goode, *National Geographical Magazine*, Agosto 1896, p. 273.

masas de algas flotantes y van á pacer sobre las rocas á flor de agua[1]. Pero los celos comerciales y los odios internacionales han hallado el medio de satisfacerse á expensas de una especie marina, las otarias, que sería singularmente fácil transformar en animal doméstico. En 1896, un acuerdo del Congreso norteamericano ordena á los guardias de las islas Pribilov la destrucción casi total de las ota-



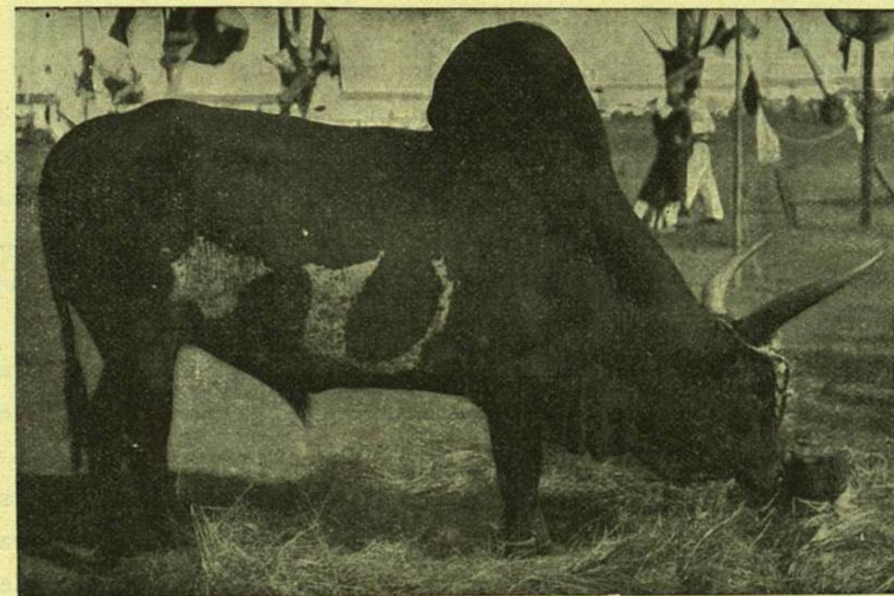
Cl. J. Kuhn, París.

BISONTE DE LA AMÉRICA DEL NORTE *(Bonassus americanus)*

rias *(cailorhinus ursinus)*, que aborden en el Archipiélago para criar allí sus familias. ¡Triste ejemplo de la ininteligencia humana! Durante la primera mitad del siglo XIX la matanza se hacía sin método. Rusos é Ingleses exterminaban en masa. No se veían más que animales aislados en las islas del Pacífico septentrional, cuando unos arrendatarios americanos tuvieron la idea de utilizar las islas Pribilov como grandes parques de ganado marino. En 1890 no se contaban allí menos de cinco millones de focas, de las cuales cien mil, ó sea cerca de las dos terceras partes de la producción del

[1] *Revue Scientifique*, 30 Mayo 1896; 6 Agosto 1898.

mundo entero, debían matarse cada año en beneficio de la compañía de adjudicación. Vino después la lucha entre arrendatarios y piratas, á la que siguió el exterminio legal, destinado á poner término á las frecuentes disputas que estallaban entre los concesionarios oficiales y los cazadores furtivos. Cuando no queden más que escasos supervivientes, quizá se lamente no haber domesticado al pacífico animal.



Cl. J. Kuhn, París.

ZEBÚ DE MADAGASCAR *(Bibos radicus)*

En el continente vecino, en la América del Norte, el animal de caza más frecuentemente citado fué el bisonte, cuya carne alimentaba tantas tribus indias antes que los blancos, poseídos del frenesí de la matanza, se hubieran dedicado á exterminar cuanto se les ponía delante. Todavía á la mitad del siglo XVIII los bisontes recorrían los bosques y las sábanas en el «Pied-Mont» oriental de los Alleghanies[1] y hasta una colonia de hugonotes franceses, en Manikintown, el valle superior del James-River, había domesticado el animal, si no para la agricultura, al menos para la producción de la carne y de la leche. El bisonte ha trazado los caminos que conducen desde el Océano Atlántico al Far West, atravesando montañas y valles

[1] G. Brown Goode, *National Geographical Magazine*, Agosto 1896, p. 273.

siguiendo las líneas de la menor fatiga; el hombre no ha hecho más que seguir las huellas del animal, reemplazadas por las de sus bestias de carga y actualmente por sus vías férreas.

Actualmente no hay bisontes libres en el Cis-Mississipi y se cuentan los que existen al otro lado del gran río. En 1900 el número de bisontes americanos se conservaba, pero no en libertad: el aumento de los animales sólo se hacía en las reservas mientras había disminución en las llanuras herbosas [1].

Sin embargo, en la América canadiense, cerca del Fort Résolution, en las márgenes del gran lago del Esclavo, el bisonte continúa prosperando [2]; en ese punto queda una reserva natural que contiene tres rebaños de quinientas cabezas que los agentes de la Potencia prometen defender contra los cazadores; la raza de esos bisontes es, no obstante, de un tipo más largo y más grueso que la de las llanuras mississipianas.

El bisonte de los Estados Unidos, encerrado ya en parque, vivirá quizá, pero es de temer que el bisonte de Europa sucumba, porque el rebaño del bosque lituanio de Bela Veja, cuya caza está prohibida, disminuye gradualmente en fuerza numérica desde mediados del siglo anterior: contábanse unas 1,900 cabezas en 1856; cuarenta años después sólo había 600, porque si bien se tiene el cuidado de alimentarlos bien durante el invierno, dándoles heno en abundancia, no se les ha podido proteger contra los lobos; además, según algunos naturalistas, la disminución de la raza se debe á la consanguinidad, por lo que es urgente su cruzamiento con bisóntes de los que todavía existen en el Cáucaso [3] y los demás representantes de la raza conservados en distintos bosques privados. Suele designarse al bisonte lituanio con el nombre de *auroch*, y en esto hay un error: hará quizá tres siglos que el animal de este nombre dejó de existir, como el ciervo megaceros y tantos otros animales de los tiempos prehistóricos.

Si el hombre no abandona este camino, el caribu del Gran Norte, ó reno del Canadá, participará de la suerte del bisonte en un porvenir próximo. Indios y Esquimales, lo mismo que los escasos viajeros blancos que penetran en las soledades canadienses, al norte del lago del Esclavo, matan cada año miles de caribus, sea por su carne, sea únicamente por las lenguas, bocado exquisito. La caza, pues, se hace sólo por «placer». En algunos territorios donde antes eran muy numerosos no se halla ni uno en la actualidad [1].

[1] Bisontes de los Estados Unidos, según *Nature*, 22 Noviembre 1900:
1889, en libertad, 835; en cautividad, 256; total 1,091 (según H. Ornaday).
1900, en libertad, 340; en cautividad, 684: total 1,024 (según Marc Sullivan).

[2] Rutledge, *Canadian Gazette*, 29 Junio 1899.

[3] *Revue Scientifique*, 26 Septiembre 1896, p. 406.



Cl. J. Kuhn, París.

CIERVO WAPITI (*Cervus canadensis*)

Existen otras especies que el hombre ha aprendido á utilizar, pero la mayor parte son auxiliares de la caza y de la pesca, y contribuyen á esa obra de destrucción en que el hombre es tan experto; tales son el hurón, la nutria, el esparaván, el halcón, el cuervo marino, el leopardo cazador, la pantera y hasta el león. Además, aparte de nuestros corrales y de nuestros parques, de nuestras granjas y de nuestras pajareras, el agricultor ha domesticado la llama, la

[1] J. Mackintosh Bell, *Geographical Journal*, Septiembre 1901.

vicuña, el reno, el dromedario, el camello de las tierras africanas y asiáticas, aclimatado éste también en Australia, donde la cría, que no ha sido abandonada á la casualidad, ha producido individuos muy superiores á los de la India, por la alzada, la fuerza y la resistencia [1]; el rinoceronte está domesticado en los montes Garro, donde pace en rebaño; en diferentes puntos el tapir presta servicios al hombre; bueyes almizclados han sido transportados del norte de Groenlandia á la Suecia boreal para ser empleados en el trabajo de los campos.

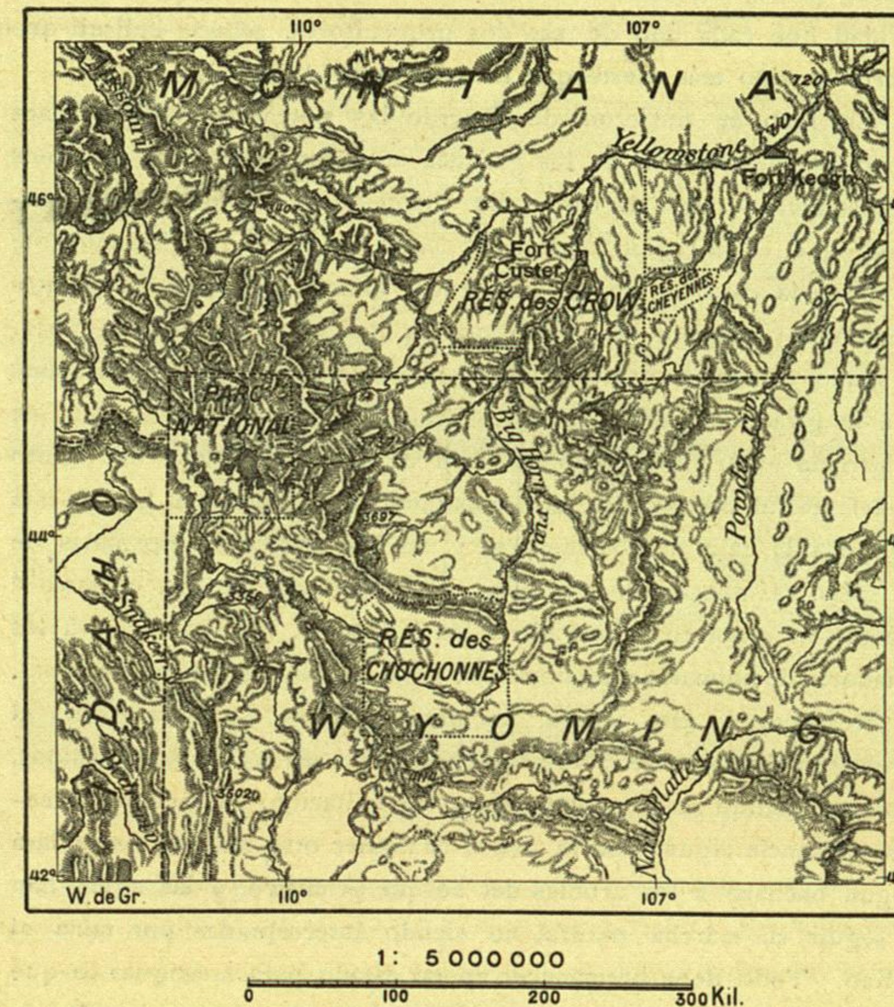
Son numerosas las especies con facultades sociables, que podrían desarrollarse con un poco de sagacidad y de benevolencia y que después nos serían útiles: gorriones de nuestros jardines públicos, serpientes de la India, pitones del Dahomey, ardillas, ratas, marmotas, arañas, loros, carpas, animales todos que se nos acercan en cuanto les hacemos el menor beneficio. Y nuestro primo el mono, ¡todavía considerado á lo más como objeto de curiosidad! Á veces surge la duda de si el animal ha domesticado al hombre y si éste ha esclavizado al animal. Los procedimientos tiránicos de los perros y de los gatos son bien conocidos, pero la industria del cucú indicador del África meridional, que conduce al indígena hacia la colmena de miel silvestre sabiendo que le tocará su parte, es el mejor ejemplo. Esta costumbre ha sido negada, como ha sido puesta en duda toda historia de animal que supusiera en él una dosis de inteligencia comparable á la nuestra — y una dosis de bondad superior — y, sin embargo, es absolutamente digna de fe, lo mismo que los numerosos hechos que muestran los progresos intelectuales en el mundo de los animales, como, por ejemplo, los perfeccionamientos graduales en el nido del martín pescador, la golondrina, del somormujo [2], de la gaviota, como el empleo de la palanca por el mono y por el elefante. Los investigadores que han penetrado en el mundo animal refieren maravillas [3].

La asociación del hombre y del animal no es más que un caso particular de las asociaciones animales. El cucú indicador hace con el tejón, cuadrúpedo de la familia del oso, exactamente lo mismo

[1] David Carnegie, *Scott. Geog. Magazine*, 1898, p. 113.
[2] Paul Noël, *Notas manuscritas.*
[3] Véase, por ejemplo, Seton Thompson, *Wild animals I have known.*

que con el Hotentote, y el animal comprende el llamamiento del ave lo mismo que puede hacerlo el Hotentote. En las costas del Perú se ha observado que cierto volátil se posa sobre el dorso de la tortuga que flota, y á la aproximación de un barco, el ave, antes de

N.° 559. Parque Nacional de Yellowstone.



volar, da algunos picotazos sobre la concha del animal dormilón. No es necesario que cada uno de los participantes retire algún beneficio de su cooperación: puede haber afecto no correspondido; suelen encontrarse en las Cordilleras rebaños de mulas cuyo jefe de fila es un caballo castrado: es un medio que emplean los conductores para que sus animales no se dispersen, porque todos sienten tal afecto

por el caballo, llamado la «madrina», que no pueden sufrir estar mucho tiempo separados de él [1].

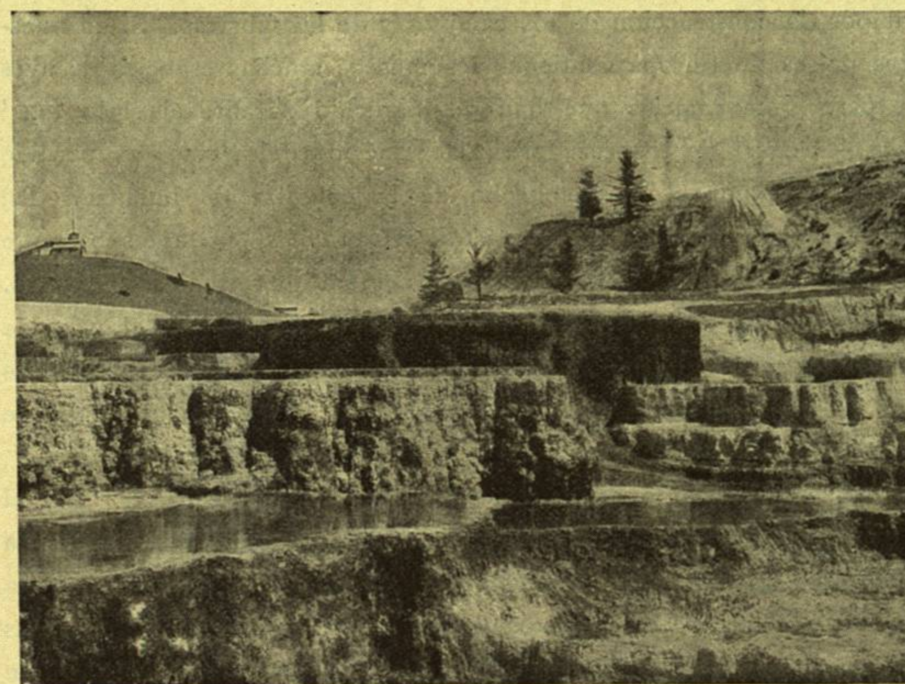
En resumen, lo que el hombre ha introducido de nuevo en el mundo animal son los cruzamientos de razas. Á él se deben numerosas gallináceas, lepóridos, hermione, burdégano y mula. Si un ser híbrido posee más razonamiento, memoria, resistencia, afecto y longevidad que cada uno de sus dos progenitores, parece indicar que el arte ha sido más fuerte que la naturaleza (Darwin).

En 1900 se pusieron de acuerdo las potencias europeas para impedir la destrucción de los grandes animales de Africa, al menos para someter á regla la caza. En virtud de su tratado, quedó convenido que, en la región central del continente, fuera provisionalmente permitida la caza de leones, leopardos, hienas, babuínos, serpientes venenosas y pitones, en tanto que la del buitre, del serpentario, del buho y otros animales útiles fuera estrictamente prohibida; también la girafa, el gorila, el chimpancé, el asno salvaje y el elan, en peligro de exterminio completo, han de ser protegidos: en cuanto al elefante, al rinoceronte, al hipopótamo, á la zebra y al búfalo está prohibida la caza de los menores y de las madres acompañadas de sus crías. Hubiera sido más eficaz limitar claramente una comarca é impedir en absoluto la entrada á los leñadores, lo mismo que á los matadores de animales y de hombres, salvo en caso de defensa personal.

Respecto á este asunto, las prescripciones estipuladas para el parque de Yellowstone ó «Parque Nacional» en los Estados Unidos, hubieran podido ser el modelo digno de imitación. «No debe cometerse violencia alguna contra ave ó cualquier otro animal; no se dará ningún hachazo á los árboles del bosque primitivo, y las aguas han de seguir su marcha natural no siendo interceptadas por mina ni molino. Todo debe permanecer en tal estado para atestiguar lo que era el Far West antes de la llegada del hombre blanco». Puede preguntarse si los hoteles con su servicio y sus dependencias de toda clase no traen consigo poco á poco la violación de esas disposiciones. Se ha temido la creación de tales establecimientos en las inmediaciones de todos los «parques» de ese género, sobre todo

[1] M. Monnier, *Des Andes au Para*.

en la vecindad de grandes ciudades y de regiones muy pobladas. En el New-Hampshire un naturalista ha cercado en plena región montañosa un bellísimo bosque de 17,000 hectáreas, donde se han soltado 74 bisontes, 1,500 elanes y cerca de 2,000 cérvidos de especies diversas, todos animales silvestres que han encontrado allí un medio que les conviene, y allí se multiplican. Los montes Adirondak, de New-York, tienen también sus reservas y cada uno de los



Cl. J. Kuhn, Paris.

TERRAPLENES EN EL PAÍS DE LOS GEYSERES, PARQUE DE YELLOWSTONE

Estados del Norte pide tener las suyas [1]. La misma corriente de ideas se manifiesta en Australia y en Nueva Zelanda. Evidentemente el aspecto y la población de esos diversos parques nacionales dependerá del gusto sincero de los habitantes por la Naturaleza y de la ciencia de sus zoólogos. En África se ha probado que la «reserva» establecida por los Ingleses sobre la margen derecha del Chiré no ha tenido por resultado atraer al elefante á la región de donde la caza le había obligado á huir. Las fieras, especialmente los leones

[1] *Revue Scientifique*, 30 Abril 1898, p. 569.

y su caza, se han aumentado en el parque rhodesiano, pero el elefante no tiene confianza[1], quizá teme una nueva astucia del hombre, su principal enemigo.

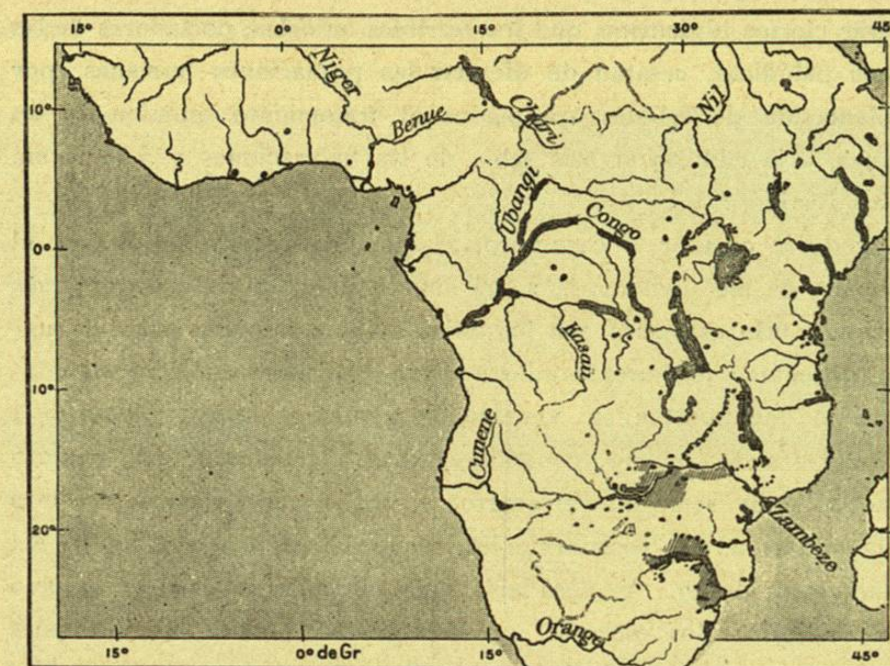
Además de los animales de caza ó de utilización sobre los cuales se ejerce la influencia del hombre en diversos sentidos, pero sobre todo en el de la destrucción, muchas otras especies sufren indirectamente esta influencia. Es inevitable la eliminación de las multitudes por el establecimiento de las colonias, la roturación, el cultivo de los campos, la construcción de los caminos y de las fábricas. Si en nuestros países de Europa contienen los museos muchas especies de aves de paso ó sedentarias que han desaparecido durante el siglo XIX[2] por el frenesí de los cazadores, la América del Norte ha perdido ciertas aves por el simple hecho de la colonización humana. Tal especie, entre otras la del *ectopistes migratoides*, era antes bastante numerosa para que su vuelo nublara el sol durante horas enteras. Audubon, que nos ha dejado interesantes descripciones del paso de esas aves, visitó en el Kentucky una colonia de palomas migratorias que se extendía sobre más de 60 kilómetros, con un ancho medio de unos 5 kilómetros[3].

El naturalista, agrónomo ó médico, ensancha cada vez más el círculo de sus estudios; procura continuar sobre la faz de la Tierra la acción del hombre en la propagación, la disminución ó la desaparición de los insectos, de los gusanos y de las bacterias que producen las enfermedades, las pestes ó los contra-venenos; entra cada vez más en el mundo de los infinitamente pequeños. En semejante materia es preciso limitarse á citar ejemplos. De ese modo ha podido calcularse exactamente el tiempo que ha empleado el azote de la nigua ó «chique», *sarcophylla* ó *pulex penetrans*, para atravesar el continente de África, llevada por los hombres en sus úlceras. Se dice que el temible insecto alcanzó la costa occidental en el puerto de Ambriz, en un saco de lastre conducido por un buque brasileño. En 1885 la nigua había llegado ya á la cuenca interior del Congo al Stanley-Pool. En 1892 había llegado al Nyanza y azotó de manera tan terrible

[1] *Globus*, 1.º Noviembre 1900, n.º 18.
[2] Levat, *Revue Scientifique*, 8 Enero 1898, p. 58.
[3] *Revue Scientifique*, 22 Mayo 1897, p. 663.

en el Usinja y el Urundi, que fueron despobladas villas enteras. De allí fué importado el insecto á las márgenes del Tanganyika por la ruta de las caravanas, y en 1897 se le encontraba en las ciudades de la costa oriental, en Bagamoyo y Pangani. Por último, en 1898, la

N.º 560. Extensión de la mosca tsetsé.



1: 60 000 000

0 1000 2000 3000 Kil

La mosca tsetsé — *Glossina morsitans*, *G. fusca*, *G. palpalis* y quizá otros géneros todavía — es el principal agente de transmisión á los animales de la *nagana* y á los hombres de la *enfermedad del sueño*, caracterizadas las dos por la presencia en la sangre de un infusorio *trypanosomo*. La mosca tsetsé está localizada en ciertos puntos cuyas condiciones no son todavía conocidas; se ha comprobado, sin embargo, que no existía en territorios cultivados; su dominio se extiende con la actividad del tráfico.

Este mapa ha sido trazado en virtud de los informes facilitados por M. Sevrin, del Museo de Bruselas.

isla de Zanzíbar tenía también sus desgraciados cojos que llevaban niguas bajo las uñas de los pies. Se espera que el temible animalillo pase pronto el Océano Indico para extenderse por todos los países de la zona tropical[1]. El hombre ha podido durante mucho

[1] Oscar Baumann, *Petermanns Geogr. Mitteilungen*, VII, 1898.

y su caza, se han aumentado en el parque rhodesiano, pero el elefante no tiene confianza[1], quizá teme una nueva astucia del hombre, su principal enemigo.

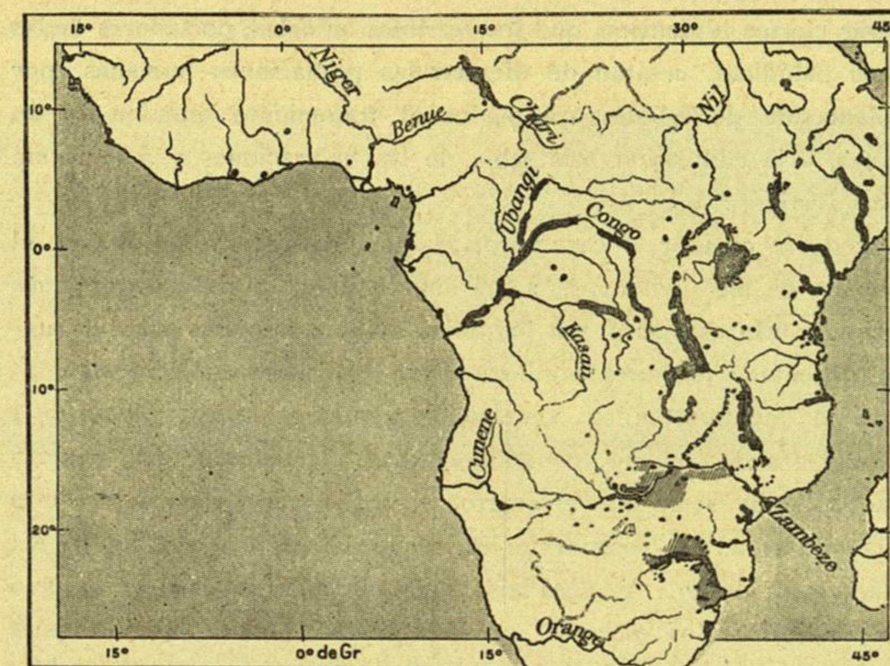
Además de los animales de caza ó de utilización sobre los cuales se ejerce la influencia del hombre en diversos sentidos, pero sobre todo en el de la destrucción, muchas otras especies sufren indirectamente esta influencia. Es inevitable la eliminación de las multitudes por el establecimiento de las colonias, la roturación, el cultivo de los campos, la construcción de los caminos y de las fábricas. Si en nuestros países de Europa contienen los museos muchas especies de aves de paso ó sedentarias que han desaparecido durante el siglo XIX[2] por el frenesí de los cazadores, la América del Norte ha perdido ciertas aves por el simple hecho de la colonización humana. Tal especie, entre otras la del *ectopistes migratoides*, era antes bastante numerosa para que su vuelo nublara el sol durante horas enteras. Audubon, que nos ha dejado interesantes descripciones del paso de esas aves, visitó en el Kentucky una colonia de palomas migratorias que se extendía sobre más de 60 kilómetros, con un ancho medio de unos 5 kilómetros[3].

El naturalista, agrónomo ó médico, ensancha cada vez más el círculo de sus estudios; procura continuar sobre la faz de la Tierra la acción del hombre en la propagación, la disminución ó la desaparición de los insectos, de los gusanos y de las bacterias que producen las enfermedades, las pestes ó los contra-venenos; entra cada vez más en el mundo de los infinitamente pequeños. En semejante materia es preciso limitarse á citar ejemplos. De ese modo ha podido calcularse exactamente el tiempo que ha empleado el azote de la nigua ó «chique», *sarcophylla* ó *pulex penetrans*, para atravesar el continente de África, llevada por los hombres en sus úlceras. Se dice que el temible insecto alcanzó la costa occidental en el puerto de Ambriz, en un saco de lastre conducido por un buque brasileño. En 1885 la nigua había llegado ya á la cuenca interior del Congo al Stanley-Pool. En 1892 había llegado al Nyanza y azotó de manera tan terrible

1 *Globus*, 1.° Noviembre 1900, n.° 18.
2 Levat, *Revue Scientifique*, 8 Enero 1898, p. 58.
3 *Revue Scientifique*, 22 Mayo 1897, p. 663.

en el Usinja y el Urundi, que fueron despobladas villas enteras. De allí fué importado el insecto á las márgenes del Tanganyika por la ruta de las caravanas, y en 1897 se le encontraba en las ciudades de la costa oriental, en Bagamoyo y Pangani. Por último, en 1898, la

N.° 560. Extensión de la mosca tsetsé.



1: 60 000 000
0 1000 2000 3000 Kil

La mosca tsetsé — *Glossina morsitans*, *G. fusca*, *G. palpalis* y quizá otros géneros todavía — es el principal agente de transmisión á los animales de la *nagana* y á los hombres de la *enfermedad del sueño*, caracterizadas las dos por la presencia en la sangre de un infusorio *trypanosomo*. La mosca tsetsé está localizada en ciertos puntos cuyas condiciones no son todavía conocidas; se ha comprobado, sin embargo, que no existía en territorios cultivados; su dominio se extiende con la actividad del tráfico.

Este mapa ha sido trazado en virtud de los informes facilitados por M. Sevrin, del Museo de Bruselas.

isla de Zanzíbar tenía también sus desgraciados cojos que llevaban niguas bajo las uñas de los pies. Se espera que el temible animalillo pase pronto el Océano Indico para extenderse por todos los países de la zona tropical[1]. El hombre ha podido durante mucho

1 Oscar Baumann, *Petermanns Geogr. Mitteilungen*, VII, 1898.

tiempo creerse impotente ante esa clase de peligros, y esa misma impotencia era una de las causas por que invocaba un salvador providencial; pero la ciencia le suministra ahora medios de lucha: aprende á inmunizarse y á preservar sus ganados contra todas las pérdidas microbianas hasta modificar el aspecto de la naturaleza para impedir el nacimiento y la propagación de ciertas especies. ¿No nos hacen esperar ciertos higienistas que los terribles anofeles, portadores de las fiebres palúdicas, cesarán de diezmar las poblaciones humanas, por la plantación de árboles apropiados al tratamiento químico de las lagunas, á la edificación más sabia de las habitaciones y á la forma de los vestidos?

Todavía cazador y carnívoro, el hombre apenas se plantea el problema de sus deberes hacia el mundo animal; sin embargo, sus relaciones más estrechas con los animales que trabajan para él suscitan urgentes cuestiones morales. Todo ese mundo de obreros cuadrúpedos que aportan su concurso generalmente muy voluntario á las empresas de su amo, constituye, dice Clemenceau, un «quinto Estado»[1] muy semejante al cuarto, si no es que se encuentre más en la situación del esclavo de los tiempos antiguos que en la del asalariado moderno. Y, cosa lamentable, siempre se halla un esclavo para disciplinar los esclavos, un hombre del pueblo «bajo» para vengarse sobre otros más bajos que él; un oprimido, el mismo hijo de asalariado menoscabado en sus derechos, se hace, por cuenta de un amo, el verdugo del animal; un criado campesino que aprende á fustigar de toda manera la piel del animal desobediente; es el caravanero, por ejemplo, que conserva cuidadosamente la llaga del asno ó de la mula para hincarles el aguijón. ¡Cuántas ciudades, sin ser el «cielo» de nadie, son, sin embargo, el «infierno de los caballos!»

Allá donde el sentimiento de cordialidad natural entre compañeros de trabajo y el poder de la opinión pública protegen al animal doméstico, y le aseguran un buen trato y una conservación cuidadosa, es un espectáculo encantador el de la obra común en que bípedo y cuadrúpedos, animados de una misma voluntad, verifican un mismo esfuerzo. Un bello tronco de caballos, con sus penachos

[1] *Le Grand Pan*, ps. 161 y siguientes.

flotantes y sus sonoros cascabeles; bueyes de mesurado paso entre los cuales la mano del hombre sostiene la cortante reja del arado; los valientes perros de Bruselas que ladran de gusto cuando el carrito lleno de jarras de leche traquetea movido por su esfuerzo, ¿hay espectáculo humano que dé mejor idea del sentimiento de solidaridad en una obra considerada como un deber? ¿Puede exceder en el hombre la probidad de la conciencia de lo que es en esos nobles



Cl. Vanderheuvel.

UN ATALAJE DE PERRO EN BRUSELAS

animales? ¡Y cuántas veces el hombre brutal se abroga sobre el animal el derecho de vida ó muerte! ¡Cuántas veces el destino bueno ó malo del animal doméstico depende absolutamente de la casualidad, de los caprichos del amo, de la bondad ó de la ferocidad del que se aprovecha de su trabajo! Verdad es que en la mayor parte de los países llamados «civilizados» se han formado «sociedades protectoras de los animales», las cuales son dignas de consideración y que ciertamente hacen gran parte de bien, proporcional á la iniciativa de bondad, á la pasión de simpatía que dediquen á esa obra los ciudadanos mismos, porque las leyes á que recurran los amigos de los animales sólo tienen eficacia por el concurso de la opinión y no son efectivamente sancionadas sino en países como Inglaterra,

donde el hombre ama realmente á sus hermanos no dotados de palabra. ¿Cómo podrían dar las leyes una protección positiva á los animales domésticos cuando ellas mismas entregan unos hombres á los caprichos de los otros? Al menos, entre los humanos, los oprimidos pueden resistir á la liga de los opresores, y, por la solidaridad en la rebeldía, por la asociación en los esfuerzos, han obtenido ya muchos triunfos; ¿pero qué pueden hacer los animales? No se declaran en huelga y sólo puede esperarse el mejoramiento de su suerte del aumento gradual de la inteligencia y de la bondad de sus criadores y amos.

También puede preguntarse si, en general, la cría de los animales domésticos se hace de una manera útil para el desarrollo de cada especie. Hasta nuestros días debe decirse así: el hombre civilizado no ha solido domesticar el animal sino en su beneficio egoísta; no ha visto en él más que las cualidades ó productos que pueden serle de alguna utilidad á su propia persona, á su fortuna ó á su raza. Del mismo modo que mataba al hombre enemigo, se libraba del animal molesto; así como acostumbraba esclavizar al semejante cuyo trabajo podía serle útil, cargaba también con su fardo al animal dócil imponiéndole el trabajo. Dirigido por esa moral puramente personal, el educador del animal domesticado ha solido empequeñecerle de todas maneras: le ha debilitado, afeado, envilecido físicamente y le ha dejado hasta impropio para subsistir por sus fuerzas físicas aisladas en su lucha por la existencia; le retiene en unas condiciones de vida completamente artificiales: baste recordar el repugnante espectáculo de esas masas de carne, apenas capaces de moverse, los cerdos premiados en los concursos agrícolas.

La acción del hombre sobre el animal podría ser mucho más profunda si tuviera por objeto, no hacer al animal más útil al hombre, sino hacer al animal más útil á sí mismo, más bello, más fuerte, más inteligente. Sin el auxilio del hombre, el cerdo, el carnero y las aves de corral pronto hubieran desaparecido del mundo moderno; los toros estarían en período de extinción rápida; los perros y los gatos no volverían á la vida de sus abuelos sino después de haber perdido por el hambre más de la mitad de su raza [1]; lo mismo le

[1] W. J. Mac Gee, *The Earth, the Home of Man*, p. 22.

sucedería probablemente al caballo. Pero si la mayor parte de los animales se han vuelto menos aptos para el combate de la vida material, si hasta diversas especies, las que se crían solamente para obtener la carne y la lana, como los bueyes de matadero y los carneros, han sido embrutecidas, reducidas al estado de simples masas ambulantes, hay también animales que se han asociado tan bien al hombre, intelectual y moralmente, que no se les puede ya separar:



Cl. P. Sellier.

EL LOTO EN EL JAPÓN

la alianza se ha hecho de una manera absolutamente íntima entre nosotros y sus razas humanizadas; constituimos un gran todo perteneciente al mismo conjunto de civilización.

La historia de la flora en sus formas de iniciación por el hombre, se ha desarrollado paralelamente á la historia de la fauna. Hay también especies que, en sus diversas variedades, pertenecen de tal modo al campo, al jardín, á la platabanda de la cabaña, que no se les puede representar sin la presencia de los trabajadores que las siembran, las plantan, las riegan y cuidan de su conservación diaria. ¿Cómo imaginarse las familias en el estado normal del bienestar

sin el pan doméstico, sin las legumbres verdes y secas, sin la ensalada, sin los sabrosos frutos de la viña y de los árboles frutales?

El hombre no ha permanecido siempre fiel á las plantas que alimentaron á sus abuelos. Según Homero, parece que los Lotofagos de la costa de las Syrtes y de la isla denominada actualmente Djerba tenían la baya del *rhamnus lotus* ó *zizyphus lotus* por el más precioso de sus alimentos y le atribuían virtudes soberanas, en tanto que en nuestros días apenas da motivo de merodeo al pastor desocupado. ¿Y no hemos tenido al otro lado del mundo toda una literatura para celebrar la gloria del *soma*, la divina bebida con que se embriagaba Indra, y que, bajo la forma de mala cerveza, sólo es conocida en el día por unas obscuras tribus de los valles afghanes? Puede considerarse en cierto modo la marcha de la civilización como la substitución gradual de un pan grosero por un pan más substancial y vivificante. Los restos abandonados en las grutas de los prehistóricos, comparados con los que se hallan actualmente en nuestros graneros, ponen de manifiesto los inmensos progresos realizados en este concepto. Ya durante la generación contemporánea, puede apreciarse la extensión que no ha cesado de tomar el generoso trigo. ¡Y qué transformaciones se preparan en el mismo sentido, por efecto de los abonos químicos, del conocimiento y del método! ¿No consiste la gran conquista agrícola que se prepara en el cultivo de los microbios fabricantes de compuestos nítricos asimilables por las plantas, y, en consecuencia, creadores de especies más ricas y nutritivas? El genio del hombre ambiciona domesticar en su beneficio las multitudes innumerables de los infinitamente pequeños [1].

Todos los progresos realizados de un siglo á esta parte en la ciencia de la vida, animales y plantas, representan un aumento del poder humano en la transformación, la educación de las especies y la comprensión de todo el conjunto armónico de las cosas. Los verdaderos predecesores de Darwin, los que hicieron su educación y á los que debería considerarse como autores de la doctrina evolucionista, son los criadores y los jardineros, quienes, por sus ingeniosas investigaciones, han sabido producir tan bellas rosas, desarrollar tan

[1] E. Duclaux, *Traité de Microbiologie*.

maravillosas crisantemas, embellecer tan admirablemente las especies de nuestros compañeros domésticos [1]. Cada año se ve el aumento de los milagros. Los horticultores dedicados al mundo de las plantas, que cuidan amorosamente en su rededor, quedan encantados de ver que los resultados son superiores á sus fatigas. «Sucede precisamente lo contrario de lo que dicen los indiferentes y los novicios, quienes se imaginan que el jardinero verá desaparecer el resultado



Cl. P. Sellier.

LAS CRISANTEMAS EN EL JAPÓN

de su trabajo con el cambio de las estaciones, en tanto que de año en año se aumentan el esplendor y la variedad de las riquezas florales, gracias á un poco de práctica de las leyes de la vida [2]».

Las inmensas conquistas del hombre, obtenidas por la mejora de las especies, se han extendido también en número: han tenido tanta importancia en concepto extensivo como en el intensivo. Las nuevas necesidades de la industria utilizan especies cuyo valor era antes desconocido, y todo el equilibrio económico de las emigraciones se cambia por la necesidad de hallar tales ó cuales productos

[1] Patrick Geddes, *Education for Economics and Citizenslife*, p. 27.
[2] Alfred Dumesnil, *Libre*.

sin el pan doméstico, sin las legumbres verdes y secas, sin la ensalada, sin los sabrosos frutos de la viña y de los árboles frutales?

El hombre no ha permanecido siempre fiel á las plantas que alimentaron á sus abuelos. Según Homero, parece que los Lotofagos de la costa de las Syrtes y de la isla denominada actualmente Djerba tenían la baya del *rhamnus lotus* ó *zizyphus lotus* por el más precioso de sus alimentos y le atribuían virtudes soberanas, en tanto que en nuestros días apenas da motivo de merodeo al pastor desocupado. ¿Y no hemos tenido al otro lado del mundo toda una literatura para celebrar la gloria del *soma*, la divina bebida con que se embriagaba Indra, y que, bajo la forma de mala cerveza, sólo es conocida en el día por unas obscuras tribus de los valles afghanes? Puede considerarse en cierto modo la marcha de la civilización como la substitución gradual de un pan grosero por un pan más substancial y vivificante. Los restos abandonados en las grutas de los prehistóricos, comparados con los que se hallan actualmente en nuestros graneros, ponen de manifiesto los inmensos progresos realizados en este concepto. Ya durante la generación contemporánea, puede apreciarse la extensión que no ha cesado de tomar el generoso trigo. ¡Y qué transformaciones se preparan en el mismo sentido, por efecto de los abonos químicos, del conocimiento y del método! ¿No consiste la gran conquista agrícola que se prepara en el cultivo de los microbios fabricantes de compuestos nítricos asimilables por las plantas, y, en consecuencia, creadores de especies más ricas y nutritivas? El genio del hombre ambiciona domesticar en su beneficio las multitudes innumerables de los infinitamente pequeños [1].

Todos los progresos realizados de un siglo á esta parte en la ciencia de la vida, animales y plantas, representan un aumento del poder humano en la transformación, la educación de las especies y la comprensión de todo el conjunto armónico de las cosas. Los verdaderos predecesores de Darwin, los que hicieron su educación y á los que debería considerarse como autores de la doctrina evolucionista, son los criadores y los jardineros, quienes, por sus ingeniosas investigaciones, han sabido producir tan bellas rosas, desarrollar tan

[1] E. Duclaux, *Traité de Microbiologie*.

maravillosas crisantemas, embellecer tan admirablemente las especies de nuestros compañeros domésticos [1]. Cada año se ve el aumento de los milagros. Los horticultores dedicados al mundo de las plantas, que cuidan amorosamente en su rededor, quedan encantados de ver que los resultados son superiores á sus fatigas. «Sucede precisamente lo contrario de lo que dicen los indiferentes y los novicios, quienes se imaginan que el jardinero verá desaparecer el resultado



Cl. P. Sellier.

LAS CRISANTEMAS EN EL JAPÓN

de su trabajo con el cambio de las estaciones, en tanto que de año en año se aumentan el esplendor y la variedad de las riquezas florales, gracias á un poco de práctica de las leyes de la vida [2]».

Las inmensas conquistas del hombre, obtenidas por la mejora de las especies, se han extendido también en número: han tenido tanta importancia en concepto extensivo como en el intensivo. Las nuevas necesidades de la industria utilizan especies cuyo valor era antes desconocido, y todo el equilibrio económico de las emigraciones se cambia por la necesidad de hallar tales ó cuales productos

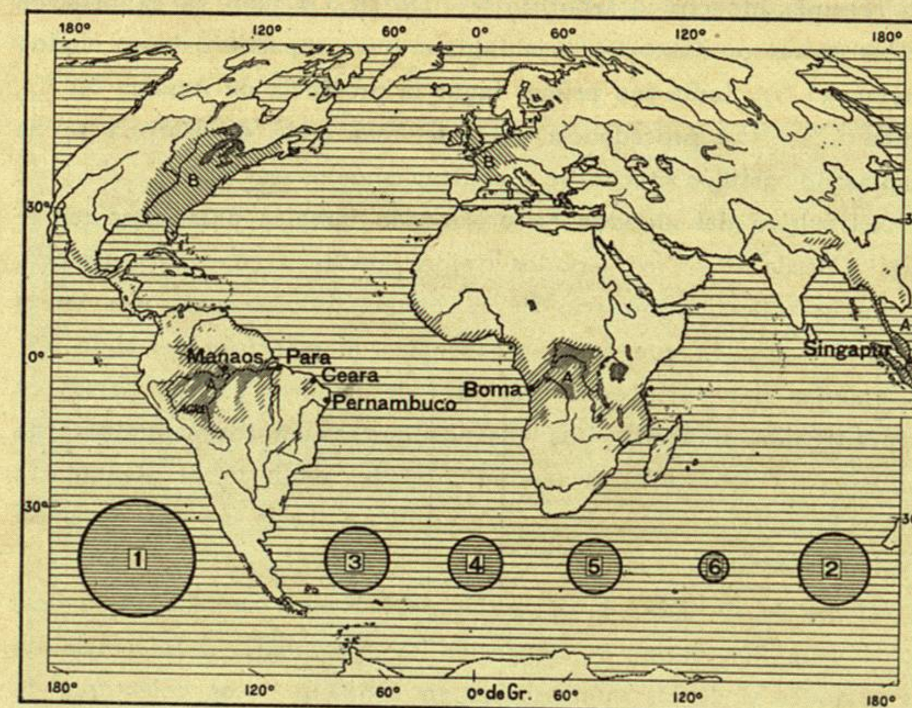
[1] Patrick Geddes, *Education for Economics and Citizenslife*, p. 27.
[2] Alfred Dumesnil, *Libre*.

en lugares muy lejanos de los centros de cultura. El descubrimiento del Nuevo Mundo fué seguido poco después por el desplazamiento de las industrias coloniales, cultivo de la caña de azúcar, del cafetero, del bananero, y á esta extensión de los campos de cultivo en ultramar se han debido los enormes movimientos de población de un continente hacia el otro y los problemas tan temibles de las condiciones del trabajo. Una nueva revolución se produjo cuando las materias elásticas é impermeables, gutapercha y caucho, alcanzaron un valor de primer orden en la industria moderna. En ciertos países, como en la isla de Sumatra, se ha destruído brutalmente por el corte de los árboles ese manantial de riquezas, en tanto que en otros se ha podido conservar por el replanteo de los terrenos productivos ó por haber encontrado, como en el Congo y en las selvas inmensas de la Amazonia, elementos de producción natural en abundancia superior á las crecientes necesidades. Á consecuencia de esta explotación de los *caucheros*, se ha establecido un movimiento continuo de emigración entre el Estado de Ceará y los bosques del interior brasileño; fórmanse colonias temporales en medio de las soledades, y el equilibrio de las repúblicas americanas se desplaza forzosamente. La «cuestión del caucho» ha hecho surgir la pequeña comunidad política de Acre y amenaza encender la guerra entre los dos Estados vecinos, Brasil y Bolivia: un desplazamiento de las fronteras, en provecho naturalmente de la potencia mejor armada, ha sido el resultado de esas discusiones, que producirán además la apertura de nuevos caminos á través del bosque preandino. Y el «caucho rojo» — rojo con la sangre de indígenas — representa un gran papel en las relaciones internacionales, indisponiendo á Bélgica, asociada á su pesar á la política del Estado independiente del Congo, con Inglaterra.

Otra esencia, que da lugar á un movimiento menor de negocios, pero que no obstante tiene también considerable influencia sobre los mercados del mundo, es la *chinchona*, que presenta el extraño fenómeno de desplazar completamente la industria. La *cascarilla*, la corteza del Perú, no viene ya para Europa de la región de los Andes. La incuria de los indígenas ha sido castigada: habían derribado todos los árboles que les suministraban el precioso remedio; ya no tienen nada que expedir, y cuando ellos mismos están enfermos han

de dirigirse á los hospitales de Europa, que se proveen de quinina en diversas comarcas no americanas, especialmente en Java. En 1832 recibió aquella isla las primeras plantas de la especie tan insuficientemente cuidada en su país de origen. Pocos años después el inglés

N.º 561. Producción mundial del caucho.



1 : 200 000 000
0 2500 5000 10000 Kil.

Gran número de plantas suministran materias elásticas y de escasísima conductibilidad eléctrica: caucho, gutapercha, balata, etc., productos agrupados aquí. El rayado A indica los lugares de producción; el rayado B los de consumo. La importancia relativa de la exportación para los años 1901-1903 está indicada por círculos rayados: 1, Brasil; 2, Indonesia y Borneo; 3, otros países de América; 4, Estado del Congo; 5, otros países de Africa; 6, otros países de Asia, incluso Ceylán, donde se ha olvidado el rayado.

Markham logró, por ingeniosos subterfugios, dotar á la India y á Ceylán de la planta peruana, y, mientras desaparecía de la madre patria, se multiplicaba en los jardines extranjeros. Al principio de este siglo se cuentan cerca de cien millones de árboles, pero Java suministra al mundo médico la mejor parte de la cosecha[1].

[1] Flahaut, *Géographie*, 15 Marzo 1904.

Hasta 1868, el té vendido en la Gran Bretaña procedía casi exclusivamente de China; el té indio, que hizo su primera aparición en el mercado de Londres en 1845, representaba en 1882 una tercera parte del consumo inglés. El cafetero, cuya hoja era atacada por un hongo especial, *Hemeleia vastatrix*, desapareció de Ceylán y fué allí reemplazado por el árbol de té. De 1895 á 1905, la exportación de los países productores hacia Inglaterra se repartía de este modo: Ceylán 35 %, India (en primer lugar la provincia de Assam) 60 %, China 5 %. La procedencia del café consumido en Europa se ha desplazado también mucho de cincuenta años á esta parte.

El cultivo del algodón ha ocasionado también numerosas tentativas. Desde 1840, los Estados Unidos envían al mercado europeo, y con la sola intermitencia de la guerra de Secesión, más de la mitad del algodón que aquí se consume; al principio del siglo XX, la América del Norte entra por más de las tres cuartas partes en la producción mundial. Los ensayos que hacen los capitalistas de Europa para librarse de la omnipotencia del sindicato de plantadores de los Estados del Sud, desde la Carolina á Tejas, no han obtenido resultados notables.

Como se ve, sobre la superficie de la Tierra se realizan la destrucción de una parte, la restricción de otra, bajo la influencia de las pasiones y de las inteligencias en conflicto. Los colectores de orquídeas recorren los bosques de Colombia y del Brasil, no sólo en busca de ejemplares raros, sino para destruir, en perjuicio de sus rivales, las flores preciosas que no pueden llevarse. En cuanto á los honrados agricultores, suprimen las especies á centenares, quizá á miles, por causa de uniformidad, de regularidad y de método obligatorio en los cultivos. La labranza y el erial son forzosamente enemigos. La flora de los eriales y la de los pantanos desaparecen en los campos donde se pasea el arado. En Chamblande, cerca de Lausana, siete especies de plantas no han reaparecido después de la roturación del terreno. Por la misma razón las antiguas tierras pantanosas de la Prusia oriental no tienen ya la *trapa natans*, ni la *betula nana*, ni otras plantas antes muy comunes. Conwentz [1] propone la

[1] *Globus*, 9 Enero 1902, p. 36.

conservación de algunas hectáreas de pantanos que servirían de museos botánicos para los estudiantes de las inmediaciones.

En conjunto los hombres han trabajado sin método en el arreglo de la Tierra. Conocían qué parte del suelo convenía á sus cultivos y la escogían juiciosamente, pero ¡con qué barbarie procedían á la preparación del terreno! Todavía en los Estados Unidos, en el Canadá y en el Brasil los roturadores de la agricultura comienzan su



GRANJA ESTABLECIDA Á EXPENSAS DEL BOSQUE. COLOMBIA BRITÁNICA

obra de enriquecimiento de la tierra por la destrucción del bosque virgen. Esperan la estación favorable de las sequías para quemar el bosque y se ve cómo el incendio se propaga horriblemente de una margen á la otra, ó entre dos montañas, quemando al mismo tiempo los animales, ennegreciendo el cielo con el humo y entregando al viento las cenizas que se extienden hasta centenares de kilómetros. Todo queda devastado sobre la tierra negruzca: apenas algunos enormes troncos han resistido á las llamas, elevándose como rotas columnas desiguales y calcinadas sobre montones de carbón. Si hubiesen esperado algunos años, esa espesura de bosque tan brutalmente carbo-

nizada hubiera alcanzado un valor extremo para la carpintería y la ebanistería. Hubieran conservado sobre todo su parte en la higiene general de la Tierra y de sus especies, porque en la distribución de las formas geográficas, el bosque tiene su misión esencial, después de las extensiones oceánicas y la arquitectura de las mesetas y de los montes.

Principalmente en concepto del clima, los bosques han sido mal administrados, ó, por mejor decir, han sido abandonados á la casualidad. Y, no obstante, la Tierra debiera ser cuidada como un gran cuerpo, cuya respiración, efectuada por los bosques, se regularía conforme á un método científico; tiene sus pulmones, que los hombres deben respetar, puesto que de ello depende su propia higiene.

Durante estos últimos siglos, la superficie de los bosques, atacada por la agricultura y sobre todo por las roturaciones sin método y las transformaciones en dehesas, ha disminuído en millones y millones de hectáreas. Y no sólo se ha empequeñecido considerablemente, sino también los bosques que subsisten son menos bellos, menos ricos en altos troncos, y los pinos y los abetos rígidos de sombría verdura han reemplazado en muchos sitios á los árboles hojosos. Estudiando la nomenclatura geográfica de Alemania, von Berg ha hallado que en 1871, sobre un conjunto de 6,905 nombres de lugares debidos á la vegetación forestal, 6,115 se refieren á árboles hojosos, hasta en comarcas donde esos árboles faltan muy por completo ó no tienen ninguna importancia en comparación con las coníferas. Hacia 1300, Hannover, Holstein y la Westfalia del Norte no tenían bosque de pinos, esencia que invadió esas comarcas entrado ya el siglo XIX. Las coníferas han avanzado gradualmente del Este al Oeste, desde la Eslavia á Germania, porque son de un crecimiento más rápido y les basta con un suelo menos rico; pero son árboles de forma rudimentaria, más pobre y menos variada que la de los árboles hojosos, y los progresos de la silvicultura consisten en devolvernos los bosques antiguos [1].

La casualidad, pues, nos gobierna hoy. La humanidad no ha hecho aún el inventario de sus riquezas ni decidido de qué manera debe distribuirlas para que sean bien repartidas para la belleza, la utilidad y la higiene de los hombres. La ciencia no ha intervenido

[1] Hans Hausrath, *Geographische Zeitschrift*, 1901; *Globus*, 6 Marzo 1902.

todavía para establecer á grandes rasgos las partes de la superficie terrestre que convienen á la conservación del adorno primitivo y las que han de utilizarse de otro modo, sea para la producción de la alimentación, sea para los otros elementos de la fortuna pública. ¡Pero cómo puede pedirse á la sociedad que aplique debidamente las enseñanzas de la estadística, cuando ante el propietario aislado, ante el individuo que tiene el «derecho de usar y de abusar», se declara impotente!

Un hecho capital domina toda la civilización moderna, á saber: la propiedad de un solo individuo puede aumentarse indefinidamente, y, en virtud del consentimiento casi universal, puede llegar á la posesión del mundo entero. El poder de los reyes y de los emperadores es limitado, el de la riqueza no tiene límites. El dollar es el señor de los señores: por él más que por ninguna otra causa, los hombres se han repartido de diversos modos sobre la superficie de la Tierra, distribuídos en las ciudades y en las aldeas, en los campos, talleres y fábricas, traídos y llevados de trabajo en trabajo como leve arista impulsada por el viento.

El tipo esencial del civilizado de Europa, ó mejor el del Americano del Norte, se ingenia para la ganancia, con el fin de mandar á los demás hombres por la omnipotencia del dinero. Su poder se aumenta en proporción exacta de su haber. Tal es actualmente la ley universalmente reconocida, no sólo en los países de cultura europea, sino también en las comarcas de Asia que se han desarrollado hacia el mundo ideal económico, y en todas las demás partes del mundo, impulsadas por el ejemplo de Europa y por omnipotente voluntad. Las antiguas formas de propiedad, que reconocían á cada habitante del municipio la igualdad de derechos al disfrute de la tierra, del agua, del aire y del fuego, no son ya más que antiguas supervivencias en vías de desaparición rápida.

Allí donde la tribu era poco numerosa sobre un suelo proporcionalmente ilimitado, nadie pensaba en apropiarse un lote de terreno para cultivos particulares; había superabundancia de suelo productivo, y lo tomaba quien quería, del mismo modo que cada uno respiraba á su gusto y se calentaba al sol cuando tenía frío. Todavía

nizada hubiera alcanzado un valor extremo para la carpintería y la ebanistería. Hubieran conservado sobre todo su parte en la higiene general de la Tierra y de sus especies, porque en la distribución de las formas geográficas, el bosque tiene su misión esencial, después de las extensiones oceánicas y la arquitectura de las mesetas y de los montes.

Principalmente en concepto del clima, los bosques han sido mal administrados, ó, por mejor decir, han sido abandonados á la casualidad. Y, no obstante, la Tierra debiera ser cuidada como un gran cuerpo, cuya respiración, efectuada por los bosques, se regularía conforme á un método científico; tiene sus pulmones, que los hombres deben respetar, puesto que de ello depende su propia higiene.

Durante estos últimos siglos, la superficie de los bosques, atacada por la agricultura y sobre todo por las roturaciones sin método y las transformaciones en dehesas, ha disminuído en millones y millones de hectáreas. Y no sólo se ha empequeñecido considerablemente, sino también los bosques que subsisten son menos bellos, menos ricos en altos troncos, y los pinos y los abetos rígidos de sombría verdura han reemplazado en muchos sitios á los árboles hojosos. Estudiando la nomenclatura geográfica de Alemania, von Berg ha hallado que en 1871, sobre un conjunto de 6,905 nombres de lugares debidos á la vegetación forestal, 6,115 se refieren á árboles hojosos, hasta en comarcas donde esos árboles faltan muy por completo ó no tienen ninguna importancia en comparación con las coníferas. Hacia 1300, Hannover, Holstein y la Westfalia del Norte no tenían bosque de pinos, esencia que invadió esas comarcas entrado ya el siglo XIX. Las coníferas han avanzado gradualmente del Este al Oeste, desde la Eslavia á Germania, porque son de un crecimiento más rápido y les basta con un suelo menos rico; pero son árboles de forma rudimentaria, más pobre y menos variada que la de los árboles hojosos, y los progresos de la silvicultura consisten en devolvernos los bosques antiguos [1].

La casualidad, pues, nos gobierna hoy. La humanidad no ha hecho aún el inventario de sus riquezas ni decidido de qué manera debe distribuirlas para que sean bien repartidas para la belleza, la utilidad y la higiene de los hombres. La ciencia no ha intervenido

[1] Hans Hausrath, *Geographische Zeitschrift*, 1901; *Globus*, 6 Marzo 1902.

todavía para establecer á grandes rasgos las partes de la superficie terrestre que convienen á la conservación del adorno primitivo y las que han de utilizarse de otro modo, sea para la producción de la alimentación, sea para los otros elementos de la fortuna pública. ¡Pero cómo puede pedirse á la sociedad que aplique debidamente las enseñanzas de la estadística, cuando ante el propietario aislado, ante el individuo que tiene el «derecho de usar y de abusar», se declara impotente!

Un hecho capital domina toda la civilización moderna, á saber: la propiedad de un solo individuo puede aumentarse indefinidamente, y, en virtud del consentimiento casi universal, puede llegar á la posesión del mundo entero. El poder de los reyes y de los emperadores es limitado, el de la riqueza no tiene límites. El dollar es el señor de los señores: por él más que por ninguna otra causa, los hombres se han repartido de diversos modos sobre la superficie de la Tierra, distribuídos en las ciudades y en las aldeas, en los campos, talleres y fábricas, traídos y llevados de trabajo en trabajo como leve arista impulsada por el viento.

El tipo esencial del civilizado de Europa, ó mejor el del Americano del Norte, se ingenia para la ganancia, con el fin de mandar á los demás hombres por la omnipotencia del dinero. Su poder se aumenta en proporción exacta de su haber. Tal es actualmente la ley universalmente reconocida, no sólo en los países de cultura europea, sino también en las comarcas de Asia que se han desarrollado hacia el mundo ideal económico, y en todas las demás partes del mundo, impulsadas por el ejemplo de Europa y por omnipotente voluntad. Las antiguas formas de propiedad, que reconocían á cada habitante del municipio la igualdad de derechos al disfrute de la tierra, del agua, del aire y del fuego, no son ya más que antiguas supervivencias en vías de desaparición rápida.

Allí donde la tribu era poco numerosa sobre un suelo proporcionalmente ilimitado, nadie pensaba en apropiarse un lote de terreno para cultivos particulares; había superabundancia de suelo productivo, y lo tomaba quien quería, del mismo modo que cada uno respiraba á su gusto y se calentaba al sol cuando tenía frío. Todavía

en el siglo XII, cuando los habitantes del Jura estaban muy diseminados, era de derecho público que un individuo que roturaba un terreno se convirtiese en propietario de él [1]. Es principio universalmente reconocido en la India y en todo el Oriente que se adquiere el uso legítimo de la tierra vivificándola, es decir, cultivándola con sus brazos. Pero el cultivo, una vez interrumpido y la tierra abandonada y vuelta al estado de erial, pasado un plazo de tres ó cinco años, puede otro proceder á una nueva apropiación del suelo por su trabajo [2].

En ciertas partes de China, en el Setchuen, por ejemplo, los campesinos están en acecho en las orillas del Yangtze kiang; en cuanto después de una avenida bajan las aguas del río, revelando islas y mayor extensión marginal, hacen campos como por encantamiento y aparecen cabañas de bambú sobre el suelo apenas seco. La opinión pública y, por consecuencia natural, la ley que vigila al agricultor, que no aprecia con bastante solicitud la tierra que posee, le castiga con la confiscación; el mal cultivo se pena á golpes de bambú; no producir el grano nutricio que la tierra podría dar es un crimen contra todos.

Á la forma primera de la apropiación — porque la tierra que se cultiva reconociendo que se perderá el derecho de llamarla suya cuando se cesa de fecundarla por el trabajo no es todavía una propiedad —, sucede la propiedad colectiva. Es ya una limitación del derecho primitivo de trabajo que pertenece á todos. Se comprende, en efecto, que los habitantes de un distrito vean con desagrado á unos vecinos que, teniendo también sus campos, sus territorios de labranza, de maderas y de bosques, vienen á usurpar un territorio que por consecuencia de larga tradición habían acostumbrado á llamar «suyo». Por la fuerza de las cosas, se establece poco á poco una distribución de las tierras entre las comunidades ó grupos de campesinos ó de familias, análogas á la parte de actividad que se reparte fisiológicamente entre las células. Es un hecho, recientemente manifestado por los historiadores economistas, que la propiedad común

[1] Ed. Girod, *Ville de Pontarlier*, p. 189.
[2] Maxime Kovalevsky, *Le passage historique de la propriété collective à la propriété individuelle.*

fué en tiempos remotos el régimen dominante entre las sociedades, y admira que haya sido necesario «descubrir» ese antiguo estado de cosas, cuando puede comprobarse aún en todos los países su duración persistente, ó al menos la existencia de numerosos vestigios.

N.° 562. Arroz silvestre en la América del Norte.



Distritos donde se produce el arroz silvestre.

1 : 50000000

0 300 1000 2000 Kil.

La presencia del arroz silvestre, *oriza sativa* (en algonquín *menominee*, en inglés *wild rice*), está demostrada por diversas denominaciones geográficas: 1, Menominee, ciudad del Wisconsin; 2, Ricelake city, en el mismo Estado; 3, Wildrice, y 4, Rice lake, villas del Minnesota; 5, Menominee, río, ciudad y condado del Michigan; 6, Menominee, ciudad del Illinois, etc. Hay también Pshu y Psimmdse, palabras que tienen la misma significación en siou y otros dialectos de los Pieles Rojas.

Pero los hombres de estudio no veían las instituciones más que á través de los libros y con el criterio de los preceptos del derecho romano: todos ignoraban las leyes más evidentes de la sociedad misma de que formaban parte. El polaco Lelewel fué el primero que en 1828 señaló la existencia de las propiedades comunitarias, y la obra alemana de Haxthausen, que fijó la atención de los sabios sobre esta forma de la explotación del suelo en común, no se publicó

hasta 1847, y en 1883, un escritor de Transylvania, Teutsch, demostró que en los países «sajones» de los Carpatos existían comunidades de ese género[1].

Actualmente es un hecho generalmente reconocido — de tal modo abundan los documentos — que las villas de toda la llanura magyar y las montañas circundantes estaban rodeadas de un campo común ó «campo de partición», llamado también «campo de la flecha» porque la suerte se manifestaba temporalmente para los coparticipantes por el tiro de una flecha. En el siglo XIII la comunidad de las tierras era general en todo el territorio que constituye hoy Hungría, y las poblaciones se trasladaban con sus habitantes cuando consideraban que las tierras cultivadas habían perdido su fuerza productiva y juzgaban necesario buscar campiñas vírgenes ó renovadas por los barbechos. Los Eslavos, que habían precedido á los Magyares en aquellas comarcas, practicaban el mismo régimen comunitario[2] y, antes que ellos, los residentes del país, los veteranos romanos y los Getas habían seguido el mismo modo de cultivo. Desde los orígenes de la historia escrita del Danubio la tierra había permanecido común y hasta en la corriente de este siglo se encuentran huellas de ese antiguo estado de cosas, y así, según Taganyi, la propiedad personal no existió en el territorio de Felvincz, sobre el Maros, hasta 1845. Desde la franca comunidad primera hasta el régimen actual de la propiedad privada, la transición se ha hecho gradualmente por efecto de repartos desiguales: los Magyares recibieron una parte mayor que los Eslavos ó los Rumanos; los nobles y los funcionarios que adquirieron más tarde la posesión definitiva de su lote fueron favorecidos en el reparto, y su posesión aumentó con los repartos sucesivos.

Antes que la influencia del derecho romano se hiciera sentir en las sociedades modernas, la antigua propiedad colectiva tuvo diversas formas, dependientes de los medios y de los tiempos. Rusia, que merece una atención particularísima en concepto del régimen territorial, puesto que aún se halla en período de transición entre la propiedad colectiva y la propiedad privada, tuvo ciertamente una forma de organización muy diferente antes de la servidumbre y de la mano

[1] Karl Taganyi, *Geschichte der Feldgemeinschaft in Ungarn*, *Ungarische Revue*, 1895, p. 103

[2] Maxime Kovalevsky, *Pervobitnoye Pravo*, ps. 1-89.

muerta, hace tres siglos. En aquella época, en efecto, no se encuentra huella alguna del reparto periódico de las tierras, como en el mir actual, lo que ha permitido á Tchicherin y á Fustel de Coulanges emitir la hipótesis que la misma propiedad colectiva fué de



Cl. J. Kuhn, París.

EL BANANERO Y SU RÉGIMEN

creación señorial, por haber considerado los propietarios territoriales que era bueno igualar las parcelas de sus campesinos por un reparto periódico para asegurar sus ingresos anuales; pero esa hipótesis ha sido desvanecida por el descubrimiento de que antes de los tiempos del reparto periódico las tierras cultivables eran bastante extensas para que cada familia campesina se apropiara la cantidad de terreno

que necesitara; ella misma, según la tradición, limitaba su dominio por el arado, por la hoz y por el hacha en las tierras de labor, en los prados ó en los bosques. Cuando las tierras se agotaban, la familia buscaba otras más favorables.

Ese régimen primitivo de la libre posesión del suelo por los miembros de un mismo municipio se ha conservado en Rusia hasta el curso del siglo XIX; todavía en 1875, un territorio de los Cosacos del Don, que forma un solo concejo que comprende 74 *stanitzi* ó grandes villas, se hallaba en estado completamente indiviso: cada familia podía apropiarse cada año extensión mayor ó menor, que le pertenecía mientras la conservaba cultivada. El aumento de la población obliga á los habitantes á recurrir al reparto proporcional al número de «almas» por villa; en todas partes de los campos laborables se han hecho lotes, pero no de los prados; en muchas *stanitzi* quedan indivisos, la siega se hace en común y se reparte el producto.

Se comprende que el primer reparto de la propiedad comunal en lotes familiares sea seguido periódicamente de nuevos lotes. Rota la primera igualdad entre las familias coparticipantes, se estableció una lucha entre las favorecidas y las perjudicadas; aumenta la ruptura de equilibrio hasta que los descontentos hacen que el concejo proceda á una nueva división, á menos que los intereses de los enriquecidos, sostenidos por el gobierno, acaben por prevalecer: en ese caso, siendo gradualmente menos frecuentes los repartos, acaban por ser triunfalmente suprimidos por los propietarios privilegiados y se establece el régimen de la propiedad privada. Tal es la evolución que, después de haberse cumplido en los siglos anteriores en los pueblos de la Europa occcidental, se está realizando en el Pendjab y en diversas comarcas de Rusia [1].

Al final del siglo XIX, la Pequeña Rusia, cuyas tierras fértiles son buscadas con avidez, ha pasado al régimen individualista en algo más de una tercera parte de su superficie, en tanto que la Gran Rusia, país menos fecundo, permanece todavía casi enteramente fiel al mir con repartos periódicos [2].

[1] Maxime Kovalevsky, *Le passage historique de la propriété collective à la propriété individuelle, Annales de l'Institut International de Sociologie.*
[2] Terner, *Wiestnik Evropi*, Mayo 1895, p. 49, citado por Kovalevsky.



BOSQUE DE BANANEROS EN NUEVA GRANADA

Cl. J. Kuhn, Paris.

deras llamadas *lammas,* del nombre inglés del 1.° de Agosto, que son alternativamente propiedades privadas hasta el primer corte del heno, y luego propiedades colectivas durante el otoño y el invierno hasta el 25 de Marzo [1].

En Suiza se observa toda la serie de transformaciones posibles entre la antigua forma de propiedad comunal y la propiedad estrictamente personal. En muchas villas los comunales se transforman en bienes del municipio para ser arrendados á largos plazos en beneficio fiscal de la municipalidad. En algunos puntos, como en Gandria, en el cantón del Tessino, pertenecen, no al conjunto de los comuneros, sino á un número limitado de familias, que á veces son reemplazadas por otras, en virtud de tal ó cual nueva circunstancia. En el cantón de Vaud, al final del siglo XIX no se contaban ya más que 202 municipios que aún tenían bienes pertenecientes á todos [2]. En el Valais, donde las montañas son más altas y donde sería difícil repartir los pastos superiores para transformarlos en parcelas privadas, la propiedad comunitaria se ha conservado al menos sobre las alturas y todos los trabajos que se hacen en ella quedan en beneficio común. La distribución normal de las aguas ha sido especialmente bien comprendida y practicada por los comuneros y se prosigue como en otro tiempo, aun donde en las praderas regadas de las pendientes medias é inferiores han sido adquiridas por particulares. Los Valesianos toman las aguas silvestres que descienden saltando sobre las rocas, y las dirigen á derecha ó á izquierda sobre las vertientes opuestas de los valles: esos fosos ó *bisses*, que se desarrollan paralelamente alrededor de la montaña, han sido trazados siguiendo las curvas de nivel por impecables geómetras. El trabajo, que sin duda costaría muchos siglos en hacerse en su conjunto y cuya conservación y reparaciones representan cada año una cantidad considerable de labor, permite á los habitantes de las alturas regular el riego de todas las pendientes y contar anualmente con abundantes cosechas: las *bisses* son la riqueza del país. He ahí por qué los Valesianos tienen tan gran respeto hacia esa obra, sin la cual las aguas se perderían inútilmente; en tiempos pasados les

[1] Thorold Rodgers, *Interprétation économique de l'Histoire.*
[2] Max. Kovalevsky, *Geschichte der Zerstückelung im Kanton Waadt.*

atestiguaban una especie de culto. La cima de la montaña donde dos *bisses* venidas de diferentes valles unían sus aguas y se dividían en ramas secundarias, era un lugar sagrado; allí celebraban sus juicios los tribunales, y los conflictos que solían ocurrir, frecuentemente causados por los mil accidentes de la sed de irrigación, eran



Cl. J. Kuhn, París.

GRAN PROPIEDAD ESCOCESA. REBAÑO DE CIERVOS EN LA ISLA DE ARRAN

estudiados y juzgados allí mismo. En el antiguo dialecto germánico del Alto Valais, las *bisses* se llamaban *suonen*, palabra derivada de *suon*, el «juez» ó el «árbitro» [1].

Como lo hace observar un historiador, tanto valdría hablar de la muerte natural de los soldados que caen en el campo de batalla por la acción del hierro y del fuego, como atribuir á una evolución normal, voluntaria por parte de los indígenas, la extinción de las

[1] Daniel Baud Bovy, *A travers les Alpes*, p. 19.

deras llamadas *lammas,* del nombre inglés del 1.° de Agosto, que son alternativamente propiedades privadas hasta el primer corte del heno, y luego propiedades colectivas durante el otoño y el invierno hasta el 25 de Marzo [1].

En Suiza se observa toda la serie de transformaciones posibles entre la antigua forma de propiedad comunal y la propiedad estrictamente personal. En muchas villas los comunales se transforman en bienes del municipio para ser arrendados á largos plazos en beneficio fiscal de la municipalidad. En algunos puntos, como en Gandria, en el cantón del Tessino, pertenecen, no al conjunto de los comuneros, sino á un número limitado de familias, que á veces son reemplazadas por otras, en virtud de tal ó cual nueva circunstancia. En el cantón de Vaud, al final del siglo XIX no se contaban ya más que 202 municipios que aún tenían bienes pertenecientes á todos [2]. En el Valais, donde las montañas son más altas y donde sería difícil repartir los pastos superiores para transformarlos en parcelas privadas, la propiedad comunitaria se ha conservado al menos sobre las alturas y todos los trabajos que se hacen en ella quedan en beneficio común. La distribución normal de las aguas ha sido especialmente bien comprendida y practicada por los comuneros y se prosigue como en otro tiempo, aun donde en las praderas regadas de las pendientes medias é inferiores han sido adquiridas por particulares. Los Valesianos toman las aguas silvestres que descienden saltando sobre las rocas, y las dirigen á derecha ó á izquierda sobre las vertientes opuestas de los valles: esos fosos ó *bisses*, que se desarrollan paralelamente alrededor de la montaña, han sido trazados siguiendo las curvas de nivel por impecables geómetras. El trabajo, que sin duda costaría muchos siglos en hacerse en su conjunto y cuya conservación y reparaciones representan cada año una cantidad considerable de labor, permite á los habitantes de las alturas regular el riego de todas las pendientes y contar anualmente con abundantes cosechas: las *bisses* son la riqueza del país. He ahí por qué los Valesianos tienen tan gran respeto hacia esa obra, sin la cual las aguas se perderían inútilmente; en tiempos pasados les

[1] Thorold Rodgers, *Interprétation économique de l'Histoire.*
[2] Max. Kovalevsky, *Geschichte der Zerstückelung im Kanton Waadt.*

atestiguaban una especie de culto. La cima de la montaña donde dos *bisses* venidas de diferentes valles unían sus aguas y se dividían en ramas secundarias, era un lugar sagrado; allí celebraban sus juicios los tribunales, y los conflictos que solían ocurrir, frecuentemente causados por los mil accidentes de la sed de irrigación, eran



Cl. J. Kuhn, París.
GRAN PROPIEDAD ESCOCESA. REBAÑO DE CIERVOS EN LA ISLA DE ARRAN

estudiados y juzgados allí mismo. En el antiguo dialecto germánico del Alto Valais, las *bisses* se llamaban *suonen*, palabra derivada de *suon*, el «juez» ó el «árbitro» [1].

Como lo hace observar un historiador, tanto valdría hablar de la muerte natural de los soldados que caen en el campo de batalla por la acción del hierro y del fuego, como atribuir á una evolución normal, voluntaria por parte de los indígenas, la extinción de las

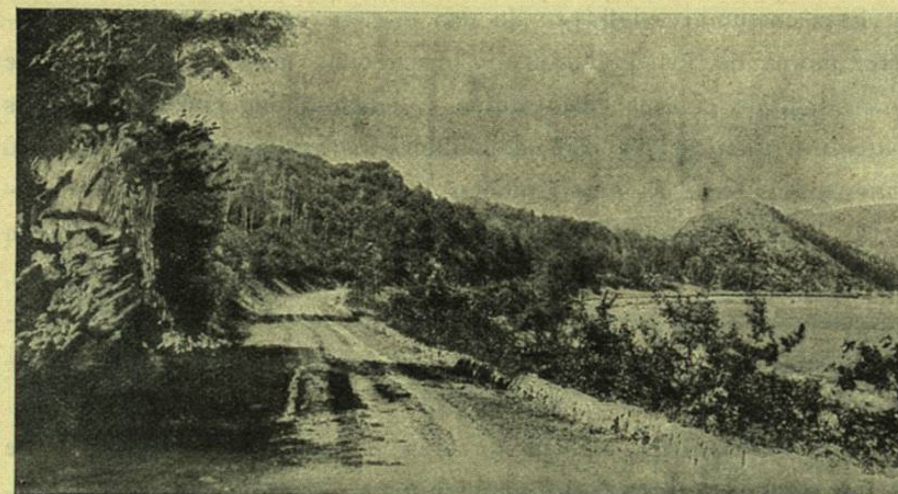
[1] Daniel Baud Bovy, *A travers les Alpes*, p. 19.

comunidades rurales [1]. Verdad es que se han extinguido en casi todas las comarcas de la Europa occidental, pero suprimidas por decretos, órdenes y la fuerza bruta. Habiendo aumentado el valor de la tierra, los acaparadores del suelo, señores ó mercaderes, no tuvieron más que apoyarse sobre las leyes que ellos mismos dictaban al Estado para anexionar gradualmente á sus dominios la mejor parte del terreno comunal, aprovechándose al mismo tiempo para destruir hasta los últimos vestigios de la autonomía local. La época de la Reforma, principalmente á la mitad del siglo XVI, fué marcada por esta gran revolución económica de la expropiación efectiva de los campesinos en Suiza, en Alemania y en Inglaterra. En este último país comenzó y, por una misma evolución, la transformación de las tierras de cultivo en prados para pastos. Los feudos de la Iglesia, habiendo sido distribuídos entre sus nobles por Enrique VIII, los nuevos cesionarios usaron de su derecho legal para expulsar á cuantos campesinos les parecieron inútiles y les reemplazaron por rebaños. Hubo como consecuencia rebeldías y bandidajes, pero el Estado mantuvo el «orden» por medio de matanzas. La operación fué repetida varias veces, y especialmente en el siglo XIX, de 1810 á 1820, en el Norte de Escocia: miles de campesinos fueron desposeídos de la tierra que cultivaban y reemplazados por ciervos y carneros [2].

Ninguna autoridad procedió de manera más categórica contra la propiedad colectiva que la Convención. Aplicó el principio que la monarquía absoluta hubiera podido aceptar como objeto: No permitir la existencia de ningún interés intermediario entre los de la nación y los del individuo. El Estado, uno é indivisible, reinando sobre una polvareda de particulares, he ahí el ideal. El departamento, el distrito, el cantón y el municipio no debían ser más que expresiones administrativas, y era preciso que la Ley velase para destruir todos los antiguos lazos entre las unidades que formaban una misma agrupación. También la Convención decretó la venta de todos los terrenos comunales; pero su existencia fué corta para que lograra su objeto en todas partes. Allá donde las condiciones geográficas favorecían la posesión colectiva han persistido hasta nuestros días.

[1] Pierre Kropotkine, *L'Entr'aide*.
[2] Véanse detalles en *The Scottish Geographical Magazine*, Noviembre 1902.

De hecho no hay un solo país de Europa donde las tradiciones de la antigua propiedad comunitaria haya desaparecido por completo; en ciertas regiones, especialmente en las Ardennes y en las partes escarpadas de Suiza, donde los campesinos no tuvieron que sufrir una tiranía como la que pesó sobre los campesinos alemanes después de las guerras de la Reforma, las propiedades comunales son



Cl. Nels, Bruselas.

PAISAJE DE ARDENNES — EN LAS MÁRGENES DEL SEMOIS

todavía bastante extensas para constituir una parte considerable del territorio.

En las Ardennes belgas, el territorio colectivo contiene tres partes: el *bosque*, el *bosque cortado* y el *pasto*, á las cuales suelen unirse la tierra arable y las canteras. Los bosques, que forman la mayor parte de la propiedad, se dividen en cierto número de cortes, veinte ó veintidós en general. Todos los años se divide una corta por vía de la suerte entre los diferentes hogares del municipio, separando la corteza de las encinas, previamente arrancada, á beneficio de la caja comunal. Para el trabajo del gran bosque se reparten las familias en grupos de cinco y en éstos cada una de ellas se encarga por turno de la corta de árboles, del descuartizamiento y del transporte. Después de la corta, cada cual procede á la roza de la porción de terreno que le ha correspondido y siembra la cebada que recogerá el año siguiente. Dos años y medio después, los habi-

tantes se reparten los vástagos que han brotado en los troncos cortados y luego la corta adquiere cierto desarrollo y se deja á sí misma hasta que se reproducen las mismas operaciones. El pasto se hace sin organización especial y en común en los terrenos incultos, en los bosques de grandes árboles y en los tallares seis ó siete años después de la corta; las piedras se extraen libremente de las canteras salvo aviso previo.

Esas costumbres influyen de una manera manifiesta sobre el carácter moral de los individuos y desarrollan mucho el espíritu de solidaridad, de complacencia mutua y de afabilidad cordial; como es costumbre practicar los trabajos voluntarios en beneficio de los que lo necesitan, basta á éstos anunciar su demanda ruidosamente á través de la villa voceando: «¡Fulano necesita tal servicio! ¿Quién quiere encargarse de él?» É inmediatamente se presentan varios, concertándose para ver quién podrá emprender la tarea más fácilmente, y el servicio queda realizado [1]. Análogas relaciones nos vienen de los Queyras [2].

En toda la Suiza, las dos terceras partes de las praderas y de los bosques pertenecen á los municipios y éstos poseen además turberas, carrozales y canteras, lo mismo que campos, vergeles y viñas. En muchas ocasiones los copropietarios del municipio tienen que trabajar juntos, de manera que más parecen reunidos para una fiesta que para el trabajo. Los jóvenes de ambos sexos suben á los montículos los rebaños sonando sus armoniosas campanillas. Otras veces la tarea es más ardua, los leñadores armados de hachas van á derribar los altos abetos al bosque comunal, cuando la nieve cubre todavía el suelo; descortezan los troncos y les hacen deslizar por las correderas de avalanchas hasta el torrente que les conduce entre sus revueltas.

En las veladas de las noches de invierno todos son convocados en casa del uno ó del otro, según la urgencia del trabajo, sea para desgranar el maíz, sea para descascarar nueces, ó para trabajar en la canastilla de una novia: en esas reuniones el trabajo es una alegría, y hasta los niños quieren tomar parte en él; allí, donde todo es nuevo para ellos, en vez de dormir, quieren velar con los grandes; bajo la ceniza caliente se tuestan las castañas, y las mejores son para ellos; á la hora de los sueños oirán canciones, se les contarán historias, aventuras, cuentos que su imaginación transforma en apariciones maravillosas. En tales noches de benevolencia común se orienta de una manera definitiva la existencia del niño; allí nacen los amores y se dulcifican las amarguras de la vida.

[1] Paul Gille, *Société Nouvelle*, Marzo 1888.
[2] Briot, *Etudes sur l'Economie alpestre.*



Cl. Nels, Bruselas.

UNA ALDEA DE LOS ARDENNES BELGAS

De ese modo el espíritu de plena asociación no ha desaparecido en los municipios, á pesar de la mala voluntad de los ricos particulares y del Estado, que tienen gran interés en romper el haz de las resistencias en provecho de su avidez ó de su poder y que procuran no tener delante de sí más que individuos aislados. Hasta entre gentes de lenguas y naciones diferentes se manifiesta la ayuda mutua tradicional: es costumbre en Suiza cambiar los hijos de familia á familia entre los cantones alemanes y los cantones franceses; así también los campesinos bearneses envían sus hijos al país vasco, acogiendo á la vuelta jóvenes eúskaros como mozos de labranza, de modo que unos y otros pueden pronto conocer las dos lenguas sin que los padres hayan tenido un aumento en sus gastos. Por último, existieron en todo tiempo entre carboneros y carboneros, cazadores y cazadores, marinos y marinos, y de una manera general entre todos los individuos de un mismo oficio que tienen intereses comunes, unas

confraternidades virtuales, sin constituciones escritas ni firmas, pero formando á pesar de todo pequeñas repúblicas estrechamente ligadas. Á través del mundo entero, los feriantes, que la casualidad de los viajes suele reunir, están ligados en una especie de francmasonería mucho más seria que la de los «hermanos» reunidos en los templos de Hiram.

Naturalmente, todo hombre que se hacía amo de sus semejantes por la guerra, la conquista, la usura ó cualquier otro medio constituía por eso mismo la propiedad en su beneficio, puesto que, apropiándose el hombre, se apoderaba también de su trabajo y del producto de su labor y como resultado final de la parte misma del suelo donde el esclavo había hecho nacer el fruto. El rey, en cualquier punto de la tierra que tuviera súbditos, y cualquiera que fuera la tenacidad del pueblo para la conservación de las tradiciones antiguas, se encontraba siempre, en virtud de su mismo poder, arrastrado hacia la satisfacción de su capricho: tomaba los hombres, tomaba la tierra y distribuía el todo á su antojo. Las formas de gratitud, los homenajes de vasallaje y las condiciones de conservación variaban según los países y los tiempos, pero el hecho esencial es que la propiedad cesaba de ser asegurada al que trabajaba para ser atribuída al que no sabía manejar la azada ni dirigir el arado.

El antiguo régimen feudal, según el cual una provincia ó una isla dada antiguamente por la corona quedaba de siglo á siglo y casi sin cambio en una sola familia, se ha conservado hasta nuestros días. En América se ven todavía ejemplos típicos, no modificados desde la época de la donación. Por ejemplo, la isla de Anticosti, la antigua Natikosteh de los Indios, pertenece á un solo individuo, y aunque parezca insignificante en nuestros mapas, situada en plena desembocadura del San Lorenzo, la isla tiene una superficie de 628,000 hectáreas y es poco menor que la de Córcega; sobre su vertiente sud, de cara al sol, se hallan extensiones cultivables. Verdad es que unos bosques de arbustos que entremezclan su ramaje formando una especie de pelusa y extensas turberas no constituyen una riqueza muy apreciada, pero los animales de pieles finas y los miles de osos negros llegados seguramente en invierno sobre el hielo continuo del estuario hubieran debido atraer á los cazadores y se hubiera podido

explorar esta isla, aunque sólo fuera para conocer si contiene tesoros mineros en sus rocas silúricas. Pero Anticosti, concedida en 1680 á Jolliet, ha continuado siendo propiedad de un solo individuo, y los escasos habitantes que allí se toleran, actualmente en número de quinientos, son pescadores ó cazadores, ó empleados, guardianes de faro ó salvadores. Con frecuencia los náufragos arrojados sobre aquellas playas desiertas llegaron á devorarse impulsados por el delirio del hambre [1].

Evidentemente, el abandono casi completo de la tierra débese á la no división de la gran isla. Recientemente una de las hermosas islas de la hilera de las Pequeñas Antillas, la Barbuda, tenía también un solo dueño; actualmente está dividida en dos territorios, cuyos feudatarios están obligados á hacer al gobernador de la isla próxima, Antigua, el homenaje anual de una oveja gorda ó de un ciervo [2]. Pero los grandes propietarios han hecho el vacío en aquella tierra fértil y salubre: de todas las Antillas es con mucho la menos poblada; en 1890 su población era sólo de cuatro habitantes por kilómetro cuadrado, mientras que la de Barbadoes era cien veces más elevada (426 individuos). De la misma superficie que las islas Normandas, Barbuda no contiene 1,000 personas, en tanto que 100,000 habitantes se alimentan cómodamente en Jersey y Guernesey.

Tal es también la razón por que la Gran Bretaña, tan orgullosa por sus colonias, ha de reconocer el humillante contraste que presentan en la América Central su gran posesión del British Honduras y las colonias inmediatas habitadas por blancos de origen español y de los *ladinos* de raza mezclada. Esta gran diferencia entre su extenso dominio casi inútil y los territorios próximos, enriquecidos por sus cultivos y la exportación de sus abundantes productos, procede de que el Honduras «británico» está concedido por completo á grandes propietarios: ¿á qué trabajar como esclavo al lado de un país donde se puede ser libre?

Sea por efecto de la herencia feudal, como en la Gran Bretaña, en la Alemania del Norte y en Lombardía, sea en virtud de la conquista, como en Irlanda, ó de adquisiciones enormes como en Aus-

[1] J. U. Gregory, *L'Ile d'Anticosti et ses Naufrages.*
[2] Ober, *Camps in the Caribbees.*

confraternidades virtuales, sin constituciones escritas ni firmas, pero formando á pesar de todo pequeñas repúblicas estrechamente ligadas. Á través del mundo entero, los feriantes, que la casualidad de los viajes suele reunir, están ligados en una especie de francmasonería mucho más seria que la de los «hermanos» reunidos en los templos de Hiram.

Naturalmente, todo hombre que se hacía amo de sus semejantes por la guerra, la conquista, la usura ó cualquier otro medio constituía por eso mismo la propiedad en su beneficio, puesto que, apropiándose el hombre, se apoderaba también de su trabajo y del producto de su labor y como resultado final de la parte misma del suelo donde el esclavo había hecho nacer el fruto. El rey, en cualquier punto de la tierra que tuviera súbditos, y cualquiera que fuera la tenacidad del pueblo para la conservación de las tradiciones antiguas, se encontraba siempre, en virtud de su mismo poder, arrastrado hacia la satisfacción de su capricho: tomaba los hombres, tomaba la tierra y distribuía el todo á su antojo. Las formas de gratitud, los homenajes de vasallaje y las condiciones de conservación variaban según los países y los tiempos, pero el hecho esencial es que la propiedad cesaba de ser asegurada al que trabajaba para ser atribuída al que no sabía manejar la azada ni dirigir el arado.

El antiguo régimen feudal, según el cual una provincia ó una isla dada antiguamente por la corona quedaba de siglo á siglo y casi sin cambio en una sola familia, se ha conservado hasta nuestros días. En América se ven todavía ejemplos típicos, no modificados desde la época de la donación. Por ejemplo, la isla de Anticosti, la antigua Natikosteh de los Indios, pertenece á un solo individuo, y aunque parezca insignificante en nuestros mapas, situada en plena desembocadura del San Lorenzo, la isla tiene una superficie de 628,000 hectáreas y es poco menor que la de Córcega; sobre su vertiente sud, de cara al sol, se hallan extensiones cultivables. Verdad es que unos bosques de arbustos que entremezclan su ramaje formando una especie de pelusa y extensas turberas no constituyen una riqueza muy apreciada, pero los animales de pieles finas y los miles de osos negros llegados seguramente en invierno sobre el hielo continuo del estuario hubieran debido atraer á los cazadores y se hubiera podido

explorar esta isla, aunque sólo fuera para conocer si contiene tesoros mineros en sus rocas silúricas. Pero Anticosti, concedida en 1680 á Jolliet, ha continuado siendo propiedad de un solo individuo, y los escasos habitantes que allí se toleran, actualmente en número de quinientos, son pescadores ó cazadores, ó empleados, guardianes de faro ó salvadores. Con frecuencia los náufragos arrojados sobre aquellas playas desiertas llegaron á devorarse impulsados por el delirio del hambre [1].

Evidentemente, el abandono casi completo de la tierra débese á la no división de la gran isla. Recientemente una de las hermosas islas de la hilera de las Pequeñas Antillas, la Barbuda, tenía también un solo dueño; actualmente está dividida en dos territorios, cuyos feudatarios están obligados á hacer al gobernador de la isla próxima, Antigua, el homenaje anual de una oveja gorda ó de un ciervo [2]. Pero los grandes propietarios han hecho el vacío en aquella tierra fértil y salubre: de todas las Antillas es con mucho la menos poblada; en 1890 su población era sólo de cuatro habitantes por kilómetro cuadrado, mientras que la de Barbadoes era cien veces más elevada (426 individuos). De la misma superficie que las islas Normandas, Barbuda no contiene 1,000 personas, en tanto que 100,000 habitantes se alimentan cómodamente en Jersey y Guernesey.

Tal es también la razón por que la Gran Bretaña, tan orgullosa por sus colonias, ha de reconocer el humillante contraste que presentan en la América Central su gran posesión del British Honduras y las colonias inmediatas habitadas por blancos de origen español y de los *ladinos* de raza mezclada. Esta gran diferencia entre su extenso dominio casi inútil y los territorios próximos, enriquecidos por sus cultivos y la exportación de sus abundantes productos, procede de que el Honduras «británico» está concedido por completo á grandes propietarios: ¿á qué trabajar como esclavo al lado de un país donde se puede ser libre?

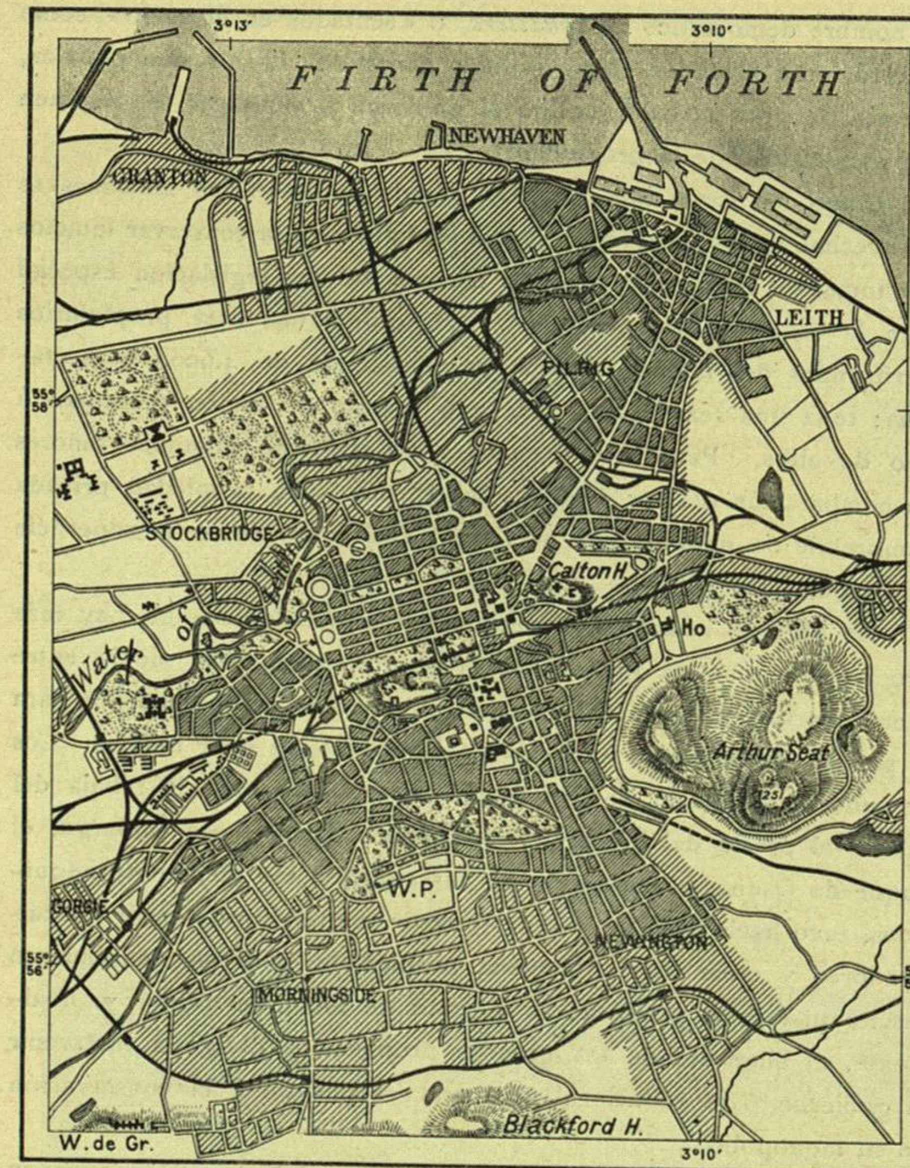
Sea por efecto de la herencia feudal, como en la Gran Bretaña, en la Alemania del Norte y en Lombardía, sea en virtud de la conquista, como en Irlanda, ó de adquisiciones enormes como en Aus-

[1] J. U. Gregory, *L'Ile d'Anticosti et ses Naufrages.*
[2] Ober, *Camps in the Caribbees.*

tralia, la división del suelo en territorios de gran extensión ha llegado á ser la regla en ciertas comarcas, donde los verdaderos labradores están casi excluídos de toda parte de posesión sobre el surco nutricio. Se cita principalmente el ejemplo clásico de la Escocia del Norte, donde el territorio se halla casi todo en posesión de algunos privilegiados: muchos de ellos no podrían atravesar en un día, al galope de sus caballos, su territorio de un límite al otro, siendo de notar que la mayor parte ni siquiera se han tomado la molestia de explorarlo y les basta con percibir la renta. El condado de Sutherland, 5,200 kilómetros cuadrados, pertenece casi por completo al título nobiliario que ostenta el mismo nombre de Sutherland. En 1890, otros trece grandes señores poseían cada uno más de 100,000 acres (405 kilómetros cuadrados) en una pieza; y la superficie total de esos territorios alcanza 15,000 kilómetros cuadrados y puede compararse su extensión á las dos Saboyas, más el departamento de los Altos Alpes.

Los grandes propietarios ingleses no han de gobernar tan extensos territorios; apenas podrían citarse cuatro de ellos — tres de los cuales tienen su propiedad en Irlanda — cuyo lote alcance 500 kilómetros cuadrados, pero detentan fuentes de ingresos cuya importancia es mucho más considerable que los grandes territorios rurales de Escocia. Trátase de minas y canteras, de puertos y ciudades. Uno solo de ellos es dueño de la ciudad galesca de Cardiff, con todas sus hulleras de provisión, todo su instrumental de vías férreas, de cuencas, de calas, de puentes volantes y de almacenes y depósitos. El suelo de Londres, la ciudad mundial, pertenece á un corto número de duques y de barones que emplea cada uno todo un ministerio de cobradores y empleados para la cobranza de sus alquileres siempre crecientes. Ese mismo régimen quería aplicar en su beneficio la aristocracia dominadora de Inglaterra en todo el imperio colonial, en proporciones todavía más monstruosas que en la madre patria. Así en la Australia oriental, cuatro colonos se repartían, en los Liverpool Downs, una superficie de 3.250,000 hectáreas — Bélgica no cuenta más que 2.945,000 —, donde cada uno de ellos criaba 70,000 cabezas de ganado sin más gastos que la manutención de media docena de pastores. Esos grandes feudatarios, cuyo reino sólo

N.° 563. Edimburgo y el Warrender Park.



1: 50000

0 1 2 3 Kil.

En 1695 la municipalidad de Edimburgo concedió á uno de sus miembros, G. Warrender, mediante el pago anual de un shilling de plata, una casa y un parque de 30 hectáreas, situados á más de un kilómetro de la ciudad, que, á la sazón, se extendía poco más allá de la calle principal que conduce de Holyrood (Ho) al Castillo (C). Edimburgo, por su desarrollo gradual, englobó Warrender Park (W. P. dejado en blanco en el mapa) en sus tentáculos hacia 1890. La propiedad fué dividida en lotes que fueron alquilados. El alquiler anual que correspondía al sexto descendiente de Warrender, por orden de primogenitura, se elevaba á 1.600,000 francos.

les había costado el pago de una patente de 250 francos, llevaban el nombre democrático de *squatters*, ó «sentados en el suelo», como si estuvieran sentados sobre el suelo ocupado. La presión popular, á costa de gran trabajo, obligó al gobierno á modificar ese régimen tan escandaloso de la propiedad.

Como los lords ingleses, los grandes propietarios alemanes se aprovechan de las supervivencias del feudalismo para conservar intactos sus inmensos dominios, gozando además de una legislación especial para la venta de sus productos. Los quince mayores propietarios territoriales del imperio poseen en junto más de 4.600,000 hectáreas; toda una sexta parte del gran ducado de Baden pertenece á uno de ellos. Pero esos personajes no son sino humildes señores en comparación del zar de todas las Rusias, cuya propiedad privada comprende 51 millones de hectáreas, casi tanto como la superficie de Francia.

En algunas comarcas, especialmente en Andalucía, no hay más propietarios que los grandes señores: no existe clase media entre el millonario y el proletario dependiente absolutamente del señor para el peculio diario, como el esclavo antiguo, tal vez peor todavía. Los poseedores del suelo se han unido en sindicato para la rebaja del salario al precio del hambre, á dos reales diarios. Sin embargo, el duque de Osuna, avergonzado de sus riquezas tan fácilmente adquiridas, tuvo hacia 1880 la idea de repartir sus territorios entre los cultivadores y crear así la pequeña propiedad: pero su pensamiento suscitó una gran protesta; se le trató de loco, de traidor y, finalmente, el sindicato de los grandes propietarios obligó á intervenir al gobierno para reducir al aristócrata filántropo á la conservación de su monopolio [1].

Asimismo se ha visto recientemente en el Nuevo Mundo, y en un período diferente de evolución de la propiedad, á la opinión pública y al gobierno suscitar dificultades á la conservación de formas comunitarias que se hallaban en desacuerdo con las prácticas corrientes y las rúbricas administrativas. Se trata de los *Dukhobortzi* ó «Luchadores por el espíritu», á quienes sus convicciones

[1] *Société Nouvelle*, Abril 1894, p. 568.

religiosas prohiben llevar armas y que el gobierno ruso quiso obligar á que dieran sus jóvenes al servicio militar. Sabido es que los Dukhobors resistieron con constancia heroica á las órdenes, á los lati-



Cl. J. Kuhn, París.

UN COCOTERO EN MADAGASCAR

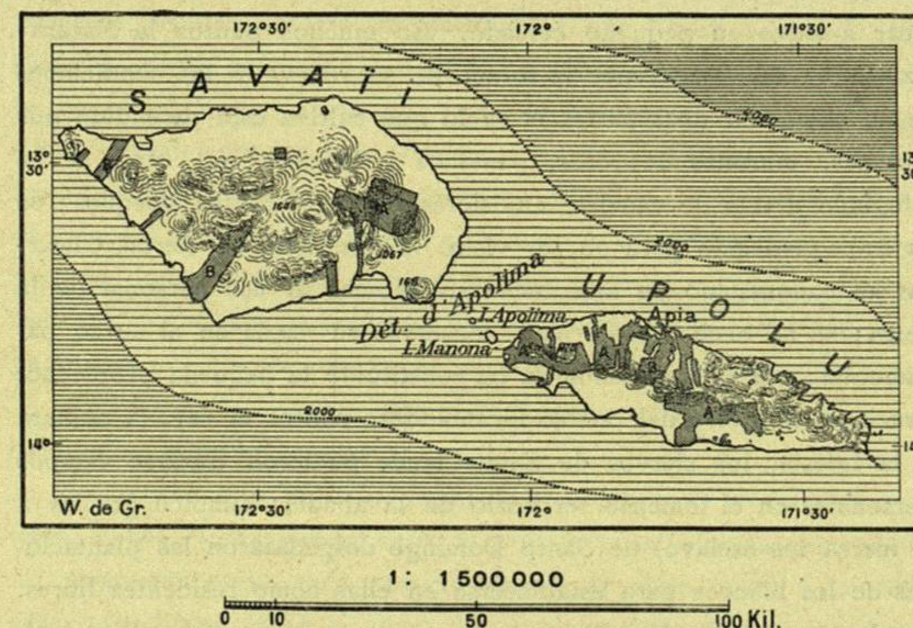
gazos, á la cárcel, al destierro y hasta los fusilamientos, y que el gobierno hubo de ceder al fin, sin nobleza, autorizando á los sectarios á salir de Rusia. Un primer convoy de 1,126 individuos partió

para la isla de Chipre, donde unos cuákeros ingleses les habían preparado un asilo, pero insuficiente é insalubre. La mortalidad fué grande, y la multitud de los emigrados, cambiando de dirección y aumentada en el camino, se dirigió á Manitoba, donde otras tierras, favorablemente situadas, les esperaban. En 1900, siete mil Dukhobors se hallaban instalados en el territorio nor-occidental de la Potencia canadiense, no dejando tras de sí en las provincias caucásicas más que un corto número de los suyos. Allí comenzaron dificultades de otro género, algunas de las cuales no se han resuelto aún (1905). En primer lugar, los inmigrantes, habituados á las prácticas de las autoridades rusas, no quisieron que se inscribieran en el registro oficial los actos de estado civil: fué necesario contentarse con sus declaraciones verbales relativas á los nacimientos y á las defunciones; en cuanto á los matrimonios, no creían que habían de dar cuenta á nadie de ellos. La atribución catastral de los lotes de tierra fué más difícil de arreglar: el gobierno se negaba á inscribirlos en nombre de una colectividad, y los recién llegados rechazaban toda apropiación individual, porque «la propiedad privada no puede conservarse sino por leyes de violencia y el servicio militar ó policiaco»[1]. Se pensó también en escoger hombres de paja, propietarios legales que no debían jamás prescindir de su carácter oficial respecto á los ocupantes del suelo. Mas el peligro era demasiado grande: ya algunos se habían abandonado al corriente de la riqueza; habían cambiado la orientación de su vida y tomaban por ideal, no la comunidad de intereses en una sociedad de amigos y de iguales, sino el bienestar privado como propietario y capitalista: se amoldaban á la forma de explotación ilimitada que rige actualmente á las sociedades, quizá más en el Nuevo Mundo que en el Antiguo. Fué necesario nada menos que la amenaza de un nuevo éxodo para convencer á los hombres de Estado canadienses, que habían podido apreciar ya las altas virtudes de los inmigrantes y la utilidad que había en conservarlos en el país: se había visto que poseían la perfecta práctica del trabajo agrícola y se había demostrado su probidad tradicional. El gobierno se resignó á aceptar las exi-

[1] León Tolstoi, *Revue Blanche*, 15 Noviembre 1900.

gencias de aquellas gentes de tan perfecta dulzura, en quienes las persecuciones seculares y el principio de la «no resistencia» había desarrollado el espíritu del mártir. Antes que abandonar su género de vida comunitaria, que humillarse á una inscripción en el libro oficial de los propietarios, de los esposos legítimos, de los padres armados con el látigo de la autoridad, los «Luchadores por el es-

N.° 564. Propiedades de los Blancos en las islas Samoa.



A. Territorios adquiridos por casas alemanas. — B. Territorios pertenecientes á Ingleses ó Americanos. En la repartición de 1899, estas islas correspondieron á Alemania. Los blancos han declarado no admisibles las reclamaciones de un jefe local; pretendía que era suyo un territorio que comprende toda la mitad noroeste del Savaii, en virtud de tradiciones que remontan á veintidós generaciones[1].

píritu» hubieran preferido tomar el bastón del destierro y caminar todavía á través del mundo hasta encontrar un pueblo piadoso que les acogiera ó hasta el reposo final en la tumba.

Al régimen de la gran propiedad, defendido por el evolucionista moderno, se opone en diversas comarcas el de la división del suelo en pequeñas parcelas. El reparto normal, que se observa principalmente en China, es el que da á la familia la cantidad exacta

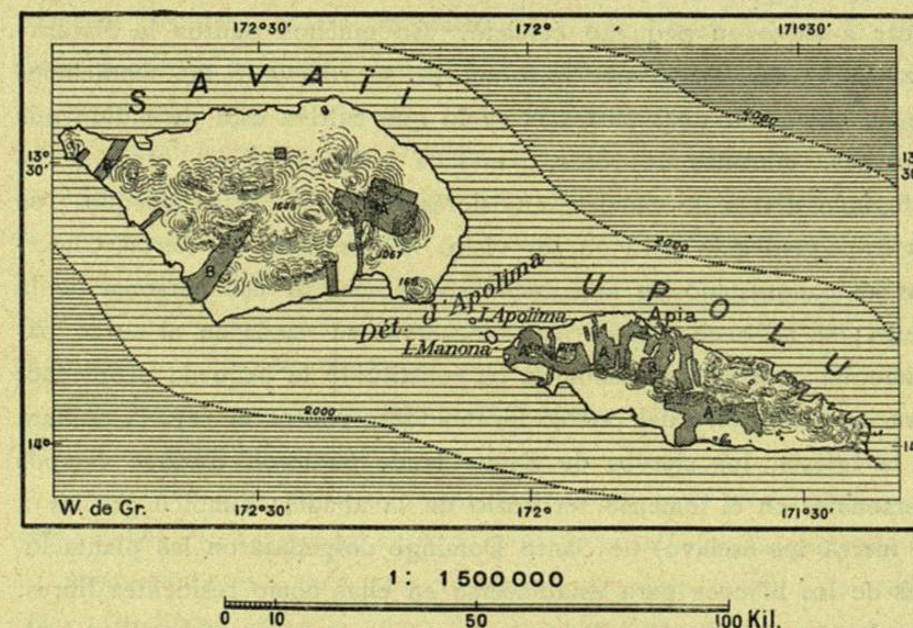
[1] *Globus*, 1900, I, p. 118, y 1902, I, p. 85.

para la isla de Chipre, donde unos cuákeros ingleses les habían preparado un asilo, pero insuficiente é insalubre. La mortalidad fué grande, y la multitud de los emigrados, cambiando de dirección y aumentada en el camino, se dirigió á Manitoba, donde otras tierras, favorablemente situadas, les esperaban. En 1900, siete mil Dukhobors se hallaban instalados en el territorio nor-occidental de la Potencia canadiense, no dejando tras de sí en las provincias caucásicas más que un corto número de los suyos. Allí comenzaron dificultades de otro género, algunas de las cuales no se han resuelto aún (1905). En primer lugar, los inmigrantes, habituados á las prácticas de las autoridades rusas, no quisieron que se inscribieran en el registro oficial los actos de estado civil: fué necesario contentarse con sus declaraciones verbales relativas á los nacimientos y á las defunciones; en cuanto á los matrimonios, no creían que habían de dar cuenta á nadie de ellos. La atribución catastral de los lotes de tierra fué más difícil de arreglar: el gobierno se negaba á inscribirlos en nombre de una colectividad, y los recién llegados rechazaban toda apropiación individual, porque «la propiedad privada no puede conservarse sino por leyes de violencia y el servicio militar ó policiaco»[1]. Se pensó también en escoger hombres de paja, propietarios legales que no debían jamás prescindir de su carácter oficial respecto á los ocupantes del suelo. Mas el peligro era demasiado grande: ya algunos se habían abandonado al corriente de la riqueza; habían cambiado la orientación de su vida y tomaban por ideal, no la comunidad de intereses en una sociedad de amigos y de iguales, sino el bienestar privado como propietario y capitalista: se amoldaban á la forma de explotación ilimitada que rige actualmente á las sociedades, quizá más en el Nuevo Mundo que en el Antiguo. Fué necesario nada menos que la amenaza de un nuevo éxodo para convencer á los hombres de Estado canadienses, que habían podido apreciar ya las altas virtudes de los inmigrantes y la utilidad que había en conservarlos en el país: se había visto que poseían la perfecta práctica del trabajo agrícola y se había demostrado su probidad tradicional. El gobierno se resignó á aceptar las exi-

[1] León Tolstoi, *Revue Blanche*, 15 Noviembre 1900.

gencias de aquellas gentes de tan perfecta dulzura, en quienes las persecuciones seculares y el principio de la «no resistencia» había desarrollado el espíritu del mártir. Antes que abandonar su género de vida comunitaria, que humillarse á una inscripción en el libro oficial de los propietarios, de los esposos legítimos, de los padres armados con el látigo de la autoridad, los «Luchadores por el es-

N.° 564. Propiedades de los Blancos en las islas Samoa.



A. Territorios adquiridos por casas alemanas. — B. Territorios pertenecientes á Ingleses ó Americanos. En la repartición de 1899, estas islas correspondieron á Alemania. Los blancos han declarado no admisibles las reclamaciones de un jefe local; pretendía que era suyo un territorio que comprende toda la mitad noroeste del Savaii, en virtud de tradiciones que remontan á veintidós generaciones[1].

píritu» hubieran preferido tomar el bastón del destierro y caminar todavía á través del mundo hasta encontrar un pueblo piadoso que les acogiera ó hasta el reposo final en la tumba.

Al régimen de la gran propiedad, defendido por el evolucionista moderno, se opone en diversas comarcas el de la división del suelo en pequeñas parcelas. El reparto normal, que se observa principalmente en China, es el que da á la familia la cantidad exacta

[1] *Globus*, 1900, I, p. 118, y 1902, I, p. 85.

de tierras que puede trabajar por término medio para obtener la cosecha necesaria á su sustento. Pero en ninguna parte se ha hecho el reparto conforme con el buen sentido ó la razón pura, y por ello resultaron los conflictos producidos durante la sucesión de los siglos entre los intereses opuestos. Por todas partes el labrador ha tratado de defender su pedazo de tierra contra la rapacidad del conquistador ó del comprador cuando la gleba salió de la indivisión nacional ó comunal, y, á veces, habiéndole favorecido las circunstancias, logró sacar á salvo su pequeño cercado. En muchos puntos la Naturaleza le ha favorecido por la forma de su relieve ó las condiciones de su clima: en unas partes el suelo que cultiva está defendido por escarpas, murallas de rocas, pantanos y bosques; en otras se ha refugiado detrás de canales, en islotes ó claros de los bosques; se ha empequeñecido para no ser visto. Por último, en ciertas comarcas ha conquistado en alta lucha su derecho al uso personal de la tierra; se ha hecho temer para conservar su azada en el surco patrimonial: por la revolución se ha constituído la pequeña propiedad. Gracias á la fuerza del pueblo levantándose contra el rey, la nobleza y la Iglesia, los siervos de Saint-Claude pudieron trazarse campos personales en el inmenso territorio de la abadía; también gracias á la fuerza los esclavos de Santo Domingo despedazaron las plantaciones de los blancos para establecerse en ellas como residentes libres.

Las peripecias de la lucha que, aparte toda cuestión de principios, se entabló entre el trabajador libre del suelo y el vigilante explotador de los esclavos ó de los asalariados, traen consigo consecuencias muy desiguales, siendo diferentes en todos los países con la diversidad de las leyes. En tal comarca la pequeña propiedad tiende á perderse en los grandes territorios ó á aglomerarse en terrenos de mediana extensión, muy superior al poder de cultivo de una sola familia y, sin embargo, de un ingreso mayor, por el hecho de emplear mercenarios cuyo trabajo se explota. Todas las oscilaciones económicas de la sociedad que afectan á las clases de los trabajadores y de los capitalistas, nobles ó burgueses, se representan sobre el suelo y modifican la red de las líneas divisorias. El aumento de las familias, en los países donde prevalece la costumbre de la igualdad de los repartos, determina un verdadero fraccionamiento del

suelo, y, en consecuencia, los que quieren conservar el pequeño territorio en su integridad primitiva se abstienen de tener muchos hijos: el país se halla, por esa causa, amenazado de despoblación. La práctica tradicional acaba por reducir el lote de cada copartícipe á un sencillo surco; á veces se lleva la lógica hasta repartir entre varios individuos objetos que por su misma naturaleza son indivisibles. Es ya extraño que pueda recortarse un campo en bandas ó en piezas tan estrechas que su cultivo sea ilusorio; pero mucho más absurdas resultan todavía las costumbres que llevan á escindir una casa en tantas propiedades distintas como pisos tiene, como se ha hecho en Niza, en Edimburgo y en otros puntos; ó bien á despedazar virtualmente los animales de carga para atribuir el cuerpo y los miembros separados á conductores diferentes [1]; ó hasta repartir en ramos ó en haces de ramas, cada uno de los cuales tiene su propietario titular, como en el Djurdjura berebere ó en Ceylán. Recientemente en esta isla se juzgó un proceso acerca de la propiedad de la parte dos mil cincocentésima de diez cocoteros (Emerson Tennent). ¿No parecen tales invenciones imaginadas expresamente para suscitar odios ó incoar procesos?

Lo mismo que entre la propiedad común y la propiedad privada, existe eterna guerra entre la grande y la pequeña propiedad; no solamente crean cada una un grupo de clase hostil á la otra, sino que chocan entre sí como dos sistemas diferentes y enemigos. Aunque nacidas una y otra de los apetitos y de las pasiones del hombre, las dos formas de propiedad son presentadas por sus partidarios como regímenes que han de conservarse definitivamente á causa de sus virtudes esenciales. Ante todo, la pequeña propiedad, que parece acercarse más á la equidad natural, se alaba como el estado por excelencia: la familia de los cultivadores encuentra en ella una vida de trabajo incesante y el empleo regular de las horas y de los días; hasta cuando los campos reposan, las gentes de la casa se ocupan del ganado, de la elaboración de sus productos y adornan también su vivienda: el arte tiene su estado normal en la existencia del campesino. La novela suele apoderarse de la cabaña

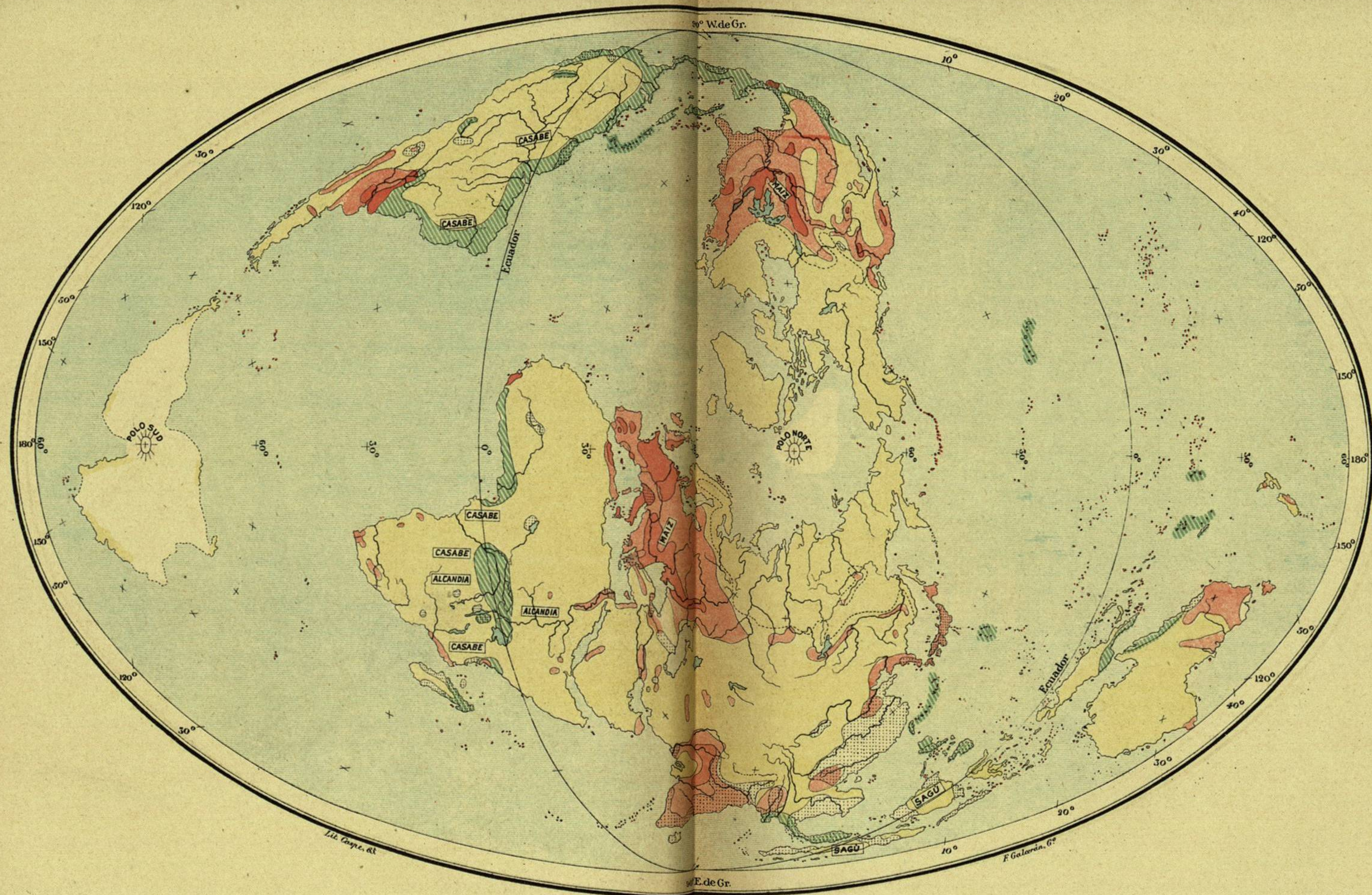
[1] P. Molesworth Sykes, *R. Geographical Society*, Junio 28, 1897.

rústica donde ve un cuadro encantador para el idilio que sueña y que por lo demás ha podido realizarse muchas veces; ¿pero cuánto más frecuentemente ha tenido su asiento en el hogar una miseria sórdida? Y aun cuando el humilde grupo familiar disfrute de un modesto bienestar, ¿qué puede hacer para ensanchar su horizonte, para ampliar sus ideas, renovar su haber intelectual y aprender lo que se refiere á su industria? La rutina que le sujeta á la gleba hereditaria le encierra también en las antiguas costumbres: aunque libre en apariencia, conserva todavía el alma del esclavo.

Los propietarios de extensos territorios, por la pretensión de pasar por educadores en agricultura racional, tratan de justificar la usurpación de las tierras comunales y privadas que deben á su nacimiento, á sus riquezas hereditarias ó á sus especulaciones. En todo caso esa pretensión no tiene siquiera apariencia de justificación en los grandes señores que se guardan de residir en sus tierras, como la mayor parte de los titulares de los territorios irlandeses, que saben el odio que les profesan sus arrendatarios. ¿No resulta grotesca la idea de hablar de ellos como educadores? ¿Y qué diremos de aquellos que serían bien acogidos por sus siervos habituados á la condición de no-propietarios, pero que, únicamente cuidadosos de percibir sus rentas, se descargan de todos los cuidados de gestión sobre ecónomos, administradores ó gentes de ley cuya gerencia no es tampoco desinteresada?

Si ilustres agrónomos, que eran á la vez grandes propietarios, han introducido en ciertos países excelentes métodos de cultivo; si han tratado sus campos con ciencia, como fábricas de productos químicos donde se aplican los más recientes procedimientos, han dado á conocer especies nuevas de plantas ó han practicado industrias antes ignoradas, no hay que olvidar que el *latifundium*, en su esencia, lleva fatalmente consigo la privación de la tierra para el mayor número: si algunos tienen mucho, es porque la mayoría no tiene nada. Algunos grandes propietarios, dominados por la pasión del suelo, pueden tener también la ambición de ser admirados como bienhechores locales; pero el hecho de que la gran propiedad absorbe la tierra que le rodea es un desastre apenas menor que la devastación y el incendio, porque acaba por llegar al mismo resul-

CULTIVO DE ALGUNAS PLANTAS FARINÁCEAS



TRIGO — Gran producción — Escasa producción

ARROZ

BANANAS

Límite septentrional de los cereales

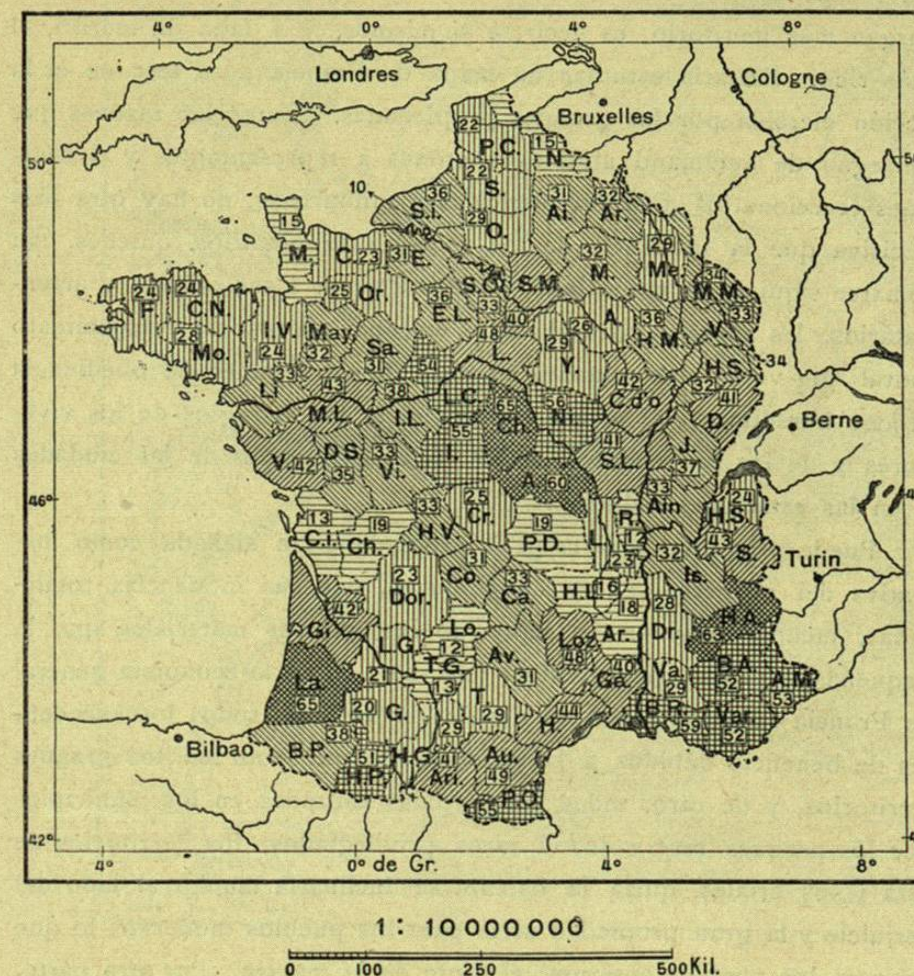
CASABE — MAIZ — ALCANDIA — SAGU

Escala media 1:125 000 000

0 — 1000 — 10000 Kil.

tado, es decir, á la ruina de las poblaciones, y con frecuencia también á la de la tierra misma. No hay duda que grandes señores inteligentes pueden formar excelentes criados de granja; tendrán do-

N.° 565. Gran propiedad en Francia.

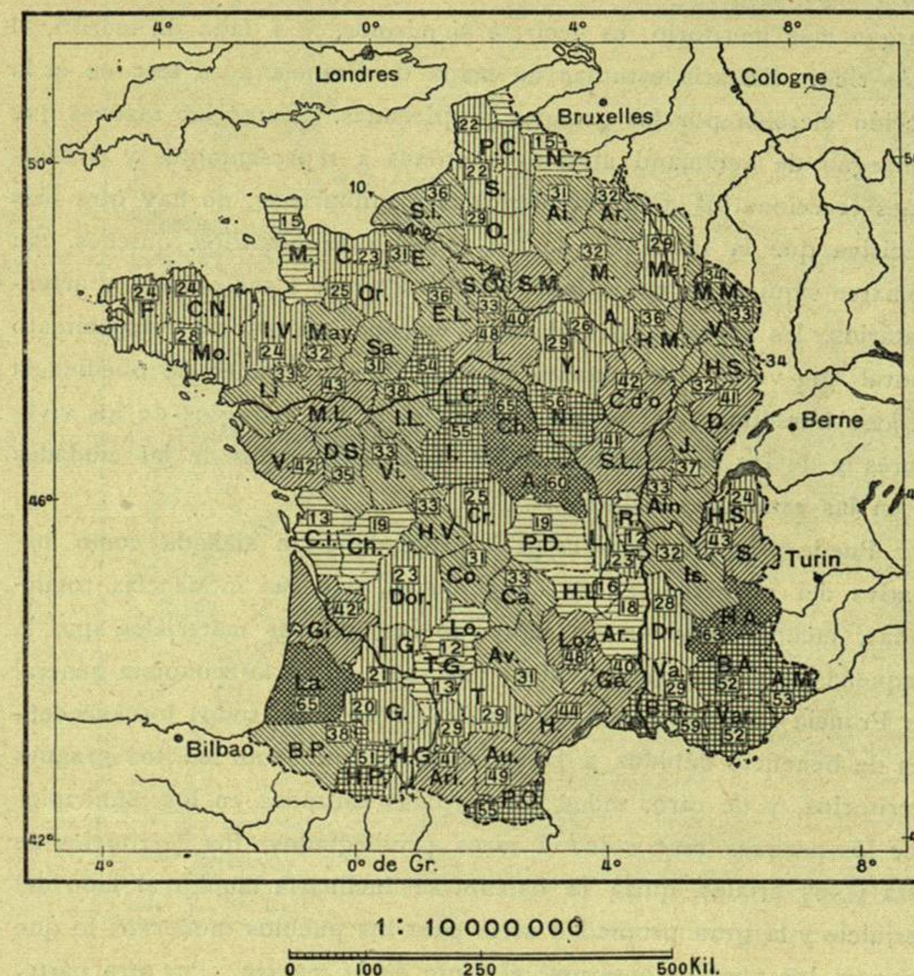


La estadística de la propiedad territorial está llena de lagunas, de obscuridades y de contradicciones. Aquí se ha indicado, departamento por departamento, el tanto por ciento de la superficie constituída por « territorios » de unas 40 hectáreas. Es posible que en ciertos distritos montañosos algunas de esas anotaciones se refieran á bienes comunales, lo que viciaría los datos de este cuadro. Pero pudiendo componerse una gran propiedad por dos ó más pequeñas, es probable que todas esas cifras sean demasiado cortas.

mésticos de una corrección irreprochable; pero aun suponiendo que la industria fecunda inaugurada por ellos dé á toda la población de las inmediaciones un trabajo abundante, ¿no es inevitable que, por

tado, es decir, á la ruina de las poblaciones, y con frecuencia también á la de la tierra misma. No hay duda que grandes señores inteligentes pueden formar excelentes criados de granja; tendrán do-

N.° 565. **Gran propiedad en Francia.**



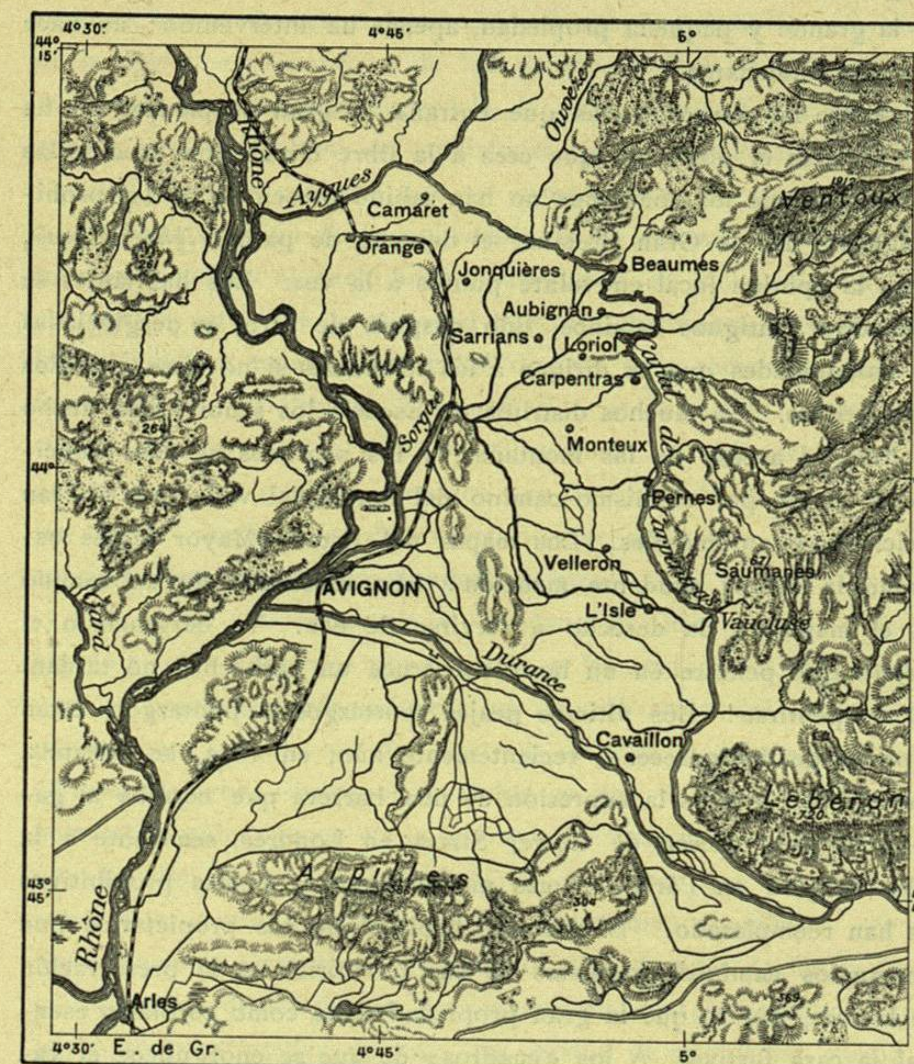
La estadística de la propiedad territorial está llena de lagunas, de obscuridades y de contradicciones. Aquí se ha indicado, departamento por departamento, el tanto por ciento de la superficie constituída por « territorios » de unas 40 hectáreas. Es posible que en ciertos distritos montañosos algunas de esas anotaciones se refieran á bienes comunales, lo que viciaría los datos de este cuadro. Pero pudiendo componerse una gran propiedad por dos ó más pequeñas, es probable que todas esas cifras sean demasiado cortas.

mésticos de una corrección irreprochable; pero aun suponiendo que la industria fecunda inaugurada por ellos dé á toda la población de las inmediaciones un trabajo abundante, ¿no es inevitable que, por

su autoritaria y absoluta manera de obrar hagan súbditos en vez de preparar nobles iguales? Se esfuerzan en conservar una sociedad de carácter esencialmente monárquico; además tratan de volver al pasado, de destruir en su medio todos los elementos democráticos, de reconstituir un mundo feudal donde el poder pertenece al que juzgan más meritorio, es decir, á sí mismos, y á falta de mérito, al más rico. Bastaría estudiar un mapa de Francia para leer en él la acción ejercida por las grandes propiedades. Entre las razones que entregan de antemano algunos cantones á representantes y á caciques reaccionarios, á la vez clericales y militaristas, no hay otra más decisiva que la influencia de los grandes propietarios, quienes, sin tomarse siquiera la molestia de obligar á votar á sus criados y arrendatarios, les dirigen naturalmente en una vía de tal rebajamiento moral que votan sinceramente en vista de un régimen de obediencia al amo hereditario; el mismo espíritu dicta los sufragios de los vividores y de los proveedores en los barrios elegantes de las ciudades y en las estaciones balnearias.

Puede preguntarse si la gran propiedad, tan alabada como iniciativa del progreso, es en su conjunto, por sus influencias totalizadas, menos eficaz en concepto de las mejoras materiales que la pequeña propiedad, por dividida que sea. Si en la economía general de Francia se estableciera en detalle, de un lado, todos los excedentes de beneficio debidos á la gerencia de uno solo en los grandes territorios, y de otro, todas las pérdidas causadas en los municipios por los parques reservados á raros privilegiados, los territorios de caza y los eriales, quizá la balanza se inclinaría mucho al lado del perjuicio y la gran propiedad sería para los pueblos modernos lo que fué para los pueblos antiguos, el azote de la muerte. Por otra parte, en la pequeña propiedad la iniciativa ha logrado, á pesar de todo, salir adelante entre los jardineros, horticultores y labradores, lo mismo que entre los ricos agrónomos, aunque con menos ostentación y literatura. El pobre es rutinario sin duda, y no aventura sus céntimos roídos por el fisco y la usura sino con extremada prudencia, pero los aventura al fin; algunos saben observar, experimentar, aprender: las generaciones y los siglos no pasan sobre ellos sin que hayan realizado experimentos duraderos. Los hechos son patentes: la tierra del rudo

N.º 566. Canal de Carpentras.



El Canal de Carpentras, comenzado hace unos cincuenta años, ha sido grandemente mejorado al finalizar el siglo: mide 88 kilómetros de longitud á partir del punto en que, cerca de Cavaillon, se separa de los otros canales más pequeños. Los seis metros cúbicos tomados al Durance permiten regar 5,400 hectáreas repartidas sobre el territorio de doce municipios; 64 por 100 solamente fueron regadas en 1903.

campesino produce hoy doble de lo que producía cuando Young recorría las poblaciones de Francia asombrado de su triste pobreza. Hay progreso por el hecho solo de la iniciativa privada, y, sin em-

bargo, la unión de todas las fuerzas, que goza de todas las ventajas de la grande y pequeña propiedad, apenas ha intervenido: no hace más que anunciarse.

Entre las consecuencias que entraña la gran propiedad, no ha de olvidarse el obstáculo que crea á la libre circulación, cuando las poblaciones de los contornos no han sabido prescindir de las prohibiciones. En la Gran Bretaña, el derecho de paso, *right of way*, agita la opinión local en veinte puntos á la vez. Los habitantes se ven cerrar antiguos caminos, uno después de otro, y desgraciadas las comunidades que se dirigen á los tribunales si no poseen títulos indiscutibles. En muchos distritos de Escocia los señores han hecho prohibir el acceso de las montañas, y los peatones se ven reducidos á seguir por el mismo camino del fondo del valle que utilizan bicicletas y automóviles. Los mapas del Estado Mayor inglés ostentan la misma prudente mención: «La existencia de un camino en el mapa no da derecho á servirse de él». Y ¡desgraciado el viajero que penetre en un bosque ó cruce un barbecho; no tardará en arrepentirse! Los últimos peajes, portazgos ó pontazgos, están á punto de desaparecer — recientemente aún, en 1893, se rescataba por 600,000 francos la supresión de una barrera que cerraba al ganado el libre acceso de Gower Street en Londres, semejante á la calle Bergère en París —, mas muchos nuevos postes prohibitivos les han reemplazado. El pretexto habitual de los propietarios que cierran los caminos existentes en sus territorios es la preservación de la caza, por lo que la gran propiedad tiene como corolario esencial la caza furtiva. Á los «cuadros» de que se enorgullece el cazador autorizado, se oponen las hecatombes de su colega nocturno, las pescas á la dinamita, que despueblan un río en algunas horas; pero la sanción legal no es la misma en uno y otro caso. En la práctica, al propietario y á sus guardas les es permitida la caza del hombre, en tanto que es imposible evaluar lo que, durante el siglo XIX, ha costado en años de cárcel y de presidio, y aun cuántos individuos ha llevado al cadalso, la caza del conejo y del «pájaro sagrado».

Trátase con frecuencia entre los hombres de Estado y los economistas de fomentar la pequeña propiedad: en Dinamarca especialmente, se ofrecen todas las facilidades á la adquisición de un territorio de menos de cuatro hectáreas. Recuérdese también el ejemplo de la *homestead exemption* de los Estados Unidos, que declara inenajenable una pequeña superficie de terreno por familia lo mismo que la casa que habita, en condiciones que varían poco de Estado á Estado. Pero es evidente que tal sistema había de quedar limitado á una corta fracción de la población, de lo contrario, teniendo cada productor acceso al suelo tendría asegurada su independencia, y la concepción actual de la sociedad quedaría quebrantada en su misma base. Puédese tener la seguridad de que nada semejante adquirirá fuerza de ley en Francia, á menos que se impongan tales restricciones que sus efectos resultaran ilusorios. Los Islandeses son los únicos entre los pueblos europeos que han evitado el monopolio de las tierras: desde 1884, el propietario que no cultiva por sí mismo su tierra está obligado á alquilarla á otro.

Se opone con frecuencia el Occidente al Oriente como si fueran absolutamente diferentes por el genio y las costumbres, pero sucede que las prácticas fundamentales, las de utilización del suelo por el cultivo han seguido de una parte y de otra la misma evolución: Chinos, Eslavos, Germanos y Galos se han dejado dirigir por las mismas consideraciones en la gerencia de sus grandes intereses, los que les dan el pan, y los conflictos de clases que se produjeron sobre este asunto, fueron idénticos. China tuvo también el *mir* comunal como la Gran Rusia de nuestros días, después de haber tenido la comunidad de las tierras, sin reparto temporal; en muchos puntos ha conservado huellas de esos dos modos de propiedad común, lo mismo que todos los países de Occidente. En China, como donde quiera se ha constituído fuertemente el poder central, los amos han abusado de su fuerza para adquirir, sea en feudos, sea en propiedad absoluta, territorios mucho más extensos que los que pueden cultivar por sí mismos, y son bastante poderosos para hacer que los trabajen colonos, arrendatarios ó peones. Pero un fenómeno económico semejante al que se ha producido, por ejemplo, en la Gran Bretaña, donde la agricultura puede considerarse moribunda [1], ha

[1] Ridder Haggard, *Rural England*.

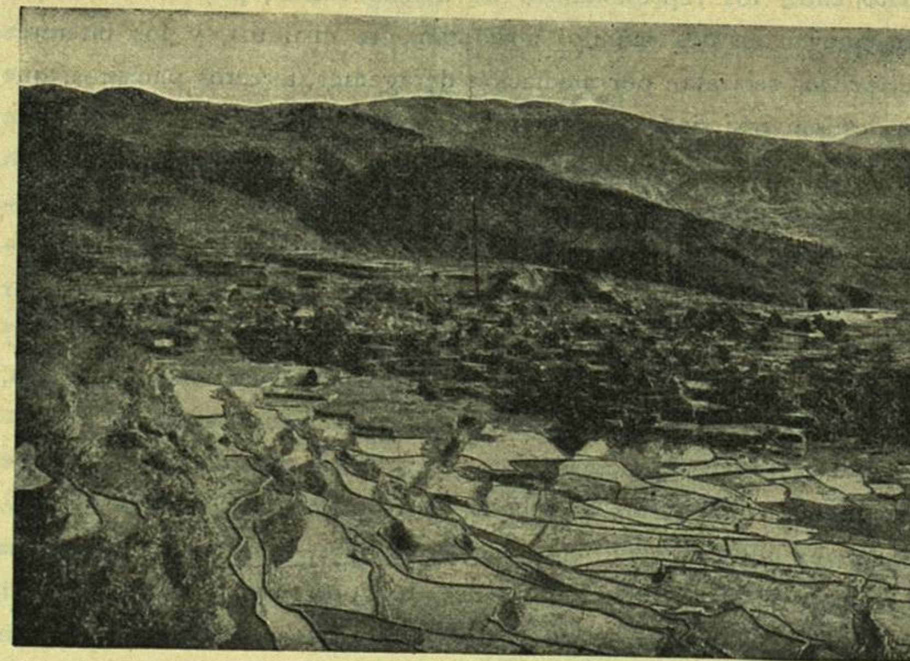
desviado por cierto tiempo los capitales libres hacia la industria y el comercio, representando un esfuerzo más sencillo que el de los trabajos agrícolas; y ha resultado que los trabajadores de la tierra han podido conservar la propiedad de sus campos, en donde extraen su sustento, pero que dan á los ricos escasos rendimientos. El régimen que prevalece en China, como en ciertas partes de Francia, es, pues, el de la pequeña propiedad, frecuentemente conservado bajo forma familiar. Sin embargo, el movimiento de transformación económica es más rápido en Occidente que en el Extremo Oriente. La agricultura china representa actualmente un estado análogo al de la agricultura europea en el siglo anterior. Cada campesino cultiva alrededor de su casita, en un terreno cortado por canales, todo lo que necesita para alimentarse y vestirse: arroz, trigo, algodón ó ramio, algunas moreras y gusanos de seda, bambúes, cerdos en el corral, peces y patos en el estanque; cada cultivo repite la inmediata[1].

Asimismo en la antigua Francia, cada campesino libre ó colono tenía su cosecha de trigo, de cebada y de avena, algunas cepas para su vino ó manzanos para su cidra, un nogal y otros árboles frutales, un poco de lino y de cáñamo para sus sábanas y camisas, un cerdo, patos y gallinas: todas las pequeñas propiedades estaban organizadas de la misma manera. Ahora los países de la Europa occidental se hallan en estado de transición entre la antigua distribución de los cultivos, que suministraba al campesino todo lo que necesitaba, sin permitirle vender nada, y el nuevo sistema basado sobre la producción más abundante posible de los géneros de venta local ó de exportación y la compra de los otros artículos necesarios.

Las vicisitudes de la lucha entre los dos modos extremos de cultivo, por el hombre libre ó por el esclavo, se manifiestan en instituciones intermediarias. El arrendamiento es á la vez la más sencilla y la más esparcida. Siendo el mismo propietario incapaz de dirigir su territorio, demasiado extenso, hasta para poder recorrerle, le confía por entero ó por fragmentos á uno ó á varios especialistas que se encargan de avalorar la tierra. Si las condiciones son favorables, si el arrendatario es de genio abierto y une la experiencia y el método á la comprensión de las ideas nuevas; si cultiva honradamente el suelo sin esquilmarle, si la duración del arrendamiento es bastante larga para permitirle los experimentos de resultados de largo plazo; en una palabra, si tiene mérito personal y todo le secunda, puede arrancar la tierra bruta de su estado de incultura, aumentar en enormes proporciones las rentas anuales y contribuir singularmente por su ejemplo á la ilustración de los campesinos rutinarios. Pero ordinariamente el arrendatario siente por esa tierra, que habrá de dejar un día, un interés escaso; se guarda de amarla para evitarse un sufrimiento después: se limita, pues, en general á cultivarla únicamente en proporción del dinero que le produce, y si en los últimos años de su arrendamiento halla interés en forzar las cosechas en detrimento del suelo, es posible que descuide los derechos de su sucesor. ¿Por qué el arrendatario, delegado pagado para la gestión de la tierra, había de ser mejor que el patrón?

Y respecto al colono, que participa á medias, á tercera, cuarta ó quinta parte, ¿qué puede decirse de su asociación con el propie-

[1] Eug. Simon, *Le Cité Chinoise*; — Jean Brunhes, *L'Home et la terre cultivée*.



TERRAPLENES PARA LA PLANTACIÓN DEL ARROZ, EN EL PAÍS DE LOS IGORROTES (FILIPINAS)
Del *National Geographical Magazine*, 1904.

tario, sino que representa un incesante combate? Recibe un anticipo y reintegra en productos: su interés es en todas circunstancias directamente opuesto al del amo; uno y otro entregan lo menos posible; disputan sobre todo y no pronuncian una sola palabra que no sea bien pesada, con el fin de retener un grano de trigo ó de ganar un céntimo. Así pasan las cosas cuando el contacto es inmediato entre los representantes de ambas clases; pero casi siempre se mueven en dos mundos absolutamente distintos, y los intereses recíprocos se tratan por mediación de agentes, terceros parásitos, que se deslizan casi siempre sobre la pendiente fácil de los negocios, que les incitan casi siempre á engañar á los dos coparticipantes. Cuando prevalecen semejantes prácticas, es imposible que el mejor tratamiento de la tierra domine en el pensamiento del colono. Ir viviendo, acomodarse como pueda á su destino funesto, no puede ser otro su deseo [1].

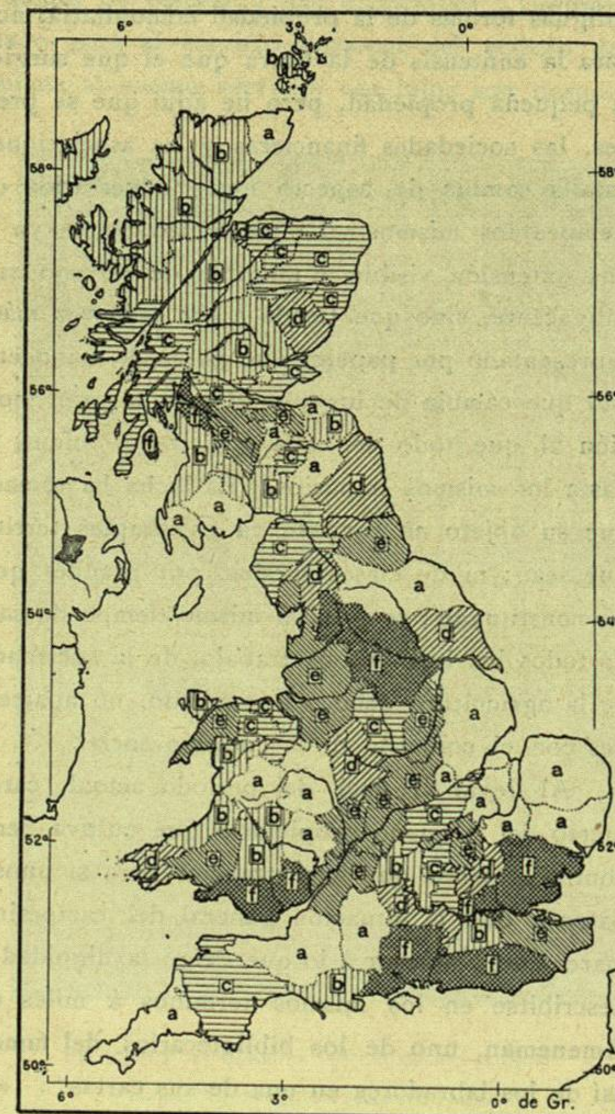
Entre otras combinaciones intermedias en la enfiteusis del suelo, puede citarse también la práctica denominada en Bretaña de los *domaines congeables*, práctica menos injusta en apariencia que la que rige para arrendatarios ó colonos, pero mucho más instable todavía. Se comprende fácilmente cómo nació esta costumbre: muchos señores á quienes se había atribuído extensos territorios, no sabían qué hacer de ellos, por carecer de personal para utilizarlos ó de medios para suministrar á arrendatarios elementos de trabajo, y se limitaban á ofrecer esas tierras, que les hubieran sido inútiles, al primer ocupante que se presentaba, obteniendo en cambio el pago de un alquiler, mínimo al principio, pero que fué aumentando en proporción de las demandas de concesión que se iban haciendo. Si se les ofrecía mejores condiciones de alquiler, tenían el derecho de despedir á sus locatarios, á condición de abonarles el precio de todas las construcciones y de todas las mejoras hechas sobre el terreno. Fuertes con esa condición, los labradores de Bretaña lograron conservar por mucho tiempo la posesión de su tierra, y aun algunos adquirieron pleno dominio pagándolas á ínfimo precio á sus propietarios legales; pero éstos en virtud de sus títulos y privilegios, no cesaban de obrar

[1] Edmond Demolins, *Les Français d'aujourd'hui*, p. 313.

cerca del poder y de los tribunales para reducir á poca cosa ó nada el valor de los trabajos realizados en sus tierras por los colonos. En 1647, los Estados de Bretaña reunidos en Nantes prohibieron á los labradores elevar el valor de los edificios y «derechos reparatorios» sobre el de una proporción fija del valor del fondo; á la vez jueces y parte, los miembros de los Estados decidían que adquirían para siempre el derecho de obligar á la bancarrota á sus locatarios y de despedirlos para tratar con otros labradores, esta vez en concepto de arrendatarios. Á medida que el suelo aumentaba en valor, el propietario se enriquecía é imponía condiciones en vez de sufrirlas [1].

Solía presumirse

N.º 567. Aumento de valor de la tierra de la Gran Bretaña, 1860-1906.



a, 0'96 á 1'25. — b, 1'25 á 1'50. — c, 1'50 á 1'75. — d, 1'75 á 2. — e, 2 á 2'50. — f, aumento superior á 2'50. Alcanza 3'36 en Renfrew; 3'44 en Essex; 4'14 en la porción Sud de Yorkshire; 5'16 en Glamorgan; 6'92 en el condado de Londres. En cuanto al precio de alquiler, varía de 5 francos la hectárea (Sutherland) á 1,427 (Lancashire) y á 2,510 (condado de Londres). (Véase el *Statesman's Year Book*, 1907.)

[1] E. Beslay, *Notas manuscritas*.

tario, sino que representa un incesante combate? Recibe un anticipo y reintegra en productos: su interés es en todas circunstancias directamente opuesto al del amo; uno y otro entregan lo menos posible; disputan sobre todo y no pronuncian una sola palabra que no sea bien pesada, con el fin de retener un grano de trigo ó de ganar un céntimo. Así pasan las cosas cuando el contacto es inmediato entre los representantes de ambas clases; pero casi siempre se mueven en dos mundos absolutamente distintos, y los intereses recíprocos se tratan por mediación de agentes, terceros parásitos, que se deslizan casi siempre sobre la pendiente fácil de los negocios, que les incitan casi siempre á engañar á los dos coparticipantes. Cuando prevalecen semejantes prácticas, es imposible que el mejor tratamiento de la tierra domine en el pensamiento del colono. Ir viviendo, acomodarse como pueda á su destino funesto, no puede ser otro su deseo [1].

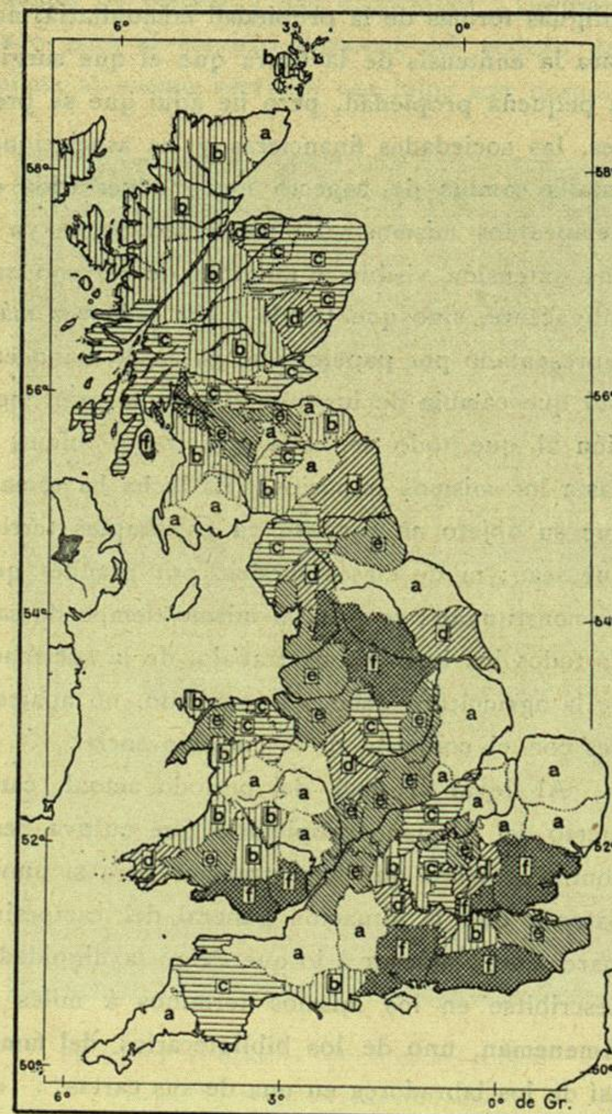
Entre otras combinaciones intermedias en la enfiteusis del suelo, puede citarse también la práctica denominada en Bretaña de los *domaines congeables*, práctica menos injusta en apariencia que la que rige para arrendatarios ó colonos, pero mucho más instable todavía. Se comprende fácilmente cómo nació esta costumbre: muchos señores á quienes se había atribuído extensos territorios, no sabían qué hacer de ellos, por carecer de personal para utilizarlos ó de medios para suministrar á arrendatarios elementos de trabajo, y se limitaban á ofrecer esas tierras, que les hubieran sido inútiles, al primer ocupante que se presentaba, obteniendo en cambio el pago de un alquiler, mínimo al principio, pero que fué aumentando en proporción de las demandas de concesión que se iban haciendo. Si se les ofrecía mejores condiciones de alquiler, tenían el derecho de despedir á sus locatarios, á condición de abonarles el precio de todas las construcciones y de todas las mejoras hechas sobre el terreno. Fuertes con esa condición, los labradores de Bretaña lograron conservar por mucho tiempo la posesión de su tierra, y aun algunos adquirieron pleno dominio pagándolas á ínfimo precio á sus propietarios legales; pero éstos en virtud de sus títulos y privilegios, no cesaban de obrar

[1] Edmond Demolins, *Les Français d'aujourd'hui*, p. 313.

cerca del poder y de los tribunales para reducir á poca cosa ó nada el valor de los trabajos realizados en sus tierras por los colonos. En 1647, los Estados de Bretaña reunidos en Nantes prohibieron á los labradores elevar el valor de los edificios y «derechos reparatorios» sobre el de una proporción fija del valor del fondo; á la vez jueces y parte, los miembros de los Estados decidían que adquirían para siempre el derecho de obligar á la bancarrota á sus locatarios y de despedirlos para tratar con otros labradores, esta vez en concepto de arrendatarios. Á medida que el suelo aumentaba en valor, el propietario se enriquecía é imponía condiciones en vez de sufrirlas [1].

Solía presumirse

N.º 567. Aumento de valor de la tierra de la Gran Bretaña, 1860-1906.



1 : 7 500 000

0 100 200 400 Kil.

a, 0'96 á 1'25. — b, 1'25 á 1'50. — c, 1'50 á 1'75. — d, 1'75 á 2. — e, 2 á 2'50. — f, aumento superior á 2'50. Alcanza 3'36 en Renfrew; 3'44 en Essex; 4'14 en la porción Sud de Yorkshire; 5'16 en Glamorgan; 6'92 en el condado de Londres. En cuanto al precio de alquiler, varía de 5 francos la hectárea (Sutherland) á 1,427 (Lancashire) y á 2,510 (condado de Londres). (Véase el *Statesman's Year Book*, 1907.)

[1] E. Beslay, *Notas manuscritas*.

recientemente todavía, que después de la presunta desaparición de las antiguas formas de la propiedad comunitaria, no habría otro conflicto para la enfiteusis de la tierra que el que surgiera entre la grande y la pequeña propiedad, pero he aquí que se presentan otros campeones, las sociedades financieras y las asociaciones de trabajadores: la batalla cambia de aspecto entre adversarios que en el fondo son siempre los mismos. La propiedad no es ya como en otro tiempo una extensión visible y tangible de terreno sujeta á la roca sólida subyacente, sino que tiende á ser cada vez más un valor cambiante, representado por papeles que pasan de mano en mano; es una cantidad que cambia de lugar y gira en el gran movimiento de especulación al que todo se halla arrastrado, minas, ferrocarriles, flotas y hasta los mismos imperios. La lucha ha tomado tales proporciones, que su objeto no consiste ya en simples territorios, por numerosos que sean; ni de clases rurales, por grandes que sean las masas que las constituyan; se trata al mismo tiempo de campesinos, de obreros, de todos los hombres de trabajo, de la sociedad entera: el problema de la agricultura debe ser estudiado, no aparte, sino en sus relaciones con el conjunto de la cuestión social.

Al llegar al final del período actual, caracterizado por el esfuerzo del pequeño propietario que cultiva personalmente su parcela contra el señor que hace trabajar para sí unos mercenarios, resulta patente que la situación general del campesino es en muchas comarcas muy inferior á lo que exige la dignidad humana, y que puede describirse en los mismos términos á miles de años de intervalo. Ameneman, uno de los bibliotecarios del famoso Sesostris, hablaba así de los labradores en una de sus cartas[1]: «¿Te has representado alguna vez la existencia del campesino? Antes que llegue la siega los insectos destruyen una porción de su cosecha, hay multitud de ratas en los campos, después viene la invasión de la langosta y por último los pájaros descienden en bandadas sobre las gavillas. Si descuida recoger pronto lo que ha segado, los ladrones se lo quitan; su caballo cae rendido tirando del arado. El perceptor de impuestos llega al desembarcadero, acompañado de agentes armados de

[1] Citado por F. Lenormant, *Les premières civilisations.*

palos, de negros con ramas de palmera, y todos dicen: «Dame de tu trigo», y no hay medio de resistir á sus exacciones. Después el desgraciado es alistado para el servicio personal del trabajo de canales, su mujer es sujeta al mismo servicio, sus hijos son despojados...»

Lo que eran los campesinos hace dos siglos para la sociedad culta «de la ciudad y de la corte», es sabido por la punzante descripción de La Bruyère; y sin embargo, es posible que esa odiosa página sea de una verdad parcial, ya terrible por aplicarse á millones de seres humanos. Un observador como el pintor de los *Caracteres* debía haber extendido su campo de estudios sobre el conjunto de la nación, y lo que escribió sobre los campesinos debe interpretarse como una acusación contra el régimen político y social que pesaba sobre el pueblo. Desde el mariscal de Vauban hasta Richard Heath[1], se ve la descripción del mismo cuadro, la exposición de las mismas quejas. Otros documentos, tristísimos de ver, manifiestan la impresión general de la sociedad culta



UN BOSQUE DE BAMBÚES *(Phyllostachys quilioi)*
National Geographical Magazine, 1904.
El bambú alcanza su altura máxima en una sola estación. Los árboles de este bosque tienen quince días.

[1] *Dîme Royale. — The Via dolorosa of the English Peasant.*

relativamente á los trabajadores de la tierra. Examínense unos después de otros los cuadros de Breughel, de Teniers y de tantos otros pintores famosos, que pintaban á su lado ó cerca de ellos escenas de la vida rústica. ¿Hubo en ellos una señal cualquiera de respeto y de afecto, ó una apariencia lejana de piedad hacia aquellos que nos dan el pan? No, todos esos artistas que componían sus grupos y pintaban



THÉODORE VAN THULDEN (1606-1676) — UNA BODA EN UN VILLORRIO (fragmento)

sus telas, querían ante todo, consciente ó inconscientemente, agradar á su clientela, y á este fin se burlaban en grande, impúdica y groseramente de aquellos rústicos, sucios del contacto con el estiércol que abona la tierra nutricia. Les gustaba burlarse de aquellos infelices que figuraban como una raza absolutamente inferior físicamente á la que producía las gentes acomodadas y sus señorías los funcionarios. Existen en verdad diseminados esos tipos: hállanse en el Brabante y en las provincias inmediatas individuos macizos, de tronco grueso y deforme, de cabeza hundida entre los hombros y de miembros desproporcionados; pero en ninguna parte se ven poblaciones enteras compuestas de esos seres antipáticos, ocupados todos al mismo tiempo en las bajas funciones de la vida, en la suciedad de las calles y de los basureros. Se ve la intención de hacer reir á la buena sociedad y de satisfacer al mismo tiempo la aversión hacia



Museo del Louvre.

FRANÇOIS BOUCHER (1703-1770) — LA MUSETTE

una raza que se supone inferior: así se representan los negros en América en forma de monstruos grotescos de espantosos rictus [1].

¡Cuán falsas también, aunque en sentido opuesto, fueron las imágenes del campesino, tales como fingían verles los pintores «amantes de la Naturaleza» durante el siglo que precedió á la Revolución francesa! Esos pastores vestidos de seda y cubiertos de lazos, que tocan la flauta luciendo sus habilidades ante sus pastoras adornadas con bandas y cintas flotantes, eran representaciones de los rudos trabajadores que cavan el suelo y le fecundizan por su incesante

[1] Henry Vandevelde, *Le Paysan en peinture*.

trabajo. Y ya que la moda había decidido la vuelta á la Naturaleza, se volvía hacia ella dándole el afectado aspecto dictado por el uso del mundo elegante. Terribles dramas sociales, guerras y matanzas, la invasión de la industria manufacturera, toda una era nueva hubo de suceder al antiguo régimen para que el artista se encontrase al fin ante el verdadero campesino y que osara comprenderle con su verdadera naturaleza, con sus punzantes miserias, sus alegrías, sus dolores y los lazos de humanidad común que hacen de él el hermano de los otros hombres, obreros ó burgueses. Hasta el artista y el escritor que le presentan bajo el aspecto más lamentable de miseria y de ruina física ó moral pueden hacerlo á veces impulsados por su afecto y por el deseo de favorecerles: Zola ama al campesino cuando le describe en *La Tierra*, avaro, astuto, bajo y grosero. Millet ama también al viñador cuando nos le muestra abatido por la fatiga y el calor en la margen del campo, goteándole el sudor, congestionado por una sangre que ya no circula, masa caída sin fuerza y sin conciencia de la escasa vida que todavía le resta.

El campesino, tal como se le conoció antes, está en vía de desaparición: la enfiteusis cambia en su rededor, él también ha de cambiar proporcionalmente. Hasta el pequeño propietario que procura calzar todavía los zuecos de su padre y se aferra con desesperación á la antigua rutina del cultivo no puede ignorar los métodos del vecino, ni cerrar los oídos á las relaciones que oye en la feria. Ve ensancharse sin cesar el círculo de los intereses; infórmese ó no, sabe que el trigo de Rusia y el maíz de los Estados Unidos vienen á hacer concurrencia á sus productos y disminuyen su valor en venta; á pesar de todo se ve envuelto en la especialización del trabajo; cada vez se acerca más á la situación del obrero que en las grandes ciudades se ve sujeto á los trabajos de la gran industria. Á medida que la explotación de la tierra se va haciendo más científica, ve atenuarse los caracteres que le separaban de los trabajadores de las ciudades. De proletarios á proletarios las clases tienden á confundirse, como se han confundido ya entre los señores de la tierra y de la manufactura.

Todo ese caos aparente de las fuerzas en lucha, desde el humilde labrador del surco hasta el fastuoso capitalista que dispone de la cosecha en mil puntos del mundo, causa fatalmente una producción

desordenada sin regla ni método. Si puede preverse que los elementos necesarios para el cultivo de la tierra, el crecimiento y la madurez de las plantas nutricias no faltarán jamás al hombre, — porque nada se pierde en la Naturaleza, no puede haber en ella más que modificaciones y cambios de lugar —, sin embargo, una gestión dilapidadora tiene por consecuencia dispersar los recursos indispensables á la tierra y agotar los campos durante un largo período. Puede suceder que en un punto ó en otro el «fondo de circulación de la vida», transportado á otro sitio, llegue á ser insuficiente allá donde abundaba en otro tiempo, y que los países más fecundos se transformen en desiertos. Tal sería, según muchos autores, la causa de que la Bactriana, la Mesopotamia y otras regiones del Asia, lo mismo que las inmediaciones del Taklamakan, hubieran perdido parcialmente sus habitantes: la desaparición del fósforo arrastrado hacia los mares no permitiría á los cereales formarse, producirse las mieses ni, por consiguiente, vivir á los hombres. No obstante, esas afirmaciones parecen exageradas, porque, todavía en nuestros días, las tierras cultivadas hace tres mil años por los antepasados de los Turcos, los Arios, los Elamitas y los Akkads, producen cosechas en abundancia, siempre que la lluvia les favorece copiosamente. Las aguas del Tarim, del Oxus, del Tigris y del Eufrates aportan con suficiencia el fosfato y otros elementos de fecundidad.



Museo de Bruselas.

LA GLEBA, DE CONSTANTIN MEUNIER

trabajo. Y ya que la moda había decidido la vuelta á la Naturaleza, se volvía hacia ella dándole el afectado aspecto dictado por el uso del mundo elegante. Terribles dramas sociales, guerras y matanzas, la invasión de la industria manufacturera, toda una era nueva hubo de suceder al antiguo régimen para que el artista se encontrase al fin ante el verdadero campesino y que osara comprenderle con su verdadera naturaleza, con sus punzantes miserias, sus alegrías, sus dolores y los lazos de humanidad común que hacen de él el hermano de los otros hombres, obreros ó burgueses. Hasta el artista y el escritor que le presentan bajo el aspecto más lamentable de miseria y de ruina física ó moral pueden hacerlo á veces impulsados por su afecto y por el deseo de favorecerles: Zola ama al campesino cuando le describe en *La Tierra*, avaro, astuto, bajo y grosero. Millet ama también al viñador cuando nos le muestra abatido por la fatiga y el calor en la margen del campo, goteándole el sudor, congestionado por una sangre que ya no circula, masa caída sin fuerza y sin conciencia de la escasa vida que todavía le resta.

El campesino, tal como se le conoció antes, está en vía de desaparición: la enfiteusis cambia en su rededor, él también ha de cambiar proporcionalmente. Hasta el pequeño propietario que procura calzar todavía los zuecos de su padre y se aferra con desesperación á la antigua rutina del cultivo no puede ignorar los métodos del vecino, ni cerrar los oídos á las relaciones que oye en la feria. Ve ensancharse sin cesar el círculo de los intereses; infórmese ó no, sabe que el trigo de Rusia y el maíz de los Estados Unidos vienen á hacer concurrencia á sus productos y disminuyen su valor en venta; á pesar de todo se ve envuelto en la especialización del trabajo; cada vez se acerca más á la situación del obrero que en las grandes ciudades se ve sujeto á los trabajos de la gran industria. Á medida que la explotación de la tierra se va haciendo más científica, ve atenuarse los caracteres que le separaban de los trabajadores de las ciudades. De proletarios á proletarios las clases tienden á confundirse, como se han confundido ya entre los señores de la tierra y de la manufactura.

Todo ese caos aparente de las fuerzas en lucha, desde el humilde labrador del surco hasta el fastuoso capitalista que dispone de la cosecha en mil puntos del mundo, causa fatalmente una producción

desordenada sin regla ni método. Si puede preverse que los elementos necesarios para el cultivo de la tierra, el crecimiento y la madurez de las plantas nutricias no faltarán jamás al hombre, — porque nada se pierde en la Naturaleza, no puede haber en ella más que modificaciones y cambios de lugar —, sin embargo, una gestión dilapidadora tiene por consecuencia dispersar los recursos indispensables á la tierra y agotar los campos durante un largo período. Puede suceder que en un punto ó en otro el «fondo de circulación de la vida», transportado á otro sitio, llegue á ser insuficiente allá donde abundaba en otro tiempo, y que los países más fecundos se transformen en desiertos. Tal sería, según muchos autores, la causa de que la Bactriana, la Mesopotamia y otras regiones del Asia, lo mismo que las inmediaciones del Taklamakan, hubieran perdido parcialmente sus habitantes: la desaparición del fósforo arrastrado hacia los mares no permitiría á los cereales formarse, producirse las mieses ni, por consiguiente, vivir á los hombres. No obstante, esas afirmaciones parecen exageradas, porque, todavía en nuestros días, las tierras cultivadas hace tres mil años por los antepasados de los Turcos, los Arios, los Elamitas y los Akkads, producen cosechas en abundancia, siempre que la lluvia les favorece copiosamente. Las aguas del Tarim, del Oxus, del Tigris y del Eufrates aportan con suficiencia el fosfato y otros elementos de fecundidad.



Museo de Bruselas.

LA GLEBA, DE CONSTANTIN MEUNIER

Como á las comarcas del Asia central y del Asia anterior, se ha podido atribuir en gran parte la disminución de la riqueza agrícola de Túnez á la creciente sequía del clima; sin embargo, los documentos antiguos relativos á la meteorología local no tienen la precisión de cifras, única que permitiría un juicio exacto. Por otra parte, también es posible que la pobreza actual del suelo provenga de causas puramente humanas. Suelen decir los autores árabes que en la época de la invasión musulmana en Mauritania se podía ir desde Trípoli á Tánger caminando de villa á villa bajo la sombra de los árboles. De hecho, alrededor de la ciudad arruinada de Sbeitla, la antigua Suffetula, cartaginesa y después romana, situada en un desierto entre Kairouan y Tebessa, la exploración detallada del suelo ha revelado sobre un espacio de 27,000 hectáreas la existencia anterior, además de Sbeitla, de 3 ciudades, 15 villas, 49 pueblos y 1,007 molinos de aceite. Según las menores evaluaciones, ese número de lugares habitados y de molinos correspondería á una población de más de 40,000 individuos y á plantaciones de 400,000 olivos. En la actualidad, ese espacio, recorrido por unos 1,500 nómadas, no tiene más que tiendas colocadas sobre escasa maleza [1]. En la época romana, los cultivadores de los ribazos vecinos de la Medjerda retenían el agua por todos los medios posibles; el estudio de gran número de planos locales han probado á Carton [2] que allí no había manantial ni siquiera resudación en la superficie del suelo que no hubiera sido aprovechado; cuando la tierra no contenía ninguna humedad se suplía la falta por medio de cisternas. Simples villorrios y hasta granjas aisladas poseían un notable servicio de canales y depósitos; pero las guerras lo destruyeron todo, como destruyeron también los olivares de Sbeitla y de otros lugares. Desde los hijos del desierto hasta los Franceses, todos los conquistadores se han encarnizado contra los árboles para mejor exterminar á los habitantes. Si bien es verdad que las lluvias eran antes más fuertes que en el día y que duraban más cada año, es muy admisible que ello sea debido á la desaparición del tapiz de verdura, y se puede esperar que el restablecimiento gradual del olivo, que se acomoda á la escasa humedad que sus largas raíces encuentran en el suelo, pueda atraer la antigua prosperidad agrícola.

[1] *La Tunisie*, publicación oficial. Tomo I, ps. 178, 179.
[2] Carton, *Etudes sur les travaux hydrauliques des Romains en Tunisie*, p. 17. — «Revue Tunisienne», 1897.

Si los guerreros, si hasta los leñadores y los agricultores, todos los que trabajan sobre la superficie de la tierra, han causado daño, mucho daño temporal, ¿no es el mar un depósito común que puede dar, bajo diversas formas, lo que le aportan los ríos? ¿No da á los



LA COSECHA DE LA OVA EN LA ISLA DE RE

ribereños del Océano, en Saintonge, en Poitou y en Bretaña, el *sart*, la *tangue*, sus plantas y sus arenas fortificantes? ¿No conserva por miles y miles de millones de toneladas reservas de conchas y de restos de animales que esperan el dragado de los industriales futuros? En las costas del Massachusetts se recoge el pescado en cantidad tan enorme que se le utiliza como abono.

Allá donde el suelo virgen se somete al arado y donde la tierra de mucho tiempo fecundada es sostenida por el trabajo del hombre y por un alimento de abono apropiado, la cosecha de los buenos años y hasta de los años medios suministra ampliamente la cantidad de productos necesarios para la alimentación de todos, campesinos y burgueses; pero puede suceder que por las contrariedades

del clima ó las condiciones económicas, las cosechas sean insuficientes, si no en toda la tierra ó sobre un continente, al menos en una extensa comarca ó en una provincia. Apenas se pasa año sin que la palabra «hambre» ó al menos esta otra «escasez» se aplique á algún punto del mundo, y frecuentemente en aquellos mismos países que producen habitualmente grano en abundancia. No obstante, si se prescinde de todos los hombres que tienen hambre — y son muchos — por efecto de las condiciones sociales, debe hacerse constar que las hambres propiamente dichas han llegado á ser relativamente escasas entre los pueblos civilizados, y nada lo demuestra mejor que el hecho de hallar desprevenidos á los hombres de nuestros días cada vez que el alimento falta, y no saber ingeniarse en manera alguna para extraer los alimentos de los innumerables cuerpos que nos rodean y que contienen substancias asimilables; mas esperando la era de la síntesis química del alimento anunciada por Berthelot, es cierto que los civilizados actuales son inferiores en invención á los llamados salvajes.

Cuando el sitio de París toda la sagacidad de los buscadores de víveres se reducía á cazar perros, gatos, ratas y otros animalillos; la gran mayoría de hambrientos se cruzaban de brazos, esperando la muerte por enfermedades ó por inanición cuando se cerraran las tahonas y las tiendas de comestibles y faltaran las escasas raciones administrativas. En Rusia, cada vez que las cosechas son insuficientes y los campesinos reconocen que les será imposible procurarse alimento por el trabajo ó la mendicidad, se recurre á la *liojka*, el sueño, es decir, á una especie de invernada por el sueño; la misma necesidad les da las mismas costumbres que á la marmota. La familia toma sus disposiciones para dormir durante cuatro ó cinco meses: la casa se cierra herméticamente, los hornos y los vasares altos sirven de cama, se atenúa la vida por la obscuridad y el silencio, y el sueño no se interrumpe sino para las cosas estrictamente necesarias, que se efectúan como soñando. La población de distritos enteros se ingenia así suspendiendo parcialmente la existencia para suplir la falta de pan [1].

[1] Volkov, *Bull. et Mém. de la Soc. d'Anthr.*, 1900, ps. 67 y 68.

Muy al contrario, en ocasión de una reciente época de hambre en el país de los Zulús, éstos suplieron los víveres habituales por las raíces, ramas, hojas ó bayas de 32 especies de plantas, ninguna de las cuales se había utilizado para la alimentación [1].

La igualdad de las condiciones económicas era imposible en una época en que las vías de comunicación no existían, ó al menos eran tan difíciles y tan costosas que el tráfico se detenía á cortas distan-



Cl. del *Photo-Globe.*

LA SIEGA EN EL JAPÓN

cias de los grandes caminos del mar y de los ríos navegables. En el interior de las tierras se conservaban los trigos, no para la venta inmediata, sino en perspectiva de las futuras malas cosechas; se pensaba en el tiempo, no en el espacio. Lo mismo que en las remotas edades del antiguo Egipto, se almacenaban todas las existencias en graneros de reserva, con peligro de verlos devorados por ratas y gorgojos. Esos «almacenes de abundancia» contenían á veces trigos centenarios: la reserva de Estrasburgo contenía aún en 1633 tri-

[1] P. Hariot, *La Nature*, 30 Julio 1898, p. 134.

gos de 1525 y hasta de 1439, conservados á costa de grandes gastos é infinitas precauciones. En las diferentes provincias, los precios variaban frecuentemente desde la unidad al décuplo, y más aún; en 1197 se vendió el trigo dieciséis veces más caro en el Cotentin que en el país de Auge; reduciendo las monedas y las medidas á las de nuestros días, resulta que los precios del hectolitro de trigo oscilaban entre 87 céntimos cerca de Evreux y 43 frs. 50 cerca de Estrasburgo. Por esa causa el hambre era un visitador constante, esperado, siempre presente en algunas partes de Europa, acogido siempre con la resignación debida al inevitable destino[1].

De tal modo dominaba á las imaginaciones populares el miedo á la falta de pan, en la época que las vías oceánicas y continentales no estaban ampliamente abiertas en todos sentidos, que se detenía con cualquier motivo el comercio de exportación de cereales: al menor indicio de escasez, hasta se suprimían los transportes de pueblo á pueblo, y con frecuencia se llegaba hasta el robo de los trigos ante el temor, frecuentemente justificado, de que fuesen monopolizados por los grandes propietarios, los recaudadores de impuestos ó los mismos reyes.

En diversas ocasiones se presentaban profetas de desgracia anunciando que la imprevisión del hombre tendría por resultado cosechas insuficientes, y como consecuencia la debilidad, la ruina y la muerte de la humanidad. Á mediados del siglo XIX, el químico Liebig predecía el empobrecimiento gradual de todos los cultivos por la desaparición de las sales de potasa y otras que los ríos llevan al mar y no vuelven á la tierra. Cincuenta años después, en 1898, ante la Asociación Británica de las Ciencias reunida en Bristol, otro químico y físico, Crookes, proclamó que faltarían tierras para el cultivo del trigo, que el nitrato de sosa se agotaría antes de 1930, que el único medio de evitar definitivamente el hambre universal consiste en la producción artificial de esa sal. Pero esos gritos de alarma no han impedido el aumento del número de hombres, ni para ellos han escaseado los alimentos necesarios, prescindiendo de la miseria de los hambrientos por causas sociales, tal vez en vía de disminu-

[1] G. d'Avenel, *Paysans et ouvriers depuis sept siècles.*

ción. Por lo demás, si el género humano, dejando á un lado otros asuntos, se ocupara de aumentar metódicamente los productos de la tierra y de no dejar nada á la casualidad, ¡cuántas obras emprendidas podrían terminarse, cuántos conocimientos positivos podrían aplicarse á la práctica, cuántos progresos se realizarían! Utilizando el agua

N.° 568. Jersey, país que se basta á sí mismo.



1 : 225 000

0 1 2 3 6 9 12 Kil.

La isla de Jersey tiene una superficie de 116 kilómetros cuadrados y 52,796 habitantes, en disminución de unos 4,000 desde 1871. La densidad kilométrica es de 452. La de Guernesey alcanza 800 — 40,777 habitantes repartidos sobre 5,106 hectáreas — y la población aumenta de año en año.

de todos los ríos que se pierden en el Océano, recogiendo cuidadosamente los elementos descompuestos que vuelven al gran todo, cultivando regularmente los terrenos eriales ó mal cultivados, se aumentaría la producción con cosechas anuales de maravillosa abundancia. Pero suponiendo que durante cierto tiempo no haga progresos la agricultura en la aplicación de los procedimientos científicos y no tome carácter más intenso; así y todo el conjunto de las cosechas bastaría para alimentar ampliamente á todos los hombres, á con-

gos de 1525 y hasta de 1439, conservados á costa de grandes gastos é infinitas precauciones. En las diferentes provincias, los precios variaban frecuentemente desde la unidad al décuplo, y más aún; en 1197 se vendió el trigo dieciséis veces más caro en el Cotentin que en el país de Auge; reduciendo las monedas y las medidas á las de nuestros días, resulta que los precios del hectolitro de trigo oscilaban entre 87 céntimos cerca de Evreux y 43 frs. 50 cerca de Estrasburgo. Por esa causa el hambre era un visitador constante, esperado, siempre presente en algunas partes de Europa, acogido siempre con la resignación debida al inevitable destino[1].

De tal modo dominaba á las imaginaciones populares el miedo á la falta de pan, en la época que las vías oceánicas y continentales no estaban ampliamente abiertas en todos sentidos, que se detenía con cualquier motivo el comercio de exportación de cereales: al menor indicio de escasez, hasta se suprimían los transportes de pueblo á pueblo, y con frecuencia se llegaba hasta el robo de los trigos ante el temor, frecuentemente justificado, de que fuesen monopolizados por los grandes propietarios, los recaudadores de impuestos ó los mismos reyes.

En diversas ocasiones se presentaban profetas de desgracia anunciando que la imprevisión del hombre tendría por resultado cosechas insuficientes, y como consecuencia la debilidad, la ruina y la muerte de la humanidad. Á mediados del siglo XIX, el químico Liebig predecía el empobrecimiento gradual de todos los cultivos por la desaparición de las sales de potasa y otras que los ríos llevan al mar y no vuelven á la tierra. Cincuenta años después, en 1898, ante la Asociación Británica de las Ciencias reunida en Bristol, otro químico y físico, Crookes, proclamó que faltarían tierras para el cultivo del trigo, que el nitrato de sosa se agotaría antes de 1930, que el único medio de evitar definitivamente el hambre universal consiste en la producción artificial de esa sal. Pero esos gritos de alarma no han impedido el aumento del número de hombres, ni para ellos han escaseado los alimentos necesarios, prescindiendo de la miseria de los hambrientos por causas sociales, tal vez en vía de disminu-

[1] G. d'Avenel, *Paysans et ouvriers depuis sept siècles.*

ción. Por lo demás, si el género humano, dejando á un lado otros asuntos, se ocupara de aumentar metódicamente los productos de la tierra y de no dejar nada á la casualidad, ¡cuántas obras emprendidas podrían terminarse, cuántos conocimientos positivos podrían aplicarse á la práctica, cuántos progresos se realizarían! Utilizando el agua

N.° 568. Jersey, país que se basta á sí mismo.



1 : 225 000

0 1 2 3 6 9 12 Kil.

La isla de Jersey tiene una superficie de 116 kilómetros cuadrados y 52,796 habitantes, en disminución de unos 4,000 desde 1871. La densidad kilométrica es de 452. La de Guernesey alcanza 800 — 40,777 habitantes repartidos sobre 5,106 hectáreas — y la población aumenta de año en año.

de todos los ríos que se pierden en el Océano, recogiendo cuidadosamente los elementos descompuestos que vuelven al gran todo, cultivando regularmente los terrenos eriales ó mal cultivados, se aumentaría la producción con cosechas anuales de maravillosa abundancia. Pero suponiendo que durante cierto tiempo no haga progresos la agricultura en la aplicación de los procedimientos científicos y no tome carácter más intenso; así y todo el conjunto de las cosechas bastaría para alimentar ampliamente á todos los hombres, á con-

dición naturalmente de que esos productos fuesen repartidos y empleados de una manera equitativa. Tomando la situación agrícola tal cual es actualmente, se puede afirmar que la tierra produce lo suficiente para todo el mundo y que cada uno puede comer hasta saciarse.

Además, tenemos la demostración de los hechos. Hasta ahora la existencia de gran número de hombres sobre un territorio dado no ha impedido al suelo suministrarles el suficiente alimento. Hay distritos en que no hay memoria de que se haya conocido la escasez, aunque los habitantes formen grupos nutridos. Por el contrario, los países sometidos á hambres periódicas ó endémicas distan mucho de ser poblados en proporción á la fertilidad del suelo y de las condiciones ventajosas del clima. Compárese la parte de la Rusia de Europa situada al sud del 60° de latitud y Bélgica, por ejemplo: la densidad de población es ocho veces menor en el gran imperio que en el pequeño reino; la existencia del habitante es allí mucho menos segura, y, sin embargo, Rusia comprende extensiones de una fertilidad legendaria. La India contiene casi tantos habitantes por kilómetro cuadrado como Francia; no faltan allí las llanuras abundantemente regadas ni el sol vivificador, y si el hombre supiera servirse de aquella tierra, sería uno de los grandes centros de provisión del globo. Tomemos, de otro lado, las islas Normandas, país que se basta evidentemente á sí mismo, que goza de un clima privilegiado y que no es excepcional en la Europa atlántica. Si los insulares reciben del exterior géneros coloniales desde las especias hasta las bananas, si importan carne y harina, sus granjas suministran leche, manteca, queso, volatería y huevos en tal cantidad, que el pequeño archipiélago constituye un complemento importante para la alimentación de la metrópoli inglesa; además Inglaterra importa gran número de vacas lecheras procedentes de Jersey y de Guernesey; por último, esas islas se dedican á la industria de las primicias, y en invernaderos que cubren hectáreas anticipan legumbres y frutas que se venden en Londres al principio del invierno. En valor y hasta en peso, el balance de los productos entrados y salidos resulta en ventaja del cultivo local, y, no obstante, la población específica alcanza en Guernesey ocho

habitantes por hectárea, cifra únicamente excedida en nuestras estadísticas por la de la isla Tsung-ming.

A priori, pues, podría evitarse entrar en el detalle de las cifras por categorías de alimentos: las escaseces no proceden de una



Cl. J. Kuhn, París.

DATILERA EN BISKRA

negativa del suelo, ni de un número excesivo de participantes en el banquete de la vida, sino que deben atribuirse al solo hecho de que el trabajador no tiene acceso á la tierra. Sin embargo, no es malo ver que la misma demostración resulta del estudio de las cifras.

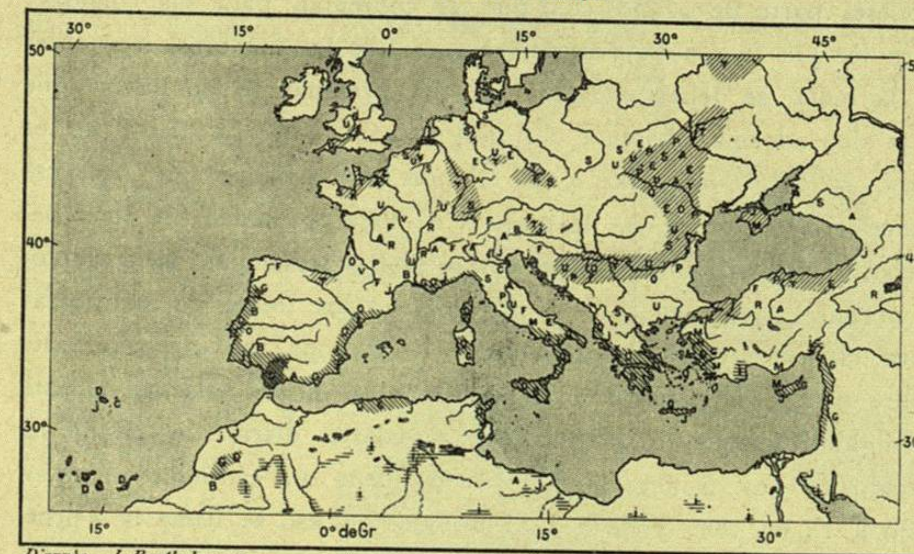
Es imposible indudablemente calcular con exactitud la cantidad de alimentos que recogen todos los agricultores de ambos mundos,

porque las estadísticas no se forman regularmente en todos los países de producción, y no son comparables entre sí en todos sus detalles; pero los informes anuales recogidos por los especialistas que se ocupan del comercio de cereales, comprobados y discutidos por los industriales inspirados por intereses opuestos, permiten llegar á una gran aproximación de la verdad. Casi se conoce la cantidad de cereales y de otros géneros alimenticios que pasan cada año por los mercados de los países que abarca el comercio general del mundo civilizado; en cuanto á las otras comarcas, cuyos habitantes viven todavía apartados del tráfico internacional, es inútil ocuparse en una estadística colectiva, puesto que pertenecen á un período histórico anterior al nuestro. Pero á partir del presente, el testimonio de las cifras es indiscutible: hasta es de tal evidencia, que ha cesado de emplearse el argumento antes más frecuentemente opuesto á los «utopistas», á los «visionarios» que sueñan con el goce equitativo de los bienes de la tierra por todos los hombres. Ya no se dice acerca de la falta de pan: «Puesto que no hay pan para todos, será preciso que los pobres no lo coman». No; ya nadie ignora que hay trigo suficiente para todos, y se ha recurrido á un argumento de segundo orden, que cada cual ha oído mil veces: «Pero ¿á quién reserváis en vuestra sociedad el Sauterne y el Clos-Vougeot?»

Comencemos por los cereales, el elemento principal de la alimentación. La producción media del trigo en Europa, en el Nuevo Mundo, en la China septentrional, en la India y en algunas colonias africanas, tales como la Argelia y el Africa austral, pasa de mil millones de hectolitros. El número de hombres que comen pan de trigo es una minoría, que no excede de 300 millones de individuos; si todo el trigo se transformara en harina, daría más de 80,000 millones de kilogramos, ó sea más de 600 gramos de pan diarios por cabeza, lo que resulta inferior al término medio de la alimentación normal para los comedores exclusivos de pan, relativamente escasos, pero muy superior á la proporción de pan consumido por el civilizado de Europa ó de América. Á la producción del trigo ha de unirse la de otros cereales que sirven á la fabricación del pan y forman parte de la alimentación de las poblaciones de origen

europeo y de los negros americanos que se han adaptado á las costumbres de los blancos. El centeno, la cebada, la avena, el maíz y otros granos, aparte del arroz, que entran en la alimentación del hombre y de los animales, suministran una cosecha media muy superior á dos mil millones de hectolitros: es una enorme cantidad de substancia nutritiva, más de la mitad destinada á la fabri-

N.º 569. Frutas en Europa.



D'après J. Bartholomew.

1 : 50 000 000

0 1000 2000 3000 Kil.

Bananas, dátiles, naranjas y manzanas están indicadas por rayados de sentidos diferentes.

A. Albaricoques. B. Almendras. C. Ananas. D. Bananas. E. Cerezas. F. Castañas. G. Limones. H. Membrillos. I. Dátiles. J. Higos. K. Fresas. L. Frambuesas. M. Granadas. N. Grosellas. O. Avellanas. P. Nueces. Q. Naranjas. R. Melocotones. S. Peras. T. Manzanas. U. Ciruelas. V. Uvas. X. Pasas.

cación de pan y otros comestibles, suficiente para las necesidades de 300 millones de hombres; una gran proporción de esos granos se dedica á la fabricación de la cerveza y á diversos usos industriales.

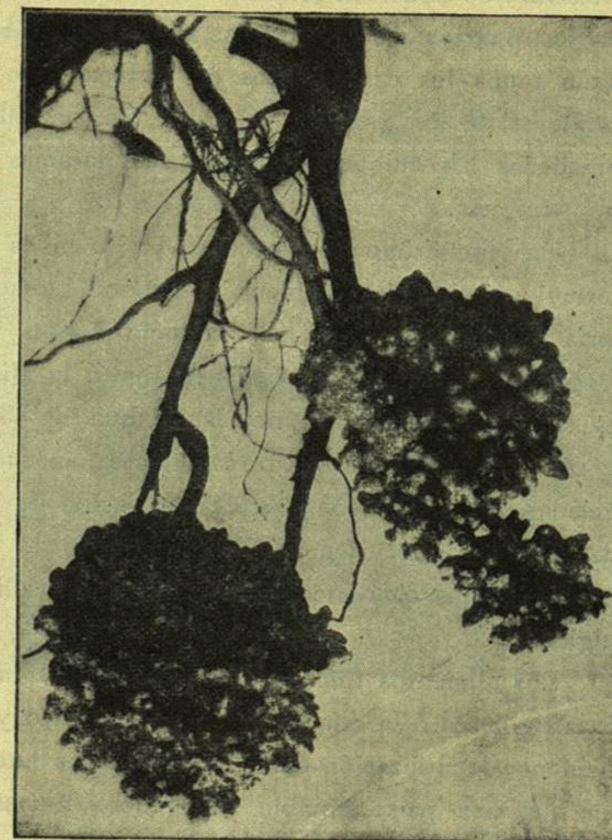
En cuanto al arroz, es el cereal por excelencia para las dos quintas partes del género humano, quizá para una proporción más considerable aún, porque su producción no es conocida de una manera suficientemente aproximada para que sea posible pronunciarse en vista de cifras estadísticas. Se sabe en qué parte del territorio chino es el arroz el producto de principal cultivo y se sabe

también de una manera general que las cosechas, solicitadas por generosos abonos y por una asidua labor, son abundantísimas en relación con la siembra. Respecto del Japón, las estadísticas dan la superficie de los cultivos y la cantidad del producto; así también los «libros azules» de la Gran Bretaña exponen la extensión de los arrozales y la cantidad de toneladas que representa el conjunto de las cosechas. Conocida es también la sobriedad de los Hindus y la modesta parte de grano con que se contentan para sus comidas; pero lo que se ignora generalmente es que las hambres, frecuentes en la India, se deben menos á la falta eventual de las lluvias que á la dependencia absoluta del desgraciado ryot. La tierra no es suya, la choza de cañas y el montón de tierra en que descansa tampoco le pertenece; se le despoja de toda propiedad, de todo derecho, de toda voluntad; el arroz que podría servir para su sustento, él mismo lo pone en sacos y lo apila en los trenes de mercancías para las cervecerías y los molinos de Europa; se especula hasta sobre su miseria para disminuir cada año su mísero salario: durante el siglo últimamente transcurrido, el salario diario del Hindu ha bajado de una manera espantosa: de unos 20 céntimos en 1850, bajó á 15 en 1882 y de 7 á 8 en 1900. Á eso se llama la «prosperidad de la India»[1]. Se comprende cuán absurdo sería, en tales condiciones, deducir de las hambres de la India que el cultivo del arroz, confiado á un pueblo de labradores que poseyera su campo con propiedad colectiva ó personal, sería insuficiente, en el curso de las generaciones, para alimentar una población creciente. La India, por la Naturaleza, es todavía más fecunda que la China: también podría subvenir á la alimentación de los suyos.

Pero «el hombre no sólo vive de pan». Las legumbres verdes y secas y las semillas de las leguminosas se unen á los productos de los cereales. Guisantes, garbanzos, habichuelas, habas, lentejas, soya de los Mandchúes y de los Chinos representan una cantidad que no ha sido evaluada con la misma aproximación que los cereales, porque esos granos tienen menos importancia en la alimentación del mundo, pero se puede apreciar seguramente la cosecha anual de

[1] William Digby, *Prosperous British India*.

esos productos en más de 200 millones de hectolitros, lo que para cada individuo, hombre, mujer ó niño, añade al pan más de un litro al mes del alimento más substancial. La producción de las patatas, de mayor valor económico, aunque de menos riqueza proporcional en fuerza nutritiva, alcanza ó pasa cada año de 1,000 millones de hectolitros, cantidad muy considerable á favor de la alimentación de los hombres. En cuanto á las legumbres verdes y á las frutas, no son objeto de ninguna estadística general, por su extremada abundancia y por la falta absoluta de centralización en los mercados: á excepción de las primicias, de las legumbres escogidas, de las frutas de belleza ó de sabor excepcionales, todo se consume sobre el terreno; cada población tiene sus calles ó su mercado abundantemente provistos, ¡y cuántas pérdidas, cuánto derroche en el transporte, la exposición y la espera de los compradores! Centenares de individuos se alimentan con los desperdicios de verduras y legumbres que se recogen alrededor del mercado central de París; millones de hombres podrían vivir con las manzanas, peras, cerezas y melocotones que en



NUDOSIDADES SOBRE UNA RAÍZ DE LEGUMINOSA

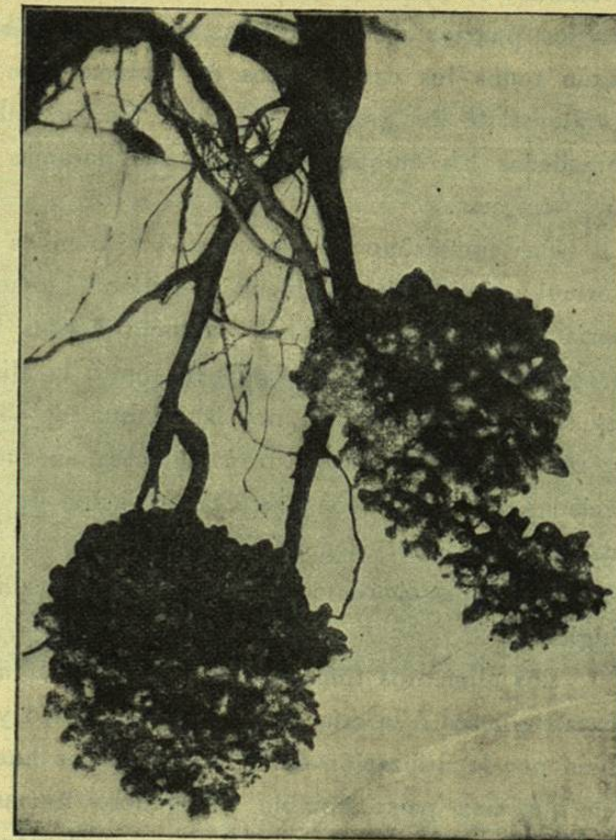
Estas nudosidades, representadas aquí al tercio de su tamaño verdadero, según el *National Geographical Magazine*, 1904, se deben á las bacterias *(Rhizobium leguminosarum)* que fijan el ázoe atmosférico. La descomposición de esas raíces enriquece, pues, el suelo. La raíz que representa el grabado proviene de un campo de experimentos cuidadosamente inoculado.

también de una manera general que las cosechas, solicitadas por generosos abonos y por una asidua labor, son abundantísimas en relación con la siembra. Respecto del Japón, las estadísticas dan la superficie de los cultivos y la cantidad del producto; así también los «libros azules» de la Gran Bretaña exponen la extensión de los arrozales y la cantidad de toneladas que representa el conjunto de las cosechas. Conocida es también la sobriedad de los Hindus y la modesta parte de grano con que se contentan para sus comidas; pero lo que se ignora generalmente es que las hambres, frecuentes en la India, se deben menos á la falta eventual de las lluvias que á la dependencia absoluta del desgraciado ryot. La tierra no es suya, la choza de cañas y el montón de tierra en que descansa tampoco le pertenece; se le despoja de toda propiedad, de todo derecho, de toda voluntad; el arroz que podría servir para su sustento, él mismo lo pone en sacos y lo apila en los trenes de mercancías para las cervecerías y los molinos de Europa; se especula hasta sobre su miseria para disminuir cada año su mísero salario: durante el siglo últimamente transcurrido, el salario diario del Hindu ha bajado de una manera espantosa: de unos 20 céntimos en 1850, bajó á 15 en 1882 y de 7 á 8 en 1900. Á eso se llama la «prosperidad de la India» [1]. Se comprende cuán absurdo sería, en tales condiciones, deducir de las hambres de la India que el cultivo del arroz, confiado á un pueblo de labradores que poseyera su campo con propiedad colectiva ó personal, sería insuficiente, en el curso de las generaciones, para alimentar una población creciente. La India, por la Naturaleza, es todavía más fecunda que la China: también podría subvenir á la alimentación de los suyos.

Pero «el hombre no sólo vive de pan». Las legumbres verdes y secas y las semillas de las leguminosas se unen á los productos de los cereales. Guisantes, garbanzos, habichuelas, habas, lentejas, soya de los Mandchúes y de los Chinos representan una cantidad que no ha sido evaluada con la misma aproximación que los cereales, porque esos granos tienen menos importancia en la alimentación del mundo, pero se puede apreciar seguramente la cosecha anual de

[1] William Digby, *Prosperous British India.*

esos productos en más de 200 millones de hectolitros, lo que para cada individuo, hombre, mujer ó niño, añade al pan más de un litro al mes del alimento más substancial. La producción de las patatas, de mayor valor económico, aunque de menos riqueza proporcional en fuerza nutritiva, alcanza ó pasa cada año de 1,000 millones de hectolitros, cantidad muy considerable á favor de la alimentación de los hombres. En cuanto á las legumbres verdes y á las frutas, no son objeto de ninguna estadística general, por su extremada abundancia y por la falta absoluta de centralización en los mercados: á excepción de las primicias, de las legumbres escogidas, de las frutas de belleza ó de sabor excepcionales, todo se consume sobre el terreno; cada población tiene sus calles ó su mercado abundantemente provistos, ¡y cuántas pérdidas, cuánto derroche en el transporte, la exposición y la espera de los compradores! Centenares de individuos se alimentan con los desperdicios de verduras y legumbres que se recogen alrededor del mercado central de París; millones de hombres podrían vivir con las manzanas, peras, cerezas y melocotones que en



NUDOSIDADES SOBRE UNA RAÍZ DE LEGUMINOSA

Estas nudosidades, representadas aquí al tercio de su tamaño verdadero, según el *National Geographical Magazine*, 1904, se deben á las bacterias (*Rhizobium leguminosarum*) que fijan el ázoe atmosférico. La descomposición de esas raíces enriquece, pues, el suelo. La raíz que representa el grabado proviene de un campo de experimentos cuidadosamente inoculado.

las buenas estaciones caen de los árboles y que nadie se toma la molestia de recoger, porque en el mismo distrito todos tienen de sobra y porque la exportación, la conserva y la preparación en helados, pastas ó confituras costarían demasiado. En los jardines del Delaware se entierran millones de melocotones al pie de los árboles; en los puertos de las Antillas y de la América central se tiran al agua todos los cargamentos de bananas que no aceptan los compradores de los grandes vapores. En las calles de las poblaciones brasileñas los chiquillos arrojan sus naranjas disputando por llevar un paraguas.

Un sencillísimo cálculo, reproducido miles de veces desde que lo formuló Humboldt, establece que todo el género humano se alimentaría sobradamente con el producto de las bananerías de la zona tropical. El azúcar, tan indispensable á la alimentación del hombre, es suministrado también por las plantas de caña, remolacha ó sorgo y representa sólo para Europa la masa enorme de 6 millones de toneladas, que, repartida entre la población de los continentes, apenas daría por cabeza y por día, bajo la forma de azúcar cristalizado, más que unos cuarenta gramos, lo que es suficiente para una buena higiene.

Los alimentos tomados en el mundo animal se obtienen por la caza, la pesca ó la cría del ganado doméstico y de la volatería, y también por la utilización de la leche y de los huevos. Hubo un tiempo en que una parte notable del género humano disputaba su presa á los carnívoros, pero actualmente el número de los hombres que viven del producto de la caza ha llegado á ser tan mínimo que se le puede considerar sin valor económico; ya no existe en Europa, y en el continente africano apenas puede citarse como alimentándose principalmente de la caza más que miserables tribus de enanos, en la parte ecuatorial del continente, y los Bushmen del desierto de Kalahari [1].

Sin embargo, el vasto mundo siberiano está recorrido todavía por tribus de cazadores que viajan por inmensos territorios en busca de animales de carne nutritiva y de buenas pieles. América, en sus

[1] Ernest Grosse, *Die Anfänge der Kunst*, p. 43.

dos continentes, y Australia son las tierras donde el estado primitivo del cazador aun está representado por tribus típicas, todas de escaso número de individuos, á causa de las dificultades de su vida siempre errante en espacios enormes. He ahí por qué, para hablar con propiedad, no existen «pueblos cazadores». En parte alguna, dice Grosse, han podido desarrollarse bastante poderosamente para



Cl. T. S. Palmer.

COSECHA DE HUEVOS DE ALBATROS EN LA ISLA LAYSAN *(Diomedea immutabilis)* según el *National Geographical Magazine*, 1904.

Un cierto número de especies de aves se han repartido estas islas del archipiélago Sandwich, que tiene cinco kilómetros por tres, y respetan rigurosamente sus dominios. Está prohibido tocar los huevos de los albatros, cuyas costumbres son muy familiares.

merecer tal nombre: no hay más que «tribus cazadoras». Pero la pesca, en las profundidades marítimas, representa siempre una cantidad notable de la alimentación humana, sobre todo á lo largo de las costas pescadoras, en las islas del Pacífico, en el Japón y en el litoral chino, en Noruega y en la América septentrional. En diversos lugares insulares y costeños se han mantenido poblaciones casi exclusivamente ictiófagas. Aunque el mar no sea inagotable y á pesar de que ciertas especies perseguidas por el hombre hayan llegado á escasear, el valor anual de la pesca no ha cesado de aumentar, por más que las gentes del oficio empleen aparatos y bar-

cos cada vez mejor adaptados á la tarea, y ya en diversos puntos se ha comenzado la repoblación de las bahías, de los lagos, de los estanques y de los ríos.

La parte de alimentación que representa la carne de los animales domésticos en los países europeizados del Antiguo y del Nuevo Mundo es conocida aproximadamente. Se evalúa en 20,000 millones de kilogramos, ó sea unos 30 kilogramos por individuo. Admitiendo, lo que muchos higienistas niegan y que prueban por su ejemplo ser completamente inexacto muchas poblaciones en diversos países del mundo, admitiendo que la carne sea indispensable al hombre, habría una parte de carne perfectamente apreciable en la sucesión de las comidas, aunque insuficiente para los grandes comedores, tanto más cuanto que se podrían añadir los 20,000 millones de huevos que suministran los gallineros de las mismas comarcas, lo mismo que los 60,000 millones de kilogramos de leche, y los 15,000 millones de kilogramos de queso suministrados por las granjas. La inmensa China produce también enormes cosechas de huevos, quizá superiores á las de Europa y de América.

Toda esta alimentación, que comprende, junto á los cereales y otros granos esencialmente nutritivos, una singular variedad de alimentos vegetales y animales, forma un total que excede con mucho al conjunto de las necesidades; y todavía no hemos tratado de los productos que se podría llamar de lujo, porque no se suministran directamente por la Naturaleza y provienen de una elaboración terminada por el hombre: tales son las bebidas, licores, aceites, esencias, desde el *soma* del período védico, hasta el vino que inventó el Noé de la leyenda, al pie del Ararat, donde se supone se bebió por primera vez, y que ha llegado á ser la gloria de tantas viñas, desde Francia á la California y desde Australia á la República Argentina.

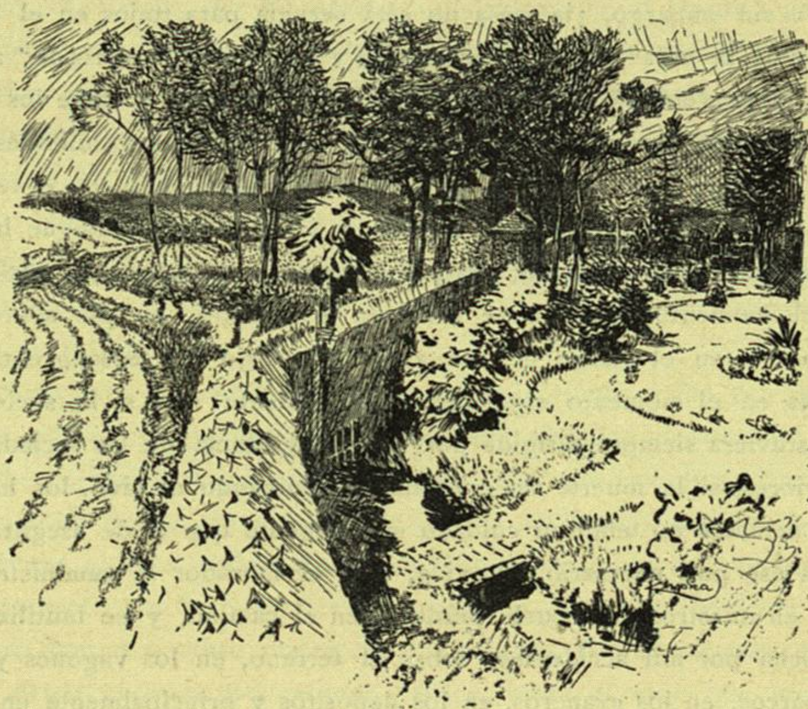
En el año de 1882, la producción alimenticia de Europa y de los Estados Unidos había sido ya calculada, según los más bajos rendimientos anuales, y fijada en la cifra de apariencia hiperbólica de 380,000 millones de kilogramos, no comprendidas las bebidas, ó sea más de 1,000 kilogramos por cabeza. Ahora bien, siguiendo para la alimentación una ú otra de las indicaciones dadas por los médicos

higienistas para el establecimiento de una ración fisiológica normal, se pueden combinar siempre los elementos de su alimentación de modo que no excedan por término medio de 475 kilogramos de alimento al año, porque no se trata del comedor excepcional, sino del hombre tipo que representan los niños, las mujeres y los ancianos. Es decir, que en el estado actual de una agricultura todavía rudimentaria en una gran parte de la superficie terrestre, los recursos totales de la producción son más que dobles de las necesidades del consumo [1].

Y sin embargo, ¡la mesa no está servida para todos en el banquete de la vida! Hay hambrientos, y hasta son numerosos; además, el porvenir no es seguro para los afortunados, y entre los que comen ordinariamente lo que necesitan, hay millones y millones de individuos que miran ante sí con espanto, comiendo hoy con el temor de no poder comer mañana. El miedo de la miseria persigue hasta á los ricos, y con motivo, porque la fortuna es variable, y los que en el momento presente se levantan triunfantes, en pie sobre el carro, corren el riesgo de ser aplastados bajo las ensangrentadas ruedas en el momento siguiente. Es evidente que si la sociedad no estuviera siempre dirigida por la supervivencia de las sociedades anteriores, si la muerte no continuara dominando al vivo, los hombres actuales no tendrían cuidado más urgente que el de asegurar á todos ese pan necesario á la vida, que el labrador le suministra y que, en nuestros días, suele perderse en el camino, y se inutiliza y derrocha por mil accidentes, sobre el terreno, en los vagones y en los barcos, en los graneros, en los depósitos y principalmente en los mil almacenes de detalle. Lo primero que debería hacerse es introducir el orden y la seguridad en la distribución, consistente en expedir y en repartir los diversos productos, harinas, legumbres y frutas con tanto método como se remite á cada uno por la mañana las cartas y los diarios. La cosa es hacedera con los alimentos, puesto que se hace con el papel; mas para realizar esta revolución de justicia y de buen sentido será preciso poner la mano sobre el «arca santa», violar esa desigualdad tan querida de los privilegia-

[1] *Les Produits de la Terre*, *Le Révolté*, 23 de Noviembre 1884 — 15 Febrero 1885.

dos y que les asegura, no sólo el monopolio de la tierra y de los productos de la tierra, sino también las fábricas y todas las obras del trabajo humano; sobre todo el poder, el derecho de llamarse los amos y de dominar, en efecto, adulados, respetados y adorados por aquellos á quienes oprimen.





LA INDUSTRIA Y EL COMERCIO

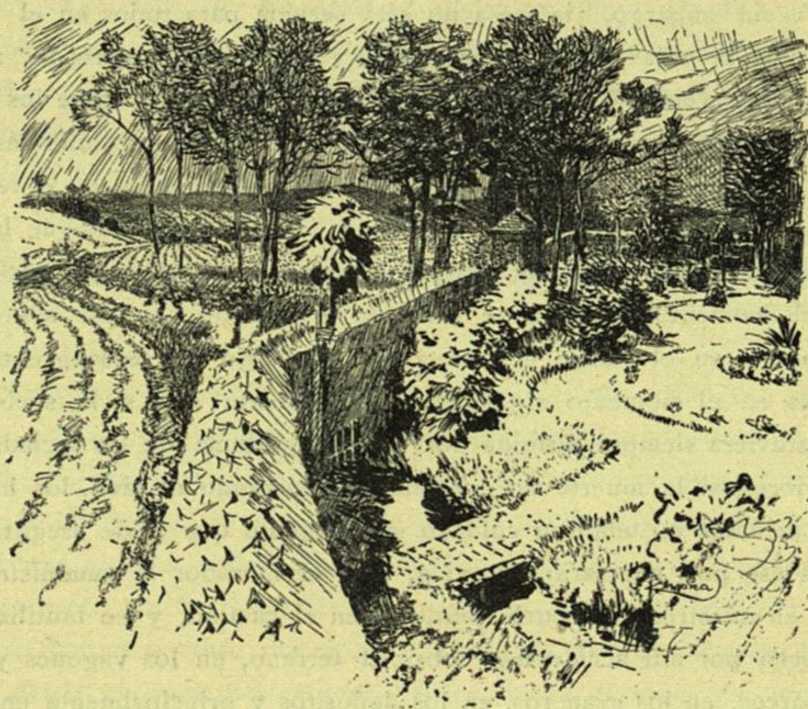
La Producción libre y la Distribución equitativa para todos: tal es la resolución que exigimos al porvenir.

CAPÍTULO IX

Desarrollo rápido de la industria moderna.
Personal obrero. — División del trabajo. — Maquinismo.
Progresos y retrocesos locales.
Constante estado de guerra en la fábrica.
Ignorancia general del bien público. — Comercio; decadencia del comercio al por menor. — Caravanas, ferias, aduanas.
Concordancia del capital y de las leyes.
Fraudes permitidos. — Tziganos, Judíos. — Producción y distribución, compra y venta.

No menos antigua que la agricultura, la industria ayudó rápidamente á despertar el sentimiento de la propiedad personal, puesto que los objetos elaborados por los primeros artesanos fueron considerados ordinariamente como la cosa de su productor, y no podía extrañarse que los conservara para sí mismo ó que los diera á quien quisiere. Pero puede decirse que,

dos y que les asegura, no sólo el monopolio de la tierra y de los productos de la tierra, sino también las fábricas y todas las obras del trabajo humano; sobre todo el poder, el derecho de llamarse los amos y de dominar, en efecto, adulados, respetados y adorados por aquellos á quienes oprimen.





LA INDUSTRIA Y EL COMERCIO

La Producción libre y la Distribución equitativa para todos: tal es la resolución que exigimos al porvenir.

CAPÍTULO IX

Desarrollo rápido de la industria moderna.
Personal obrero. — División del trabajo. — Maquinismo.
Progresos y retrocesos locales.
Constante estado de guerra en la fábrica.
Ignorancia general del bien público. — Comercio; decadencia del comercio al por menor. — Caravanas, ferias, aduanas.
Concordancia del capital y de las leyes.
Fraudes permitidos. — Tziganos, Judíos. — Producción y distribución, compra y venta.

No menos antigua que la agricultura, la industria ayudó rápidamente á despertar el sentimiento de la propiedad personal, puesto que los objetos elaborados por los primeros artesanos fueron considerados ordinariamente como la cosa de su productor, y no podía extrañarse que los conservara para sí mismo ó que los diera á quien quisiere. Pero puede decirse que,

en el conjunto del movimiento económico, la propiedad industrial se desarrolló en las sociedades humanas paralelamente á la propiedad territorial. Allá donde la gleba no se erizaba de puestos terminales ni de cabañas, el barco y la herramienta no eran cuidadosamente conservados y vigilados. Á la propiedad familiar del cercado correspondía la de los muebles, instrumentos y armas que en él se hallaban; asimismo el territorio del clan, de la tribu, del municipio, comprendía sus «pertenencias y dependencias» en objetos de la industria humana. La gran propiedad comprendía, no solamente campos, praderas y bosques, que hubieran debido unir á toda una población, sino que también poseía individuos en calidad de clientes, de siervos, de esclavos ó de mercenarios, y la riqueza de la morada señorial añadía, á las cosechas recogidas en las trojes, ricos vasos, metales y piedras preciosas, telas, tapices y tinturas: el monopolio se hacía sobre todos los productos del trabajo humano.

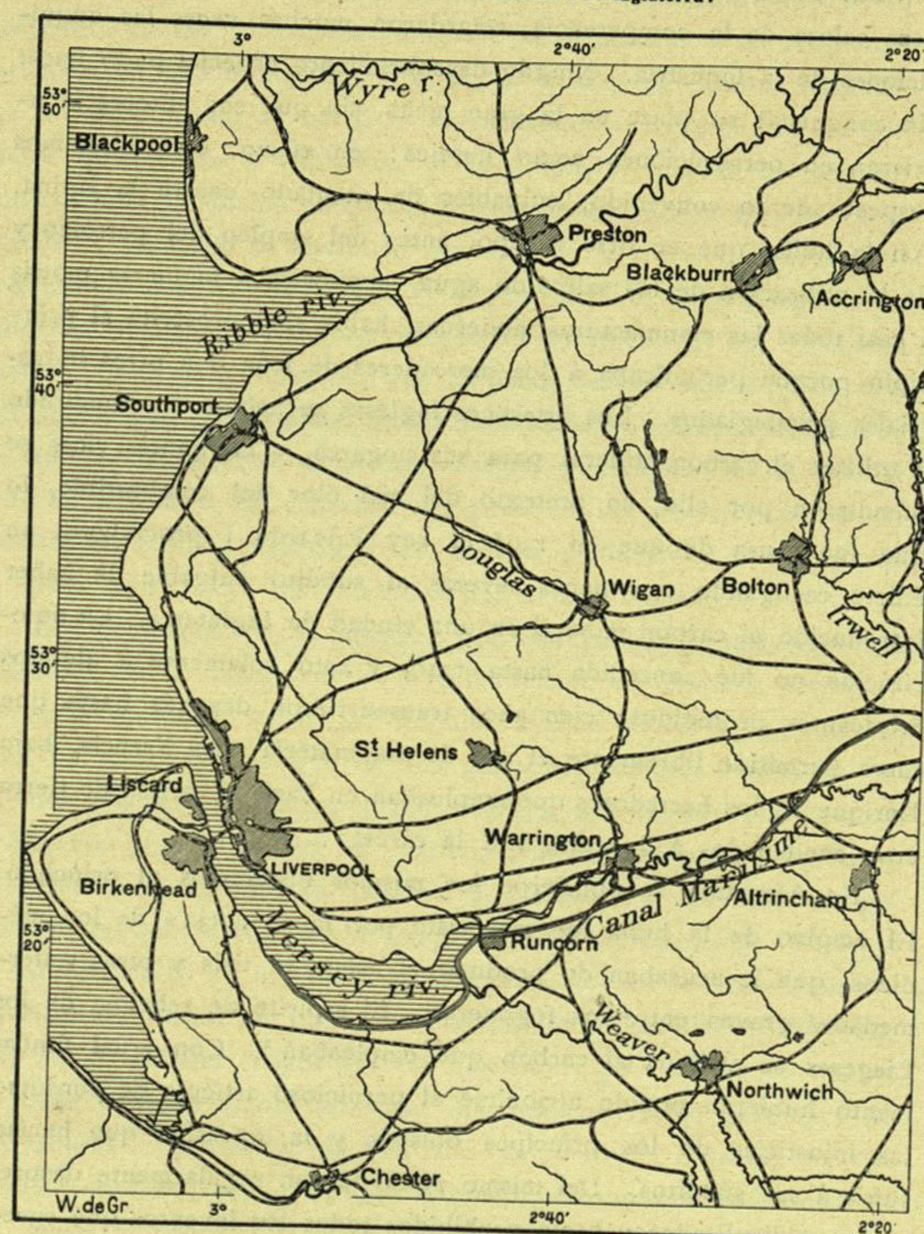
Los progresos de la ciencia, por una parte, y, por otra, el desarrollo de la navegación y la construcción de caminos permitieron á la industria tomar un singular avance sobre la agricultura. Esta no disponía más que de los perfeccionamientos realizados en algunos grandes territorios, y por extensos que fuesen, por manera inteligente que se hiciera el cultivo, era imposible al propietario extender los límites de su imperio y aumentar la multitud de sus clientes, porque la Naturaleza ponía límites á su ambición. Pero ya el manufacturero de los primeros renacimientos en los municipios y las ciudades libres, en Italia, en Francia, en Alemania, en Flandes, veía en su rededor ensancharse el horizonte; por la compra de las primeras materias podía aumentar indefinidamente los productos de sus talleres y expedirlos de mercado en mercado hasta el fin del mundo conocido; por el crédito ilimitado, disponía de la fortuna de los demás lo mismo que de la suya propia; comerciante no menos que industrial, ó al menos asociado con el tesorero, movilizaba por los préstamos, los empréstitos y las operaciones de banca, todas esas inmensas propiedades que quedaban casi inertes en poder de sus poseedores; por último, mandaba á los reyes y dirigía así los diplomáticos y los ejércitos: se practicaba en el aprendizaje de su futuro oficio, la dominación del mundo.

Sin embargo, el odio á lo nuevo, al mismo tiempo que la rudeza celosa de la competencia, retardaron muchas veces las adquisiciones de la industria. Ningún descubrimiento especial pudo nacer sin conquistar su plaza en la gran lucha, sin que sus autores incurrieran en persecuciones como herejes: en efecto, eran blasfemos respecto de lo convenido, culpables de atentado contra la rutina. Así la hulla, que en otro tiempo, antes del empleo del petróleo y de la utilización de los saltos de agua, suministraba la fuerza motriz á casi todas las manufacturas modernas, había sido proscrita al principio porque perjudicaba á los mercaderes de leña ó á otros industriales privilegiados. Los artesanos ingleses se habían acostumbrado á utilizar el carbón mineral para sus hogares, y las gentes ricas se ofendieron por ello, so pretexto del mal olor del combustible, lo que fué causa de que en 1305 el rey Eduardo I promulgara un edicto castigando con penas severas al súbdito culpable de haber introducido el carbón mineral en una ciudad de Inglaterra. La autorización no fué concedida hasta 1340, y esto solamente á algunos fabricantes protegidos; cien años transcurrieron después hasta que fuera permitido libremente el uso de esa materia. En Francia, bajo Enrique II, los herradores que empleaban en París el carbón de tierra eran condenados á la multa y á la cárcel [1].

En Alemania se opusieron los mismos obstáculos al principio. El empleo de la hulla fué mal visto por la «ciencia» de los médicos, que le acusaban de producir el asma, la tisis y otras enfermedades graves entre los fogoneros. El espíritu de rebeldía de los Liegeses se atribuía al carbón que empleaban [2]. Con igual fundamento hubieran podido atribuirse al pernicioso artículo de consumo las injusticias de los príncipes obispos y la opresión que hacían sufrir á sus súbditos. Del mismo modo fueron regularmente despreciados, ridiculizados y hasta prohibidos todos los inventos que sucedieron al empleo de la hulla, y sabido es cuán difícil fué introducir el uso de los ferrocarriles en los diversos países de Europa occidental, donde los hombres más juiciosos se pusieron de acuerdo para declarar que jamás locomotora alguna subiría una pendiente ni me-

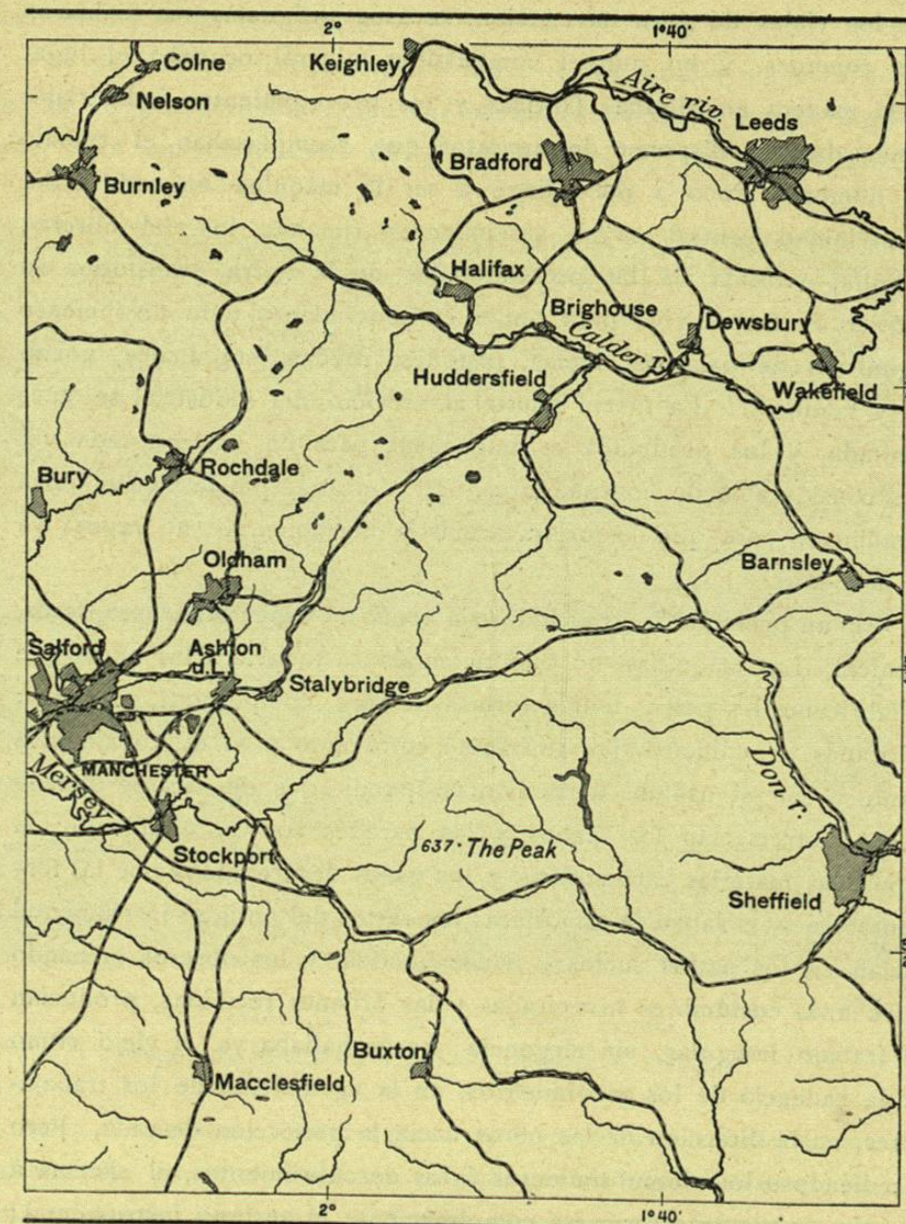
[1] Paul Noël, *Origine et analyse du charbon de terre.*
[2] A. Boghaert-Vacké, *La Nature*, 1.° Enero 1898, p. 71.

N.os 570 y 571. Distrito industrial de Inglaterra:



nos remolcaría tras de sí vagones cargados. Los sabios negaban hasta la misma evidencia, no queriendo dar razón al hecho contra la enseñanza clásica.

Lancashire y Yorkshire occidental.



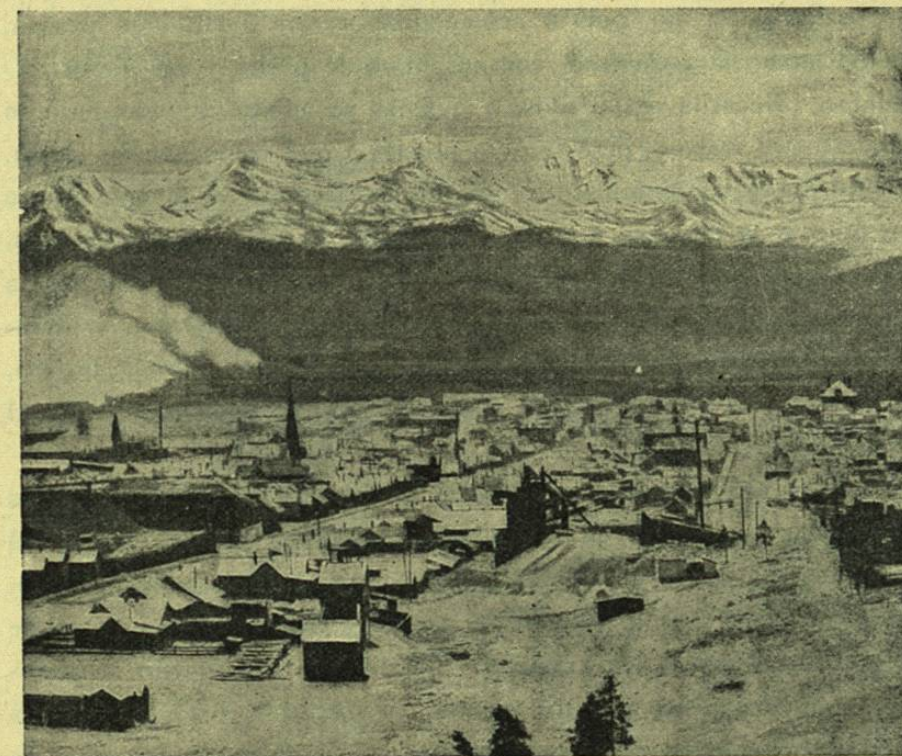
Una vez en marcha, los talleres de las manufacturas no se han detenido; sin embargo, más de una vez ha disminuído la velocidad de su carrera por las guerras internacionales y las revoluciones intestinas. Su gran desarrollo, de rapidez creciente, su vertiginoso impulso que permitía á los observadores sagaces predecir ya su

importancia futura, no comenzó hasta el siglo XVIII, en la época en que los viajes de gran navegación, escasos antiguamente, se hacían más comunes, y en que el combustible mineral ocupaba el lugar de la madera en algunas fábricas y los procedimientos industriales comenzaban á disponer de aparatos que reemplazaban el trabajo del hombre. Poco á poco llegó á ser la máquina en cada taller la divinidad central cuyos movimientos rimaban los del obrero; la hulla, extraída de las profundidades de la tierra, transforma su calórico en fuerza viva para poner en movimiento todo un inmenso organismo de palancas, bielas, pistones, ruedas, engranajes, volantes y hombres. La fuerza puesta al servicio del industrial se hace ilimitada, y los productos se amontonan para un número cada vez más considerable de consumidores. El Vulcano, que la ciencia había encadenado para que le forjara armas y herramientas, no reposa ya un momento.

En un principio la gran industria tomó un aspecto bárbaro, feroz, titánico. Las máquinas, no bien acomodadas todavía á las obras que el fabricante les pedía, tenían formas pesadas, complicadas, extrañas; colocadas en edificios que se habían construído para el trabajo á la mano y con el uso de herramientas hereditarias de escasas dimensiones, estremecían los techos y las paredes con su estruendo; el vapor, las materias carboníferas y los gases desprendidos por las fermentaciones, viciaban la atmósfera; los restos del antiguo instrumental yacían en los patios sucios y nauseabundos, y los obreros luchando entre unas costumbres inveteradas y las órdenes recibidas, producían un trabajo irregular, sin elegancia: no se hallaba ya el viejo ritmo en la cadencia de los movimientos, en la agrupación de los trabajadores, en la dirección de las obras hacia la perfección deseada. Pero sucediéndose los descubrimientos á los descubrimientos, el sistema á la rutina, pudo transformarse completamente el antiguo instrumental; los trabajadores de la industria se acomodaron perfectamente al nuevo estado de cosas, han aprendido, por decirlo así, á vivir en el fuego, en medio de las corrientes eléctricas, en el centro mismo de la lucha entre las fuerzas del caos primitivo, á dominarlas por completo, y esto sin esfuerzo, por actos tranquilos y dominadores: mueven una manivela, cambian de lugar una aguja, tocan un botón y todo cambia

á voluntad, en una medida exacta, regulando cada una de las oscilaciones del ritmo dominante.

El personal de la industria no tiene ya los mismos nombres que en los tiempos antiguos: á nuevas obras corresponden nuevos órganos. Para una tarea tradicional, que el hijo, aprendiz respetuoso,



Cl. J. Kuhn, Paris.

LEADVILLE, AL PIE DE LAS MONTAÑAS ROCOSAS

Mina principal de plomo argentífero del Estado del Colorado.

no había de modificar, bastaba conocer las primeras materias, siempre las mismas, los procedimientos, practicados escrupulosamente como ritos religiosos, las formas preferidas por los grandes mercaderes y por los reyes, y esas formas no debían dejar de imitar las que agradaban á los antepasados. El artesano no necesitaba la iniciativa.

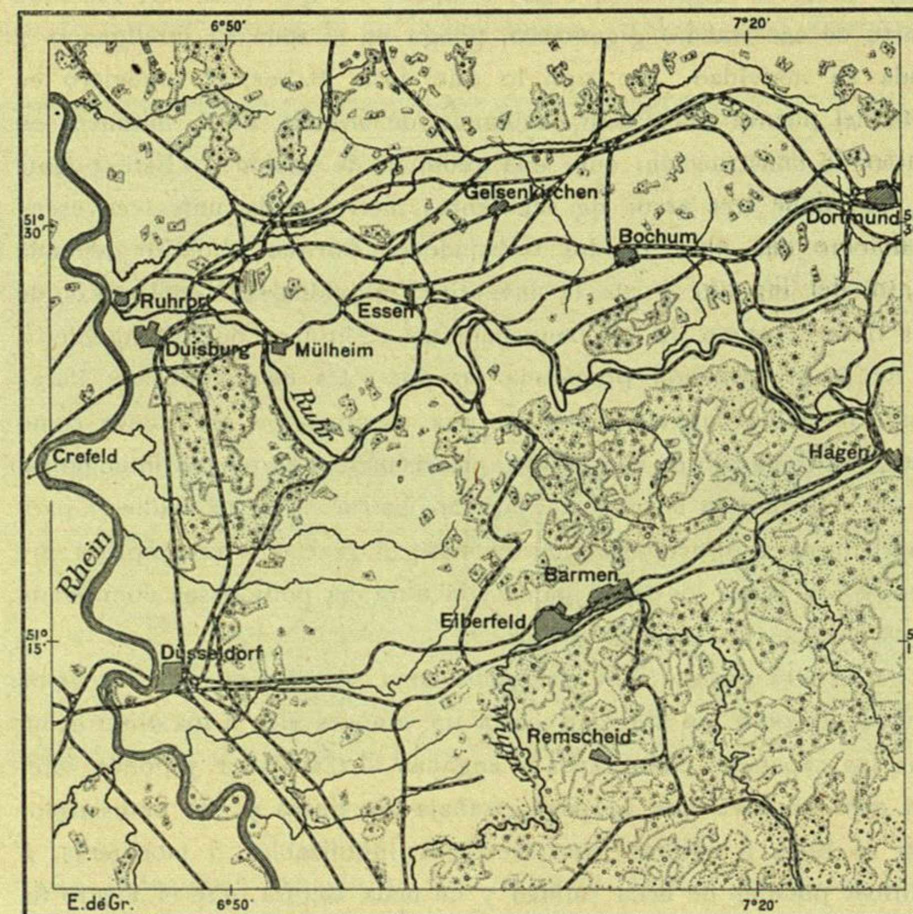
No hay duda que el oficio prosperaba más, y hasta progresaba en cierta medida cuando era ejercido por jóvenes, y sobre todo por hombres libres, pero el trabajo no se detenía cuando el propietario de la empresa le confiaba á esclavos, dirigido por capataces de con-

dición relativamente libre. La industria moderna no puede ya acomodarse á tales agentes; no que se haya hecho más compasiva que antes, en este concepto no ha cambiado, por no tener nada que hacer con el sentimiento; hasta por definición, no puede buscar más que el beneficio; pero habiéndose hecho más activa, más móvil, viéndose obligada á vivir con el siglo y á seguirle, hasta anticiparse á sus oscilaciones, no podría acomodarse á una institución pesada, inmóvil como la esclavitud, con sus hijos de pecho y sus viejos impedidos. Necesita asalariados, á quienes se admite cuando parecen dispuestos al trabajo, para la obra precisa á que convienen su fuerza, su destreza y su musculatura. Se les conserva tanto tiempo cuanto son útiles á la empresa y producen más que lo que cuestan; después, cuando son una carga, se les despide. El mes, la quincena, la semana y, en ciertos trabajos, el día solamente, representan la duración del contrato, y la lucha comienza, incesante, encarnizada, furiosa, por la tasa del salario, que el trabajador quiere aumentar y que el patrón quiere reducir.

Suelen imaginar los economistas que la división del trabajo es una de las conquistas de la industria moderna, cuando es, por el contrario, una de las condiciones esenciales de todo trabajo colectivo, y no faltó jamás en el trabajo del hombre, como tampoco en el de nuestros antecesores los animales. La división del trabajo se practica espontáneamente por los monos, las gamuzas, los gallos, hasta las carpas y muchas otras especies que, desconfiando con motivo de sus enemigos voraces y del bípedo humano, no descuidan colocar centinelas alrededor del lugar de pasto, de reposo ó de placer. El más bello ejemplo de la división del trabajo es el que dan las aves de paso, que, en su travesía del inmenso espacio aéreo, se suceden espontáneamente en el esfuerzo continuado contra el fluído resistente. Comprendida de esta manera, la división del trabajo procede de la perfecta solidaridad, la cual sólo es verdadera cuando su origen es absolutamente espontáneo y si en un trabajo colectivo cada uno escoge alegremente su parte, según sus fuerzas, su naturaleza, su capricho del momento y sus conveniencias, porque la perfección del trabajo no puede realizarse sin un acuerdo sincero de las voluntades y la adaptación mutua de las diversas aptitudes.

¡Qué admirables trabajos y, al mismo tiempo, qué fiestas de la inteligencia y del sentimiento son las obras productos del entusiasmo entre amigos que leen recíprocamente en sus ojos á qué instru-

N.º 572. Distrito industrial del Ruhr.



1: 500000

0 10 20 30 Kil.

La aglomeración de Barmen-Elberfeld tiene más de 300,000 habitantes; Düsseldorf y Essen más de 200,000; Duisburg, Dortmund, Gelsenkirchen, Bochum y Crefeld más de 100,000; las otras ciudades indicadas en el mapa, excepto Ruhrort, más de 50,000 habitantes.

mento se ha de echar mano y qué fuerza y qué amplitud conviene dar al movimiento de sus músculos!

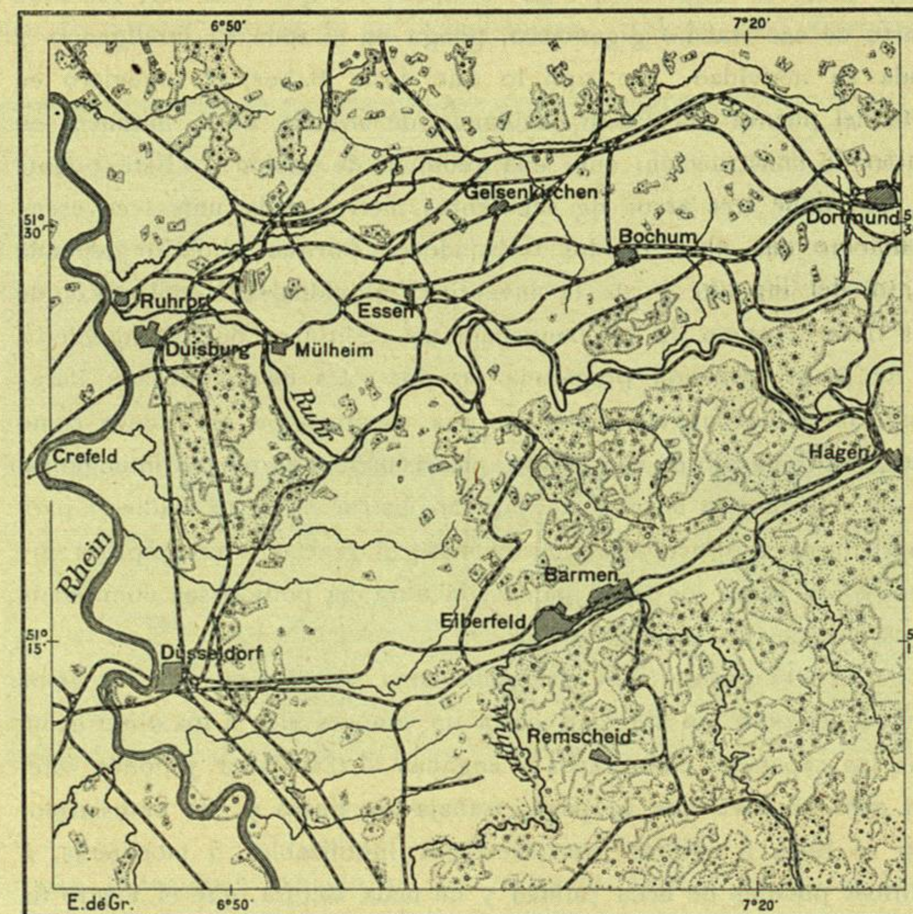
¿Se piensa acaso que no sean más que asalariados los obreros que en dos años, hasta en dieciocho meses, llevan á buen fin

dición relativamente libre. La industria moderna no puede ya acomodarse á tales agentes; no que se haya hecho más compasiva que antes, en este concepto no ha cambiado, por no tener nada que hacer con el sentimiento; hasta por definición, no puede buscar más que el beneficio; pero habiéndose hecho más activa, más móvil, viéndose obligada á vivir con el siglo y á seguirle, hasta anticiparse á sus oscilaciones, no podría acomodarse á una institución pesada, inmóvil como la esclavitud, con sus hijos de pecho y sus viejos impedidos. Necesita asalariados, á quienes se admite cuando parecen dispuestos al trabajo, para la obra precisa á que convienen su fuerza, su destreza y su musculatura. Se les conserva tanto tiempo cuanto son útiles á la empresa y producen más que lo que cuestan; después, cuando son una carga, se les despide. El mes, la quincena, la semana y, en ciertos trabajos, el día solamente, representan la duración del contrato, y la lucha comienza, incesante, encarnizada, furiosa, por la tasa del salario, que el trabajador quiere aumentar y que el patrón quiere reducir.

Suelen imaginar los economistas que la división del trabajo es una de las conquistas de la industria moderna, cuando es, por el contrario, una de las condiciones esenciales de todo trabajo colectivo, y no faltó jamás en el trabajo del hombre, como tampoco en el de nuestros antecesores los animales. La división del trabajo se practica espontáneamente por los monos, las gamuzas, los gallos, hasta las carpas y muchas otras especies que, desconfiando con motivo de sus enemigos voraces y del bípedo humano, no descuidan colocar centinelas alrededor del lugar de pasto, de reposo ó de placer. El más bello ejemplo de la división del trabajo es el que dan las aves de paso, que, en su travesía del inmenso espacio aéreo, se suceden espontáneamente en el esfuerzo continuado contra el fluído resistente. Comprendida de esta manera, la división del trabajo procede de la perfecta solidaridad, la cual sólo es verdadera cuando su origen es absolutamente espontáneo y si en un trabajo colectivo cada uno escoge alegremente su parte, según sus fuerzas, su naturaleza, su capricho del momento y sus conveniencias, porque la perfección del trabajo no puede realizarse sin un acuerdo sincero de las voluntades y la adaptación mutua de las diversas aptitudes.

¡Qué admirables trabajos y, al mismo tiempo, qué fiestas de la inteligencia y del sentimiento son las obras productos del entusiasmo entre amigos que leen recíprocamente en sus ojos á qué instru-

N.° 572. Distrito industrial del Ruhr.



La aglomeración de Barmen-Elberfeld tiene más de 300,000 habitantes; Düsseldorf y Essen más de 200,000; Duisburg, Dortmund, Gelsenkirchen, Bochum y Crefeld más de 100,000; las otras ciudades indicadas en el mapa, excepto Ruhrort, más de 50,000 habitantes.

mento se ha de echar mano y qué fuerza y qué amplitud conviene dar al movimiento de sus músculos!

¿Se piensa acaso que no sean más que asalariados los obreros que en dos años, hasta en dieciocho meses, llevan á buen fin

los modernos «galgos de los mares»? Se han necesitado generaciones de trabajadores de las construcciones marítimas para que puedan edificarse, con rapidez creciente y previsión absoluta, ciudades flotantes cada vez mayores, á las cuales se confían en cada viaje miles de existencias. Es indispensable que cada ser, tomando parte en ese trabajo gigantesco, ponga en él toda su inteligencia y toda su actividad. He aquí lo que decía Baker, el ingéniero en jefe del puente del Forth, hablando de aquella obra, entonces en curso de construcción, ante una reunión de sabios: «Este puente — que tiene tres arcos de seiscientos metros cada uno — es esencialmente una obra de los trabajadores, porque el éxito depende tanto del ingenio y de la inventiva individuales y colectivas de los obreros como de los conocimientos científicos de los ingenieros y de la organización preparada por los jefes de las obras. Parecería increible cuántas veces en una construcción tan nueva como esta, los trabajadores han tenido que recurrir á su propia inteligencia — en el momento mismo, sin esperar instrucciones de nadie — para hacer frente á dificultades imprevistas; y gracias á ese espíritu inventivo de todos los participantes, la obra ha podido ser continuada y terminarse sin accidente».

Por otra parte, ¡qué miserable tarea aquella en que los amos dividen la obra sin apreciar, hasta sin conocer bien á los obreros, en que los capataces embrutecen y engañan al trabajador y donde éste, sin otro objetivo que su paga, trabaja sin gusto y sin entusiasmo. Así se llega á edificar construcciones inutilizables ó mortíferas, á fabricar puentes de mala calidad y de mala factura, que el viento de las tempestades se lleva como una tela desgarrada [1]. Lo propio de la división del trabajo y su ideal es, no sólo aumentar la producción, sino principalmente «hacer solidarias las funciones divididas» [2]. Mas, por una extraña contradicción, acaba por malear y pervertir la producción, y por separar los colaboradores en castas enemigas.

Proponiéndose la división forzada del trabajo, considerándola como un objetivo, no sólo para aumentar los productos, sino también para separar á los obreros, aislarlos unos de otros y asegurar

[1] Puente del Tay, hundido en 1879.
[2] Emile Durkheim, *De la division du Travail social.*

su propio poder por el fraccionamiento de las fuerzas adversas, la industria moderna, lo mismo que el funcionamiento de las instituciones gubernamentales, han llegado á veces á hacer imposible el acuerdo de los órganos que piensan ó se supone que ejercen el pensamiento y de los que realizan la tarea material: «Guárdate bien de razonar, eso es de mi incumbencia». Tal es, bajo diversas



Cl. L. Cuisinier.

LA BUSCA DEL ORO EN EL URAL

formas, el lenguaje hablado en casi todas las fábricas, en todas las oficinas, aunque el patrón inteligente haya de reconocer que esa división perjudica á la cohesión necesaria entre los elementos constitutivos de la obra. Una máquina no se construiría jamás si el inventor sólo diera trabajo á obreros absolutamente especiales en cada tarea para limar, cepillar, recortar, clavar, que no tuviesen ninguna idea del conjunto, y ésta no se llevaría á buen término sino teniendo todos en su mente la imagen de un mecanismo completo.

Recuérdese la siniestra profecía de Adam Smith [1] declarando que

[1] *Richesse des Nations.*

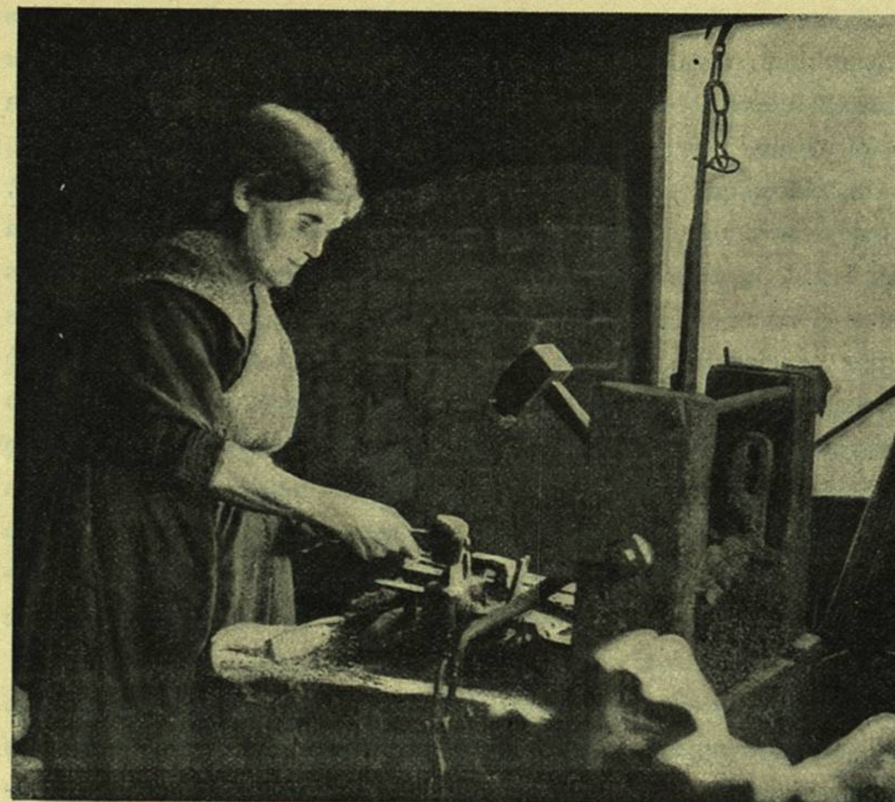
por el hecho de la división del trabajo y de la inevitable repetición de los procedimientos á que los obreros se ven condenados, su inteligencia se atrofiará forzosamente y se volverán «tan estúpidos é ignorantes como pueda llegar á serlo una criatura humana»; asimismo se entorpecerán sus facultades morales, y serán «incapaces de apreciar ninguna conversación razonable, de experimentar ninguna afección tierna, generosa ó noble, ni, por consecuencia, de formular ningún juicio sano sobre la mayor parte de los deberes, aun los más comunes, de la vida privada».

Esa profecía sólo se ha realizado parcialmente, porque la evolución de la industria moderna, aumentándose continuamente en velocidad, trae consigo cambios bastante rápidos para afectar á la educación de los obreros. Como en todo otro fenómeno histórico, las consecuencias de esta evolución se hacen sentir doblemente en progreso y en retroceso. Hubo progreso en la introducción cada vez más general y completa del maquinismo, no solamente por efecto del aumento enorme de las riquezas, sino también á causa de la participación cada vez mayor de obreros en la ciencia de la mecánica y en todos los conocimientos que á ella se refieren: electricidad, química, trabajo de los metales; los trabajadores instruídos son ya legión y las escuelas industriales se multiplican para ellos [1]. Se comienza á comprender que cada trabajador serio debería poseer á fondo la ciencia — ó las ciencias — de que su tarea diaria es una manifestación. El antiguo término de «excluído de su clase», pierde su significación, ó al menos, al lado del alumno del liceo, hijo de burgués, que *desciende* al rango de obrero, se coloca el obrero, hijo de obrero, que se educa para ser mejor obrero. Poco á poco se impone la síntesis de los trabajos intelectuales y manuales, la ciencia se hace activa, y se acerca el período en que el cartógrafo será un perfecto geógrafo, en que el químico desempeñará las funciones de pocero; en que el herrero estará al corriente de los progresos de la metalurgia.

Pero aún no hemos llegado á esto más que para una ínfima minoría: mientras que los conductores de la máquina aprenden y se

[1] Louis de Brouckère, *Conférence au groupe des Etudiants collectivistes de Paris*, 30 de Mayo de 1899.

elevan al primer rango entre los que piensan, otros obreros, reducidos á la triste condición de ruedas vivientes de la maquinaria, fogoneros, anudadores de hilos, costureras y cardadoras, condenados á repetir el mismo movimiento millones y mil millones de veces,



MUJER CLAVERA EN MUSGROVE, CONDADO DE WORCESTER

En el distrito de Musgrove muchas mujeres se dedican á ese oficio. La tarifa de fabricación es de 68 céntimos por 1,150 clavos. Dos trabajadores que emplean la misma fragua quince horas diarias llegan á ganar 15 francos semanales, de los cuales han de deducir 1'90 de carbón y 4'40 de alquiler de casa con taller; quedan 8'70 para comer, vestir, etc. Según Florence Thorne Ring, en *Sweated Industries*, p. 52.

llegan á no tener más que la apariencia de la vida; la raza se halla atacada en su principio, puesto que las mujeres, los hijos, todos aquellos á quienes la debilidad física obliga á contentarse con salarios insuficientes, están destinados á esas tareas de estupidez y de depauperación. ¡Cuántas ciudades y comarcas hay cuya población ha perdido en belleza, en fuerza y en inteligencia, en alegría y en

moralidad! Respirando durante las bellas horas del día, y á veces, en las tandas de noche, durante las horas debidas al sueño, un aire impuro y hasta envenenado, absorbiendo un alimento con frecuencia insuficiente, casi siempre mal preparado, millones de criaturas dispersas en nuestros países civilizados no tienen más que una vaga semejanza con una muestra de la raza humana. ¡Cuántas familias se marchitan, se empequeñecen y se afean roídas, abrasadas por la miseria, el exceso de trabajo y el aguardiente, por una existencia contra natura[1]!

Es cierto que en nuestros días el obrero, aunque reputado libre, trabaja «muy tristemente» en comparación de los artesanos de la antigüedad, que realizaban la tarea correspondiente: al menos éstos tenían el ritmo, si no la música, para sostenerles, animarles, hacerles perder conciencia de su penosísima labor[2]. El tocador de flauta ó de tímpano aligeraba la tarea hasta del esclavo, mientras que en nuestros días el silencio absoluto ha venido á ser la ley del obrero de fábrica ó de filatura: en muchos talleres el capataz ni siquiera tolera que el trabajador canturree ó silbe entre dientes. Unicamente la omnipotencia del hábito ha querido que se tolere la extraña cantinela á los marineros que viran el cabrestante, y en las tahonas donde se amasa todavía á la mano, los gemidos de los amasadores.

Á fin de refrenar y de dominar más fácilmente el personal obrero, y al mismo tiempo escatimar el salario, no se ha cesado, desde los orígenes de la gran industria, de reducir en las manufacturas el número de los hombres y de reemplazarles por mujeres y niños: desde que la rutina del trabajo lo ha hecho fácil y se limita á seguir por movimientos, que han llegado á ser reflejos, el vaivén de la máquina, la mujer y el niño se han convertido en las ruedas humanas del vasto mecanismo. Sábese cuáles son sus fatales consecuencias en las comarcas industriales: la mujer pierde sucesivamente sus hijos, siente perecer en sí las fuentes de la vida y muere sufriendo mucho antes del tiempo normal.

Los mismos progresos en lo que tienen de más grandioso y de más sorprendente, los grandes descubrimientos, por ejemplo, la apli-

[1] Arsène Dumont, *Etude sur Lillebonne*.
[2] Karl Bücher, *Arbeit und Rythmus*.

cación de fuerzas nuevas, el empleo de las máquinas y de los procedimientos ingeniosos que substituyen al trabajo humano, son frecuentemente para los obreros causa de infortunio y de miseria. Es indudable que esos descubrimientos deben tener por consecuencia lograr el alivio del hombre en sus penosas tareas; entre tanto, ensanchan el dominio de la industria y hacen nacer todo un mundo de invenciones que permiten especializar y diferenciar el trabajo en mil ramas imprevistas. La variedad de los oficios se aumenta en tales proporciones que las estadísticas enumeran actualmente en las grandes ciudades miles de profesiones diversas donde un siglo antes se contaban á lo sumo uno ó dos centenares. Pero la transición se hace sin tener en cuenta los intereses de todos: si el inventor fuera un asociado, su descubrimiento aprovecharía á todo el grupo social; pero se halla en presencia de dos cuerpos enemigos, patronos y obreros, y su propio interés inmediato le lleva á dirigirse al patrón, puesto que éste le pagará, mientras que los trabajadores, pensando en el pan de sus hijos, se apresurarán á romper la máquina. Tal procedimiento, tal engranaje nuevo introducido en una fábrica equivale á una arma cargada que hace el vacío en la multitud demasiado espesa de los trabajadores.

Así se comprende fácilmente el odio que se apodera de los obreros contra todas las invasiones «diabólicas», «mortíferas», obras gloriosas, no obstante, del genio del hombre. Muchas rebeldías se han producido, desde luego con toda legitimidad, por la introducción en el organismo industrial de descubrimientos que marcan grandes etapas de la humanidad. El primer «camino rodado» de Bélgica, construído en 1829, desde las minas del Gran Horno hasta el canal de Mons, fué completamente destruído al año siguiente por los mineros, carreteros y peones de la comarca[1]. Otras rebeldías del hambre, determinadas por el progreso industrial, tuvieron lugar en todos los países del mundo, especialmente en Inglaterra, en los Estados Unidos, en Alemania, y, más poderosa que la rebeldía, la resistencia lenta, silenciosa, tenaz, metódica, de muchos cuerpos de oficio pudo impedir durante largo tiempo la adopción en las fábricas de pro-

[1] Edmond Peny, *Revue des Traditions populaires*, 1895, p. 555.

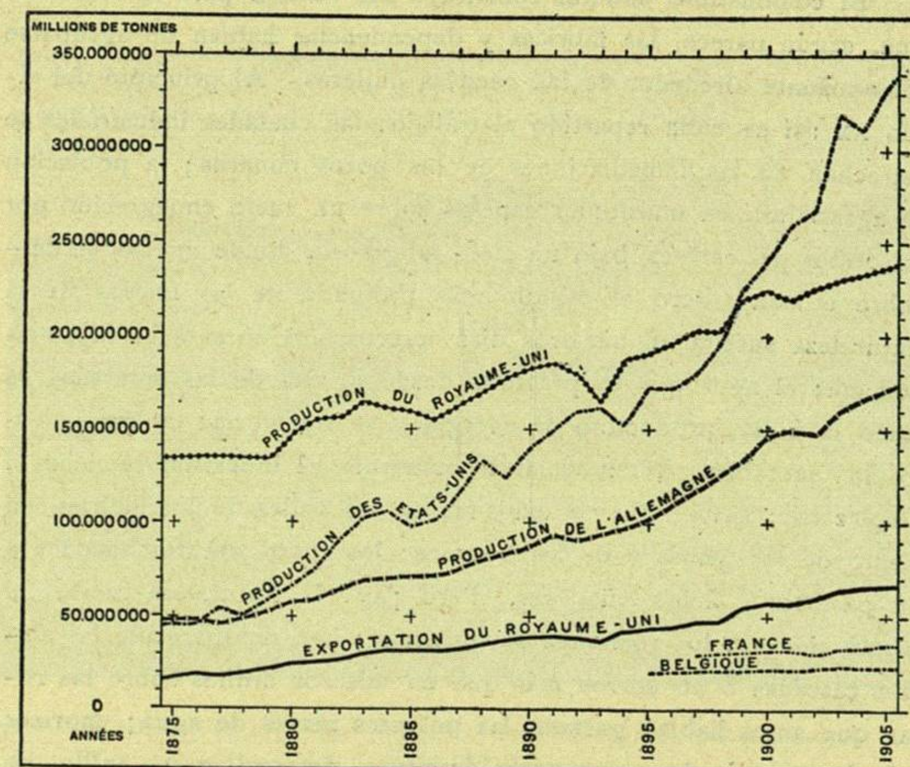
cedimientos excelentes que reducían el número de los individuos necesarios al trabajo. Los tipógrafos, á quienes la confección y el manejo del libro, han colocado entre los más inteligentes de los obreros, han sabido defenderse á pie firme durante medio siglo contra los teclados y otros instrumentos imaginados para reemplazar mecánicamente el trabajo del hombre; finalmente, la máquina ha vencido, y los trabajadores se han convencido de que no podía hacerles concurrencia respecto de toda obra que exija cuidado é inteligencia.

Otras revoluciones industriales se han producido por las fantasías de la moda, por los cambios de hábitos y costumbres, y, de una manera general, por las modificaciones del medio económico. Esas transformaciones son tan bruscas á veces, que es imposible, aun á los fabricantes ricos, acomodar á ellas sus establecimientos por la compra de un nuevo instrumental, lo que representa la quiebra para el patrón y el desastre absoluto para los obreros. Cuando los químicos hallaron el medio de extraer de la hulla todos los colores y matices que derivan de la anilina, se inutilizó el uso de la rubia y de rechazo sobrevino una misma ruina para los agricultores que cultivaban la planta y sobre los industriales que la empleaban para la fabricación. Asimismo los plantadores y los artesanos especiales tuvieron su sufrimiento cuando la industria aprendió á prescindir del añil. Apenas hay especialidad en el trabajo humano que no se resienta de esos giros repentinos, y como los países más lejanos se hallan unidos en las mismas empresas, los unos por la producción de la materia primera, los otros por el tratamiento industrial de tal producto, cada orden transmitida por el gusto ó por las necesidades cambiantes del público repercute de mundo en mundo, de un lado por la República Argentina, del otro hasta el Imperio del Sol Levante, y, según el estado de los mercados y la naturaleza de las producciones locales, hace surgir ó hundirse las fortunas, doblar ó reducir los salarios.

Hasta una época reciente, la gran industria estaba localizada en algunos países privilegiados. Nacida principalmente en Inglaterra, aunque se puedan reconocer los elementos de formación en otras comarcas de la Europa occidental, se desarrolló en un principio en la vecindad inmediata de un gran puerto, que podía suministrarle

muy barata la primera materia, por ejemplo, el algodón de los Estados Unidos ó el mineral de Suecia ó de España, y próxima también á un yacimiento de hulla, donde obtenía el combustible á bajo precio y en cantidad siempre suficiente. Pero el capital, en acecho de nuevas fuentes de enriquecimiento, hizo descubrir sitios tan favo-

N.º 573. Producción de la hulla en algunos países.



En los Estados Unidos la hulla grasa se cuenta en toneladas de 2,000 libras inglesas, la antracita en toneladas de 2,240 libras; se comete fácilmente error al traducir en toneladas métricas.

rablemente situados en otras comarcas de la tierra. Á las filaturas de Manchester, en Inglaterra, respondieron al otro lado del Océano las de New-Manchester en la Nueva Inglaterra; después, en Francia, las de Ruan; en Alemania, las filaturas de Silesia; y de etapa en etapa, á través del mundo, las de la India, de la China y del Japón. Por todas partes se establecieron vías férreas entre las minas de carbón, los puertos y las grandes ciudades para fundar las fábricas en los lugares más cómodos de acceso para el trabajo y

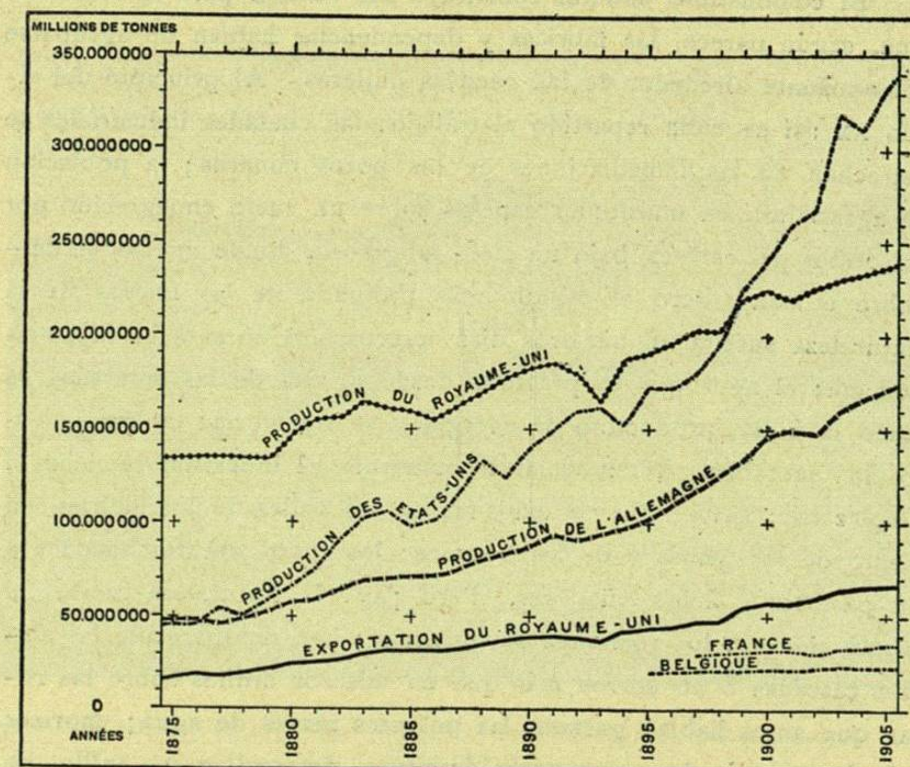
cedimientos excelentes que reducían el número de los individuos necesarios al trabajo. Los tipógrafos, á quienes la confección y el manejo del libro, han colocado entre los más inteligentes de los obreros, han sabido defenderse á pie firme durante medio siglo contra los teclados y otros instrumentos imaginados para reemplazar mecánicamente el trabajo del hombre; finalmente, la máquina ha vencido, y los trabajadores se han convencido de que no podía hacerles concurrencia respecto de toda obra que exija cuidado é inteligencia.

Otras revoluciones industriales se han producido por las fantasías de la moda, por los cambios de hábitos y costumbres, y, de una manera general, por las modificaciones del medio económico. Esas transformaciones son tan bruscas á veces, que es imposible, aun á los fabricantes ricos, acomodar á ellas sus establecimientos por la compra de un nuevo instrumental, lo que representa la quiebra para el patrón y el desastre absoluto para los obreros. Cuando los químicos hallaron el medio de extraer de la hulla todos los colores y matices que derivan de la anilina, se inutilizó el uso de la rubia y de rechazo sobrevino una misma ruina para los agricultores que cultivaban la planta y sobre los industriales que la empleaban para la fabricación. Asimismo los plantadores y los artesanos especiales tuvieron su sufrimiento cuando la industria aprendió á prescindir del añil. Apenas hay especialidad en el trabajo humano que no se resienta de esos giros repentinos, y como los países más lejanos se hallan unidos en las mismas empresas, los unos por la producción de la materia primera, los otros por el tratamiento industrial de tal producto, cada orden transmitida por el gusto ó por las necesidades cambiantes del público repercute de mundo en mundo, de un lado por la República Argentina, del otro hasta el Imperio del Sol Levante, y, según el estado de los mercados y la naturaleza de las producciones locales, hace surgir ó hundirse las fortunas, doblar ó reducir los salarios.

Hasta una época reciente, la gran industria estaba localizada en algunos países privilegiados. Nacida principalmente en Inglaterra, aunque se puedan reconocer los elementos de formación en otras comarcas de la Europa occidental, se desarrolló en un principio en la vecindad inmediata de un gran puerto, que podía suministrarle

muy barata la primera materia, por ejemplo, el algodón de los Estados Unidos ó el mineral de Suecia ó de España, y próxima también á un yacimiento de hulla, donde obtenía el combustible á bajo precio y en cantidad siempre suficiente. Pero el capital, en acecho de nuevas fuentes de enriquecimiento, hizo descubrir sitios tan favo-

N.° 573. Producción de la hulla en algunos países.



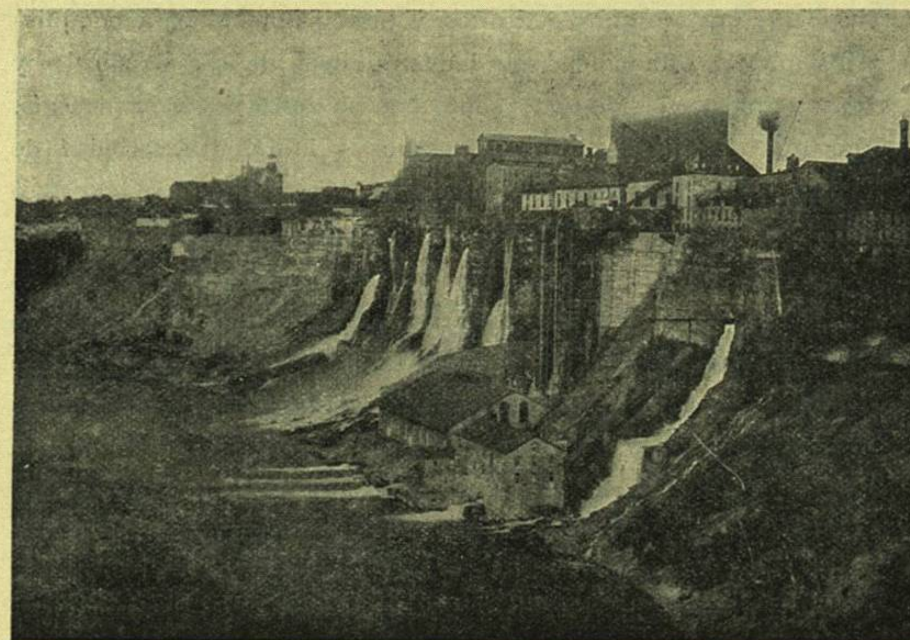
En los Estados Unidos la hulla grasa se cuenta en toneladas de 2,000 libras inglesas, la antracita en toneladas de 2,240 libras; se comete fácilmente error al traducir en toneladas métricas.

rablemente situados en otras comarcas de la tierra. Á las filaturas de Manchester, en Inglaterra, respondieron al otro lado del Océano las de New-Manchester en la Nueva Inglaterra; después, en Francia, las de Ruan; en Alemania, las filaturas de Silesia; y de etapa en etapa, á través del mundo, las de la India, de la China y del Japón. Por todas partes se establecieron vías férreas entre las minas de carbón, los puertos y las grandes ciudades para fundar las fábricas en los lugares más cómodos de acceso para el trabajo y

la venta. La red de las vías de comunicación se aumentaban de año en año, las condiciones de igualdad entre los productores aumentaban en proporción en los diferentes países. Bases de protección aduanera, establecidas en beneficio de los industriales, tenían por «patriótico» objeto detener en la frontera los productos extranjeros, para facilitar la venta de los productos nacionales.

El combustible mineral constituye tal ventaja para la industria, que, según parece, las fábricas y dependencias habían de agruparse forzosamente alrededor de las cuencas hulleras. Al principio del siglo XX así se halla repartido el trabajo: las ciudades industriales se estrechan en las inmediaciones de los pozos mineros; la población se agrupa allí en multitudes espesas sobre un suelo ennegrecido por los restos del carbón, bajo un cielo fuliginoso, donde apenas se descubre el sol. Pero el estudio más profundo de las fuerzas de la Naturaleza suscita en nuestros días nuevos servidores á la industria humana; el agua que se precipita desde lo alto de las montañas es como la hulla, productora de energía y se transforma en movimientos innumerables para modelar la materia. El industrial comienza á desplazarse; surgen nuevas ciudades en los valles de los montes, en medio de los pastos y de los bosques; los rudos obreros suceden á los pastores y á los leñadores. Pero ¡ay! la Naturaleza cambia al mismo tiempo: los torrentes se encauzan; han desaparecido las alegres cascadas ó no corren más que en míseros hilillos sobre las rocas que antes habían gastado las potentes masas de agua; enormes cañerías, semejando monstruosos dragones, desarrollan sus anillos de fundición en las entrañas profundas del suelo, sobre los viaductos y los muros de sostén; redes de hilos se entrecruzan en el aire. Muchas regiones de los Alpes suizos y franceses, del Jura, de Escocia, de Suecia, de Finlandia y del Canadá han perdido su majestad solitaria para convertirse en hormigueros humanos que atacan brutalmente los flancos de las montañas, taladrando, perforando y devastando sin método aparente y, hasta el presente, sin cuidado de la belleza. Á los pequeños molinos cuya rueda giraba lentamente bajo la corriente de unas aguas murmurantes, han sucedido grandes construcciones donde se engolfan todas las corrientes de los alrededores, servidas por un pueblo de mirmidones.

Un movimiento económico análogo, pero mucho más considerable todavía, producirá el desplazamiento de las multitudes industriales cuando se descubran los medios prácticos de utilizar la fuerza motriz por la alternativa del flujo y del reflujo, y que á los miserables juegos de muelas movidas por el vaivén de las mareas, como se ve cerca de San Juan de Luz y en ciertos estuarios de Bretaña y en



[Cl J. Kuhn, París.

LAS FÁBRICAS DE LA ORILLA DERECHA DEL NIÁGARA POR LA PARTE INFERIOR DE LA CASCADA

el Euripo de Eubea, reemplazarán gigantescos laboratorios que tendrán á su servicio miles de caballos de vapor, y producirán trabajo por millones de toneladas á su vez.

Las revoluciones industriales obedecen también á causas diferentes de las puras condiciones económicas, siendo también determinadas por hechos de naturaleza normal pertenecientes al conjunto de la vida de las sociedades. Se puede hallar un ejemplo de esos fenómenos en la crisis bélica que acaba de atravesar recientemente Inglaterra. En el movimiento ascendente de la gran industria inglesa, representada principalmente por Birmingham y las ciudades circundantes, marca el apogeo el año 1873. Entonces Inglaterra exportó

el mayor número de máquinas y efectos manufacturados; parecía como si el trabajo de la inmensa forja se hubiera paralizado bruscamente, como si el mundo hubiera muerto repentinamente. Pero otras fábricas se abrieron sobre toda la superficie del continente y de las islas, desde la Argentina al Japón, y en esos establecimientos nuevos no se limitaban á imitar las fabricaciones inglesas, sino que se ingeniaban también para hacer algo mejor. Birmingham perdió sucesivamente sus antiguos mercados, y principalmente para conquistar otros nuevos esta ciudad de industria dejó de ser «radical» y se hizo «unionista». Mientras contó con su iniciativa y su energía, mientras que el ingenio de sus artesanos y la infinita variedad de sus productos le aseguraron la prosperidad y la riqueza, ignoró ó despreció las antiguas familias nobles y rutinarias que vivían en el orgullo de su pasado; pero cuando sus negociantes, enriquecidos á su vez, perdieron la audacia, su espíritu de empresa, el amor ardiente del trabajo y la sobriedad de la vida, cambiaron de principios y de política; se acostumbraron al lujo, y, educando á sus hijos con los de los lords y aun de una manera más pródiga, se dejaron invadir por la envidia; y así, aquellos cuyos padres habían trabajado tan rudamente, quisieron, á la vez que dirigir sus casas de comercio, imitar á los que durmiendo habían adquirido la fortuna.

Mas para llevar á bien los negocios afectando el reposo y la tranquilidad del gentilhombre, era necesario disponer del monopolio, poseer lugares de mercado que no invadiera la concurrencia, disponer con toda seguridad del porvenir. Desde entonces, ¡no más discursos entusiastas en favor del librecambio! ¡No más brindis á la fraternidad humana! Ya no se alaba el *free trade* (el cambio libre), sino el *fair trade* (el cambio honrado), es decir, el tráfico que produce los beneficios tradicionales; se reivindica como un movimiento de cambios absolutamente debido el que se hace entre la metrópoli *(Little Britain)* y el mundo colonial *(Greater Britain)*. Pero, por extenso que sea el conjunto de las posesiones británicas, es, sin embargo, insuficiente para producir los beneficios deseados; se necesitan más territorios aún, nuevos lugares de consumo para las mercancías de toda especie. Pero ¿cómo satisfacer todas esas ambiciones sin hacerse al mismo tiempo patriota,

imperialista, *jingo*, belicoso? En la guerra se halla la doble ventaja de civilizar los bárbaros — es decir, crearles necesidades que

N.° 574. Caídas de agua de Finlandia.



Las caídas de agua de una parte de Finlandia están indicadas según el Atlas de Finlandia publicado por la Sociedad de Geografía de aquel país. Las cifras indican la potencia de la caída, evaluada en caballos-vapor (total para el mapa, 1.320,000). La longitud del rasgo da el desnivel del agua á razón de 1'5 milímetro por metro. Las cifras entre paréntesis indican la altura.

pagarán muy caras — y de suministrar al ejército esas municiones sin fin que hacen actualmente de cada conflicto la más fructífera de

las operaciones comerciales. Tal es la evolución natural que produjo al final del siglo XIX la gran explosión del imperialismo británico y que arrastró á Inglaterra á lanzarse con ligereza de corazón en la guerra del Africa austral. Joseph Chamberlain — ó más familiarmente Joe —, el negociante afortunado que sirvió de piloto á la nación en esta terrible aventura, fué el hombre-tipo de esos admirables acontecimientos en que se vió á la Gran Bretaña tratar de detener su movimiento de decadencia por la conquista de un continente y la constitución de un imperio mundial infrangible [1].

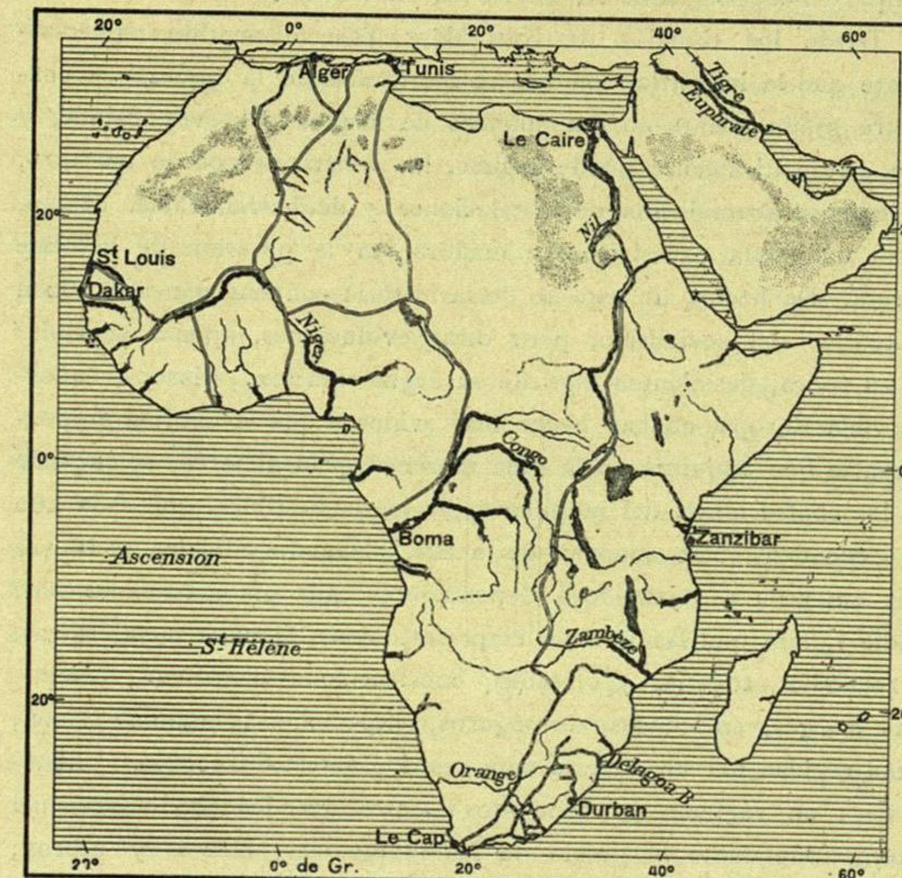
Todos esos vaivenes, todos esos desplazamientos industriales hacen entrar en la fase del gran trabajo asociado una parte cada vez más considerable de las naciones. Hasta puede decirse de una manera general que el territorio de la máquina obrera se extiende al mismo tiempo que la red de los ferrocarriles; se aumenta con cada vuelta de rueda de locomotora sobre cada vía que se inaugura. En las comarcas recientemente abiertas á la civilización material, los progresos son tanto más rápidos cuanto que no hay necesidad de apartar el estorbo que forman los restos del pasado; se puede empezar la tarea sin perjudicar antiguos intereses defendidos por tratados, habituales convencionalismos ni el respeto tradicional. He ahí por qué el viajero que desembarca en el Nuevo Mundo se admira cuando en una ciudad de reciente fundación, apenas surgida del pantano ó del bosque, como Juiz-de-Fora ó Bello Horizonte, ve todo un magnífico servicio de edilidad cómodo y lujoso que faltará mucho tiempo aún á ciudades venerables de Europa, gloriosas y civilizadas, tales como Sens, La Rochela ó Montpellier, Lovaina ú Oxford.

El movimiento que arrastra al mundo moderno en su órbita se produce de una manera tan rápida, que Rusia — para citar sólo la nación de Europa más poderosa por su número — no se ha tomado la molestia de recorrer las vías acostumbradas de la civilización histórica; sino que, por decirlo así, ha seguido por el atajo. Hace menos de un siglo, el mismo imperio no tenía como vías de comunicación más que pistas trazadas por los pasos de los hombres y los anchos caminos llenos de charcos y baches que serpentean en los campos

[1] Victor Bérard, *Revue de Paris*, 15 Enero 1899.

y las estepas; la primera carretera fué construída diez años después de la retirada de Moscou, en 1822, entre San Petersburgo y Strelna. El país se ha dado toda una red de ferrocarriles mucho antes de

N.º 575. Ferrocarriles de Africa y rios navegables.



1 : 75 000 000

0 1000 2000 4000 Kil.

El trazado de la vía «Cabo al Cairo» no está fijado aún entre la cuenca del Zambeze y el Victoria Nyanza, el cual no puede resultar sino de un convenio entre Inglaterra y el Estado independiente del Congo.

tener un conjunto suficiente de carreteras. Así también se ha creado todo un instrumental de grande industria antes de poseer una clase obrera. La fábrica ha aparecido allí de una manera tan brusca que «la industria y la agricultura no han podido aún separarse». El obrero ruso no ha sido arrancado aún á la tierra como en la Europa

occidental; entra en el proletariado industrial antes de haber salido del proletariado rural. Las fábricas de Vladimir, de Kyev y de Ekaterinoslav no toman al obrero más que una parte del año, y durante el resto queda sujeto á los trabajos agrícolas, «sujeto», porque en ambos casos su salario es miserable [1].

Desde los trabajos de Karl Marx, parece admitido universalmente que la industria, como las otras formas de la riqueza, se concentra gradualmente en un número de manos cada vez menor, y que, automáticamente puede decirse, los «instrumentos de trabajo», la inmensa acumulación de instalaciones y de herramientas, caerán, como una fruta excesivamente madura, en la posesión de la clase obrera. De hecho, un aspecto de la historia contemporánea da razón al teórico del socialismo, pero otras evoluciones, apenas sensibles en su época, desmienten algo de su argumentación. Hasta en nuestra vieja Europa, no hay hecho más evidente que la enorme preponderancia que adquiere en la vida diaria el gran almacén, el emporio de las confecciones, del mobiliario, de los comestibles, que cada año se extienden como mancha de aceite, llenando edificios cada vez más extensos y sujetando á dependientes cada día más numerosos. Nadie ignora que las grandes empresas, minas, fábricas metalúrgicas, ferrocarriles, tranvías y ómnibus, construcciones marítimas, compañías de gas, sociedades de seguros, expediciones coloniales, etc., están regidas por un número muy restringido de financieros é industriales; un régimen de «acuerdos» entre grandes productores fija internacionalmente el precio de las fundiciones, hierros y aceros; tales objetos de primera necesidad, sobre todo entre los productos químicos, son prácticamente monopolios. Pero en los Estados Unidos el fenómeno se ha desarrollado en toda su amplitud: allí, el sindicato de industria es la regla: el acero, el cobre, los ferrocarriles, el petróleo, etc., tienen su *rey*, más poderoso que muchos príncipes coronados. Un grupo de archimillonarios interviene la producción, la distribución y, sobre todo, la política, y hasta lo que existe más elevado en la humanidad, la ciencia y el arte. Todo un estado mayor de sabios les venden fórmulas, elogios y proyectos, y otro de

[1] Paul Louis, *Revue Blanche*, 15 Octubre 1899.

artistas les preparan museos. Tal individuo, enriquecido por la desenfrenada explotación de los inmigrantes europeos, pone el colmo á su gloria fundando bibliotecas públicas y ofreciendo órganos á las iglesias; otro gran hombre hace olvidar los miles de cadáveres que le atribuye la opinión pública por la compra de un Rafael que servirá de muestra ó de enseña á su antro.

Sin embargo, la pequeña industria no ha muerto ni tampoco el pequeño comercio. Si la gran fábrica se reserva la producción del artículo corriente y de venta segura, suele dejar á su humilde rival la nueva invención, á condición de apoderarse de ella si la tentativa prospera; por otra parte, no puede adaptarse á las condiciones de premura y de imprevisto que exige el cuidado diario. Para una casa de construcción de automóviles ¡cuántos pequeños talleres de reparación han nacido en todos los puntos del territorio! Junto á la industria sistemática, la industria naciente y la industria diseminada responden á ciertas necesidades y no temen la concentración del capital, que más bien las desdeña. Lo mismo sucede con el comercio: la existencia de los bazares donde se puede comprar todo, manteca, pantalón y coche, no impide que donde quiera que se edifique un grupo de casas, hasta allí donde se prolonga un centenar de metros un tentáculo urbano, se abran en seguida la tahona, la especiería, la frutería y la lechería. El trabajo de distribución se practica de una manera primitiva, pero hasta el presente el pequeño comercio se encarga de hacerlo.

No hay duda que, comparando la situación de los países civilizados en 1850 y en 1900, salta á la vista que la escala de las fortunas se ha prolongado mucho por arriba; el abismo entre los hambrientos y los ricos es inmensamente mayor que antes; los multimillonarios han reemplazado á los millonarios, pero la clase intermediaria no se ha atrofiado. Cualquiera que sea la fuente principal de sus ingresos, profesiones liberales, funcionarismo, rentas del Estado, beneficios del comercio y de la industria, propiedad territorial edificada ó no, ó, en fin, que sea detentadora efectiva de los títulos de sociedades anónimas, la burguesía — pequeña y grande burguesía — no ha desaparecido, al contrario, no ha hecho más que crecer y prosperar desde mediados del siglo XIX. Esperando la ela-

occidental; entra en el proletariado industrial antes de haber salido del proletariado rural. Las fábricas de Vladimir, de Kyev y de Ekaterinoslav no toman al obrero más que una parte del año, y durante el resto queda sujeto á los trabajos agrícolas, «sujeto», porque en ambos casos su salario es miserable[1].

Desde los trabajos de Karl Marx, parece admitido universalmente que la industria, como las otras formas de la riqueza, se concentra gradualmente en un número de manos cada vez menor, y que, automáticamente puede decirse, los «instrumentos de trabajo», la inmensa acumulación de instalaciones y de herramientas, caerán, como una fruta excesivamente madura, en la posesión de la clase obrera. De hecho, un aspecto de la historia contemporánea da razón al teórico del socialismo, pero otras evoluciones, apenas sensibles en su época, desmienten algo de su argumentación. Hasta en nuestra vieja Europa, no hay hecho más evidente que la enorme preponderancia que adquiere en la vida diaria el gran almacén, el emporio de las confecciones, del mobiliario, de los comestibles, que cada año se extienden como mancha de aceite, llenando edificios cada vez más extensos y sujetando á dependientes cada día más numerosos. Nadie ignora que las grandes empresas, minas, fábricas metalúrgicas, ferrocarriles, tranvías y ómnibus, construcciones marítimas, compañías de gas, sociedades de seguros, expediciones coloniales, etc., están regidas por un número muy restringido de financieros é industriales; un régimen de «acuerdos» entre grandes productores fija internacionalmente el precio de las fundiciones, hierros y aceros; tales objetos de primera necesidad, sobre todo entre los productos químicos, son prácticamente monopolios. Pero en los Estados Unidos el fenómeno se ha desarrollado en toda su amplitud: allí, el sindicato de industria es la regla: el acero, el cobre, los ferrocarriles, el petróleo, etc., tienen su *rey*, más poderoso que muchos príncipes coronados. Un grupo de archimillonarios interviene la producción, la distribución y, sobre todo, la política, y hasta lo que existe más elevado en la humanidad, la ciencia y el arte. Todo un estado mayor de sabios les venden fórmulas, elogios y proyectos, y otro de

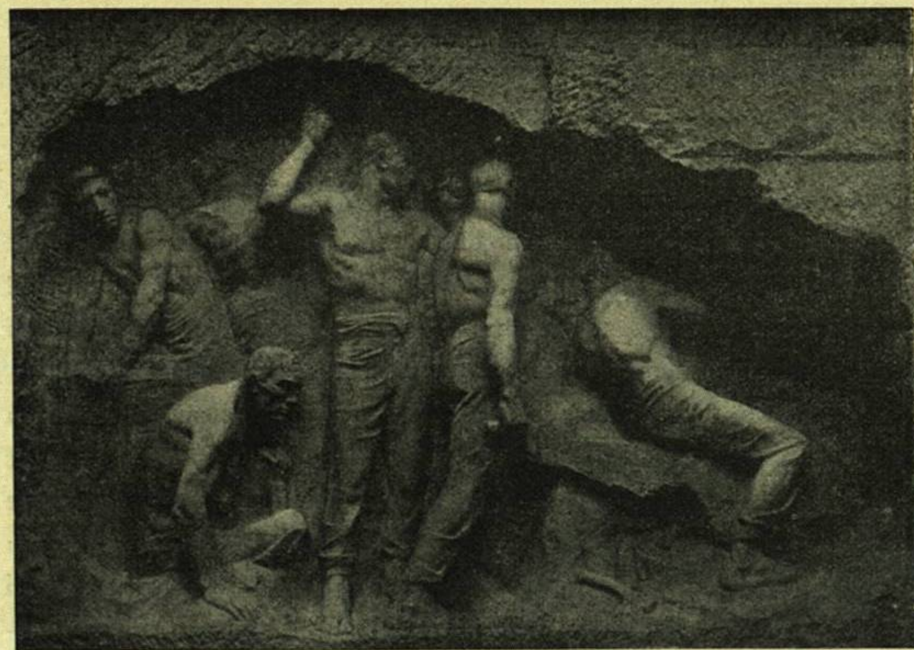
[1] Paul Louis, *Revue Blanche*, 15 Octubre 1899.

artistas les preparan museos. Tal individuo, enriquecido por la desenfrenada explotación de los inmigrantes europeos, pone el colmo á su gloria fundando bibliotecas públicas y ofreciendo órganos á las iglesias; otro gran hombre hace olvidar los miles de cadáveres que le atribuye la opinión pública por la compra de un Rafael que servirá de muestra ó de enseña á su antro.

Sin embargo, la pequeña industria no ha muerto ni tampoco el pequeño comercio. Si la gran fábrica se reserva la producción del artículo corriente y de venta segura, suele dejar á su humilde rival la nueva invención, á condición de apoderarse de ella si la tentativa prospera; por otra parte, no puede adaptarse á las condiciones de premura y de imprevisto que exige el cuidado diario. Para una casa de construcción de automóviles ¡cuántos pequeños talleres de reparación han nacido en todos los puntos del territorio! Junto á la industria sistemática, la industria naciente y la industria diseminada responden á ciertas necesidades y no temen la concentración del capital, que más bien las desdeña. Lo mismo sucede con el comercio: la existencia de los bazares donde se puede comprar todo, manteca, pantalón y coche, no impide que donde quiera que se edifique un grupo de casas, hasta allí donde se prolonga un centenar de metros un tentáculo urbano, se abran en seguida la tahona, la especiería, la frutería y la lechería. El trabajo de distribución se practica de una manera primitiva, pero hasta el presente el pequeño comercio se encarga de hacerlo.

No hay duda que, comparando la situación de los países civilizados en 1850 y en 1900, salta á la vista que la escala de las fortunas se ha prolongado mucho por arriba; el abismo entre los hambrientos y los ricos es inmensamente mayor que antes; los multimillonarios han reemplazado á los millonarios, pero la clase intermediaria no se ha atrofiado. Cualquiera que sea la fuente principal de sus ingresos, profesiones liberales, funcionarismo, rentas del Estado, beneficios del comercio y de la industria, propiedad territorial edificada ó no, ó, en fin, que sea detentadora efectiva de los títulos de sociedades anónimas, la burguesía — pequeña y grande burguesía — no ha desaparecido, al contrario, no ha hecho más que crecer y prosperar desde mediados del siglo XIX. Esperando la ela-

boración de una teoría que tenga en cuenta estos hechos, ha de afirmarse que los fenómenos son más complicados que lo que pudo creerse en 1840 y aun en 1870. El socialismo no representa ya la lucha como únicamente entablada con la mira de ventajas materiales, porque en muchos casos particulares surge la duda de si forman la mayoría los individuos que tienen interés pecuniario en la conser-



LA MINA, BAJO-RELIEVE DE CONSTANTIN MEUNIER
Museo de Bruselas.

vación de la sociedad tradicional, ricachos, rentistas, funcionarios y su clientela, que jamás se ha interesado en asuntos de dignidad humana. La solución de otros problemas ardientemente discutidos, la aspiración á un ideal, la evolución moral, hará inclinar la balanza hacia el mundo de los trabajadores.

Entre tanto, la industria y el socialismo rudimentario se han desarrollado siguiendo una marcha paralela, y en todo país, viejo ó nuevo, la industria sigue siendo comprendida como una lucha de intereses entre el capitalista, que anticipa los fondos necesarios al trabajo para guardarse el mayor beneficio posible, y el obrero, que viene humildemente á ofrecer sus brazos y pedir un salario en cam-

bio, en lugar de una parte en los beneficios del trabajo como parecería natural. Por el contrato mismo, los intereses son opuestos: la guerra es, pues, fatal, constante, sea en estado latente ó declarada. Por lo mismo el jefe de fábrica toma sus precauciones contra aquellos mismos á quienes manda y que, aun funcionando como colaboradores, no dejan de ser presuntos enemigos: nombra capataces,



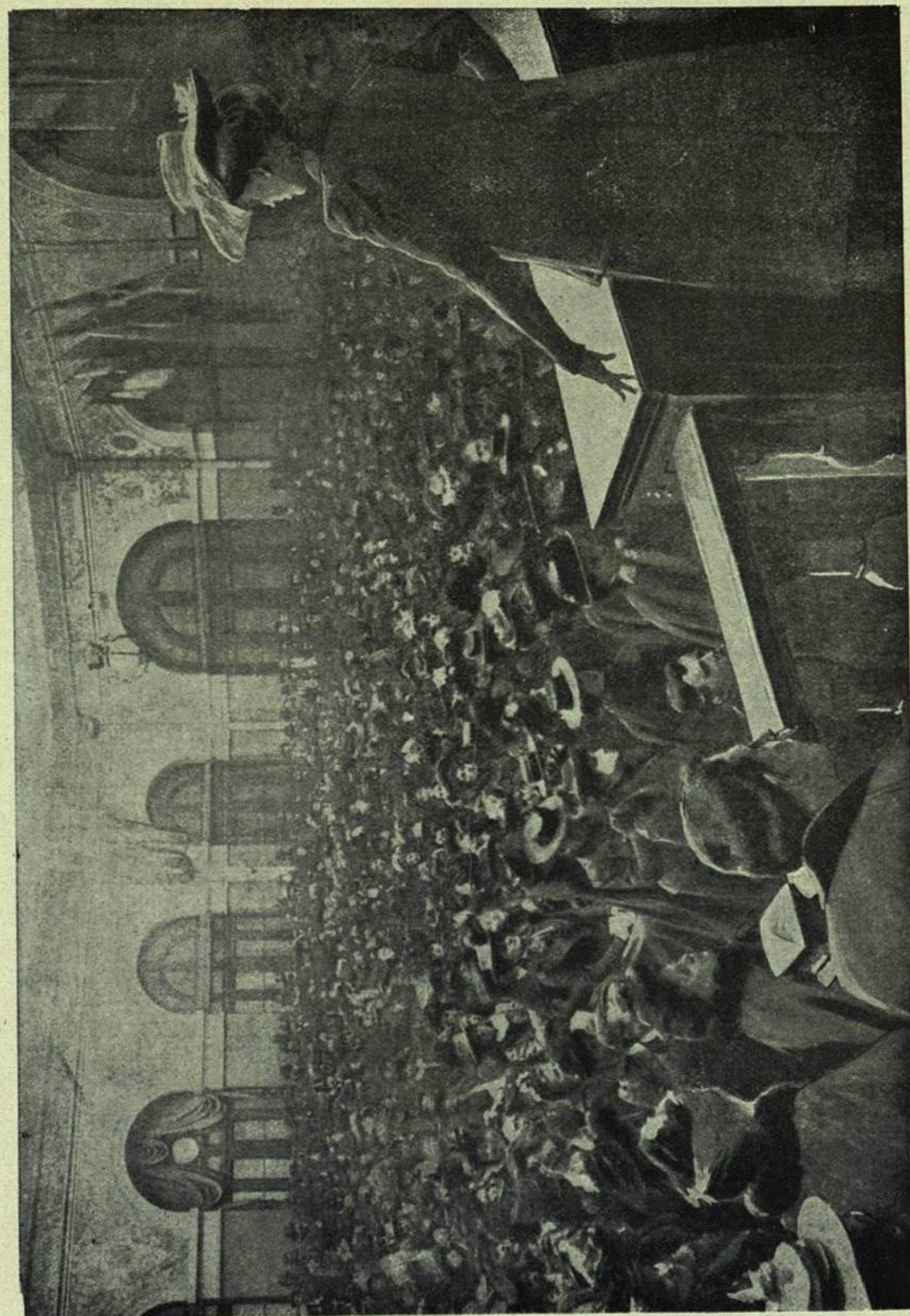
LA INDUSTRIA, BAJO-RELIEVE DE CONSTANTIN MEUNIER
Museo de Bruselas.

vigilantes y hasta soplones; recibe informes oficiales y secretos. También, por su parte, los obreros tienen sus «guías», sus reuniones, sus palabras de paso y trazan sus planes de resistencia y de combate. Á veces, y en estos últimos años de una manera casi normal, á intervalos regulares y previstos, estalla la batalla: á propósito de los salarios, que los patronos quieren reducir, y cuyo aumento reclaman los obreros; á propósito de las horas de trabajo, que los unos quieren más largas y los otros más cortas, ó bien á causa de una cuestión de dignidad humana ó de solidaridad, la guerra se declara y la fábrica se vacía de su ejército de trabajadores. Unas veces éstos toman la iniciativa, y hacen huelga; otras los represen-

tantes del capital toman la delantera, proceden por evicciones y cierran las puertas de los talleres. Á consecuencia de las mil condiciones diversas de los lugares de trabajo y de los mercados, los conflictos varían de aspecto, pero comunmente ponen en lucha fuerzas desiguales. Los obreros son la masa, es cierto, pero carecen de recursos financieros: si los compañeros, tan pobres como ellos, no vienen en su ayuda; si el público, convencido de su buen derecho, no les apoya con la omnipotencia de la opinión, ven acercarse el hambre cada día; vense obligados á huir de su familia para no oir las quejas y los sollozos; en tanto que los patronos, resentidos por que la bolsa se agota temporalmente, conservan, no obstante, las comodidades de la vida. Pueden esperar, el hambre está siempre al servicio del capital y es un agente que le sirve gratuitamente [1]; pueden esperar... á menos que la huelga no se cambie en revolución.

Para evitar esta última alternativa — la más natural, ya que los obreros tienen el número en su favor y no hay razón alguna para que desprecien su fuerza, llamada violencia cuando no está regimentada al servicio del Estado —, los capitalistas, propietarios de fábricas, se unen estrechamente con los detentadores del poder, que también pertenecen en gran mayoría á la misma clase, al mismo mundo; los ricos y los poderosos están siempre emparentados, y en todas las altas asambleas deliberantes, los detentadores de la fortuna pública tienen personalmente asiento ó, más frecuentemente aún, hacen que los representen sus obligados, verdaderos domésticos encargados de transformar las voluntades ó los caprichos del amo en artículos de la ley. ¿Cómo no esforzarse en atender los votos de los hombres que, por el dinero, disponen de todas las ventajas de la existencia, y pueden concederles á quien les plazca? En sus conflictos con los obreros, los dispensadores del trabajo tienen el ejército á su servicio. En cuanto han trazado sus planes para la rebaja de los salarios, el aumento de las horas de trabajo ó cualquiera otra combinación favorable á sus intereses, avisan al gobierno, «cuyo primer deber es garantir el orden», y batallones, escuadrones y baterías vienen á defenderles contra todo ataque posible de sus irritados obreros.

[1] Gizyski, *Soziale Ethik*.



UNA REUNIÓN DE HUELGUISTAS EN LA BOLSA DEL TRABAJO DE PARÍS

Cl. Dubois.

Sin ejército permanente ó sin milicia burguesa la organización actual de la sociedad sería absolutamente imposible: no tardarían los trabajadores en hacerse dueños de la fábrica.

Si los grandes industriales hacen así montar la guardia al ejército ante sus palacios y sus fábricas, disponen igualmente del arsenal de las leyes interpretadas en su beneficio. Aunque la esclavitud sea abolida oficialmente, no les desagradaría restablecerla, como lo demuestra claramente el ejemplo de la América del Norte, donde, sin embargo, la emancipación de los negros fué solemnemente proclamada. Es evidente que los hijos de los plantadores, dominados por la preocupación hereditaria, escatiman las condiciones de libertad que se han visto obligados á reconocer, y procuran adiestrar á sus capataces actuales de conformidad con el modelo del tiempo pasado; así también los directores de las compañías de minas y de metalurgia fundadas en los Estados del Tennessee, de la Georgia y del Alabama, se han apresurado á copiar las antiguas costumbres, y los campamentos de sus obreros negros se parecen singularmente á los campos de los antiguos esclavos; además se ha extendido la costumbre de hacer que trabajen los prisioneros civiles por cuenta de los fabricantes, y en muchos distritos, los magistrados, asociados á los industriales y nombrados merced á su influencia política, se entienden con ellos para reclutar muchos delincuentes y condenarlos á largas penas: de esta manera los jefes de fábrica tienen á su servicio todo el personal que necesitan, al que mantienen dándole una apariencia de salario y sometiéndole á una disciplina militar, bajo la vigilancia de los carceleros del Estado. De la misma manera, quizá menos brutalmente y con más formalidades legales, se procede en las minas de níquel de Nueva Caledonia.

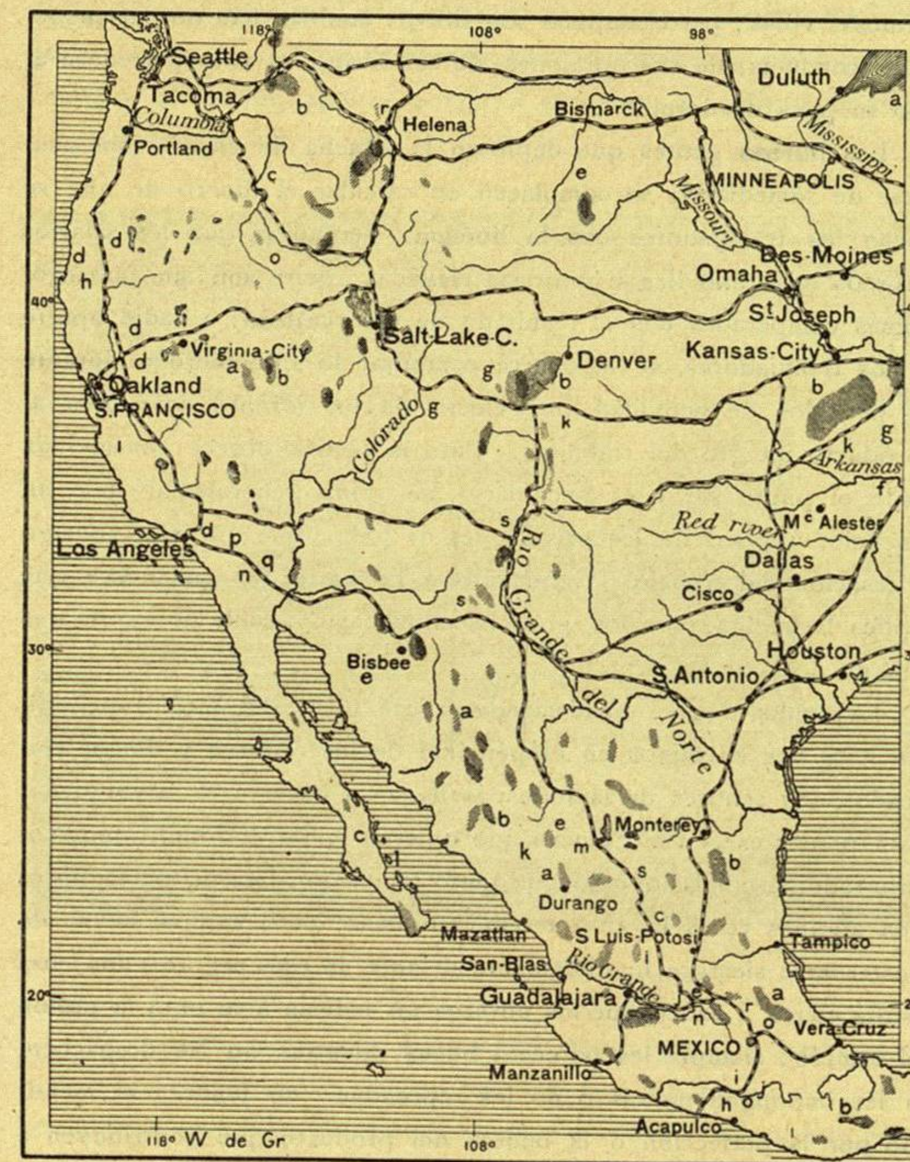
Otro ejemplo de la lucha llevada hasta la ferocidad entre patronos y trabajadores es el que suministran las minas de oro y las de piedras preciosas. Esos campos de tesoros naturales ejercen sobre la imaginación una influencia mágica, aunque ilusoria [1], porque, en proporción, los beneficios medios de los trabajadores que afluyen hacia los «Pactolos» son muy inferiores á los que producen las otras industrias.

[1] Hugh Robert Mill, *Scottich Geographical Magazine*, March. 1900.

Las pérdidas en vidas humanas y en esfuerzos inútiles es enorme en los éxodos repentinos que se dirigen á los terrenos auríferos ó diamantíferos. Antes de fijarse como trabajo regular, la busca del oro comenzó por ser un juego como el de Mónaco, mucho más dramático y costoso. Y cuando la industria tomó su curso normal de rendimiento en beneficio de alguna compañía, la servidumbre de los obreros no ha llegado á diferenciarse de la esclavitud. En parte alguna ha tomado la sociedad plutocrática carácter más determinado que en Kimberley, la ciudad de los diamantes, y en Johannisburg, la ciudad del oro, donde un amo dicta sus voluntades. El procedimiento empleado anteriormente á la guerra anglo-boer respecto de la mano de obra negra, era sencillo en extremo; en la actualidad, aunque aplicado á diferentes mercenarios, ha quedado el mismo. Por medio de un sistema de reclutamiento que le permitía fijar las condiciones de empeño [1], la compañía se procuraba Cafres que se encerraban por tres meses en un *compound*, cuadrado de barracas de hoja de lata en rededor de una piscina. Una enfermería, una farmacia, un almacén donde se puede comprar lo que la compañía permite vender, y algunos cobertizos y depósitos completan el campamento. Durante el tiempo de su cautiverio, el trabajador está completamente incomunicado con el exterior; cada día se examinan sus vestidos y se sondean las aberturas de su cuerpo; el destinado entre ellos á manejar la tierra de diamantes ha de aprender á servirse de mitenas bajo la vigilancia de los blancos. Por último, no se sale de aquella prisión sin haber sido sometido á una fuerte dosis de aceite de crotón. Ese sistema ha sido perfeccionado. Como la mano de obra era, según parece, insuficiente, desde la guerra del Transvaal trabajan Chinos en el Rand [2]; se ha obtenido una gran continuidad alargando la duracion del empeño á tres años; por otra parte, la distancia que separa á los obreros del cuerpo de su nación da mucha seguridad á los propietarios y directores de minas: éstos podían temer antes que la población negra, cinco ó seis veces más numerosa que los blancos, adquiriese conciencia de su fuerza y entrara en las vías de la rebeldía. En cuanto á los obreros de sangre

[1] G. Clemenceau, *Cafres de tous pays*, 26, V, 1895.
[2] En número de 50,000 en 1906.

N.° 576. Riqueza del subsuelo en Méjico y en los Estados del Oeste.



1: 25 000 000

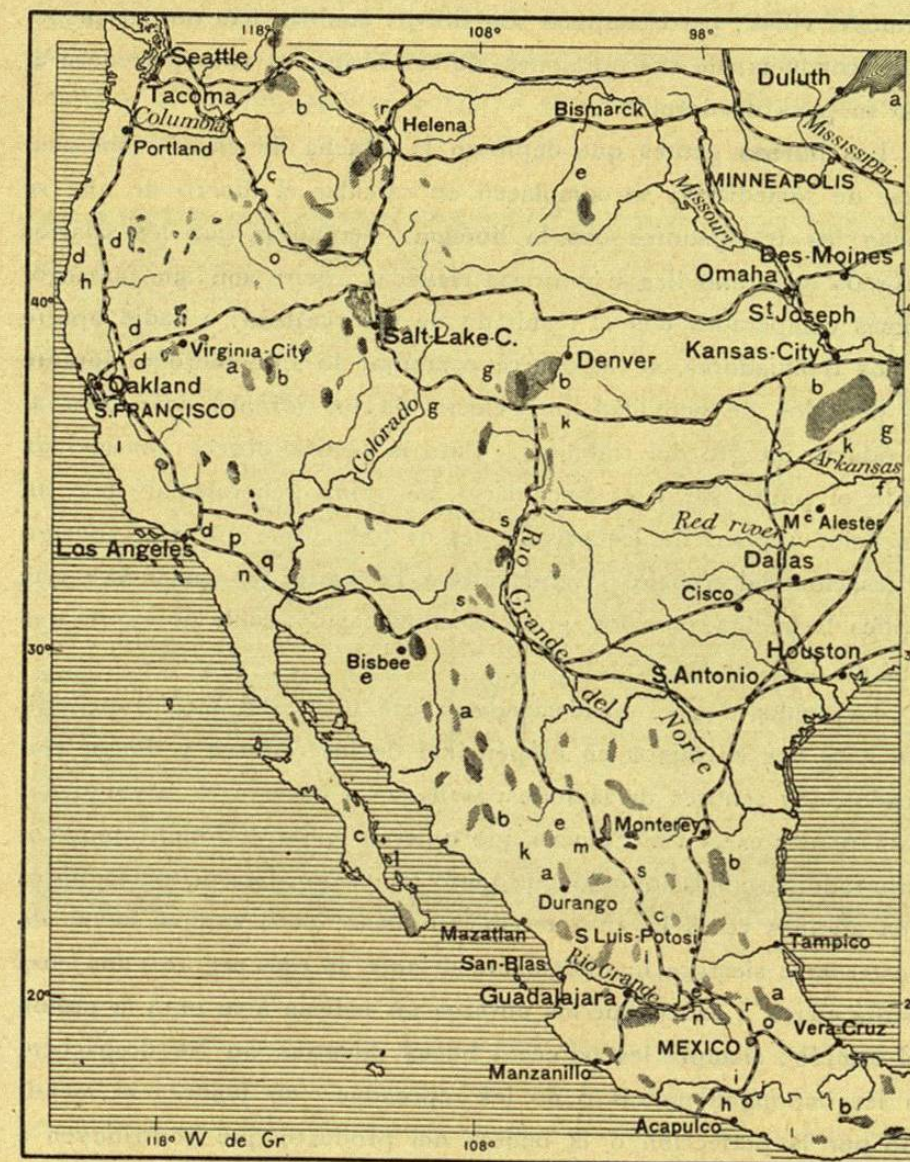
0 500 1000 1500 Kil.

La hulla grasa se halla en las inmediaciones de Cisco y á lo largo de una banda de territorio que va desde Desmoines á Mac-Allester; las extracciones de lignito están principalmente alrededor de Helena, de Bismarck y en el distrito que se extiende desde San Antonio á Dallas. La más importante mina está en Helena. Las minas de hierro **a** y de plomo **b** están indicadas por rayados de sentido diferente. El cobre **c** se extrae cerca de Helena, en Bisbe y en otros puntos marcados en el mapa. **d**, oro; **e**, estaño; **f**, aluminio; **g**, manganeso; **h**, platino; **i**, mercurio; **j**, antimonio; **k**, zinc; **l**, perlas; **m**, rubíes; **n**, topacio; **o**, ópalo; **p**, berilo; **q**, granate; **r**, záfiro; **s**, turquesa.

Las pérdidas en vidas humanas y en esfuerzos inútiles es enorme en los éxodos repentinos que se dirigen á los terrenos auríferos ó diamantíferos. Antes de fijarse como trabajo regular, la busca del oro comenzó por ser un juego como el de Mónaco, mucho más dramático y costoso. Y cuando la industria tomó su curso normal de rendimiento en beneficio de alguna compañía, la servidumbre de los obreros no ha llegado á diferenciarse de la esclavitud. En parte alguna ha tomado la sociedad plutocrática carácter más determinado que en Kimberley, la ciudad de los diamantes, y en Johannisburg, la ciudad del oro, donde un amo dicta sus voluntades. El procedimiento empleado anteriormente á la guerra anglo-boer respecto de la mano de obra negra, era sencillo en extremo; en la actualidad, aunque aplicado á diferentes mercenarios, ha quedado el mismo. Por medio de un sistema de reclutamiento que le permitía fijar las condiciones de empeño [1], la compañía se procuraba Cafres que se encerraban por tres meses en un *compound*, cuadrado de barracas de hoja de lata en rededor de una piscina. Una enfermería, una farmacia, un almacén donde se puede comprar lo que la compañía permite vender, y algunos cobertizos y depósitos completan el campamento. Durante el tiempo de su cautiverio, el trabajador está completamente incomunicado con el exterior; cada día se examinan sus vestidos y se sondean las aberturas de su cuerpo; el destinado entre ellos á manejar la tierra de diamantes ha de aprender á servirse de mitenas bajo la vigilancia de los blancos. Por último, no se sale de aquella prisión sin haber sido sometido á una fuerte dosis de aceite de crotón. Ese sistema ha sido perfeccionado. Como la mano de obra era, según parece, insuficiente, desde la guerra del Transvaal trabajan Chinos en el Rand [2]; se ha obtenido una gran continuidad alargando la duracion del empeño á tres años; por otra parte, la distancia que separa á los obreros del cuerpo de su nación da mucha seguridad á los propietarios y directores de minas: éstos podían temer antes que la población negra, cinco ó seis veces más numerosa que los blancos, adquiriese conciencia de su fuerza y entrara en las vías de la rebeldía. En cuanto á los obreros de sangre

[1] G. Clemenceau, *Cafres de tous pays*, 26, V, 1895.
[2] En número de 50,000 en 1906.

N.° 576. Riqueza del subsuelo en Méjico y en los Estados del Oeste.



1: 25 000 000

0 500 1000 1500 Kil.

La hulla grasa se halla en las inmediaciones de Cisco y á lo largo de una banda de territorio que va desde Desmoines á Mac-Allester; las extracciones de lignito están principalmente alrededor de Helena, de Bismarck y en el distrito que se extiende desde San Antonio á Dallas. La más importante mina está en Helena. Las minas de hierro **a** y de plomo **b** están indicadas por rayados de sentido diferente. El cobre **c** se extrae cerca de Helena, en Bisbe y en otros puntos marcados en el mapa. **d**, oro; **e**, estaño; **f**, aluminio; **g**, manganeso; **h**, platino; **i**, mercurio; **j**, antimonio; **k**, zinc; **l**, perlas; **m**, rubíes; **n**, topacio; **o**, ópalo; **p**, berilo; **q**, granate; **r**, záfiro; **s**, turquesa.

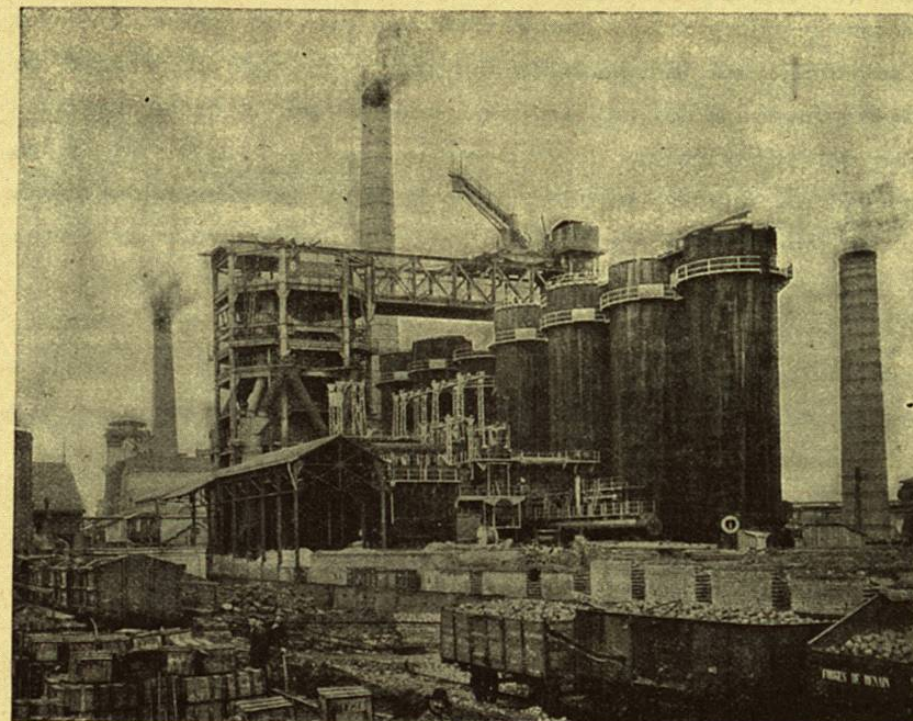
europea, habitan un barrio lujoso, cómodo, elegante, compuesto de hermosas villas; pero tampoco son libres: también han de dar cuenta de su conducta, de sus opiniones, de sus ideas; su voto pertenece al amo so pena de despido[1].

Las buenas gentes que deploran la «lucha de clase», sin ocuparse de remediarla, se complacen en calcular el dinero de que se privan los trabajadores con la huelga. Verdad es que los salarios perdidos cada año llegan á sumas elevadas; pero son, sin embargo, ínfimas comparadas con el resultado de otro cálculo: á nadie, aparte de los trabajadores, se le ocurre computar lo que pierden durante los períodos de actividad por efecto de los jornales inferiores al «producto íntegro del trabajo». Pues la táctica obrera considerada desde el punto de vista pecuniario, se salda generalmente por un beneficio, á pesar de las privaciones de toda clase que trae consigo la cesación del trabajo. En cuanto á la «falta de ganancia» que implica la huelga, para los que «hacen trabajar», suele no expresarse para no declarar su importe.

Es evidente que, obedeciendo á ese furor del interés privado que hace ver enemigos en el personal de los obreros y de los empleados, los señores de la industria llegan á hacerse el mayor daño, hasta perder ese mismo dinero que quieren ganar con tanto empeño. Ante todo, ese mismo odio que tanto temen no deja de perseguirles y da algunas veces lugar á terribles dramas; pero aunque hayan de posternarse siempre humildemente delante de esos señores, una cosa resulta cierta, á saber, que los obreros no dedican á su obra la pasión del esmero; siempre les parecerá buena mientras no les despachen, no les impongan multas ó no les reprendan; no tendrán el menor celo por la perfección ó la belleza del producto que contribuyen á elaborar; con frecuencia hasta trabajan sistemáticamente para hacer mal trabajo, para sacrificar la excelencia á la apariencia: su mala voluntad imposibilita todo progreso, y llegan hasta castigar por algún procedimiento secreto á aquellos compañeros que son demasiado cándidos para trabajar mucho ó demasiado bien. Á ese sistema de chapucería sistemática se le llama *sabotage*, y tiende á convertirse en

[1] Passarge, *Globus*, 3 Febrero 1900.

verdadera institución, casi en un deber de solidaridad obrera, fundado en este principio: á mala paga mal trabajo. Apenas hay congreso obrero en que no se recomiende calurosamente esa manera de combatir al patrón, aunque ponga al jornalero en peligro de perder su valor profesional.



Cl. de la Soc. Denain y Anzin.

UN ALTO HORNO EN LA FÁBRICA DE DENAIN

En Inglaterra algunos industriales filántropos — ó patronos listos — han comprendido que no hay más que un medio de combatir esa odiosa tendencia al envilecimiento del trabajo, consistente en dar al colaborador obrero un interés financiero importante en el buen éxito de la obra. Alguna de esas empresas, cuyo director ha tenido empeño en hacerse amar, han logrado admirablemente su objeto, tal vez demasiado bien, puesto que destruye en los trabajadores la idea de fundar obras colectivas que les pertenezcan directamente. Pueden citarse, entre esas obras patronales, las «ciudades jardines» ó *garden cities*, que contrastan maravillosamente por su belleza arquitectónica, su higiene y su comodidad con las ahumadas ciudades

próximas. Así, los 3,500 habitantes de Bourneville no tuvieron más que tres defunciones en 1902, en tanto que el término medio de mortalidad en Birmingham, para el mismo número de habitantes, fué de 66.

La compañía fundada en la América del Norte, al principio del siglo XX, para la constitución del monopolio universal de todos los trabajos metalúrgicos, ha comprendido que para dar sólidos cimientos á su edificio era indispensable apoyarse sobre todo el personal de obreros inspirándoles una ambición colectiva por el hecho de transformarles en accionistas directamente interesados. El ejército de los trabajadores redobla su energía en la tarea, considerándose como participante en la propiedad de la fábrica, de la máquina y del bloque de metal.

Hay puntos del globo en que el conflicto pierde su acritud, pero son excepcionales, y la solución de las dificultades no se hará ciertamente de una manera pacífica. En general, puede decirse que la animosidad aumenta entre los partidos que luchan: el patrón acaba por temerlo todo, tanto en los períodos de trabajo, que constituyen una especie de «paz armada», como la huelga, ó guerra declarada, que al menos le asegura la protección del Estado. Y el obrero no considera ya la huelga como la coronación de sus esfuerzos, sino que ve en ella un episodio de la batalla empeñada en todas partes, puesto que se trata, no ya de algunas vindicaciones reclamadas, sino de la «expropiación de la clase capitalista»; la huelga local es una simple modalidad de la «acción directa», un ejercicio de adaptación hacia la «huelga general».

Pero si la gran industria puede lograr, por su inmensidad misma, suprimir la concurrencia entre productores, puesto que se asocian, y calmar el rencor de los obreros cuando les hace participar en los beneficios, esa misma industria, por poderosa que sea, no puede conciliarse el público, es decir, el conjunto de los consumidores, el gran rebaño de los que pagan, á quienes ni el consuelo de regatear les queda. El vendedor y el comprador tienen necesidad uno de otro, y, sin embargo, son enemigos natos; hasta les sería imposible no odiarse entre sí, porque tratan de engañarse mutuamente.

La esencia del comercio fué siempre el fraude: ó el fraude mez-

quino que consiste en mentir sobre la calidad y la cantidad de la mercancía, ó el gran fraude que, descuidando los detalles, especula sobre las pasiones humanas, sobre la vanidad, el orgullo ó la lujuria de los compradores, lo mismo que sobre sus necesidades legítimas. Unas veces, por ejemplo, los hermanos Lauder[1] compran 100,000 agujas para venderlas á los negros del Sudán so pretexto de civi-



ESTABLECIMIENTOS METALÚRGICOS DE LONGWY
Documento extraído del programa oficial del primer Congreso internacional del Frío.

lización, y resulta luego que ni una tiene ojo; otra, tal industria, contra la cual la opinión pública ni siquiera piensa en protestar, no tiene más objeto que el crimen, como la fabricación de armas y de pólvora. Sin embargo, en distintos puntos brotan sentimientos de reprobación contra los trabajos insalubres, porque sus consecuencias peligrosas ó hasta mortales son inmediatamente sentidas. Y de ese modo la opinión ha podido ya determinar á ciertos poderes públicos á prohibir el empleo del albayalde, y han sido suprimidas las destilerías ó al menos sometidas á una legislación severa en diferentes países. También las minas han sido saneadas. Pero ¡cuántas

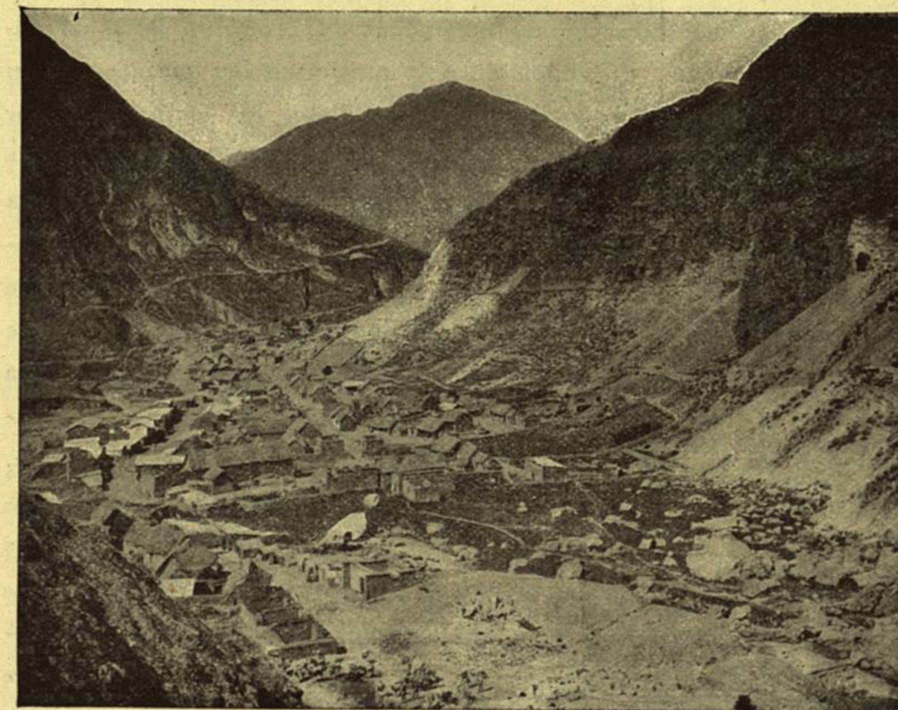
[1] Lauder, *Journal of the Expedition to explore the Niger*, vol. 2, p. 42.

fábricas cuyo aire es todavía irrespirable, cargado de gérmenes de enfermedad y de muerte! Y mientras numerosos establecimientos industriales sólo han sido fundados para la satisfacción de crímenes de Estado, de gustos depravados ó de un fausto insolente, las manufacturas donde se fabrican los objetos de primera necesidad suelen estar cerradas.

Así la palabra «sobreproducción», que puede responder ciertamente á una incontestable desgracia ó hasta un desastre para determinado jefe de industria que busca un mercado, es una cruel ironía cuando se le toma en su acepción natural. ¿No es el colmo del absurdo hablar, á propósito de agricultura, de la sobreproducción de los cereales, cuando millones de hombres carecen de pan? ¡Cuando sus propios obreros no pueden renovar su ropa grasienta y rota, el maestro tejedor se quejará cándidamente de la sobreproducción de las telas y paños, y el librero arruinado atribuirá la causa de su desastre á la sobreproducción de libros, cuando en los países «civilizados» el número de ejemplares producidos apenas alcanza un volumen por año y por individuo! La miseria, la desnudez y la ignorancia, tales son todavía los azotes que podría suprimir la industria si tuviera por objeto el bienestar de todos y no el enriquecimiento de un solo individuo ó de un grupo reducido de capitalistas.

Por su parte, los trabajadores no pueden alabarse, más que los fabricantes, de proponerse el interés público en sus reivindicaciones. No hay duda que representan una parte más considerable de la humanidad, y en tal concepto solicitan preferentemente la atención de los observadores imparciales; además, viven actualmente bajo un régimen de opresión y combaten una clase privilegiada, lo que les asegura la simpatía de cuantos aman la justicia. ¿Pero no empequeñecen su causa casi todos los obreros reduciéndola á la simple lucha de clases? ¿Se preocupan los sindicados de los no sindicados? ¿Los que tienen su libreta en regla con su propia corporación, defienden jamás los intereses de los *esquirols*? ¿No dejan tras de sí fuera del círculo de las reclamaciones, todo un mundo de residuos sociales, ladrones, prostitutas, vagabundos y miserables que tienen derecho al renacimiento moral, á una sana educación y al bienestar? Cuando han declarado la huelga, ¿muestran su voluntad de utilizar su tiempo

en instruirse y en trabajar como hombres independientes? ¿Qué cuidado tienen de conservar la simpatía del público, que comunmente les anima al principio bajo la impresión de la justicia de sus quejas, pero que se cansa pronto cuando ve que de rechazo le perjudica la paralización del trabajo? De otro modo pasarían las cosas si los obreros rebelados contra sus explotadores supieran, desde el



VILLA INDUSTRIAL EN LOS ANDES PERUANOS
Chicla en la línea de Oroya, á 3,725 metros de altura.

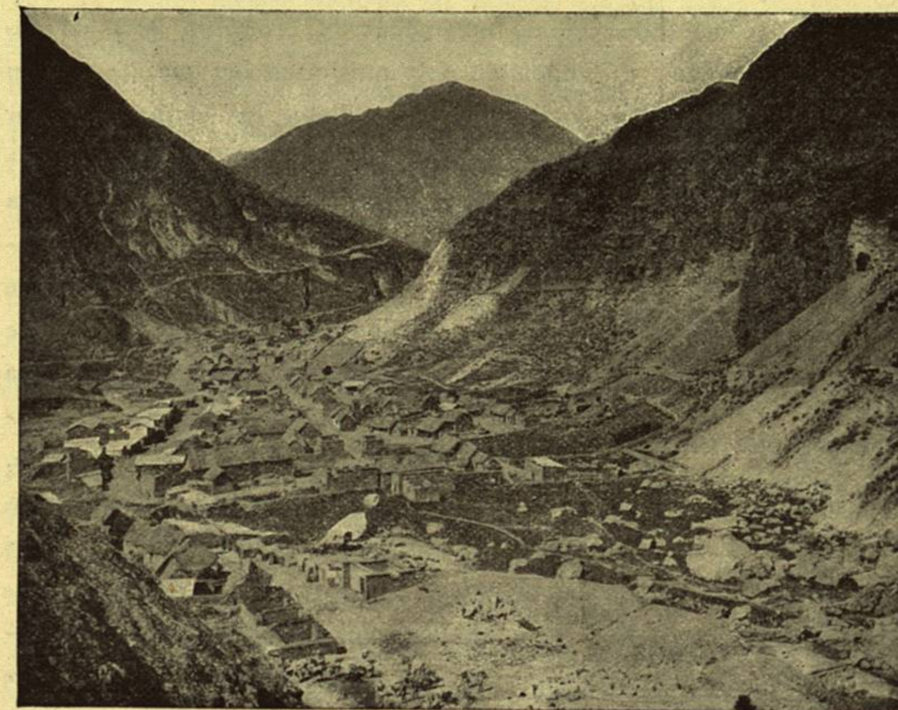
primer día de libertad, ponerse al servicio de la comunidad civil por una obra de amplia solidaridad. Ya se han presentado las ocasiones sin que se haya tenido el atrevimiento de aprovecharlas. Por ejemplo: los empleados de los ferrocarriles americanos llegaron á ser dueños de la red del Illinois y de los Estados inmediatos; pero dejaron coches y locomotoras en sus depósitos de las estaciones, cuando hubiera sido tan bello organizar verdaderos trenes de placer en nuevas condiciones de precio y comodidad, de modo que quedara de su huelga, aunque hubieran perdido la partida, un excelente recuerdo

fábricas cuyo aire es todavía irrespirable, cargado de gérmenes de enfermedad y de muerte! Y mientras numerosos establecimientos industriales sólo han sido fundados para la satisfacción de crímenes de Estado, de gustos depravados ó de un fausto insolente, las manufacturas donde se fabrican los objetos de primera necesidad suelen estar cerradas.

Así la palabra «sobreproducción», que puede responder ciertamente á una incontestable desgracia ó hasta un desastre para determinado jefe de industria que busca un mercado, es una cruel ironía cuando se le toma en su acepción natural. ¿No es el colmo del absurdo hablar, á propósito de agricultura, de la sobreproducción de los cereales, cuando millones de hombres carecen de pan? ¡Cuando sus propios obreros no pueden renovar su ropa grasienta y rota, el maestro tejedor se quejará cándidamente de la sobreproducción de las telas y paños, y el librero arruinado atribuirá la causa de su desastre á la sobreproducción de libros, cuando en los países «civilizados» el número de ejemplares producidos apenas alcanza un volumen por año y por individuo! La miseria, la desnudez y la ignorancia, tales son todavía los azotes que podría suprimir la industria si tuviera por objeto el bienestar de todos y no el enriquecimiento de un solo individuo ó de un grupo reducido de capitalistas.

Por su parte, los trabajadores no pueden alabarse, más que los fabricantes, de proponerse el interés público en sus reivindicaciones. No hay duda que representan una parte más considerable de la humanidad, y en tal concepto solicitan preferentemente la atención de los observadores imparciales; además, viven actualmente bajo un régimen de opresión y combaten una clase privilegiada, lo que les asegura la simpatía de cuantos aman la justicia. ¿Pero no empequeñecen su causa casi todos los obreros reduciéndola á la simple lucha de clases? ¿Se preocupan los sindicados de los no sindicados? ¿Los que tienen su libreta en regla con su propia corporación, defienden jamás los intereses de los *esquirols*? ¿No dejan tras de sí fuera del círculo de las reclamaciones, todo un mundo de residuos sociales, ladrones, prostitutas, vagabundos y miserables que tienen derecho al renacimiento moral, á una sana educación y al bienestar? Cuando han declarado la huelga, ¿muestran su voluntad de utilizar su tiempo

en instruirse y en trabajar como hombres independientes? ¿Qué cuidado tienen de conservar la simpatía del público, que comunmente les anima al principio bajo la impresión de la justicia de sus quejas, pero que se cansa pronto cuando ve que de rechazo le perjudica la paralización del trabajo? De otro modo pasarían las cosas si los obreros rebelados contra sus explotadores supieran, desde el



VILLA INDUSTRIAL EN LOS ANDES PERUANOS
Chicla en la línea de Oroya, á 3,725 metros de altura.

primer día de libertad, ponerse al servicio de la comunidad civil por una obra de amplia solidaridad. Ya se han presentado las ocasiones sin que se haya tenido el atrevimiento de aprovecharlas. Por ejemplo: los empleados de los ferrocarriles americanos llegaron á ser dueños de la red del Illinois y de los Estados inmediatos; pero dejaron coches y locomotoras en sus depósitos de las estaciones, cuando hubiera sido tan bello organizar verdaderos trenes de placer en nuevas condiciones de precio y comodidad, de modo que quedara de su huelga, aunque hubieran perdido la partida, un excelente recuerdo

al público en general, preparando así el terreno en vista de las reivindicaciones futuras. Cada huelga podría llegar á ser el punto de partida de tentativas para las empresas útiles á la comunidad.

El pequeño comercio sigue una evolución paralela á la pequeña agricultura y á la pequeña industria. Es evidente que en la evolución contemporánea el tráfico individual con sus tiendas, sus puestos ambulantes y sus transacciones efectuadas en céntimos, está absolutamente condenado; es imposible su transformación directa en un organismo normal de la sociedad nueva. Todos los tenderos al por menor darían una prueba de sagacidad histórica si dirigieran su experiencia, su voluntad y el conjunto de sus fuerzas y recursos hacia el socialismo reivindicador. Algunos lo han comprendido indudablemente, pero la mayoría, educados en la estrecha preocupación de sus intereses inmediatos, no ven, no quieren ver, de qué lado viene el peligro y se vuelven rabiosamente contra los que les traerían la salvación. Es natural que las cosas sucedan de ese modo: el náufrago que va á hundirse en el abismo se agarra á un palo flotante.

Las antiguas formas de la venta al detall desaparecen como desaparecieron las del gran comercio antiguo, especialmente los viajes en común, en estados transhumantes. La palabra «caravana», derivada del persa *kiarvan* ó *kiarban*, significa primitivamente «seguridad de negocios», término que explica suficientemente el origen de ese desplazamiento colectivo. La asociación que se constituye entre interesados para asegurar el éxito de la empresa procura garantirse contra los peligros de diversos géneros: en algunas comarcas se han de temer los fenómenos de la Naturaleza, el calor del día, el frío de las noches, la aridez de la tierra, la carencia de fuentes, la dificultad de los caminos, la arena, la duna ó el pantano; en otros países son los bandidos los temibles, y en ese caso la caravana ha de ser todo lo fuerte posible, formará un verdadero ejército, protegido por avanzadas, con una vanguardia y tropas flanqueadoras. Los organizadores de la caravana esperan entonces que las necesidades del comercio agrupen bajo su dirección todo un mundo de exportadores con sus bestias de carga. Hay ciudad ambulante de caravaneros que se compone de algunos miles de individuos que llevan consigo

miles de animales. Cada una de esas sociedades móviles se constituye sobre el modelo de las ciudades entre las cuales se transportan las mercancías, y los diversos tipos políticos se encuentran allí representados, de conformidad con las instituciones de la comarca: tal caravana es una república transhumante, tal otra es una monarquía despótica; en los caminos de Persia el alcalde ó *karchonda* del convoy ha solido poseer derecho de vida ó muerte sobre los súbditos que le acompañan, y tiene su corte de jueces y de verdugos. Con frecuencia los jefes á quienes sigue una reputación de tiranía no han podido reclutar mercaderes para la expedición; otros, por el contrario, que se han hecho populares por el espíritu de justicia, ven la multitud de viajeros acudir á su rededor.

No hay duda que el tráfico es la razón primera de las caravanas, pero todos los elementos humanos que se encuentran en una ciudad ordinaria se hallan también representados en la ciudad de las tiendas, que se detiene todas las noches y emprende su marcha todas las mañanas. Curas, frailes, mendigos y otros que percibirán sus beneficios sobre todas las transacciones; juglares, cantores, adivinos de la buena ventura y mujeres de vida alegre se juntan á los mercaderes y á los soldados; al ponerse en marcha la sociedad urbana se conserva en casi toda su complejidad, con la diferencia de que á la partida no hay ó no suele haber inválidos. Para extremar la semejanza, la distribución de las clases se hace por barrios elegantes y por arrabales: los humildes, los pobres, se separan prudentemente del centro, donde se instalan los grandes, sentados sobre sus monturas [1], ó durmiendo bajo sus lujosas tiendas.

En las sociedades modernas, ya pacíficas, lo mismo que en los desiertos, cruzados por carreteras y ferrocarriles con estaciones conservadas á toda costa, las caravanas pierden toda su razón de ser y, tarde ó temprano, esas «sociedades móviles de seguridad» habrán dejado de existir. Esa forma de viajes y de transportes ha desaparecido ya completamente de Europa y sólo se encuentra por excepción en otros continentes: apenas se ha conservado en el mundo musulmán, y aun de una manera muy atenuada, porque por todas

[1] Herman Vambery, *Sittenbilder aus dem Morgenlande*, p. 213.

partes el comercio moderno, por mar ó por tierra, ha hallado el medio de contornear por nuevos itinerarios los antiguos caminos de los caravaneros; mas, por imperfectas que fueran en su organización política las sociedades móviles de los mercaderes, no dejaban de constituir por la libertad relativa de sus individuos, por la poesía de la vida al aire libre, por la belleza de los horizontes que se acercan y se alejan, una de las grandes alegrías de la vida para todos los que en ellas habían tomado parte, y si la humanidad no tuviera el poder de reemplazarlas bajo mil formas, la desaparición de las caravanas sería una pérdida esencial para la educación del género humano. Si es verdad, como dice Vambery, que quinientos mil Persas de toda edad y de toda condición toman parte cada año en el vaivén de las caravanas y de las peregrinaciones, ese enorme desplazamiento de la población se debe sin duda en gran parte á las alegrías de la vida errante. Los Iranios, tipo de la vida sedentaria en comparación de los Turanios nómadas, tienen también en la sangre el amor del viaje y de las aventuras.

¡ Qué lejanos están los tiempos de la caravana para nuestros países de la Europa occidental, en el caso de que se hayan efectuado los transportes de mercancías por largas líneas de animales de carga! En cuanto el hombre supo hacer flotar una tabla sobre el agua corriente, pudo, organizando cortos acarreos, constituir una red suficiente para la distribución de sus productos y cuyo efecto útil es muy superior á los animales de albarda; el halage (arrastre fluvial) es, mecánicamente, el medio de transporte más económico. Las vías fluviales fueron relativamente abandonadas á su vez cuando se tuvo la osadía de bogar en el mar. Los Alpes, los Cárpatos, los pantanos de la cuenca del Dniepr no dificultaron ya el tráfico del Adriático al Mar del Norte y del Mar Negro al Báltico, cuando éste se efectuó por la circunnavegación de la península europea, desde la Escandinavia al Oriente mediterrráneo. Hasta en los países en que la falta de ríos deja toda su importancia á las caravanas, Africa sahariana, Persia, Asia central y los Andes, la cantidad total de mercancías transportadas á grandes distancias no ha sido nunca muy considerable, y en mil años no ha llegado seguramente á la que los trenes de mercancías de un solo país de Europa transporta actualmente en un año, es decir, un peso que se mide en miles de millones de toneladas kilométricas y que para el conjunto de las redes del mundo entero pasa quizá de trescientas [1].

Las vías férreas y la gran navegación han reemplazado á la caravana, no sólo en su carácter comercial, sino también en la satisfacción que da al hombre que desea viajar. La necesidad del viaje alcanza en la actualidad á las capas sociales cada vez más profundas, y pertenece ya á la higiene. Esperando algo mejor, la semana pagada de descanso anual forma parte de las reivindicaciones obreras y se utiliza por muchos de los que la obtienen para una estancia á la orilla del mar. Y la evolución se acompaña de un aumento de comodidad y de velocidad y hasta de una disminución de precio. En 1830, la flota francesa empleó 18 días en llegar á Argel; hoy el trayecto se efectúa normalmente en 26 horas. De 1845 á 1901, el transporte de la tonelada kilométrica bajó de 12 céntimos á 4'5 y



Cl. Bogdanovitch, Irkoutsk.

DE TOMSK Á IRKOUTSK — CARAVANA DE TÉ EN INVIERNO

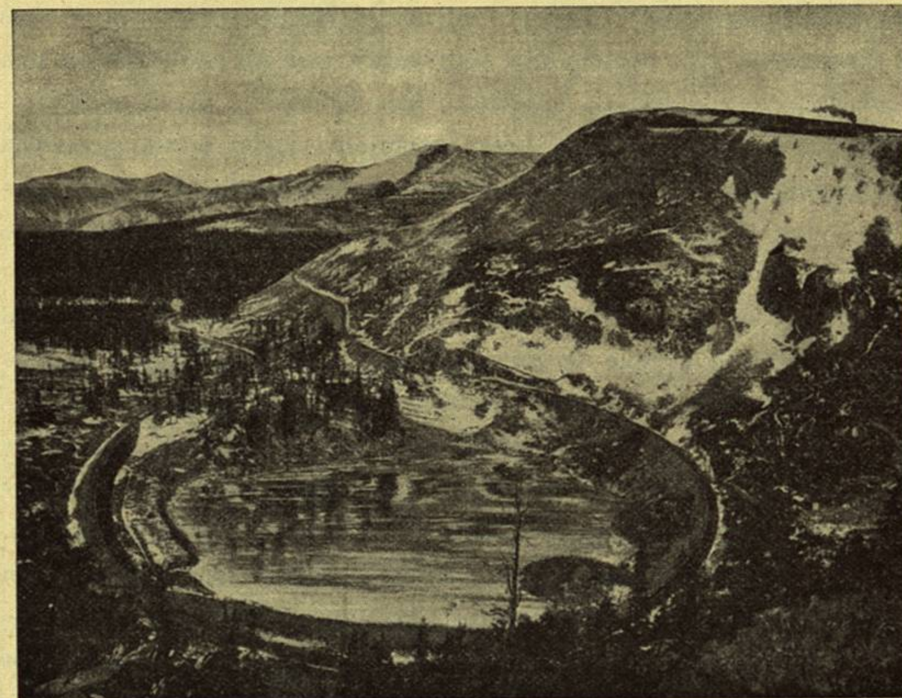
[1] La red francesa (45,000 kilómetros, cerca de la vigésima parte de la red mundial) transportó, en 1901, 16,000 millones de toneladas kilométricas.

el de los viajeros de 7 á 4. Pero, á decir verdad, la afición á los viajes degenera en muchos ricos en una manía deambulatoria que les hace dolorosa toda estancia prolongada en un mismo lugar, y que les obliga á cambiar de residencia sin utilidad alguna para su inteligencia. Por esa locura de la velocidad, el civilizado se muestra en perfecta oposición con la placidez del Oriental: el uno no parece saber que el tiempo pasa, el otro se agita á veces para no hacer nada.

Lo mismo que las caravanas, las grandes ferias han sufrido una transformación. Primero se desplazan forzosamente á medida que la red de las vías de comunicación rápida crea centros que se confunden con las capitales. Antiguamente se escogía para cita de comercio una ciudad fronteriza, sin autoridad política propia, situada entre grandes Estados; en una palabra, se procuraba sustraerse á la acción de un poderoso soberano que pudiera intentar, á pesar de tratados y salvaconductos, inclinar las transacciones en su beneficio personal. El lugar escogido solía ser un campo que quedaba desierto durante todo el período que separaba una feria de otra, y, como los caravaneros, los feriantes se constituían entre sí en cuerpo político, dándose tal ó cual gobierno temporal, según las costumbres del tiempo, las tradiciones locales y las preocupaciones de los mercaderes más ricos, con cuya voluntad se conformaba la multitud de los pequeños traficantes. Por la fuerza de las cosas, los detentadores del poder más inmediatos al sitio donde se efectuaban esas operaciones fructuosas trataban de beneficiarse particularmente de ellas, y casi en todas partes consiguieron su objeto; hasta cuando la fuerza de la costumbre ó el respeto á lo pasado han conservado los antiguos campos de feria, la libertad de las elecciones ha desaparecido de ellos: los vigilantes y reguladores son designados de antemano.

La necesidad esencial de los antiguos mercados en fechas y en lugares fijos se satisface hoy por los grandes almacenes de las ciudades que funcionan todos los días del año. Algunos objetos raros y preciosos traídos de muy lejos, sólo se hallaban en las ferias: actualmente se les ve, mucho más numerosos, en las casas especiales de los grandes negociantes, y el comprador puede procurárselos cuando le conviene. Hay bazar en Londres ó en París que contiene más riquezas que las que antes llevaban todas las caravanas y

que las que antes se vendían en todas las ferias del mundo; cada día los trenes de las vías férreas introducen en la ciudad más clientes que los que pudieron reunirse en Sinigaglia, Beaucaire, en Lepzig ó en Novgorod. Se ha realizado, pues, una gran revolución comercial: la periodicidad de los cambios ha producido un movimiento incesante, continuo, de transacciones que ni siquiera detiene la noche,



Cl. C. L. Mac Lure.

VÍA FÉRREA EN LAS ROCOSAS — EL YANKEE DOODLE LAKE

ya que el sol ilumina siempre un lado del planeta y la red de los ferrocarriles, de los telégrafos y de los teléfonos vibra constantemente para transportar mercaderes y transmitir sus órdenes de ciudad en ciudad y de continente á continente.

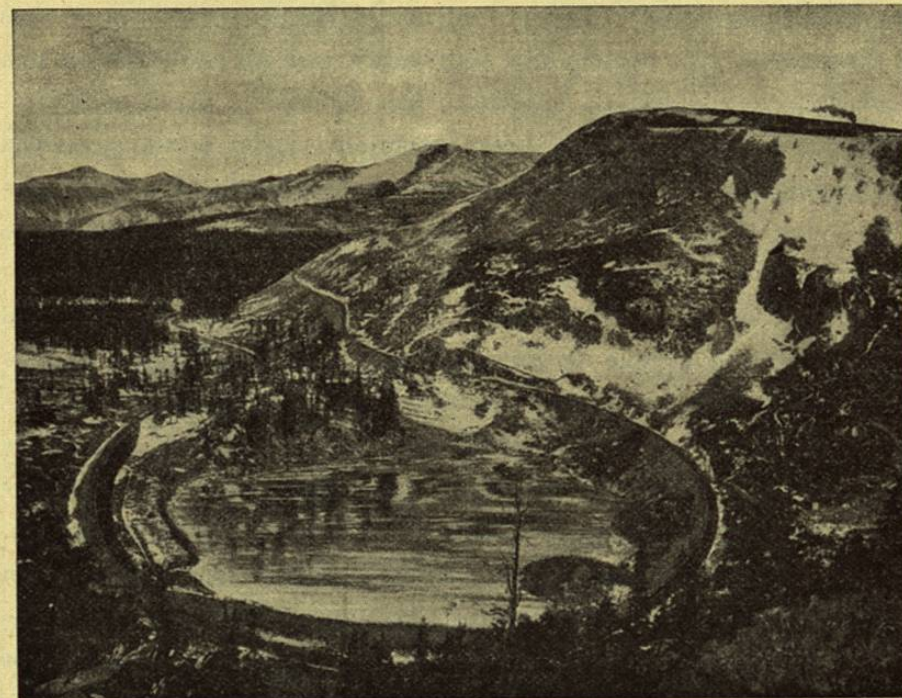
El comercio internacional, que representa ya tan gran número de miles de millones — más de un centenar —, hubiera tomado proporciones mucho más considerables si los gobiernos, obedeciendo á excitaciones de los grandes industriales de su país, no hubieran tomado medidas fiscales para «proteger» el trabajo indígena, es decir, para asegurar á los prestamistas de las empresas nacionales mayor

el de los viajeros de 7 á 4. Pero, á decir verdad, la afición á los viajes degenera en muchos ricos en una manía deambulatoria que les hace dolorosa toda estancia prolongada en un mismo lugar, y que les obliga á cambiar de residencia sin utilidad alguna para su inteligencia. Por esa locura de la velocidad, el civilizado se muestra en perfecta oposición con la placidez del Oriental: el uno no parece saber que el tiempo pasa, el otro se agita á veces para no hacer nada.

Lo mismo que las caravanas, las grandes ferias han sufrido una transformación. Primero se desplazan forzosamente á medida que la red de las vías de comunicación rápida crea centros que se confunden con las capitales. Antiguamente se escogía para cita de comercio una ciudad fronteriza, sin autoridad política propia, situada entre grandes Estados; en una palabra, se procuraba sustraerse á la acción de un poderoso soberano que pudiera intentar, á pesar de tratados y salvaconductos, inclinar las transacciones en su beneficio personal. El lugar escogido solía ser un campo que quedaba desierto durante todo el período que separaba una feria de otra, y, como los caravaneros, los feriantes se constituían entre sí en cuerpo político, dándose tal ó cual gobierno temporal, según las costumbres del tiempo, las tradiciones locales y las preocupaciones de los mercaderes más ricos, con cuya voluntad se conformaba la multitud de los pequeños traficantes. Por la fuerza de las cosas, los detentadores del poder más inmediatos al sitio donde se efectuaban esas operaciones fructuosas trataban de beneficiarse particularmente de ellas, y casi en todas partes consiguieron su objeto; hasta cuando la fuerza de la costumbre ó el respeto á lo pasado han conservado los antiguos campos de feria, la libertad de las elecciones ha desaparecido de ellos: los vigilantes y reguladores son designados de antemano.

La necesidad esencial de los antiguos mercados en fechas y en lugares fijos se satisface hoy por los grandes almacenes de las ciudades que funcionan todos los días del año. Algunos objetos raros y preciosos traídos de muy lejos, sólo se hallaban en las ferias: actualmente se les ve, mucho más numerosos, en las casas especiales de los grandes negociantes, y el comprador puede procurárselos cuando le conviene. Hay bazar en Londres ó en París que contiene más riquezas que las que antes llevaban todas las caravanas y

que las que antes se vendían en todas las ferias del mundo; cada día los trenes de las vías férreas introducen en la ciudad más clientes que los que pudieron reunirse en Sinigaglia, Beaucaire, en Lepzig ó en Novgorod. Se ha realizado, pues, una gran revolución comercial: la periodicidad de los cambios ha producido un movimiento incesante, continuo, de transacciones que ni siquiera detiene la noche,



Cl. C. L. Mac Lure.

VÍA FÉRREA EN LAS ROCOSAS — EL YANKEE DOODLE LAKE

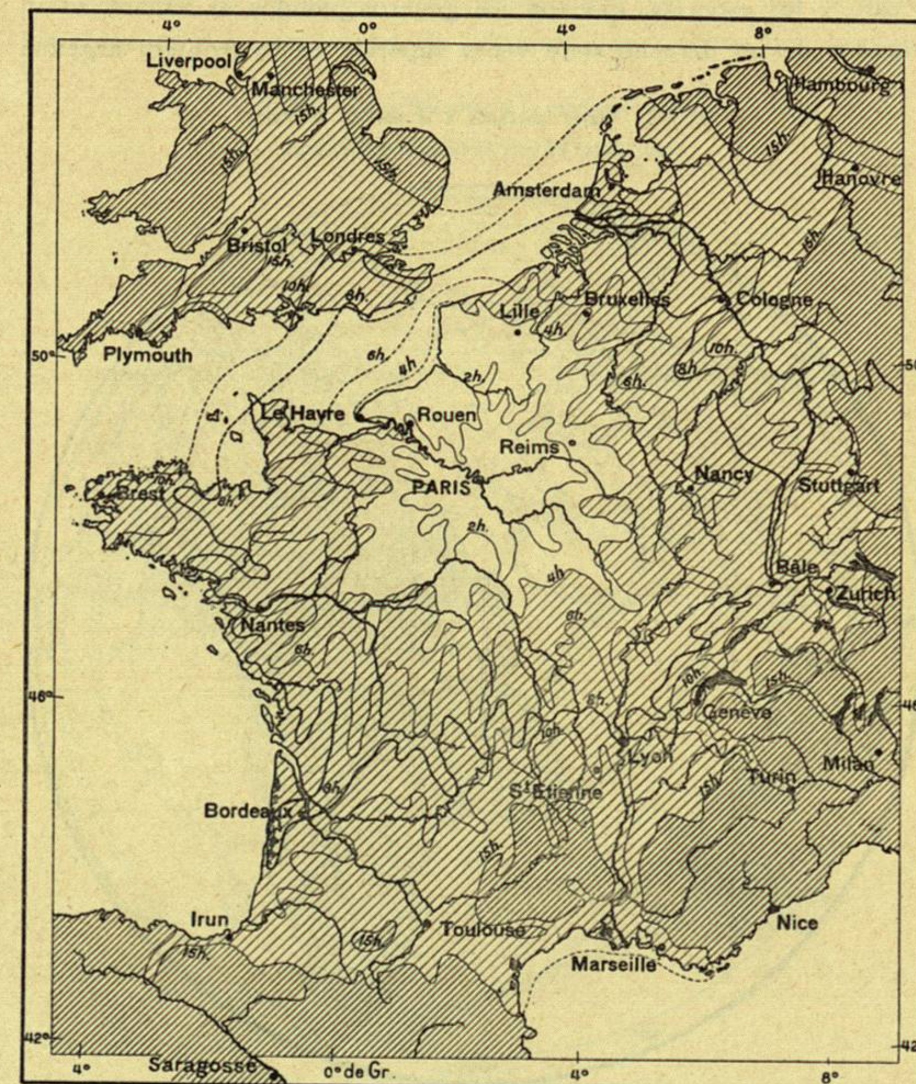
ya que el sol ilumina siempre un lado del planeta y la red de los ferrocarriles, de los telégrafos y de los teléfonos vibra constantemente para transportar mercaderes y transmitir sus órdenes de ciudad en ciudad y de continente á continente.

El comercio internacional, que representa ya tan gran número de miles de millones — más de un centenar —, hubiera tomado proporciones mucho más considerables si los gobiernos, obedeciendo á excitaciones de los grandes industriales de su país, no hubieran tomado medidas fiscales para «proteger» el trabajo indígena, es decir, para asegurar á los prestamistas de las empresas nacionales mayor

beneficio. En cuanto los productores de una comarca advierten que el artículo entregado por ellos es de valor menor ó de precio superior al artículo similar obtenido ó fabricado por los productores extranjeros, intrigan cerca de los poderes públicos para impedir que penetre en el país, ó bien para hacerse conceder primas de exportación. En una palabra, se dirigen al gobierno de su nación para enriquecerse personalmente haciendo pagar á sus compatriotas un impuesto suplementario. El procedimiento funciona en nuestros días en Francia de una manera casi automática por los cuidados de una «comisión de aduanas». En cuanto una utilización nueva ó un descubrimiento permite al productor extranjero vender cierta mercancía más barata que el fabricante francés, inmediatamente se pide la elevación del derecho de aduana y no hay ejemplo de que jamás lo hayan negado las Cámaras legislativas. ¿Cómo, en tales condiciones, no ha de aumentar el coste de la vida? Si el pan nacional es caro, preciso es que se encarezca más para que el gran propietario aumente sus rentas; si los tejidos nacionales ó el hierro nacional no valen lo que los productos del mismo género que puede suministrar el extranjero, deténganse á la entrada por una prohibición absoluta ó impónganseles unos derechos sabiamente graduados. De ese modo el gobierno logra un doble objeto: da al Tesoro un considerable aumento de impuestos, extraído del consumidor, y favorece á sus amigos de la clase superior, que son los verdaderos dueños del país.

Pueden citarse numerosos ejemplos de supresiones completas del tráfico debidas á la «protección» que se supone que las aduanas aseguran al comercio. De ese modo, el régimen aduanero de Argelia en las fronteras del Sahara ha tenido por consecuencia, durante más de medio siglo, desviar completamente la marcha de las caravanas y dirigirlas, sea al Oeste, hacia Marruecos, sea al Este, hacia Túnez y la Tripolitana. Ha habido políticos que han supuesto que la abolición de la servidumbre en Africa había desanimado el comercio, que antes consistía en gran parte en esclavos; se ha podido creer que la hostilidad de los Tuaregs había imposibilitado todo tráfico; pero los Tuaregs, lo mismo que los demás habitantes del Sahara, no hubieran dejado de aprovecharse de los caminos

N.º 577. Viajes isócronos á la partida de Paris, de 2 á 15 horas.



Por el trazado de las líneas isócronas, se ha supuesto que se hacía uso de los trenes más rápidos, aun cuando no circulen todos los días; no se trata aquí sino del tiempo necesario para llegar á las estaciones de ferrocarriles.

abiertos á los cambios hacia el litoral de Argel, si, á la entrada misma, no hubieran estado cerrados esos caminos por los portazgos aduaneros. Los verdaderos «cortadores de caminos» no han sido los

Bárbaros, sino los Franceses. Para citar hechos precisos, el azúcar, el café y las especias, que son los géneros pedidos al Sahara, están cargados de un derecho siete veces superior en la frontera argelina

N.º 578. Viajes isócronos á la partida de París.
Hemisferio en que Francia ocupa el polo.



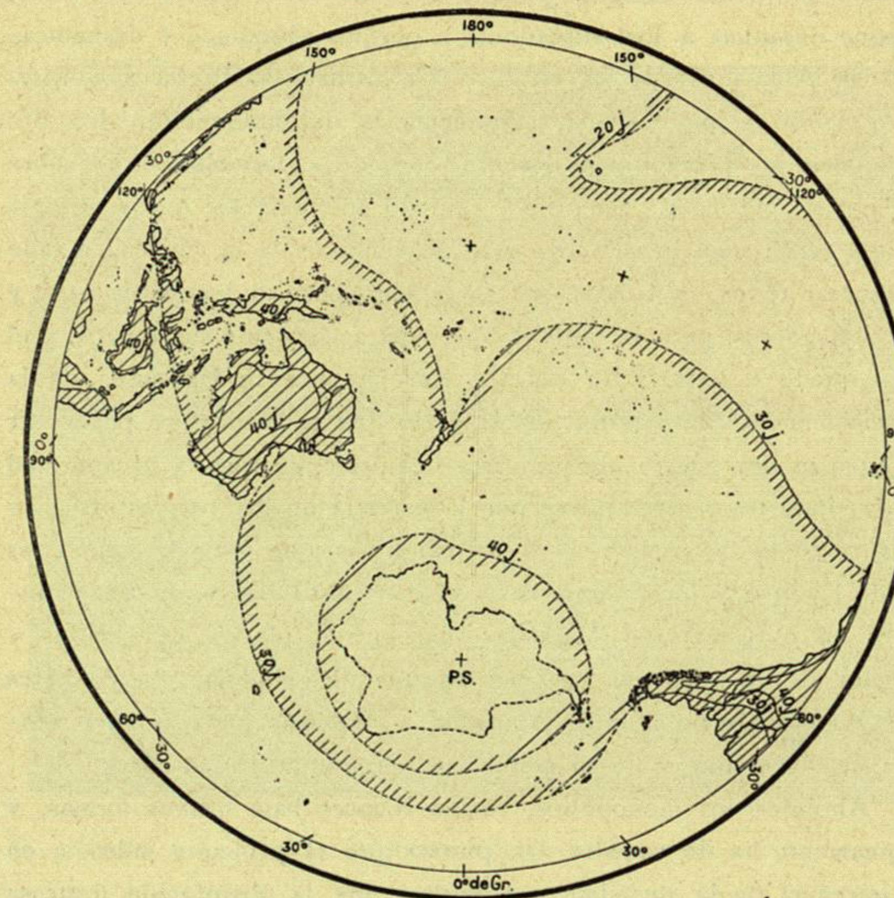
Los dos mapas números 578 y 579 están á la escala media de 1 á 75.000,000. Están proyectados sobre el horizonte del 45° de latitud Norte y no sobre el de París.
Para las líneas de 20, 30 y 40 días, se ha hecho uso del mapa de J. Bartholomew en *World's Atlas of Commerce*.

que en las de Trípoli. ¿Cómo no han de cambiar su itinerario natural para aprovechar las ventajas que les ofrecen los mercaderes tripolitanos unos compradores que recorren miles de kilómetros á través de las soledades del desierto [1]?

[1] A. Fock, *Bulletin de la Société de Géographie*, p. 170, sesión de 3 de Mayo de 1895.

Después de las desgracias causadas por la desanimación ó la supresión de las relaciones comerciales entre pueblos, han de citarse los absurdos y las consecuencias grotescas que resultan del escrúpulo

N.º 579. Viajes isócronos á la partida de París.
Hemisferio antípoda de Francia.



de los celosos observantes de la tarifa. Por ejemplo: Á un Faraón momificado se le asimiló á una carga de bacalao en los registros de la aduana, y al propietario de un campo del Illinois, sobre el cual había caído un meteorito, se le obligó á pagar los derechos de aduana por la masa de hierro extranjero de que había sido el dichoso poseedor [1]. Pero las extrañas exigencias del fisco no son más que un

[1] Stanislas Meunier, *Revue Scientifique*, 9 Mayo 1896, p. 581.

simple inconveniente en comparación del daño que causa al genio mismo del hombre. El monopolio obtenido por la protección del Estado suele tener por consecuencia la pérdida de aquella misma industria que pretende favorecer y que se empobrece poco á poco porque ya no está animada por la pasión del trabajo. La protección del trabajo perjudica siempre, porque suprime la iniciativa individual, porque desanima á los buscadores y porque obscurece y desnaturaliza las invenciones de los rivales. La historia de Persia suministra un gracioso ejemplo de las consecuencias del monopolio. Un alto dignatario fué promovido á las funciones de «gran almirante» sobre el lago de Ourmiah. Su primer cuidado fué decretar que su propia flotilla serviría en lo sucesivo todo el comercio de la cuenca: mandó desguazar todos los barcos que en el lago poseían los pescadores y los mercaderes, pero le faltó el dinero para construir sus barcos, y el lago quedó desierto. En nuestra Europa suceden las cosas de la misma manera con más frecuencia de lo que se cree, y no puede ser de otro modo, puesto que se parte del principio que la prosperidad de las industrias se adquiere por la carestía de los productos. Los constructores de armaduras ó de máquinas que han de expedirlas desde Lyon ó Saint-Etienne hasta el Extremo Oriente, no tienen interés en dirigirlas por Marsella: encuentran plazos más breves y precios de 20 á 40 por 100 más baratos dirigiéndolas por Amberes por las vías de Suiza y de Alemania [1]. Además pueden tener ventaja en hacer que viaje su mercancía por buque de Hamburgo.

Abolidos los monopolios, suelen renacer bajo nuevas formas, y lógicamente ha de suceder así, puesto que el principio subsiste en la gerencia de la sociedad. Admítese que la Revolución francesa abolió las aduanas interiores, que beneficiaban antes al Estado, á arrendatarios de impuestos, á los señores ó á las ciudades; pero los municipios urbanos, impulsados por el gobierno en esta funesta vía, han establecido esas aduanas á sus puertas con el nombre de impuesto de consumos, y el progreso consiste sólo en cambiar las antiguas denominaciones. Como quiera que sea, no puede menos de considerarse como un gran absurdo la exacción que se hace á las

[1] Mangini, *Compte-rendu de la Chambre de Commerce*, 1890, Lyon.

puertas de las ciudades sobre sus propios recursos y para su supuesto beneficio: es un círculo vicioso que no se recorre sin que haya en el camino pérdida de fuerza. Esas aduanas interiores, condenadas en principio hace ya mucho tiempo y, no obstante, casi impuestas por el gobierno á los municipios deseosos de deshacerse de ellas, tienen todos los inconvenientes, puesto que ponen trabas á la vez á



Cl. L. Cuisinier.

EL MERCADO DE SIGUIRI

la producción, á la circulación y al consumo. Además han sido establecidas sin ningún método y varían de ciudad á ciudad, cambiando según los géneros y las industrias. Económicamente son instituciones desastrosas; moralmente, acostumbran á sus empleados á los abusos de autoridad y á la rudeza, y á los ciudadanos á la bajeza de actitud, á la mentira y á la astucia. La mayor parte de los motines que en España han estallado en distintos puntos han tenido por origen las disputas entre campesinos y empleados de consumos; esa es la causa de que, cuando las discusiones se irritan,

simple inconveniente en comparación del daño que causa al genio mismo del hombre. El monopolio obtenido por la protección del Estado suele tener por consecuencia la pérdida de aquella misma industria que pretende favorecer y que se empobrece poco á poco porque ya no está animada por la pasión del trabajo. La protección del trabajo perjudica siempre, porque suprime la iniciativa individual, porque desanima á los buscadores y porque obscurece y desnaturaliza las invenciones de los rivales. La historia de Persia suministra un gracioso ejemplo de las consecuencias del monopolio. Un alto dignatario fué promovido á las funciones de «gran almirante» sobre el lago de Ourmiah. Su primer cuidado fué decretar que su propia flotilla serviría en lo sucesivo todo el comercio de la cuenca: mandó desguazar todos los barcos que en el lago poseían los pescadores y los mercaderes, pero le faltó el dinero para construir sus barcos, y el lago quedó desierto. En nuestra Europa suceden las cosas de la misma manera con más frecuencia de lo que se cree, y no puede ser de otro modo, puesto que se parte del principio que la prosperidad de las industrias se adquiere por la carestía de los productos. Los constructores de armaduras ó de máquinas que han de expedirlas desde Lyon ó Saint-Etienne hasta el Extremo Oriente, no tienen interés en dirigirlas por Marsella: encuentran plazos más breves y precios de 20 á 40 por 100 más baratos dirigiéndolas por Amberes por las vías de Suiza y de Alemania [1]. Además pueden tener ventaja en hacer que viaje su mercancía por buque de Hamburgo.

Abolidos los monopolios, suelen renacer bajo nuevas formas, y lógicamente ha de suceder así, puesto que el principio subsiste en la gerencia de la sociedad. Admítese que la Revolución francesa abolió las aduanas interiores, que beneficiaban antes al Estado, á arrendatarios de impuestos, á los señores ó á las ciudades; pero los municipios urbanos, impulsados por el gobierno en esta funesta vía, han establecido esas aduanas á sus puertas con el nombre de impuesto de consumos, y el progreso consiste sólo en cambiar las antiguas denominaciones. Como quiera que sea, no puede menos de considerarse como un gran absurdo la exacción que se hace á las

[1] Mangini, *Compte-rendu de la Chambre de Commerce*, 1890, Lyon.

puertas de las ciudades sobre sus propios recursos y para su supuesto beneficio: es un círculo vicioso que no se recorre sin que haya en el camino pérdida de fuerza. Esas aduanas interiores, condenadas en principio hace ya mucho tiempo y, no obstante, casi impuestas por el gobierno á los municipios deseosos de deshacerse de ellas, tienen todos los inconvenientes, puesto que ponen trabas á la vez á



Cl. L. Cuisinier.

EL MERCADO DE SIGUIRI

la producción, á la circulación y al consumo. Además han sido establecidas sin ningún método y varían de ciudad á ciudad, cambiando según los géneros y las industrias. Económicamente son instituciones desastrosas; moralmente, acostumbran á sus empleados á los abusos de autoridad y á la rudeza, y á los ciudadanos á la bajeza de actitud, á la mentira y á la astucia. La mayor parte de los motines que en España han estallado en distintos puntos han tenido por origen las disputas entre campesinos y empleados de consumos; esa es la causa de que, cuando las discusiones se irritan,

los edificios en que se hace la percepción arden en seguida, y cuando el motín estalla la multitud ataca á los representantes de la autoridad. Todo el mundo está de acuerdo sobre lo absurdo del sistema, y á pesar de todo el absurdo resiste á todos los asaltos. ¿No es grotesco ver una ciudad como París, cuyas murallas, con todo su aparato de fosos, escarpas, contra-escarpas y zona exterior no tienen actualmente otro empleo que el de barrera entre los proveedores del campo y los consumidores de la ciudad? ¡Costoso instrumento para objeto harto mezquino!

Es de prever que aduanas interiores y aduanas exteriores, tan funestas las unas como las otras, acabarán por ser arrastradas por el gran torbellino de la evolución general. Durarán mientras los Estados puedan conservar sus apariencias de autonomía bajo el dominio del capital triunfante. Los grandes industriales han hallado el medio de no sentir sus efectos. Para evitar las fronteras no tienen más que fundar sus fábricas en cada una de las comarcas que quieren proveer con sus productos: algunos cambios de nombre, otro libelado de los estatutos, empleados de nacionalidades diferentes y todo se arregla. Su fortuna les coloca sobre todas las leyes imaginadas contra sus antecesores: son bastante poderosos para exceptuarse de su cumplimiento, sin perjuicio de utilizarlas para librarse de sus concurrentes de inferior categoría. La liga de todos los consumidores del mundo no estaría de más para librarse de su dictadura.

La evolución del comercio desde las primeras edades nos muestra singulares contrastes. Comenzó por ser despreciado: fué una vergüenza traficar, y ahora es la gloria por excelencia. Según la antigua moral, el cambio sólo podía hacerse con el extranjero, puesto que el hermano de tribu tenía el derecho de tomar las cosas, y las tomaba en efecto. Los Buriatas de la Mongolia no venden ni compran en el interior de la comunidad [1]; jamás, ni aun en nuestros días, pagarán los servicios el uno del otro; nadie puede ser patrón ni criado. Los obreros kabilas, que, no obstante, conocen bien el valor del dinero, van de casa en casa á componer las herramientas

[1] Pierre Kropotkine, *L'entr'aide*.

y á fabricar los arados, no como asalariados, sino como huéspedes, porque las herramientas son cosas santas y sería una profanación tocar el «vil metal» después de haber cumplido esta obra noble de que depende el nacimiento del trigo [1].

En todos los países del mundo, sobre todo en medio de las comunidades rurales poco removidas por el gran movimiento mo-



Cl. del *Photochrom*.

NIJNYI-NOVGOROD Y EL PUENTE DE LA FERIA

En primer término la ciudad baja de Nijnyi-Novgorod, luego el Oka; en el fondo el Volga. La feria se celebra del 25 de Julio al 10 de Septiembre, entre los dos ríos. El puente de barcas tiene 900 metros de largo y sólo existe durante el verano.

derno, se encuentra esta práctica de la moral solidaria, que obliga á la ayuda mutua y prohibe el empleo del dinero entre vecinos y amigos.

Mas puesto que según la antigua definición, «el extranjero es el enemigo», parece natural que se le despoje: no solamente pagará lo que compre, sino que si se puede hacerle pagar el doble ó el triple de lo que vale el objeto vendido, el acto será meritorio según la moral de la tribu. ¡Cuántos hombres, aun entre las po-

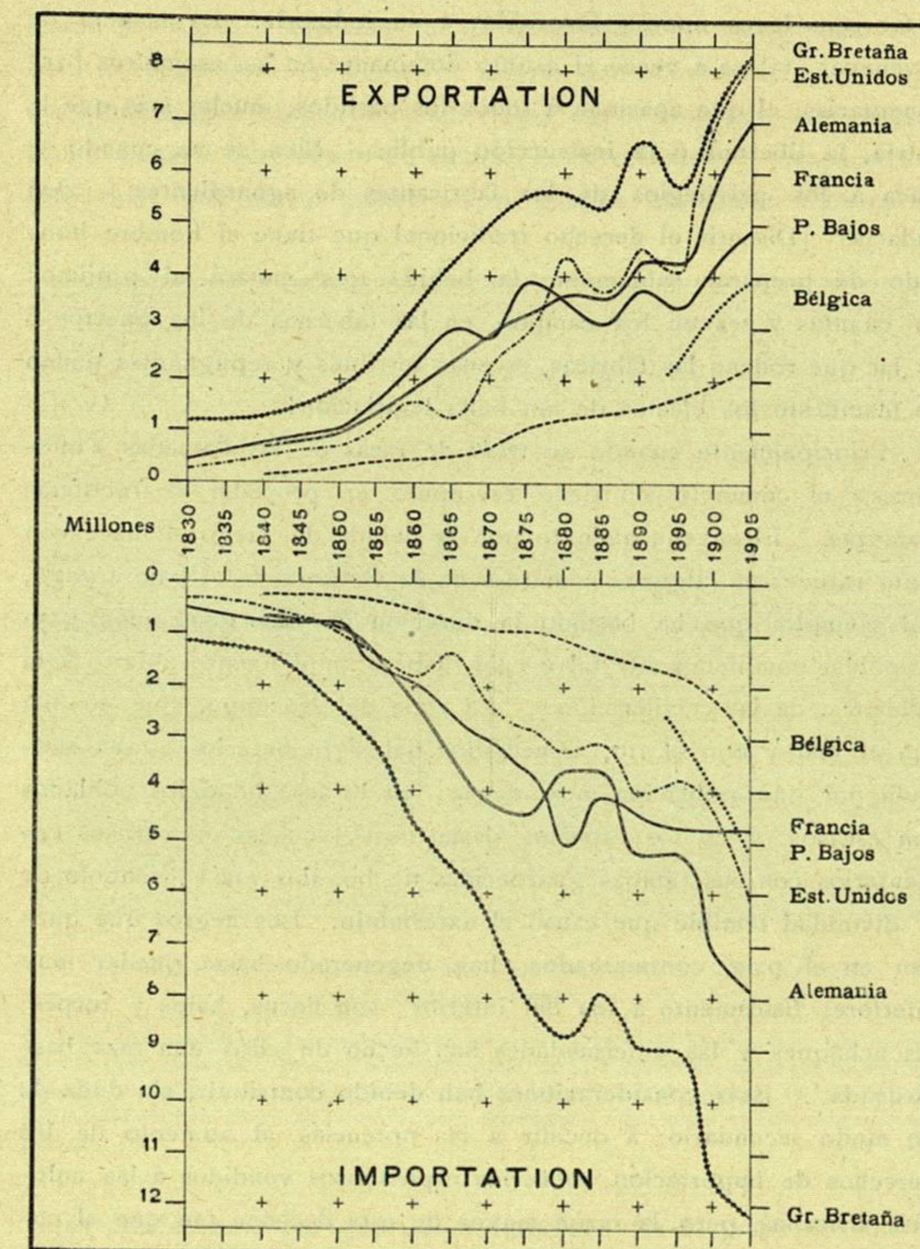
[1] Hanoteau y Letournieux, *La Kabylie*.

blaciones cultas, se atienen aún á esta concepción primitiva del comercio! Tómense como ejemplo los chalanes, que negocian generalmente con compradores extranjeros para la venta de sus caballos. El Auvernés que baja de la feria de Salers, conduciendo sus nobles bestias alimentadas con el graso pasto de las alturas, conoce perfectamente las cualidades y los defectos de su ganado, pero no deja de estar resuelto á hacer valer las unas y á ocultar ó atenuar los otros, arte que practica de una manera admirable, porque ningún tráfico se presta á la astucia como la venta de los animales. El comercio de bueyes hace del Auvernés el astuto mercader tan conocido, tan hábil para engañar con pequeños recursos, para defraudar al comprador sobre calidad y cantidad de los géneros que vende [1].

Como el principio del comercio es, por su misma naturaleza, esencialmente egoísta, indiferente á todo interés extranjero, inspirado hasta cierto punto por la hostilidad hereditaria sentida hacia las gentes de otra lengua y de otra raza, resulta que, todavía en nuestros días, la opinión pública y las leyes oficiales respetan al desgraciado que busca en el crimen, en el sistemático envilecimiento ajeno, los elementos de su fortuna. Ya no se censura á procuradores, abogados y magistrados que fomentan la manía de los pleitos, que la alimentan con interminables informes, discusiones y expedientes; venérase aún entre ellos á los que se juzgan dignos por el poder de revestir la toga roja, símbolo del derecho de derramar sangre; ríndese homenaje también al médico que alcanza gran fama practicando terribles operaciones sobre los cuerpos «viles» de los pobres del hospital, al general que adquiere sus entorchados y sus plumas de avestruz ordenando cargas contra negros ó contra huelguistas. Por último, aparte de esas altas clases de favorecidos, se cierran los ojos sobre las fechorías de los mercaderes de carne humana y de los envenenadores públicos, esperando que después de haber hecho fortuna se retiren á una suntuosa quinta y se entreguen devotamente bajo la dirección paternal de un digno eclesiástico á las delicias de la caridad cristiana. ¿No han sido arrasados, como si hubiera pasado por allí un ciclón, algunos distritos industriales por

[1] Edmond Demolins, *La Géographie sociale de la France*, «Science sociale», 1896, páginas 23 y siguientes.

N.° 580. Comercio de algunos grandes Estados.



Sólo se trata del comercio especial de cada país, sin contar las mercancías de tránsito. Antes de .875, las cifras de Alemania no son oficiales, á causa de la situación particular de las ciudades libres, que tenían su estadística particular. No suele concederse á las cifras de los Países Bajos la misma confianza que á las de los otros Estados.

el uso del aguardiente puro ó adulterado? Sin embargo, el vinatero, el destilador y el químico, autores de tal ruina, piden sus su-

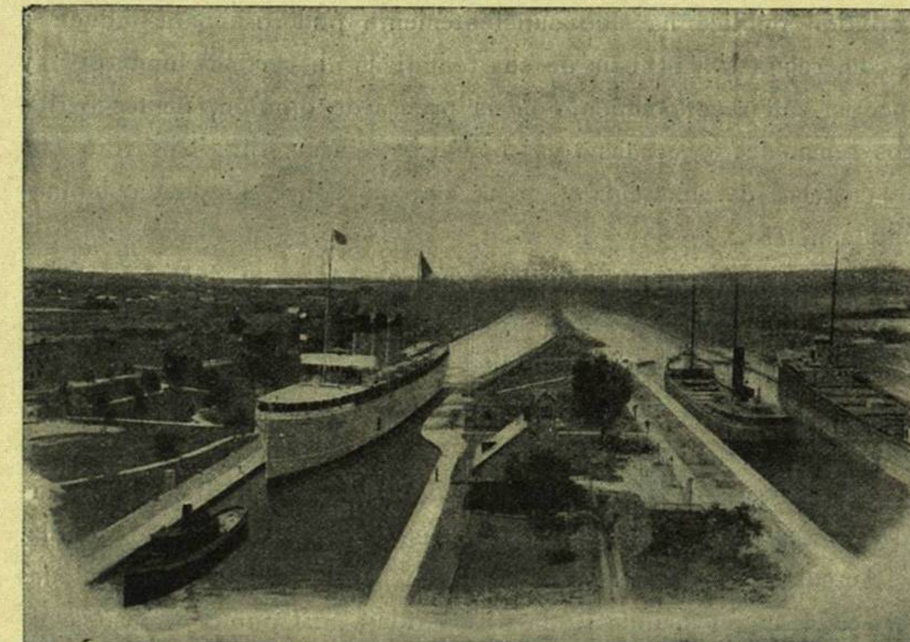
fragios á los infelices votantes para hacerse nombrar representantes y fabricar leyes nuevas favorables á su industria. La manera de envenenar, tal es á veces el asunto dominante en las asambleas parlamentarias, el que apasiona á todos los partidos, mucho más que la patria, la libertad ó la instrucción pública. Bien se ve cuando se ataca á los privilegios de los fabricantes de aguardientes. ¡Qué audacia! ¡Discutir el derecho tradicional que tiene el hombre honrado de preparar sabiamente la bebida que matará al prójimo! ¡Y cuántas veces en los campos, en las tabernas de los puertos ó en las que rodean las fábricas, escenas terribles y repugnantes ponen de manifiesto los efectos de tan bella legislación!

Principalmente cuando se trata de razas de las llamadas «inferiores» el comercio no tiene escrúpulo en proceder á fructíferas matanzas. El envenenamiento por la bebida de fuego se hace con tanta rapidez en algunas comarcas de la Oceanía y del bajo Congo, por ejemplo, que ha bastado la duración de una generación para despoblar completamente tal ó cual distrito ampliamente abierto á la influencia de la «civilización». La zona del Kacongo, que confina con el mar y con el río, á mediados del siglo anterior estaba ocupada por una población muy densa; en la actualidad los poblados son escasos, y en los espacios desiertos se suceden numerosos cementerios con sus tumbas guarnecidas de botellas vacías, símbolo de la divinidad temible que causó el exterminio. Los negros que quedan en el país, contaminados, han degenerado hasta quedar muy inferiores físicamente á los del interior; son flacos, bajos y torpes; los achaques y las enfermedades han hecho de ellos una raza bastardeada [1]. Esas consideraciones han debido contribuir, sin duda de un modo secundario, á decidir á las potencias al aumento de los derechos de importación sobre los espirituosos vendidos á las colonias africanas, pero la razón mayor de esta decisión fué que el comercio de los alcoholes acabó por destruir todos los demás comercios, primero suprimiendo la fuerza física y moral de los indígenas, después haciéndoles desaparecer.

No sólo el comercio en la práctica ordinaria es mentira y fraude,

[1] *Actes de la Conférence pour la révision du régime des spiritueux en Afrique, tenue à Bruxelles en 1899.*

sino también, por el innoble reclamo, el comercio es inutilidad, obsesión y fealdad. Mientras que en la industria, la competencia consiste en gran parte en descubrir nuevos procedimientos, en inventar máquinas mejor adaptadas á sus fines, en el comercio — excepción hecha del arte desplegado en el arreglo de muestras y escaparates — sólo tiene por efecto poner cierta palabra el mayor número de



ESCLUSAS DEL CANAL DE SAULT-SAINTE-MARIE, ENTRE EL LAGO SUPERIOR Y EL LAGO HURON

Entre las estadísticas de transporte por agua, las del canal de Sault acusan, con mucho, las cifras más elevadas. Para 1905 se llega al total de 44 millones de toneladas (6 millones en 1888, 21 millones en 1898), que importan dos mil millones de francos. Resulta el doble del movimiento del puerto de Londres, pero sería bueno saber cómo se han obtenido esas cifras.

veces posible ante los ojos del comprador. Es el prospecto distribuído en las calles y que cubre de una capa inmunda las aceras de nuestros barrios acreditados; es el anuncio luminoso, fijo ó con eclipse, blanco ó multicolor, que molesta la vista y fatiga el cerebro; es el cartel fijado en los campos, pintado en las rocas y en el fondo de las aguas, proyectado sobre las nubes y que desfigura los más bellos lugares del globo; es el anuncio, que triplica el peso de nuestros

diarios y lo invade todo desde la sexta página — y mucho más en los diarios ingleses y americanos — hasta la primera, y desarrolla todo cuanto de instintos perversos y de bestialidad latente contiene la humanidad. El reclamo, en fin, aumenta en grandes proporciones el trabajo de la Unión Postal Universal y eleva indebidamente á 30 y 40,000 millones el número de los envíos anuales [1]. Conviene, respecto al mercantilismo, mencionar la ciudad de Edimburgo, donde la opinión pública ha sido suficientemente poderosa para inducir á los comerciantes á desistir de sus tentativas de carteles luminosos, y á pensar con reconocimiento en la prensa de opinión, en los periódicos semanales y en las tres ó cuatro revistas que han roto con todo sistema de anuncios y no se apoyan sobre ninguna combinación financiera.

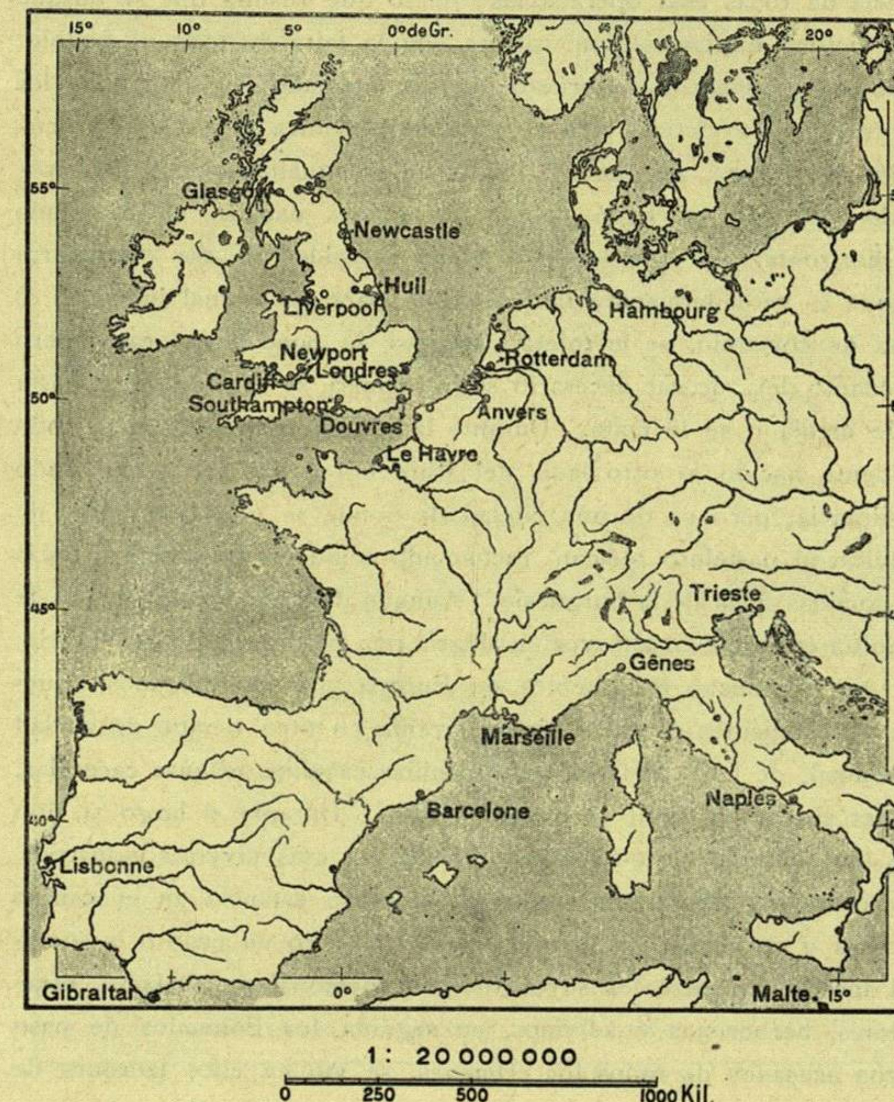
Por sus ocupaciones inútiles, entorpecedoras y dañosas, el comercio «hace vivir» á una multitud de gentes, pero la sociedad ganaría mucho más manteniéndoles sin hacer nada, y aprendiendo á dirigir su actividad hacia los trabajos de mejora del suelo. Cuando la humanidad se desembarace de tanto explotador, los reformadores y utopistas estarán á punto de no pedir á cada adulto de la ciudad futura más que tres ó cuatro horas de trabajo inteligente al día.

Actualmente, en cada país, se toma la cifra de las transacciones comerciales como medida de la prosperidad. El punto de vista contrario sería más lógico: cuanto mejor se utiliza el suelo por los habitantes, menor es la necesidad de hacer que viajen los géneros; cuanto más inteligente es el trabajo de sus fábricas, menor es el cambio de los productos. En vez de considerarse el comercio como un fetiche, conviene que cada grupo humano estudie cuál sería la mejor aplicación de las fuerzas naturales de que dispone y de su propia actividad, repartiéndolas luego con sagacidad entre la agricultura, la industria y el comercio.

El comercio, que conduce á la fortuna, no deja de asegurar la consideración al comerciante; sin embargo queda algo de la antigua moral, que prohibía al hermano vender al hermano, al ciudadano

[1] En 1901, el número de los envíos por correo fué de 30,000 millones, y aumenta considerablemente cada año.

N.° 581. Principales puertos de la Europa occidental.



La importancia de los puertos se caracteriza en este mapa por el tonelaje de los barcos, cargados ó en lastre, á la entrada, sin cabotaje. Los puertos cuyos nombres están inscritos en el mapa reciben más de 3.000,000 de toneladas; los que están indicados por un punto abierto, más de 2.000,000; los marcados con un punto negro, á lo menos 1.000,000. Conviene observar que hay divergencias notables en la manera con que la estadística de los puertos está establecida en los diversos países, y que la importancia real no deberá tener en cuenta más que las mercancías manipuladas en los muelles y no la de paso.

Como quiera que sea, he aquí los puertos del globo para los cuales el tonelaje á la entrada, sin cabotaje, fué más considerable en 1905 (millones de toneladas): Londres 18'7; Suez 18'3; Constantinopla 15'3; Liverpool 14; Cardiff 11'8; Hamburgo 10'4; New-York 10'2; Hong-kong 9'8; Amberes 9'8; Singapur 9'4; Newcastle 9'2; Marsella 7'7; Rotterdam 7'6; Montevideo 6'8; Génova 6'4. Vienen después (ó ¿antes? Changhai), Nápoles, Boston, Hull, Glasgow, Lisboa, etc.

diarios y lo invade todo desde la sexta página — y mucho más en los diarios ingleses y americanos — hasta la primera, y desarrolla todo cuanto de instintos perversos y de bestialidad latente contiene la humanidad. El reclamo, en fin, aumenta en grandes proporciones el trabajo de la Unión Postal Universal y eleva indebidamente á 30 y 40,000 millones el número de los envíos anuales[1]. Conviene, respecto al mercantilismo, mencionar la ciudad de Edimburgo, donde la opinión pública ha sido suficientemente poderosa para inducir á los comerciantes á desistir de sus tentativas de carteles luminosos, y á pensar con reconocimiento en la prensa de opinión, en los periódicos semanales y en las tres ó cuatro revistas que han roto con todo sistema de anuncios y no se apoyan sobre ninguna combinación financiera.

Por sus ocupaciones inútiles, entorpecedoras y dañosas, el comercio «hace vivir» á una multitud de gentes, pero la sociedad ganaría mucho más manteniéndoles sin hacer nada, y aprendiendo á dirigir su actividad hacia los trabajos de mejora del suelo. Cuando la humanidad se desembarace de tanto explotador, los reformadores y utopistas estarán á punto de no pedir á cada adulto de la ciudad futura más que tres ó cuatro horas de trabajo inteligente al día.

Actualmente, en cada país, se toma la cifra de las transacciones comerciales como medida de la prosperidad. El punto de vista contrario sería más lógico: cuanto mejor se utiliza el suelo por los habitantes, menor es la necesidad de hacer que viajen los géneros; cuanto más inteligente es el trabajo de sus fábricas, menor es el cambio de los productos. En vez de considerarse el comercio como un fetiche, conviene que cada grupo humano estudie cuál sería la mejor aplicación de las fuerzas naturales de que dispone y de su propia actividad, repartiéndolas luego con sagacidad entre la agricultura, la industria y el comercio.

El comercio, que conduce á la fortuna, no deja de asegurar la consideración al comerciante; sin embargo queda algo de la antigua moral, que prohibía al hermano vender al hermano, al ciudadano

[1] En 1901, el número de los envíos por correo fué de 30,000 millones, y aumenta considerablemente cada año.

N.º 581. **Principales puertos de la Europa occidental.**



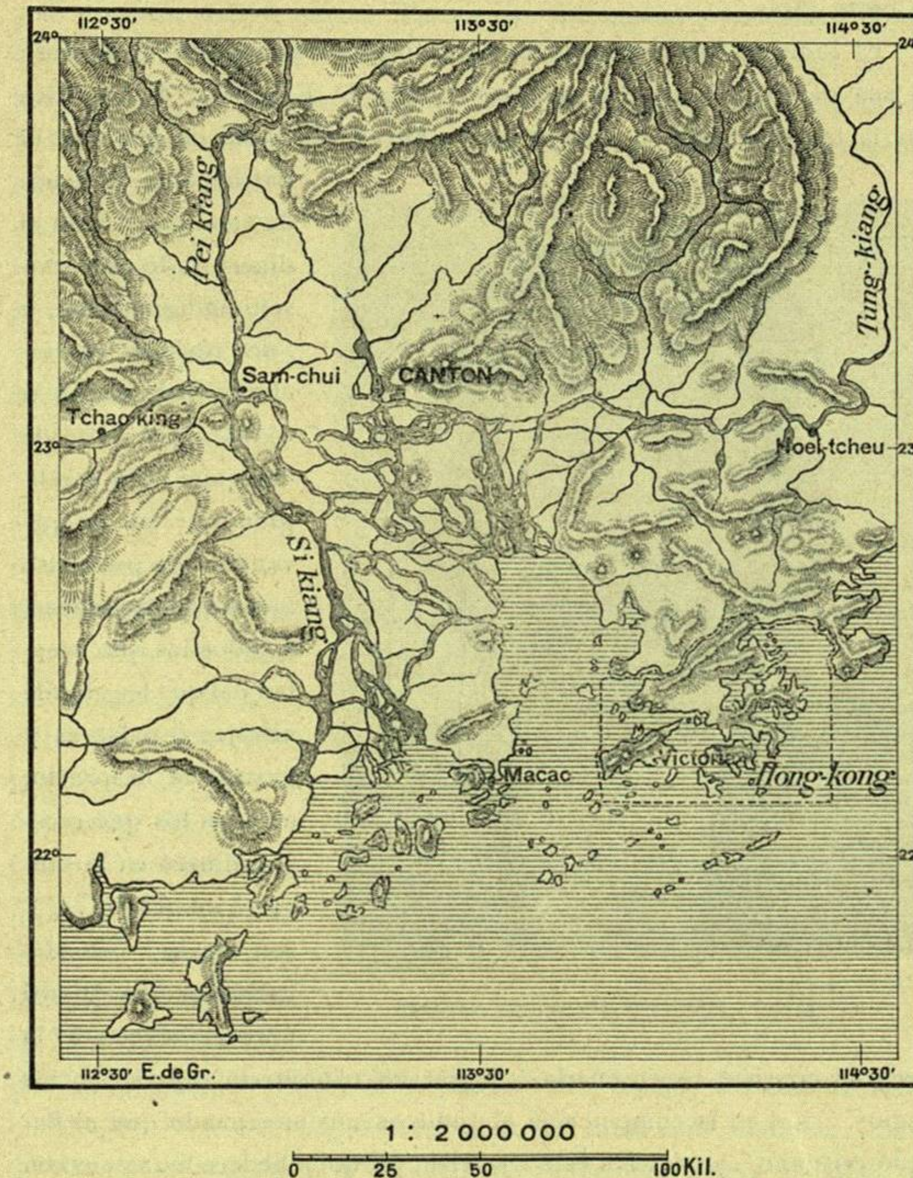
La importancia de los puertos se caracteriza en este mapa por el tonelaje de los barcos, cargados ó en lastre, á la entrada, sin cabotaje. Los puertos cuyos nombres están inscritos en el mapa reciben más de 3.000,000 de toneladas; los que están indicados por un punto abierto, más de 2.000,000; los marcados con un punto negro, á lo menos 1.000,000. Conviene observar que hay divergencias notables en la manera con que la estadística de los puertos está establecida en los diversos países, y que la importancia real no deberá tener en cuenta más que las mercancías manipuladas en los muelles y no la de paso.

Como quiera que sea, he aquí los puertos del globo para los cuales el tonelaje á la entrada, sin cabotaje, fué más considerable en 1905 (millones de toneladas): Londres 18'7; Suez 18'3; Constantinopla 15'3; Liverpool 14; Cardiff 11'8; Hamburgo 10'4; New-York 10'2; Hong-kong 9'8; Amberes 9'8; Singapur 9'4; Newcastle 9'2; Marsella 7'7; Rotterdam 7'6; Montevideo 6'8; Génova 6'4. Vienen después (ó ¿antes? Changhai), Nápoles, Boston, Hull, Glasgow, Lisboa, etc.

traficar con otro ciudadano, y se resiente en el fondo una mala conciencia de todas esas operaciones; de lo que resulta que se busque una víctima expiatoria que cargue con la falta de todo el pueblo, como antiguamente el carnero Azazel, arrojado del campo de los Hebreos. Esta víctima será el extranjero, contra el cual, á la acusación de fraude, se pueden añadir todas aquellas que se han reunido de siglo en siglo contra las gentes nacidas al otro lado del horizonte. En tanto que se tiene necesidad de ese extranjero, porque es verdaderamente indispensable para tal ó cual industria ó rama de comercio, se le tolera, hasta se le pone buena cara; pero en cuanto deja de ser necesario se le expulsa, se le persigue y hasta se le arroja ó se le mata. Durante la guerra franco-alemana, todo residente nacido al otro lado del Rhin era brutalmente expulsado de Francia, pero sé de una ciudad de donde se guardaron bien de expulsar al pastelero alemán, reconocido como indispensable á todas las comidas finas de la burguesía. Aunque de mala gana, hasta se le permitía expresar en alta voz su alegría por las desgracias de Francia.

Así han hecho los pueblos de Europa con los Tziganos, aquellos descendientes de casta hindu, errante en otro tiempo de ciudad en ciudad, de feria en feria, para cambiar caballos, estañar cacerolas, vender simples y decir la buena ventura. Durante el largo tiempo que los nómadas fueron los más hábiles en esas diversas industrias, fué necesario tolerar su paso y su breve estancia en el campo de feria ó en algún campo más inmediato; pero en cuanto la sociedad local tuvo entre los suyos todo un personal de chalanes, estañadores, herboristas y adivinos, en seguida los Bohemios de paso fueron acusados de todos los crímenes, se vió en ellos ladrones de caballos y sobre todo raptores de mujeres y niños. Sospechosos y desacreditados, expulsados de los municipios rurales, perseguidos en villas y ciudades, no les quedaba, so pena de muerte por inanición, otro recurso que procurar confundirse en el proletariado por la dispersión. Además eran tenidos por tan poca cosa, que las leyes no parecen hechas para ellos; se les encarcelaba ó deportaba por medida administrativa; muchos de ellos, bajo el segundo imperio napoleónico, fueron expedidos á la Guyana, de donde no volvieron. Al menos en la Europa oriental se les ha respetado más á causa

N.º 582. Hong-kong y Cantón.



1 : 2000000

0 25 50 100 Kil.

En 1905 entraron en Hong-kong 8,555 barcos con 9.863,325 toneladas registradas. Añadiendo el cabotaje (16,709 juncos y 900 vapores), se llega á 11.328,015 toneladas á la entrada. Se carece naturalmente de estadística del puerto de Cantón. El territorio inglés está marcado por un rasgo discontinuo.

de su gran número: en Hungría, donde son cerca de cien mil y donde su talento musical les hace absolutamente indispensables en todas las fiestas y bodas de las villas, se les ha fijado al suelo por la

fuerza, dándoles tierras que acaban por cultivar como sus vecinos de otras razas.

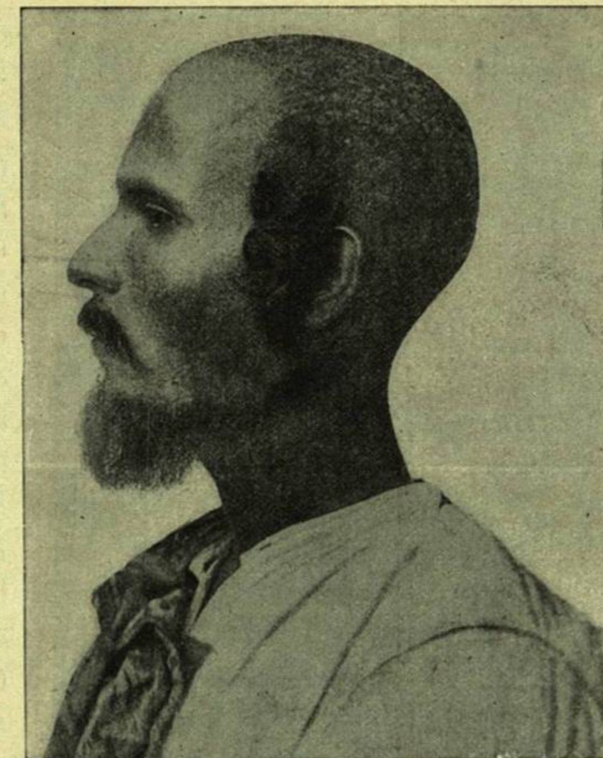
El Judío es también otro de esos odiados extranjeros, no á causa de sus defectos de que el supuesto Ario de Europa ó de América estaría indemne, sino precisamente en virtud del vicio de que con él participa. Se le acusa de amar demasiado el dinero y de procurárselo indignamente, y ¿no podría reprocharse eso mismo á todos aquellos, de cualquier raza ó religión que sean, que venden con peso falso mercancías averiadas, á todos los que aceptan del que les alquila ultrajes ó palabras y gestos de desprecio, á todos los que recogen dinero en la sangre ó en el lodo? ¡Y son legión! La educación que se da casi universalmente á la juventud consiste en enseñarla á lograr un triunfo sin reparar en los medios. Y si en la competencia el Judío es más afortunado que el llamado cristiano, ¿no detesta éste á su rival porque obedece á una envidia de esclavo? Se le odia á la vez por sus villanías personales y por las que se cometen procurando adelantarle en la carrera hacia la fortuna.



Cl. Emil Schmidt.

JUDÍO BLANCO, MERCADER EN COCHIN, MALABAR

El hecho de estar separados por signos distintivos de los demás ciudadanos ó súbditos de un país, señala á los Israelitas á los odios de la multitud. En efecto, aunque no posean territorio en común y no hablen el mismo idioma, los Judíos constituyen en cierto concepto una nación, puesto que tienen conciencia de un pasado colectivo de alegrías y sufrimientos, el depósito de tradiciones idénticas y la creencia más ó menos ilusoria de un mismo parentesco. Unidos por el nombre se reconocen como formando un solo cuerpo, si no nacional, al menos religioso, en medio de los otros hombres. Desde China á California, desde Antioquía á Inglaterra y á Marruecos, practican cierta solidaridad. Pero las diferencias son muy grandes entre los diversos centros de agrupación, Polonia, Palestina, Macedonia, Holanda. Tantos países, tantas lenguas diferentes, y sólo la centésima parte á lo sumo conoce el idioma en que están escritos los libros sagrados. Los Judíos dependen, según las comarcas que habitan, de los gobiernos más diferentes; en ciertos países toman parte en la vida política, en otros son completamente excluídos de ella; en fin, á pesar de todo lo que se ha supuesto, pertenecen á las razas más distintas. Allá donde una misma fe y la solidaridad económica llegan á faltar, la comunidad de nación cesa también. Antiguamente el proselitismo religioso hizo los Judíos. En nuestros días la indiferencia los deshace. Innumerables son en nuestras sociedades modernas los que, habiendo nacido Judíos, han cesado de serlo.

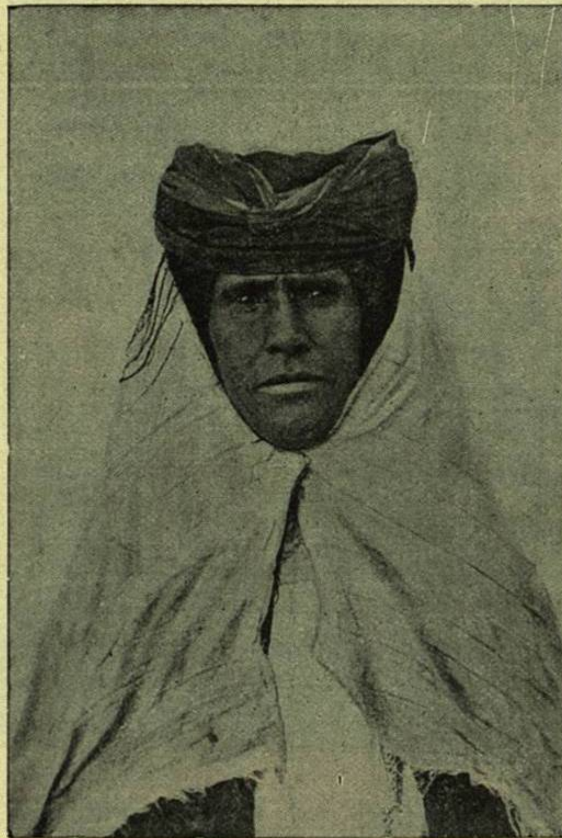


Cl. Emil Schmidt.

JUDÍO NEGRO, OBRERO EN COCHIN, MALABAR

Sin detenerse en las impresiones personales que reproducen los viajeros ni en las afirmaciones más ó menos precisas que transmiten los mismos Judíos, cegados por su nacionalismo, los etnólogos

modernos estudian los cráneos y demás caracteres antropológicos presentados por los supuestos Israelitas de las diversas comarcas, y sucede que resulta precisamente que las cabezas judías no se parecen á las de los Arabes propiamente dichos, es decir, á los Semitas por excelencia, que residen en la misma península de Arabia y en las comarcas vecinas, especialmente al norte de Africa. En efecto, los Arabes se relacionan por el tipo con los negroides; la parte posterior de su cráneo está muy desarrollada. Por otra parte, los Judíos del Cáucaso son casi todos braquicéfalos y su índice medio varía de 80 á 83; es decir, esos caracteres se parecen á los de las poblaciones en cuyo medio residen (Ikov). El mismo fenómeno se encuentra en todos los países del mundo donde hay Judíos establecidos. El Judío polaco tiene la cabeza del Polaco; el Judío portugués tiene la cabeza del Portugués. Hasta la forma de la nariz aguileña, que se ha convenido generalmente en atribuir á los Judíos, ni la curva en forma de 6 del ala nasal son más comunes entre los hombres de la religión mosaica que entre sus vecinos [1].

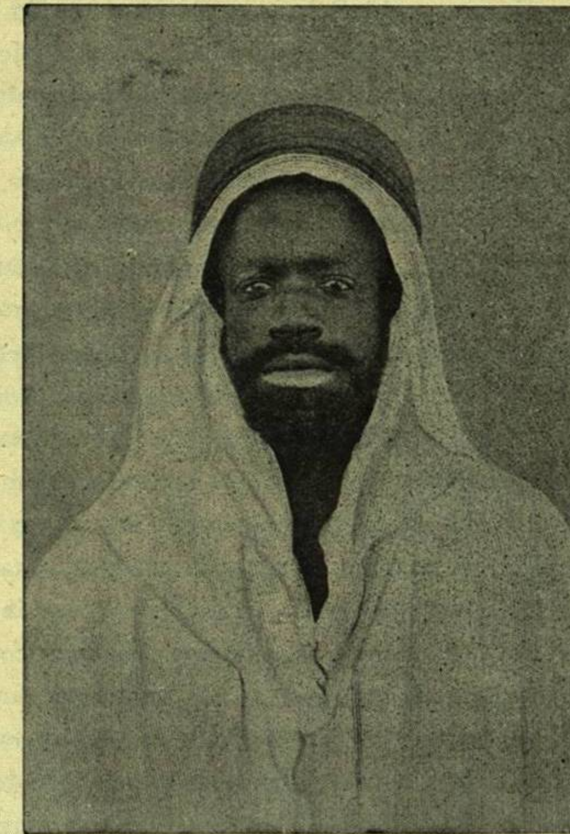


Cl. del *Globus*.

MUJER ÁRABE DE EL-GOLEA

Y sin embargo, hay diferencias, no solamente físicas sino también morales; no tienen la importancia fundamental que suele imaginarse, pero si hay tendencia natural á exagerarlas es porque existen. La cuestión está en saber si esas diferencias provienen de la raza ó son explicables por las condiciones económicas. Por ejemplo, los Judíos son casi generalmente de menor estatura que los pueblos entre los cuales viven. Pero ¿no está la estatura en relación directa con el bienestar, y no se observan en todas las partes de una misma población esos contrastes de talla en razón misma de la facilidad de la existencia? En Inglaterra, los Israelitas enriquecidos hace ya generaciones, se han sustraído á esa supuesta ley de una inferioridad de estatura, y no se ha comprobado que sean á este respecto inferiores á los Ingleses cristianos. Los Judíos pobres, no sólo son demasiado pequeños, relativamente á la normal, sino que tienen menor capacidad en los pulmones y la amplitud de su pecho no alcanza el término medio: evidentemente esa tara fisiológica es debida á una alimentacion insuficiente durante muchas generaciones; pero también los Judíos, acostumbrados á la sobriedad forzosa, han obtenido la ventaja de acomodarse más fácilmente al medio y de vivir más años que sus vecinos. De 100 Americanos, la mitad no llegan á 47 años, en tanto que la mitad de los Judíos de los Estados Unidos llegan á 71; de 1.000 niños americanos, 453 mueren antes de la edad de siete años y solamente 217 niños judíos.

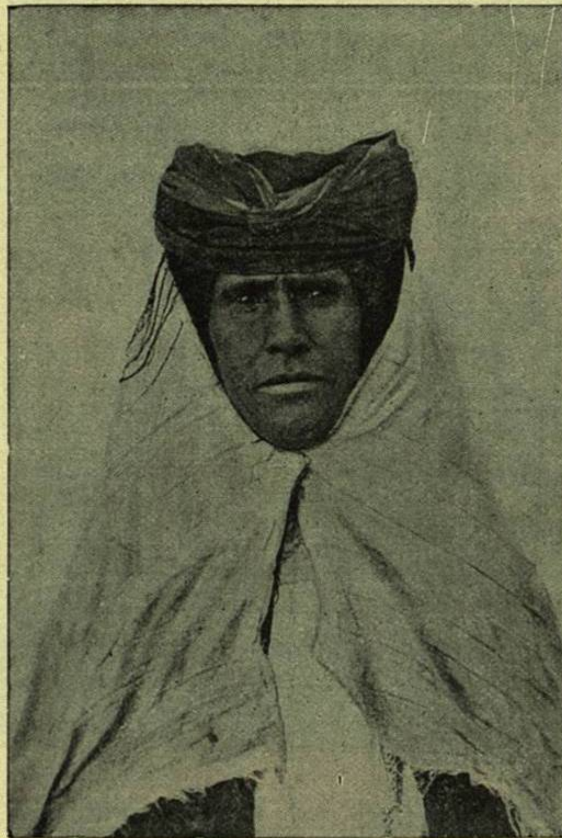
[1] Meyer, Kopernicki; William Ripley, *Racial Geography of Europe, Apleton Science Monthly*, 1898 y 1899.



Cl. del *Globus*.

CHAAMBA DE EL-GOLEA

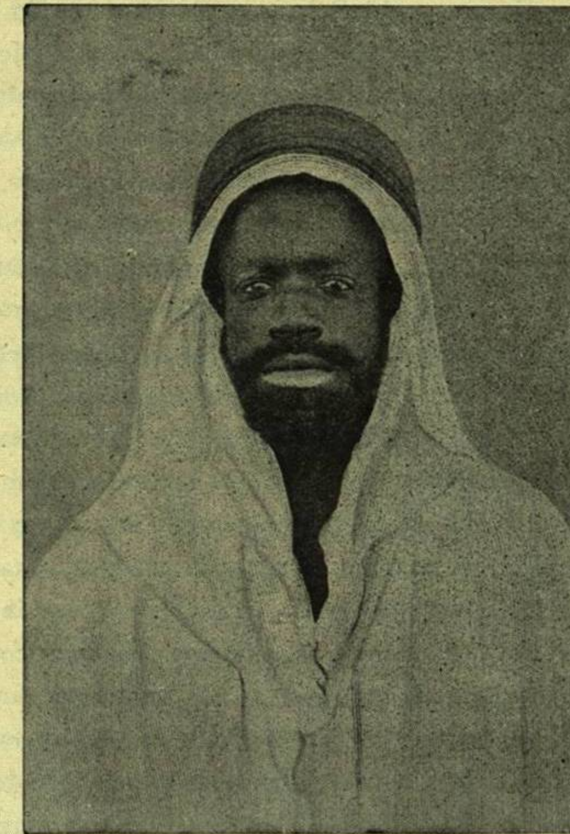
modernos estudian los cráneos y demás caracteres antropológicos presentados por los supuestos Israelitas de las diversas comarcas, y sucede que resulta precisamente que las cabezas judías no se parecen á las de los Arabes propiamente dichos, es decir, á los Semitas por excelencia, que residen en la misma península de Arabia y en las comarcas vecinas, especialmente al norte de Africa. En efecto, los Arabes se relacionan por el tipo con los negroides; la parte posterior de su cráneo está muy desarrollada. Por otra parte, los Judíos del Cáucaso son casi todos braquicéfalos y su índice medio varía de 80 á 83; es decir, esos caracteres se parecen á los de las poblaciones en cuyo medio residen (Ikov). El mismo fenómeno se encuentra en todos los países del mundo donde hay Judíos establecidos. El Judío polaco tiene la cabeza del Polaco; el Judío portugués tiene la cabeza del Portugués. Hasta la forma de la nariz aguileña, que se ha convenido generalmente en atribuir á los Judíos, ni la curva en forma de 6 del ala nasal son más comunes entre los hombres de la religión mosaica que entre sus vecinos [1].



Cl. del *Globus*.

MUJER ÁRABE DE EL-GOLEA

Y sin embargo, hay diferencias, no solamente físicas sino también morales; no tienen la importancia fundamental que suele imaginarse, pero si hay tendencia natural á exagerarlas es porque existen. La cuestión está en saber si esas diferencias provienen de la raza ó son explicables por las condiciones económicas. Por ejemplo, los Judíos son casi generalmente de menor estatura que los pueblos entre los cuales viven. Pero ¿no está la estatura en relación directa con el bienestar, y no se observan en todas las partes de una misma población esos contrastes de talla en razón misma de la facilidad de la existencia? En Inglaterra, los Israelitas enriquecidos hace ya generaciones, se han sustraído á esa supuesta ley de una inferioridad de estatura, y no se ha comprobado que sean á este respecto inferiores á los Ingleses cristianos. Los Judíos pobres, no sólo son demasiado pequeños, relativamente á la normal, sino que tienen menor capacidad en los pulmones y la amplitud de su pecho no alcanza el término medio: evidentemente esa tara fisiológica es debida á una alimentacion insuficiente durante muchas generaciones; pero también los Judíos, acostumbrados á la sobriedad forzosa, han obtenido la ventaja de acomodarse más fácilmente al medio y de vivir más años que sus vecinos. De 100 Americanos, la mitad no llegan á 47 años, en tanto que la mitad de los Judíos de los Estados Unidos llegan á 71; de 1.000 niños americanos, 453 mueren antes de la edad de siete años y solamente 217 niños judíos.



Cl. del *Globus*.

CHAAMBA DE EL-GOLEA

[1] Meyer, Kopernicki; William Ripley, *Racial Geography of Europe, Apleton Science Monthly*, 1898 y 1899.

El hecho es constante: los 2,000 Judíos de quienes Ripley da las medidas presentan, no el tipo semítico semejante al del Arabe, sino el de los pueblos entre los cuales viven y con los cuales se han mezclado físicamente. Es, pues, ciertamente inadmisible que se hable de los Judíos como de un pueblo de raza pura y que se les oponga como «Semitas» á los supuestos «Arios» que representan los Europeos de Oriente y Occidente. En la época del fervor religioso, los adoradores del Dios único predicaban su fe con la pasión del entusiasmo, y con frecuencia las multitudes fueron arrastradas en pos suyo, aportando nuevos elementos étnicos á la asamblea de los creyentes. De ese modo los Armenios, siguiendo el ejemplo de sus reyes, se introdujeron en multitud en el mundo judío, al cual se asemejaban por sus costumbres nómadas y sus prácticas comerciales. Después otros «Judíos», por centenares de miles, que no eran sino los Khazares de las regiones del Don, del Volga y del Dniepr, se convertían á la religión de Moisés, que disputaban entonces la dominación de la Europa oriental al Islam y al culto de los cristianos. Así también tuvieron lugar conversiones en masa á la fe judía en la Mauritania, y, en cuanto á las adhesiones individuales, se produjeron en todo tiempo hasta en las épocas de persecución; aun en nuestros días de plena indiferencia podrían citarse algunas. El carácter realmente democrático y popular del judaísmo le ha dado esta fuerza de atracción que ha poseído siempre á pesar de los odios con que siempre ha sido perseguido. Se sabe que en el siglo VIII, unos Judíos de Babilonia que se rebelaron contra el despotismo de los sacerdotes, que querían imponer sus interpretaciones personales como de inspiración divina, constituyeron la secta de los Karaitas, que reivindicaron siempre con energía su derecho de estudio y de exégesis individuales. Pues á este respecto, todas las sinagogas judías, á excepción de las que cayeron en la inercia, han sido algo karaitas. La conexión de los Judíos á través de los siglos y en todos los países del mundo, se ha conservado por la anulación relativa de los sacerdotes. Los rabinos apenas tienen carácter sagrado, son más bien unos «primeros entre los pares». De ahí ha resultado que el conjunto de la nación ha podido conservar su ductilidad y su elasticidad, acomodarse al medio cambiante, vivir, en una palabra. Momificados con unos sacerdotes en una doctrina y una política inmutables, no hubieran podido pasar los malos días de la Edad Media [1].

Unidos por la religión, constituídos por ella en nación seminómada que tiene sus lugares de agrupación en todos los centros de civilización, los Judíos han sido conservados y, por decirlo así, forjados y soldados por las condiciones económicas. El solo hecho de tomar el mismo nombre, á pesar de la diferencia de los orígenes, de participar en las mismas ceremonias, de aplicar en sus relaciones un mismo método y de mostrarse solidarios ante las otras naciones, no podía á la larga más que terminar dando caracteres comunes á todos los que se llaman hermanos en Israel: de la diversidad primitiva surgió forzosamente una apariencia de unidad. Además, conviene tener en cuenta el nacimiento y desarrollo de un tipo profesional, que se ha formado gradualmente entre los Judíos á consecuencia de las ocupaciones análogas á que se habían condenado por el medio. Donde quiera que se presentaban, su calidad de extranjeros les hacían naturalmente sospechosos á la población dominante, se agrupaban espontáneamente en las ciudades donde hallaban más facilidad para el ejercicio de sus oficios y donde tenían al mismo tiempo más probabilidades de librarse de las groseras manifestaciones del odio popular.

De hecho ó en derecho legal, les estaba prohibido el trabajo de la tierra, y de generación en generación, durante siglos y siglos olvidaron el cultivo del suelo que sus antepasados, los Beni-Israel, habían practicado antiguamente en los valles de la Tierra Prometida. Para ellos, la ocupación por excelencia fué la que habían aprendido de sus patronos los Fenicios en todos los puertos del Mediterráneo: movilizaban las fortunas facilitando las transacciones; prestaban y tomaban prestado por cuenta de tercero; servían de intermediarios y banqueros á los cristianos que querían ocultar su haber para sustraerle á las exigencias del Estado ó á la rapacidad de los señores y de los sacerdotes. Muchos Judíos que no tenían recursos suficientes para ocuparse en administrar negocios ajenos,

[1] Chmerkin, *Conséquences de l'antisémitisme en Russie.*

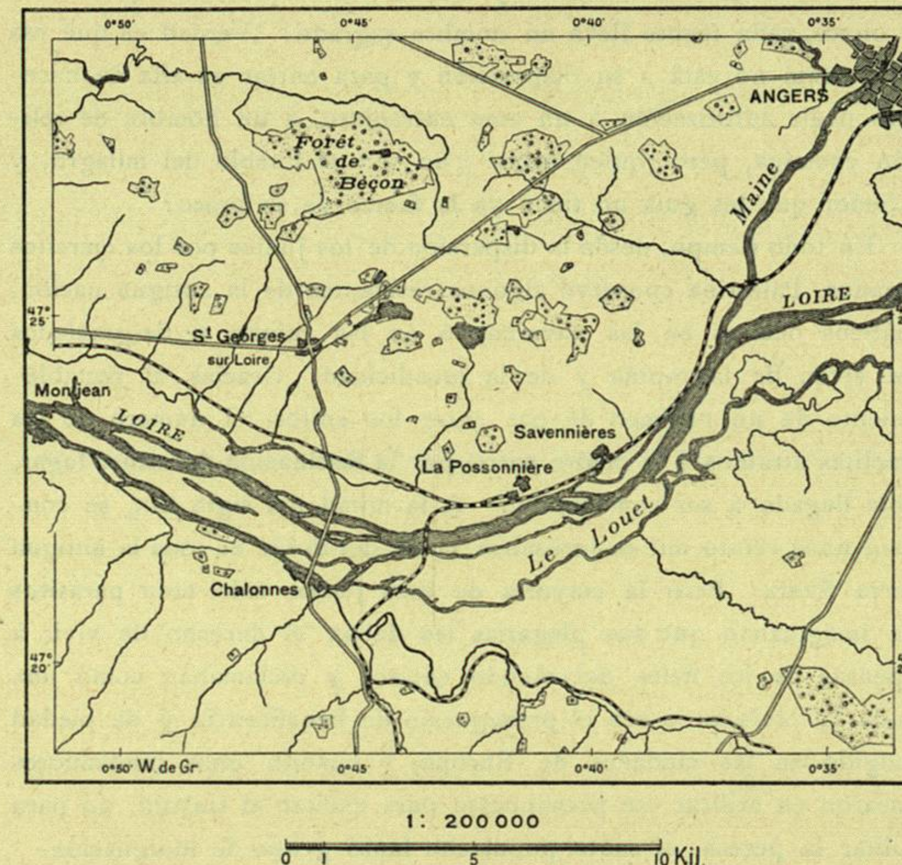
recurría[1] á los oficios de joyero y de cambiante, que eran casi imposibles á residentes cristianos, porque para el transporte de monedas y de las materias preciosas era indispensable corresponder con hombres de confianza en todos los países extranjeros, y únicamente los Israelitas gozaban de este privilegio que les daba el cosmopolitismo. En cuanto al grueso de las comunidades judías, necesitaban ingeniarse para vivir, sobre todo de esos oficios que pueden ejercerse en las propias viviendas para evitar los gritos y los ultrajes. Pero los beneficios de esos pequeños trabajos son mínimos, y la lucha por la vida sería de las más difíciles para los Judíos proletarios si el exceso de la desgracia no les hubiera obligado á una gran solidaridad.

El corto número de oficios y de profesiones ejercidas por los Judíos, y sobre todo la importancia mayor dada en su existencia al comercio del dinero, ha contribuído en gran parte á crearles un tipo particular que permite frecuentemente distinguirles entre los demás elementos étnicos y sociales. La moral profesional, que se conserva durante gran número de generaciones y que se fortifica de padre á hijo y de abuelo á nieto sin ser neutralizada ó combatida por otra moral profesional, acaba por adquirir una potencia indominable[1]; el amor del lucro sin escrúpulo acaba por manifestarse en cada mirada, en cada gesto, en cada expresión de los rasgos y movimientos del cuerpo. Millones de caricaturas representan al Judío con las manos ganchudas, sonrisa zalamera y nariz de papagayo; pero no es ese el tipo de raza: ha de verse en él una deformación temporal destinada á desaparecer con las causas que le han hecho nacer, es decir, con las condiciones de la propiedad y la concurrencia comercial. «El ghetto, se ha repetido muchas veces, ¡el ghetto ha hecho el Judío!» Al abrir las rejas del lugar maldito se le ha desjudaizado la mitad.

Pero es tan fácil comprender que, libertado y hasta promovido al rango de ciudadano en las mismas condiciones que las gentes de los demás cultos, el Judío quiere también librarse del oprobio que continúa pesando sobre los libertos, y en tanto que la masa de los Israelitas se limita á acomodarse lo mejor que puede á las circunstancias, y cuenta con la «paciencia y la duración del tiempo», grandes reparadores de las injusticias, algunos incontestables descendientes de banqueros y de rabinos judíos tratan bajamente de deslizarse entre los cristianos para que se olvide su origen; pero otros más dignos permanecen orgullosos de su pasado, reivindican altamente su nombre, se adhieren á sus leyendas y, aunque han cesado de creer, se consideran pertenecientes á la religión antigua.

[1] Ed. Hartmann, *Das Judenthum*.

N.° 583. Trabajos del Loira navegable.



De Julio 1904 á Octubre 1907 los trabajos efectuados entre la desembocadura del Maine y Montjean (24 kilómetros) han asegurado un canal de 1'40 metros de profundidad en las aguas bajas, donde antes existían numerosos escollos cubiertos solamente con algunos centímetros de agua. La plantación de espigones laterales y la excavación del canal, por el brazo del Guillemette que pasa delante de Savennières, después en la parte inferior del puente del ferrocarril, por el de Chalonnes, sólo han costado 1.160,000 francos. En la parte inferior de La Possonnière, el brazo norte tomaba de 80 á 85 por 100 del caudal del Loira, pero la presencia en el brazo sud de una mina de hulla antracitosa y de hornos de cal han obligado al canal navegable á seguir esta última vía.

Muchos de esos Judíos, demasiado patriotas para solidarizarse con gentes de otras razas, han intentado crearse una patria material, con leyes especiales y fronteras. ¿Y qué país puede convenir para patria de los Judíos sino la misma Judea, la «tierra de Promisión», donde existió el templo de Salomón y donde cada roca, cada plantación de olivos, cada fuente lleva un nombre sagrado? Verdad es que esa tierra santa no está á su disposición y para entrar en ella es necesario pedir autorización á un amo extranjero, á un hombre de religión enemiga, pero ¡quién sabe! ¿no son el Pueblo del milagro, y el Señor que les guía no tiene ya la fuerza de su brazo?

En todo tiempo, desde la dispersión de los Judíos por los ejércitos romanos, Palestina conservó algunos residentes de la antigua nación, fanáticos ocultos en las cavernas ó en las ruinas, ó desgraciados que viven de la rapiña y de la mendicidad. Gracias al restablecimiento de un régimen de paz entre los cultos, el número de los Israelitas atraídos á la madre patria por la fascinación del santo lugar, había llegado á ser considerable. A la mitad del siglo XIX, se contaban unos veinte mil en Jerusalem, cerca del doble en toda la antigua Tierra Santa. Pero la mayoría de esos Judíos sólo eran parásitos que imaginaban que sus plegarias les daban el derecho de vivir á expensas de los fieles del mundo entero, y reclamaban como una deuda la *chaluka*, ó sea el presupuesto de beneficencia y de piedad recogido en las ciudades de Europa, y cuando unos innovadores pensaron en utilizar ese presupuesto para excitar al trabajo, no para facilitar la pereza, el santo populacho lanzó gritos de indignación.

Otras dos clases de Judíos se opusieron á la idea de una restauración del pueblo de Israel por la emigración á Palestina: los Judíos completamente europeizados, que no hablan hebreo, que hasta ignoran la jerga judeo-germana y que no piensan en judío, y los «Piadosos» por excelencia, los Khassidims, que no quieren de ningún modo reconocer en su «Tierra Santa» el feudo de un dueño impío, y que no entrarán en el país que les dió el Eterno más que bajo la dirección de su Mesías, el Juez de Vivos y Muertos. De esos contrarios, los unos no son ya verdaderos Judíos, los otros lo son acérrimos y se niegan á acomodarse cobardemente al mundo tal como le han hecho los Gentiles. Pero entre los dos partidos ex-

TARIFAS ADUANERAS Y CABLES SUB-MARINOS

(según J. G. Bartholomew)



Relación media entre los derechos de Aduanas y el valor de las mercancías importadas.

Menos de 5% — 5 á 10% — 10 á 20% — 20 á 30% — Más de 30%

Cables pertenecientes á Compañías Inglesas

,, ,, á otras Compañías.

Mares impracticables 6 meses al año.

Mares siempre libres de hielo.

Escala media 1:125 000 000

0 1000 5000 10000 Kil

TARIFAS ADUANERAS Y CABLES SUB-MARINOS

(según J. G. Bartholomew)



Relación media entre los derechos de Aduanas y el valor de las mercancias importadas.

Menos de 5% | 5 á 10% | 10 á 20% | 20 á 30% | Más de 30%

Cables pertenecientes á Compañías Inglesas
,, ,, á otras Compañías.
Mares impracticables 6 meses al año.
Mares siempre libres de hielo.

Escala media 1:125 000 000

0 1000 5000 10000 Kil

tremos hay sitio para los «oportunistas» que aceptan entrar en la tierra de los abuelos pidiendo la protección del Sultán, haciéndose clientes de los cónsules europeos. Además se trata aquí de un experimento económico del más alto interés. ¿Será verdad que los Judíos, dedicados hereditariamente á la reventa, al pequeño comercio, al manejo de los metales, se hayan incapacitado para la industria de los antepasados, cultivar los campos y cuidar la viña y el olivar? Se había negado que esta transformación fuera posible, pero unos Judíos han probado con su ejemplo que pueden renovar la tradición saltando las edades: tal es la causa que ha dado lugar á la fundación de colonias agrícolas alrededor de Jaffa, en Galilea, y aun al otro lado del Jordán.

El movimiento comenzó por la compra de un huerto á expensas de un millonario judío. Después la Alianza israelita universal fundó en 1860 una escuela de agricultura, y varios potentados de la banca, entre otros aquel á quien algunos políticos tontos atribuyeron la ambición de comprar la Palestina al Sultán para constituirse allí un reino, compraron terrenos de cultivo en los sitios más favorables. En 1891 existían ya veinticuatro colonias judías, con una superficie de 25,000 hectáreas, en Palestina; 2,000 agricultores israelitas trabajaban en ellas, empleando además la mano de obra indígena. Algunos de esos establecimientos gozaban de una prosperidad positiva y el problema estaba resuelto, sobre todo para los colonos inteligentes salidos de las universidades rusas que se proponían en la explotación del suelo una obra verdaderamente científica. Actualmente, todas las colonias sionistas, excepto una, están establecidas sobre el principio de la propiedad individual.

Experimentos de ese mismo género se habían hecho ya en Macedonia. Víctor Bérard, en su libro del *Helenismo Contemporáneo*, habla de la comunidad judía de Kastoria, que, bajo la presión de las circunstancias, á consecuencia de un cambio de dirección en las vías comerciales de Salónica, hubo de ocuparse de la explotación directa de las tierras que el juego de los intereses le había proporcionado. Pero el cultivo á que se dedican los Israelitas de Kastoria, de procedencia española como los de Salónica, es principalmente la industria hortícola y frutal, trabajos que necesitan más método y cuidados minuciosos que los de la agricultura propiamente dicha: puede decirse de esos Judíos que en su nuevo oficio perma-

necen artesanos [1]. Asimismo, las colonias de emigrantes judíos, á las que se han dado tierras considerables en Vineland, en la península de New-Jersey, que limita al Sud la bahía del Delaware, se han hecho famosas en los mercados de las grandes ciudades inmediatas por la excelencia de sus fresas, grosellas, mirtilos y otras bayas: miles de familias judías se ocupan en el distrito de esta especie de horticultura, que casi podría compararse por la preciosidad del tra-



Cl. Kuhn, París.

LONDRES — EL ROYAL EXCHANGE

Á izquierda, el Banco; á derecha, Mansion House.

bajo, á otra industria israelita, la de las alhajas. Las mismas observaciones se han hecho respecto de las colonias de refugiados semitas recientemente establecidas en la República Argentina.

Así la sociedad actual, en sus movimientos de rápida transformación, presenta todavía las supervivencias de las antiguas formas de industria y de comercio. Todas las prácticas seculares de producción, de ejecución y de cambio subsisten todavía en diversas comarcas, y muy probablemente se hallaría aún al margen de algún bosque sombrío ó sobre las playas de una isla lejana aquel trueque

[1] Victor Bérard, *La Turquie et l'Hellénisme contemporain*, p. 320.

extraño de productos que se hacía entre enemigos, ocultándose los unos de los otros durante la noche: los productores depositaban sus objetos de venta en un lugar visible, y á la noche siguiente venían



Cl. Kuhn, París.

NEW-YORK — WALL STREET

á buscar lo que los compradores habían puesto en su lugar. Quizá haya desaparecido la costumbre de la isla de Ceylán, antiguamente el lugar clásico mencionado en las obras de economía política; pero si los Veddahs han llegado á las prácticas usuales de la venta y de la compra por la influencia de las poblaciones que les rodean por todas partes, Hindus y Dravidios, Europeos de Holanda, de Inglaterra ó de Escocia, algunos enanos tímidos de los bosques africanos

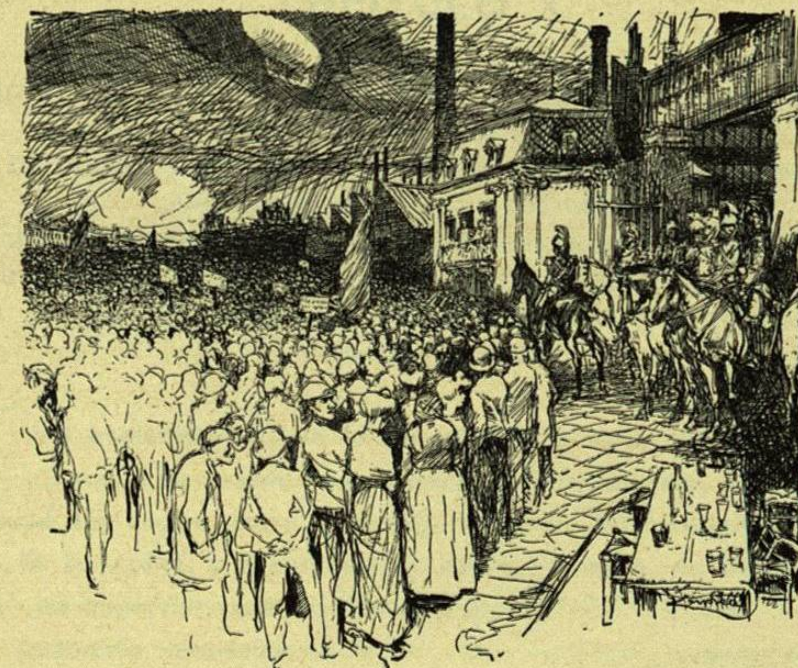
tienen todavía demasiada conciencia del mundo de imágenes y de impresiones que les separa de los demás hombres de rostro negro para que osen operar libremente sus cambios con ellos: la naturaleza humana continúa reteniéndoles en el terror primitivo.

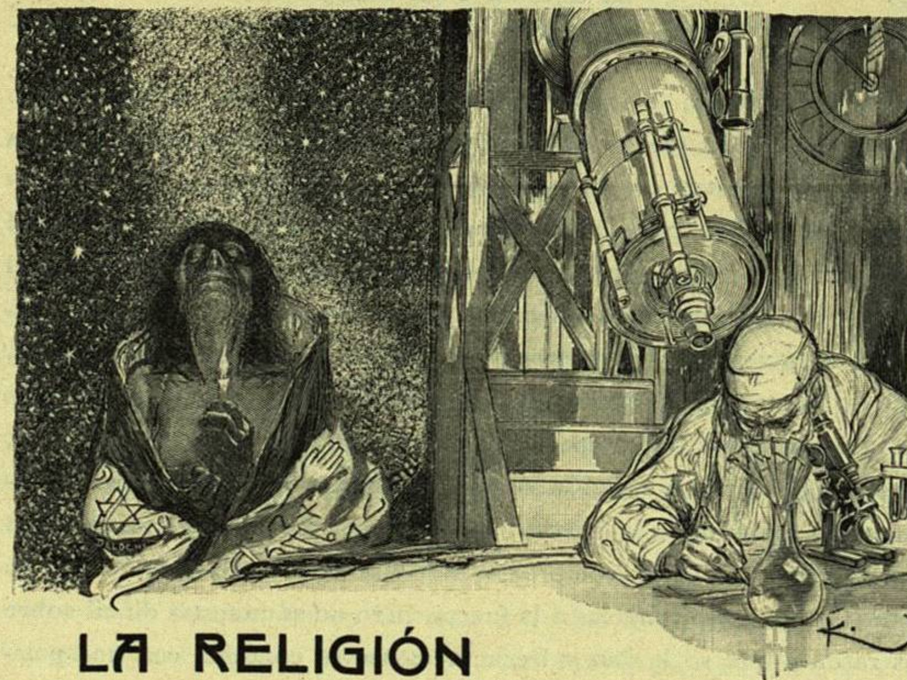
Del mismo modo existe todavía el pequeño comerciante en cuclillas detrás de una tablita que contiene algunas bananas, almendras, cacahuetes ó bombones de color, pasando así toda una existencia sin más horizonte intelectual que unos montoncitos de céntimos que reemplazan otros montoncitos de escaso valor. Ese tráfico ínfimo está al extremo de una cadena á cuyo cabo opuesto se halla el comercio mundial: de un lado unos hilos casi invisibles, van á parar á los más humildes de los seres humanos; del otro, inmensas y poderosas redes abarcan pueblos enteros y se extienden de minuto en minuto por medio de las fuerzas que dan el vapor, la electricidad y todos los descubrimientos en que trabajan sin cesar los ejércitos de físicos y de químicos. Entre esos dos extremos se presentan todas las formas intermediarias en un caos aparente, bajo el cual se halla no sin dificultad el orden que comienza á dibujarse por debajo. La falta de solidaridad en los intereses es tal, que las clases han llegado á desear las unas la desgracia de las otras para obtener pequeñas ventajas relativas.

No solamente la humanidad está dividida en naciones enemigas que ven en el odio un sentimiento patriótico; cada nación se subdivide en cuerpos secundarios que tienen un «espíritu» diferente y hostil. El soldado odia al burgués y éste odia al obrero. El vestido, las ocupaciones, las tradiciones — pero ante todo los intereses — crean rivalidades y ambiciones absolutamente contrarias. Por una ventaja particular se llega hasta desear un desastre público; tal médico, tal enterrador desea epidemias á riesgo de ser arrastrado él mismo por el azote; el militar quiere batallas en que la muerte le acecha; el abogado busca pleitos, y el mercader de alcohol propaga la embriaguez. Los ribereños del mar encargados de conservar y componer los diques de defensa se felicitan cuando una tempestad deteriora las murallas y amenaza anegarles, porque entonces la paga es doble: se les necesita; aumentan en la estimación y en el mercado de los hombres.

Y sin embargo, bajo el hormigueo de los vibriones encarnizados en su inter-destrucción, se siente la tendencia general de las cosas á fundirse en un cuerpo viviente cuyas partes estén todas en interdependencia recíproca y hasta acabarán por asociar los enemigos, por hacer de cada traficante el repartidor delegado para la distribución de los productos que recibe: organismo al unísono del ritmo universal en el inmenso mecanismo. Por otra parte, los hombres poderosos que creen dirigir el conjunto formidable de los cambios están asociados á millones y millones de individuos que por las condiciones mismas de su existencia determinan las operaciones comerciales á pesar del «libre albedrío» de especulación que se atribuyen los detentadores del capital.

Todo está en vías de componer un cosmos armonioso en que cada célula tendrá su individualidad, su libre trabajo personal, y en que todos engranarán mutuamente, siendo cada uno necesario á la obra de todos. El mecanismo funcionaría si, por una supervivencia todavía soberana, no se creyera cada uno obligado á tener á mano un signo representativo de su derecho al consumo, es decir, la pieza de plata, el disco de metal. Comprar y vender son todavía las contraseñas de los que entran en la vida, pero indicios precursores indican ya que esas palabras serán un día abolidas. La Producción libre y la Distribución equitativa para todos, tal es la resolución que exigimos al porvenir.





LA RELIGIÓN Y LA CIENCIA

Una nueva fuerza ha entrado en el mundo, la que da el conocimiento del número y de la medida y trae consigo un mayor equilibrio moral.

CAPÍTULO X

Identidad primitiva, lucha entre la ciencia y la religión. Estadística de los cultos. Distribución geográfica. — Cristiandad, Islam, Budhismo. Anulación gradual de los dogmas. Reunión de las fuerzas retrógradas hacia la ciudadela religiosa. — Frailes y monjas. — La Iglesia y el dinero. Dominio de la ciencia. — Saber positivo y misticismo. Ciencia y sabios.

La evolución en que la humanidad se halla envuelta actualmente ha creado una oposición bien concreta, una guerra sin tregua, entre la ciencia, es decir, la investigación objetiva de la verdad, y el conjunto de los sentimientos, de las creencias y de las supervivencias fetichistas á que se llama religión. Uno de los caracteres esenciales de la era contemporánea consiste en esta

lucha encarnizada, representada por una literatura abundantísima. En vano algunos teólogos, versados al mismo tiempo en las ciencias profanas, protestan contra ese estado de cosas, promovido, no debieran olvidarlo, por Dios mismo, á creer el primer capítulo del *Génesis*. La religión prohibe en él al hombre tocar el fruto del árbol de la Ciencia, harto sabroso para nosotros, y ahora la ciencia revela á su vez que los frutos de la religión no alimentan al hombre.

No obstante, esa antinomia irreductible, sostenida de una parte y de otra por ardientes campeones, es un hecho relativamente moderno, puesto que ciencia y religión se confundían en otro tiempo, como significando igualmente la investigación de las causas. El hombre no puede admitir que no comprende las apariencias del mundo que le rodea: quiere explicárselas á la fuerza, pero no se muestra difícil sobre las razones que se le dan y frecuentemente se contenta con una palabra, con palabras sin sentido, que después, en los dogmas religiosos, toman el nombre de «misterio». De ese modo, en su mismo origen, la investigación de la verdad se mezcla con errores y con un bagaje inútil de frases que nada significan. El culpable es el padre que responde á bulto á los «por qué» de su hijo, ó el hombre de genio que se equivoca sobre la explicación de los fenómenos de la naturaleza ambiente. Sin embargo, el uno y el otro fueron los primeros sabios para otros más ignorantes que ellos, y, en los pueblos primitivos, e piagé, el chamán, el mago, con cualquier nombre que se le designe, es á la vez maestro y sacerdote: los dos oficios no se han diferenciado aún. El que enseña por observación directa y da cuerpo á sus fantasías sobre el más allá, con una misma voz expone la verdad y la quimera.

Pero todo progreso en conocimientos debía producir forzosamente la separación de los elementos primitivos, convertidos en nuestros días en la religión y la ciencia. Todo descubrimiento preparaba una lucha entre el recién venido y el mago antiguo, al que la multitud había reconocido hasta entonces el privilegio del saber. El innovador revolucionario no podía renunciar á proclamar lo que creía ser la verdad, y mantenía su opinión frente á todos y contra aquellos cuyas enseñanzas se conformaban todavía con las antiguas fórmulas; por su parte, el conservador, al que los imprudentes venían á atacar en su posición y á amenazar su gloria, defendía enérgicamente los «derechos adquiridos», empleando todas las armas que tenía á su servicio, sobre todo las que eran bastante poderosas para suprimir la voz del adversario. Era la guerra á muerte entre la «verdad» de la víspera y la del día siguiente. La primera tenía para sí todo el ejército de la rutina; alrededor de la segunda se agrupaban los audaces que salen de los caminos trillados, y así de siglo en siglo, por segregaciones sucesivas, la humanidad se ha separado siempre en dos clases; no se trata de las que se han formado alrededor de la conquista material del pan, sino de la diferencia de opiniones respecto de la interpretación de las causas. Verdad es que, entre la mayoría, esa divergencia de las ideas coincidía con la rivalidad de los intereses; y sin embargo, ciertos móviles intelectuales intervenían en la lucha entre los formularios antiguos y las enseñanzas nuevas, presentadas bajo una forma más libre y con una mezcla más ó menos considerable de verdades observadas.

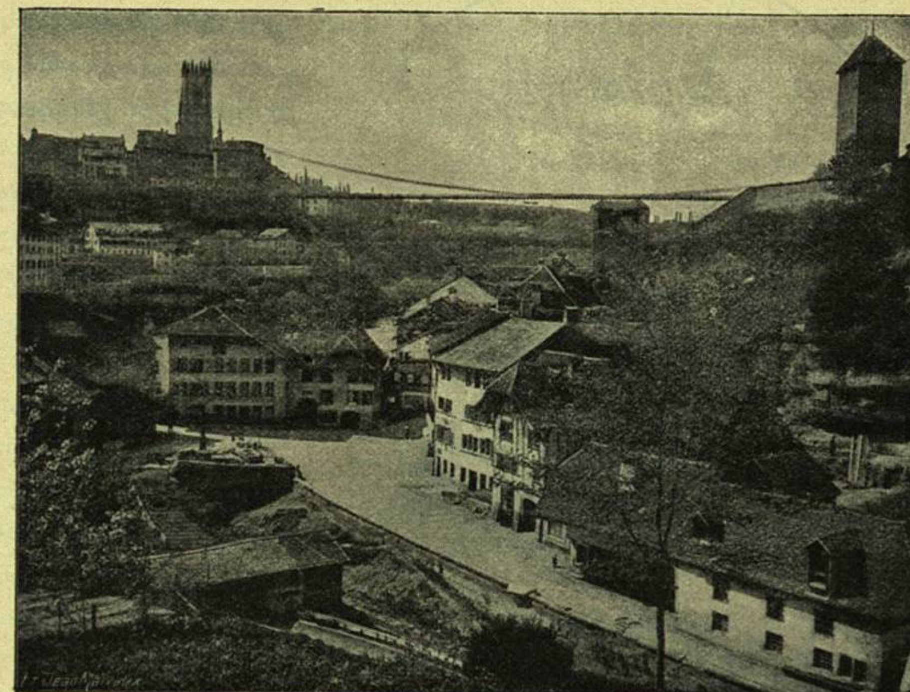
En nuestros días, el antagonismo ha tomado otro aspecto y un carácter más preciso que no tuvo jamás, porque no se trata ya de creencias en contradicción unas con otras y llevando ambas consigo la misma sanción divina á través de los tiempos: actualmente la religión sola se dirige á Dios como revelador de toda verdad, mientras que la ciencia, habiendo cortado el puente que unía el Hombre á lo Desconocido, busca la verdad en la observación de la Naturaleza, comprobada por la experiencia y guiada por ella de hipótesis en hipótesis. No hay, pues, conciliación posible entre los dos métodos de saber; uno adquirido sin esfuerzo, por un simple don del cielo, el otro obtenido por trabajo incesante, por una labor que se continúa hasta la muerte. Es preciso que el uno ceda al otro, y hasta se puede ya presentir á cuál de los dos corresponde el triunfo. Recientemente todavía, las tradiciones del pasado, apoyadas sobre los mandatos del Estado y sobre los preceptos de la enseñanza oficial, daban en todo la preferencia á la religión, exigencia legítima para los que veían en todo la voluntad de un dueño universal é interventor constante. Pero no sucede lo mismo en la sociedad civil, que aprende ya á administrarse por sí misma y que debe, por consecuencia, determinarse por una adaptación cada vez más íntima á las condiciones del medio. En ese caso, no es ya el primer lugar,

sino el lugar único al que la ciencia tiene derecho en el gobierno de los hombres. La religión, tomada en su sentido ordinario, no debe ya ser considerada sino como un conjunto de supervivencias que han de clasificarse en el museo de las antigüedades.

Ante todo, conviene no dar ningún sentido á las pretendidas estadísticas relativas á los sectarios de las religiones diversas. Cálculos de ese género sólo tienen valor cuando los individuos, en vez de ser contados en bloque por millones y millones según los registros de la población civil, fueran verdaderamente interrogados por psicólogos competentes: no profesa una fe sincera más que el hombre capaz de sufrir por ella. Si no, el menor interés, una vanidad cualquiera, hasta la perfecta indiferencia y el desprecio pueden ser las causas de la aceptación verbal de una supuesta fe. Así es como los Tzíganos de todo país se supone que pertenecen á la religión dominante, aunque ignoren en absoluto las tradiciones y descuiden sus ceremonias. Del mismo modo en cada nación, y á pesar de la gran huella religiosa que presenta el conjunto de los individuos que la componen, la mayoría vive apartada de toda convicción personal, sin pensamiento, sin hipótesis relativas á los misterios del más allá, y se contenta con el funcionamiento de la inteligencia estrictamente indispensable á las ocupaciones usuales de la existencia. Se es católico ó protestante, musulmán, sintoista ó budhista porque se ha convenido en serlo en el país en que se habita. Sea por ignorancia de los unos, ó por indolencia de los otros, hasta se os designa por una denominación religiosa que no os corresponde: las estadísticas ordinariamente reunen Japoneses, Chinos y Annamitas bajo el nombre genérico de budhistas, que no les conviene en manera alguna. (A. Myrial.)

Al menos en Inglaterra, donde los problemas religiosos apasionan mucho, aparte de los intereses de dominación política, la iniciativa privada ha formulado cuidadosamente la estadística de la asistencia media á los templos de todos los cultos y en todas las ciudades. Los totales obtenidos por esas enumeraciones precisas, prueban ciertamente que el número de cristianos, ó que se llaman y se creen tales, es muy considerable y constituyen la mayoría de la nación, porque á la tercera parte de la población que frecuenta las iglesias habría que añadir los niños, los enfermos, los ancianos,

los mal vestidos y los mal alimentados que no pueden ó que no osan presentarse en un lugar augusto como lo es un templo rodeado de misterios y de prolongados ecos. Los cristianos ingleses pueden, pues, afirmar sin que se les desmienta, que representan verdaderamente el término medio de la nación, y que ese medio es protestante; ¿pero está Francia justamente calificada de nación cató-



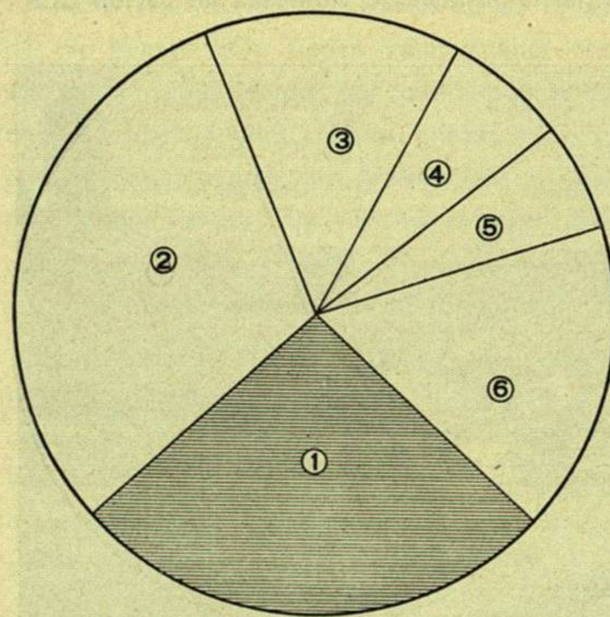
De la C.ª Mono de Winterthur.

FRIBURGO — CIUDAD DE SUIZA

La ciudad baja sobre el Sarina está habitada por católicos de lengua alemana; la ciudad alta por protestantes de lengua francesa.

lica? Colocándose bajo otro punto de vista, ¿no se la puede calificar mejor de la «madre de las revoluciones?» Como quiera que sea, ningún documento permite decir en qué proporciones es Francia todavía católica, qué parte de supervivencias, romana, pagana, druídica, contiene actualmente la vida nacional. Ni siquiera se conoce el total de los que han sufrido la formalidad del bautismo y quiénes constan oficialmente registrados como miembros de la Iglesia. Se ignora también cuál es el número aproximado de los católicos de nacimiento, que frecuentan el culto: confesión, rezos, ayunos,

asistencia á las misas, en una parte de su existencia, aun contando los que suben las gradas del frontispicio de la iglesia para asistir á la salida de las damas. Según los optimistas del clero, especialmente un obispo de Annecy, cerca de diez millones de Franceses, ó sea la cuarta parte de la población, se uniría á la Iglesia católica por actos directos de su voluntad; pero esas cifras son seguramente exageradas, porque, por grandes y numerosas que parezcan las iglesias, no bastan en las ciudades populosas para contener la décima parte de los habitantes — sea en París cien mil personas — y, en los campos, es notorio que los hombres asisten á misa en proporciones infinitesimales: veinticinco personas sobre treinta mil cumplen con la Iglesia en un pueblo de las inmediaciones de París [1], y aun puede preguntarse cuántos individuos de esos veinticinco se han arrodillado por interés hipócrita ó por respeto mundano.



DISTRIBUCIÓN DE LOS CRISTIANOS INGLESES DE LAS PRINCIPALES SECTAS QUE TOMAN PARTE EN LA COMUNIÓN

1.°, católicos; 2.°, anglicanos; 3.°, metodistas; 4.°, congregacionalistas; 5.°, baptistas; 6.°, presbiterianos.

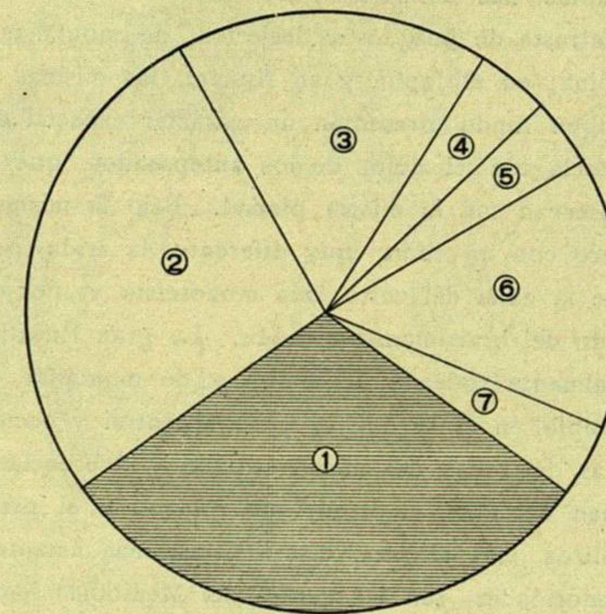
7.200,000 personas están distribuídas en ese diagrama, donde muchas sectas pequeñas no están representadas.

Las mismas preguntas no contestadas se presentan en todos los demás países, y puede decírsenos, por ejemplo, á propósito de España y de Italia, que las poblaciones son esencialmente católicas, mientras lo contrario se afirma igualmente, la perfecta indiferencia en materia religiosa de una parte de los habitantes contrasta con un

[1] G. de Rivalière, *Revue Blanche*, 12 Febrero 1898, p. 196.

viejo fetichismo prehistórico, cristianizado á la superficie. Las estadísticas más aproximadas son las de las colonias autónomas que forman parte del imperio Británico y las que publican las diferentes sectas de los Estados Unidos, luchando siempre por aumentar el número de sus fieles, que son al mismo tiempo contribuyentes voluntarios.

De todos modos, todas las pretensiones de la Iglesia católica á llamarse «universal» ó solamente «ecuménica» quedan sin valor; esa fracción del mundo cristiano debe limitarse á reivindicar el primer rango desde el punto de vista numérico entre las diversas iglesias establecidas que se reparten la cristiandad: á unos 250 millones de hombres, ó sea una séptima parte de la humanidad, se puede evaluar actualmente, no los católicos propiamente dichos, sino los que por educación religiosa y moral, han sido más ó menos los pupilos de lo que fué en otro tiempo la «Santa Madre Iglesia».



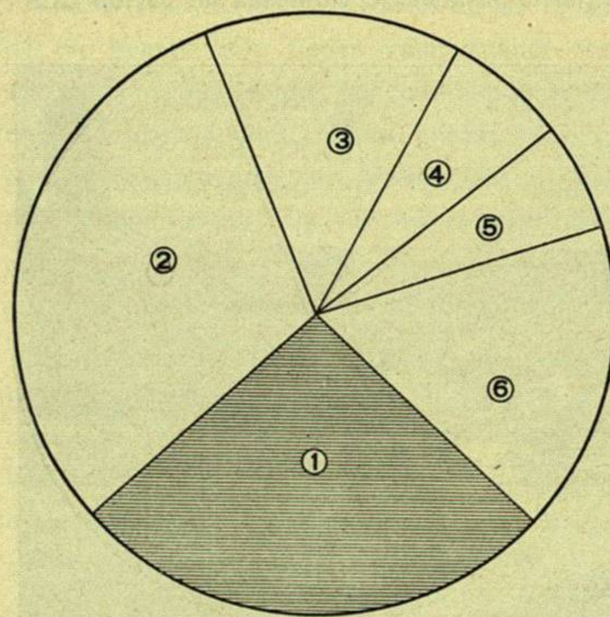
COMPOSICIÓN RELIGIOSA DE LAS PRINCIPALES COLONIAS INGLESAS: CANADÁ, EL CABO, AUSTRALASIA

1.°, católicos; 2.°, anglicanos; 3.° metodistas; 4.°, congregacionalistas y luteranos; 5.°, baptistas; 6.°, presbiterianos; 7.°. Iglesia holandesa.

10.500,000 personas están repartidas en ese diagrama, la casi totalidad de los habitantes del país de que se trata.

Las principales religiones del género humano, aunque entremezclándose mucho en numerosas comarcas, se conforman sin embargo de una manera general á las condiciones del suelo y del clima. Los países sin unidad geográfica, donde pequeñas tribus incoherentes presentan la mayor diversidad por la constitución política, son también los que más difieren unos de otros por sus religiones: feti-

asistencia á las misas, en una parte de su existencia, aun contando los que suben las gradas del frontispicio de la iglesia para asistir á la salida de las damas. Según los optimistas del clero, especialmente un obispo de Annecy, cerca de diez millones de Franceses, ó sea la cuarta parte de la población, se uniría á la Iglesia católica por actos directos de su voluntad; pero esas cifras son seguramente exageradas, porque, por grandes y numerosas que parezcan las iglesias, no bastan en las ciudades populosas para contener la décima parte de los habitantes — sea en París cien mil personas — y, en los campos, es notorio que los hombres asisten á misa en proporciones infinitesimales: veinticinco personas sobre treinta mil cumplen con la Iglesia en un pueblo de las inmediaciones de París [1], y aun puede preguntarse cuántos individuos de esos veinticinco se han arrodillado por interés hipócrita ó por respeto mundano.



DISTRIBUCIÓN DE LOS CRISTIANOS INGLESES DE LAS PRINCIPALES SECTAS QUE TOMAN PARTE EN LA COMUNIÓN

1.°, católicos; 2.°, anglicanos; 3.°, metodistas; 4.°, congregacionalistas; 5.°, baptistas; 6.°, presbiterianos.

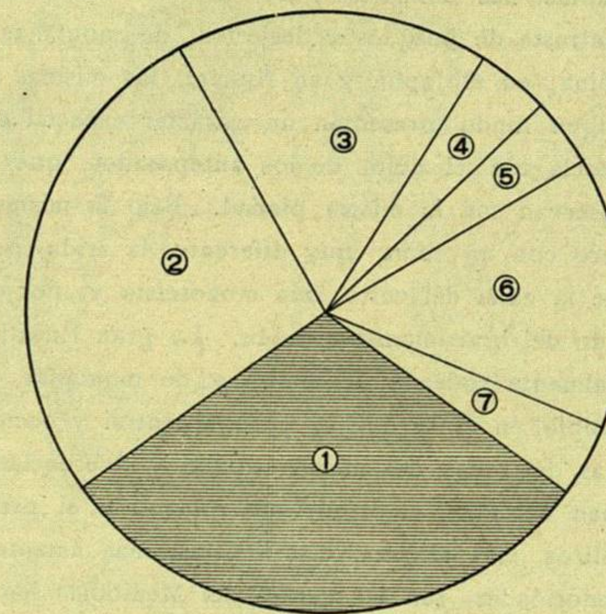
7.200,000 personas están distribuídas en ese diagrama, donde muchas sectas pequeñas no están representadas.

Las mismas preguntas no contestadas se presentan en todos los demás países, y puede decírsenos, por ejemplo, á propósito de España y de Italia, que las poblaciones son esencialmente católicas, mientras lo contrario se afirma igualmente, la perfecta indiferencia en materia religiosa de una parte de los habitantes contrasta con un

[1] G. de Rivalière, *Revue Blanche*, 12 Febrero 1898, p. 196.

viejo fetichismo prehistórico, cristianizado á la superficie. Las estadísticas más aproximadas son las de las colonias autónomas que forman parte del imperio Británico y las que publican las diferentes sectas de los Estados Unidos, luchando siempre por aumentar el número de sus fieles, que son al mismo tiempo contribuyentes voluntarios.

De todos modos, todas las pretensiones de la Iglesia católica á llamarse «universal» ó solamente «ecuménica» quedan sin valor; esa fracción del mundo cristiano debe limitarse á reivindicar el primer rango desde el punto de vista numérico entre las diversas iglesias establecidas que se reparten la cristiandad: á unos 250 millones de hombres, ó sea una séptima parte de la humanidad, se puede evaluar actualmente, no los católicos propiamente dichos, sino los que por educación religiosa y moral, han sido más ó menos los pupilos de lo que fué en otro tiempo la «Santa Madre Iglesia».



COMPOSICIÓN RELIGIOSA DE LAS PRINCIPALES COLONIAS INGLESAS: CANADÁ, EL CABO, AUSTRALASIA

1.°, católicos; 2.°, anglicanos; 3.° metodistas; 4.°, congregacionalistas y luteranos; 5.°, baptistas; 6.°, presbiterianos; 7.°. Iglesia holandesa.

10.500,000 personas están repartidas en ese diagrama, la casi totalidad de los habitantes del país de que se trata.

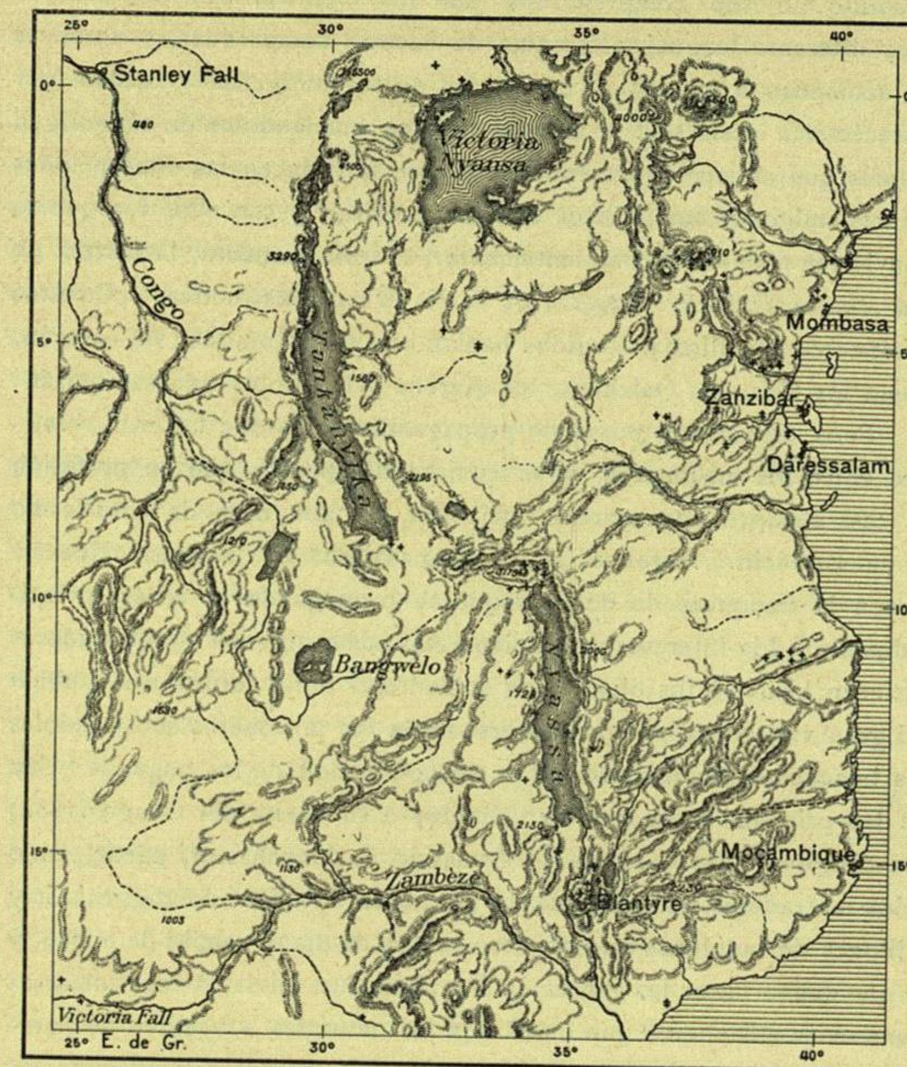
Las principales religiones del género humano, aunque entremezclándose mucho en numerosas comarcas, se conforman sin embargo de una manera general á las condiciones del suelo y del clima. Los países sin unidad geográfica, donde pequeñas tribus incoherentes presentan la mayor diversidad por la constitución política, son también los que más difieren unos de otros por sus religiones: feti-

chistas, animistas y naturistas en diferentes proporciones. Tal es el caso del Africa interior aparte de los países musulmanes. La mitad oriental del Asia constituye una vasta extensión de territorio, en el cual las religiones de divinidades y de genios innumerables tienen por lugar de origen la maravillosa península de la India con sus plantas, sus animales y sus pueblos tan variados y su admirable contraste de bosques y desiertos, de montañas y llanuras; pero en China, en el Japón y en Annam, las mismas religiones que tienen origen hindu presentan un carácter especial á consecuencia de su mezcla con el culto de los antepasados, que todos los habitantes observan con la misma piedad. Bajo la misma latitud que la India, pero con un clima muy diferente, la árida península de la Arabia fué la cuna del culto más monoteísta y, por consiguiente, más alejado del brahamanismo hindu. La gran Rusia, llanura inmensa, parcialmente rodeada de mares y de montañas, tiene su cristianismo propio, en tanto que la Europa central y occidental tiene otras formas derivadas del mismo tronco y diferenciadas en dos categorías bien distintas, el catolicismo romano y el protestantismo. Los católicos, más alegres, más artistas, más amantes de la luz y de las sonoridades, son las gentes del Mediodía; los protestantes, más reflexivos, más lentos, más calculadores, son las gentes del Norte, pero con numerosas excepciones que se explican históricamente para cada pueblo por las conquistas, las expulsiones, los conflictos políticos y las condiciones particulares del medio social.

En su marcha invasora á través del mundo, la civilización occidental va acompañada con paso desigual por las religiones oficiales de los Europeos, catolicismo y cultos protestantes; los pueblos de toda raza acaban por aceptar las prácticas industriales, lo mismo que las explicaciones lógicas de la ciencia aportadas por los iniciadores, y si no acogen su religión es en realidad porque la mayor parte de los recién llegados no la profesan de veras: no es para ellos más que un entretenimiento en la vida diaria, aparte de que no puede fundarse sobre el razonamiento; á cada uno de los misterios de la fe cristiana podría responder el evangelizado por un misterio pagano no menos absurdo, aunque igualmente natural desde el punto de vista de la psicología infantil. Mas, aparte de los misioneros

oficiales, muy pocos son los Europeos que tengan el menor empeño en propagar su fe: no ponen seriedad más que en los negocios; si se

N.º 584. Misiones del Africa Sud oriental.



Según el atlas de las misiones, las cruces sencillas indican residencias de misiones protestantes; las cruces dobles, de misiones católicas. No se han tenido en cuenta las iglesias para funcionarios públicos.

toman la molestia de practicar sus ritos es con perfecta indiferencia. En cuanto al proselitismo de los misioneros, queda ordinariamente

sin efecto; porque, ó esas buenas gentes, porque se trata de propagandistas sinceros, se atienen á sus dogmas precisos, á sus logomaquias teológicas, á sus tradiciones y á su jerga de iglesia y en absoluto no son comprendidos por sus oyentes, acostumbrados á muy diferente lenguaje; ó tratan de hacerse comprender, y entonces se acomodan á la manera de pensar de los indígenas y acaban por parecérseles intelectual y moralmente, no quedándoles de su antigua fe más que el cuadro exterior en el que introducen las concepciones de sus amigos y compañeros nuevos; predican y son ellos los que se convierten aunque inconscientemente. Á este respecto, la lectura de los *Anales de la Propagación de la Fe* es muy instructiva. ¡Cuántos misioneros sencillos y cándidos hablan con toda humildad de corazón, como los Cris, los Quichúas, los Karens ó los Lolos que catequizan!

Pero esas almas puras de propagandistas no son las más comunes entre los misioneros, y se comprende, puesto que su profesión es casi siempre una carrera retribuída, no una obra de entusiasmo y de sacrificio. Algunos de los «mensajeros de la Buena Nueva» tienen la franqueza de declarar que su propaganda se refiere principalmente á los intereses del tráfico. Así como algunos conquistadores hicieron brillar á los ojos de los soldados el botín futuro, así también tal gran viajero ha podido volverse hacia los misioneros mostrándoles los beneficios que les valdrían la evangelización de los paganos. Una de las primeras cosas que hizo Stanley á su vuelta del Congo (1884) fué dirigirse á las Cámaras de Comercio de Manchester, participando á los mercaderes reunidos que en la cuenca fluvial de donde venía hay millones de indígenas que no usan camisa de día ni camisa de noche, y lo que deben hacer las gentes de Manchester es enviar á esas comarcas numerosos misioneros que enseñen á los naturales á vestirse decentemente, y la consecuencia cierta de esa nueva cruzada será la importación enorme de tejidos de Manchester. «También vosotros — dirigiéndose á los fabricantes de Sheffield —, también vosotros, hombres de Sheffield, no tenéis más que enviar muchos evangelistas á la cuenca del Congo para que desechen la repugnante costumbre de comer con los dedos, y les venderéis muchos cuchillos, tenedores y cucharas»[1].

[1] Edward Carpenter, *Human Review*, Octubre 1900.

Sería injusto creer, á pesar de esa excitación al lucro dirigido á los misioneros ingleses, que no impulsen otros móviles más elevados á muchos, ó la mayoría quizás, de los que van á predicar su fe cristiana á países lejanos. Los Ingleses son grandes propagandistas: en cuanto tienen una convicción religiosa, social, económica ó de otro género tratan de extenderla. Es esta una necesidad de la naturaleza humana, mas parece que ellos manifiestan á este respecto mayor celo y perseverancia. ¿Obrarán solicitados por la felicidad de unirse moral é intelectualmente con su prójimo? ¿Sentirán un impulso altruista más impetuoso que los demás hombres? El conjunto de su carácter, tal como nos aparece en la historia, no justifica esa hipótesis, sino que por el contrario, el Inglés ofrece con frecuencia, aun con sus propios compatriotas, algo de rudo, de cerrado, de «insular» que le asemeja en pequeño á su territorio geográfico, aislado de Europa. Lo que explica el fervor de los propagandistas ingleses parece ser principalmente la estrechez relativa del horizonte en que se concentra toda su fuerza de voluntad: el mundo que ven desarrollarse en su rededor no tiene la misma amplitud que sobre el continente, y dedican mayor energía á la obra parcial que se proponen. Ya, en el período pre-romano, los druidas bretones de la gran isla enviaban misioneros á las Galias para convertir los habitantes á una fe más viva[1]: después, cuando los Ingleses se hicieron cristianos, se entregaron con extremado celo al aumento del número de sus hermanos en la fe; sus misioneros se esparcieron á lo lejos en las regiones septentrionales del continente, predicando la nueva doctrina. Luego, ante las guerras sociales producidas por el monopolio del suelo y la miseria de los campesinos, las reivindicaciones solían revestir una forma religiosa, como si la multitud tomara con empeño el precepto del Evangelio: no solamente de pan vive el hombre, sino también de la palabra de Dios. Del mismo modo, el derrumbamiento temporal de la monarquía y la proclamación de la república en el siglo XVII fueron precedidos de una guerra que, entre los vencedores, tuvo por móvil principal un fanatismo religioso, á la vez judaico y cristiano, inspirado por la lectura asidua de los

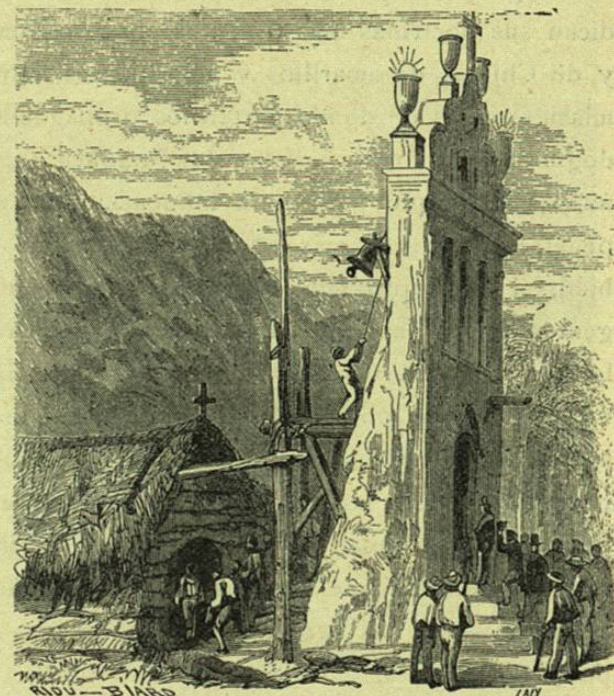
[1] César. — Ern. Desjardins, *Description de la Gaule romaine*.

dos Testamentos. Por último, el acontecimiento capital y decisivo en la población de la América del Norte, el hecho que contribuyó más al desarrollo de la futura república de los Estados Unidos, ¿no fué el éxodo voluntario de los peregrinos del *Mayflower*, que desembarcaron en 1620 sobre la roca de New-Plymouth?

Pero, sea cual fuere la parte de sincera idea de sacrificio que anima á muchos misioneros británicos, no es menos cierto que los instintos de comercio y el fanatismo imperialista han ejercido también su influencia en el movimiento de las misiones protestantes y han solido dar lugar á graves consecuencias políticas, impulsando á intervenciones guerreras en Africa, en Oceanía y en los países del Extremo Oriente. En cuanto á los misioneros católicos, se ha repetido con frecuencia que debían sobresalir por su entusiasmo sobre los propagandistas protestantes, porque son obligados por el voto de obediencia y que no han de ocuparse de ambiciones de familia. Esto es parcialmente verdad: en los países en que el clero católico no puede aspirar á ningún dominio político, por ejemplo, en la Gran Bretaña y en las colonias inglesas, excepto el Canadá, sabe conducirse con tacto y abnegación; sus miembros son escogidos con cuidado y su valor personal es muy superior al de sus colegas protestantes. En las grandes ciudades de Escocia, únicamente los curas católicos no vacilan en habitar en los barrios populosos, en vivir como pobres en medio de los pobres, asistiendo benévolamente á sus ovejas durante todo el año; los ministros presbiterianos necesitan, por el contrario, la vecindad distinguida, la comodidad higiénica, las buenas vacaciones de estío; en resumen, estos últimos pertenecen á otra clase de la sociedad. El mismo contraste se observa en las misiones hindus. Pero cuando el clero católico puede hablar como dueño, su acción es muy diferente; la jerarquía de que es esclavo le induce á buscar la gloria y el interés de la Iglesia, sin que nada pueda detenerle en su pasión de adquirir el poder y la fortuna. Recientemente las intervenciones europeas en China han demostrado hasta qué grado de cinismo había llegado la ingerencia de los misioneros católicos en los negocios interiores del imperio. En Indo-China son todavía peores para los indígenas, porque son los dueños absolutos del país, gracias á las influencias ocultas que ponen el gobierno oficial á su disposición. No solamente se dedican á la trata, que en estilo piadoso se llama el «rescate de los cautivos»; no solamente se rodean de la población despreciable que rompe los lazos que le une con la familia y con el municipio para lograr su objeto por la adulación y las prácticas infames, sino, lo que es más grave aún, crean el pauperismo apoderándose de las tierras comunales. Hábiles para aprovecharse de las dificultades en que hacen caer á las villas annamitas los gravosos impuestos, les prestan dinero á gran interés, hipotecado sobre los arrozales comunales, y en pocos años, arruinados por los réditos, se ven obligados á vender. Los Padres redondean sus bienes á expensas de los campesinos, y la mendi-



LA IGLESIA DE SANTA CRUZ, VISTA DE FRENTE
Dibujo de Lucien Biard (1860).



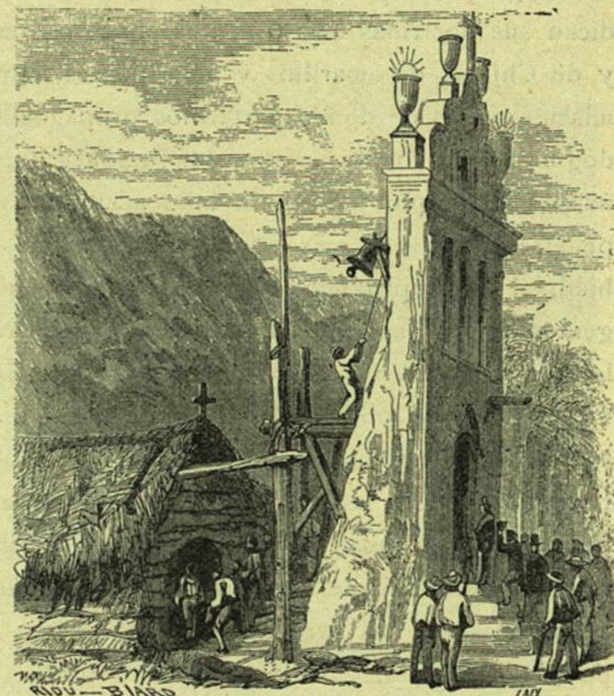
LA IGLESIA DE SANTA CRUZ, VISTA DE PERFIL
Brasil, provincia de Espíritu Santo.

dos Testamentos. Por último, el acontecimiento capital y decisivo en la población de la América del Norte, el hecho que contribuyó más al desarrollo de la futura república de los Estados Unidos, ¿no fué el éxodo voluntario de los peregrinos del *Mayflower*, que desembarcaron en 1620 sobre la roca de New-Plymouth?

Pero, sea cual fuere la parte de sincera idea de sacrificio que anima á muchos misioneros británicos, no es menos cierto que los instintos de comercio y el fanatismo imperialista han ejercido también su influencia en el movimiento de las misiones protestantes y han solido dar lugar á graves consecuencias políticas, impulsando á intervenciones guerreras en Africa, en Oceanía y en los países del Extremo Oriente. En cuanto á los misioneros católicos, se ha repetido con frecuencia que debían sobresalir por su entusiasmo sobre los propagandistas protestantes, porque son obligados por el voto de obediencia y que no han de ocuparse de ambiciones de familia. Esto es parcialmente verdad: en los países en que el clero católico no puede aspirar á ningún dominio político, por ejemplo, en la Gran Bretaña y en las colonias inglesas, excepto el Canadá, sabe conducirse con tacto y abnegación; sus miembros son escogidos con cuidado y su valor personal es muy superior al de sus colegas protestantes. En las grandes ciudades de Escocia, únicamente los curas católicos no vacilan en habitar en los barrios populosos, en vivir como pobres en medio de los pobres, asistiendo benévolamente á sus ovejas durante todo el año; los ministros presbiterianos necesitan, por el contrario, la vecindad distinguida, la comodidad higiénica, las buenas vacaciones de estío; en resumen, estos últimos pertenecen á otra clase de la sociedad. El mismo contraste se observa en las misiones hindus. Pero cuando el clero católico puede hablar como dueño, su acción es muy diferente; la jerarquía de que es esclavo le induce á buscar la gloria y el interés de la Iglesia, sin que nada pueda detenerle en su pasión de adquirir el poder y la fortuna. Recientemente las intervenciones europeas en China han demostrado hasta qué grado de cinismo había llegado la ingerencia de los misioneros católicos en los negocios interiores del imperio. En Indo-China son todavía peores para los indígenas, porque son los dueños absolutos del país, gracias á las influencias ocultas que ponen el gobierno oficial á su disposición. No solamente se dedican á la trata, que en estilo piadoso se llama el «rescate de los cautivos»; no solamente se rodean de la población despreciable que rompe los lazos que le une con la familia y con el municipio para lograr su objeto por la adulación y las prácticas infames, sino, lo que es más grave aún, crean el pauperismo apoderándose de las tierras comunales. Hábiles para aprovecharse de las dificultades en que hacen caer á las villas annamitas los gravosos impuestos, les prestan dinero á gran interés, hipotecado sobre los arrozales comunales, y en pocos años, arruinados por los réditos, se ven obligados á vender. Los Padres redondean sus bienes á expensas de los campesinos, y la mendi-



LA IGLESIA DE SANTA CRUZ, VISTA DE FRENTE
Dibujo de Lucien Biard (1860).



LA IGLESIA DE SANTA CRUZ, VISTA DE PERFIL
Brasil, provincia de Espíritu Santo.

cidad entonces hace su aparición en un país que no tenía pobres[1].

Así es como las iglesias, católicas ó protestantes, procuran extenderse en todo el mundo, mucho más por la conquista del poder que por la alegría de abrazar nuevos hermanos. En esas condiciones, las recientes anexiones de tribus no pueden ser más que apariencias. El aumento de territorio coincide con un decrecimiento positivo de la fe. Si miles de misioneros protestantes, que disponen de un presupuesto suficiente para un Estado de segundo orden, predican sus doctrinas más ó menos concordantes á millones de Hindus y de Chinos, de amarillos y amarillentos, ello no impide que en los mismos países de donde parten los propagandistas, los principios del dogma primitivo no resistan los ataques que se les dirigen, y que nuevas ideas que indican la influencia razonadora de los irreligiosos penetren cada vez más en la enseñanza de las iglesias. Así también, si la propaganda católica se ejerce en el mundo entero y si gentes que hablan centenares de lenguas diversas aprenden á decir en latín *Pater noster* y *Ave María*, si edifican iglesias en todas partes, no por eso se obtiene la juventud y la sinceridad del movimiento inicial. La religión puede continuar extendiéndose, pero ¿qué importa si de los manantiales no brota ya el agua santa de otros tiempos, si, á pesar de las tradiciones y las encíclicas, la Iglesia trata de reconciliarse con las aspiraciones del siglo, y, cesando de apoyarse sobre las verdades eternas, intenta acomodarse á las cosas perecederas?

El dominio del cristianismo queda ya limitado. Naturalmente, se ha aumentado con las poblaciones engendradas por esclavos. Los negros de los Estados Unidos profesan los diversos cultos cristianos que les fueron impuestos por sus amos. Lo mismo sucede en las Antillas y en el Brasil, como en la región de los Andes, donde los aborígenes sedentarios fueron también convertidos á la fuerza: «El crucifijo ó la muerte». Pero en las comarcas donde los Europeos no disponen de la libertad y de la vida de los naturales, éstos continúan guardando como un tesoro sus supersticiones íntimas, á las cuales se mezclan naturalmente todas las impresiones nuevas que les

[1] Félicien Challaye, *Cahiers de la Quinzaine*, 16 Enero 1902, págs. 53 y siguientes.

vienen de sus relaciones con el extranjero. Apenas se declaran cristianos más que los parásitos que tienen interés en adular á los recién llegados, en vivir de las migajas que caen de las mesas de sus festines. Así se ha formado en China, en las Indias y en Africa una turba muy despreciada alrededor de las iglesias y de las capi-



Cl. P. Sellier.

TONELAJE DEL AGUA DEL JORDÁN

En el centro un «coronel», representante del *International River Jordan Water C.y*, sociedad proveedora á ciertas sectas americanas de agua del Jordán para el bautismo y hasta para el consumo — á este efecto el agua es cocida y filtrada. — A los lados del delegado americano, el gobernador de Jericó y el representante del patriarca de Jerusalem.

llas, mientras que la masa ambiente de las naciones prosigue su evolución bajo la influencia de los inmigrantes de raza europea.

Repítese muy frecuentemente, como consagración de un hecho indiscutible, que el Islam prosigue muy rápidamente sus conquistas en Africa y en Asia, pero esta afirmación corriente sólo tiene una realidad exterior, por decirlo así.

Los Fulbes, los Mandingas y los Haussas, que son las principales naciones musulmanas de Africa, no sólo tienen conciencia de su superioridad sobre las tribus negras dispersas, sino que poseen una mayor fuerza de expansión que les es dada por la afición al comercio, y hasta cierto punto por el deseo de propagar su fe y de enseñar su saber. Tienen la ventaja capital de presentarse con el sentimiento de la solidaridad islámica en medio de pueblos sin cohesión. A ellos, pues, corresponde la fuerza de ataque, y el negro que se convierte al Islam cree elevarse un grado entre los hombres. Además los blancos, poseedores de los territorios africanos, suelen atraer á los comerciantes sin preguntarles su fe, y esos comerciantes son precisamente Mandingas y Haussas, discípulos de Mahoma. Desde que los Alemanes establecieron la colonia de Togo, la ciudad haussa y musulmana de Kete nació en el país posterior, y al final de 1902 algunas caravanas de la misma nación se fijaron en diversas partes del Kamerun[1].

Sí, los que se llaman discípulos del profeta aumentan en número cada año, pero respecto del fervor religioso, ¡ cuán lejos está nuestro siglo del tiempo en que el Islam guerreaba por la conversión de los pueblos y el exterminio de los infieles ! Los musulmanes chinos, que estuvieron antes á punto de romper la unidad del imperio, al Oeste en el Kan-su, al Sud en el Yun-nan, han acomodado su fe al culto de los antepasados, es decir, se practican los cultos nacionales en su parte más esencial. Del mismo modo, los musulmanes hindus, que, por el número, constituyen el grueso del ejército mahometano, han mezclado á sus ceremonias muchas formas que les harían considerar como herejes por sus correligionarios de Arabia. Hasta los más celosos de los musulmanes, los Senousiya, en quienes se ha querido ver fanáticos encarnizados en el asesinato de los infieles y en la propaganda constante en favor de la guerra santa (H. Duveyrier), han practicado noblemente y casi siempre los deberes de la hospitalidad hacia el viajero blanco, y las guerras entre mahometanos y soldados de las potencias cristianas jamás han tenido otro origen que el ataque directo ó la opresión por parte

[1] F. Wurz, *Die mohamedanische Gefahr in Westafrika*.

de los Europeos. Si hay adoradores de Allah que han conservado toda la fe de los tiempos pasados y su santo horror hacia el profano, la mayoría de los supuestos discípulos del profeta sólo es religiosa en la apariencia. Únicamente se ve á los marabuts, es decir, á los que viven de su fe ficticia ó real, entregarse á invocaciones y practicar las abluciones reglamentarias. Los Musulmanes suelen limitarse á ciertos actos exteriores, como los católicos indiferentes, cuyos dedos han conservado el movimiento maquinal del signo de la cruz. El ayuno del Ramadan, como entre los católicos la comida de viernes, es la práctica por excelencia que constituye toda la religión de los mahometanos olvidados del fervor de los antepasados.

Se ha dicho que el Islam conservó durante el siglo XIX su carácter belicoso en todas partes donde se halló en contacto con otras religiones; sin embargo, el carácter confesional de las guerras suscitadas quedó en general esencialmente secundario, y las diferencias de cultura, de lenguas, de costumbres y de intereses económicos, fueron casi siempre las causas primeras de los conflictos. Así ha sucedido en las guerras de Mauritania entre Franceses y Árabe-Bereberes, en las luchas tan frecuentemente renovadas en la Balkania entre Búlgaros, Servios, Macedonios, Albaneses, Turcos y Rusos; en las expediciones inglesas por el Afghanistán, en las campañas por el Turkestán y en las revoluciones de los Hoi-Hoi y de los Panthé en el imperio chino. Verosímilmente habrá otros conflictos, pero cada vez se desvanecerán más los pretextos religiosos ante las causas sociales. Las excitaciones á la guerra santa no encuentran ya eco suficiente en la masa. El Islam es mucho más tolerante que habitualmente se supone en Occidente. Mientras se profese « que no hay más dios que Dios y que Mahoma es su profeta », conformándose exteriormente con la ley musulmana, se pueden explicar los dogmas libremente. De ahí tantas sectas heterodoxas, toleradas con benevolencia, que van « desde el monoteísmo más absoluto al antropomorfismo más rudo ó al panteísmo más refinado, y de la austeridad más rígida al edonismo más complaciente »[1].

¿ Por qué centenares de millones de mahometanos, que están

[1] Edward G. Browne, *Questions diplomatiques et coloniales*, 15 Mayo 1901, p. 593.

en contacto con la civilización europea, le son refractarios y aun hostiles? No es que ellos no admitan también la ciencia y sus aplicaciones diversas: bien han dado en el pasado admirables y abundantes pruebas del deseo de aprender que les anima y de su potencia intelectual; pero entonces los musulmanes, entre los cuales todos los pueblos y todas las razas estaban representados, tenían la fuerza de iniciativa y poseían el ascendiente necesario para hallar fácilmente los conocimientos y los medios de estudio que necesitaban. En nuestros días todo está trastornado. Los dominantes en civilización se presentan realmente como superiores, diciéndose y creyéndose tales: su actitud es mortificante, y, como tal, rechazada con cortesía aparente ó con fingida indiferencia, pero en realidad con indignación. Precisamente los que se proclaman los maestros por excelencia, es decir, los misioneros, los religiosos, los maestros de escuela, pertenecientes á tal ó cual confesión cristiana, son quienes se presentan ante los musulmanes. Es moralmente imposible que no les rechacen en seguida; la psicología humana lo exige; imposible obtener otros resultados. En vez de hacerse recibir como huéspedes, esperando modestamente que se les interrogue, los maestros comienzan por declararse «cristianos», ó sea enemigos jurados hereditarios de los musulmanes, y su primer acto consiste en blasfemar delante de aquellos á quienes se ambiciona convertir en discípulos; seguros de la impunidad, puesto que tienen la fuerza material, se declaran defensores de la «Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo», lo que es una pura abominación para el monoteísta que les escucha; el hijo del Islam se pregunta cómo el Dios único, «que no es engendrado y que no engendra» tarda en lanzar sus rayos contra el blasfemo. El supuesto educador comienza su trabajo por un ultraje.

Verdad es que todos los Occidentales instruídos distan mucho de ser cristianos, ó al menos lo son muy parcialmente, aunque sin saberlo, y sólo conservan algunas reminiscencias de la moral y de las preocupaciones recibidas con el catecismo y la escuela; pero basta que esos no-cristianos se presenten bajo los auspicios de una potencia cristiana, basta que estén bajo la protección de un cónsul ó de un ministro, que éste obedezca las órdenes de las congregaciones,

de los curas ó de los pastores, para que se les clasifique entre las mercancías que cubre el pabellón cristiano, y la ciencia que aporten parecerá tan desnaturalizada y tan repugnante como la de los fervientes cristianos. En este concepto, ¿de qué potencia europea han de desconfiar menos los musulmanes convencidos? ¿No es el soberano de Inglaterra el «defensor de la fe»? ¿No es el czar de Rusia el jefe religioso de la ortodoxia? ¿No tiene el emperador de Alemania en una mano la espada y en la otra el Evangelio? ¿No es Italia la capital del Papado[1]? En cuanto á Francia, pudo creerse que representaría, después de su gran revolución, una civilización puramente laica y que, aparte de todas las religiones, se atendría á la religión universal; pero se sabe que políticos que se creen muy hábiles, han declarado, por el contrario, que «la razón no es un artículo de exportación». Los anticlericales en la madre patria se creen obligados á ser clericales en el extran-



UN MÁRTIR VOLUNTARIO EN EL CÁUCASO
Del cuadro de Verestchaguine.

[1] Cheikh Abdul Hadgk, *Revue*, 1.º Marzo 1902.

en contacto con la civilización europea, le son refractarios y aun hostiles? No es que ellos no admitan también la ciencia y sus aplicaciones diversas: bien han dado en el pasado admirables y abundantes pruebas del deseo de aprender que les anima y de su potencia intelectual; pero entonces los musulmanes, entre los cuales todos los pueblos y todas las razas estaban representados, tenían la fuerza de iniciativa y poseían el ascendiente necesario para hallar fácilmente los conocimientos y los medios de estudio que necesitaban. En nuestros días todo está trastornado. Los dominantes en civilización se presentan realmente como superiores, diciéndose y creyéndose tales: su actitud es mortificante, y, como tal, rechazada con cortesía aparente ó con fingida indiferencia, pero en realidad con indignación. Precisamente los que se proclaman los maestros por excelencia, es decir, los misioneros, los religiosos, los maestros de escuela, pertenecientes á tal ó cual confesión cristiana, son quienes se presentan ante los musulmanes. Es moralmente imposible que no les rechacen en seguida; la psicología humana lo exige; imposible obtener otros resultados. En vez de hacerse recibir como huéspedes, esperando modestamente que se les interrogue, los maestros comienzan por declararse «cristianos», ó sea enemigos jurados hereditarios de los musulmanes, y su primer acto consiste en blasfemar delante de aquellos á quienes se ambiciona convertir en discípulos; seguros de la impunidad, puesto que tienen la fuerza material, se declaran defensores de la «Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo», lo que es una pura abominación para el monoteísta que les escucha; el hijo del Islam se pregunta cómo el Dios único, «que no es engendrado y que no engendra» tarda en lanzar sus rayos contra el blasfemo. El supuesto educador comienza su trabajo por un ultraje.

Verdad es que todos los Occidentales instruídos distan mucho de ser cristianos, ó al menos lo son muy parcialmente, aunque sin saberlo, y sólo conservan algunas reminiscencias de la moral y de las preocupaciones recibidas con el catecismo y la escuela; pero basta que esos no-cristianos se presenten bajo los auspicios de una potencia cristiana, basta que estén bajo la protección de un cónsul ó de un ministro, que éste obedezca las órdenes de las congregaciones,

de los curas ó de los pastores, para que se les clasifique entre las mercancías que cubre el pabellón cristiano, y la ciencia que aporten parecerá tan desnaturalizada y tan repugnante como la de los fervientes cristianos. En este concepto, ¿de qué potencia europea han de desconfiar menos los musulmanes convencidos? ¿No es el soberano de Inglaterra el «defensor de la fe»? ¿No es el czar de Rusia el jefe religioso de la ortodoxia? ¿No tiene el emperador de Alemania en una mano la espada y en la otra el Evangelio? ¿No es Italia la capital del Papado[1]? En cuanto á Francia, pudo creerse que representaría, después de su gran revolución, una civilización puramente laica y que, aparte de todas las religiones, se atendría á la religión universal; pero se sabe que políticos que se creen muy hábiles, han declarado, por el contrario, que «la razón no es un artículo de exportación». Los anticlericales en la madre patria se creen obligados á ser clericales en el extran-



UN MÁRTIR VOLUNTARIO EN EL CÁUCASO
Del cuadro de Verestchaguine.

[1] Cheikh Abdul Hadgk, *Revue*, 1.º Marzo 1902.

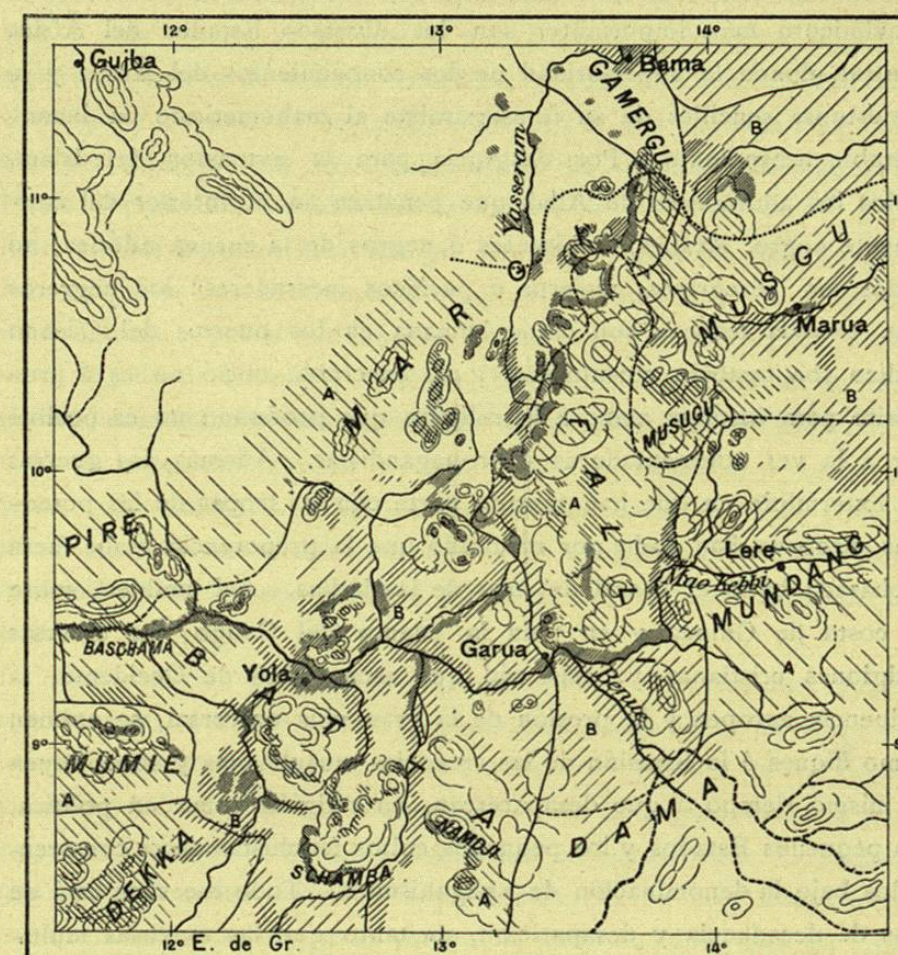
jero. Tal es la razón por la que la política de Francia en el Oriente mediterráneo continúa la de las cruzadas, francamente cristiana, es decir, antimusulmana, y, como es natural, no puede menos de suscitar desconfianza y odio. En la Mauritania — en Argelia, en Túnez, en Marruecos —, no podría hacerse lo mismo, so pena de suicidio colectivo: allá sería gran locura declararse estrictamente cristiano, lo que por otra parte sólo sería cierto para un número absolutamente ínfimo de inmigrantes. Todo lo más el gobierno central ha tenido la tentación de llamarse «árabe» ó «musulmán», lo que en sentido inverso hubiera sido tan malo como ser «francés» ó «cristiano». El hecho es que, prácticamente, el espíritu de tolerancia, ó, por mejor decir, de indiferencia, llegará á predominar. En contacto con el Europeo, é ignorando las cosas religiosas en la gran mayoría de sus representantes, el movimiento que se produce entre los musulmanes se descompone naturalmente en dos tendencias opuestas. Una de esas tendencias es á resistir, á hacerse creyente más ortodoxo, más acercado á la pureza del dogma: efecto del odio al opresor [1]. La otra, produciéndose principalmente en la multitud, consiste en entregarse á las nuevas influencias, en abandonar gradualmente la fe primera, conservando únicamente los ritos más usuales, cuyo sentido primitivo se pierde poco á poco.

Hasta las peregrinaciones contribuyen en parte á disminuir el fanatismo musulmán. Verdad es que el viaje á la Meca contribuye, más que el Corán y la enseñanza de los imanes y de los marabuts, á conservar la unidad del Islam, porque la visita de la Kaaba reune cada año, en congreso de multitudes, hombres pertenecientes á todas las partes del mundo, y le somete á las mismas influencias: es natural que la amistad y la solidaridad de los peregrinos creen la gran unión de la fe entre el Mogreb de las costas del Atlántico y la provincia china de Yun-nan. Sin embargo, las expediciones de los visitadores de la Meca, lo mismo que antiguamente las de los cruzados marchando hacia Jerusalem, no son debidas únicamente al fanatismo religioso: el amor de las aventuras, la curiosidad de ver países y hombres y sobre todo el instinto del tráfico contribuyeron á ellas

[1] Edm. Doutté, *Questions diplomatiques et coloniales*, 1.° Octubre 1900.

en gran parte; los caminos de peregrinación son también vías comerciales por excelencia y muchas caravanas tienen en ellos su mercado diario. Vambéry atribuye á los numerosos viajes de los Persas

N.° 585. Avance del Islam en Adamaoua.



Según el *Globus* (1907, 2, p. 200), el rayado A representa el territorio de las antiguas religiones naturistas; el rayado B cubre los territorios adquiridos por el Islam, principalmente los fondos de los valles. La intensidad del rayado indica la densidad de la población.

hacia los santuarios de Kum, de Meched y de Kerbela el sentido práctico y la viva inteligencia que distinguen á esta nación. Los peregrinos se instruyen y se hacen superiores á sus vecinos seden-

tarios [1]. Ordinariamente, el *hadj* que no hace de sus recuerdos de la Meca una explotación lucrativa y no tiene un interés directo en fanatizarse, tiene la inteligencia más clara y por consiguiente menos candidez religiosa que su compatriota que ha permanecido sedentario.

Las comarcas en que la invasión del Islam presentaba antes el movimiento más importante, son los diversos Estados del África central, donde la superioridad de los conocimientos del Árabe y la majestuosa sencillez de su fe aseguraban al mahometismo un incontestable ascendiente. Por desgracia para la extensión del Islam, todos los adoradores de Allah que penetran en el interior del continente negro, Arabes, arabizantes ó negros de la cuenca nilótica, no todos son peregrinos, viajeros ó pacíficos mercaderes: los negreros que todavía trafican con carne humana en los puertos del Océano Indico son también musulmanes y su execrable oficio no es á propósito para inspirar amor á la religión que profesan: no es posible ser á la vez atormentadores y propagandistas. Además, las guerras de exterminio en que han tomado parte con las tropas de las potencias europeas, han dado por resultado que la prepotencia árabe fuera rechazada hacia el litoral del mar de las Indias. Así también, sobre la costa de Guinea y en toda la cuenca del Congo, las diversas religiones cristianas y, más aún que esos cultos de Occidente, la influencia europea y la presión de la gran vida universal, se oponen como diques á la invasión de las creencias musulmanas y contribuyen al mismo tiempo á que desaparezcan, en religión como en política, los pequeños Estados y los pequeños cultos fetichistas antes comprendidos bajo la denominación de «paganismo». Todo ese caos está en vías de decadencia y desaparición, en tanto que las extensas multitudes comprendidas bajo las etiquetas comunes de las religiones y de las naciones dominantes, aumentan sin cesar. Es una preparación indirecta á la gran confederación de los hombres.

Suele considerarse el budhismo, injustificadamente, como la religión que comprende el mayor número de sectarios. Á lo menos ha dejado su huella y algunas partes de su enseñanza en la inmensidad del Asia, desde el cabo Comorin hasta las penínsulas extremas de

[1] *Sittenbilder aus dem Morgenlande*, p. 274.

Siberia. Además, merced á su acción sobre el catolicismo, la religión primitiva de la que nació el budhismo obra todavía sobre todo el mundo occidental por su herencia de ceremonias, de cánticos, de letanías y de euritmia corporal. Y ocurre que dos ó tres mil años después, nuevas influencias búdhicas, esta vez de orden más filosófico y más moral, se extienden por Europa y América, haciendo nacer centenares de sectas teosóficas, procedentes del dogma cristiano, pero tratando de emanciparse de él por una doctrina más libre, más en relación con los resultados de la ciencia contemporánea. Hasta por piedad, movidos por la irresistible necesidad de oir palabras divinas concordantes con su sentido de justicia, los hombres más religiosos se han separado del cristianismo con su «infierno inextinguible» y sus maldiciones eternas; y en parte alguna, como en el legado de las obras búdhicas, han hallado palabras de un misticismo más dulce y más consolador para ellos, que no prefieren á todo el rudo combate del trabajo contra la invasión y contra el error. La influencia religiosa de la India sobre la Gran Bretaña tiene indudablemente más importancia en el desarrollo humano que la totalidad de las conversiones obtenidas por los misioneros en las Indias.

Cada religión presenta grandes contrastes entre sus dos categorías de fieles, los que tratan de penetrarse de un ideal de elevación infinita y los simples observantes que, por el número de los reglamentos, no tienen un solo momento de vida libre para sentir ó para pensar. En este concepto, el budhismo es seguramente la religión que nos ofrece los extremos más notables: de un lado almas puras todo bondad, del otro seres estúpidos, embrutecidos, que no oyen más que el rumor de su molino de oraciones. Los monjes budhistas de Siam, del Tibet y de la Mongolia están de tal modo ocupados por las observancias y molestados por las prohibiciones, que les sería absolutamente imposible vivir si novicios y sirvientes, lo mismo que la ínfima plebe, no trabajara para ellos. La regla prohibe á los monjes cavar la tierra; plantar y sembrar, porque podrían matar algún animalillo; cocer arroz ó cualquiera semilla, porque destruirían el germen; trepar á los árboles, porque romperían ramas ó ramillas; encender ó apagar una llama por temor de quemar á un

ser viviente ó de causar daño al fuego, que tiene también el don de vida; de forjar hierro, porque las chispas perecen en el aire. Y si infringen una de esas mil prohibiciones, pierden el beneficio de sus maceraciones anteriores y recaen al último de los infiernos para comenzar de nuevo la terrible peregrinación terrestre [1]. La necesidad de certidumbre en la adquisición, sea de una reencarnación feliz, sea de la salud del alma eterna, lleva al budhista como al católico á establecer su libro de cuentas, á clasificar el valor positivo ó negativo de sus diferentes actos, á numerar, á tasar sus pecados y sus buenas obras según su importancia, á tener á la vista por medio de cifras exactas las faltas y las expiaciones. Tantas oraciones especiales bastan para contrarrestar y, por consiguiente, rescatar tal incumplimiento del deber religioso; tantos rosarios rezados corresponden exactamente á tantos malos pensamientos. Entre ciertos budhistas chinos, los méritos y los deméritos están tasados estrictamente; el mérito de dar libertad á un pájaro se anula por el demérito de haber desenterrado un insecto en invierno; los cien méritos que vale el cumplimiento de una promesa de matrimonio con una joven pobre se destruyen por los cien deméritos que castigan al hombre culpable de haber comido buey ó perro.

Con tal régimen se detienen forzosamente toda iniciativa personal, lo mismo que toda influencia política de conjunto: la nación llega á ser completamente nula en el equilibrio del mundo. Hasta el país se despuebla en Mongolia y en el Tibet, donde hay distritos en que la cuarta parte, la tercera y aun la mitad de los habitantes han tomado el hábito y el bonete de monje. Libikow [2] afirma — lo que parece muy dudoso — que la población tibetana, reducida actualmente á tres millones de individuos, ha disminuído unas nueve décimas partes por efecto de la claustración general y de las epidemias, consecuencia de una falta de energía vital. No es extraño, pues, que esas extensas comarcas del Asia central pertenezcan de antemano á los conquistadores que se presenten. En otro tiempo, tributarios de los Chinos, los Mongoles se apresuran á hacerse vasallos

[1] Colquhoun, *Amongst the Shans*; — Hallert, *A thousand Miles on an Elephant*; citados por A. H. Keane, *Man, Past and Present*, p. 210.
[2] *Visite de Lhassa en 1900*.

de Rusia, y los Tibetanos, á quienes tan fácil sería defenderse, puesto que cuentan como aliados con el suelo y el clima, se preparan también, como animales estúpidos, á doblar la cerviz ante el yugo del nuevo dueño. ¿Qué fuerza de resistencia puede ofrecer un pueblo donde un viajero que explora el Tibet puede permitirse comprar un templo con todo su sagrado mobiliario y todo su personal de sacerdotes y oficiantes, presentándose como un budha encarnado en las regiones occidentales [1]?



Cl. P. Sellier.
TORO DE MYSORE (MAISSUR), INDIA MERIDIONAL
tallado en una roca aislada.

El trabajo es demasiado intenso en China y la nación está harto bien adiestrada atávicamente en la conservación de los cultivos, para que los monjes holgazanes no sean generalmente despreciados. En aquellas comarcas el budhismo ejerce su influencia por la superioridad de su doctrina, y las ideas de solidaridad y de benevolencia universales reemplazan en la enseñanza á la rutina del pecado. En el Japón, donde el impulso de la nación tampoco permite el dominio de una religión puramente soñadora y contemplativa, lo que queda del budhismo se ha transformado en una moral de afecto poético hacia la Naturaleza, los hombres, los animales y todo lo que existe [2]. Entre los Cinghaleses y los Barmanes, los budhistas más fieles á la antigua práctica de la igualdad y de la libertad moral absoluta, la tolerancia recíproca es verdaderamente perfecta. Jamás se permitirá nadie criticar las maneras de obrar ni las ideas de su prójimo [3]. Pero ¿qué es eso más que la muerte del pensamiento?

Bajo diversas formas todas las religiones evolucionan hacia la

[1] L. Austine Waddel, *The Buddhism of Tibet*.
[2] Lafcadio Hearn.
[3] H. Fiedling, *The Soul of a People*.

ser viviente ó de causar daño al fuego, que tiene también el don de vida; de forjar hierro, porque las chispas perecen en el aire. Y si infringen una de esas mil prohibiciones, pierden el beneficio de sus maceraciones anteriores y recaen al último de los infiernos para comenzar de nuevo la terrible peregrinación terrestre [1]. La necesidad de certidumbre en la adquisición, sea de una reencarnación feliz, sea de la salud del alma eterna, lleva al budhista como al católico á establecer su libro de cuentas, á clasificar el valor positivo ó negativo de sus diferentes actos, á numerar, á tasar sus pecados y sus buenas obras según su importancia, á tener á la vista por medio de cifras exactas las faltas y las expiaciones. Tantas oraciones especiales bastan para contrarrestar y, por consiguiente, rescatar tal incumplimiento del deber religioso; tantos rosarios rezados corresponden exactamente á tantos malos pensamientos. Entre ciertos budhistas chinos, los méritos y los deméritos están tasados estrictamente; el mérito de dar libertad á un pájaro se anula por el demérito de haber desenterrado un insecto en invierno; los cien méritos que vale el cumplimiento de una promesa de matrimonio con una joven pobre se destruyen por los cien deméritos que castigan al hombre culpable de haber comido buey ó perro.

Con tal régimen se detienen forzosamente toda iniciativa personal, lo mismo que toda influencia política de conjunto: la nación llega á ser completamente nula en el equilibrio del mundo. Hasta el país se despuebla en Mongolia y en el Tibet, donde hay distritos en que la cuarta parte, la tercera y aun la mitad de los habitantes han tomado el hábito y el bonete de monje. Libikow [2] afirma — lo que parece muy dudoso — que la población tibetana, reducida actualmente á tres millones de individuos, ha disminuído unas nueve décimas partes por efecto de la claustración general y de las epidemias, consecuencia de una falta de energía vital. No es extraño, pues, que esas extensas comarcas del Asia central pertenezcan de antemano á los conquistadores que se presenten. En otro tiempo, tributarios de los Chinos, los Mongoles se apresuran á hacerse vasallos

[1] Colquhoun, *Amongst the Shans*; — Hallert, *A thousand Miles on an Elephant*; citados por A. H. Keane, *Man, Past and Present*, p. 210.
[2] *Visite de Lhassa en 1900*.

de Rusia, y los Tibetanos, á quienes tan fácil sería defenderse, puesto que cuentan como aliados con el suelo y el clima, se preparan también, como animales estúpidos, á doblar la cerviz ante el yugo del nuevo dueño. ¿Qué fuerza de resistencia puede ofrecer un pueblo donde un viajero que explora el Tibet puede permitirse comprar un templo con todo su sagrado mobiliario y todo su personal de sacerdotes y oficiantes, presentándose como un budha encarnado en las regiones occidentales [1]?



Cl. P. Sellier.
TORO DE MYSORE (MAISSUR), INDIA MERIDIONAL
tallado en una roca aislada.

El trabajo es demasiado intenso en China y la nación está harto bien adiestrada atávicamente en la conservación de los cultivos, para que los monjes holgazanes no sean generalmente despreciados. En aquellas comarcas el budhismo ejerce su influencia por la superioridad de su doctrina, y las ideas de solidaridad y de benevolencia universales reemplazan en la enseñanza á la rutina del pecado. En el Japón, donde el impulso de la nación tampoco permite el dominio de una religión puramente soñadora y contemplativa, lo que queda del budhismo se ha transformado en una moral de afecto poético hacia la Naturaleza, los hombres, los animales y todo lo que existe [2]. Entre los Cinghaleses y los Barmanes, los budhistas más fieles á la antigua práctica de la igualdad y de la libertad moral absoluta, la tolerancia recíproca es verdaderamente perfecta. Jamás se permitirá nadie criticar las maneras de obrar ni las ideas de su prójimo [3]. Pero ¿qué es eso más que la muerte del pensamiento?

Bajo diversas formas todas las religiones evolucionan hacia la

[1] L. Austine Waddel, *The Buddhism of Tibet*.
[2] Lafcadio Hearn.
[3] H. Fiedling, *The Soul of a People*.

desaparición del dogma que las diferencia y que las hace mutuamente intolerantes, debido á que ha entrado en el mundo una nueva fuerza, primero en la mente de algunos matemáticos, naturalistas y filósofos, después obligando á sus discípulos á la reflexión y apoderándose poco á poco de una parte considerable de la sociedad. Esta fuerza es la que da el conocimiento del número y de la medida, trayendo consigo más precisión en el pensamiento, más método en los razonamientos, más ponderación en los consejos, y, por consiguiente, mayor equilibrio moral. El lugar que la religión, es decir, el miedo, la ilusión, el vago ideal, ocupaba en el «alma», es ocupado en proporción creciente por la serenidad de la razón, por el «libre pensamiento». No hay duda que ese trabajo de eliminación y de substitución se hace muy gradualmente, y que la evolución histórica no es perceptible para las gentes de cortos alcances que no saben comparar las cosas de los siglos anteriores, pero las transformaciones no dejan ni dejarán de producirse. Los odios religiosos sostenidos tan fervorosamente por las generaciones sucesivas durante el largo curso de las edades, persisten en muchas almas que aún sueñan con persecuciones, con degüellos y con la combustión de víctimas á fuego lento, pero los hijos de los antiguos perseguidos, dispuestos hoy á defenderse, han obligado á sus enemigos á moderar la intemperancia del lenguaje tradicional, y, por un fenómeno de reacción inevitable, las costumbres, como las palabras, han acabado por acomodarse al nuevo medio.

Algunos teólogos ortodoxos, que, en plena sociedad moderna, son como los «testigos» que dejan los cavadores en una llanura nivelada, sostienen, sin embargo, con ferocidad la doctrina constante de la Iglesia, relativa al castigo de los herejes: de ese modo puede la historia contemporánea establecer útiles comparaciones entre el presente y el pasado. El jesuíta de Luca, profesor en la Universidad vaticana de Roma, en su libro de jurisprudencia eclesiástica, publicado en 1901, se expresa como sigue: «La autoridad civil debe aplicar al hereje la pena de muerte, por orden y á cargo de la Iglesia: en cuanto la Iglesia le ha entregado el hereje, éste no puede librarse de tal pena. Incurren en ella, no sólo los que han renegado de su fe, sino también aquellos que han mamado la

herejía con la leche materna y persisten en ella con tenacidad, lo mismo que los reincidentes, aunque quieran convertirse de nuevo». ¿No se ha visto aún en 1898, el 17 de Julio, al catolicismo oficial representado por los más altos dignatarios de la Iglesia celebrar con solemne pompa el recuerdo de un auto de fe de cinco Judíos, quemados, después de atormentados, en una plaza de Bruselas? So pretexto de congreso eucarístico y de una fiesta arquitectónica, la Iglesia, después del transcurso de cinco siglos, se ha declarado solidaria de un abominable crimen, producto de la más ridícula ignorancia, porque aquellos Judíos estaban acusados de haber acuchillado unas hostias de las cuales manó la sangre del Hombre Dios. En nuestros siglos de paz, á pesar de la pretendida separación de los poderes, los tribunales y las administraciones se ponen de muy buen grado al servicio de la Iglesia para condenar á sus enemigos. El *Index* de Roma suele encontrar eficaz apoyo entre los jueces civiles. Así se ha visto que el *Testamento* del cura Meslier, que el Parlamento de París condenó al fuego antes de la Revolución francesa, fué también destruído medio siglo después, como «atentatorio á la moral política y religiosa», por el tribunal correccional del Sena (1824), por la Audiencia del Norte (1835), por el Tribunal real de



Documento comunicado por la Sra. Massieu.

BONZO ANNAMITA

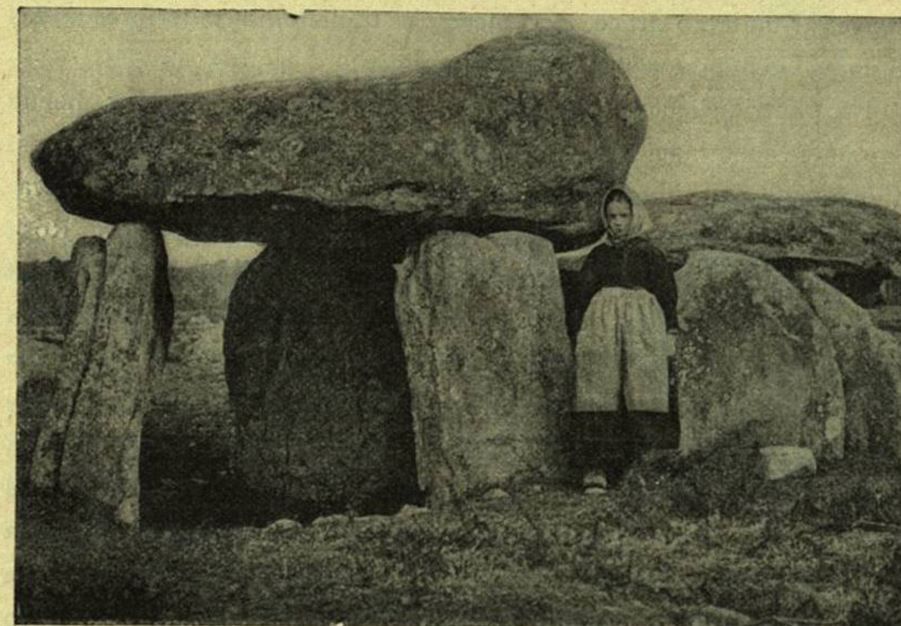
Douai (1837), por la Audiencia de Vienne (1838). Los poderes establecidos gustan de prestarse recíprocos servicios á expensas del enemigo común, el hombre libre que piensa libremente. La Inquisición, ese tribunal de sangre encarnizado contra toda novedad, se tiene por inmortal lo mismo que por infalible. Torquemada parece muerto, pero todavía sus huesos se agitan en la tumba.

Asombra el hecho de que ni una de las antiguas religiones ha desaparecido completamente. Con más ó menos actividad, todas viven, siguiendo el mismo ceremonial que hace miles de años. En la Gran Bretaña, durante la noche que precede al 21 de Junio, los habitantes de los pueblos inmediatos á la llanura de Salisbury se reunen alrededor del circo megalítico de Stonehenge — al menos lo hacían aún recientemente —, y, en tiempo favorable, cuando el horizonte oriental queda libre de toda nube ó niebla, esperan religiosamente la salida del sol. Los que se hallan en medio del recinto, sobre la piedra central del altar, ven un instante el globo como en equilibrio sobre la punta de la peña llamada Friar's Heel, «Talón del Fraile». Se nos dice que en 1895 el espectáculo de la aparición fué de una rara belleza [1]. Un literato escocés, William Sharp, refiere [2] haber asistido, siendo joven, hacia 1860, á la inmolación de un carnero al solsticio de estío; la ceremonia tenía lugar en la cima de una elevada montaña al norte de Escocia, y el pastor que hacía el sacrificio pronunciaba palabras en una lengua que no era ninguna de las habladas en nuestro siglo en el país.

En los Alpes y en la Bretaña francesa se verifican todavía ceremonias análogas, sin que el cura católico se oponga, y hasta acepta, en todo el mundo antiguo pagano convertido en cristiano de nombre, el papel de mago, para ir, seguido de la procesión de fieles, á bendecir los campos, para expulsar de ellos las malas hierbas, los gusanos, las tempestades y toda huella de pata hendida. En los casos graves, si Dios y sus santos no se muestran favorables, no teme recurrir al Diablo y á sus ángeles; porque el creyente en las potencias sobrenaturales lo que quiere sobre todas las cosas es ver satisfechos sus deseos, y es justo que después de dirigirse inútil-

[1] *Nature*, Junio, 29, 1899, ps. 204, 205.
[2] *Nota manuscrita.*

mente á la divinidad del día, recurra al señor de la noche. Todavía en Ardenas, al final del siglo XIX, los jóvenes que temían que les tocara la suerte de soldado practicaban «novenas de noche», siguiendo cuidadosamente al revés el camino de la procesión; también hacían el signo de la cruz en sentido inverso. Las demás ceremonias deben hacerse también al revés para que resulten «magias». Las cosas santas conservan su virtud, pero en razón de la



Cl. Z. Le Rouzic.

CARNAC — DOLMEN DE MANÉ-KERIONED

profanación que se les hace sufrir. ¡La blasfemia equivale á la oración [1]!

Uno de los errores más generalizados consiste en imaginarse que los cambios religiosos intensos corresponden á los cambios de nombres adoptados por los cultos sucesivos. Frecuentemente las formas de los amuletos y otros objetos de piedad no se modifican; las fórmulas idénticas se musitan siempre en la misma lengua sagrada, los lugares de peregrinación continúan siendo los mismos, las ceremonias se celebran para los mismos votos é idénticos géneros de

[1] Marie de Villermont, *Revue Mauve*, 1899.

curación, la civilización rutinaria no ha cambiado lo más mínimo, y, no obstante, los individuos antes clasificados como paganos se cuentan actualmente entre los cristianos; se les llamaba budhistas y hoy son sivaítas ó mahometanos. Hasta cuando nuevos símbolos han reemplazado á los antiguos, cuando se hace entrar en la memoria signos mágicos ó palabras cabalísticas reputadas como más eficaces, el fondo de la rutina queda intacto en la mente de los tardíos de pensamiento [1]. La mayor parte de las preocupaciones, como la relativa al número trece, pertenecen á tradiciones anteriores á las religiones «en ejercicio» y les sobreviven.

Esta subconciencia religiosa, que no se nota al exterior, puede despertar repentinamente en grandes períodos de perturbaciones. Todo fanatismo religioso puede llegar hasta la locura colectiva, hasta destruir los sentimientos naturales. Refiere el general Rossignol en sus *Memorias* que se le presentaron cincuenta mujeres en el cuartel general de Jalais, cerca de Angers, llevando cada una dos niños en brazos. — «Señores Azules, nos dijeron, nos han dicho que venís á comer nuestros hijos; nosotras os los traemos; comedlos» [2]. Aquellas madres fanáticas contaban con la resurrección de sus hijos á los tres días y querían hacerla más gloriosa por el sacrificio. Y, no obstante, la guerra de la Vendée no era una guerra religiosa más que de rechazo; era determinada únicamente por ese odio á las creencias opuestas que coloca el furor guerrero bajo la sanción especial de la divinidad y de sus santos. Además, hasta en plena paz, cuando nada parece preparar la explosión de furores fanáticos, suele surgir tal lector de la Biblia, tal evocador de visiones para realizar actos atroces, ordenados por voces misteriosas. No pasa año sin que las recopilaciones periódicas refieran matanzas hechas por algún nuevo Abraham á quien el Señor haya impuesto el sacrificio de un nuevo Isaac, ú otro Josué encargado de exterminar enemigos de Dios. ¿Qué religión puede considerarse indemne de semejantes crímenes? Cada una tiene sus asesinatos rituales, y sería tan contrario á la verdad declarar esos crímenes imposibles como hacer responsables de ellos á todos los que en

[1] P. Lavroff, *L'idée du Progrès dans l'Anthropologie.*
[2] *Revue Blanche*, 15 Septiembre 1895, p. 272.

un país profesan una fe determinada. En este concepto, la historia de las sectas rusas, cristianas ó judías, está llena de enseñanzas. Hasta puede sospecharse que tales atrocidades cometidas en las revoluciones puramente políticas proceden del viejo fondo autoritario de las antiguas religiones; ¿qué crímenes no pueden cometerse en nombre de Dios?

Por su esencia misma, las religiones, incluso el catolicismo que se dice «flexible» porque se esfuerza en dominar los caracteres, van retrasadas en su evolución. Abrumadas por su enorme bagaje de supervivencias de los tiempos inmemoriales, obligadas á atenerse á las antiguas fórmulas para justificar su pretensión á la infalibilidad, dejándose adelantar siempre por las conquistas de la ciencia, se dedican fatalmente á combatir ante todo lo que cien años después se verán obligadas á admitir tácitamente ó hasta predicar. De tal manera forman la retaguardia de las naciones modernas, que hasta rehusan aceptar las nuevas situaciones que podrían serles útiles. Así es como el Papado, forzado por los poderes civiles á volver á ser una potencia puramente espiritual, no ha querido comprender cuán ventajoso le sería librarse para siempre de sus indignos compromisos con los Estados, aboliendo tratamientos y privilegios, disponiendo más que nunca de la majestad divina á los ojos de los fieles (1905). Esta heroica intransigencia fué apenas indicada por alguna actitud pasajera, por algunas palabras que se llevó el viento, y los pontífices continuaron negociando lastimosamente lo que les quedaba de poder temporal, para conservar sus lucrativos concordatos con los diversos gobiernos, obrando como príncipes y como capitalistas, aunque suponiéndose «prisioneros».



Cl. H. B. Guppy.
FIGURA DE DIOS EN LA POPA DE UNA CANOA MELANESIA

La conservación de los privilegios se alía tan bien con la de los viejos dogmas, que instintivamente, cuantos se sienten amenazados por los progresos de la razón en los movimientos populares

curación, la civilización rutinaria no ha cambiado lo más mínimo, y, no obstante, los individuos antes clasificados como paganos se cuentan actualmente entre los cristianos; se les llamaba budhistas y hoy son sivaítas ó mahometanos. Hasta cuando nuevos símbolos han reemplazado á los antiguos, cuando se hace entrar en la memoria signos mágicos ó palabras cabalísticas reputadas como más eficaces, el fondo de la rutina queda intacto en la mente de los tardíos de pensamiento [1]. La mayor parte de las preocupaciones, como la relativa al número trece, pertenecen á tradiciones anteriores á las religiones «en ejercicio» y les sobreviven.

Esta subconciencia religiosa, que no se nota al exterior, puede despertar repentinamente en grandes períodos de perturbaciones. Todo fanatismo religioso puede llegar hasta la locura colectiva, hasta destruir los sentimientos naturales. Refiere el general Rossignol en sus *Memorias* que se le presentaron cincuenta mujeres en el cuartel general de Jalais, cerca de Angers, llevando cada una dos niños en brazos. — «Señores Azules, nos dijeron, nos han dicho que venís á comer nuestros hijos; nosotras os los traemos; comedlos» [2]. Aquellas madres fanáticas contaban con la resurrección de sus hijos á los tres días y querían hacerla más gloriosa por el sacrificio. Y, no obstante, la guerra de la Vendée no era una guerra religiosa más que de rechazo; era determinada únicamente por ese odio á las creencias opuestas que coloca el furor guerrero bajo la sanción especial de la divinidad y de sus santos. Además, hasta en plena paz, cuando nada parece preparar la explosión de furores fanáticos, suele surgir tal lector de la Biblia, tal evocador de visiones para realizar actos atroces, ordenados por voces misteriosas. No pasa año sin que las recopilaciones periódicas refieran matanzas hechas por algún nuevo Abraham á quien el Señor haya impuesto el sacrificio de un nuevo Isaac, ú otro Josué encargado de exterminar enemigos de Dios. ¿Qué religión puede considerarse indemne de semejantes crímenes? Cada una tiene sus asesinatos rituales, y sería tan contrario á la verdad declarar esos crímenes imposibles como hacer responsables de ellos á todos los que en

[1] P. Lavroff, *L'idée du Progrès dans l'Anthropologie.*
[2] *Revue Blanche*, 15 Septiembre 1895, p. 272.

un país profesan una fe determinada. En este concepto, la historia de las sectas rusas, cristianas ó judías, está llena de enseñanzas. Hasta puede sospecharse que tales atrocidades cometidas en las revoluciones puramente políticas proceden del viejo fondo autoritario de las antiguas religiones; ¿qué crímenes no pueden cometerse en nombre de Dios?

Por su esencia misma, las religiones, incluso el catolicismo que se dice «flexible» porque se esfuerza en dominar los caracteres, van retrasadas en su evolución. Abrumadas por su enorme bagaje de supervivencias de los tiempos inmemoriales, obligadas á atenerse á las antiguas fórmulas para justificar su pretensión á la infalibilidad, dejándose adelantar siempre por las conquistas de la ciencia, se dedican fatalmente á combatir ante todo lo que cien años después se verán obligadas á admitir tácitamente ó hasta predicar. De tal manera forman la retaguardia de las naciones modernas, que hasta rehusan aceptar las nuevas situaciones que podrían serles útiles. Así es como el Papado, forzado por los poderes civiles á volver á ser una potencia puramente espiritual, no ha querido comprender cuán ventajoso le sería librarse para siempre de sus indignos compromisos con los Estados, aboliendo tratamientos y privilegios, disponiendo más que nunca de la majestad divina á los ojos de los fieles (1905). Esta heroica intransigencia fué apenas indicada por alguna actitud pasajera, por algunas palabras que se llevó el viento, y los pontífices continuaron negociando lastimosamente lo que les quedaba de poder temporal, para conservar sus lucrativos concordatos con los diversos gobiernos, obrando como príncipes y como capitalistas, aunque suponiéndose «prisioneros».



Cl. H. B. Guppy.

FIGURA DE DIOS EN LA POPA DE UNA CANOA MELANESIA

La conservación de los privilegios se alía tan bien con la de los viejos dogmas, que instintivamente, cuantos se sienten amenazados por los progresos de la razón en los movimientos populares

se refugian en las cohortes religiosas. Hasta los que antes se burlaban de los curas invocan hoy su auxilio. No obstante, ese cristianismo burgués no es más que hipocresía pura: cuando una clase se penetra que su desaparición es inevitable y próxima, cuando tiembla ya ante la proximidad de la muerte, se encomienda desesperada á alguna divinidad salvadora, á un fetiche, á un ramo bendito; el primer brujo que se presente predicándole la salvación ó la redención le atrae por un instante. Así se cristianizaron los Romanos; así se convierten los volterianos [1]. La inmensa mayoría de los que se unen á la Iglesia por interés carecen de toda fe y con perfecto cinismo declaran su evolución. La Iglesia cuenta por cómplices naturales todos aquellos que tienen servidores á su mando: reyes y militares, magistrados y funcionarios, hasta los padres de familia que quieren hijos dóciles á riesgo de hacerles perder el brillo de la mirada y la virilidad del pensamiento.

Un hecho capital gobierna esa clasificación de las fuerzas enemigas, á saber: los defensores de la Iglesia, aunque detestándose y despreciándose entre sí, se han visto obligados á agruparse en un solo partido. Aislados, sus doctrinas respectivas serían demasiado ilógicas, de una moralidad harto primitiva para que pudieran resistir; era necesario ligarlas á una causa superior, la de Dios mismo, el «principio de todas las cosas», del mismo modo que en una batalla las tropas aventuradas abandonan las obras exteriores recién construídas, para agruparse en el centro de la posición, en la antigua fortaleza, acomodada por los ingenieros á la guerra moderna.

El catolicismo se beneficia en gran manera con esta concentración de las fuerzas retrógradas hacia la ciudadela religiosa. Aparte del reposo del pensamiento que sienten algunos en una creencia en el más allá, el catolicismo ofrece otro sostén de la vida, prescribe una línea de conducta inmutable: la obediencia. Todos aquellos á quienes espanta el desarrollo de la iniciativa individual y del espíritu de rebeldía se vuelven suplicantes hacia el Papa; los episcopalianos de Inglaterra y de América se cobijan en multitud bajo el girón de la Iglesia romana.

[1] G. Sorel, *Humanité Nouvelle*, 10, VII, 1899, p. 35.

El extremado peligro que hace correr á la sociedad la concentración religiosa no está en que sus dogmas causen un mal directo cambiando de nuevo la mentalidad de las poblaciones del mundo civilizado. Los que no tienen la fe sincera y activa no pueden recuperarla, pero fingen tenerla; llegan á figurarse que la tienen, y en esa simulación de las creencias está precisamente el mal: no se cree en el infierno ni en el diablo; sólo se tiene de Dios una idea vaga, panteísta ó fetichista, ni nadie se preocupa de su supuesta omnipresencia; los principios esenciales de la religión quedan absolutamente ignorados, pero cuando se considera útil penetrar en la Iglesia se observan todas las ceremonias tradicionales, genuflexiones, balanceos del cuerpo y de la cabeza, movimiento de los ojos y de las manos. Se ha convenido en que los intereses de la propiedad, del capital, del parasitismo, los de toda especie, exigen la práctica reglamentaria del culto católico, y millones de hombres se conforman con esa obligación desprovista de toda sinceridad. La hipocresía tiende á reemplazar la fe desaparecida, y, por consiguiente, la religión se conquista cada vez más en el organismo social hasta el punto de haber perdido ya la fuerza directiva para obligar á la humanidad á seguirla; su acción, convertida en regresiva, se hace por eso mismo venenosa y corruptora, siendo necesario eliminarla á toda costa. No es el «clericalismo» el enemigo, es la Iglesia. Hasta por definición, la Iglesia es el gran agente del mal, ya que exige que se obedezca á fuerzas desconocidas, á las tinieblas primitivas; después de haber proclamado el misterio de los orígenes y de los fines, interpreta ese misterio en interés del clero al que Dios le ha confiado. ¿Pero no es ese clero el mismo Dios en persona, puesto que encarna su voluntad y tiene en sus manos las llaves del cielo y del infierno? Puede, pues, en su omnipotencia esclavizar á los hombres como un rebaño de ovejas, convirtiéndoles en otras tantas cosas sin derecho, sin personalidad y sin pensamiento, y con frecuencia lo logra. Es un hecho tristísimo el vacío de la mente, el gusto de la necedad y la sutileza pueril de muchas personas educadas por el clero y también entre religiosos, religiosas y hasta en los mismos curas [1].

[1] *Pages Libres*, n.° 99, 22 Noviembre 1902.

La potencia de renovación sólo pertenece á los hombres animados de una idea nueva. Toda la Edad Media con sus santos y sus diablos huye ante Copérnico. Todas las iglesias católicas y protestantes tiemblan cuando Lamarck y Darwin, cada cual como un nuevo Sansón, sacuden las grandes columnas. Por las ideas mezcladas de hechos, no por oraciones susurradas al pie de los confesionarios ni por rosarios rezados sobre el pavimento de las naves, se renuevan las sociedades.

Verdad es que los ejércitos de la Iglesia se han aumentado con nuevas tropas: al clero llamado «secular» se ha agregado la lista sin fin de las órdenes «regulares», de frailes y religiosas. Esas bandas comprenden precisamente los más ardientes celadores de la fe, los que con más valor penetran en el mundo para atraerle á sus fines y los que, por el contrario, se refugian en la soledad y en el abandono porque temen las batallas de la vida.

La entrada en las órdenes suele ser una huída, sobre todo entre las mujeres cuya educación no ha previsto las contrariedades probables: todo las espanta, especialmente los peligros misteriosos del amor y los deberes eventuales de la familia. Viene después la influencia del cura, del confesor, que pone en tensión los instintos, la pasión, toda la potencia del ser hacia un personaje ideal, resumen divino de bellezas físicas y morales y hasta de la dulzura existente en el sacrificio. Y he aquí que se ofrece el asilo discreto de los conventos, donde el alma tímida podrá gozar en paz de la gravedad de las tiernas emociones experimentadas por lo desconocido en la semi-obscuridad de las naves, donde la regularidad absoluta de las oraciones, de las mil ocupaciones metódicamente alternadas, conservará el alma en la dirección inicial, en que la regla hará de la obediencia absoluta más que un deber, una verdadera necesidad. ¡Es tan difícil tomar resoluciones fuertes y tan fácil obedecer! Reveillère pregunta á un hombre que quiere hacerse fraile: «¿Por qué no entra usted en el clero secular, donde podrá practicar el bien? — Porque — responde el sujeto — habría de guiarme, y siendo jesuíta seré guiado; es más seguro».

Sin contar los maestros adiestrados en la rutina de la enseñanza primaria, hay órdenes que se ocupan del estudio profundo de las

ciencias y siguen los únicos métodos de observación, de experiencia y de lógica indispensables á las investigaciones fructíferas; pero á esos fieles aventurados sobre el peligroso terreno de los trabajos intelectuales se les dictan previamente las conclusiones: se les conduce como por la mano al atrio del templo y allí se les obliga á que se prosternen en adoración ante el poderoso Creador de todas las cosas, considerándose dichosos de ofrecer como una hierbecilla la pequeña cosecha de descubrimientos que han hecho en el campo del saber. Si, por el contrario, tropiezan con alguna piedra de escándalo y hallan la menor contradicción entre el resultado de sus trabajos y las tradiciones de la Iglesia, las decisiones de los Concilios y el texto de las bulas pontificias, entonces corren el gran peligro de ser heridos de anatema, á menos que hagan pública retractación y acepten hacer penitencia en algún convento lejano, olvidados de aquellos á quienes escandalizaron con su enseñanza. Como en los siglos de la Edad Media, la ciencia sólo tiene derecho al nombre de «servidora» ante la Iglesia soberana, en tanto que para los infieles es la Reina y la Madre.



Cl. del *Globus*.

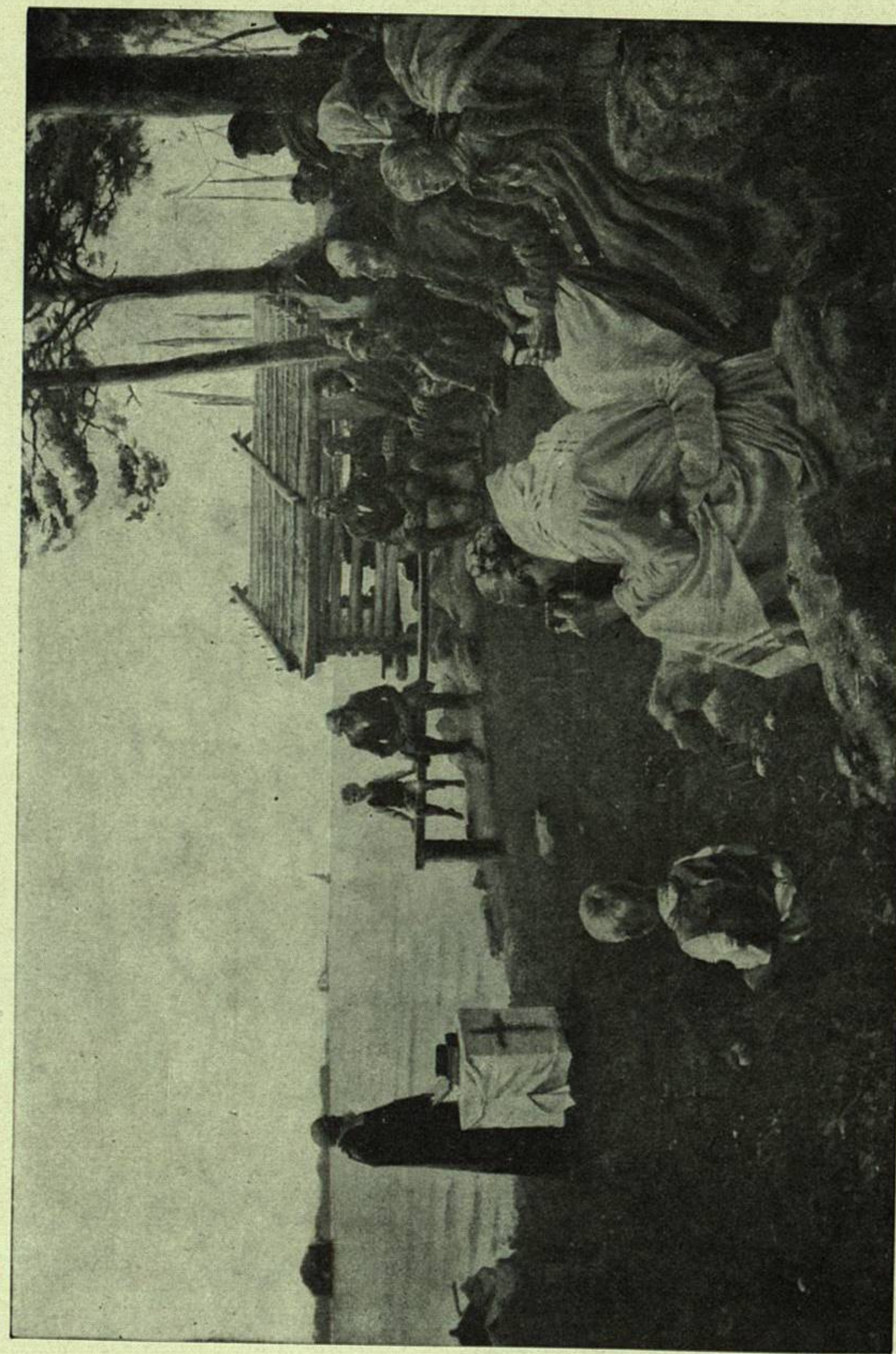
COSTUMBRES RELIGIOSAS DE LOS INDIOS CORA

En esta población mejicana subsiste una sabia mezcla de religiones organizada por los Franciscanos hace dos siglos. En la fiesta de Pascua, los Indios, representando á los Judíos, se extienden en el suelo para dejar paso á los apóstoles. (K. Th. Preuss, *Globus*, 1906, 2, p. 168.)

Prohibido ya á las Iglesias el imperio intelectual del mundo, separadas unas de otras por el dogma, sus reducidas ambiciones se limitan á horizontes más pequeños; se dirigen á la posesión de las riquezas. Un verso de Sófocles [1] menciona ya la avidez de los sa-

[1] Τὸ μαντικὸν γαρ πᾶν φιλάργυρον γένος, *Antigone*, verso 1055. — «La raza de los adivinos es, en efecto, toda entera ávida de dinero».

cerdotes, y lo que era verdad en el mundo helénico, donde el papel de los intérpretes de la divinidad era secundario, ha adquirido un valor mucho mayor en las sociedades en que la Iglesia se arroga la dirección absoluta de las almas. En cuanto una religión cesa de ser perseguida para convertirse en institución, culto reconocido ó dominante, en seguida trata de aprovecharse de los bienes de este mundo: acuña moneda é invita á los mercaderes al templo, como en los días en que el Cristo se armó de un látigo contra los traficantes. ¿No se venden en las iglesias los asientos en subasta? ¿No vela con una cortina el arzobispo de Malinas las gloriosas pinturas de su catedral, para partir con el pertiguero las monedas de plata que pagan los extranjeros para que se les permita ver las obras maestras? Y tal iglesia — citemos la de San Julián en Brioude — ¿no muestra sobre la puerta lateral de su fachada hasta los anuncios mentirosos de algunos viles mercaderes? El dinero no tiene olor aunque se le recoja en el fango, siempre que sirva á la gloria de la Iglesia. Sabiendo que el hombre no vive solamente de fe, sino que también necesita pan, el clero, aun el que permanece pobre y muy pobre por sus miembros individuales, trabaja para enriquecerse, y es un curioso fenómeno psicológico ver tal fraile mendicante, tal hermanita de los pobres contentarse con miserables desperdicios, vestirse con los hábitos más humildes para tener la dicha de contribuir al enriquecimiento de esa inmensa sociedad de la Iglesia de la que forman parte como una gota de agua del inmenso Océano. La Iglesia, nutrida con la parte extraída de las privaciones de los pobres y de las rentas de los ricos, ha reunido más tesoros que los que haya podido poseer el monarca más rico y poderoso. No solamente dispone de subsidios del Estado en la mayor parte de los países del mundo llamado civilizado, sino que hace más que doblar el presupuesto oficial; por una parte solicita ofrendas, concede indulgencias, vende títulos nobiliarios, organiza — en Méjico — loterías á un dollar el billete, en la que cada número premiado «transporta un alma sangrienta y martirizada del purgatorio al cielo»; por otra, comercia fabricando toda clase de objetos, alimentos, hasta bebidas espirituosas, construyendo barcos y estableciendo plantaciones en colonias lejanas. Cuando esas em-



Museo de Luxemburgo. Cl. J. Kuhn, París.

EL OFICIO DIVINO EN FINLANDIA, POR EDELFELT

presas no tienen buen éxito, se invita á los gobiernos y á los fieles á cubrir el déficit; cuando se obtienen beneficios, los productos sirven para extender el círculo de los negocios. Uno de los hechos que mejor caracterizan la caza del dinero es el que en 1898 descubrió en España el ministro de la Justicia: desde 1851 ninguna de las religiosas pertenecientes á ciertos conventos había sido inscrita como difunta, y eran precisamente las que por una ley de 1837 venían disfrutando de una pensión vitalicia de una peseta diaria.

Las ciudades ven elevarse enormes cubos de piedra, con ventanas simétricas, en los que se amontonan las gentes de Iglesia, sus clientes y parásitos. La superficie de los terrenos pertenecientes al clero aumenta de año en año; casi no hay ciudad donde no existan vastos monumentos decorados que costaron millones, aunque el constructor no poseyera nada cuando se puso la primera piedra. La gran riqueza de la Iglesia es lo que asegura su clientela: mientras la fe disminuye y la religión se va, la casa de comercio clerical extiende sus «operaciones» y su patronato pesa sobre los pueblos.

El clero aumenta su acción sobre el mundo exterior principalmente como explotador del trabajo, pero en este concepto, á pesar de los miles de millones que posee, le faltan las grandes iniciativas: no sabe agrupar los trabajadores en poderosas masas comparables á las que hace obrar el capital laico. La utilización del trabajo de los huérfanos, de los presos, de los enfermos y de los ancianos, la fabricación de las bebidas y de los alimentos, de perfumería, de objetos de mercería es lo que le conviene. Para otros trabajos ha de haber disminución gradual, puesto que el móvil inicial, la fe, desaparece en los unos y se mezcla en los otros á una parte cada vez mayor de elementos extraños. Conviene no dejarse engañar á este repecto por la acumulación de las multitudes que presencian una bendición papal ó por la procesión de peregrinos que acuden á las fuentes benditas; la parte de curiosidad y puerilidad excede en ellas á la devoción. Evidentemente las peregrinaciones tenían en la Edad Media una importancia relativa mucho más considerable que en nuestros días, porque ponían en movimiento una masa popular mucho más importante proporcionalmente, á pesar de la dificultad de los viajes lejanos á través de países desconocidos y frecuentemente aso-

presas no tienen buen éxito, se invita á los gobiernos y á los fieles á cubrir el déficit; cuando se obtienen beneficios, los productos sirven para extender el círculo de los negocios. Uno de los hechos que mejor caracterizan la caza del dinero es el que en 1898 descubrió en España el ministro de la Justicia: desde 1851 ninguna de las religiosas pertenecientes á ciertos conventos había sido inscrita como difunta, y eran precisamente las que por una ley de 1837 venían disfrutando de una pensión vitalicia de una peseta diaria.

Las ciudades ven elevarse enormes cubos de piedra, con ventanas simétricas, en los que se amontonan las gentes de Iglesia, sus clientes y parásitos. La superficie de los terrenos pertenecientes al clero aumenta de año en año; casi no hay ciudad donde no existan vastos monumentos decorados que costaron millones, aunque el constructor no poseyera nada cuando se puso la primera piedra. La gran riqueza de la Iglesia es lo que asegura su clientela: mientras la fe disminuye y la religión se va, la casa de comercio clerical extiende sus «operaciones» y su patronato pesa sobre los pueblos.

El clero aumenta su acción sobre el mundo exterior principalmente como explotador del trabajo, pero en este concepto, á pesar de los miles de millones que posee, le faltan las grandes iniciativas: no sabe agrupar los trabajadores en poderosas masas comparables á las que hace obrar el capital laico. La utilización del trabajo de los huérfanos, de los presos, de los enfermos y de los ancianos, la fabricación de las bebidas y de los alimentos, de perfumería, de objetos de mercería es lo que le conviene. Para otros trabajos ha de haber disminución gradual, puesto que el móvil inicial, la fe, desaparece en los unos y se mezcla en los otros á una parte cada vez mayor de elementos extraños. Conviene no dejarse engañar á este repecto por la acumulación de las multitudes que presencian una bendición papal ó por la procesión de peregrinos que acuden á las fuentes benditas; la parte de curiosidad y puerilidad excede en ellas á la devoción. Evidentemente las peregrinaciones tenían en la Edad Media una importancia relativa mucho más considerable que en nuestros días, porque ponían en movimiento una masa popular mucho más importante proporcionalmente, á pesar de la dificultad de los viajes lejanos á través de países desconocidos y frecuentemente aso-

lados por las guerras; pero si un trayecto de algunas horas hacia Lourdes, Einsiedeln ó Tréveris, no es, por decirlo así, más que un juego en comparación de lo que era antiguamente la peregrinación de Compostela ó la visita del Santo Sepulcro, la industria moderna, manipulada por la Iglesia, ha permitido desplazar de un golpe masas humanas más formidables. Después de la guerra de 1870, cuando la nación francesa, harto débil y derrotada para dejarse «dedicar al Sagrado Corazón», estaba en una completa incertidumbre respecto del porvenir inmediato y se preguntaba si llegaría á caer bajo el dominio absoluto de la Iglesia, ésta organizaba triunfalmente peregrinaciones llamadas nacionales. En 1872 se vió en Lourdes un cortejo de veinticuatro obispos que conducían generales, altos funcionarios, más de treinta prefectos en ejercicio, ciento diez diputados, cuarenta senadores, ó sea más de 250 señores galoneados, seguidos de treinta mil peregrinos, entre los cuales se contaban mil cien enfermos que iban á bañarse en la santa piscina. Por millones se cuentan los lectores de los *Anales de Lourdes* que refieren las curaciones milagrosas, y por millones de francos evalúan las compañías de ferrocarriles sus beneficios por el transporte de peregrinos. Y Lourdes no es en Francia más que uno de los 1,253 santuarios donde los fieles se arrodillan ante la Virgen negra ó blanca, denominadas Nuestra Señora de la Piedad, de Gracia, del Consuelo, de las Encinas, de los Campos, de las Nieves ó del Mar.

Á lo menos, si los católicos no pueden tener la pretensión de ser los instructores de las naciones modernas en la ciencia, si hasta se hallan, en virtud de su doctrina, rechazados forzosamente al lado de las sombras y convertidos en vergonzosos enemigos del saber, les es permitido afirmar con toda verdad que las civilizaciones anteriores mezclaron el arte con el culto religioso de la manera más íntima. No podía ser de otro modo en tanto que las grandes manifestaciones de la vida no estaban aún diferenciadas; se presentaban en conjunto y era fácil equivocarse sobre su origen. Los Caldeos y los Persas, los Griegos y los Romanos dieron á sus sacerdotes el esplendor de los trajes y la pompa de las ceremonias; los mismos antepasados espirituales transmitieron á los cristianos su solemne canto llano. Los cuerpos de oficios de Bizancio y de la Europa

occidental levantaron basílicas admirables que la Iglesia posee actualmente, y que ésta imagina haber evocado del suelo como por un acto de fe; después vinieron pintores y escultores que decoraron las naves y las capillas, transformando alguna catedral en verdadero museo.

Todas las artes nacidas de la iniciativa individual y casi siempre bajo la influencia de alguna idea rebelde, se han asociado en cortejo á la religión católica, y ésta, fuerte por el concurso de los siglos, puede desplegar ante la multitud confundida la grandeza de sus procesiones orgullosas. Sin embargo, lo que fué separado en el origen, ha recobrado nuevamente su originalidad propia, así como en un tronco de árbol la rama recobra la independencia de la raíz. Cada una de las artes se ha emancipado francamente de la Iglesia; todo lo que es joven, nuevo, creador, se hace fuera de ella. ¡Qué tristes producciones todos esos cuadros de colores simbólicos, esas estatuas aureoladas, que los obispos encargan á los artistas necesitados! ¡Cuán lamentable aspecto presentan esos edificios religiosos, ni siquiera copiados simplemente de algún monumento de los siglos pasados! La fuerza viva del arte se mueve por completo en la sociedad civil, pero falta todavía á ésta el sentimiento de conjunto que provendrá del movimiento consciente de un progreso colectivo.



Cl. del *Globus*.

ANTIGUA PINTURA ABISINIA

La Santa Virgen en forma de paloma da libertad á un preso. Dr. C. Keller, *Globus*, 1904, p. 327.

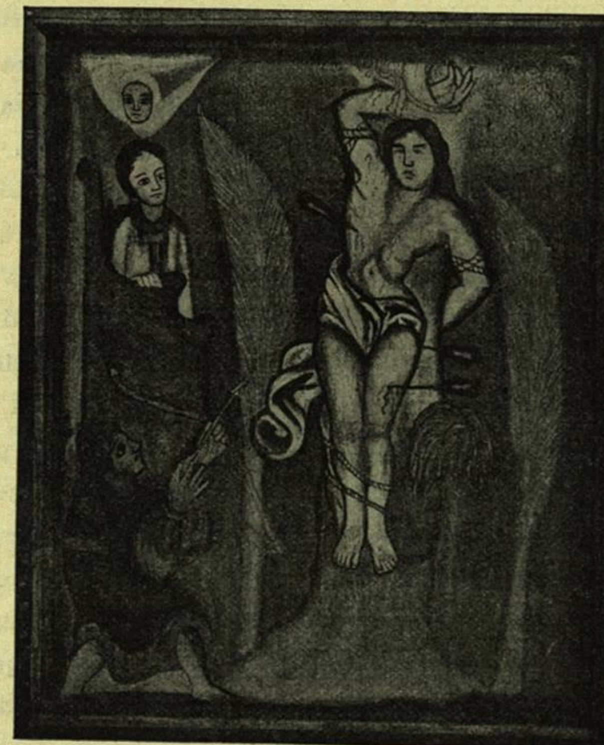
Entre los dominios de la actividad humana que se han desprendido por completo de la hegemonía religiosa, pueden citarse en primer lugar las reglas de la higiene pública. Se ha supuesto, ciertamente sin razón, que las «leyes de Moisés» relativas á los cuidados del cuerpo, á la alimentación, á la conservación de la vivienda y del campamento eran reglas de naturaleza higiénica. No hay duda

que se refieren á la magia y se clasifican según las supuestas buenas ó malas influencias que determinaban las formas de los objetos, las costumbres de los animales ó las tradiciones de los abuelos. De todos modos, esas reglas, que se han perpetuado hasta nuestros días entre budhistas y católicos, israelitas y mahometanos, no suelen tener fuerza de ley fuera de las familias. Los que estudian los principios de la salud personal y de la higiene pública no se detienen ya en esas prescripciones de ayunos, de maceraciones, de abstinencia, sino que establecen su sistema de salubridad sobre prácticas muy diferentes, procurando colocar al hombre en condiciones normales para su desarrollo y su bienestar, tanto como la desigualdad económica y los «derechos» sacrosantos de la propiedad lo permiten. Según la observación de un higienista, la proclamación de los derechos del hombre al final del siglo XVIII comprendía el derecho á la salud [1].

El cuidado de la salud pública no es ya de la incumbencia de la Iglesia; el cuidado de la salud moral se le escapa también cada vez más [2], y en todas partes la sociedad se rebela contra ella para retirarle la enseñanza. Así como el papa, después de haber ambicionado el dominio absoluto del mundo entero, ha acabado por tener por límite de su imperio las paredes de su palacio, así también la Iglesia se ve arrancar sucesivamente todos los magisterios que reivindicaba en la dirección de las inteligencias y de las voluntades. Budha, Jesús ni Mahoma no tienen ya voto en este asunto: la humanidad no necesita ya soberano pontífice. Más aún, no hay religión que pueda satisfacer de una manera completa al místico impulsado por las ilusiones del ideal: por deseosa que esté de acoger bien al prosélito, cada una de ellas es demasiado precisa en sus dogmas, su tradición y su historia para no oponer obstáculo á la fantasía que vaga en el infinito del espacio y del tiempo. La Iglesia y las Iglesias no son sino momentos en la serie de la historia humana, y el sentimiento poético los desborda por todas partes. ¡Cuánto más grande es el canto del misterio! ¿No es el hombre como un punto imperceptible en la inmensa Naturaleza? Las «lágri-

[1] Bruno Galli-Valerio, *Bull. de la Soc. Vaud. des Sciences Naturelles*, Marzo 1899.
[2] Gustavo Loisel, *Revue Scientifique*, 11-X, 1902.

mas de las cosas», según la expresión de un poeta romano, han conmovido en todo tiempo, aun antes de la venida de los Dioses. En la sociedad futura, como en la sociedad presente, los amores burlados, la muerte prematura de los jóvenes y de los buenos, la lucha por la existencia son problemas sobre los cuales se pensará mucho con dolor ó melancolía y que penetran al individuo de profundas emociones que ninguna sacudida religiosa podría exceder.



Cl. del *Globus*.

ANTIGUA PINTURA ABISINIA

EL MARTIRIO DE SAN SEBASTIÁN

Se ve que la influencia bizantina ha impregnado fuertemente el arte de Abisinia.

Pero, aunque la ciencia nos revele un mundo sin límites de fenómenos admirables, solicitando transportes de admiración y de entusiasmo, procede, sin embargo, á su obra con calma y serenidad, buscando lo verdadero, aunque con ello venga el desastre. ¡Correspóndele abrir la caja de Pandora, aunque la esperanza huya para siempre! En tal concepto, la ciencia tiene sus mártires como la religión, pero mártires mucho más desinteresados, puesto que no sueñan con ir después de muertos á sentarse «á la derecha de Dios», acogidos por el concierto de los ángeles. Los experimentos que hace el médico sobre su propio cuerpo ensayando el efecto de los venenos ó de los remedios peligrosos, el ingerto y el tratamiento de las enfermedades contagiosas le llevan sencillamente á penosos sufrimientos y á la muerte sin otra satisfacción que la de hacer el bien.

Por lo demás, no hay que felicitarle, porque el hombre que tiene la dicha de seguir su vía personal, de caminar por el sendero que él mismo se traza hacia lo desconocido, tiene las incomparables alegrías que dan el descubrimiento y la contemplación de la verdad conquistada.

No se crea, sin embargo, que todos los sabios sean héroes, y hasta preciso es reconocer que la mayor parte llevan también en sí al «hombre viejo». Desde el punto de vista moral, corren un peligro particular procedente de una especialización excesiva: cuando no tienen más que sus estudios propios en la parte del horizonte que tienen á la vista, están en peligro de perder el equilibrio de la vía normal, de rebajarse, de empequeñecerse en todas las ramas que han descuidado, y admira con frecuencia observar en ellos una oposición extraordinaria entre su genio, ó al menos su gran saber, y sus lados ridículos ó mezquinos. Las pasiones, los intereses privados, la baja adulación y la pérfida envidia se encuentran frecuentemente en el mundo de los sabios, con gran detrimento de la misma ciencia. No causa menos extrañeza ver conservada la supervivencia de los odios nacionales en la investigación de la verdad, patrimonio común de los hombres. Existe todavía arraigado el hábito de dividir el dominio de la ciencia según las patrias respectivas. Cada hombre de ciencia no es más que un representante de la inmensa humanidad pensante, y si lo olvida disminuye proporcionalmente la grandeza de su obra.

Se llega hasta manifestar la extraña pretensión de empequeñecer la ciencia reduciéndola á los intereses de un partido, de una clase, de un soberano. Causó risa un famoso químico — Thénard, dicen — cuando presentó al rey Luis Felipe «dos gases que iban á tener el honor de combinarse en su presencia», ¿pero ha de reirse ó llorar cuando se oye á un profesor eminente, que quizá haya de hacerse perdonar su nombre francés, reivindicar un privilegio inestimable para los sabios alemanes, el de ser los guardias de corps intelectuales de la casa imperial de los Hohenzollern?

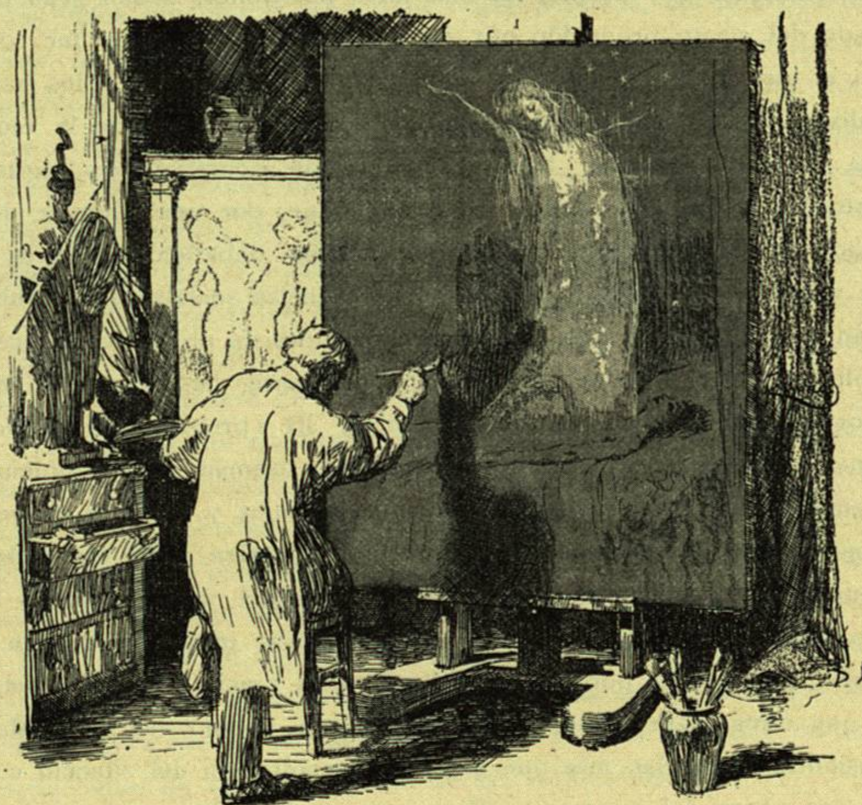
Si tales sabios tienen á gloria servir á un amo, hay otros que tienen la pretensión de ser dueños de sí mismos. Durante un tiempo, bajo la influencia del socialismo primitivo de los san-simonianos y

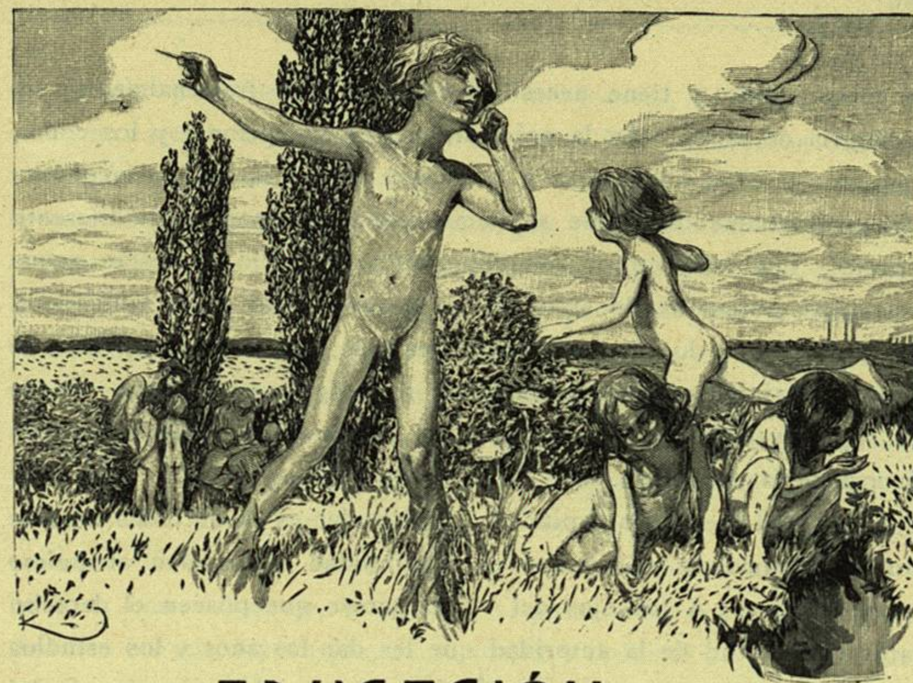
de los comtistas, parece que debía prevalecer como artículo de fe que, á semejanza de una gran fábrica discretamente conducida por ingenieros, la sociedad había de ser dirigida, por cierto tiempo al menos, por técnicos y artistas, es decir, precisamente por los jefes de las escuelas nuevas, que aspiran á la infalibilidad. Hasta ahora esas ambiciones no se han realizado, ni aun en el Brasil, donde, sin embargo, la escuela positivista de Comte ha parecido que dirigía la política nacional, entregada, como en todas las naciones, á la rutina y al capricho. Es seguro que, constituídos en clases y en castas, como los mandarines chinos, los sabios de Europa más fuertes en sus especialidades respectivas serían tan malos príncipes como todos los demás gobernantes, y se dejarían persuadir más fácilmente de su superioridad esencial sobre el común de los hombres cuanto más ilustrados fueran.

Ya mucho antes de detentar el poder, muchos sabios, y especialmente los que ocupan las más altas posiciones, tienen gran cuidado del efecto producido por tal ó cual enseñanza. Así fué como en el mes de Septiembre de 1877, cuando la reunión de los naturalistas en Munich, se suscitó un gran combate acerca de la teoría de la evolución que, bajo el nombre de «darwinismo», agitaba entonces el mundo, dándose el caso de que, por una singular desviación del punto de vista, la gran cuestión debatida no fué la de la verdad en sí misma, sino las consecuencias sociales que resultarían de las ideas nuevas. Las preocupaciones de orden económico y político tenían á todos en excitación constante, hasta aquellos mismos que hubieran querido desinteresarse. El «progresista» Virchov, muy misoneísta á pesar de su profunda ciencia, atacó violentamente la nueva teoría de la evolución orgánica y resumió su pensamiento en esta sentencia final que creía decisiva: «El darwinismo conduce al socialismo». Por su parte, Haeckel y con él todos los discípulos de Darwin presentes al Congreso, pretendieron que la teoría manifestada por él daba el golpe de gracia á los socialistas, y que éstos, para prolongar durante algún tiempo sus deplorables ilusiones, no tenían más que hacer la conspiración del silencio contra las obras del maestro [1]. Pero pasaron los años, y á pesar de

[1] Hans Kurella, *Socialismus und Moderne Wissenschaft.*

las opiniones de Virchov y de Haeckel, la historia continúa su curso, y el socialismo hizo su entrada en el mundo paralelamente al darwinismo que penetraba en la ciencia. Las dos revoluciones han concordado perfectamente, y muchos son los sabios que han explicado, pasados los hechos, que así había de suceder. De la incertidumbre de las profecías de los pedantes resulta que éstos, agrupados en casta interesada, no representan la ciencia, la cual se desarrolla sin su concurso oficial en las innumerables inteligencias de los hombres que investigan aisladamente, apasionados por la verdad. Por la renovación continua se hace el progreso del saber, y nadie puede crear, ni siquiera aprender si no procura incorporarse el conocimiento nuevo con toda rectitud y sinceridad. En el esfuerzo libre de cada individuo está todo el problema de la enseñanza.





EDUCACIÓN

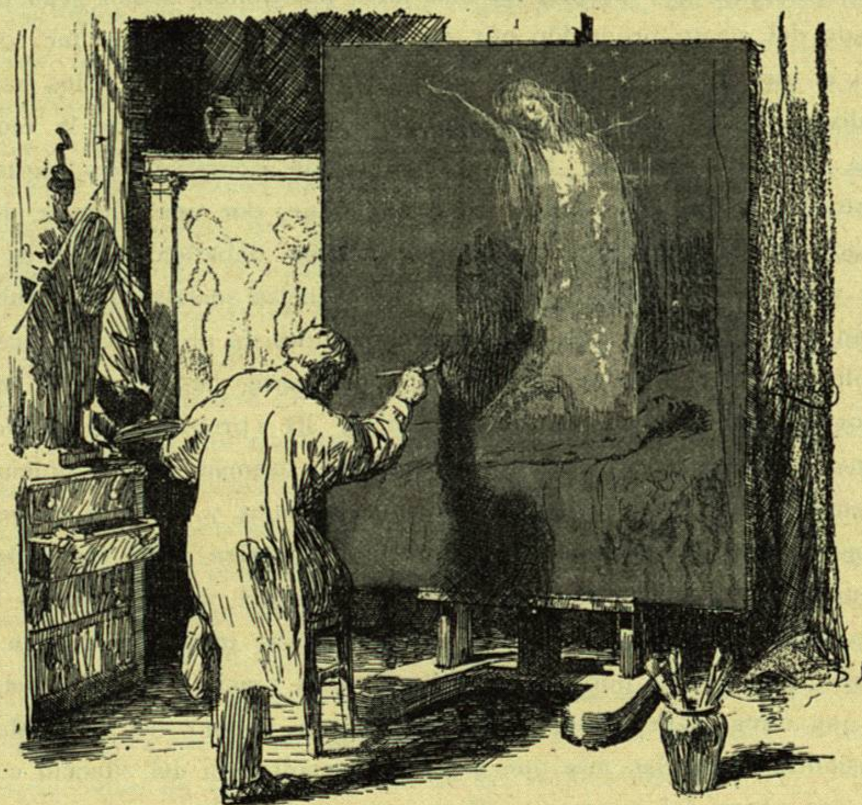
La escuela verdaderamente emancipada de la antigua servidumbre no puede tener franco desarrollo sino en la Naturaleza.

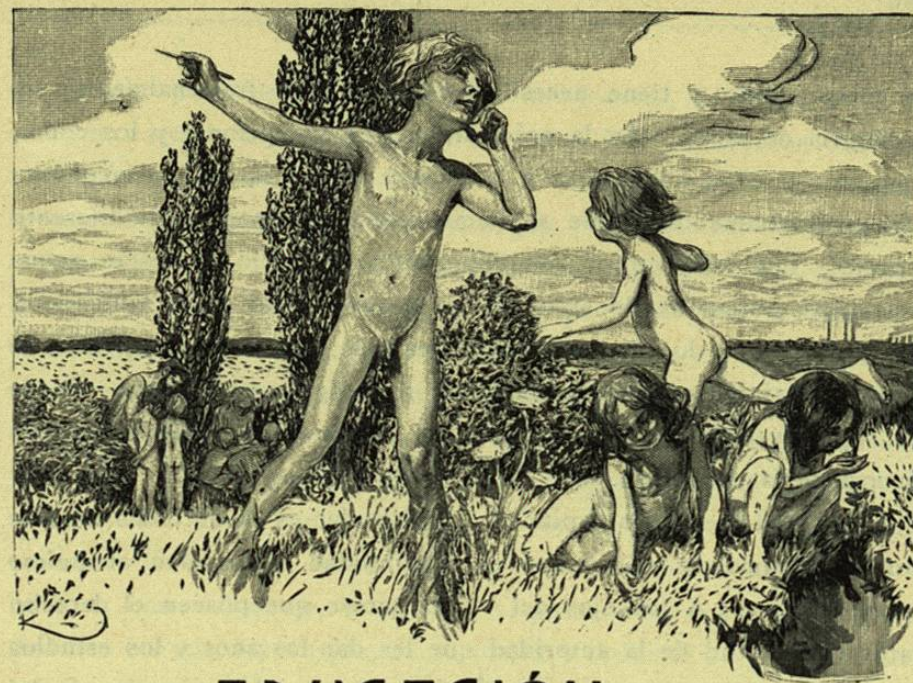
CAPÍTULO XI

Infalibilidad de la enseñanza. — Educación de los primitivos.
Escuela modelo. — Coeducación.
Pruebas, exámenes y diplomas. — Alta educación normal.
Expansión de la ciencia. — Lengua común.
Higiene general. — Calipedia. — Educación de la estética.
Espontaneidad del arte. — Desnudez.
La ciencia, el arte y la Naturaleza. — El arte es la vida.

Como la ciencia misma, y en una proporción más señalada, la enseñanza se resiente de los orígenes nacionales, es decir, de las condiciones geográficas é históricas en que cada pueblo se ha desarrollado. En teoría es muy diferente: todo ser humano que se da por misión enseñar á otro hombre, niño ó adulto, no debe tener más cuidado que ser intérprete escrupuloso de la verdad y de hacer que penetre en la inteligencia ajena lo que

las opiniones de Virchov y de Haeckel, la historia continúa su curso, y el socialismo hizo su entrada en el mundo paralelamente al darwinismo que penetraba en la ciencia. Las dos revoluciones han concordado perfectamente, y muchos son los sabios que han explicado, pasados los hechos, que así había de suceder. De la incertidumbre de las profecías de los pedantes resulta que éstos, agrupados en casta interesada, no representan la ciencia, la cual se desarrolla sin su concurso oficial en las innumerables inteligencias de los hombres que investigan aisladamente, apasionados por la verdad. Por la renovación continua se hace el progreso del saber, y nadie puede crear, ni siquiera aprender si no procura incorporarse el conocimiento nuevo con toda rectitud y sinceridad. En el esfuerzo libre de cada individuo está todo el problema de la enseñanza.





EDUCACIÓN

La escuela verdaderamente emancipada de la antigua servidumbre no puede tener franco desarrollo sino en la Naturaleza.

CAPÍTULO XI

Infalibilidad de la enseñanza. — Educación de los primitivos.
Escuela modelo. — Coeducación.
Pruebas, exámenes y diplomas. — Alta educación normal.
Expansión de la ciencia. — Lengua común.
Higiene general. — Calipedia. — Educación de la estética.
Espontaneidad del arte. — Desnudez.
La ciencia, el arte y la Naturaleza. — El arte es la vida.

Como la ciencia misma, y en una proporción más señalada, la enseñanza se resiente de los orígenes nacionales, es decir, de las condiciones geográficas é históricas en que cada pueblo se ha desarrollado. En teoría es muy diferente: todo ser humano que se da por misión enseñar á otro hombre, niño ó adulto, no debe tener más cuidado que ser intérprete escrupuloso de la verdad y de hacer que penetre en la inteligencia ajena lo que

ha comprendido y tiene necesidad de comunicar fraternalmente con la alegría de saber. En la práctica, eso es excepcional y los conocimientos pueden propagarse á la manera de un magnífico incendio; pero ordinariamente lo que se llama enseñanza toma muy diferente aspecto. Los instructores, simples gentes de oficio, no están necesariamente animados de aquel fuego sagrado que es el entusiasmo por la verdad, y lo que enseñan no es más que una lección dictada conforme á intereses de nacionalidad, de religión y de casta. Todas las supervivencias tienen su parte en la obra tan compleja y tan diversa de la enseñanza.

Ante todo, el vicio capital de las escuelas es el de todas las instituciones humanas, el carácter de infalibilidad que suelen atribuirse los profesores. A los ojos del vulgo parece que poseen el derecho natural en virtud de la autoridad que les dan los años y los estudios anteriores. Los niños, viendo la figura grave de su padre ó del que le reemplaza, están dispuestos á inscribir en su memoria la palabra solemne que va á salir de su boca: así suministran un terreno muy favorable á la fe cándida y espontánea que tanto agrada á los maestros; así se forma fácilmente una especie de religión cuyos pontífices se tienen por maestros de la verdad. A su infalibilidad personal se juntan otras que, según los diferentes países, los cultos y las clases, dan á la primera una consagración más alta. Las enseñanzas cambian, pues, al otro lado de cada frontera, hasta el punto de ser absolutamente opuestas las unas á las otras. Patrias, religiones, castas, tienen sus supuestas verdades que son el punto de partida de toda la educación, la clave de la bóveda de todo el sistema. Pero la evolución general que aproxima á los hombres borrando cada vez más los conflictos de razas, de ideas y de pasiones, tiende á igualar también los métodos de enseñanza, atenuando por grados su carácter despótico, dejando al niño una mayor iniciativa.

El arte de la educación, como todas las demás artes, es de invención prehumana. En todas las conquistas del ingenio, el hombre ha sido precedido por los animales, y ha seguido falsa vía siempre que se ha separado del ejemplo recibido. La educación, tal como se

comprende por nuestros «hermanos inferiores», ha conservado su carácter normal, eficaz, en tanto que entre los humanos ha degenerado frecuentemente en pura rutina y á veces ha obrado en sentido inverso de su objeto: no es raro que se convierta en verdadero embrutecimiento. Una avecilla enseña graciosamente á sus polluelos el arte de huir de su enemigo y de proporcionarse el sustento; después, gorjeando le recita lo que podríamos llamar los «aires nacionales», le enseña á sostenerse en el vacío aparente, le hace remontar su vuelo á distancias cada vez mayores de su cuna natural, y cuando ya nada puede enseñar á su progenitura y la igualdad es completa en fuerza, en destreza y en inteligencia, se retira, abdicando su función de educadora. Los animales en contacto con el hombre, como el zorro, el perro y el gato, dirigen sus crías ejercitándoles en saltos y en juegos de fuerza y agilidad en los momentos en que los tiernos animalillos tienen á su disposición un excedente de energía que derrochar [1].

Pero esa excedencia de energía se emplea siempre de la manera más seria, aunque con todas las demostraciones de la alegría, porque los juegos tienen por objeto, consciente entre los padres, aunque inconsciente entre los hijos, acomodarlos á todas las obras y á la conducta de la vida que va á comenzar pronto con todo el séquito de trágicos peligros. Según la clasificación de Groos [2], los juegos consisten en el examen de las cosas, la observación de los movimientos que diferencian las especies diversas, la caza á la presa viva, muerta ó imaginaria, la lucha, la construcción de las cabañas, la investigación de las actitudes y de las acciones de los adultos, que para la especie humana se refleja principalmente en los cuidados que se aplican á la muñeca como símbolo del hijo futuro: lecciones todas que son para los pequeños un ensayo de la vida.

Tal es la educación entre los primitivos. Los niños permanecen cerca de los padres, de quienes imitan el lenguaje, los ademanes y las acciones, haciéndose hombres sobre el modelo del padre, mujeres sobre el de la madre, pero siempre en plena naturaleza, en el mismo círculo de trabajo que habrán de ocupar cuando los

[1] Herbert Spencer.
[2] Karl Groos, *Die Spiele der Thiere*.

viejos ya no existan. Todo progreso depende de su propio genio, de su más estricto talento de adaptación al ambiente que han de utilizar para la conquista del bienestar. La escuela es para ellos lo que fué para los Helenos libres, la hora del recreo y del reposo para los padres, el descanso de la tarea diaria, y, por extensión, el período de las agradables conversaciones, de la amistad que reconforta, del paseo en que se hace exposición de las ideas. Pero en aquella época de la civilización las exigencias rompían ya la unidad primitiva de las familias y obligaban á colocar los hijos bajo la dirección de educadores especiales. Así nació la escuela. A lo menos el contraste que presentaba el tratamiento de los escolares en los diferentes países indica qué naciones se hallaban en un período de progreso y qué otras en una vía regresiva. Las esculturas y los cánticos representan á los niños griegos jugando, danzando, coronándose de flores, mirando gravemente á las mujeres y á los ancianos, en tanto que los documentos egipcios muestran con insistencia el palo que el maestro hacía resonar sobre las costillas del alumno. También usaba el vergajo el educador hebreo, y de él, por mediación de los libros «santos», nos viene el dicho tan funesto para tantas generaciones de niños: «Quien bien ama bien castiga».



Cl. de *Zlatá Praha*.

ESCUELA DE NIÑAS EN TÚNEZ

Durante el período histórico actual, tan notable por la amplitud del teatro en que se debaten los problemas vitales de la humanidad, se emplean á la vez todos los métodos de educación. La mayor parte han admitido por punto de partida que el maestro reemplaza á los padres, especialmente al padre, que le delega todos los poderes como director, maestro y propietario de su hijo: la sociedad, representada según la lucha de los partidos, sea por la Iglesia, sea por el Estado laico, se considera también como propietaria del alumno y manda que se le enseñe según el uso á que se le destine en el curso de su vida ulterior. Al fin, apoyada sobre las reivindicaciones espontáneas de los mismos niños, comienza á vislumbrarse la idea de que son seres iguales en derechos á las personas mayores y que su educación ha de corresponder, no á la voluntad del padre, ni á las exigencias de la Iglesia ó del Estado, sino á las conveniencias de su desarrollo personal. Débiles y pequeños, los niños son por eso mismo sagrados para los mayores que los aman y los protegen. Las escuelas, escasas aún, en que ese principio de la pedagogía se practica estrictamente, son lugares de alegre y fructífero estudio, merced á esa «reverencia extrema» á que el niño tiene derecho y le profesan sus maestros. Pensando en las escuelas en que fueron torturados la mayor parte de los hombres de nuestra generación, todos podemos repetir la palabra de San Agustín: «Antes la muerte que la vuelta á la escuela de nuestra infancia».



Cl. de *Zlatá Praha*.

ESCUELA DE NIÑOS EN TÚNEZ

A cada fase de la sociedad corresponde una concepción particular de la educación, conforme á los intereses de la clase dominante. Las civilizaciones antiguas fueron monárquicas ó teocráticas y su supervivencia se prolongó en las escuelas, porque, en tanto que en la vida activa del exterior los hombres se desprenden de las opresiones antiguas, los niños, relativamente sacrificados, como las mujeres, en razón de su debilidad, han de sufrir por más tiempo la rutina de las prácticas antiguas. El tipo de nuestros manuales de educación existe hace ya miles de años, y se repiten aún casi en los mismos términos los preceptos «moralizadores» que en ellos se hallan. «¡Obedecer!» tal es en el fondo la única moral predi-

cada en un libro del príncipe Phtah-Hotep, redactado, quizá solamente reproducido, al fin de la quinta dinastía, es decir, hace más de cincuenta siglos, conservado en la Biblioteca Nacional de París. En obedecer para ser recompensado por una larga vida y por la benevolencia de los que mandan, consiste toda la sabiduría, de lo que el mismo príncipe autor se ofrece como ejemplo: «Así he llegado á la ancianidad en la Tierra; he recorrido ciento diez años de vida con el favor del rey y la aprobación de los ancianos, cumpliendo mi deber con el rey en el lazo de su gracia», que es exactamente la misma moral reproducida después en el mandamiento puesto por Moisés en la boca de Dios: «Honra á tu padre y á tu madre, para que tus días sean prolongados sobre la tierra que el Eterno tu Dios te da [1].

La duración tenaz de las preocupaciones, que induce á confundir las relaciones afectuosas de la familia con los supuestos deberes de severidad de una parte y de estricta obediencia de otra, perturba la claridad de juicio relativamente á la dirección de las escuelas. Si la libertad ha de ser completa para cada hombre en particular, parece que los padres son perfectamente libres de dar á sus hijos la educación tradicional de castración y sumisión, lo cual no es exacto, porque el padre no puede atentar contra la libertad del hijo. No reconocerlo así equivaldría á pedir para el verdugo la libertad profesional de cortar cabezas, para el militar la libertad de atravesar á bayonetazos Chinos ó huelguistas, para el magistrado la libertad de enviar caprichosamente hombres á presidio. La libertad del padre es de ese mismo género cuando dispone absolutamente de su progenie para entregarla al Estado ó á la Iglesia: en ese caso, la mata, ó, lo que es peor, la envilece. En su amor ignorante es el enemigo más funesto de los suyos.

En sus relaciones sociales con sus semejantes, los hombres libres no pueden admitir en el padre un propietario legítimo de su hijo y de su hija, como desde Aristóteles á San Pablo y desde los Padres de la Iglesia á los Padres de la Constitución Americana, se consideraba al amo como poseedor natural del esclavo. Los confesores

[1] *Exode*, cap. XX, vers. 12.

de la moral nueva han de reconocer el individuo libre hasta en el recién nacido, y le defienden en sus derechos contra todos y ante todo contra el padre. No hay duda que esta solidaridad colectiva del hombre de justicia con el niño oprimido es cosa muy delicada, pero no por eso deja de ser un deber social, porque no hay término medio: ó se es campeón del derecho ó cómplice del crimen. En esta materia, como en los demás asuntos morales, se plantea el problema de la resistencia ó de la no resistencia al mal, y si no se resiste, se entrega de antemano los humildes y los pobres á los opresores y á los ricos.

Algunos educadores comprenden ya que su objetivo consiste en ayudar al niño á desarrollarse conforme á la lógica de su naturaleza, en hacer que florezca en la joven inteligencia lo que ya posee en forma inconsciente y en secundar estrictamente el trabajo interior, sin precipitación, sin conclusiones prematuras. No ha de abrirse la flor á la fuerza ni cebar el animal ó la planta dándole antes de tiempo un alimento demasiado substancial. El niño ha de ser sostenido en su estudio por la pasión, y ni la gramática, ni la literatura, ni la historia universal, ni el arte pueden todavía interesarle; sólo puede comprender estas cosas bajo una forma concreta: la feliz elección de las formas y las palabras, las relaciones y las descripciones, los cuentos, las imágenes. Poco á poco lo visto y oído le suscitará el deseo de una comprensión de conjunto, de una clasificación lógica, y entonces será tiempo de hacerle estudiar su lengua, de mostrarle el encadenamiento de los hechos, de las obras literarias y artísticas; entonces se adueñará de las ciencias de una manera diferente á la de la memoria y su naturaleza misma solicitará la enseñanza comparada. Como los pueblos niños, la infancia ha de recorrer la carrera normal representada por la gimnasia, los oficios, la observación, los primeros experimentos. Las generalizaciones vienen después. De lo contrario, es de temer que se desflore la imaginación de los niños, que se gasten antes de tiempo sus facultades intelectuales, y que se les haga escépticos y estragados, que es el mayor de los males.

El amor y el respeto del maestro al niño deben prohibirle en su trabajo de tutela y de enseñanza el empleo del procedimiento sumario de los antiguos déspotas, la amenaza y el terror: no tiene

cada en un libro del príncipe Phtah-Hotep, redactado, quizá solamente reproducido, al fin de la quinta dinastía, es decir, hace más de cincuenta siglos, conservado en la Biblioteca Nacional de París. En obedecer para ser recompensado por una larga vida y por la benevolencia de los que mandan, consiste toda la sabiduría, de lo que el mismo príncipe autor se ofrece como ejemplo: «Así he llegado á la ancianidad en la Tierra; he recorrido ciento diez años de vida con el favor del rey y la aprobación de los ancianos, cumpliendo mi deber con el rey en el lazo de su gracia», que es exactamente la misma moral reproducida después en el mandamiento puesto por Moisés en la boca de Dios: «Honra á tu padre y á tu madre, para que tus días sean prolongados sobre la tierra que el Eterno tu Dios te da [1].

La duración tenaz de las preocupaciones, que induce á confundir las relaciones afectuosas de la familia con los supuestos deberes de severidad de una parte y de estricta obediencia de otra, perturba la claridad de juicio relativamente á la dirección de las escuelas. Si la libertad ha de ser completa para cada hombre en particular, parece que los padres son perfectamente libres de dar á sus hijos la educación tradicional de castración y sumisión, lo cual no es exacto, porque el padre no puede atentar contra la libertad del hijo. No reconocerlo así equivaldría á pedir para el verdugo la libertad profesional de cortar cabezas, para el militar la libertad de atravesar á bayonetazos Chinos ó huelguistas, para el magistrado la libertad de enviar caprichosamente hombres á presidio. La libertad del padre es de ese mismo género cuando dispone absolutamente de su progenie para entregarla al Estado ó á la Iglesia: en ese caso, la mata, ó, lo que es peor, la envilece. En su amor ignorante es el enemigo más funesto de los suyos.

En sus relaciones sociales con sus semejantes, los hombres libres no pueden admitir en el padre un propietario legítimo de su hijo y de su hija, como desde Aristóteles á San Pablo y desde los Padres de la Iglesia á los Padres de la Constitución Americana, se consideraba al amo como poseedor natural del esclavo. Los confesores

[1] *Exode*, cap. XX, vers. 12.

de la moral nueva han de reconocer el individuo libre hasta en el recién nacido, y le defienden en sus derechos contra todos y ante todo contra el padre. No hay duda que esta solidaridad colectiva del hombre de justicia con el niño oprimido es cosa muy delicada, pero no por eso deja de ser un deber social, porque no hay término medio: ó se es campeón del derecho ó cómplice del crimen. En esta materia, como en los demás asuntos morales, se plantea el problema de la resistencia ó de la no resistencia al mal, y si no se resiste, se entrega de antemano los humildes y los pobres á los opresores y á los ricos.

Algunos educadores comprenden ya que su objetivo consiste en ayudar al niño á desarrollarse conforme á la lógica de su naturaleza, en hacer que florezca en la joven inteligencia lo que ya posee en forma inconsciente y en secundar estrictamente el trabajo interior, sin precipitación, sin conclusiones prematuras. No ha de abrirse la flor á la fuerza ni cebar el animal ó la planta dándole antes de tiempo un alimento demasiado substancial. El niño ha de ser sostenido en su estudio por la pasión, y ni la gramática, ni la literatura, ni la historia universal, ni el arte pueden todavía interesarle; sólo puede comprender estas cosas bajo una forma concreta: la feliz elección de las formas y las palabras, las relaciones y las descripciones, los cuentos, las imágenes. Poco á poco lo visto y oído le suscitará el deseo de una comprensión de conjunto, de una clasificación lógica, y entonces será tiempo de hacerle estudiar su lengua, de mostrarle el encadenamiento de los hechos, de las obras literarias y artísticas; entonces se adueñará de las ciencias de una manera diferente á la de la memoria y su naturaleza misma solicitará la enseñanza comparada. Como los pueblos niños, la infancia ha de recorrer la carrera normal representada por la gimnasia, los oficios, la observación, los primeros experimentos. Las generalizaciones vienen después. De lo contrario, es de temer que se desflore la imaginación de los niños, que se gasten antes de tiempo sus facultades intelectuales, y que se les haga escépticos y estragados, que es el mayor de los males.

El amor y el respeto del maestro al niño deben prohibirle en su trabajo de tutela y de enseñanza el empleo del procedimiento sumario de los antiguos déspotas, la amenaza y el terror: no tiene

á su disposición más fuerza que la superioridad natural asegurada al educador por el ascendiente de su estatura y de su fuerza, su edad, su inteligencia y sus adquisiciones científicas, su dignidad moral y su conocimiento de la vida. Ya es mucho, siempre que el niño conserve el pleno dominio de sus facultades, y no se disminuya por el exceso de trabajo.

Admitido que la educación es una colaboración entre el alumno que se presenta con su carácter propio, sus hábitos y costumbres particulares, su vocación especial, y el profesor que quiere utilizar esos elementos para la obra de desarrollo intelectual y moral que emprende, éste debe conocer á fondo cada uno de sus discípulos, y, á la vez que practica la más equitativa imparcialidad, empleará diversos procedimientos con cada individuo. Su clase contendrá pocos individuos, no pudiendo éstos ser numerosos más que en los coros, los ejercicios gimnásticos, los paseos y los juegos.

Son, no obstante, indispensables algunos camaradas en los estudios serios, porque la iniciativa individual necesita ser solicitada por el espíritu de imitación. Lo que se llama la emulación es, por su lado bueno, la necesidad natural de imitar al compañero, de saber lo que sabe, de igualarle en todo. La mayoría de los alumnos aprenderían á costa de grandes esfuerzos si hubieran de estudiar solos, sin amigos que les animaran espontáneamente por la voz, el gesto, la mímica: la manifestación de la vida de otros suscita la vida en ellos mismos; aprenden por el ejemplo más que por los hechos con que enriquecen su memoria; se forman cierto método que les acostumbra al orden en el trabajo, y se ingenian en disciplinar sus esfuerzos, en prepararse para la práctica de la ayuda mutua que será la parte más útil de su existencia. Una buena educación, presupone, pues, un grupo de niños bastante considerable para que puedan entregarse á obras comunes, empresas alegre y vivamente acabadas.

¿De cuántas unidades se compondrá ese grupo? Algunos teóricos de la enseñanza han querido limitarle á ocho, número que les parece representar una armonía natural, un ritmo de distribución fácil que se reproduciría en el conjunto del trabajo (Barthélemy Menn); pero la vida, cambiante siempre en sus fenómenos, no se acomoda



Cl. P. Sellier.

EL TITIRITERO EN LA MANDCHURIA

la menor elevación de la temperatura frontal [1]. Fortuna que sea así para el estudio de la religión, porque, tomado en serio, espantaría la idea de un Dios vengador. Como dice elocuentemente Tolstoi [2], el mayor crimen que puede cometerse con el niño, es aquel de que casi todos los padres y maestros se hacen culpables, consistente en comenzar la escuela por la representación aterradora de un ser, principio de las cosas, esencialmente caprichoso, infinito y feroz; personaje que, después de haber creado al hombre susceptible de cometer el pecado original, castiga ese pecado con un sufrimiento eterno. Si el niño imagina vagamente que los hombres han de ayudarse con reciprocidad en el camino de la dicha y rechaza la bárbara enseñanza que se le da, sus ideas no dejan de quedar perturbadas, vacilantes, y la doble vía moral que se le hace, le acostumbra á la hipocresía del lenguaje.

A semejanza de aquellos que, por miedo á las revoluciones, ponderan los efectos de la paciencia y lo «ilimitado del tiempo», podría esperarse todo de la escuela por el ejercicio futuro de la libertad; pero sería olvidar que la educación tiene á veces un carácter regresivo, y que la mayoría de las escuelas son, tanto por el programa que se les ha dictado, como por el espíritu y las tendencias de los hombres que las dirigen, centros rutinarios ó hasta reaccionarios, en los que, por repeticiones imbéciles ó hasta por una enseñanza perversa, se organiza de antemano un ejército, ó al menos una multitud hostil al progreso. Hay escuelas que realizan el ideal de contra-revolución de que están animados sus fundadores; los niños aprenden en ellas á hacer signos de cruz y genuflexiones, á murmurar oraciones que no comprenden y á practicar costumbres de esclavos. Dedicados al trabajo en cuanto hacen su primera comunión, ya no saben leer y apenas pueden escribir su nombre cuando llegan á su mayor edad, siendo toda su vida carne de Iglesia.

Sin embargo, la evolución gradual de las ideas, que, alejándose del antiguo régimen, dejan aún subsistentes preocupaciones tenaces y formas y hábitos mentales defectuosos, ha dado origen á una educación bastarda, de efectos entremezclados y contradictorios.

[1] Samsonov, *Jizn*, Diciembre 1899.
[2] *De l'Education Religieuse*, «Revue Blanche», 15 Septiembre 1900, ps. 102 y siguientes.

En su pobre enseñanza, el cura cristiano tenía la ventaja de una cierta lógica concordante con las místicas creencias y las necias

N.º 586. Instrucción en la península itálica.



Este mapa-diagrama representa, según la gradación siguiente de los rayados, el tanto por ciento de los cónyuges (ambos sexos reunidos) que no han podido firmar con su nombre el contrato de matrimonio:

a de 0 á 15 % — *c* de 30 á 45 % — *e* de 60 á 75 %
b de 15 á 30 % — *d* de 45 á 60 % — *f* de más de 75 %

En Córcega, las cifras para 1901 eran de 34 % y de 23 % en los Alpes Marítimos. En los territorios de Austria-Hungría y de la península balkánica, Túnez y Argelia no hay estadística que suministre datos.

adoraciones; pero el maestro no tiene ya la fe, y, forzado, según la expresión adoptada, á «echar á Dios de la escuela», continúa

plegándose á los métodos inspirados por el dogma católico y monárquico. Hablando en realidad el antiguo lenguaje y sirviéndose de los mismos procedimientos de instrucción y de pretendida moralización, reemplaza á Dios por otro Dios, la Ley ó la Patria, que representan la bandera y otros símbolos. Si esa nueva divinidad se tomara en serio por los niños, su horizonte moral se estrecharía singularmente, porque la patria no es más que un estrecho girón de tierra, considerado generalmente como rodeado de enemigos, en tanto que la idea de Dios respondía, para las almas tranquilas y sencillas, á una justicia ultraterrena.

La escuela verdaderamente emancipada de la antigua servidumbre, no puede tener franco desarrollo sino en la Naturaleza. Lo que en nuestros días es considerado en las escuelas como fiestas excepcionales, paseos, carreras en los campos, en los eriales y los bosques, en las orillas de los ríos y en las playas, debería ser la regla general. Porque únicamente al aire libre se hace conocimiento con la planta, con el animal, con el trabajador y se aprende á observarles, á formarse una idea precisa y coherente del mundo exterior. ¡Cuán tímidamente entran en esta vía padres y educadores! ¡Y cuán beneficioso, no obstante, sería combinar la salud física y la salud moral por el trabajo alegre en el campo, en pleno aire libre!

En Coupvray (Sena y Marne), los niños de la escuela se habían constituído en sociedad ornitófila, y en 1898 protegían 570 nidos de pájaros contra lirones, comadrejas, ratas y ratones [1]. En el Jura, los escolares de Cinquétral, cerca de Saint-Claude, se habían propuesto la replantación del arbolado de las pendientes asoladas por las lluvias torrenciales, y con legítimo orgullo mostraban sobre las vertientes de las inmediaciones los 15,000 árboles que habían plantado y que protegían muchas praderas contra la destrucción que ocasionan las aguas malas.

Esos trabajos útiles en plena naturaleza, que contienen los rudimentos de los oficios que practicaron los primitivos y se desarrollaron después en una industria poderosa, las obras de arquitectura, de escultura y de dibujo, que tanto agradan á la generalidad de

[1] *Revue Scientifique*, 13 Febrero 1899, p. 128.

los niños y á las que se refieren el arte de la escritura y de la lectura; por último, el canto, la danza, la mímica, las bellas actitudes rítmicas, tal es el conjunto de las ocupaciones que deben preparar el niño á la serie de los estudios ulteriores destinados á hacer de él un hombre. Añádase lo que se puede aprender de matemáticas trazando figuras sobre la arena, porque la geometría



Cl. de *Zlatá Praha*.

UNA ESCUELA NEGRA

y el álgebra son admirables medios para dar una forma lógica al pensamiento y á sus expresiones: el que aprende á medir las dimensiones se instruye también en el arte de encadenar sus razonamientos y de regular sus palabras. En cuanto á los estudios especiales que vendrán en los años de la adolescencia, variarán según los individuos, porque conviene que la enseñanza se adapte á cada naturaleza particular y la dirija en conformidad á su vocación personal. Sin embargo, ningún alumno debe quedar sin adquirir «claridades de todo», para que halle su alegría en todos los progresos de la ciencia y del arte y pueda siempre tomar parte activa en las conversaciones con sus compañeros sobre los trabajos que especial-

plegándose á los métodos inspirados por el dogma católico y monárquico. Hablando en realidad el antiguo lenguaje y sirviéndose de los mismos procedimientos de instrucción y de pretendida moralización, reemplaza á Dios por otro Dios, la Ley ó la Patria, que representan la bandera y otros símbolos. Si esa nueva divinidad se tomara en serio por los niños, su horizonte moral se estrecharía singularmente, porque la patria no es más que un estrecho girón de tierra, considerado generalmente como rodeado de enemigos, en tanto que la idea de Dios respondía, para las almas tranquilas y sencillas, á una justicia ultraterrena.

La escuela verdaderamente emancipada de la antigua servidumbre, no puede tener franco desarrollo sino en la Naturaleza. Lo que en nuestros días es considerado en las escuelas como fiestas excepcionales, paseos, carreras en los campos, en los eriales y los bosques, en las orillas de los ríos y en las playas, debería ser la regla general. Porque únicamente al aire libre se hace conocimiento con la planta, con el animal, con el trabajador y se aprende á observarles, á formarse una idea precisa y coherente del mundo exterior. ¡ Cuán tímidamente entran en esta vía padres y educadores ! ¡ Y cuán beneficioso, no obstante, sería combinar la salud física y la salud moral por el trabajo alegre en el campo, en pleno aire libre !

En Coupvray (Sena y Marne), los niños de la escuela se habían constituído en sociedad ornitófila, y en 1898 protegían 570 nidos de pájaros contra lirones, comadrejas, ratas y ratones [1]. En el Jura, los escolares de Cinquétral, cerca de Saint-Claude, se habían propuesto la replantación del arbolado de las pendientes asoladas por las lluvias torrenciales, y con legítimo orgullo mostraban sobre las vertientes de las inmediaciones los 15,000 árboles que habían plantado y que protegían muchas praderas contra la destrucción que ocasionan las aguas malas.

Esos trabajos útiles en plena naturaleza, que contienen los rudimentos de los oficios que practicaron los primitivos y se desarrollaron después en una industria poderosa, las obras de arquitectura, de escultura y de dibujo, que tanto agradan á la generalidad de

[1] *Revue Scientifique*, 13 Febrero 1899, p. 128.

los niños y á las que se refieren el arte de la escritura y de la lectura; por último, el canto, la danza, la mímica, las bellas actitudes rítmicas, tal es el conjunto de las ocupaciones que deben preparar el niño á la serie de los estudios ulteriores destinados á hacer de él un hombre. Añádase lo que se puede aprender de matemáticas trazando figuras sobre la arena, porque la geometría



Cl. de *Zlatá Praha*.

UNA ESCUELA NEGRA

y el álgebra son admirables medios para dar una forma lógica al pensamiento y á sus expresiones: el que aprende á medir las dimensiones se instruye también en el arte de encadenar sus razonamientos y de regular sus palabras. En cuanto á los estudios especiales que vendrán en los años de la adolescencia, variarán según los individuos, porque conviene que la enseñanza se adapte á cada naturaleza particular y la dirija en conformidad á su vocación personal. Sin embargo, ningún alumno debe quedar sin adquirir «claridades de todo», para que halle su alegría en todos los progresos de la ciencia y del arte y pueda siempre tomar parte activa en las conversaciones con sus compañeros sobre los trabajos que especial-

mente les interesen. Ya que es imposible saberlo todo, al menos cada uno aprenda lo que le conviene, y que aprenda con método, en sus relaciones con los conocimientos inmediatos y derivados.

En las discusiones pedagógicas modernas se ha dado una importancia capital á una cuestión que hubiera quedado entre las más sencillas si se hubieran seguido las indicaciones de la Naturaleza. Los niños que nacen bajo la tienda son educados juntos, niñas y niños; toda la juventud de la misma aldea ó del mismo clan se inicia y desarrolla en la vida por los trabajos, por las diversiones en común; la «coeducación», es decir, la enseñanza de todos los niños de ambos sexos, suele hacerse sumariamente, pero sin que parezca necesario separar los niños para enseñarles una misma práctica de oficio ó inculcarles una antigua leyenda en los mismos términos. La «bifurcación» de la escuela primitiva, en que todos los adultos del lugar tenían su puesto, no se producía hasta la época de la pubertad, cuando los efebos y las adolescentes se preparaban á las pruebas que habían de darles entrada, á los unos en la sociedad de los hombres, á las otras entre las mujeres y las madres de familia; pero entonces, la claustración de la joven, preludio del servilismo que la esperaba en la familia, solía poner término á toda enseñanza: la apropiación separaba á la mujer de la sociedad.

También en virtud del principio de la dependencia de la mujer relativamente al padre y al esposo, en la mayoría de las naciones modernas se ha establecido la práctica de educar las niñas separadas de los niños; lógicamente se les preparaba á su subordinación, y la enseñanza que se les daba era siempre adulterada con mentiras y argucias. Se había convenido en que los hombres necesitaban precisión, y las mujeres cierta frivolidad, más supuesta moral. Pero comprendido el respeto debido á la ciencia y el derecho de todos á conocer la verdad pura, no hay ya razón plausible para la diferencia de alimento intelectual para ambos sexos. Además, las jóvenes han forzado las puertas de las universidades y se han sentado en las aulas universitarias al lado de los jóvenes; por otra parte, una larga práctica ha consagrado la educación en común de los niños de corta edad en las escuelas maternales, y la coeducación en la escuela primaria apenas suscita objeción. Únicamente en los países latinos se persiste en

conservar distinta la segunda enseñanza para cada sexo. Como ejemplos, tenemos, por una parte, las escuelas mixtas de Finlandia, de Escandinavia, de los Estados Unidos, de Escocia y de Holanda; por otra, los liceos franceses, cuyo tono moral es bastante bajo. Unos quieren ver en esto una diferencia étnica, otros la prueba de la superioridad de la coeducación. Las escasas escuelas de Francia y



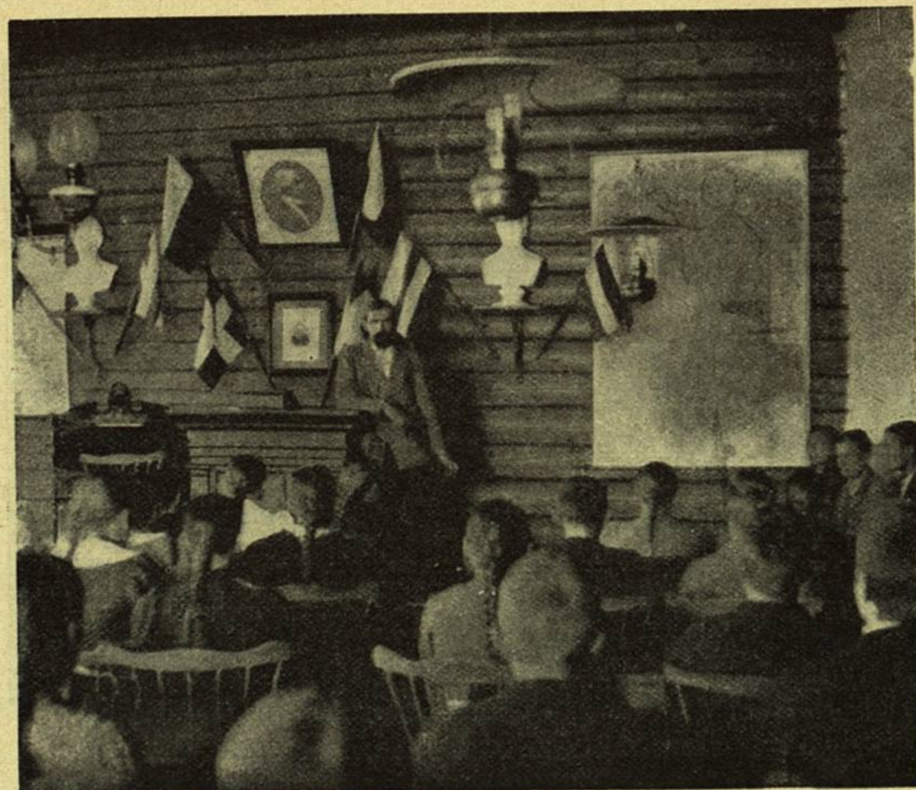
ESCUELA LAPLACE
Continuadora de la Escuela Moderna de Barcelona después de su clausura.

de España [1] en que los niños de ambos sexos se educan juntos con perfecta solicitud, demuestran que la comunidad de los estudios y de los juegos crean una atmósfera propicia al desarrollo normal de las funciones durante la crisis de la pubertad.

De la aproximación de los sexos en un mismo medio de estudio resulta que la ignorancia mutua y la hostilidad forzada entre hombres y mujeres se atenúan gradualmente; el abismo abierto en otro tiempo por las maldiciones de la Iglesia se colma poco á poco,

[1] El autor alude á la Escuela Moderna de Barcelona, fundada por Francisco Ferrer, inaugurada en Septiembre de 1901 y clausurada arbitrariamente en Junio de 1906, dejando instituída la enseñanza racionalista y la coeducación de los sexos.

y la diferencia de evolución de un sexo al otro disminuye á medida que el tesoro común de riquezas científicas llega á ser propiedad de todos; se verifica una especie de nivelación entre estudiantes y estudiantas, en tanto que la diferencia ética de sexo á sexo queda mucho más marcada entre el joven no sometido á la dirección de



UNA ESCUELA EN FINLANDIA
Grabado de la obra *Finlandia* (en ruso), por D. Protopopova.

sus padres y la joven dejada al lado de su madre para cuidar sus hermanitos y atender á las obligaciones de la casa.

Otros hechos de orden demográfico-sociológico contribuyen á libertar á la mujer y á permitirla también asociarse más fácilmente al hombre para los estudios y el género de vida. Ante todo, la función por excelencia de la mujer, la educación materna, disminuye en dificultades físicas y en fatigas, gracias á una higiene general mejor comprendida y á la ayuda mutua. En la mayor parte de las tribus llamadas salvajes, la lactancia de los hijos dura años; entre los civi-

lizados se hace en gran parte — lo que no siempre es un progreso — por medios artificiales. Además disminuye, y debe forzosamente disminuir, el número de hijos, por haber reducido la higiene la cifra de la mortalidad en todas las comarcas de Europa y países que gravitan en su rededor. Todavía en el siglo XVIII se podía esperar la muerte para la mayoría de los recién nacidos; en nuestros días la mayor parte de



Cl. L. Cuisinier.

JÓVENES CIRCUNCISOS RETIRADOS Á LAS ORILLAS DEL SENEGAL
á 15 km. más arriba de Bakel.
Permanecen retirados hasta que se cicatriza la herida; las jóvenes de la villa les llevan la comida. En primer término vese un joven atado por haber infringido una prescripción cualquiera.

ellos se libran de las causas de muerte, y la mujer, por consiguiente, se encuentra proporcionalmente aliviada en sus funciones reproductivas [1].

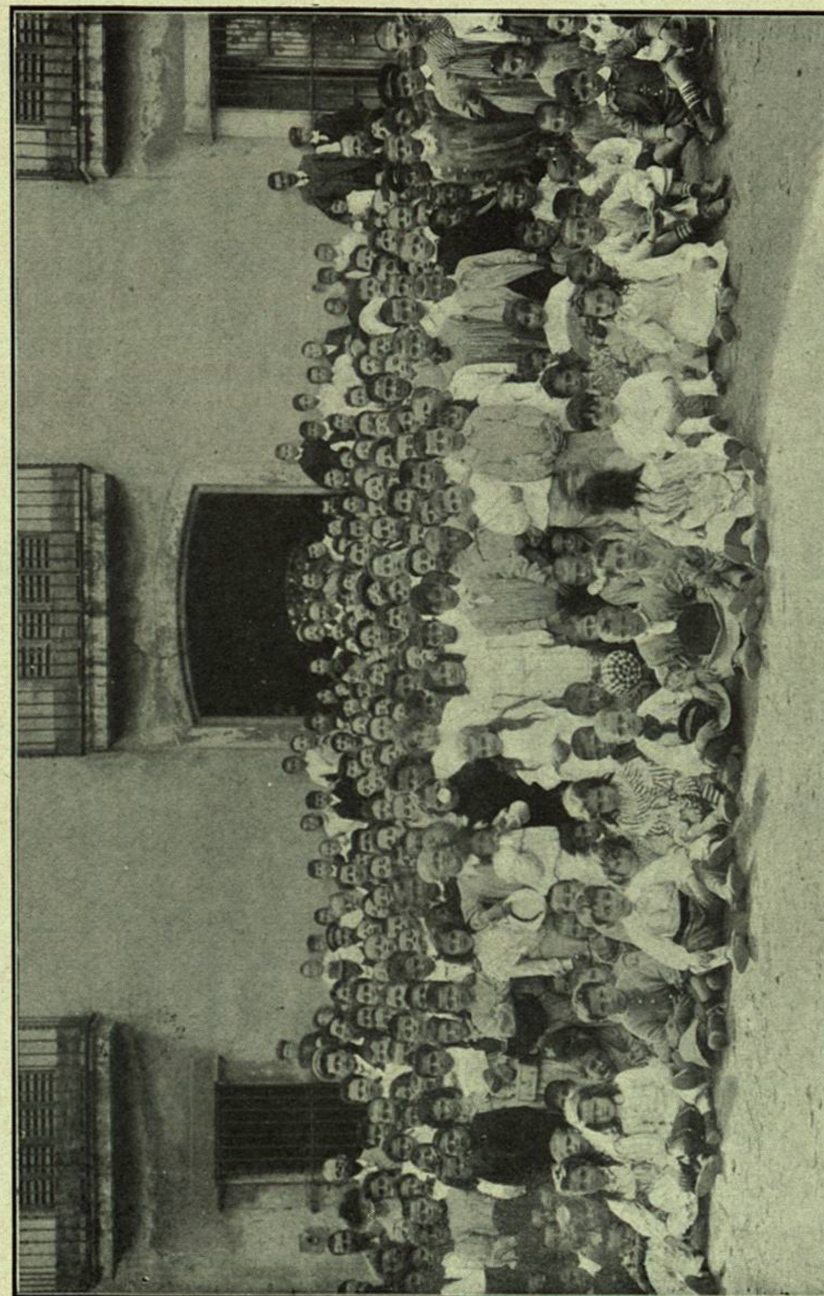
Después de haber sido enseñados y dirigidos en sus diez ó quince años preparatorios, los jóvenes, lo mismo los que se desarrollan libremente, que los desgraciados á quienes se acostumbra á repetir palabras aprendidas de memoria bajo la vigilancia de un maestro que regaña y castiga, todos esos adolescentes llegan al período decisivo en que se les declara « hombres hechos ».

[1] Léopold Bresson, *Les Trois Evolutions*, p. 57.

Entre la mayor parte de los primitivos, los jóvenes se honraban sufriendo durísimas pruebas para atestiguar su fortaleza en el peligro y su vigor y su destreza en los juegos y trabajos. La iniciación era muy grave y duraba á veces días, y aun semanas y meses, habiendo de soportar con semblante risueño verdaderos tormentos. Unas veces se exponía el cuerpo del supliciado á la picadura de las hormigas, á las heridas del puñal ó del cuchillo, á la escarificación con hierbas venenosas; otras se arrancaba á la joven parte de su cabellera, pelo á pelo, ó se apaleaba al joven héroe hasta dejarle en el suelo sin conocimiento, ó se le producía una embriaguez frenética por alguna bebida venenosa. Con frecuencia se acompañaban las ceremonias con prácticas religiosas, tales como la circuncisión, y en ocasiones la vista de la sangre impulsaba á los oficiantes á actos de verdadera ferocidad. En muchas tribus coincidían las pruebas de los jóvenes con expediciones guerreras; lo mismo que en las naciones de Europa, el derecho á la virilidad se adquiría por las luchas cuerpo á cuerpo y las matanzas. Sabido es que los Dayaks corta-cabezas no hallaban mujer que les siguiera si no le presentaban el cráneo sangriento de un hombre muerto en un combate ó sorprendido en una emboscada. La prueba del valor y del sufrimiento solía hacerse como preliminar del matrimonio, por ejemplo entre los Koriaks del Kamtchatka, que recibían el novio á palos: si recibía la paliza sin quejarse y con aire satisfecho, se reconocía en él un valiente, capaz de soportar con la paciencia necesaria las penas de la vida y se le dejaba penetrar en la cabaña donde le esperaba la novia [1].

Los exámenes y los concursos de las grandes escuelas no son otra cosa que una transformación de las antiguas pruebas; pero en realidad, atendidas las proporciones, esas pruebas modernas han perdido la sinceridad primitiva. Las brutalidades de la concurrencia vital, la necesidad para los jóvenes de ganar su vida todo lo rápidamente posible; por último, la tonta vanidad que impulsa á los padres á querer para su progenitura un rápido avance en los estudios, tienen por consecuencia un método de instrucción prematura,

[1] A. S. Bickmore, *American Journal of Science*, Mayo 1868, p. 12.



GRAN FESTIVAL
CELEBRADO EN BARCELONA POR LAS ESCUELAS RACIONALISTAS EN 29 DE JUNIO DE 1905
POR INICIATIVA DE LA ESCUELA MODERNA

superficial ó hasta completamente falsa. Miles y miles de candidatos tratan de simplificar su trabajo aprendiendo de memoria las fórmulas de su manual, diciendo y repitiendo frases dichas delante de ellos por profesores célebres y amontonando en la memoria definiciones secas, faltas de color y de vida. Saben palabras y palabras y todo ese fárrago se interpone entre su mente y la verdad. Los formularios y extractos les han hecho aborrecer los libros y más aún la Naturaleza; los programas limitan la inteligencia, los cuestionarios la aniquilan, los compendios la empobrecen y las frases hechas acaban por matarla completamente. Desgraciado el joven dotado de una comprensión excesivamente fácil, todo superficie, que se exhibe á la admiración de los tontos. Es un peligro capital comprender demasiado pronto, sin dificultad, sin esfuerzos ni largo trabajo de asimilación. Se arroja negligentemente el hueso de que otro ha sacado «la substanciosa médula»; se produce la indiferencia, el hastío, el desprecio por las cosas más bellas; la falta de estudio personal mata la iniciativa, quita á la palabra y á los actos toda originalidad.

La mayor parte de la enseñanza se hace hoy día con la mira del examen, y no puede ser de otro modo, puesto que del examen dependen las plazas, las posiciones oficiales y sociales. ¿Domina la Iglesia en un país? Pues el estudiante ha de probar por argumentos y ejemplos escogidos cuán legítimas y santas son todas las reivindicaciones clericales. ¿El jefe del Estado ó el Estado abstracto han llegado á ser objeto de adoración religiosa? Pues es preciso hacer que todo se le pida, que todo se desee de él, logrando que todo converja hacia él. Las ideas y los caprichos de arriba son sagrados: Napoleón hizo de la Universidad una inmensa escuela de obediencia á su persona; bajo el reinado de Alejandro III, los profesores de historia rusa tenían la obligación de demostrar por los testimonios del pasado «la verdad y el valor intrínseco de la autocracia». Hasta las cuestiones científicas son resueltas arriba: «¡El emperador lo quiere así!» En 1841, Nicolás I decretó como «verdad científica» la identidad étnica de los Grandes Rusos, de los Pequeños Rusos y de los Rusos Blancos, á fin de transformar en una herejía de ignorancia toda veleidad de separatismo [1].

[1] K. Tarassof, *La Société Nouvelle*, Septiembre 1895, p. 330.

superficial ó hasta completamente falsa. Miles y miles de candidatos tratan de simplificar su trabajo aprendiendo de memoria las fórmulas de su manual, diciendo y repitiendo frases dichas delante de ellos por profesores célebres y amontonando en la memoria definiciones secas, faltas de color y de vida. Saben palabras y palabras y todo ese fárrago se interpone entre su mente y la verdad. Los formularios y extractos les han hecho aborrecer los libros y más aún la Naturaleza; los programas limitan la inteligencia, los cuestionarios la aniquilan, los compendios la empobrecen y las frases hechas acaban por matarla completamente. Desgraciado el joven dotado de una comprensión excesivamente fácil, todo superficie, que se exhibe á la admiración de los tontos. Es un peligro capital comprender demasiado pronto, sin dificultad, sin esfuerzos ni largo trabajo de asimilación. Se arroja negligentemente el hueso de que otro ha sacado «la substanciosa médula»; se produce la indiferencia, el hastío, el desprecio por las cosas más bellas; la falta de estudio personal mata la iniciativa, quita á la palabra y á los actos toda originalidad.

La mayor parte de la enseñanza se hace hoy día con la mira del examen, y no puede ser de otro modo, puesto que del examen dependen las plazas, las posiciones oficiales y sociales. ¿Domina la Iglesia en un país? Pues el estudiante ha de probar por argumentos y ejemplos escogidos cuán legítimas y santas son todas las reivindicaciones clericales. ¿El jefe del Estado ó el Estado abstracto han llegado á ser objeto de adoración religiosa? Pues es preciso hacer que todo se le pida, que todo se desee de él, logrando que todo converja hacia él. Las ideas y los caprichos de arriba son sagrados: Napoleón hizo de la Universidad una inmensa escuela de obediencia á su persona; bajo el reinado de Alejandro III, los profesores de historia rusa tenían la obligación de demostrar por los testimonios del pasado «la verdad y el valor intrínseco de la autocracia». Hasta las cuestiones científicas son resueltas arriba: «¡El emperador lo quiere así!» En 1841, Nicolás I decretó como «verdad científica» la identidad étnica de los Grandes Rusos, de los Pequeños Rusos y de los Rusos Blancos, á fin de transformar en una herejía de ignorancia toda veleidad de separatismo [1].

[1] K. Tarassof, *La Société Nouvelle*, Septiembre 1895, p. 330.

Los estudiantes están, pues, advertidos: no para saber entran en las grandes escuelas, sino con la esperanza, frecuentemente con el único deseo, cínicamente declarado, de subir los escalones que conducen á la fortuna. Así es como los exámenes toman ese carácter extraño á la ciencia, puesto que la ciencia sirve de pretexto para la obtención de una estampilla oficial; el estudiante, una vez obtenido el diploma, libertado repentinamente de un trabajo que odiaba, se cree con derecho á la pereza. En su principio el examen fué una cosa muy diferente y debe restablecerse en su virtud primera en todas partes donde el amor á la ciencia es real y donde importe saber y no parecer que se sabe. La enseñanza de los filósofos griegos, tal como nos los refieren los «Diálogos» de Platón, no consistía en realidad más que en una conversación permanente del estudiante con su propio yo, en un examen continuo del pensamiento por el pensamiento bajo la evocación de un Sócrates ó de otro buscador de la verdad. Entonces, tratándose ante todo de «conocerse á sí mismo», ese examen incesante era necesario al hombre que estudia; ¿cuánto más indispensable es ahora, que se trata de «conocer la Naturaleza», de la que cada individuo no es más que una simple célula? Así el joven que vive su enseñanza debe interrogarse y responderse incesantemente, con toda probidad y sinceridad. Compárense con este examen personal las formalidades usuales de recepción en el mundo de los calificados y resultarán bien poca cosa: el estudiante podrá sufrirlos con una conciencia tranquila despreciándolos un poco; considerándose altamente superior, le bastará dar mentalmente á las preguntas casi siempre incoherentes del examen la unidad que necesariamente les falta. En ello consiste la dignidad del estudio.

Pero si el estudiante, lleno de palabras amontonadas en su memoria, no tiene otro mérito al fin de curso que responder á las preguntas como un eco más ó menos fiel; si teme tener personalidad propia y responder lo que los profesores momificados calificarían de herejías ó de «paradojas», es decir, según la etimología, de «opiniones fuera de la enseñanza», podrá uno preguntarse cuál ha sido la razón verdadera de los largos años de escuela, y se hallará, casi con certidumbre, que esa razón fué la ambición de la posición

N.° 587. Universidades de la Europa occidental.



Las Universidades de Angers, Bruselas, Ferrara, Luvaina y Nantes no son establecimientos de Estado. Las escuelas superiores de Londres, Birmingham, Liverpool, Leeds, Sheffield y Durham suelen considerarse como Universidades; las de Dundee y de Saint-Andrews forman una sola Universidad.

Los distritos rayados en Italia y en Francia son aquellos en que más del 10 °/₀ de los quintos no saben leer ni escribir (Morbihan 17'4 °/₀); en Bélgica el rayado indica que el 30 °/₀ de la población era analfabeta en el censo de 1900.

brillante y del dinero. El candidato no es más que un «carrerista», un aprendiz industrial que trata de retener fórmulas lucrativas para la fabricación del oro. ¡Triste y vergonzosa «piedra filosofal!»

Habiendo llegado á ser actualmente por el mismo funcionamiento de la sociedad, la posesión del oro el objetivo casi fatal de la juventud, es difícil imaginarse cuán bellos podrían ser los lugares de estudio, donde el amor al conocimiento y la ciencia de la vida fuesen las únicas ambiciones, puesto que el bienestar estaría asegurado de antemano. En primer lugar es cierto que los grupos de estudiantes serán cada vez más móviles y que, por consiguiente, estarán cada vez menos ligados á la residencia universitaria, la cual, por sus laboratorios, sus colecciones y su biblioteca, constituye el centro necesario de sus investigaciones. Así como ciertas escuelas de niños, pocas todavía, van durante la bella estación á la descubierta de sitios curiosos ó de ciudades interesantes, así también algunos grupos de estudiantes, numerosos á veces, se reunen para verdaderos viajes de estudio, en las regiones mineras ó en las comarcas que ofrecen gran interés geológico, ó en los países curiosos por sus plantas, sus animales, sus artes y sus costumbres. Se han visto estudiantes americanos que fletaban un barco para estudiar durante meses la naturaleza de la costa africana.

En un círculo más reducido, los *Summer meetings* de Inglaterra y de los Estados Unidos, donde profesores y alumnos se reunen como buenos compañeros, son también verdaderas Universidades ambulantes. Según el interés científico que presenta tal ó cual sitio, los recuerdos de la historia ó las cuestiones más apremiantes del tiempo, se celebra sesión en un bosque, á la orilla del mar, en una fábrica ó sobre la terraza almenada de un antiguo castillo. Los «peripatéticos» de los tiempos pasados se paseaban bajo las columnatas ó en los paseos de un jardín; los de nuestros días tienen más ancho campo, gracias á la facilidad de las vías de comunicación, y pueden ir de país en país; en su perjuicio, si viajan sin método, á la casualidad y sin estudio profundo, pero con gran ventaja si viajan verdaderamente para aprender, para considerar la Naturaleza y todas las obras del hombre como gran campo de observación, si interrogan la Tierra, la excrutan directamente, sin detenerse á

verla á través de las descripciones de los libros que la falsean.

Hasta fuera de la Naturaleza propiamente dicha, en los edificios cerrados, el estudiante procede siempre por la observación precisa, sobre todo el que tiene el hombre por asunto especial de investigación. Aprenderá á conocer los seres vivientes en sus orígenes y en su vida presente con las mil alternativas de la salud, de la enfer-



UN TÉ EN EL «SUMMER MEETING» DE EDIMBURGO

Representantes de siete ú ocho nacionalidades reunidos en la terraza del *Outlook Tower*, en Edimburgo.

medad, de la decrepitud y de la muerte. Aparte de todos los libros, que el tiempo envejece, ellos constituyen los libros por excelencia, los libros siempre vivientes, á los que, para el lector atento, se unen incesantemente cada vez más bellas páginas. Y no es esto sólo, el lector se transforma en autor: gracias al poder de magia que le da la experiencia, puede suscitar cambios á voluntad en la naturaleza ambiente, evocar fenómenos, renovar la vida profunda de las cosas por las operaciones de laboratorio, convertirse en creador, por decirlo así, transfigurarse en un Prometeo portador del fuego. ¿Qué

palabra impresa, bien aprendida de memoria podrá jamás reemplazar para él esos actos verdaderamente divinos?

Y aun puede hacer más si la amistad de otros compañeros de labor multiplica sus fuerzas. Las conversaciones serias con los compañeros de estudio, buscadores de verdad como él, le elevarán y afinarán, le adaptarán á todos los ejercicios del pensamiento, le darán osadía y sagacidad, enriquecerán al infinito el libro de su cerebro y le enseñarán á manejarle con perfecta facilidad. Sus amigos particulares, sus inmediatos compañeros de estudio no son los únicos á quienes podrá dirigirse, de quienes podrá apropiarse los conocimientos, el alma, por decirlo así; no siendo ya la ciencia un privilegio, un «sacerdocio» ejercido por algunos, tendrá por colegas y por iniciadores parciales todos aquellos que, en el mundo de los sabios, en las Universidades ó en otras partes, practican estudios paralelos. Ya en todos los países de Europa, y particularmente en Inglaterra, se ha establecido la costumbre de interrogarse por correspondencia, cartas ó periódicos, sobre todos los asuntos del saber; desde el campesino que roba una ó dos horas al descanso para estudiar en su granja, hasta los sabios ilustres del Museo británico, se ha formado como una liga fraternal para el cambio de las observaciones y de las ideas, en el cual no siempre el hombre rodeado de gloria da palabras de más valor. ¡Qué diferencia entre la ciencia libre, fundada en tan bello compañerismo, y la ciencia puesta al servicio de la industria y del lucro; por ejemplo, en esas fábricas, alemanas principalmente, donde hay químicos que trabajan unos al lado de otros, en compartimentos cerrados, con prohibición de comunicarse mutuamente el resultado de sus análisis y en la ignorancia de la investigación final á que se dedican sus trabajos preliminares!

Lo que ha de pedirse á los estudiantes no son diplomas, sino obras. Dirigidos los estudios en sentido del trabajo, y del trabajo útil, los jóvenes de ambos sexos habrán de manifestar lo que hayan hecho para colaborar en las empresas comunes de la humanidad. Del mismo modo que el salvaje primitivo debía probar que era hombre antes de ser considerado como tal, así como el obrero antiguo que aspiraba á maestro había de producir antes su obra maestra, así también todos los jóvenes comprenderán, si la opinión lo pide, que

no podrán entrar á título de iguales en la asamblea de los fuertes sin dar pruebas de participación en trabajos serios de utilidad pública, sobre todo en aquellos trabajos que requieren entusiasmo y espíritu de sacrificio.

Los estudios técnicos especiales en Moscou, en Boston y en muchas otras ciudades han demostrado que se puede esperar maravillas del trabajo de niños y de adolescentes que trabajan con entusiasmo como amigos y como émulos. No hay fábrica, puente, ferrocarril ni locomotora cuya construcción no pueda confiarse á grupos de jóvenes que hayan estudiado durante algunos años en los talleres y al pie de la obra. La multitud de alumnas enfermeras de Londres muestran hasta dónde pueden llegar los cuidados á los enfermos unidos al respeto de la dignidad personal. Si la enemistad, actualmente muy justificada, de los trabajadores y empleados que difícilmente ganan su vida en toda clase de trabajos no se opusiera al aumento de esa concurrencia desastrosa que les hacen los conventos, las cárceles y los depósitos de mendicidad, donde los empresarios disponen de una labor casi gratuita, no es dudoso que los millones de alumnos y de estudiantes ocupados en la actualidad casi exclusivamente en aprender de memoria lecciones recitadas podrían, con gran beneficio de su saber y de su salud, contribuir muy ampliamente á los preparativos y á la terminación de los trabajos necesarios á la conservación de la humanidad y á la economía de nuestro planeta.

Los regímenes políticos y sociales contemporáneos, basados sobre la propiedad privada y el salariado, prohiben que se disponga de esa fuerza prodigiosa que unas escuelas bien comprendidas tendrían en reserva, pero los hechos que se han producido ya excepcionalmente en distintos puntos, á pesar del sistema de educación impuesto, justifican ampliamente la confianza inspirada por la juventud á los precursores. Cuando no se retroceda ante el trabajo limitado de nuestros días por la necesidad de medir los salarios, nada impedirá explorar el globo en todos sus rincones, proceder á todos los trabajos de medidas y sondeos, hacer el inventario completo de todo el haber mundial, material é intelectual, acomodar el globo al ideal humano. La fuerza existe, sólo falta no temer servirse de ella. Pero de todas las ocupaciones, la más urgente, aquella

para la cual se tiene más derecho á contar con el concurso de los jóvenes, es la obra de la educación de los niños, que les permitirá rendir á los representantes de la humanidad futura el beneficio que ellos mismos han recibido de la generación precedente; ¿no serán mejor empleados los años que se dediquen á la enseñanza que los dedicados al servicio militar actual, empleado en el estudio del asesinato científico?

La educación no tiene valor, ni siquiera sentido, sino á condición de servir en la vida, después de la salida de las escuelas, y de continuarse para la conservación y el progreso de las fuerzas intelectuales. La cosa es relativamente fácil para aquellos cuya profesión consiste en la aplicación de las ciencias que han estudiado en la Universidad; sin embargo, el mayor número de esos hombres autorizados por sus diplomas á seguir una carrera científica, se entregan por la rutina á practicar simplemente su arte y no saben siquiera mantenerse al corriente de los progresos que se hacen en la ciencia de que son intérpretes oficiales, corriendo gran peligro de especializarse estrechamente en los trabajos que les procuran el pan ó la fortuna. El médico, el jurista y el ingeniero, en el ejercicio de su oficio, descienden frecuentemente muy por debajo del límite de los exámenes que tan difícil les fué franquear la primera vez. Además, las condiciones actuales de la sociedad, determinadas por la conquista del oro, orientan la mayor parte de los hombres de ciencia hacia la adquisición de los bienes materiales, y ¿no se hace esta orientación en muchos casos á través de lo verdadero y lo falso, lo justo y lo injusto? ¿Acaso recientemente, antes de la era de la antisepsia, no era la medicina oficial esencialmente mortífera, á pesar de sus exámenes y sus diplomas, y, en sus maneras de tratar las heridas, no había quedado muy inferior á la práctica de los curanderos despreciados á quienes se prohibía el ejercicio de la medicina so pena de multa y prisión? En tanto que éstos, conformándose con las prácticas de la ciencia antigua, empleaban los ungüentos preparados en caliente con la terebentina y las maceraciones en vino y aguardiente, es decir, continuaban las prácticas de cierta antisepsia tradicional, los médicos de la facultad, sujetos á los preceptos de sus profesores, aplicaban sobre las heridas el cerato y las cataplasmas, fabricando así laboratorios de microbios que desarrollaban la herida y determinaban la muerte [1]. Á centenares de miles, la ciencia oficial, en el siglo XIX, mataba enfermos que los curanderos hubieran salvado.

Y, en otra profesión, la que debiera tener por resultado, por el estudio de la psicología de los hombres y de las naciones, un



LA CONFERENCIA DEL DOMINGO EN RUSIA
Cuadro de Bogdanoff-Bielski.

sentimiento de benevolencia universal, ¿no vemos á los más sabios juristas apasionarse por la persecución de los acusados, como lebreles que persiguen la caza? Necesitan víctimas y víctimas, y se muestran contentos y con la conciencia satisfecha cuando han logrado una sentencia de muerte, aunque sea contra un inocente.

No basta ser sabio para ser útil á la humanidad, ó, al menos, el sabio desviado no hace obra buena más que de una manera indirecta, por transmisión de la ciencia entre los hombres. ¡Pero qué manantial inagotable brota de la roca árida en el punto favorable que ha sabido adivinar la varita evocadora! El hombre dichoso que

[1] Emile Forgue, *Revue Scientifique*, Diciembre 1901, p. 776.

para la cual se tiene más derecho á contar con el concurso de los jóvenes, es la obra de la educación de los niños, que les permitirá rendir á los representantes de la humanidad futura el beneficio que ellos mismos han recibido de la generación precedente; ¿no serán mejor empleados los años que se dediquen á la enseñanza que los dedicados al servicio militar actual, empleado en el estudio del asesinato científico?

La educación no tiene valor, ni siquiera sentido, sino á condición de servir en la vida, después de la salida de las escuelas, y de continuarse para la conservación y el progreso de las fuerzas intelectuales. La cosa es relativamente fácil para aquellos cuya profesión consiste en la aplicación de las ciencias que han estudiado en la Universidad; sin embargo, el mayor número de esos hombres autorizados por sus diplomas á seguir una carrera científica, se entregan por la rutina á practicar simplemente su arte y no saben siquiera mantenerse al corriente de los progresos que se hacen en la ciencia de que son intérpretes oficiales, corriendo gran peligro de especializarse estrechamente en los trabajos que les procuran el pan ó la fortuna. El médico, el jurista y el ingeniero, en el ejercicio de su oficio, descienden frecuentemente muy por debajo del límite de los exámenes que tan difícil les fué franquear la primera vez. Además, las condiciones actuales de la sociedad, determinadas por la conquista del oro, orientan la mayor parte de los hombres de ciencia hacia la adquisición de los bienes materiales, y ¿no se hace esta orientación en muchos casos á través de lo verdadero y lo falso, lo justo y lo injusto? ¿Acaso recientemente, antes de la era de la antisepsia, no era la medicina oficial esencialmente mortífera, á pesar de sus exámenes y sus diplomas, y, en sus maneras de tratar las heridas, no había quedado muy inferior á la práctica de los curanderos despreciados á quienes se prohibía el ejercicio de la medicina so pena de multa y prisión? En tanto que éstos, conformándose con las prácticas de la ciencia antigua, empleaban los ungüentos preparados en caliente con la terebentina y las maceraciones en vino y aguardiente, es decir, continuaban las prácticas de cierta antisepsia tradicional, los médicos de la facultad, sujetos á los preceptos de sus profesores, aplicaban sobre las heridas el cerato y las cataplasmas, fabricando así laboratorios de microbios que desarrollaban la herida y determinaban la muerte [1]. Á centenares de miles, la ciencia oficial, en el siglo XIX, mataba enfermos que los curanderos hubieran salvado.

Y, en otra profesión, la que debiera tener por resultado, por el estudio de la psicología de los hombres y de las naciones, un



LA CONFERENCIA DEL DOMINGO EN RUSIA
Cuadro de Bogdanoff-Bielski.

sentimiento de benevolencia universal, ¿no vemos á los más sabios juristas apasionarse por la persecución de los acusados, como lebreles que persiguen la caza? Necesitan víctimas y víctimas, y se muestran contentos y con la conciencia satisfecha cuando han logrado una sentencia de muerte, aunque sea contra un inocente.

No basta ser sabio para ser útil á la humanidad, ó, al menos, el sabio desviado no hace obra buena más que de una manera indirecta, por transmisión de la ciencia entre los hombres. ¡Pero qué manantial inagotable brota de la roca árida en el punto favorable que ha sabido adivinar la varita evocadora! El hombre dichoso que

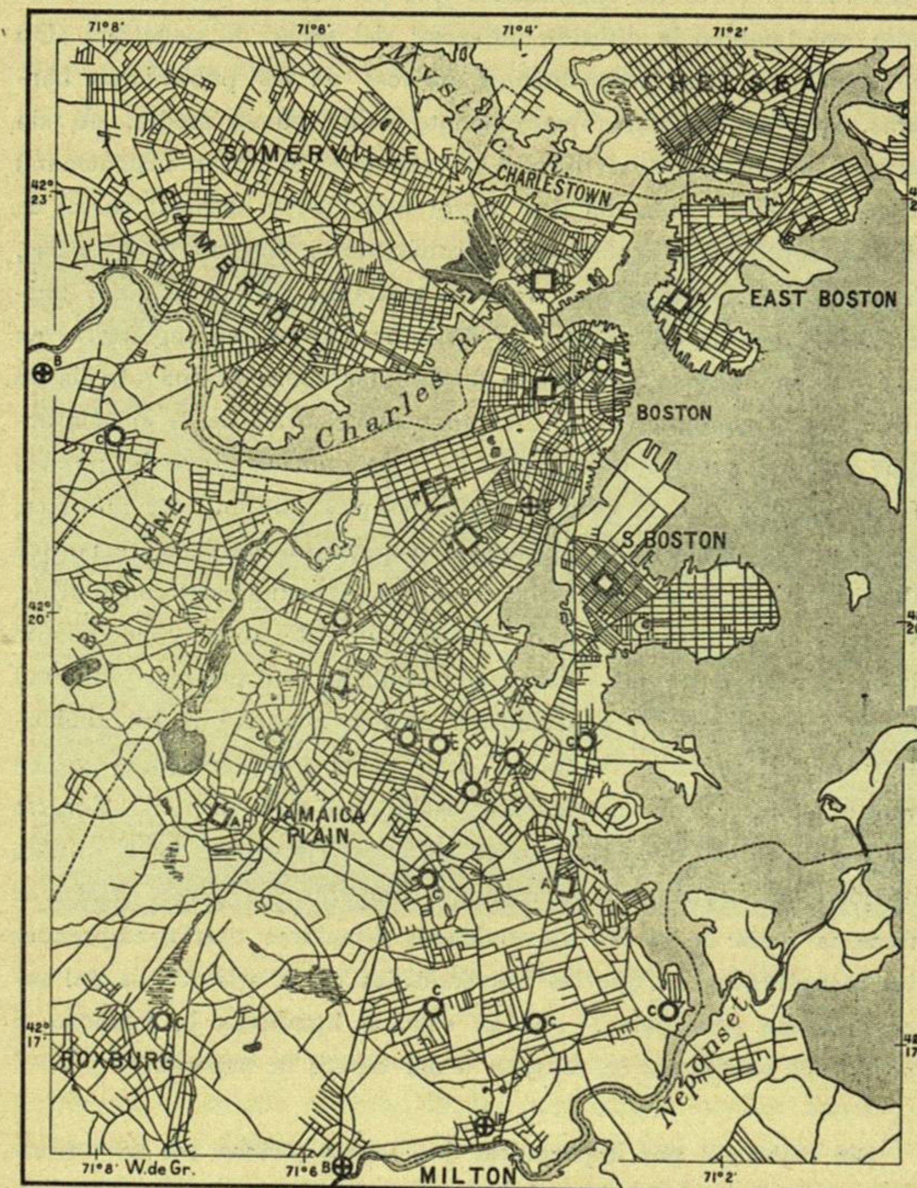
[1] Emile Forgue, *Revue Scientifique*, Diciembre 1901, p. 776.

enseña, ó, mejor aún, descubre, es un padre; multitudes de jóvenes nacerán á su alredor, y la inmensa familia se aumentará indefinidamente sin que siquiera conozca una escasa parte de los que haya hecho surgir á la existencia intelectual. ¡Cuán grande es la descendencia de un Bacon, de un Descartes, de un Aristóteles y de un Humboldt! Todos los hombres que estudian reciben de esos antepasados el alimento nutricio y á su vez lo transmiten á una descendencia innumerable. En parte alguna se manifiesta más triunfante la solidaridad que en el mundo de la inteligencia, á través del espacio y el infinito de las edades.

Pero en un siglo en que se proclama la igualdad virtual de todos los ciudadanos, conviene que las alegrías del estudio y del saber no sean el privilegio de algunos elegidos: no es raro ver que hombres verdaderamente superiores por los conocimientos, y sobre todo por ese arte maravilloso de la palabra y del estilo que da tanto precio al pensamiento, lleguen hasta constituir con sus semejantes una especie de aristocracia delicada donde se disfruta con egoísmo, de finos goces intelectuales que permanecen incomprensibles para la multitud despreciada: todos esos pequeños cenáculos desaparecerán también, porque la ciencia no es forzosamente esotérica como en la época de las persecuciones y de los mártires: puede esparcirse libremente al exterior, y, por su misma naturaleza, trata de extenderse por todas partes. Aunque aconseje el proverbio «no echar perlas á los puercos», esta frase que se aplica con justicia al deber de dignidad que el poseedor del conocimiento debe á su tesoro, las verdades que tiene la dicha de poseer no dejan de ser un patrimonio común del que es sencillamente el usufructuario y del cual gozará tanto más cuanto mayor sea el número de los que de él participen. Aun siendo solo, habría de manifestarlo con ardorosa pasión á las aves del espacio, á los astros, á la Naturaleza entera.

Conviene que la «ciencia del bien y del mal», lo mismo que la de lo verdadero y de lo falso, objeto de la primera maldición religiosa, se extienda por toda la tierra y se distribuyan á todos los hombres en la medida de su buena voluntad y de su potencia de adaptación. Sin duda, la realidad actual está muy por debajo del ideal propuesto: del mismo modo que la enseñanza integral,

N.º 588. Bibliotecas públicas en Boston.



1: 100000

0 1 2 4 6 Kil.

Los edificios marcados por un cuadrado A son bibliotecas principales; los signos redondos B, salas accesorias de lectura; los signos redondos C, los sitios donde se hace el cambio de los volúmenes prestados á domicilio.

La proporción de los habitantes que hacen uso de las bibliotecas varía, según los barrios, de 4 á 34 %; el término medio es de 12 %.

ofrecida á muchos, no suscita, sin embargo, más que un número relativamente corto de apasionados que se dedican con éxito al estudio, así también la difusión universal del saber no penetrará sino por grados en las profundidades atávicas de las poblaciones bárbaras, que se acomodan penosamente á un nuevo medio, no sin dejar en él numerosas víctimas. No obstante, el nuevo instrumental existe y funciona cada día con mayor actividad y eficacia: cursos de adultos, técnicos y profesionales, conferencias diurnas y nocturnas, ejercicios y demostraciones, veladas teatrales, y, por último, universidades populares, nacidas en distintos puntos, en Inglaterra, en América, en Francia, y tratando de apuntar como la fina ramilla de musgo en la sombría Rusia. Algunos doctrinarios de la ciencia antigua, tradicionalistas espantados de toda audacia juvenil, pueden afectar no ver en esas escuelas nacientes más que ensayos informes, condenados á perecer ó á lo sumo á vegetar miserablemente porque faltan á los alumnos de esas instituciones los estudios rudimentarios, es decir, el punto de apoyo indispensable de todo conocimiento ulterior; pero entre ellos hay quien trabaja con pertinaz voluntad de saber realmente, de construir su edificio á partir de los cimientos y que triunfan en su obra. Las pruebas se presentan ya en gran número, y son muchos los candidatos que pueden colocarse con orgullo al lado de los buenos alumnos adiestrados en el estudio científico durante toda la juventud y comparar sus obras. Hasta se ofrece la duda de si las universidades populares osarán emprender vías inexploradas en que las universidades de la aristocracia del saber dudarían arriesgarse. ¿No se sentiría humillada la Sorbona si uno de sus profesores se rebajase á dar cursos de esperanto?

Sin embargo, por importantes que sean ó puedan ser las universidades populares, su influencia es casi insignificante en comparación de la que posee la prensa, es decir, la voz misma de la humanidad. El prodigioso descubrimiento de la imprenta tuvo durante el curso del siglo XIX admirables consecuencias que nadie había previsto: esas «noticias diarias» de que algunos aventureros tuvieron idea desde la época del Renacimiento é intentaron su modesta realización en distintos puntos, en Italia, Alemania y Holanda, se publican actualmente por millones y millones de ejemplares en las calles de todas las ciudades, en las encrucijadas de todas las villas. Los diarios, alimentados de noticias por los hilos telegráficos tendidos en redes infinitas á través de las tierras y en las profundidades de los mares, aportan su conocimiento á quien quiere saberlas: en las aldeas más escondidas, allá donde los humanos de la generación precedente se contentaban con vegetar, egoistamente encerrados en el círculo estrecho de las ocupaciones diarias, aparece el repartidor de diarios, que ha llegado á ser tan necesario como el del pan; el colono y la criada le esperan á su paso por la puerta, en el cruce de los caminos, y es la hora alegre de su día aquella en que reciben la hoja que contiene la novela comenzada y los hechos curiosos de la historia de las naciones. Verdad es que el alimento intelectual de que tienen necesidad los millones de lectores esparcidos por el mundo no es de un gusto superior ni rico en substancia, pero todo requiere su principio. La impresión justa es



Cl. A. G. Champagne.

UNIVERSIDAD DE HARVARD, EN CAMBRIDGE, CERCA DE BOSTON

la de Zola, quien informado por unos amigos de la campaña organizada contra él en toda Francia por los diarios de mayor circulación, se alegraba pensando que los ignorantes de ayer se apasionan hoy por la lectura: si la hoja que se lee en este momento propaga la mentira la de mañana dirá la verdad.

Ante todo apréndase á leer, y del caos de las frases entremezcladas, la crítica acabará por extraer lo que es bueno y saber conservar en la memoria para la conducta de la vida. Además, ¿cuántas obras verdaderamente buenas hay en este inmenso diluvio de impresos que cae incesantemente sobre el mundo, que traen consigo una enseñanza especial en el oficio ó la profesión, ó el eco de algo grande que constituye un elemento de progreso que brota de un punto cualquiera del globo hacia el individuo uniéndole al conjunto de la humanidad pensante?

La influencia absolutamente preponderante de la prensa y de todas las artes que la acompañan, grabados, fotografías y reproducciones de toda especie, es el resultado de cambios demasiado recientes para poder formarse idea de las modificaciones correspondientes que introducirá en la vida política y social de las naciones. Pero sean cuales fueren la vulgaridad, la puerilidad, el deseo de escándalo y el patriotismo hipócrita de la mayoría de las hojas diarias y de las revistas periódicas, es indudable que ensanchan el espacio intelectual alrededor de los lectores, arrancándoles de la estrecha villa, de los muros de la ciudad primitiva, y gradualmente se producirá aquel trabajo de eliminación por el cual el público, deseando alimento más substancial, más en relación con los intereses generales, apartarán de la prensa las bagatelas que bastaban á su infancia. Evidentemente la invasión de este mar de conocimientos comunes á todos los pueblos se hará como la irrupción de un nuevo diluvio, llenando primeramente las regiones bajas, dejando islotes diseminados, pero la marea ascendente acabará por cubrirlo todo, y aunque la verdadera enseñanza se haga por la acción directa de individuo á individuo, el conjunto de la transformación intelectual, visto desde la altura, parecerá realizarse por grandes masas, por nacionalidades enteras.

Pregúntase si la omnipotencia de la prensa hará más todavía; si conducirá á todos los pueblos, sin quererlo y sin saberlo, á

hablar una lengua común, para lo cual ha hecho en esta dirección una gran parte del camino: los telegramas incesantemente cambiados entre todos los países del mundo están redactados en un estilo conciso, rápido, lógico, fácil de comprender por todos, mediante la adopción de un repertorio de palabras previamente convenido. Los artículos que desarrollan esos breves despachos sufren forzosamente la influencia de ese estilo, siendo además redactados en su mayoría sin el cuidado de la belleza literaria, como sencillas ampliaciones cuya escritura apenas se aparta de las frases habituales, y en las cuales se suele prescindir de las palabras originales y se emplean cada vez más los términos diplomáticos y parlamentarios pertenecientes á la colección de las expresiones corrientes usadas en los salones cosmopolitas. Aunque un Francés no pueda comprender el español, el italiano, el portugués y el rumano en sus prosistas y poetas sino después de un serio estudio, puede leer correctamente sus periódicos, en los que halla las mismas palabras con terminaciones diferentes y los mismos giros con algunos términos del país, que se adivinan por el conjunto de la frase. En todo el mundo latino la lengua universal está ya en vía de formación, y los lenguajes de las naciones eslavas, germánicas y anglo-sajonas se acomodan paralelamente para acercarse por la construcción general al término medio universalmente aceptado. En los congresos científicos internacionales ha quedado convenido que todos los auditores comprendan las principales lenguas occidentales.

Para el que ama su lengua materna y siente repugnancia por todas las jergas bastardas que invaden por todas partes, no el templo literario de las naciones, sino el atrio vulgar de la política y del comercio, el advenimiento de una lengua verdaderamente común puede considerarse como un verdadero beneficio, porque constituiría una revolución franca que, poniendo dos idiomas á la disposición de cada uno, el de uso internacional y el lenguaje de la infancia, permitiría defender éste contra la invasión de las palabras extranjeras — no por odio, sino por respeto — y contra los giros que no corresponden á su genio.

Que esta lengua común no pueda ser una lengua muerta como el sanscrito, el griego ó el latín, es de toda evidencia, á pesar de

la de Zola, quien informado por unos amigos de la campaña organizada contra él en toda Francia por los diarios de mayor circulación, se alegraba pensando que los ignorantes de ayer se apasionan hoy por la lectura: si la hoja que se lee en este momento propaga la mentira la de mañana dirá la verdad.

Ante todo apréndase á leer, y del caos de las frases entremezcladas, la crítica acabará por extraer lo que es bueno y saber conservar en la memoria para la conducta de la vida. Además, ¿cuántas obras verdaderamente buenas hay en este inmenso diluvio de impresos que cae incesantemente sobre el mundo, que traen consigo una enseñanza especial en el oficio ó la profesión, ó el eco de algo grande que constituye un elemento de progreso que brota de un punto cualquiera del globo hacia el individuo uniéndole al conjunto de la humanidad pensante?

La influencia absolutamente preponderante de la prensa y de todas las artes que la acompañan, grabados, fotografías y reproducciones de toda especie, es el resultado de cambios demasiado recientes para poder formarse idea de las modificaciones correspondientes que introducirá en la vida política y social de las naciones. Pero sean cuales fueren la vulgaridad, la puerilidad, el deseo de escándalo y el patriotismo hipócrita de la mayoría de las hojas diarias y de las revistas periódicas, es indudable que ensanchan el espacio intelectual alrededor de los lectores, arrancándoles de la estrecha villa, de los muros de la ciudad primitiva, y gradualmente se producirá aquel trabajo de eliminación por el cual el público, deseando alimento más substancial, más en relación con los intereses generales, apartarán de la prensa las bagatelas que bastaban á su infancia. Evidentemente la invasión de este mar de conocimientos comunes á todos los pueblos se hará como la irrupción de un nuevo diluvio, llenando primeramente las regiones bajas, dejando islotes diseminados, pero la marea ascendente acabará por cubrirlo todo, y aunque la verdadera enseñanza se haga por la acción directa de individuo á individuo, el conjunto de la transformación intelectual, visto desde la altura, parecerá realizarse por grandes masas, por nacionalidades enteras.

Pregúntase si la omnipotencia de la prensa hará más todavía; si conducirá á todos los pueblos, sin quererlo y sin saberlo, á hablar una lengua común, para lo cual ha hecho en esta dirección una gran parte del camino: los telegramas incesantemente cambiados entre todos los países del mundo están redactados en un estilo conciso, rápido, lógico, fácil de comprender por todos, mediante la adopción de un repertorio de palabras previamente convenido. Los artículos que desarrollan esos breves despachos sufren forzosamente la influencia de ese estilo, siendo además redactados en su mayoría sin el cuidado de la belleza literaria, como sencillas ampliaciones cuya escritura apenas se aparta de las frases habituales, y en las cuales se suele prescindir de las palabras originales y se emplean cada vez más los términos diplomáticos y parlamentarios pertenecientes á la colección de las expresiones corrientes usadas en los salones cosmopolitas. Aunque un Francés no pueda comprender el español, el italiano, el portugués y el rumano en sus prosistas y poetas sino después de un serio estudio, puede leer correctamente sus periódicos, en los que halla las mismas palabras con terminaciones diferentes y los mismos giros con algunos términos del país, que se adivinan por el conjunto de la frase. En todo el mundo latino la lengua universal está ya en vía de formación, y los lenguajes de las naciones eslavas, germánicas y anglo-sajonas se acomodan paralelamente para acercarse por la construcción general al término medio universalmente aceptado. En los congresos científicos internacionales ha quedado convenido que todos los auditores comprendan las principales lenguas occidentales.

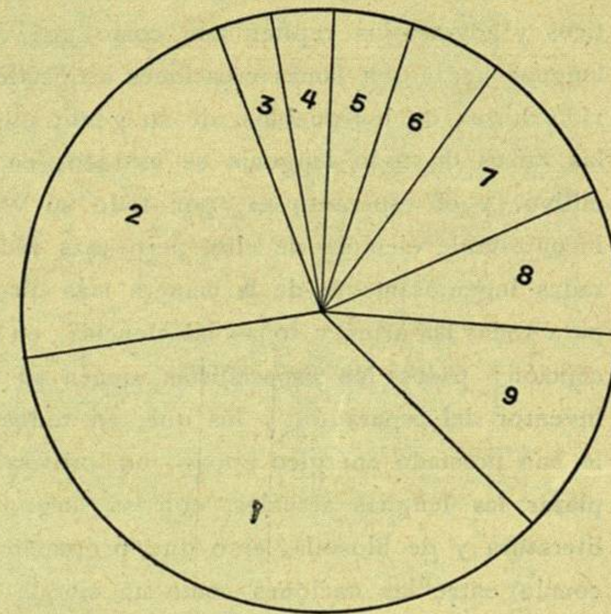
Para el que ama su lengua materna y siente repugnancia por todas las jergas bastardas que invaden por todas partes, no el templo literario de las naciones, sino el atrio vulgar de la política y del comercio, el advenimiento de una lengua verdaderamente común puede considerarse como un verdadero beneficio, porque constituiría una revolución franca que, poniendo dos idiomas á la disposición de cada uno, el de uso internacional y el lenguaje de la infancia, permitiría defender éste contra la invasión de las palabras extranjeras — no por odio, sino por respeto — y contra los giros que no corresponden á su genio.

Que esta lengua común no pueda ser una lengua muerta como el sanscrito, el griego ó el latín, es de toda evidencia, á pesar de

los piadosos depositarios de los bellos idiomas de otros tiempos, porque esos antiguos lenguajes pertenecen á una civilización que la de nuestros días ha rebasado hace ya mucho tiempo: los nuevos pensadores necesitan un instrumento nuevo. Ninguna lengua moderna sirve tampoco para vehículo universal de la inteligencia humana. Aunque el francés y el inglés hayan podido ambicionar esta situación preponderante, las rivalidades nacionales no permiten que semejante conciliación se haga pacíficamente entre los hombres, y además no hay una de las lenguas actualmente habladas que no sea muy difícil de conocer bien, en el conjunto de su vocabulorio, en la variedad de sus giros y matices, en las dificultades de su sintaxis ó en los escollos de su pronunciación: todas representan en su formación elementos múltiples, muy diferentes unos de otros, y la diversidad de las reglas, procedentes de las contradicciones iniciales, obliga á los alumnos á estudios muy profundos, por cuyo motivo la mayoría de los que en el extranjero estudian una de esas lenguas europeas se verían muy comprometidos para utilizarla á fondo como idioma universal; se limitan á cargar su memoria con cierto número de palabras y de frases que les facilitan las operaciones más usuales de la vida y las conversaciones corrientes; son jergas como el *sabir* mediterráneo y como el *pidgeon english* de los mares Pacíficos, no son lenguas.

Tales son las razones que han inducido á los investigadores á confeccionar lenguajes artificiales libres de excepciones en el manejo de las reglas. En este sentido se han hecho numerosas tentativas y algunas han alcanzado bastante importancia para dar vida á una verdadera literatura. Entre todas esas creaciones, la que su autor, Zamenhof, ha calificado de *esperanto*, término cuyo sentido es fácil de adivinar, parece reunir muchas ventajas como lengua artificial. Las radicales del vocabulario no han sido escogidas por capricho individual, sino que se han impuesto naturalmente como pertenecientes por el uso á las principales lenguas de Europa y de América, sea por el fondo latino, el más importante de todos, sea por los lenguajes germánicos. En posesión de ese tesoro primitivo de las palabras, todo lo aproximado posible al conjunto de las lenguas europeas correspondientes á las naciones más civilizadas, el estu-

diante del nuevo idioma las modifica y combina por las formas fáciles de aprender para darles los matices necesarios, y se guía por reglas firmes para indicar los géneros, los números, los tiempos y los modos. Esas cuantas decenas de reglas, que pueden dominarse en un día, bastan para que el esperantista, manipulando su diccionario, escriba y comprenda la lengua universal: puede ponerse en relación con todos los corresponsales que se han procurado la misma clave de relación común. El número de adeptos que han entrado ya en la vía de la realización práctica es bastante considerable para haber modificado algo la estadística postal: transcurridos solamente diez años desde el nacimiento del esperanto, los que lo utilizan en el cambio de cartas pasan ya de 120,000. ¡Cuántas lenguas originales en Africa, en Asia, en América y hasta en Europa, comprenden un número de personas mucho más modesto! Los progresos del esperanto son rápidos y el idioma quizá penetra más en las masas populares que entre las clases superiores, llamadas inteligentes, debido, de una parte, á que el sentimiento de fraternidad internacional tiene su parte en el deseo de emplear una lengua común, sentimiento que se manifiesta principalmente entre los trabajadores socialistas, hostiles á toda idea de guerra, y, de otra, á que el esperanto, más fácil de aprender que cualquiera otra lengua, se ofrece ante todo á los trabajadores que tienen poco tiempo para sus estudios. Nótase, no obstante, que la mayor parte de los intelectuales



ALGUNAS LENGUAS COMERCIALES

1. Chino. — 2. Hindostano. — 3. Arabe. — 4. Italiano. 5. Español. — 6. Francés. — 7. Ruso. — 8. Alemán. — 9. Inglés. — Cerca de las tres quintas partes de la población del globo comprenden al menos una de esas nueve lenguas ó uno de sus dialectos.

en las pequeñas naciones de la Europa sud-occidental, obligadas á volverse hacia la Europa del centro y del Oeste, tratan de adoptar el esperanto, aunque sea muy pobre todavía su bagaje científico, admirados de las naturales ventajas que les ofrece para entrar inmediatamente en relación con la civilización occidental.

Cosa curiosa, esa lengua nueva se utiliza ya ampliamente y funciona como un órgano del pensamiento humano, mientras sus críticos y adversarios repiten aún como una verdad evidente que las lenguas no fueron jamás creaciones artificiales y deben nacer de la vida misma de los pueblos, de su genio íntimo. Lo cierto es que las raíces de todo lenguaje se extraen, en efecto, del fondo primitivo, y el esperanto es, por todo su vocabulario, un nuevo é incontestable ejemplo de ello, pero esas radicales pueden ser matizadas ingeniosamente de la manera más directa, como se ha hecho para todas las artes y todas las ciencias; en este punto no hay excepción: todos los especialistas tienen su lenguaje particular. El inventor del esperanto, y los que, en todos los países del mundo, le han prestado enérgico apoyo, no profesan la ambición de reemplazar las lenguas actuales, con su largo y tan bello pasado de literatura y de filosofía, sino que proponen su aparato de relación común entre las naciones como un simple auxiliar de los idiomas nacionales. Sin embargo, quién sabe si nuestras lenguas cultas, tan nobles en boca de los genios que las han interpretado mejor y han hecho de ellas maravillosos ejercicios de fuerza, de flexibilidad y de encanto, por efecto de la ley del menor esfuerzo, tenderán de parte de aquellos á quienes la escuela haya hecho dueños de dos lenguas, una aprendida de la madre y otra adquirida en el diccionario, á entregarse al uso del idioma más fácil, más regular y más lógico. Como quiera que sea, una revolución tan capital como lo sería la adopción de una lengua universal, no podría realizarse sin producir en la vida de las naciones las más importantes consecuencias en favor de la paz y de un acuerdo consciente.

Todavía más rica en resultados será la revolución de la higiene que actualmente se opera en todos los países cultos del mundo, y aun en ciertas comarcas bárbaras, especialmente en las regiones pantanosas de donde se expulsa el mosquito anofeles, y sobre las

carreteras de los municipios donde se detienen los contagios mundiales como el cólera, la fiebre amarilla y la peste. Esos cambios son principalísimos porque se aplican directamente al conjunto de



Cl. A. Malvaux.

ESCUELAS Y HOSPITALES DE GINEBRA

Los espacios negros indican las escuelas primarias, secundarias, especiales y la universidad; los espacios rayados, los hospitales.

la humanidad como si constituyera un inmenso individuo. La vigilancia de la higiene universal se realiza actualmente á pesar de las fronteras, de las separaciones oficiales entre los hombres. Desde el punto de vista de la represión de las epidemias, la ciencia no dis-

tingue el indígena del extranjero. No repite el precepto de Moisés[1]: «No comáis animales muertos, sino dadlos ó vendedlos á los extranjeros». Sabe ya que la humanidad es solidaria y que las enfermedades se propagan por contagio de individuo á individuo, de ciudad en ciudad, de pueblo á pueblo. Sabe que ha de tratarse cada población y aun el mundo entero como un verdadero organismo y que la salud de los Japoneses, de los Africanos, de los Esquimales, hasta la de las gallinas, las ratas, las vacas, interesa á todos los hombres. Los higienistas de Europa, representados por comisiones de médicos y otros sabios, han intervenido en Djeddah y en la Meca para impedir el nacimiento ó al menos el desarrollo del cólera entre los *hadji* que se agolpan en derredor de la piedra santa; así como también han intervenido en las Indias para estudiar sobre el terreno los focos de la peste, buscar los medios de su curación y circunscribir los límites de extensión del azote; mañana intervendrán en Persia y en Caldea para regular el transporte de los cadáveres á los lugares sagrados de Kerbela y de Nedjef, que deja sobre los caminos de las caravanas un olor de podredumbre. Apenas habrá población donde no se atienda la salud pública por el establecimiento de las cloacas, la conducción de aguas puras, la limpieza de las calles, la incineración ó el tratamiento químico de la basura. Se atiende á hacer lo más conveniente, sea ocupándose de los niños mal alimentados, atacando los grupos de casas malsanas ó de mil maneras diferentes; pero no sin provocar protestas de parte de los «superiores» y de los propietarios. No importa; en este asunto el impulso está dado, y se ha evidenciado que en toda comunidad la salud del más rico está unida á la del más pobre; la ciencia ha activado la evolución de los sentimientos: el más aristócrata de los hombres ha de mostrarse racionalmente solidario ó temer perpetuamente el contagio.

Gracias á métodos científicos, se han rechazado y hasta suprimido en diversos países los terribles azotes, viruela, difteria, tifus y tantas otras pestes negras que antes asolaban periódicamente el mundo. En cuanto hace su aparición una de esas enfermedades, se encuentran inmediatamente los orígenes del mal en los cuarteles, las

[1] Deuteronomio, XIV, 21.

cárceles, los hospitales ó los conventos y se recurre al remedio soberano de la asepsia y de la limpieza, preferible á las procesiones, las peregrinaciones y la flagelación mutua que se imaginaban en otro tiempo con poder suficiente para ahuyentar los espíritus envenenadores. El fuego, excelente medio de desinfección, se empleaba, no para destruir los cadáveres y toda clase de objetos contaminados, sino para quemar desgraciados, sobre todo Judíos, á quienes se acusaba de esparcir las enfermedades infecciosas: durante la gran epidemia del siglo XIV se quemaron dos mil Israelitas en Hamburgo y mil doscientos en Maguncia. Hasta en estos últimos tiempos la ignorancia popular ha tratado siempre de vengarse sobre el enemigo del mal que procedía de la propia incuria.

Se sabe, pues, de qué manera han de combatirse los contagios, es decir, las enfermedades que atacan á la raza entera, y se sabe ampliamente también lo que ha de hacerse para rechazar y suprimir las enfermedades individuales. Sin embargo, no bastan las afirmaciones de la ciencia para que la humanidad se conforme con sus enseñanzas, y hasta ocurre que las pasiones ó los apetitos reaccionan contra ella y el mal se aumenta en proporción directa del conocimiento. Por ejemplo, la acción funesta de los espirituosos ha sido perfectamente evidenciada por los higienistas, y pocos son los alcohólicos inveterados que no reconozcan cuán fundadas son las críticas y las recomendaciones que se les prodigan, pero la victoriosa rutina les pone el vaso en la mano, y le vacían maldiciendo su indigna cobardía. Lo mismo se encuentran fumadores que deploran su sumisión al cigarro ó á la pipa, que comilones que alaban la sobriedad. Se ven muchos médicos que dan mal ejemplo contra sus mismos consejos. De todos modos, bueno es saber la verdad y mostrarla como una enseña sobre las prácticas incoherentes de la vida, saber la vía que ha de seguirse sin haber de pedir á los biólogos la claridad definitiva sobre todo lo referente á la alimentación, á las enfermedades y á la salud.

Pero el gran manantial de las enfermedades, como es sabido, pertenece al género de los que se quieren tener abiertos siempre: es la desigualdad social. La causa económica de la riqueza y de la miseria coincide exactamente con la de la vida y la muerte. Los estadísticos

tingue el indígena del extranjero. No repite el precepto de Moisés[1]: «No comáis animales muertos, sino dadlos ó vendedlos á los extranjeros». Sabe ya que la humanidad es solidaria y que las enfermedades se propagan por contagio de individuo á individuo, de ciudad en ciudad, de pueblo á pueblo. Sabe que ha de tratarse cada población y aun el mundo entero como un verdadero organismo y que la salud de los Japoneses, de los Africanos, de los Esquimales, hasta la de las gallinas, las ratas, las vacas, interesa á todos los hombres. Los higienistas de Europa, representados por comisiones de médicos y otros sabios, han intervenido en Djeddah y en la Meca para impedir el nacimiento ó al menos el desarrollo del cólera entre los *hadji* que se agolpan en derredor de la piedra santa; así como también han intervenido en las Indias para estudiar sobre el terreno los focos de la peste, buscar los medios de su curación y circunscribir los límites de extensión del azote; mañana intervendrán en Persia y en Caldea para regular el transporte de los cadáveres á los lugares sagrados de Kerbela y de Nedjef, que deja sobre los caminos de las caravanas un olor de podredumbre. Apenas habrá población donde no se atienda la salud pública por el establecimiento de las cloacas, la conducción de aguas puras, la limpieza de las calles, la incineración ó el tratamiento químico de la basura. Se atiende á hacer lo más conveniente, sea ocupándose de los niños mal alimentados, atacando los grupos de casas malsanas ó de mil maneras diferentes; pero no sin provocar protestas de parte de los «superiores» y de los propietarios. No importa; en este asunto el impulso está dado, y se ha evidenciado que en toda comunidad la salud del más rico está unida á la del más pobre; la ciencia ha activado la evolución de los sentimientos: el más aristócrata de los hombres ha de mostrarse racionalmente solidario ó temer perpetuamente el contagio.

Gracias á métodos científicos, se han rechazado y hasta suprimido en diversos países los terribles azotes, viruela, difteria, tifus y tantas otras pestes negras que antes asolaban periódicamente el mundo. En cuanto hace su aparición una de esas enfermedades, se encuentran inmediatamente los orígenes del mal en los cuarteles, las

[1] Deuteronomio, XIV, 21.

cárceles, los hospitales ó los conventos y se recurre al remedio soberano de la asepsia y de la limpieza, preferible á las procesiones, las peregrinaciones y la flagelación mutua que se imaginaban en otro tiempo con poder suficiente para ahuyentar los espíritus envenenadores. El fuego, excelente medio de desinfección, se empleaba, no para destruir los cadáveres y toda clase de objetos contaminados, sino para quemar desgraciados, sobre todo Judíos, á quienes se acusaba de esparcir las enfermedades infecciosas: durante la gran epidemia del siglo XIV se quemaron dos mil Israelitas en Hamburgo y mil doscientos en Maguncia. Hasta en estos últimos tiempos la ignorancia popular ha tratado siempre de vengarse sobre el enemigo del mal que procedía de la propia incuria.

Se sabe, pues, de qué manera han de combatirse los contagios, es decir, las enfermedades que atacan á la raza entera, y se sabe ampliamente también lo que ha de hacerse para rechazar y suprimir las enfermedades individuales. Sin embargo, no bastan las afirmaciones de la ciencia para que la humanidad se conforme con sus enseñanzas, y hasta ocurre que las pasiones ó los apetitos reaccionan contra ella y el mal se aumenta en proporción directa del conocimiento. Por ejemplo, la acción funesta de los espirituosos ha sido perfectamente evidenciada por los higienistas, y pocos son los alcohólicos inveterados que no reconozcan cuán fundadas son las críticas y las recomendaciones que se les prodigan, pero la victoriosa rutina les pone el vaso en la mano, y le vacían maldiciendo su indigna cobardía. Lo mismo se encuentran fumadores que deploran su sumisión al cigarro ó á la pipa, que comilones que alaban la sobriedad. Se ven muchos médicos que dan mal ejemplo contra sus mismos consejos. De todos modos, bueno es saber la verdad y mostrarla como una enseña sobre las prácticas incoherentes de la vida, saber la vía que ha de seguirse sin haber de pedir á los biólogos la claridad definitiva sobre todo lo referente á la alimentación, á las enfermedades y á la salud.

Pero el gran manantial de las enfermedades, como es sabido, pertenece al género de los que se quieren tener abiertos siempre: es la desigualdad social. La causa económica de la riqueza y de la miseria coincide exactamente con la de la vida y la muerte. Los estadísticos

han formado en cada centro urbano el triste cuadro de la mortalidad según el estado de fortuna de las clases: la proporción varía del sencillo al doble, al triple, al séxtuplo. Aquí los pastores que predican la resignación á los humildes de sus rebaños; allá el rebaño mismo que marcha en multitud como al matadero. Las gentes de la clase rica sobreviven á las condiciones más contrarias á una buena salud;



Cl. de la Ruche.

LA PARTIDA PARA LA SIEGA EN UNA ESCUELA LIBERTARIA

resisten á la demasiada buena comida, á las veladas largas, al noctambulismo, á las enfermedades de la orgía: los cuidados, los viajes, el aire puro, el reposo y el trabajo atractivo los repone y les permite llegar á la vejez. Las gentes de la clase mísera, por el contrario, están expuestas á todos los riesgos de la muerte, sobre todo al principio de la existencia: el primer año se lleva siempre una parte considerable, después cuando se han adaptado al medio de la incomodidad, de la mala alimentación, de la higiene al revés, sucumben muchos á las enfermedades que pasan felizmente aquellos á quienes el bienestar ha hecho menos vulnerables; los contagios ordinarios, y el más temible de todos por sus efectos, la tuberculosis,

causan con predilección sus víctimas en las falanges de la indigencia. Además, contra los pobres se ceba con más energía la casta de los curadores de toda clase, con patente ó sin ella, médicos, cirujanos, curanderos, charlatanes, que tienen interés directo en perpetuar la enfermedad, en crearla, en caso necesario. En el actual estado social, es siempre peligrosa la existencia de una contradicción entre



Cl. de l'Avenir Social.

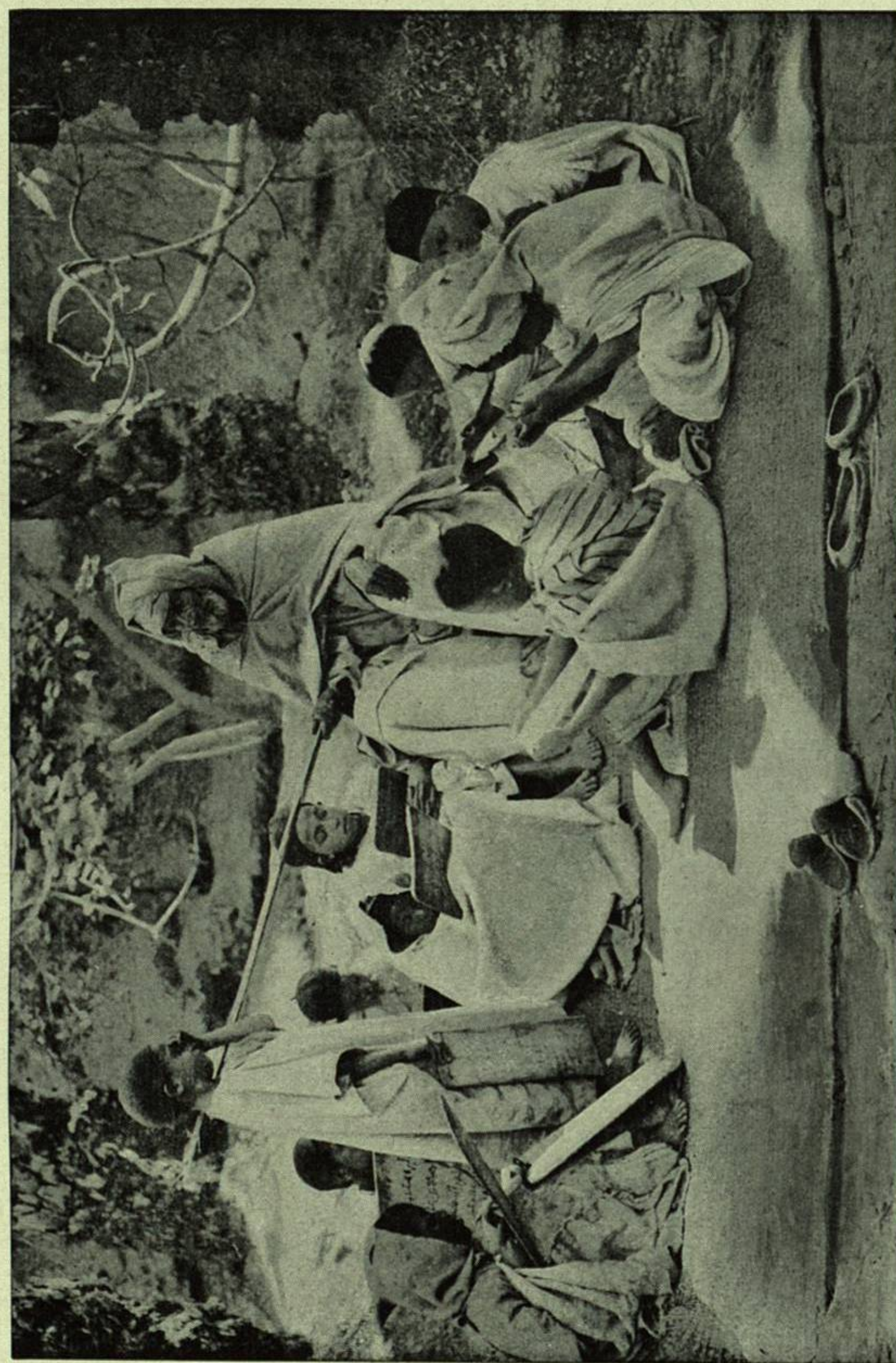
LECCIÓN DE LECTURA EN UNA ESCUELA LIBERTARIA

el deber y el medio profesional de ganarse el pan. Colocándose en las condiciones económicas y morales que el antagonismo de los intereses produce en la sociedad, no puede censurarse al médico ni al farmacéutico que sueñan con epidemias y enfermedades. Para la realización de una verdadera higiene pública se necesita una moral superior que puede nacer solamente de un desplazamiento del eje social en la humanidad.

Una de las cuestiones capitales en el porvenir es el cultivo de los hombres, que nacen ahora casi todos al azar y se desarrollan en virtud de las circunstancias buenas ó malas: de riqueza ó de miseria, cuando lo necesario es asegurar generaciones sucesivas de hombres todos sanos, fuertes, hábiles, inteligentes y bellos. No hay razón para decir que eso es pedir lo imposible, puesto que los

jardineros, en sus maravillosos experimentos, han cambiado á su gusto las formas, los colores, la altura, el aspecto y las costumbres de plantas numerosísimas; puesto que los criadores de animales han creado razas por los cruzamientos, determinando muchísimas variedades de animales de que sólo se conocían uno ó dos tipos; puesto que manos impías de propietarios de esclavos han acoplado negros y negras para obtener á voluntad sujetos de biceps ó de pectorales más ó menos desarrollados. ¿No se ha visto á Federico Guillermo I de Prusia mandar que se efectúen matrimonios entre hombres altos y arrogantes y mujeres vigorosas para obtener granaderos escogidos para los ángulos de sus regimientos?

Á ejemplo del monarca famoso, ciertos reformadores autoritarios han propuesto la gerencia del Estado, su intervención directa en todas las uniones, como el medio de asegurar á la humanidad futura la mayor suma asequible de fuerza, de longevidad, de cualidades físicas y morales. No es ciertamente imposible en una sociedad como la nuestra — que sostiene todavía principios absolutos «por la gracia de Dios», y que ve al mismo tiempo desarrollarse la ciencia en toda la magnificencia de sus descubrimientos, — que haya soberanos y hasta partidos que se consideran «científicos» que tengan la audacia de intervenir en las relaciones naturales entre el hombre y la mujer, ejerciendo á su vez ese derecho de intervención en el matrimonio que practicaban en tiempos pasados casi todos los padres en virtud del derecho de propiedad sobre sus hijos; es hasta probable que se hagan tentativas en este sentido, porque en el gran trabajo de experimentación que representa la historia, todo se ha ensayado sucesivamente, todas las combinaciones se reproducen de una manera imprevista; pero de antemano puede predecirse el más lamentable fracaso á los que, colocándose insolentemente sobre las leyes naturales de la afinidad espontánea de los sexos, trataran de crear un género humano á su estampilla. Su mismo éxito sería el mayor de los desastres, porque entonces esos hombres que fabricarían los soberanos no serían ya hombres, serían esclavos con las «cualidades» del esclavo, es decir, seres satisfechos de su envilecimiento, que aceptarían su degradación resignadamente y estarían cada vez más desprovistos de fuerza y de



Cl. P. Nyst.

LA ESCUELA AL AIRE LIBRE, EN EL SAHARA

iniciativa. Así fué como los Faraones, ayudados por ministros del temple de un José, crearon una raza de pacientes labradores que formaban un mismo instrumento agrícola con el buey que camina lentamente arrastrando el arado. Los Peruanos bajo el régimen de los Incas, los Guaranis bajo el apostolado de los Jesuítas, tales son los tipos que se intentaría reproducir según un modelo cuyo relieve se iría borrando poco á poco. ¡Cuántas veces se ha ejercido la intervención de los curas y de los poderosos en ese sentido, reprobando siempre con insistencia las uniones de las bellas jóvenes con los «malas cabezas»; cuántas veces los padres, en desacuerdo con el deseo de casarse manifestado por sus hijos, han preferido la «posición» á la robustez y á la belleza; cuántos suicidios y cuántos crímenes han causado esas intervenciones!

En esta cuestión capital de la dirección científica que ha de darse á los cruzamientos, respetando de una manera absoluta la libre elección de los cónyuges, habrá de comenzarse nuevamente la lucha de poder y de igualdad que, sobre todos los demás puntos, divide á los hombres. Cada mejora parcial que dicta la ciencia, se encuentra bruscamente detenida en sus esfuerzos por la interposición de las condiciones de desigualdad social entre el ideal y su realización posible. Si se trata, por ejemplo, del más esencial de todos los progresos, del que ha de asegurar la salud y la duración de la existencia á todos los recién nacidos, la historia natural, la higiene y la terapéutica nos han dado todos los informes deseables, y sabemos perfectamente cómo ha de procederse para acomodar los niños á su medio en toda comarca y en cada estación; se sabe también lo que ha de hacerse para aceptar los retos de la Naturaleza haciendo vivir los nacidos antes de término, objetos informes cuya cualidad humana sólo es reconocida por el anatómico y la nodriza. El higienista enseña á aumentar de día en día y de hora en hora las probabilidades del individuo naciente en su trabajo por la existencia; sabe en general cómo ha de obrar ante cada problema médico ó quirúrgico, pero no ignora las desigualdades de la fortuna, y sólo lucha en beneficio de los hijos de los privilegiados. Sería convertirse en revolucionario no tener en cuenta los derechos sacrosantos del capital, aun en ese problema por excelencia de la

conservación de la especie humana. El médico no puede separar á la madre del género de ocupación que le impone la economía contemporánea, ¿y qué ha de hacer si la madre, á causa de su trabajo, se ve obligada á separarse de sus hijos, de enviarlos á casas mercenarias, donde los cuidados que se les den bajo la vigilancia de funcionarios indiferentes, corren el riesgo de ser completamente ilusorios?

Lo mismo sucede con todas las demás mejoras soñadas ó intentadas por los hombres de buena voluntad que se interesan más especialmente en tal ó cual de las cuestiones relativas al progreso social. Los higienistas no tienen duda alguna respecto á los venenos que vician la sangre de los hombres: alcohol, tabaco, morfina, opio. La claridad es grande sobre el asunto, pero es también evidente que los presupuestos nacionales y locales, lo mismo que los beneficios de los productores y comerciantes se aumentan en grande, favoreciendo el vicio. No se verán, pues, poderes constituídos que tengan la audacia de condenar abiertamente el mal. Todo se reduce á tratar teóricamente cuestiones relativas al trabajo ó á la educación, á aceptar lo que dicen los higienistas acerca de la necesidad de respirar aire puro, de alternar los trabajos de fuerza física y de investigación intelectual, de suministrar á cada hombre una alimentación variada y abundante, de no forzar las vocaciones ni los músculos, de conceder gran reposo bien ganado á aquellos á quienes ha fatigado el exceso del trabajo; ¿pero qué importa una ciencia cuyos principios no se osan aplicar porque en las fábricas se necesitan músculos humanos á cambio de jornales de hambre, y porque los padres tienen prisa por que sus hijos se dediquen á una profesión, si no bien remunerada, á lo menos suficiente para las necesidades inmediatas de la familia? ¿Y la prostitución? Como régimen dependiente del Estado, del que hasta se beneficia por los tributos que la impone, semejante institución no puede hallar más que defensores vergonzantes, si se exceptúan los jefes militares que cuidan de que no falten casas públicas al lado de los cuarteles. ¿Y cómo evitar las matanzas perpetradas de tiempo en tiempo por las compañías de ferrocarriles? No hay duda que ocurren casos fortuitos inaccesibles á toda previsión humana, pero en más de un accidente el «dividendo» es el culpable. Las compañías conocen los aparatos

de preservación, pero son caros; tampoco ignoran que un personal numeroso, dispuesto siempre, es indispensable para evitar los choques, pero los hombres se pagan, y saben también que si las responsabilidades recayeran sobre los poderosos tomarían un carácter mucho más serio que las duras penas impuestas al azar sobre un guarda-agujas ó sobre un fogonero rendidos de fatiga.



Cl. Colec. Ideal P. S.

LA PUNTA PESCADE, CERCA DE ARGEL, Y SU FUERTE

Esos inconvenientes, por otra parte, no disminuyen los grandes beneficios á cuya consecución obedece toda la combinación de la empresa.

Así siempre y en todas partes, en toda obra de justicia y solidaridad humana se tropieza con supervivencias que no cederán seguramente á las exhortaciones de los que saben y se limitan á predicar con fervor; no cederán más que á la fuerza. Los que unen el poder al saber intervendrán sin duda antes que todos esos males desaparezcan por sí mismos. No bastará dictar leyes ni delegar el poder popular para destruir todas las instituciones malas; el movimiento histórico traerá seguramente sobre la escena revolucionarios que pondrán la mano al servicio de sus ideas, demoliendo cuarteles y lupanares, casillas de consumos y aduanas, cuartelillos

conservación de la especie humana. El médico no puede separar á la madre del género de ocupación que le impone la economía contemporánea, ¿y qué ha de hacer si la madre, á causa de su trabajo, se ve obligada á separarse de sus hijos, de enviarlos á casas mercenarias, donde los cuidados que se les den bajo la vigilancia de funcionarios indiferentes, corren el riesgo de ser completamente ilusorios?

Lo mismo sucede con todas las demás mejoras soñadas ó intentadas por los hombres de buena voluntad que se interesan más especialmente en tal ó cual de las cuestiones relativas al progreso social. Los higienistas no tienen duda alguna respecto á los venenos que vician la sangre de los hombres: alcohol, tabaco, morfina, opio. La claridad es grande sobre el asunto, pero es también evidente que los presupuestos nacionales y locales, lo mismo que los beneficios de los productores y comerciantes se aumentan en grande, favoreciendo el vicio. No se verán, pues, poderes constituídos que tengan la audacia de condenar abiertamente el mal. Todo se reduce á tratar teóricamente cuestiones relativas al trabajo ó á la educación, á aceptar lo que dicen los higienistas acerca de la necesidad de respirar aire puro, de alternar los trabajos de fuerza física y de investigación intelectual, de suministrar á cada hombre una alimentación variada y abundante, de no forzar las vocaciones ni los músculos, de conceder gran reposo bien ganado á aquellos á quienes ha fatigado el exceso del trabajo; ¿pero qué importa una ciencia cuyos principios no se osan aplicar porque en las fábricas se necesitan músculos humanos á cambio de jornales de hambre, y porque los padres tienen prisa por que sus hijos se dediquen á una profesión, si no bien remunerada, á lo menos suficiente para las necesidades inmediatas de la familia? ¿Y la prostitución? Como régimen dependiente del Estado, del que hasta se beneficia por los tributos que la impone, semejante institución no puede hallar más que defensores vergonzantes, si se exceptúan los jefes militares que cuidan de que no falten casas públicas al lado de los cuarteles. ¿Y cómo evitar las matanzas perpetradas de tiempo en tiempo por las compañías de ferrocarriles? No hay duda que ocurren casos fortuitos inaccesibles á toda previsión humana, pero en más de un accidente el «dividendo» es el culpable. Las compañías conocen los aparatos

de preservación, pero son caros; tampoco ignoran que un personal numeroso, dispuesto siempre, es indispensable para evitar los choques, pero los hombres se pagan, y saben también que si las responsabilidades recayeran sobre los poderosos tomarían un carácter mucho más serio que las duras penas impuestas al azar sobre un guarda-agujas ó sobre un fogonero rendidos de fatiga.



Cl. Colec. Ideal P. S.

LA PUNTA PESCADE, CERCA DE ARGEL, Y SU FUERTE

Esos inconvenientes, por otra parte, no disminuyen los grandes beneficios á cuya consecución obedece toda la combinación de la empresa.

Así siempre y en todas partes, en toda obra de justicia y solidaridad humana se tropieza con supervivencias que no cederán seguramente á las exhortaciones de los que saben y se limitan á predicar con fervor; no cederán más que á la fuerza. Los que unen el poder al saber intervendrán sin duda antes que todos esos males desaparezcan por sí mismos. No bastará dictar leyes ni delegar el poder popular para destruir todas las instituciones malas; el movimiento histórico traerá seguramente sobre la escena revolucionarios que pondrán la mano al servicio de sus ideas, demoliendo cuarteles y lupanares, casillas de consumos y aduanas, cuartelillos

de gendarmes, cárceles y presidios. De lo contrario, á pesar de cuanto se haga, esas barracas y esos monumentos serán siempre habitados y, conservando su carácter social de focos parasitarios, permanecerán como tantas otras úlceras sobre el cuerpo enfermo. Mientras no interviene la sanción de un hecho brutal, las decisiones legales resultan vanas. Hay fortaleza abandonada, desarmada, desguarnecida, hasta sin conserje, y no deja de ser un lugar prohibido, cuyos muros están defendidos por la prisión y por las multas. Muchas veces han sido suprimidas las subprefecturas por acto legislativo como otras tantas vergonzosas agencias electorales, pero á pesar de todo las subprefecturas funcionan todavía, con perjuicio de la moral y de la hacienda pública. La opinión prepara revoluciones: la voluntad firme, absoluta, las realiza.



Cl. P. Sellier.

ESCULTURA PREHISTÓRICA
BUSTO DE MUJER EN DIENTE DE CABALLO
Mas de Azil. — Tamaño doble.

La parte de la educación que ha de dar por resultado las grandes transformaciones estéticas, es aún mucho más delicada que la educación científica, porque es menos directa, y su elaboración, completamente personal, es infinitamente más matizada.

La impresión de la belleza precede al sentido de la clasificación y del orden: viene antes que la ciencia. El niño se alegra cuando tiene en su mano un objeto luminoso, de color brillante y sonido argentino; goza deliciosamente de la música, de los colores y de los sonidos, y hasta pasado cierto tiempo no trata de conocer el

cómo y el por qué de su juguete: le mira y le manipula mucho antes de desmontarle para conocerle bien. Asimismo sus padres



Cl. J. Kuhn, Paris.

EL PENSADOR, POR A. RODIN

contemplan con una especie de adoración, con transporte, al hijo que les ha nacido, y sólo en segundo lugar les acude la idea de educar al ser maravilloso que admiran [1]. Así se pasa del arte á la

[1] Patrick Geddes, *Summer Meeting at Edinburgh*, 4 Agosto 1896.

ciencia; después cuando se han comprendido las cosas que nos rodean, cuando la ciencia ha explicado todo, volvemos al arte para admirar todavía, y hacer, si es posible, que penetre la alegría en nuestra vida.

Pero no es artista todo el que quiere, y el que pretende serlo por el estudio servil de los maestros, por la medida y la reproducción precisa de las líneas trazadas por otros, por la observación rigurosa de las reglas anteriormente adoptadas, no pasará de pobre copista, generador de decadencia y de muerte. La primera regla del arte, como de toda virtud, consiste en ser sincero, espontáneo, personal (Ruskin); pero, tan mala ha sido nuestra educación, que por un sentimiento de servil imitación, las multitudes — ¡ y cuántos hombres instruídos y cultos pertenecen todavía á la simple multitud ! — se sienten arrastradas á considerar como perteneciendo al número de las cosas bellas por excelencia, muchas obras que no son más que agregados de piedras debidos al capricho de algún déspota y pagados por innumerables vidas de esclavos. Verdad es que toda obra humana es, en sus efectos, como en sus causas, de naturaleza tan compleja, que lo bello puede mezclarse con lo mediano y aun con lo feo; sin embargo, para darse cuenta exacta de los trabajos humanos, preciso es distinguir en ellos los elementos diversos y pronunciarse especialmente sobre cada uno de ellos. Las pirámides, por ejemplo, en concepto arquitectónico, no son más que un simple modelo de geometría sin más valor que los poliedros de cartón que construyen los escolares; mas, por su masa prodigiosa, aquellos «tres montes elevados por el hombre, que á lo lejos penetran en los cielos» han dejado de ser en apariencia obras humanas, y se convierten en parte inseparable del paisaje, como las sinuosidades del río y las arenas del desierto. Además, se ve levantarse en aquellas pirámides como un período de la humanidad: el pensamiento evoca todo el pueblo de los constructores y, por una simpatía inconsciente, personifica los millones de desgraciados en el enorme montón de piedras bajo el cual murieron penando. Tiénese á la vista un espectáculo de la Naturaleza, recíbese una profunda impresión de la historia, pero toda idea de arte queda completamente extraña á la vista de las pirámides.

Prodúcese más fácilmente una admiración irreflexiva cuando las obras arquitectónicas unen á formas colosales algunos rasgos realmente artísticos. Cuando Sesostris, locamente prendado de su pobre persona, cubrió el mundo egipcio con sus enormes efigies, el sentido de lo bello no había sido todavía suprimido completamente por la servidumbre universal, y por lo menos los colosos del Faraón, sus templos de proporciones gigantescas, han guardado, á pesar de su exageración y su falta de espontaneidad, algunas de las cualidades legadas por la edad precedente. Asimismo, en las épocas en que los soberanos, césares ó «Reyes Sol», hacían converger á la glorificación de su individuo todas las energías artísticas del siglo, las generaciones anteriores habían contribuído sin saberlo á la obra de adoración real, pero su premio consistía en una decadencia inevitable de las generaciones siguientes. Sin embargo, la bajeza atrae á la bajeza, y de siglo en siglo, los príncipes que mataron el arte por su vanidad, á fin de concentrar todos los rayos en su aureola, tienen todavía sus cortesanos; pero esa turba disminuye: cada vez prevalece más el sentimiento expresado por los críticos verdaderamente humanos: «En la época de Sesostris el arte se vuelve espantoso[1]... No sólo se siente humillado por la inmensidad de esas obras, sino que la ejecución no puede comprenderse más que por la esclavitud de los hombres... Quiero que las artes expresen el bien de la especie humana».

Á lo menos expresa la libertad. Cuando el hombre trabaja libremente, y puede dedicarse alegremente á su obra, persiguiendo su quimera, quizá alcanzará la felicidad de realizarla ó á lo menos hallará la originalidad personal que hará de él un individuo distinto en la sucesión de los hombres. Si no tiene el goce tranquilo de la libertad en la paz, que tenga á lo menos la libertad relativa que se halla en el combate: son también grandes épocas aquellas en que se puede luchar por su ideal, defender con una mano el tesoro que se lleva en la otra. A veces también el artista puede crearse una vida completamente aparte. El mundo oficial se le aparta, el fárrago de las cosas insignificantes se agita en su rededor; pero

[1] Ch. Lenormant, citado por Fr. Lenormant, *Les Premières Civilisations.*

él lo ignora todo y sigue en regiones misteriosas el llamamiento de su genio. Beethoven es sordo, pero desarrolla en los campos del espacio grandes ríos de armonía. Por lo demás, la floración del genio individual depende de tantos elementos, de tantas combinaciones infinitas, que suele suceder que se desarrolle en un medio completamente extraño en apariencia, que sin embargo tiene recursos ocultos, tesoros de fuerza de que la tiranía no había podido apoderarse. Así pudo erigirse la admirable iglesia que descubrió Stevenson en una aldea despoblada de las Marquesas, en Hatiheu, en la isla Nukahiva. El hermano lego que la construyó hace algunos años se manifestó escultor original y supo producir un conjunto verdaderamente notable [1]. Es indudable que la obra artística de Michel Blanch no hubiera podido florecer en la metrópoli, bajo la influencia de sus superiores y de la burocracia con diploma. Del mismo modo, gracias á la libertad infinita de los viajes en el mundo musulmán, un Saadi pudo ponerse frente á Mahmoud el Ghaznevide; así también el impulso heroico de los descubrimientos y de las conquistas dió vida á un Cervantes, á un Lope de Vega, á un Calderón, á pesar de la inmensa tiranía de la Inquisición; después, en la frivolidad de las cortes, se vió prosperar á Rubens y su escuela, con su belleza robusta y brillante, su riqueza sin pensamiento y sin filosofía» [2]. Por último, hay entre los artistas cierto número de hombres que saben luchar siempre y en todas partes, crecer á pesar de todo como árboles que se retuercen al viento del mar, y que,

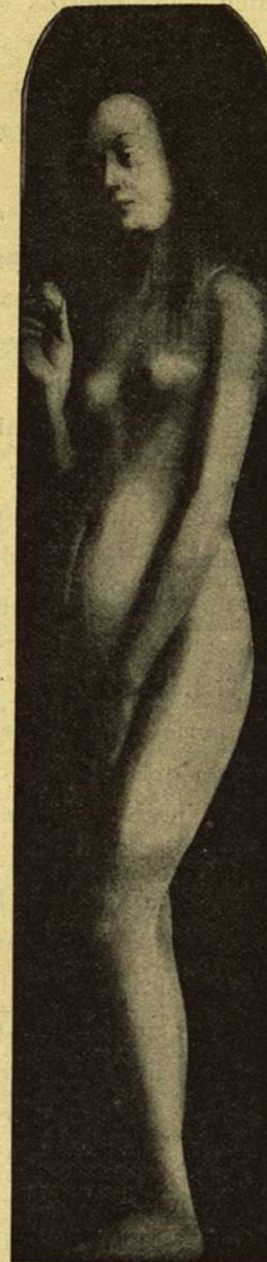


ADÁN
por los hermanos Van Eyck, Hubert, 1370-1426.
(Real Museo de Bruselas.)

[1] R. L. Stevenson, *In the South Seas*, I, p. 97.
[2] Guillaume de Greef, *Introduction à la Sociologie*, 2.ª parte, p. 173.

en la crisis final, miran frente á frente á sus adversarios, como Bernard Palissy, diciendo: «¡Sé morir!»

La tiranía material de los señores y de las castas no es la única que impide completamente ó al menos retarda el desarrollo del arte; la pesada opresión de una opinión pública ininteligente produce el mismo resultado. El mal causado por la hipocresía religiosa y moral que domina en los países anglo-sajones bajo el nombre de *cant*, es verdaderamente incalculable. Miles de autores y de artistas que no habían de temer el «brazo secular» se callaban, no obstante, con una discreción respetuosa, cuando, por el asunto, hubieran debido tocar problemas que no han sido declarados libres por la opinión todopoderosa. Sabido es que hombres de gran inteligencia, como Byron y Shelley, trataron en vano de hacerse tolerar por su patria, Inglaterra, y uno y otro murieron en el extranjero. También en país inglés, la literatura y la pintura llamadas *convenables*, hasta una época reciente, se vieron obligadas á ignorar completamente la vida sexual, fuera de los impulsos del alma y del lado puramente espiritual del amor: parecía que el hombre fuera un ser sin cuerpo, una simple llama, una luz, un duende. A este respecto, la sociedad moderna, sometida siempre á esta vergüenza, á esta maldición de la carne que había pronunciado el cristianismo, es todavía singularmente inferior á la noble Hélade, que respetaba y divinizaba las formas humanas.



EVA
por los hermanos Van Eyck, Jean, 1390-1440.
(Real Museo de Bruselas.)

El renacimiento de un arte escultural, no idéntico, sino de igual valor al de los Griegos, no es concebible durante el largo transcurso que la moda y las convenciones de una falsa moral impusieron á los

hombres y á las mujeres sus trajes, contrarios á la vez al libre crecimiento del cuerpo, á su desarrollo higiénico y al fructífero estudio de los artistas. No se puede ser escultor sino después de haber contemplado las formas en su infinita variedad, después de haber comprendido por un largo hábito el juego flexible de los músculos y la sucesión rítmica de los movimientos, después de haber descubierto la unidad de la persona humana, el lazo secreto que existe entre el modelado de cada una de las partes del cuerpo y el carácter moral de la individualidad creada por la imaginación artística. Todavía es necesario que esta apreciación de los cuerpos, viviendo en la plenitud de su vida, se haga en condiciones de libertad completa, no por una serie de sorpresas ni en el taller, donde personas habituadas á posturas convencionales se venden á tanto por sesión. ¿Puede hacerse verdadero arte reproduciendo los contornos de «modelos» conscientes del sentimiento de oprobio que las tradiciones y el medio dedican á su ocupación y que, por efecto de esa hostilidad, han adquirido una mentalidad especial? La desnudez no puede ser perfectamente bella sino cuando el ser humano es ignorante del mal, ó cuando, por un perfecto y noble conocimiento de las cosas, se ha elevado á la pureza del alma y de la vida. Unicamente una profunda evolución moral, procedente de un completo cambio del medio, podrá dar á los hombres esta nueva libertad.

La cuestión de los vestidos y de la desnudez es ciertamente la que tiene más importancia á la vez desde el punto de vista de la salud física, del arte y de la salud moral: es, pues, necesario precisar lo que se piensa á este respecto, porque ha llegado el tiempo en que no se ha de retroceder ante ninguna discusión. Es esta una conquista reciente de la libertad humana: hace pocos años se hubiera rechazado de antemano como atentatoria á la moral toda proposición encaminada á que pudiera ser negada la necesidad del vestido. Bajo la influencia de esta idea de origen inmemorial, consagrada por la religión, indiscutible para la moral, se había llegado á creer en la sociedad actual, llamada civilizada, que la «decencia» se halla en los diferentes pueblos en proporción directa con los vestidos. La dama elegante afecta no ver siquiera al que va descalzo; las manos, que son por excelencia los órganos de la acción, los ejecutores del pensamiento, se revisten frecuentemente con guantes; la mayoría de las mujeres cristianas no obligadas al trabajo físico se velan el rostro, á la manera de las mahometanas, sin ser compelidas por más tirano que por la moda; ni la cabeza se muestra libremente, una niebla de tul ó de encaje se interpone entre la mirada y la naturaleza; hasta las motitas negras ó rojas bordadas en el velo parecen manchar intencionadamente los ojos y las mejillas. Los convencionalismos lo quieren así, como también en otras circunstancias las costumbres de la sociedad exigen que la mujer ostente descubiertos el pecho y la espalda. Á la entrada de Carlos V en su buena ciudad de Amberes, las damas de las más nobles familias se disputaban el honor de presentarse desnudas en el cortejo del soberano, lo mismo que en tiempo del Directorio usaban telas transparentes para satisfacer las exigencias del buen tono. Sin embargo, preciso es reconocer que la religión y la moral oficiales no aprueban esas desviaciones de las costumbres y se acomodan mucho mejor con los vestidos tradicionales que, en ciertos países como el Tirol y la Bretaña, cubren absolutamente el cuerpo é impiden reconocer la forma. Tal era el objetivo de la «Santa Iglesia», que veía en la mujer la mayor incitadora al pecado.

En el fondo se trata de saber cuál es, entre el desnudo y el vestido, lo más sano para el desarrollo armónico del hombre en lo físico y en lo moral. En cuanto al primer caso no hay la menor duda: para los higienistas es cosa ya juzgada la desnudez; no es dudoso que la piel adquiere su vitalidad y su actividad naturales cuando se halla libremente expuesta al aire, á la luz y á los fenómenos cambiantes del exterior; no se dificulta la transpiración; las funciones del órgano se realizan todas; flexible y firme á la vez, no palidece ya como una planta aislada privada de luz. Los experimentos hechos sobre los animales han probado también que cuando se substrae la piel á la acción de la luz, disminuyen los glóbulos rojos lo mismo que la proporción de hemoglobina; es decir, la vida se hace menos activa y menos intensa [1]. He ahí una demostración de que los pro-

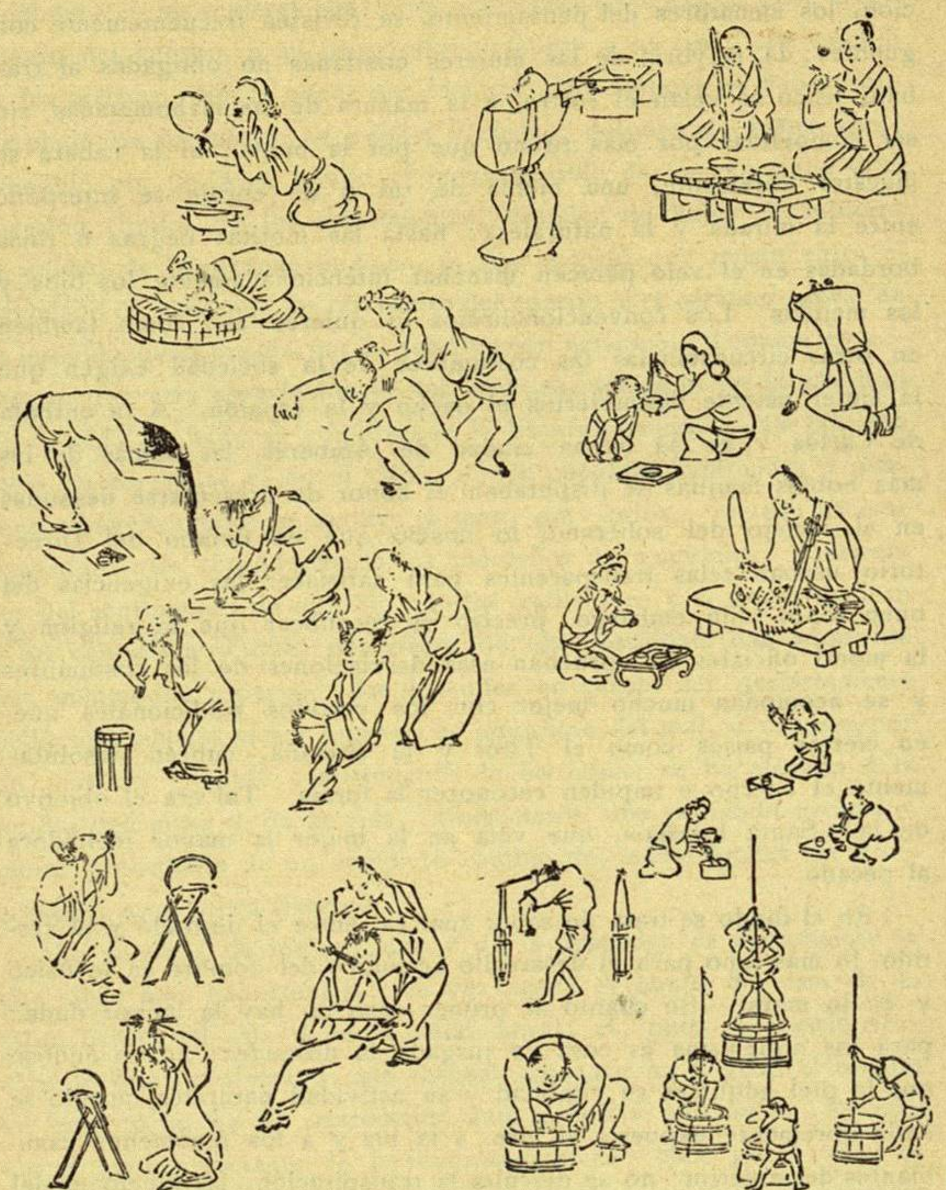
[1] Kronecker y Marti, *Archives italiennes de biologie*, t. XXVII, p. 333.

hombres y á las mujeres sus trajes, contrarios á la vez al libre crecimiento del cuerpo, á su desarrollo higiénico y al fructífero estudio de los artistas. No se puede ser escultor sino después de haber contemplado las formas en su infinita variedad, después de haber comprendido por un largo hábito el juego flexible de los músculos y la sucesión rítmica de los movimientos, después de haber descubierto la unidad de la persona humana, el lazo secreto que existe entre el modelado de cada una de las partes del cuerpo y el carácter moral de la individualidad creada por la imaginación artística. Todavía es necesario que esta apreciación de los cuerpos, viviendo en la plenitud de su vida, se haga en condiciones de libertad completa, no por una serie de sorpresas ni en el taller, donde personas habituadas á posturas convencionales se venden á tanto por sesión. ¿Puede hacerse verdadero arte reproduciendo los contornos de «modelos» conscientes del sentimiento de oprobio que las tradiciones y el medio dedican á su ocupación y que, por efecto de esa hostilidad, han adquirido una mentalidad especial? La desnudez no puede ser perfectamente bella sino cuando el ser humano es ignorante del mal, ó cuando, por un perfecto y noble conocimiento de las cosas, se ha elevado á la pureza del alma y de la vida. Unicamente una profunda evolución moral, procedente de un completo cambio del medio, podrá dar á los hombres esta nueva libertad.

La cuestión de los vestidos y de la desnudez es ciertamente la que tiene más importancia á la vez desde el punto de vista de la salud física, del arte y de la salud moral: es, pues, necesario precisar lo que se piensa á este respecto, porque ha llegado el tiempo en que no se ha de retroceder ante ninguna discusión. Es esta una conquista reciente de la libertad humana: hace pocos años se hubiera rechazado de antemano como atentatoria á la moral toda proposición encaminada á que pudiera ser negada la necesidad del vestido. Bajo la influencia de esta idea de origen inmemorial, consagrada por la religión, indiscutible para la moral, se había llegado á creer en la sociedad actual, llamada civilizada, que la «decencia» se halla en los diferentes pueblos en proporción directa con los vestidos. La dama elegante afecta no ver siquiera al que va descalzo; las manos, que son por excelencia los órganos de la acción, los ejecutores del pensamiento, se revisten frecuentemente con guantes; la mayoría de las mujeres cristianas no obligadas al trabajo físico se velan el rostro, á la manera de las mahometanas, sin ser compelidas por más tirano que por la moda; ni la cabeza se muestra libremente, una niebla de tul ó de encaje se interpone entre la mirada y la naturaleza; hasta las motitas negras ó rojas bordadas en el velo parecen manchar intencionadamente los ojos y las mejillas. Los convencionalismos lo quieren así, como también en otras circunstancias las costumbres de la sociedad exigen que la mujer ostente descubiertos el pecho y la espalda. Á la entrada de Carlos V en su buena ciudad de Amberes, las damas de las más nobles familias se disputaban el honor de presentarse desnudas en el cortejo del soberano, lo mismo que en tiempo del Directorio usaban telas transparentes para satisfacer las exigencias del buen tono. Sin embargo, preciso es reconocer que la religión y la moral oficiales no aprueban esas desviaciones de las costumbres y se acomodan mucho mejor con los vestidos tradicionales que, en ciertos países como el Tirol y la Bretaña, cubren absolutamente el cuerpo é impiden reconocer la forma. Tal era el objetivo de la «Santa Iglesia», que veía en la mujer la mayor incitadora al pecado.

En el fondo se trata de saber cuál es, entre el desnudo y el vestido, lo más sano para el desarrollo armónico del hombre en lo físico y en lo moral. En cuanto al primer caso no hay la menor duda: para los higienistas es cosa ya juzgada la desnudez; no es dudoso que la piel adquiere su vitalidad y su actividad naturales cuando se halla libremente expuesta al aire, á la luz y á los fenómenos cambiantes del exterior; no se dificulta la transpiración; las funciones del órgano se realizan todas; flexible y firme á la vez, no palidece ya como una planta aislada privada de luz. Los experimentos hechos sobre los animales han probado también que cuando se substrae la piel á la acción de la luz, disminuyen los glóbulos rojos lo mismo que la proporción de hemoglobina; es decir, la vida se hace menos activa y menos intensa [1]. He ahí una demostración de que los pro-

[1] Kronecker y Marti, *Archives italiennes de biologie*, t. XXVII, p. 333.



Cl. S. Bing.

CROQUIS DE LA VIDA DIARIA, POR KEISAI KITAO MASSAYOSHI
Segunda mitad del siglo XVIII.

gresos de la civilización no son necesariamente progresos y que conviene someterlos á la comprobación de la ciencia.

Tomemos ejemplos entre diferentes pueblos: todos los viajeros convienen en que los Polinesios eran los hombres más bellos antes de que los misioneros, celosos repartidores de vestidos de lana y

algodón, hubieran pesado sobre los países oceánicos; sábese también que en parte alguna tuvieron los artistas más noble comprensión de la belleza que en la maravillosa Hélade, donde los jóvenes y los fuertes luchaban, corrían, jugaban al aire libre, desnudos, ante el pueblo reunido. Tampoco se ignora que los higienistas actuales, deseosos de restablecer la belleza y la salud humanas puestas en peligro por la falta de método en el alimento y el vestido, desnudan á sus pacientes para acostumbrarles al aire y á la luz. En toda la Europa occidental y hasta en la septentrional Escocia, se han abierto establecimientos donde inválidos ricos exponen su piel desnuda á la acción vivificante del viento y del sol.

Verdad es que las comarcas frías, como la Escandinavia, y hasta los países templados, como casi todas las regiones populosas de Europa, tienen un clima de invierno muy áspero comparado con los de que disfrutan los Oceánicos, pero los abrigos y los paños, que no son vestidos, permiten también garantirse contra el frío. Hasta una época reciente, los Japoneses, á quienes las costumbres del *cant* inglés no habían contaminado todavía, no se sentían obligados por los convencionalismos á ocultar su desnudez y se bañaban en común: á la vista del libre juego de los músculos y de los miembros los artistas del Nipón debieron seguramente la soltura en el uso del pincel. Los pintores y los estatuarios salvaron la civilización de nuestra vieja Europa conservando el culto de la forma humana, á pesar de las maldiciones de la Iglesia contra la carne; en noble lucha conquistaron el derecho de representar al hombre sin los velos obligados por la ley.

El equilibrio de la salud y el funcionamiento normal del cuerpo no pueden restablecerse completamente; las enfermedades procedentes de alternativas del frío y del calor continuarán amenazando al individuo civilizado hasta que la estatua humana no se libre de sus vestiduras, hasta que «el hombre no se vuelva todo cara», como decía un indígena de la costa de Chile[1]. Pero la restitución de la belleza desnuda es sobre todo necesaria desde el punto de vista de la salud moral, porque el artificio del traje y del adorno, por la

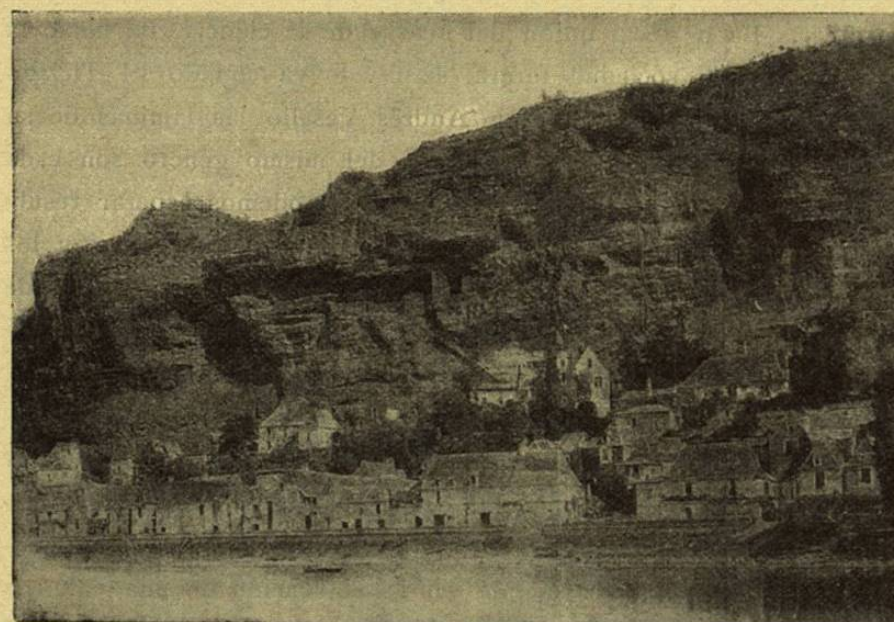
[1] Alonso de Ovalle, *Account of the Kingdom of Chile*, citado por Ed. Carpenter, *Civilization, its causes and cure.*

tonta vanidad, el servil espíritu de imitación y sobre todo por los infinitos recursos del vicio, es de lo que más arrastra á la corrupción general de la sociedad. En las Escuelas de Bellas Artes, los jóvenes, á veces depravados, dibujan atentamente á la vista del modelo femenino con perfecto respeto de la forma humana, y no se entregan á los pensamientos libertinos hasta después, al contacto de las mujeres vestidas con sus adornos y perifollos: la moda ha dado á los vestidos el corte hecho especialmente para excitar la concupiscencia. La belleza desnuda ennoblece y purifica; el vestido insidioso y falaz, degrada y pervierte.

Pero la moda reina todavía, lo mismo que continúan reinando el Señor Capital y las antiguas supervivencias de la Iglesia y del Estado. No hay que esperar que la moda, que representa los intereses de innumerables proveedores y abastecedores y que responde á un conjunto infinito de pequeñas pasiones personales, abdique de grado ni á la fuerza ante un nuevo régimen de arte y de buen sentido, y es tanto menos de esperar, cuanto la moda es la herencia de todo el pasado; cambia de siglo en siglo, de estación en estación, pero mucho menos, sin embargo, de lo que ordinariamente se imagina; salta bruscamente de un extremo á otro, pero tomando formas anteriormente conocidas. Ninguna de las antiguas maneras de adornarse y de embellecerse ha desaparecido completamente, ni aun en nuestras sociedades elegantes. Muchos hombres se tatúan todavía, y, entre los actuales almirantes, puede verse alguno cuyos guantes de ceremonia ocultan un áncora marcada con tinta azul en la raíz del pulgar. La mujer europea no se atraviesa la nariz con un arete como la hindu, pero le cuelga á sus orejas; conserva el collar de la salvaje y lleva el brazalete de la cautiva, resto de la cadena que la sujetaba al poste de la tienda. El soldado, que en la sociedad actual representa al primitivo, el hombre de vanidad guerrera y de combate, se adorna con charreteras, franjas y galones de colores chillones, con placas, con cruces de esmalte ó de metales brillantes, con plumas multicolores, aun á riesgo de atraer en la batalla las miradas y las balas del enemigo [1]. Pero si entre las clases

[1] Ernst Grosse, *Die Anfänge der Kunst*, p. 110.

ricas, que quieren á toda costa distinguirse del común de los hombres, el amor al lujo conserva la separación de las clases y hasta trata de aumentarla todavía á fuerza de gastos, las multitudes democráticas tienden á parecerse cada vez más por el traje, lo que ya es un progreso. En muchos países no se distingue ya el pobre del rico, porque el hombre de gusto, aunque sea opulento, se viste con sencillez, y la limpieza es la regla para todos, hasta para los



Cl. Henry Guilliet.

LA ROCHE-GAJEAC, Á ORILLAS DEL DORDOÑA

poco afortunados. Además, el vestido de las mujeres laboriosas se aproxima al de los hombres: las que quieren conquistar la libertad plena de sus movimientos encuentran el medio de desembarazarse de las pesadas ropas, de los corsés estrechos, de los sombreros floridos. Positivamente se ha realizado cierto progreso en el sentido de la libertad del traje y á pesar de todo se ha adelantado algo hacia la higiene. Pero la gran revolución estética y moral que dará al civilizado moderno el derecho que tenía el Griego antiguo de pasearse desnudo á la luz del sol, esa gran revolución es todavía, entre todas las ambiciones del hombre moderno, la que parece más difícil de realizar.

El reformador aislado, aunque sea un «super-hombre» como

Nietzche, no basta para la obra que emprende. Si está solo, es tenido por loco, si no lo llega á ser realmente, y sus contemporáneos pueden rechazarle con facilidad por la prisión, el destierro, la burla y el aislamiento, pero no deja de ser un precursor, y otros le seguirán, quienes por la asociación harán triunfar la voluntad. El artista no estará ya solo en sus reivindicaciones: se unirá al higienista, al sabio, y de todos lados á la vez se dará el asalto contra las prácticas impuestas y las preocupaciones que han de ser destruídas. La perfecta unión del arte y de la ciencia, tal como la deseamos para la sociedad futura, se reveló ya cuando El Ticiano y sus discípulos dibujaron para Andrés Vesalio las láminas de su *Tratado de Anatomía*. Los ejemplos del mismo género son cada vez más numerosos en nuestros tiempos, y podemos esperar resultados más sorprendentes todavía cuando los sabios, los artistas y los profesionales instruídos empeñados en múltiples empresas, cesen de ser, como lo son casi todos en nuestros días, los servidores asalariados de los príncipes y de los capitalistas, y, recobrando su libertad, podrán volverse hacia la multitud de los humildes y de los trabajadores para ayudarles á edificar la ciudad futura, es decir, á constituir una ciudad exenta de fealdad, de enfermedad y de miseria.

Se nos habla del trabajo «atractivo». ¡Qué alegría infinita sentirán todas las abejas trabajando en la edificación de una colmena donde no habrá parásitos que roben la miel! ¡Qué felicidad fraternal la de coordenar los esfuerzos propios con los de todos, para la creación de un bello organismo, donde cada uno tenga su parte de trabajo personal y dedique su existencia á la realización de una obra perfecta, detalle armónico de un conjunto que conviene á todos! El objetivo social habrá cambiado completamente. En la actualidad un grupo de privilegiados, en posesión de capitales, títulos, plazas y sinecurias, procura por todos los medios conservar este régimen de desigualdad, y los artistas, como los obreros y como los soldados, no pueden entrar en la vida del trabajo sino aceptando las condiciones impuestas por la sociedad dominadora. Sin duda sería para ellos una felicidad buscar sinceramente su vía, ayudarse mutua y equitativamente en los trabajos que requiere la asociación, vivir en común sin ningún temor á la miseria que acecha en nuestros días á la gran mayoría de los

hombres; pero desde la primera lección aprenden que son rivales y combatientes; se les explica de todas maneras que los premios que han de obtenerse son escasos y que es preciso arrancárselos á los camaradas, no sólo por la superioridad del talento, sino, si la cosa es hacedera, por la astucia, por la fuerza, por las cábalas y las intrigas, por las maquinaciones más bajas ó por las oraciones á San Antonio de Padua. Se les amaestra para convertirse en privilegiados, y ante sus ojos se presenta, como en una gran avenida, toda la carrera de los honores marcada de distancia en distancia por cruces, medallas, títulos, pensiones, mandos del Estado, y, para la conquista de cada uno de esos símbolos, se preparan á librar batalla, á herir mortalmente á algún «querido camarada», á marcar con su cuchillo la línea ya infranqueable para sus rivales. Todos se acostumbran de día en día á odiarse recíprocamente en los hermosos años de la juventud, hechos para la grandeza de alma y para el heroísmo, y, necesariamente, el arte verdadero, generoso y desinteresado, surge con dificultad de ese medio de bajas envidias: las flores quedan ahogadas bajo las hortigas. Los artistas más sinceros suelen ser los que, heridos en su sentimiento de lo bello y en su delicadeza íntima, se separan de la sociedad y viven como en una fortaleza apartados del vulgo: «acampan en país enemigo» [1].

La Naturaleza es para muchos una gran consoladora; mas lo mismo que las ciudades populosas, los campos, y hasta los lugares más apartados, pueden ser afeados por el mal gusto y sobre todo por las brutalidades de la toma de posesión. Porque el hombre da su alma á la Naturaleza, y, conforme á su propio ideal, embellece y diviniza la tierra, ó la vulgariza, la hace fea, grosera y repugnante. El hombre de mañana, elevado á la comprensión de la belleza, sabrá, por respeto y por amor á la Naturaleza, no colocar su morada de modo que se rompan las líneas, que se borren brutalmente el color y los matices: sentirá vergüenza en disminuir y alegría por aumentar la belleza de cuanto le rodee, en lo que, por lo demás, no hará sino imitar al animal, su antecesor. «La ardilla y el ave practican sus nidos en los árboles y los hacen muy interesantes á la vista [2].»

[1] William Morris, *Lecture to the Society of Art at Birmingham*.
[2] Edward Carpenter, *La Société Nouvelle*, Febrero 1896.

Asimismo, un grupo encantador, amoroso, una familia con sus hijuelos bajo las ramas ¿no aumentan hasta lo infinito la belleza natural, no alegran la soledad con su cabaña situada al lado de las aguas corrientes, con su jardincito lleno de flores? También grandes edificios pueden ayudar á la belleza del espacio circundante, cuando los arquitectos comprenden el carácter del sitio y la obra



Cl. M. Spokorni.

LA ÓPERA EN VARSOVIA

del hombre concuerda con el trabajo geológico de los siglos en armonioso conjunto. Así es como un templo griego continúa, desarrolla y florece, por decirlo así, los contornos de la roca que le sostiene; de ella forma parte integrante, pero dándola un sentido más elevado; la transforma, la glorifica, la hace digna de la divinidad creada por el hombre y que desde la altura domina sobre los campos y los mares. Sin embargo, hay cimas que profanaría toda arista de monumento, todo saliente de construcciones humanas, y se siente una impresión de verdadera repugnancia cuando arquitectos insolentes, pagados por hosteleros sin pudor, edifican enormes guaridas, bloques rectangulares donde se hallan inscritos los

rectángulos de mil ventanas y en que sobresalen cien humeantes chimeneas frente á glaciares, montañas nevadas, cascadas ó frente al Océano!

El arte se deja, pues, dominar por harto mala escuela; toda una turba de artífices diestros rodea á los que hacen encargos, barones de banca, municipios, prefecturas y sobre todo el ministerio de



Cl. J. Kuhn, Paris.

MARAT, POR JUAN BAFFIER

Bellas Artes, el Estado «Gran protector de las Artes»; al menor signo todos ponen manos á la obra: hoteles, palacios y templos, cuadros y acuarelas, estatuas y bajos relieves, dibujos y aguas fuertes, esmaltes, camafeos y joyas, óperas, operetas y poemas, todo lo que los amos quieran.

Por decenas de miles, cartones y telas, yesos, mármoles y bronces se alinean anualmente en las exposiciones de arte, en los «Salones» que tan bien muestran la incoherencia de las obras en gestación; cada una contrasta con su vecina por una impresión diferente, y

Asimismo, un grupo encantador, amoroso, una familia con sus hijuelos bajo las ramas ¿no aumentan hasta lo infinito la belleza natural, no alegran la soledad con su cabaña situada al lado de las aguas corrientes, con su jardincito lleno de flores? También grandes edificios pueden ayudar á la belleza del espacio circundante, cuando los arquitectos comprenden el carácter del sitio y la obra



Cl. M. Spokorni.

LA ÓPERA EN VARSOVIA

del hombre concuerda con el trabajo geológico de los siglos en armonioso conjunto. Así es como un templo griego continúa, desarrolla y florece, por decirlo así, los contornos de la roca que le sostiene; de ella forma parte integrante, pero dándola un sentido más elevado; la transforma, la glorifica, la hace digna de la divinidad creada por el hombre y que desde la altura domina sobre los campos y los mares. Sin embargo, hay cimas que profanaría toda arista de monumento, todo saliente de construcciones humanas, y se siente una impresión de verdadera repugnancia cuando arquitectos insolentes, pagados por hosteleros sin pudor, edifican enormes guaridas, bloques rectangulares donde se hallan inscritos los

rectángulos de mil ventanas y en que sobresalen cien humeantes chimeneas frente á glaciares, montañas nevadas, cascadas ó frente al Océano!

El arte se deja, pues, dominar por harto mala escuela; toda una turba de artífices diestros rodea á los que hacen encargos, barones de banca, municipios, prefecturas y sobre todo el ministerio de



Cl. J. Kuhn, Paris.

MARAT, POR JUAN BAFFIER

Bellas Artes, el Estado «Gran protector de las Artes»; al menor signo todos ponen manos á la obra: hoteles, palacios y templos, cuadros y acuarelas, estatuas y bajos relieves, dibujos y aguas fuertes, esmaltes, camafeos y joyas, óperas, operetas y poemas, todo lo que los amos quieran.

Por decenas de miles, cartones y telas, yesos, mármoles y bronces se alinean anualmente en las exposiciones de arte, en los «Salones» que tan bien muestran la incoherencia de las obras en gestación; cada una contrasta con su vecina por una impresión diferente, y

no se les puede mirar durante una hora sin verdadero sufrimiento. Todo eso es trabajo servil; sin embargo, se comprende qué poderosa reserva de fuerza, de destreza, de habilidad y de recursos para el porvenir se halla en ese caos. Que la armonía ajuste todas esas voluntades, que haya acuerdo entre todos esos obreros para una tarea común, digna de la grandeza humana, y surgirán incomparables maravillas sobre las ruinas de nuestras barracas y hasta de nuestros pretendidos palacios. Para que se produzcan cosas grandes bastará llamar á aquellos de quienes se esperan, pero ante todo es preciso que estén en condiciones de libertad personal, de digna igualdad y de serenidad perfecta respecto de los medios de vida; que ninguna preocupación les aparte de perseguir la belleza, que nada vulgar pueda salir de sus manos.

«El Arte es la vida», dice Juan Baffier, el obrero escultor que tanta pasión y alegría puso en esculpir en mármol la noble y pura figura de su madre y la de los labradores y jardineros. El Arte es la vida, sí; en cuanto el trabajo apasiona, en cuanto se transforma en felicidad, el obrero se hace artista, quiere que la obra se haga perfecta en belleza, que adquiera un carácter de duración y de universalidad para la admiración de todos. Hasta el campesino silencioso desea que se venga de lejos á contemplar el surco recto y de igual profundidad que, con mano sólida, ha hecho trazar á su yunta; el muletero tiene á gloria medir el equilibrio de la carga sobre el animal, adornándola con pintorescos jaeces; todo obrero procura tener una herramienta, no sólo perfecta para el trabajo, sino también agradable á la vista; escoge él mismo la madera ó el metal, le pone el mango, la ajusta, la decora con adornos y dibujos; cierto pueblo cuyo nombre se ha perdido, que vivió en época tan remota que es posible equivocarse en miles de años acerca del período de su existencia, sólo vive para nosotros por los ornamentos que trazaron sus artistas en los huesos ó en la piedra.

Hasta los trabajadores cuya obra desaparece en cuanto se termina, guadañeros, segadores y vendimiadores, son también artistas en la manera de manejar sus herramientas y de ejecutar su tarea: pasan los años y refieren con orgullo sus proezas de valor y de rapidez en el inmenso esfuerzo. El «primer» mozo de granja no

participa de los beneficios de las bellas cosechas, pero pone su punto de honor en merecer mejor cada año su título y en ver reconocida su habilidad en la comarca. Cada profesión tiene sus héroes en cada localidad, constituyendo por sí solos un mundo completo, y cada uno de esos héroes encuentra poetas que perpetúan su fama, especialmente en las largas veladas de invierno cuando



Museo del Louvre. Cl. J. Kuhn, París.

DANZA DE PASTORES DE SORRENTO, POR COROT (Fragmento)

las llamas danzantes del hogar y los brillos súbitos de las brasas hacen oscilar las figuras, acercándolas ó alejándolas alternativamente y dando á todas las cosas la impresión del misterio. De esos humildes focos del arte primitivo han salido nuestras epopeyas y nuestras arquitecturas, y mientras no desaparezcan esos lugares pacíficos para el trabajo feliz, tenemos halagüeñas esperanzas.

Y tanto más tenemos derecho á esperar, cuanto de todas partes surge la convergencia hacia un estado social en que se comprenda la unión de todos los elementos de la vida humana, juegos y estudios, artes y ciencias, goces del bienestar material y del pensamiento, progresos intelectuales y morales. ¡Qué prodigioso con-

junto veía ya surgir ante sí el gran renovador Fourier cuando imaginaba su «Falansterio», y qué bellas tentativas se han hecho ya en este orden de ideas! En un porvenir próximo la «Casa del Pueblo» será mucho más bella que un palacio real en Persépolis, Fontainebleau, Versalles ó Sans-Souci, porque satisfará todos los intereses, todas las alegrías y todos los pensamientos de los que antes eran la multitud, la turba, la masa y á quienes la conciencia de su libertad ha transformado en asamblea de compañeros.

Ante todo el palacio será de vastísimas proporciones, puesto que un pueblo se paseará en sus patios, en sus galerías y en los paseos de sus jardines; inmensos depósitos recibirán provisiones de toda especie necesarias á los miles de ciudadanos que allí se hallarán reunidos los días de trabajo y de fiesta; el «pan del alma» en forma de libros, de cuadros, de colecciones diversas, no será menos abundante que el pan del cuerpo en las salas de la casa común, y todas las previsiones para bailes, conciertos, representaciones teatrales deberán verse ampliamente realizadas. La variedad infinita de las formas arquitectónicas responderá á las mil exigencias de la vida; pero esa diversidad no perjudicará á la majestad y al bello conjunto de los edificios. Allí estará el lugar sagrado donde el pueblo entero, sintiéndose exaltado sobre sí mismo, intentará divinizar su ideal colectivo por todas las magnificencias del arte completo que suscitará todo el grupo de las Musas, lo mismo las graves que presiden á la armonía de los astros, que las ligeras y amables que embellecen la vida con danzas y flores.

Todo eso, ciencia y arte, fué designado en la antigüedad remota bajo el nombre de «música», y en el alto sentido de la palabra, es la música en su conjunto, tal como la comprendieron los pueblos primitivos que precedieron á los Hindus, los Tracios y los Griegos. Antes de haber sido convertidos por los Maristas y disciplinados por sus carceleros, los Kanakas de Nueva Caledonia tocaban la flauta en medio de los campos «para animar las plantas á germinar y los frutos á madurar» [1].

¿No es esta, bajo otra forma, quizá más graciosa todavía, la leyenda de Orfeo, cuya lira atrae los hombres, domestica á los animales, hasta conmueve las piedras y las obliga á erigirse en muros para construir la ciudad de los hombres libres?

[1] Moncelon, *Mélanésie française*.

El pueblo, al que todos pertenecemos, se mueve en un ritmo constante: en cada uno de nosotros, la música interior del cuerpo, cuya cadencia resuena en el pecho, regula las vibraciones de la carne, los movimientos del paso, los impulsos de la pasión, las formas del pensamiento, y cuando todos esos latidos se conciertan y se unen en una misma armonía, se constituye un organismo múltiple, abrazando toda una muchedumbre y dándole una sola alma.

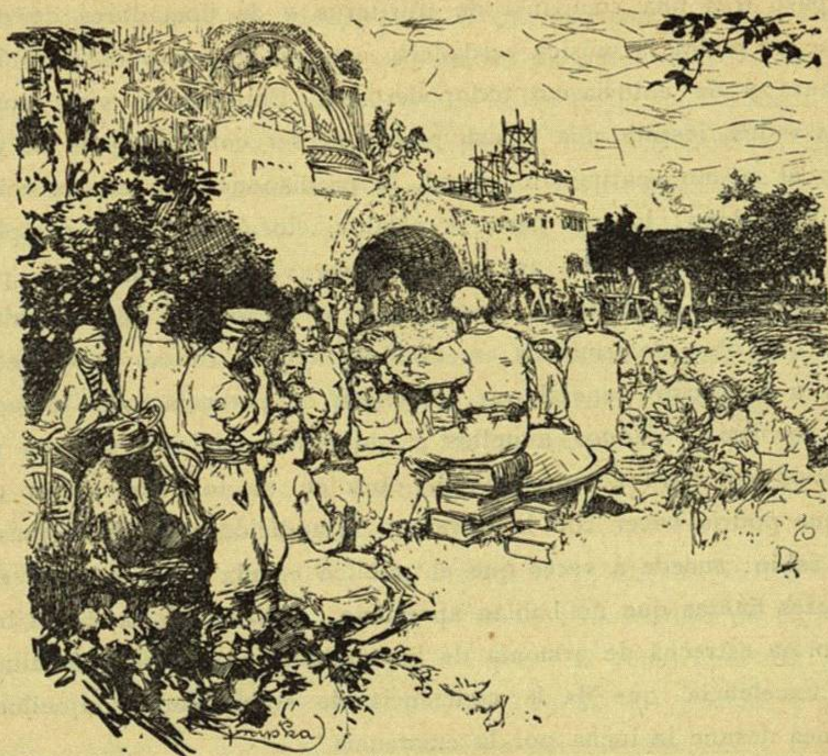
Ya el simple compás marcado por el pífano y el tambor basta para poner en movimiento toda la población de una calle, siguiendo el paso tras una compañía de titiriteros ó de domadores de osos. ¡Qué no podrá la música verdadera, con sus expresiones de infinita ternura y de entusiasmo todopoderoso! Entonces la vida, común para todos, inspira una misma pasión al ser colectivo y le da también el mismo sentimiento moral, le predispone á la misma voluntad de acción; lo que hace la palabra elocuente puede cumplirlo también la música, de una manera más vaga en apariencia, pero más profunda en realidad, puesto que si no solicita las multitudes para una obra determinada, se apodera del ser íntimo y le predispone á un estado general que contendrá en potencia todos los actos del heroísmo. Todos aquellos á quienes la música une en una emoción colectiva comprenden la obra en su totalidad mejor que lo que podría hacer con la lectura ó la audición solitaria el músico más sabio: sucede á veces que el público revela á los mismos ejecutantes finezas que no habían apreciado. Así la música, hasta bajo su forma estrecha de armonía de los sonidos, es el arte humanitario por excelencia, que da la conciencia de solidaridad á aquellos á quienes desune la lucha por la existencia [1].

¿Y qué diremos de la música tal como la conocieron los Helenos, de la música en toda su amplitud, en que las manifestaciones humanas se unen á cada descubrimiento de la ciencia, á cada forma del arte? ¿Quién fijará límites al poder del hombre, cuando dis-

[1] Gevaert, *Musique, l'art del XIX siècle*, 1895.

ponga de un acuerdo perfecto con el mecanismo inmenso de la Naturaleza, y cuando cada una de sus vibraciones se regule por la marcha de las estrellas, por el «ritmo sagrado de las estaciones y de las horas?[1]» Hasta ese grado de perfección puede tener el hombre la esperanza de llegar si las yemas entrevistas se desarrollan en flores, si las fuerzas en germen no se paralizan por una enfermedad imprevista, si la educación de la humanidad continúa haciéndose como ya se ha hecho siguiendo una serie de sacudidas que producen el progreso.

[1] Louis Ménard, *Symbolisme des religions.*





El verdadero progreso es la conquista del Pan y de la Instrucción para todos los hombres.

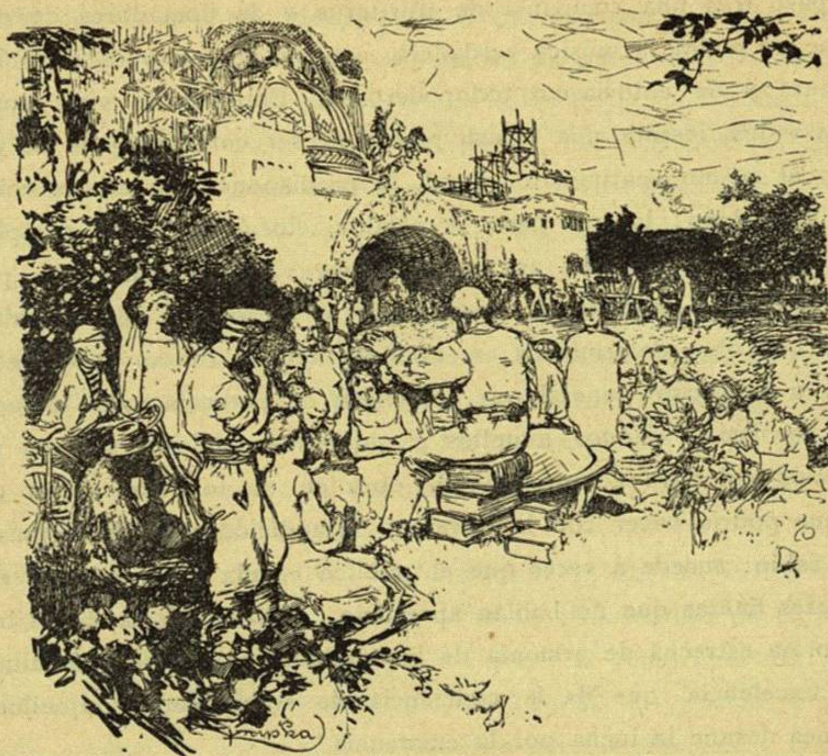
CAPÍTULO XII

Definición del progreso. — Edad de oro.
Evolución geológica. — Progreso y retroceso en la historia.
Vuelta á la Naturaleza.
Sencillez primitiva de las sociedades y complejidad moderna.
Ayuda mutua de las naciones. — Leyes del desplazamiento de los focos. — Conquista del espacio y del tiempo.
Conquista del pan. — Renovación de las energías perdidas.
Afirmación del progreso.

Tomada en sentido absoluto, la palabra «progreso» no tiene significación, puesto que el mundo es infinito, y en la inmensidad sin límites, se permanece siempre igualmente alejado del principio y del fin. Debiendo descomponerse el movimiento de la sociedad en los movimientos de los individuos que son elementos constitutivos, ¿qué progreso en sí puede determinarse para cada uno de esos seres cuya curva total se termina en algunos años, desde el

ponga de un acuerdo perfecto con el mecanismo inmenso de la Naturaleza, y cuando cada una de sus vibraciones se regule por la marcha de las estrellas, por el «ritmo sagrado de las estaciones y de las horas?[1]» Hasta ese grado de perfección puede tener el hombre la esperanza de llegar si las yemas entrevistas se desarrollan en flores, si las fuerzas en germen no se paralizan por una enfermedad imprevista, si la educación de la humanidad continúa haciéndose como ya se ha hecho siguiendo una serie de sacudidas que producen el progreso.

[1] Louis Ménard, *Symbolisme des religions.*





PROGRESO

El verdadero progreso es la conquista del Pan y de la Instrucción para todos los hombres.

CAPÍTULO XII

Definición del progreso. — Edad de oro.
Evolución geológica. — Progreso y retroceso en la historia.
Vuelta á la Naturaleza.
Sencillez primitiva de las sociedades y complejidad moderna.
Ayuda mutua de las naciones. — Leyes del desplazamiento de los focos. — Conquista del espacio y del tiempo.
Conquista del pan. — Renovación de las energías perdidas.
Afirmación del progreso.

Tomada en sentido absoluto, la palabra «progreso» no tiene significación, puesto que el mundo es infinito, y en la inmensidad sin límites, se permanece siempre igualmente alejado del principio y del fin. Debiendo descomponerse el movimiento de la sociedad en los movimientos de los individuos que son elementos constitutivos, ¿qué progreso en sí puede determinarse para cada uno de esos seres cuya curva total se termina en algunos años, desde el

nacimiento á la muerte? ¿Qué progreso puede haber en la chispa que brota de un guijarro y se extingue en seguida en el aire frío?

Ha de tomarse, pues, en sentido mucho más restringido la idea de «progreso». El valor usual de esta palabra, tal como generalmente se emplea, es el que nos ha dado el historiador Gibbon, admitiendo que, «desde el principio del mundo, cada siglo ha aumentado y aumenta aún la riqueza real, la felicidad, la ciencia y quizá la virtud de la especie humana». Esta definición, que contiene cierta duda respecto de la evolución moral, ha sido tomada y diversamente modificada, extendida ó reducida por los escritores modernos, y queda de ella el hecho constante que el término de progreso significa en la opinión común la mejora general de la humanidad durante el período histórico. Pero conviene no atribuir á otros ciclos de la vida terrestre una evolución necesariamente análoga á la que la humanidad contemporánea ha recorrido. Las hipótesis muy plausibles que se refieren á los tiempos geológicos de nuestro planeta dan una gran probabilidad á la teoría de un balanceo de las edades, correspondientes en grandes proporciones al fenómeno alternante de nuestros veranos y de nuestros inviernos. Un vaivén que comprendería miles ó millones de años ó de siglos, produciría una sucesión de períodos distintos y contrastantes, que determinarían evoluciones vitales muy diferentes unas de otras. ¿Qué sería de la humanidad actual en una edad de «gran invierno» en que un nuevo período glacial cubriera las islas Británicas y la Escandinavia con un manto helado continuo y en que nuestros museos y bibliotecas fueran destruídos por el hielo? ¿Puede esperarse que los dos polos no se enfriarán simultáneamente y que el hombre podrá sobrevivir adaptándose poco á poco á las nuevas condiciones y llevando hacia los países cálidos los tesoros de nuestra civilización actual? Pero si el enfriamiento es general, puede aducirse que una disminución sensible del calor solar, origen de toda vida, y el agotamiento gradual de nuestros depósitos de energía, coincidan con un desarrollo incesante de la cultura en el sentido de mejora y con un verdadero progreso. En el período contemporáneo podemos ya comprobar que las consecuencias normales de la desecación telúrica, sucesora de la época glacial, han causado fenómenos incontestables de regresión en

las comarcas del Asia central. Los ríos y los lagos agotados y las filas de dunas invasoras han producido la desaparición de ciudades, de civilizaciones y hasta de nacionalidades. El desierto de arena ha reemplazado los campos y las ciudades. El hombre ha sido impotente contra la naturaleza hostil.

Cualquiera que sea la noción que uno se forme del progreso, un punto queda fuera de duda, á saber: en diversas épocas han surgido individuos que, por algún rasgo especial, se colocan en primer término entre los hombres de todos los tiempos y de todos los países. Recuérdanse á veintenas los nombres de los personajes que por la perspicacia, la intensidad de su trabajo, una bondad profunda, la virtud moral, el sentido artístico ó por cualquier otro aspecto del carácter ó del talento, constituyen, en su esfera particular, tipos perfectos, insuperables. La historia de Grecia ofrece grandes ejemplos, pero otros grupos humanos los han poseído también, habiéndonos sido preciso frecuentemente adivinarlos tras de los mitos y las leyendas. ¿Quién podría creerse mejor que Çakya-Muni, más artista que Fidias, más inventor que Arquímedes, más prudente que Marco Aurelio? El progreso durante los tres mil años recientes, consistiría, si existe, en una difusión más amplia de esa iniciativa, antes reservada á algunos, y en un mejor aprovechamiento social de los cerebros geniales.

Algunos grandes pensadores no se contentan con admitir esas restricciones capitales á la noción del progreso y hasta niegan que pueda haber mejora positiva en el estado general de la humanidad. Toda impresión de progreso sería para ellos mera ilusión y sólo tendría un valor puramente personal. Para la mayoría de los hombres, el hecho del cambio se confunde con la idea de progreso ó de retroceso según se acerque ó se aleje del grado particular ocupado por el observador en la escala de los seres. Los misioneros que encuentran bellos salvajes, moviéndose libremente en su desnudez, creen hacerles «progresar» dándoles pantalones y blusas, zapatos y sombreros, catecismos y biblias, y enseñándoles á salmodiar en inglés ó en latín. ¡Cantos de triunfo en honor del progreso han acompañado las inauguraciones de fábricas industriales con sus anejos de tabernas y hospitales [1].

[1] Havelock Ellis, *The Nineteenth Century*.

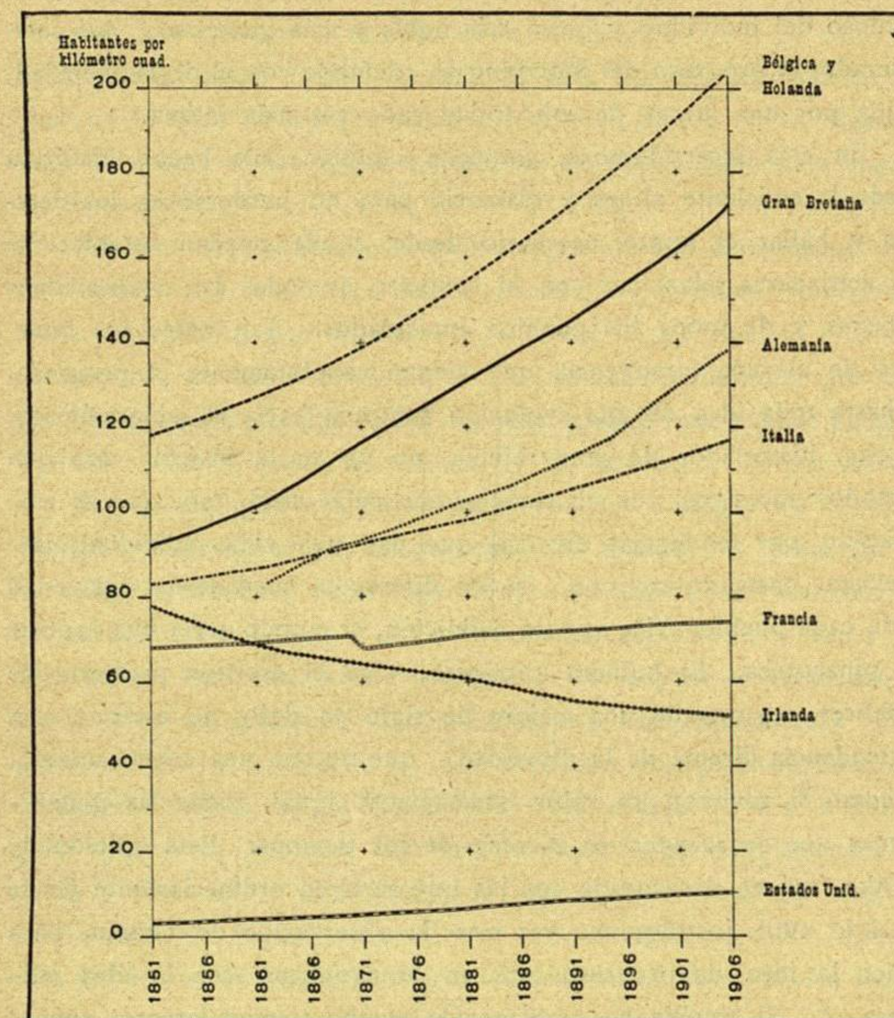
Claro es que la industria trae reales progresos en su séquito, pero ¡con qué salvedades importa criticar los detalles de esta gran evolución! Las miserables poblaciones del Lancashire y de Silesia nos muestran que no todo han sido progresos en su historia! No basta cambiar de estado y entrar en una nueva clase para adquirir mayor suma de felicidad; hay actualmente millones de obreros industriales, de costureras y de criadas que recuerdan con lágrimas la cabaña maternal, las danzas al aire libre bajo el árbol patrimonial y las veladas junto al hogar. ¿Y de qué clase es el supuesto progreso para las gentes del Kamerun y del Togo, que tienen el honor de cobijarse bajo el estandarte germánico, ó para los Arabes argelinos que beben el aperitivo y se expresan elegantemente en la jerga parisiense?

La palabra «civilización», que se emplea ordinariamente para indicar el estado progresivo de tal ó cual nación, es, como la voz «progreso», una de esas expresiones vagas cuyos diversos sentidos se confunden. Para la mayoría de los individuos, sólo caracteriza el refinamiento de las costumbres y sobre todo los hábitos exteriores de urbanidad, lo que no impide que hombres de aspecto rudo y de maneras bruscas puedan tener una moralidad superior á la de los cortesanos de suprema elegancia. Otros no ven en la civilización más que el conjunto de todas las mejoras materiales debidas á la ciencia y á la industria moderna: ferrocarriles, telescopios y microscopios, telégrafos y teléfonos, dirigibles y máquinas voladoras y otros inventos, les parecen testimonios suficientes del progreso colectivo de la sociedad; no quieren saber más ni penetrar en las profundidades del inmenso organismo social. Pero los que le estudian desde su origen, hallan que cada nación «civilizada» se compone de clases superpuestas que representan en este siglo toda la serie de los siglos anteriores con sus culturas intelectuales y morales correspondientes. La sociedad actual contiene en sí todas las sociedades anteriores en estado de supervivencias, y, por efecto del contacto inmediato, las situaciones externas presentan una desviación notabilísima.

Evidentemente, la palabra «progreso» se presta á los mayores equívocos, según la acepción en que se tome por los que la pronuncien. Por miles podrían contarse las diversas definiciones del

nirvana entre los budhistas y los intérpretes de su religión; así también, según el ideal que dan á su vida, pueden considerar los filósofos como «marcha adelante» las más diferentes y hasta las más

N.º 589. Uno de los aspectos del progreso, variación de la densidad de la población.



contradictorias evoluciones. Hay quienes consideran el reposo como el soberano bien, y hacen votos, si no para la muerte, al menos para la tranquilidad perfecta del cuerpo y de la mente; para el «orden», aun cuando no represente sino la rutina. El progreso, tal como lo comprenden esos seres fatigados, es muy diferente de como le entienden los hombres que prefieren una peligrosa libertad á una

pacífica servidumbre. Sin embargo, la opinión media relativa al progreso coincide con la de Gibbon y comprende la mejora del ser físico desde el punto de vista de la salud, la riqueza material, el aumento de los conocimientos y, por último, el perfeccionamiento del carácter, convertido ciertamente en menos cruel, hasta más respetuoso del individuo y quizá más noble y más generoso. Así considerado, el progreso del individuo se confunde con el de la sociedad, unida por una fuerza de solidaridad cada vez más íntima.

En esta incertidumbre, conviene estudiar cada hecho histórico desde la suficiente altura y distancia para no perderse en los detalles y hallar el punto necesario desde donde puedan establecerse las verdaderas relaciones con el conjunto de todas las civilizaciones conexas y de todos los pueblos interesados. Así, entre los hombres de elevada inteligencia que niegan absolutamente el progreso, y hasta toda idea de una evolución continua hacia el mejoramiento, Ranke, historiador de gran relieve, no ve en la historia más que períodos sucesivos, con su carácter particular cada uno, que se manifiestan por tendencias diversas que dan una vida individual, imprevista, hasta «atractiva» [1] en los diferentes cuadros de cada edad y de cada pueblo. Según esta definición, el mundo sería una especie de pinacoteca. Si hubiera progreso, dice el escritor piadoso, los hombres, seguros de una mejora de siglo en siglo, no estarían «en dependencia directa de la divinidad», que ve con una misma mirada, y como si tuvieran un valor exactamente igual, todas las generaciones que se suceden en la serie de los tiempos. Esta opinión de Ranke, tan en desacuerdo con las que se oyen ordinariamente desde el siglo XVIII, justifica una vez más la observación de Guyau, para quien la idea de progreso está en antagonismo con la idea religiosa» [2]. Si aquélla ha permanecido mucho tiempo latente, apenas sentida por los filósofos más ilustres del mundo antiguo; si no ha adquirido vida y plena conciencia de sí misma sino con el Renacimiento y las revoluciones modernas, débese al imperio absoluto de los dioses y de los dogmas, que se prolongó durante las edades

[1] Die Historie bekommt einen eigenthümlichen Reiz. *Weltgeschichte.* Neunte Theil, II, págs. 4 y siguientes.
[2] *Morale d'Epicure*, ps. 153 y siguientes.

antiguas y medioevales. En efecto, toda religión parte del principio de que el universo salió de las manos de un creador, es decir, comienza por la perfección suprema. Como dice la Biblia, Dios miró su obra y vió que era «buena», hasta «muy buena» [1]. Partiendo de ese primer estado, marcado con el sello de la divinidad, el movimiento, bajo la acción de los hombres imperfectos, no puede continuarse más que en el sentido de la decadencia y de la caída: el retroceso es fatal. Desde la edad de oro, las criaturas acaban por caer en la edad de hierro; salen del paraíso donde vivían dichosas, para abismarse en las aguas del diluvio, de donde salen para vegetar en lo sucesivo.

Además, las instituciones permanentes de las monarquías y de las aristocracias, todos los cultos oficiales y cerrados, fundados y hasta amurallados por hombres que tenían la pretensión y aun la certidumbre de haber realizado la perfección, presuponían que toda revolución, todo cambio debe ser una caída, una vuelta hacia la barbarie. Por su parte, los abuelos y los padres, «con sus alabanzas del tiempo pasado», contribuían, con los dioses y los reyes, á denigrar el presente en comparación del pasado y á prejuzgar en las ideas la fatalidad de la regresión. Los hijos tienen una tendencia natural á considerar á sus padres seres superiores, y estos padres habían hecho lo mismo respecto de los suyos; el resultado de todos esos sentimientos, depositándose en las mentalidades como aluviones en las orillas de un río, tuvo por consecuencia hacer un verdadero dogma de la decadencia irremediable de los hombres. ¿No es aún en nuestros días una costumbre general discurrir en prosa y verso sobre la «corrupción del siglo?» Así, por una absoluta falta de lógica, inconsciente casi siempre, aquellos mismos que ponderan los «progresos irresistibles de la humanidad» suelen hablar de su «decadencia». Dos corrientes contrarias se cruzan en su lenguaje lo mismo que en sus impresiones: las antiguas concepciones chocan contra las nuevas, hasta en aquellos mismos que reflexionan y que no hablan á la ligera. La decadencia de las religiones suele hallarse interrumpida por renovaciones repentinas, pero

[1] Génesis, cap. I, vers. 10, 12, 18, 21, 25, 31.

pacífica servidumbre. Sin embargo, la opinión media relativa al progreso coincide con la de Gibbon y comprende la mejora del ser físico desde el punto de vista de la salud, la riqueza material, el aumento de los conocimientos y, por último, el perfeccionamiento del carácter, convertido ciertamente en menos cruel, hasta más respetuoso del individuo y quizá más noble y más generoso. Así considerado, el progreso del individuo se confunde con el de la sociedad, unida por una fuerza de solidaridad cada vez más íntima.

En esta incertidumbre, conviene estudiar cada hecho histórico desde la suficiente altura y distancia para no perderse en los detalles y hallar el punto necesario desde donde puedan establecerse las verdaderas relaciones con el conjunto de todas las civilizaciones conexas y de todos los pueblos interesados. Así, entre los hombres de elevada inteligencia que niegan absolutamente el progreso, y hasta toda idea de una evolución continua hacia el mejoramiento, Ranke, historiador de gran relieve, no ve en la historia más que períodos sucesivos, con su carácter particular cada uno, que se manifiestan por tendencias diversas que dan una vida individual, imprevista, hasta «atractiva»[1] en los diferentes cuadros de cada edad y de cada pueblo. Según esta definición, el mundo sería una especie de pinacoteca. Si hubiera progreso, dice el escritor piadoso, los hombres, seguros de una mejora de siglo en siglo, no estarían «en dependencia directa de la divinidad», que ve con una misma mirada, y como si tuvieran un valor exactamente igual, todas las generaciones que se suceden en la serie de los tiempos. Esta opinión de Ranke, tan en desacuerdo con las que se oyen ordinariamente desde el siglo XVIII, justifica una vez más la observación de Guyau, para quien la idea de progreso está en antagonismo con la idea religiosa»[2]. Si aquélla ha permanecido mucho tiempo latente, apenas sentida por los filósofos más ilustres del mundo antiguo; si no ha adquirido vida y plena conciencia de sí misma sino con el Renacimiento y las revoluciones modernas, débese al imperio absoluto de los dioses y de los dogmas, que se prolongó durante las edades

[1] Die Historie bekommt einen eigenthümlichen Reiz. *Weltgeschichte*. Neunte Theil, II, págs. 4 y siguientes.
[2] *Morale d'Epicure*, ps. 153 y siguientes.

antiguas y medioevales. En efecto, toda religión parte del principio de que el universo salió de las manos de un creador, es decir, comienza por la perfección suprema. Como dice la Biblia, Dios miró su obra y vió que era «buena», hasta «muy buena»[1]. Partiendo de ese primer estado, marcado con el sello de la divinidad, el movimiento, bajo la acción de los hombres imperfectos, no puede continuarse más que en el sentido de la decadencia y de la caída: el retroceso es fatal. Desde la edad de oro, las criaturas acaban por caer en la edad de hierro; salen del paraíso donde vivían dichosas, para abismarse en las aguas del diluvio, de donde salen para vegetar en lo sucesivo.

Además, las instituciones permanentes de las monarquías y de las aristocracias, todos los cultos oficiales y cerrados, fundados y hasta amurallados por hombres que tenían la pretensión y aun la certidumbre de haber realizado la perfección, presuponían que toda revolución, todo cambio debe ser una caída, una vuelta hacia la barbarie. Por su parte, los abuelos y los padres, «con sus alabanzas del tiempo pasado», contribuían, con los dioses y los reyes, á denigrar el presente en comparación del pasado y á prejuzgar en las ideas la fatalidad de la regresión. Los hijos tienen una tendencia natural á considerar á sus padres seres superiores, y estos padres habían hecho lo mismo respecto de los suyos; el resultado de todos esos sentimientos, depositándose en las mentalidades como aluviones en las orillas de un río, tuvo por consecuencia hacer un verdadero dogma de la decadencia irremediable de los hombres. ¿No es aún en nuestros días una costumbre general discurrir en prosa y verso sobre la «corrupción del siglo?» Así, por una absoluta falta de lógica, inconsciente casi siempre, aquellos mismos que ponderan los «progresos irresistibles de la humanidad» suelen hablar de su «decadencia». Dos corrientes contrarias se cruzan en su lenguaje lo mismo que en sus impresiones: las antiguas concepciones chocan contra las nuevas, hasta en aquellos mismos que reflexionan y que no hablan á la ligera. La decadencia de las religiones suele hallarse interrumpida por renovaciones repentinas, pero

[1] Génesis, cap. I, vers. 10, 12, 18, 21, 25, 31.

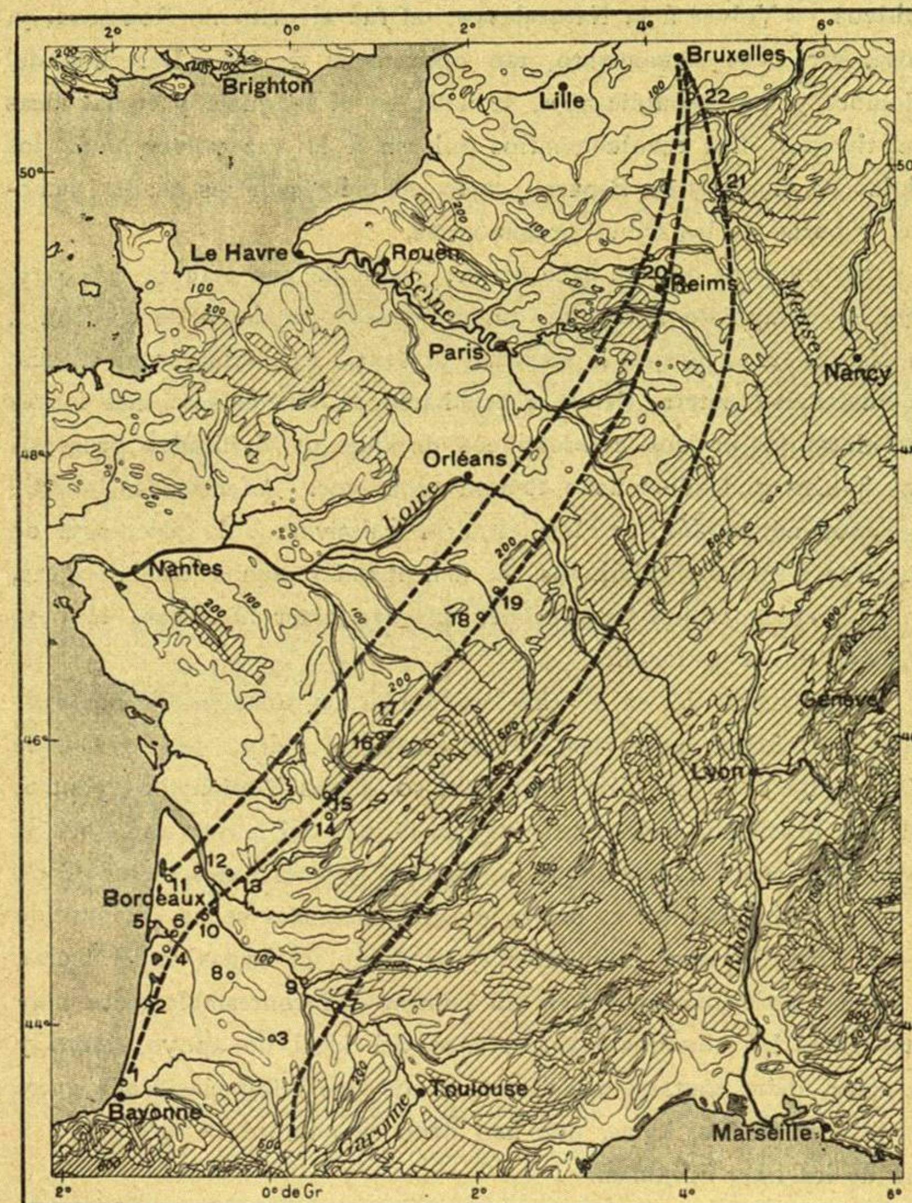
al fin ceden ante el avance de las teorías que explican la formación de los mundos por una evolución lenta, una emergencia gradual de las cosas fuera del caos primitivo. Ahora bien, ¿qué es este fenómeno si no, por definición, el progreso mismo, ya se le admita implícitamente, como lo hizo Aristóteles, ó se le conozca en palabras precisas, elocuentes, como lo hizo Lucrecio [1]?

La idea de que ha habido progreso durante el curso de cortas generaciones y en el conjunto de la evolución de los hombres, debe en parte su arraigo en las inteligencias á que las investigaciones geológicas nos han revelado en la sucesión de los fenómenos, si no un «plan divino», como antes se decía, una evolución natural que iba perfeccionando sucesivamente la vida en organismos cada vez más complejos. Las primeras formas vitales cuyos restos ó huellas se ven en los cimientos más antiguos de la tierra, presentan rasgos rudimentarios, uniformes, poco diferenciados, que constituyen como otros tantos bocetos cada vez más perfeccionados de las especies que aparecen ulteriormente en el curso de las edades. Las plantas hojosas vienen después de los vegetales sin hojas: los animales vertebrados siguen á los invertebrados; de ciclo en ciclo se desarrollan los cerebros, y el hombre, llegado el último, con excepción, sin embargo, de sus propios parásitos [2], es el único de todos los animales que ha adquirido, por la palabra, la plena libertad de expresar su pensamiento, y, por el fuego, el poder de transformar la Naturaleza.

Refiriendo el pensamiento á un campo más reducido, á aquel en que se limita la historia escrita de las naciones, el progreso general no aparece con la misma evidencia, y muchos pensadores sombríos han podido decir que la humanidad no progresa, sino que cambia de lugar, ganando por un lado, perdiendo por otro, elevándose por ciertos pueblos, gangrenándose por otros. En la misma época en que los sociólogos más optimistas preparaban la Revolución francesa, en nombre de los progresos indefinidos del hombre, otros escritores, impresionados por los relatos de los exploradores á quienes había seducido la vida sencilla de los pueblos

[1] M. Guyau, *Morale d'Epicure*, p. 157.
[2] Elie Metchnikoff, *Etudes sur la nature humaine*.

N.º 590. Conquista gradual de la atmósfera.



1: 6 000 000

0 100 200 300 Kil

Sólo se trata aquí de globos no dirigibles. El 15 de Septiembre de 1907, en un concurso de distancia, partieron de Bruselas 22 globos y descendieron en los puntos señalados con un número de orden. Las tres rayas indican la ruta del vencedor (917 kilómetros), seguida casi igualmente por muchos concurrentes, y las de los dos globos que se separaron más. Quince pilotos efectuaron un trayecto de más de 600 kilómetros y tres atravesaron el Garona exactamente por el mismo punto.

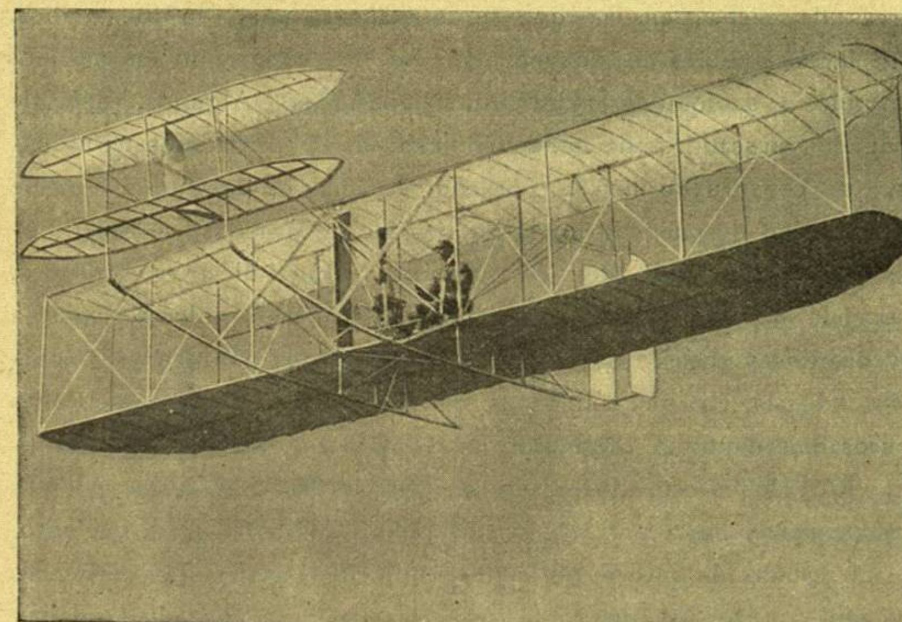
lejanos, hablaban de volver al género de existencia de aquellos primitivos. «Volver á la Naturaleza», tal fué el grito de Rousseau, y, cosa, rara, ese llamamiento, tan opuesto al de los «Derechos del Hombre y del Republicano», se halla en el lenguaje y en las ideas del tiempo. Los revolucionarios quieren á la vez volver hacia los siglos de Roma y de Esparta, como también hacia las edades dichosas y puras de las tribus prehistóricas.

En nuestros días se hace sentir, y aun de una manera más seria que en tiempo de Rousseau, un movimiento análogo de «vuelta á la Naturaleza», porque la sociedad presente, extendida hasta abrazar la humanidad entera, tiende á asimilarse de una manera más íntima los elementos étnicos heterogéneos de que los civilizados progresivos habían quedado mucho tiempo separados. Además, las investigaciones antropológicas, los estudios relativos á la psicología de nuestros hermanos primitivos, se han llevado mucho más adelante, y han venido viajeros de primer orden á traer al debate el peso decisivo de su testimonio.

No estamos ya en el caso de fundarnos solamente sobre sencillas relaciones como las de un Jean de Léry, de un Claude d'Abbeville ó de un Yves d'Evreux, sobre los Topinambos y otros salvajes brasileños, relaciones que son dignas del mayor aprecio. Se tiene algo mejor también que las rápidas observaciones de un Cook ó de un Bougainville: el tesoro de conocimientos se ha enriquecido con testimonios muy escrupulosos, producto de largas experiencias, y, entre las tribus que han de colocarse incontestablemente muy altas entre los hombres más cercanos del ideal de apoyo mutuo y de amor, debe contarse precisamente con una tribu clasificada entre los primitivos, los Aetas, que han dado su nombre de «Negros» á una de las islas Filipinas.

A pesar de todo el mal que los blancos les han hecho, esos «negritos» han permanecido dulces y benévolos respecto de sus perseguidores; pero entre ellos principalmente es donde se manifiestan las virtudes de la raza. Los miembros de la tribu se consideran todos hermanos, y al nacimiento de un hijo se reune toda la gran familia para decir el nombre de buen augurio que recibirá el recién nacido. Las uniones conyugales, siempre monogámicas, dependen

de la libre voluntad de los esposos. Se cuida á los enfermos, á los niños y á los ancianos con perfecta amabilidad; nadie ejerce el poder, pero todos se inclinan espontáneamente ante el anciano para atestiguarle el respeto debido á su experiencia y á su edad [1]. ¿Hay alguna nación en Europa ó en América á la que puedan aplicarse semejantes elogios? ¿Existe aún esa humilde sociedad de los buenos



Cl. Pierre Laffite.

WILBUR WRIGHT EN SU AEROPLANO

Tomado de la *Vie au Grand Air*.
El primer vuelo de los hermanos Wright, en un aparato de motor, en 17 Diciembre de 1903.

Aetas? ¿Ha podido conservar sus nidos de ramajes entretejidos y sus chozas de bambús ó de palmas, á pesar de las grandes cazas americanas?

Tomemos otro ejemplo entre hombres que tengan un horizonte más extenso, entre poblaciones que se aproximen á la raza blanca y que, por su mismo género de vida, se vean obligados á pasar una gran parte de su existencia fuera de la casa materna. Los Unungunes, designados por los Rusos con el nombre de Aleutas,

[1] Semper, *Die Philippinen und ihre Bewohner;* F. Blumentritt, *Versuch einer Ethnographie der Philippinen;* Ergänzungsheft zu den Pet. Mit., n.º 67.

tomado de la denominación de las islas en que están establecidos, habitan una región de lluvias, de vientos y de tormentas: adaptándose al medio, construyen cabañas subterráneas, formadas en su mayor parte de ramas trenzadas cubiertas de barro endurecido, que reciben luz por una claraboya de la parte superior á través de una gruesa lente de hielo. Las necesidades de la alimentación han hecho de los Aleutas un pueblo de pescadores hábiles en el manejo de barcas de pieles, en las que se introducen como en un tambor. Los mares temibles en que navegan les han convertido en marinos intrépidos y sabios adivinadores de tempestades. Algunos, especialmente los pescadores de ballenas, llegan á ser verdaderos naturalistas, que constituyen una corporación especial en la que no puede entrarse sino después de un largo período de pruebas[1]. Los Aleutas, como sus vecinos de tierra firme, son muy diestros escultores, y se han hallado objetos muy curiosos en sus sepulcros, bajo la bóveda de las rocas. La complejidad de la vida aleutiena se manifiesta además en un código de convenciones sociales, practicadas rigurosamente por la costumbre entre parientes, aliados y extranjeros. Llegados á este alto grado relativo de civilización, los Aleutas permanecieron hasta una época reciente, á causa de su aislamiento, en un estado de paz y perfecto equilibrio social. Los primeros navegantes europeos que entraron en relaciones con ellos, alaban unánimemente sus cualidades y sus virtudes. El arzobispo Innokenti, más conocido con el nombre de Veniaminov, que fué testigo de su vida durante diez años, los pinta como «los más afectuosos de los hombres», como seres de una modestia y de una discreción incomparable, que no incurren jamás en la menor violencia de lenguaje ó de acción: «durante nuestros años de vida común, ni una palabra grosera ha salido de su boca». No podrían compararse, á este respecto, nuestros pueblos del Occidente de Europa con el pequeño pueblo de los Aleutas. Tan admirables eran en aquellos insulares el espíritu de solidaridad y de dignidad moral, que unos misioneros ortodoxos griegos se resignaron á no intentar su conversión: «¡Para qué enseñarles nuestras oraciones, si valen más que nosotros![2]»

[1] Alphonse Pinard, *Bull. de la Soc. de Géog.*, Diciembre 1873.
[2] A. Bastian, *Rechtszustände*.

Á estos ejemplos elegidos en diversos estados de la civilización, pueden añadirse otros, igualmente significativos, tomados en los viajes de los sociólogos ó en las obras especiales de etnología. Pueden hacerse constar también muchos casos en que la superioridad moral, lo mismo que una apreciación más serena de la vida, se encuentran en sociedades llamadas salvajes ó bárbaras, muy inferiores á la nuestra por la comprensión intelectual de las cosas. En la espiral indefinida que la humanidad no cesa de recorrer, evolucionando sobre sí misma por un movimiento continuo vagamente asimilable á la rotación de la Tierra, ha sucedido con frecuencia que ciertas partes del gran cuerpo se han aproximado más que otras al foco ideal de la órbita. Quizá será conocida un día en toda su precisión la ley de ese vaivén: actualmente basta consignar los simples hechos sin arriesgarse á deducir conclusiones prematuras y sobre todo sin aceptar las paradojas de sociólogos desilusionados y pesimistas que no ven en los progresos materiales de la humanidad más que los indicios de su decadencia.

Grandes pensadores se han abandonado, al parecer, en ocasiones á esta impresión. El memorable pasaje del *Malay archipelago*, publicado por A. R. Wallace, ¿no puede ser considerado como una especie de manifiesto, como un reto dirigido á los que aceptan sin restricción la hipótesis del progreso indefinido de la humanidad? Y ese reto espera todavía su respuesta. No es, pues, inútil recordar sus palabras y tomarlas por texto de comprobación en los estudios históricos: «Si el ideal social es la armonía de la libertad individual con la voluntad colectiva, realizada por el desarrollo, convenientemente equilibrado, de nuestras fuerzas intelectuales, morales y físicas, estado en que cada uno y todos seremos tan aptos para la vida social, por el conocimiento de lo que es justo y por la irresistible inclinación á informar en ello nuestra conducta, que las restricciones y las penas no tendrán ya razón de ser... ¿no es sorprendente que en un grado muy ínfimo de la civilización se halle algo aproximado á ese estado de perfección? Yo he vivido mucho tiempo en medio de las comunidades de salvajes en la América del Sud y en el Extremo Oriente, que no tienen más leyes ni más tribunal que la opinión pública libremente expresada por la

tomado de la denominación de las islas en que están establecidos, habitan una región de lluvias, de vientos y de tormentas: adaptándose al medio, construyen cabañas subterráneas, formadas en su mayor parte de ramas trenzadas cubiertas de barro endurecido, que reciben luz por una claraboya de la parte superior á través de una gruesa lente de hielo. Las necesidades de la alimentación han hecho de los Aleutas un pueblo de pescadores hábiles en el manejo de barcas de pieles, en las que se introducen como en un tambor. Los mares temibles en que navegan les han convertido en marinos intrépidos y sabios adivinadores de tempestades. Algunos, especialmente los pescadores de ballenas, llegan á ser verdaderos naturalistas, que constituyen una corporación especial en la que no puede entrarse sino después de un largo período de pruebas [1]. Los Aleutas, como sus vecinos de tierra firme, son muy diestros escultores, y se han hallado objetos muy curiosos en sus sepulcros, bajo la bóveda de las rocas. La complejidad de la vida aleutiena se manifiesta además en un código de convenciones sociales, practicadas rigurosamente por la costumbre entre parientes, aliados y extranjeros. Llegados á este alto grado relativo de civilización, los Aleutas permanecieron hasta una época reciente, á causa de su aislamiento, en un estado de paz y perfecto equilibrio social. Los primeros navegantes europeos que entraron en relaciones con ellos, alaban unánimemente sus cualidades y sus virtudes. El arzobispo Innokenti, más conocido con el nombre de Veniaminov, que fué testigo de su vida durante diez años, los pinta como «los más afectuosos de los hombres», como seres de una modestia y de una discreción incomparable, que no incurren jamás en la menor violencia de lenguaje ó de acción: «durante nuestros años de vida común, ni una palabra grosera ha salido de su boca». No podrían compararse, á este respecto, nuestros pueblos del Occidente de Europa con el pequeño pueblo de los Aleutas. Tan admirables eran en aquellos insulares el espíritu de solidaridad y de dignidad moral, que unos misioneros ortodoxos griegos se resignaron á no intentar su conversión: «¡Para qué enseñarles nuestras oraciones, si valen más que nosotros! [2]»

[1] Alphonse Pinard, *Bull. de la Soc. de Géog.*, Diciembre 1873.
[2] A. Bastian, *Rechtszustände*.

Á estos ejemplos elegidos en diversos estados de la civilización, pueden añadirse otros, igualmente significativos, tomados en los viajes de los sociólogos ó en las obras especiales de etnología. Pueden hacerse constar también muchos casos en que la superioridad moral, lo mismo que una apreciación más serena de la vida, se encuentran en sociedades llamadas salvajes ó bárbaras, muy inferiores á la nuestra por la comprensión intelectual de las cosas. En la espiral indefinida que la humanidad no cesa de recorrer, evolucionando sobre sí misma por un movimiento continuo vagamente asimilable á la rotación de la Tierra, ha sucedido con frecuencia que ciertas partes del gran cuerpo se han aproximado más que otras al foco ideal de la órbita. Quizá será conocida un día en toda su precisión la ley de ese vaivén: actualmente basta consignar los simples hechos sin arriesgarse á deducir conclusiones prematuras y sobre todo sin aceptar las paradojas de sociólogos desilusionados y pesimistas que no ven en los progresos materiales de la humanidad más que los indicios de su decadencia.

Grandes pensadores se han abandonado, al parecer, en ocasiones á esta impresión. El memorable pasaje del *Malay archipelago*, publicado por A. R. Wallace, ¿no puede ser considerado como una especie de manifiesto, como un reto dirigido á los que aceptan sin restricción la hipótesis del progreso indefinido de la humanidad? Y ese reto espera todavía su respuesta. No es, pues, inútil recordar sus palabras y tomarlas por texto de comprobación en los estudios históricos: «Si el ideal social es la armonía de la libertad individual con la voluntad colectiva, realizada por el desarrollo, convenientemente equilibrado, de nuestras fuerzas intelectuales, morales y físicas, estado en que cada uno y todos seremos tan aptos para la vida social, por el conocimiento de lo que es justo y por la irresistible inclinación á informar en ello nuestra conducta, que las restricciones y las penas no tendrán ya razón de ser... ¿no es sorprendente que en un grado muy ínfimo de la civilización se halle algo aproximado á ese estado de perfección? Yo he vivido mucho tiempo en medio de las comunidades de salvajes en la América del Sud y en el Extremo Oriente, que no tienen más leyes ni más tribunal que la opinión pública libremente expresada por la

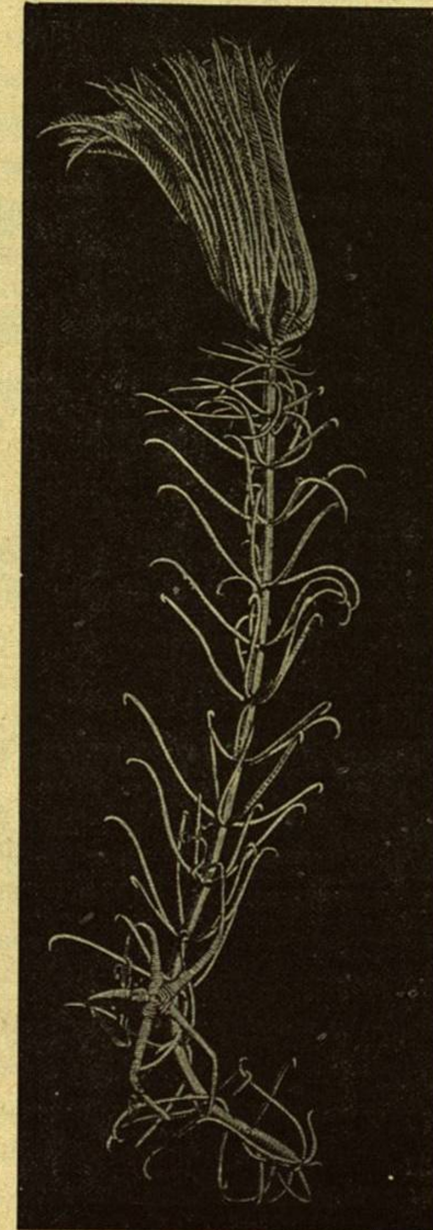
población. Cada hombre respeta allí escrupulosamente los derechos de su prójimo, y muy rara vez, por no decir nunca, ocurre una infracción á esta regla. Una igualdad casi perfecta reina en las comunidades; nada hay allí semejante á la amplia demarcación entre la educación y la ignorancia, entre la riqueza y la pobreza, entre el amo y el servidor, tal como se presenta en nuestra civilización. No hay tampoco división del trabajo que, aumentando las riquezas, ponga los intereses en conflicto, ni concurrencia encarnizada ó lucha por la vida»... «Tratándose del conjunto de nuestras poblaciones, no podríamos considerarnos realmente superiores á los salvajes...»

Pero sería injusto generalizar lo que el gran naturalista y sociólogo ha dicho de los indígenas de la Amazonia y de la Insulinda, aplicándolo á todas las poblaciones salvajes de los continentes y de los archipiélagos. La isla de Borneo, donde Wallace encontró tantos ejemplos de esa nobleza moral que determinaron su juicio, es aquella misma tierra grande que Boek describe bajo el nombre de «País de los Caníbales»[1], y que también podría llamarse «País de los corta-cabezas» aludiendo á aquellos de los Dayaks que, para adquirir el derecho de llamarse «Hombres» y de fundar una familia, han de haber cortado una ó varias cabezas por astucia ó en franco combate. Asimismo aquella maravillosa isla de Taiti, la Nueva Citerea, de que hablan los navegantes del siglo XVIII con cándido entusiasmo, no responde más que parcialmente á los elogios que de ella hicieron los Europeos, encantados á la vez por la belleza de los paisajes y la amabilidad de los habitantes. Tales personajes augustos y dulces, tales venerables ancianos que, por su noble gravedad, parecen completar los bellísimos cuadros del paraíso oceánico, pertenecerían quizá á la temible casta de los Oros (Ariois), que, después de haber constituído un clero célibe, acabó por convertirse en asociación de parricidas, que, entre ritos infernales, mataban todos sus hijos. Verdad es que en aquella época los Taitianos evolucionaban ya en un período de cultura muy alejado del estado primitivo. Pero entonces, ¿se encontraban en regresión, en vez de desarrollarse en sentido del progreso, ó se cruzaban los dos movimientos

[1] *Unter den Kannibalen auf Borneo.*

en la vida social de la pequeña nación encerrada en su estrecho universo oceánico?

He ahí la dificultad capital. Los miles de tribus y otras aglomeraciones étnicas comprendidas por los orgullosos «civilizados» bajo el nombre de «salvajes», corresponden á momentos vivos muy diferentes unos de otros, que se espacian diversamente sobre el camino de las edades y en la infinita red de los medios. Cuando una tribu está en plena evolución progresiva, otra está en manifiesta decadencia; una avanza en un período de porvenir, otra desciende por la pendiente mortal. Cada uno de los ejemplos que los diversos autores presentan en la grande información del progreso, debería, pues, ir acompañado de la historia especial del grupo humano á que pertenece, porque dos situaciones casi idénticas en apariencia pueden tener, sin embargo, una significación absolutamente opuesta, si el uno se refiere á la infancia de un organismo y el otro pertenece á su vejez.



UN CRINOIDEO: PENTACRINUS ASTERIA
Un cuarto del tamaño natural.
(Véase página 524)

Un primer hecho resulta con evidencia de los estudios de etnografía comparada. La diferencia esencial entre la civilización de una tribu primitiva, todavía poco influída por sus vecinas, y la civilización de las grandes sociedades políticas modernas, de ambiciones desmesuradas, consiste en el carác-

ter sencillo de la una y en el carácter complejo de la otra. La primera, poco desarrollada, tiene al menos la ventaja de ser coherente y apropiada á su ideal; la segunda, infinitamente superior á la cultura primitiva por las fuerzas puestas en movimiento, es compleja y diversa, cargada de supervivencias, forzosamente incoherente y contradictoria, sin unidad, persiguiendo á la vez objetivos opuestos. En las sociedades de la prehistoria y del mundo todavía reputado salvaje, el equilibrio puede establecerse fácilmente porque su ideal es sencillo[1], y por consecuencia ciertas tribus, ciertas razas primitivas, en que están muy poco desarrollados los conocimientos científicos, no teniendo más que artes rudimentarias y con una vida sin grande variedad, han podido sin embargo alcanzar un estado de justicia mutua, de bienestar equitativo y de felicidad que superan mucho los caracteres correspondientes de nuestras sociedades modernas, tan infinitamente complejas, arrastradas por los descubrimientos y los progresos parciales en un impulso continuo de renovación, mezclado de diverso modo á todos los elementos del pasado. Cuando comparamos nuestra sociedad mundial, tan poderosa, con los pequeños é imperceptibles grupos de los primitivos que han logrado conservarse fuera del alcance de los «civilizadores» — muy frecuentemente «destructores» —, podemos creer que esos primitivos nos eran superiores y que hemos retrocedido en el camino de las edades: nuestras cualidades adquiridas no son del mismo orden que las cualidades antiguas; la comparación, por consiguiente, no puede hacerse equitativamente. El bagaje primitivo se ha aumentado grandemente. Al menos es muy grato fijar la vista sobre algunas decenas ó centenas de individuos, que se habían desarrollado armónicamente en el círculo de su estrecho cosmos y que habían podido realizar en pequeño lo que actualmente procuramos realizar en el conjunto de nuestro universo humano. En aquellas sociedades en que todos sus individuos se consideraban como formando parte de la misma familia, el objeto que se trataba de alcanzar puede decirse que se hallaba á mano, lo que es muy diferente para nuestra sociedad moderna: abraza un mundo, pero no le domina aún.

[1] Guillaume de Greef, *Sociologie générale élémentaire*, lección XI, p. 39.

Tomando la humanidad en su conjunto, aun remontándose hasta los orígenes de los seres vivientes, pueden considerarse todos los grupos sociales como normalmente constituídos en pequeñas colonias distintas, desde las salpas que flotan en series sobre el mar hasta los enjambres de abejas que se aglomeran en una misma colmena y los pueblos que procuran limitarse con precisión en un círculo de fronteras. Las primeras asociaciones son primitivamente microscópicas, después se hacen cada vez más extensas, y su complejidad no cesa de aumentarse con el tiempo, en proporción del ideal que se eleva y que se hace más difícil de conquistar. Lo adecuado á cada una de esas sociedades minúsculas, es constituir un organismo independiente que se baste á sí mismo; sin embargo, ninguna está completamente cerrada, á excepción de las que se han establecido en islas, penínsulas ó conjunto de montañas cuya vía se ha perdido. De un grupo de hombres á otro se producen encuentros, relaciones directas é indirectas, y así es como, siguiendo los cambios internos y los acontecimientos del ex-



Cl. Sevrin.

MACROTOMA COLMANTI (LAMEERE)

Coleóptero del Congo septentrional. — Cuatro tercios del tamaño natural.

(Véase página 524)

terior, cada enjambre ha podido interrumpir su evolución especial é individual, asociándose de grado ó por fuerza á otro cuerpo político, integrándose después en una organización superior que tiene que recorrer una nueva carrera de vida y de progreso. Es una transformación análoga á la que verifica una semilla que se transforma en árbol, un huevo en animal: un estado de estructura homogénea se modifica en un estado de estructura heterogénea [1]. Pero los destinos son diversos. Entre esas pequeñas sociedades aisladas, gran número perecen de agotamiento senil por algún sangriento conflicto antes de haber podido realizar el objetivo más ó menos elevado á que tendía su funcionamiento normal. Otros microcosmos mejor protegidos por las circunstancias del medio en su desarrollo armónico, han podido felizmente alcanzar la realización de su ideal, vivir conforme á las reglas de la prudencia, tal como las comprendían los antiguos. Así es como muchas tribus, sencillas en su organización social, cándidas en su concepción general del universo, puras de mezclas con otros elementos étnicos, han llegado á constituir pequeñas células bien limitadas en sus contornos, bien distribuídas en sus órganos, conscientes de su solidaridad entre todos los miembros de la tribu, y en el pleno goce cada individuo de una libertad personal absolutamente respetada, de una justicia invulnerable, de una vida reposada y tranquila aproximada al estado que podría denominarse la «felicidad», si esa palabra hubiera de significar solamente la satisfacción de los instintos, de los apetitos, de los sentimientos afectuosos.

En la historia de la humanidad muchos tipos sociales han alcanzado sucesivamente su floración definitiva, lo mismo que en los mundos, de más antiguo origen, de la flora y de la fauna, muchos géneros y especies han realizado su ideal de fuerza, de ritmo ó de belleza, sin que pueda imaginarse nada superior: la rosa, antecesora de tantas formas posteriores, no ha dejado de permanecer perfecta, insuperable. Y entre los animales, ¿pueden imaginarse organismos más acabados, cada uno en su género, que los crinoideos, los escarabeidos, las golondrinas, los antílopes, las abejas y las hormigas [2]? ¿No tiene el hombre, todavía imperfecto á sus propios ojos, en

[1] De Baer; Herbert Spencer, etc.
[2] H. Drummond, *Ascent of man.*

su rededor innumerables seres vivientes que puede admirar sin reserva si tiene los ojos y la inteligencia abiertos? Y aunque haga una selección en la infinidad de los tipos que le rodean, ¿no es en realidad por la impotencia en que se halla de abarcarlo todo? Porque cada forma, resumiendo en sí todas las leyes del universo que concurren á determinarla, es una consecuencia de ellas igualmente maravillosa.

Es, pues, tan sólo por la mayor complejidad de los elementos que entran en su formación por lo que la sociedad moderna puede reivindicar una superioridad particular sobre las sociedades que le han precedido; es más amplia, se ha constituído en un organismo más heterogéneo por la asimilación sucesiva de los organismos yuxtapuestos. Mas, por otra parte, esta vasta sociedad tiende á simplificarse; procura realizar la unidad humana haciéndose gradualmente depositaria de todas las adquisiciones del trabajo y del pensamiento en todos los países y en todas las edades. En tanto que las diversas tribus que viven aparte representan la diversidad, la nación que aspira á la preeminencia y aun á la absorción de los demás grupos étnicos tiende á constituir la gran unidad; de hecho procura resolver en su beneficio todas las antinomias, hacer una sola verdad de todas las pequeñas verdades diseminadas; ¡pero cuán difícil, sembrado de obstáculos y sobre todo surcado de pérfidos senderos que al principio parecen paralelos á la vía principal y en los cuales se penetra sin temor, está el camino que conduce á tal objeto! La historia nos muestra cómo cada nación, por bien dotada que esté, por gozosa de fuerza y de salud que fuera en su edad de oro, acaba por retrasarse después de cierto período de décadas ó de siglos, se descompone después en bandas que por las malezas ribereñas van á perderse á derecha é izquierda; á veces tratan de volver hacia los orígenes: la diversidad de lenguas, de partidos, de intereses locales dominan sobre el sentimiento de la unidad humana que había sostenido por un tiempo la nación progresiva.

En nuestros días, los diversos grupos étnicos civilizados están ya de tal modo penetrados de esta idea de la unidad humana, que puede decirse que están inmunizados contra la decadencia y contra la muerte. Á menos de grandes revoluciones cósmicas, cuya sombra

terior, cada enjambre ha podido interrumpir su evolución especial é individual, asociándose de grado ó por fuerza á otro cuerpo político, integrándose después en una organización superior que tiene que recorrer una nueva carrera de vida y de progreso. Es una transformación análoga á la que verifica una semilla que se transforma en árbol, un huevo en animal: un estado de estructura homogénea se modifica en un estado de estructura heterogénea [1]. Pero los destinos son diversos. Entre esas pequeñas sociedades aisladas, gran número perecen de agotamiento senil por algún sangriento conflicto antes de haber podido realizar el objetivo más ó menos elevado á que tendía su funcionamiento normal. Otros microcosmos mejor protegidos por las circunstancias del medio en su desarrollo armónico, han podido felizmente alcanzar la realización de su ideal, vivir conforme á las reglas de la prudencia, tal como las comprendían los antiguos. Así es como muchas tribus, sencillas en su organización social, cándidas en su concepción general del universo, puras de mezclas con otros elementos étnicos, han llegado á constituir pequeñas células bien limitadas en sus contornos, bien distribuídas en sus órganos, conscientes de su solidaridad entre todos los miembros de la tribu, y en el pleno goce cada individuo de una libertad personal absolutamente respetada, de una justicia invulnerable, de una vida reposada y tranquila aproximada al estado que podría denominarse la «felicidad», si esa palabra hubiera de significar solamente la satisfacción de los instintos, de los apetitos, de los sentimientos afectuosos.

En la historia de la humanidad muchos tipos sociales han alcanzado sucesivamente su floración definitiva, lo mismo que en los mundos, de más antiguo origen, de la flora y de la fauna, muchos géneros y especies han realizado su ideal de fuerza, de ritmo ó de belleza, sin que pueda imaginarse nada superior: la rosa, antecesora de tantas formas posteriores, no ha dejado de permanecer perfecta, insuperable. Y entre los animales, ¿pueden imaginarse organismos más acabados, cada uno en su género, que los crinoideos, los escarabeidos, las golondrinas, los antílopes, las abejas y las hormigas [2]? ¿No tiene el hombre, todavía imperfecto á sus propios ojos, en

[1] De Baer; Herbert Spencer, etc.
[2] H. Drummond, *Ascent of man*.

su rededor innumerables seres vivientes que puede admirar sin reserva si tiene los ojos y la inteligencia abiertos? Y aunque haga una selección en la infinidad de los tipos que le rodean, ¿no es en realidad por la impotencia en que se halla de abarcarlo todo? Porque cada forma, resumiendo en sí todas las leyes del universo que concurren á determinarla, es una consecuencia de ellas igualmente maravillosa.

Es, pues, tan sólo por la mayor complejidad de los elementos que entran en su formación por lo que la sociedad moderna puede reivindicar una superioridad particular sobre las sociedades que le han precedido; es más amplia, se ha constituído en un organismo más heterogéneo por la asimilación sucesiva de los organismos yuxtapuestos. Mas, por otra parte, esta vasta sociedad tiende á simplificarse; procura realizar la unidad humana haciéndose gradualmente depositaria de todas las adquisiciones del trabajo y del pensamiento en todos los países y en todas las edades. En tanto que las diversas tribus que viven aparte representan la diversidad, la nación que aspira á la preeminencia y aun á la absorción de los demás grupos étnicos tiende á constituir la gran unidad; de hecho procura resolver en su beneficio todas las antinomias, hacer una sola verdad de todas las pequeñas verdades diseminadas; ¡pero cuán difícil, sembrado de obstáculos y sobre todo surcado de pérfidos senderos que al principio parecen paralelos á la vía principal y en los cuales se penetra sin temor, está el camino que conduce á tal objeto! La historia nos muestra cómo cada nación, por bien dotada que esté, por gozosa de fuerza y de salud que fuera en su edad de oro, acaba por retrasarse después de cierto período de décadas ó de siglos, se descompone después en bandas que por las malezas ribereñas van á perderse á derecha é izquierda; á veces tratan de volver hacia los orígenes: la diversidad de lenguas, de partidos, de intereses locales dominan sobre el sentimiento de la unidad humana que había sostenido por un tiempo la nación progresiva.

En nuestros días, los diversos grupos étnicos civilizados están ya de tal modo penetrados de esta idea de la unidad humana, que puede decirse que están inmunizados contra la decadencia y contra la muerte. Á menos de grandes revoluciones cósmicas, cuya sombra

no se ha proyectado aún entre nosotros, las naciones modernas se librarán en lo sucesivo de esos fenómenos de ruina, definitiva en apariencia, que se han producido en tantos pueblos antiguos. Ciertamente que las «transgresiones» políticas, análogas á las transgresiones marinas sobre las costas, se realizarán sobre las fronteras de los Estados, y esas fronteras mismas desaparecerán en muchos sitios, esperando el día en que dejen de existir en todas partes; podrán borrarse de los mapas diversos nombres geográficos, pero eso no impedirá que los pueblos abrazados en el terreno de la civilización moderna, parte considerabilísima de las tierras emergidas de las aguas, continúen participando de los progresos materiales, intelectuales y morales unos de otros. Están en el período de la ayuda mutua, y, aunque se entrechoquen en embates sangrientos, no dejan de trabajar parcialmente en la obra común. Cuando la última guerra europea entre Francia y Alemania perecieron centenas de millares de hombres, se arrasaron campos cultivados y se destruyeron grandes riquezas, se execraron y maldijeron de una parte y de otra; pero ello no impidió que el trabajo del pensamiento continuara de ambos lados en beneficio de todos los hombres, incluso los adversarios mutuos. Se disputó patrióticamente para saber dónde se había descubierto y aplicado eficazmente por primera vez el suero de la difteria, si al Este ó al Oeste de los Vosgos, pero en Francia como en Alemania el medicamento aumentó el poder del hombre, solidario sobre la naturaleza indiferente. De ese modo mil otras invenciones nuevas han llegado á ser el patrimonio común de las dos naciones vecinas, enemigas, rivales, es cierto, pero en el fondo íntimamente amigas, puesto que trabajan con ardor en la obra general que ha de aprovechar á todos los hombres. Y allá abajo, del lado del Extremo Oriente, la guerra sorda ó desencadenada entre Japoneses y Rusos no puede detener los admirables progresos que se realizan en esas regiones del mundo en el sentido de la distribución de la cultura y del ideal humanos. Ya un período histórico mereció el nombre de «humanismo», porque unía á todos los hombres hermanados por el estudio del pasado griego y latino, en el goce común de los altos pensamientos expresados en tan bellos idiomas; ¡cuánto más derecho tendrá nuestra

época á una denominación análoga, puesto que asocia en un grupo solidario, no sólo una confraternidad de eruditos, sino naciones enteras, salidas de las razas más diversas que pueblan los relativamente más lejanos países del globo!

Y sin embargo, en nuestros días el sentimentalismo humanitario está en baja; todos nuestros grandes escritores, todos los hombres de Estado derrochan ingenio á expensas de esa pobre sentimentalidad, debido á que la segunda mitad del siglo XIX ha sido fértil en enseñanzas relativas á las formas que á veces toma el progreso. Los revolucionarios de 1848 lanzaron con brillo particular la palabra «humanidad», pero aquellas buenas gentes, en su profunda ignorancia, no tenían idea alguna de las dificultades que habían de encontrar á su propaganda, y fué muy fácil ridiculizarlos después de la derrota. Vino después la guerra franco-alemana, que elevó á la cúspide de la gloria la política bismarckiana, floreciente en la sentimental Alemania. Se puso empeño en copiar, aunque con general incapacidad, la manera de obrar del Canciller de Hierro, cuya sombra reina aún sobre nosotros. A la libertad de Grecia y de las Dos Sicilias, á las aclamaciones que saludaron un Byron, un Kossuth, un Garibaldi, un Herzen, ha sucedido la conducta más prudente ante las carnicerías de Armenia, las matanzas del Africa austral y los progroms de Rusia. En todos los países de Occidente domina un ardiente nacionalismo, y en general las fronteras se han reforzado desde hace cincuenta años. Hemos visto también, en la Gran Bretaña, la idea republicana, que reunía muchos partidarios antes de 1870, borrarse poco á poco de la política corriente, y lo mismo sucede en todos los países civilizados respecto de las «utopías» más generosas. Habría motivo para desanimarse considerando esas evoluciones innegables como retrocesos definitivos, si se perdiera de vista la investigación de las causas; pero cuando se ha comprendido el funcionamiento de esas reacciones, no puede conservarse la menor duda de que ha de resonar nuevamente el grito de «humanidad» cuando los «humillados y ofendidos», que no han cesado de pronunciarle entre sí, se hayan asimilado un perfecto conocimiento científico; cuando hayan adquirido una mayor destreza en su inteligencia internacional, se sentirán bastante fuertes hasta impedir para siempre toda amenaza de guerra.

Por graves, por llenas de peligros que puedan ser en sus detalles las discusiones entre los gobiernos rivales, esas disputas, aun seguidas de guerras, no pueden tener consecuencias análogas á las de las luchas de otros tiempos que hicieron desaparecer los Hititas, los Elamitas, los Sumerianos y Acadios, los Asirios, los Persas y, antes que ellos, tantas civilizaciones cuyos nombres hasta nos son desconocidos. En realidad, todas las naciones, incluso las que se tienen por enemigas, constituyen, á pesar de sus jefes y de las supervivencias de odios, una sola nación cuyos progresos locales reaccionan sobre el conjunto y constituyen un progreso general. Los que el «filósofo desconocido» del siglo XVIII llamaba los «hombres de deseo», es decir, los que quieren el bien y trabajan para realizarle, son ya muy numerosos y bastante activos y armoniosamente agrupados en una nación moral para que su obra de progreso se sobreponga á los elementos de retroceso y de disociación que producen los odios supervivientes.

Á esa nación nueva, compuesta de individuos libres, independientes los unos de los otros, pero tanto más amantes y solidarios; á esa humanidad en formación hay que dirigirse para la propaganda de todas las ideas que parecen justas y renovadoras. La gran patria se ha ensanchado hasta los antípodas, y como tiene conciencia de sí misma, siente la necesidad de darse una lengua común: no basta que los nuevos conciudadanos se adivinen de un extremo á otro del mundo, es preciso que se comprendan plenamente, pudiendo deducirse en conclusión y con toda certidumbre que el lenguaje deseado verá la luz: todo ideal fuertemente deseado se realiza.

Esta unión espontánea de los hombres de buena voluntad por encima de las fronteras, quita todo valor directivo á las «leyes», falsamente así denominadas, que se han deducido de la evolución anterior de la historia y que, no obstante, merecen ser clasificadas en la memoria de los hombres como habiendo tenido su verdad relativa. Así debe recordarse la teoría según la cual la civilización habría caminado alrededor de la Tierra en sentido de Oriente á Occidente, lo mismo que el sol, fijando su foco cada mil años sobre la circunferencia del planeta. Algunos historiadores, seducidos por la elegante parábola descrita por la marcha de la civilización



Cl. del *Photochrom*.

EL KASBEK, VISTO DESDE EL VALLE DEL ARAGVA, AL SUD

entre la Babilonia antigua y nuestras Babilonias modernas, formularon la ley de la precesión de la cultura. Sin embargo, desde antes de la época del florecimiento helénico, los Egipcios, abrazando en su espíritu la inmensidad del mundo nilótico, real universo por su extensión y su aislamiento, daban otra dirección á la propagación del pensamiento humano: creían que le habían recibido de Sud á Norte, traído por la corriente del Nilo, del mismo modo que habían llegado los aluviones fecundos. Probablemente se engañaban, y, al menos en una época histórica conocida, la civilización se propagó en sentido contrario, desde Menfis á Tebas de las «Cien Puertas». En otras comarcas no hay duda que, á lo largo de los ríos y en sentido de su corriente, el movimiento de cultura hizo nacer las ciudades populosas, centros del trabajo humano. Así fué como en la India la trayectoria siguió de Noroeste á Sudeste, en las márgenes del Ganges y del Djamma; y en las inmensas llanuras chinas, la «línea de vida» se dirigió de Este á Oeste en los valles de Hoang-ho y del Yangtse-kiang.

Esos ejemplos bastan para demostrar que la pretendida ley del progreso que determinaría el traslado sucesivo del foco mundial por excelencia en el sentido de Oriente á Occidente, sólo tiene un valor temporal, local, y que otros movimientos seriales han prevalecido en diversas comarcas, según la inclinación del suelo y las fuerzas de atracción que suscitan las condiciones del medio [1]. No obstante, bueno es recordar la tesis clásica, no sólo á causa de los hechos que explican su origen, sino también porque está todavía reivindicada por una ambiciosa nación del «Gran Oeste», que proclama altamente sus derechos á la preeminencia. ¿Pero no ha llegado á ser evidente, para los miembros de la gran familia humana, que el centro de la civilización está ya en todas partes, en virtud de mil descubrimientos y aplicaciones que se hacen diariamente, aquí ó allá, y se propagan en seguida de ciudad en ciudad sobre la redondez de la Tierra? Los trazados imaginarios que las historias antiguas dibujaban sobre la circunferencia del globo, se han ahogado, por decirlo así, bajo el avance de la inundación que cubre actualmente todos los países: es verdaderamente ese diluvio de saber de que

[1] *Véase* el cap. VI, lib. I.

entre la Babilonia antigua y nuestras Babilonias modernas, formularon la ley de la precesión de la cultura. Sin embargo, desde antes de la época del florecimiento helénico, los Egipcios, abrazando en su espíritu la inmensidad del mundo nilótico, real universo por su extensión y su aislamiento, daban otra dirección á la propagación del pensamiento humano: creían que le habían recibido de Sud á Norte, traído por la corriente del Nilo, del mismo modo que habían llegado los aluviones fecundos. Probablemente se engañaban, y, al menos en una época histórica conocida, la civilización se propagó en sentido contrario, desde Menfis á Tebas de las «Cien Puertas». En otras comarcas no hay duda que, á lo largo de los ríos y en sentido de su corriente, el movimiento de cultura hizo nacer las ciudades populosas, centros del trabajo humano. Así fué como en la India la trayectoria siguió de Noroeste á Sudeste, en las márgenes del Ganges y del Djamma; y en las inmensas llanuras chinas, la «línea de vida» se dirigió de Este á Oeste en los valles de Hoang-ho y del Yangtse-kiang.

Esos ejemplos bastan para demostrar que la pretendida ley del progreso que determinaría el traslado sucesivo del foco mundial por excelencia en el sentido de Oriente á Occidente, sólo tiene un valor temporal, local, y que otros movimientos seriales han prevalecido en diversas comarcas, según la inclinación del suelo y las fuerzas de atracción que suscitan las condiciones del medio [1]. No obstante, bueno es recordar la tesis clásica, no sólo á causa de los hechos que explican su origen, sino también porque está todavía reivindicada por una ambiciosa nación del «Gran Oeste», que proclama altamente sus derechos á la preeminencia. ¿Pero no ha llegado á ser evidente, para los miembros de la gran familia humana, que el centro de la civilización está ya en todas partes, en virtud de mil descubrimientos y aplicaciones que se hacen diariamente, aquí ó allá, y se propagan en seguida de ciudad en ciudad sobre la redondez de la Tierra? Los trazados imaginarios que las historias antiguas dibujaban sobre la circunferencia del globo, se han ahogado, por decirlo así, bajo el avance de la inundación que cubre actualmente todos los países: es verdaderamente ese diluvio de saber de que

[1] *Véase* el cap. VI, lib. I.

hablaba el Evangelio, desde otro punto de vista, que se extiende igualmente sobre todas las partes del mundo. El elemento espacio ha perdido importancia, porque el hombre puede enterarse, y se entera, en efecto, de todos los fenómenos del suelo, del clima, de la historia y de la sociedad que distinguen los diferentes países. Comprenderse es ya asociarse, confundirse en cierto modo. Es cierto que el contraste existe siempre entre tierra y tierra, nación y nación, pero se atenúa y tiende gradualmente á neutralizarse en el entendimiento de las gentes ilustradas. El foco de la civilización es todo punto donde se piensa, donde se agita; es el laboratorio del Japón, de Alemania, de América, donde se descubren las propiedades de tal metal ó de tal cuerpo químico, el taller donde se construye tal propulsor de barco ó de aeronave, el obervatorio donde se descubre tal fenómeno desconocido en el movimiento de los astros.

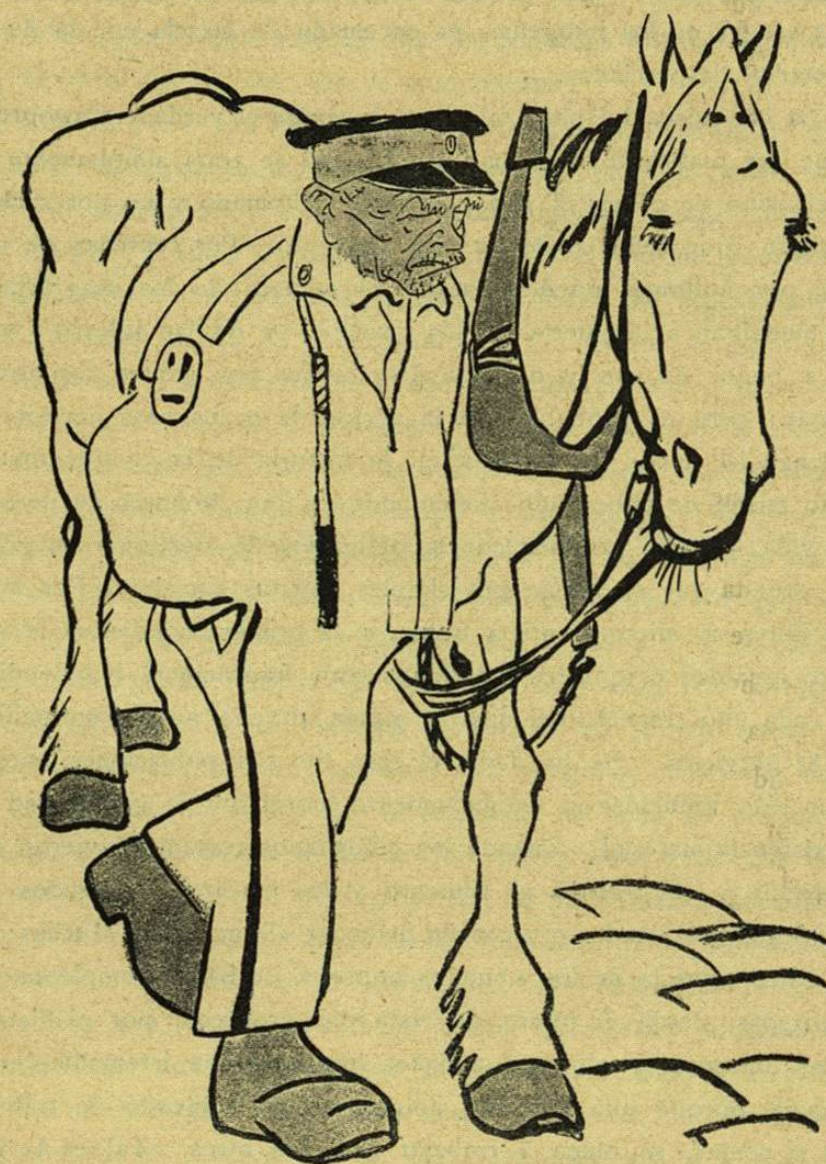
La teoría, antes famosa, de Vico, sobre los *corsi* y los *ricorsi*, el flujo y el reflujo de las evoluciones históricas, se halla tan abandonada en la discusión, como la hipótesis del desplazamiento sucesivo de los centros de cultura. No hay duda que una sociedad cerrada, procediendo como un individuo distinto, debe tener una tendencia natural á desarrollarse siguiendo oscilaciones rítmicas, en períodos de actividad sucesores de las horas de reposo, y cuando comienza de nuevo; el empleo de los mismos elementos en condiciones análogas ha de producir un funcionamiento casi idéntico. El vaivén de la democracia al régimen de los tiranos y de la tiranía al gobierno popular ha podido realizarse con un balanceo semejante al del reloj. Pero desde que la ciencia de la historia se ha agrandado y los elementos étnicos se hallan diversamente aumentados, la perturbación ha debido necesariamente producirse en la alternativa rítmica de los acontecimientos: el flujo y reflujo forman tal amplitud y se entremezclan de una manera tan variada que no puede reconocérseles con certidumbre, y, en gran parte, para hallarlos en una bella ordenación, se ha reemplazado la figura plana en que se mueve el balancín de Vico, por una curva sin fin de aspirales ascendentes. Tal es la imagen poética con que Goethe los representaba, la cual sólo muy de lejos responde á la realidad. La verdad es que el enredo infinito de los hechos históricos, se presenta á los que lo estudian en general como desplegándose en grandes masas; pero en el interior se produce incesantemente un movimiento de acción y de reacción, y la resultante de las diferentes fuerzas en conflicto no puede llevar la humanidad por la línea recta. Un conjunto de tan prodigiosa heterogeneidad no está desprovisto de desarrollos armónicos, de admirables oscilaciones en los mil detalles de sus cuadros, pero las formas geométricas, por elegantes que sean, son insuficientes para dar una idea de las infinitas ondulaciones.

Esa misma extensión del campo de estudios, que crece con las revoluciones y los siglos, constituye uno de los principales elementos de progreso: la humanidad consciente ha aumentado constantemente en la misma proporción de la asimilación geográfica de las tierras lejanas al mundo ya científicamente investigado. Y en tanto que el explorador conquista el espacio y permite así á los hombres de buena voluntad asociar sus esfuerzos por todo el mundo, el historiador, vuelto hacia el pasado, conquista el tiempo. El género humano, que se hace Uno bajo todas las latitudes y todos los meridianos, intenta igualmente realizarse bajo una forma que comprenda todas las edades. Es esta una conquista no menos importante que la primera. Todas las civilizaciones anteriores, hasta las de la prehistoria, entreabren ante nosotros el tesoro de sus secretos y se incorporan gradualmente, en cierto sentido, á la vida de las sociedades actuales. Por la sucesión de los tiempos, que puede intentarse estudiar ahora como un cuadro sinóptico que se despliega siguiendo un orden en el que procuramos hallar la lógica de los acontecimientos, cesamos de vivir únicamente en el momento en que huye, y abrazamos en el pasado toda la serie de las edades trazadas por los analistas y descubiertas por los arqueólogos. De esta manera llegamos á desprendernos de la línea estricta de desarrollo indicado por el ambiente de nuestro punto de residencia y por la descendencia especial de nuestra raza. Ante nosotros se dibuja la infinita red de las vías paralelas, divergentes, entrecruzadas que siguieron las otras fracciones de la humanidad. Y en todas partes, en esos tiempos que se desarrollan hacia un horizonte indefinido, se presentan ejemplos que solicitan nuestro genio de imitación; por todas partes vemos surgir hermanos hacia los cuales sentimos

nacer un espíritu de solidaridad. Á medida que la perspectiva de los siglos se prolonga hacia el pasado, nos rodean mayor número de modelos que estudiar, y entre ellos hay muchos que pueden despertar en nosotros la ambición de asemejarnos á ellos por tal ó cual nota de su ideal. Desplazándose y modificándose de la manera más diversa según los pueblos, la humanidad había perdido una parte notable de las adquisiciones hechas anteriormente, y ahora podemos preguntarnos si es ó no posible recuperar todo el bagaje abandonado en las etapas de nuestra larga odisea á través de los siglos.

Dueños ya del espacio y del tiempo, los hombres ven, pues, abrirse ante sí un campo indefinido de adquisiciones y de progreso, pero, embarazados todavía por las condiciones ilógicas y contradictorias de su medio, no están en condiciones de proceder con ciencia á la obra armónica de la mejora para todos. Y se comprende: toda iniciativa procedente de individuos y de minorías poco considerables, esos grupos aislados ó esos débiles grupos corren muy apresuradamente, van derechos contra el mal que tienen enfrente, y si los esfuerzos tienen la ventaja de producirse así sobre todos los puntos á la vez, están por ello mismo desprovistos de toda estrategia. Pero teóricamente, colocándose por el pensamiento fuera del caos de los intereses en lucha, es fácil ver en seguida que la verdadera, la mayor conquista, aquella de la cual todas las demás son una derivación lógica, es la obtención del pan para todos los hombres, para todos los que se llaman «hermanos», aunque siéndolo tan poco. Cuando todos tengan qué comer, todos se sentirán iguales. Tal es precisamente el ideal que había sabido ya realizar alguna pequeña tribu alejada de nuestros grandes caminos de civilización, y este es el ideal de solidaridad que hemos de resolver cuanto antes si todas nuestras esperanzas de progreso no son la más cruel de las ironías. Montaigne relata lo que pensaban á este respecto los naturales del Brasil que fueron conducidos á Ruán en 1557, en tiempo del rey Carlos IX. Uno de los hechos extraños que más les llamaron la atención fué «que hubiera entre nosotros hombres sobrados de toda suerte de comodidades y que otros compatriotas, hambrientos y andrajosos, mendigaran á sus puertas, y les parecía extraño que esos compatriotas necesitados pudieran sufrir

semejante injusticia, y no detuvieran á los otros ó les quemaran sus casas». Por su parte Montaigne siente lástima por esos sal-



Dibujo de A. Roubille. Cl. de l'*Assiette au Beurre*.

Á ti te espera el muladar.
Á mí me espera la Morgue.

vajes Brasileños, «que se han dejado engañar por el deseo de las novedades, y han abandonado la dulzura de su cielo para venir á

ver el nuestro». «De ese comercio nacerá su ruina»[1]. Y, en efecto, aquellos Tupinambos del litoral americano no han dejado descendientes: todas las tribus han sido exterminadas, y si queda un poco de la sangre de los indígenas, es en estado de mezcla con la de los proletarios despreciados.

La conquista del pan, tal como la exige el verdadero progreso, ha de ser realmente una conquista[2]. No se trata simplemente de comer, sino de comer el pan por derecho humano y no por caridad de algún gran señor ó de un rico convento. Por centenas de mil, quizá por millones, puede contarse el número de los desgraciados que mendigan á la puerta de los cuarteles y de las iglesias: gracias á bonos de pan y de sopa distribuídos por gentes caritativas, vegetan; pero es probable que la acción de todos esos necesitados no tenga la menor importancia en la historia de la civilización: el hecho mismo de haber sido alimentados sin que afirmasen su derecho á la vida, y quizá también con la obligación de atestiguar su gratitud, prueba que se tenían por simples detritus sociales. Los hombres libres se miran frente á frente, y la primera condición de esta franca igualdad es que los individuos sean francamente independientes, cada uno respecto del otro y ganen su pan por la mutualidad de los servicios. Se ha dado el caso de que poblaciones enteras hayan sido reducidas al anonadamiento moral por la gratuitidad de la existencia material. Cuando los ciudadanos romanos tuvieron con suficiencia y sin trabajo el alimento y los placeres asegurados por los dueños del Estado, cesaron de defender el Imperio. Muchas clases, entre otras la de los «buenos pobres», se hallan completamente inutilizadas, desde el punto de vista del progreso, por el sistema de las limosnas, y algunas ciudades han caído en irremediable decadencia porque una multitud holgazana, no habiendo de trabajar para sí misma, se niega á trabajar para los otros. Tal es la verdadera razón por que tantas ciudades y hasta naciones son «muertas». La caridad trae consigo la maldición para sus protegidos. Júzguese por las fiestas aristocráticas en que pequeños herederos de grandes fortunas, lujosamente vestidos, con nobles ademanes,

1 *Essais*, lib. I, cap. XXX, ps. 321, 322, edit. Louandre.
2 Pedro Kropotkine, *La Conquista del Pan*.

graciosas sonrisas y bajo cariñosas miradas de sus madres ó de sus ayas, distribuyen regalos y aguinaldos á los pobres callejeros, limpios y mudados convenientemente para el caso. ¿Hay espectáculo más triste que el que ofrecen esos desgraciados niños deslumbrados por el brillo del oro en toda su munificencia?

¡Atrás, pues, esa fea caridad cristiana! La causa del progreso se halla entregada á los conquistadores del pan, es decir, á los hombres trabajadores, asociados, libres, iguales, desprendidos del patronazgo. Á ellos corresponde introducir el método científico en la aplicación á los intereses sociales de todos los descubrimientos particulares y realizar el pensamiento de Condorcet: «La Naturaleza no ha puesto ningún término á nuestras esperanzas», porque, como ha dicho otro historiador sociólogo: «Cuanto más se pide á la naturaleza humana, más da; sus facultades se exaltan con el trabajo, y no se perciben límites á su poder»[1]. En cuanto el hombre está firmemente seguro de los principios según los cuales dirige sus actos, la vida se le hace fácil: conociendo plenamente lo que le es debido, reconoce por esto mismo lo que se debe á su prójimo, y como consecuencia rechaza las funciones usurpadas por el legislador, el gendarme y el verdugo; gracias á su propia moral, suprime el derecho (Emile Acollas). El progreso consciente no es un funcionamiento normal de la sociedad, un acto de crecimiento análogo al de la planta ó del animal; no se abre como una flor[2]. Se comprende como un acto colectivo de la voluntad social, que llega á la conciencia de los intereses solidarios de la humanidad y los satisface cumplida y metódicamente, consolidándose tanto más á medida que esta voluntad se rodea de nuevas adquisiciones. Ciertas ideas, una vez admitidas por todos, se hacen indiscutibles.

En su esencia, el progreso humano consiste en encontrar el conjunto de los intereses y de las voluntades común á todos los pueblos; se confunde con la solidaridad. Ante todo debe tender á la economía, muy diferente en esto á la naturaleza primitiva, que prodiga las semillas de la vida con tan admirable abundancia. Actualmente la sociedad se halla todavía muy lejos de haber alcan-

1 H. Taine, *Philosophie de l'Art dans les Pays-Bas*.
2 Herbert Spencer, *Social Statics*, p. 80.

ver el nuestro». «De ese comercio nacerá su ruina»[1]. Y, en efecto, aquellos Tupinambos del litoral americano no han dejado descendientes: todas las tribus han sido exterminadas, y si queda un poco de la sangre de los indígenas, es en estado de mezcla con la de los proletarios despreciados.

La conquista del pan, tal como la exige el verdadero progreso, ha de ser realmente una conquista[2]. No se trata simplemente de comer, sino de comer el pan por derecho humano y no por caridad de algún gran señor ó de un rico convento. Por centenas de mil, quizá por millones, puede contarse el número de los desgraciados que mendigan á la puerta de los cuarteles y de las iglesias: gracias á bonos de pan y de sopa distribuídos por gentes caritativas, vegetan; pero es probable que la acción de todos esos necesitados no tenga la menor importancia en la historia de la civilización: el hecho mismo de haber sido alimentados sin que afirmasen su derecho á la vida, y quizá también con la obligación de atestiguar su gratitud, prueba que se tenían por simples detritus sociales. Los hombres libres se miran frente á frente, y la primera condición de esta franca igualdad es que los individuos sean francamente independientes, cada uno respecto del otro y ganen su pan por la mutualidad de los servicios. Se ha dado el caso de que poblaciones enteras hayan sido reducidas al anonadamiento moral por la gratuitidad de la existencia material. Cuando los ciudadanos romanos tuvieron con suficiencia y sin trabajo el alimento y los placeres asegurados por los dueños del Estado, cesaron de defender el Imperio. Muchas clases, entre otras la de los «buenos pobres», se hallan completamente inutilizadas, desde el punto de vista del progreso, por el sistema de las limosnas, y algunas ciudades han caído en irremediable decadencia porque una multitud holgazana, no habiendo de trabajar para sí misma, se niega á trabajar para los otros. Tal es la verdadera razón por que tantas ciudades y hasta naciones son «muertas». La caridad trae consigo la maldición para sus protegidos. Júzguese por las fiestas aristocráticas en que pequeños herederos de grandes fortunas, lujosamente vestidos, con nobles ademanes,

[1] *Essais*, lib. I, cap. XXX, ps. 321, 322, edit. Louandre.
[2] Pedro Kropotkine, *La Conquista del Pan*.

graciosas sonrisas y bajo cariñosas miradas de sus madres ó de sus ayas, distribuyen regalos y aguinaldos á los pobres callejeros, limpios y mudados convenientemente para el caso. ¿Hay espectáculo más triste que el que ofrecen esos desgraciados niños deslumbrados por el brillo del oro en toda su munificencia?

¡Atrás, pues, esa fea caridad cristiana! La causa del progreso se halla entregada á los conquistadores del pan, es decir, á los hombres trabajadores, asociados, libres, iguales, desprendidos del patronazgo. Á ellos corresponde introducir el método científico en la aplicación á los intereses sociales de todos los descubrimientos particulares y realizar el pensamiento de Condorcet: «La Naturaleza no ha puesto ningún término á nuestras esperanzas», porque, como ha dicho otro historiador sociólogo: «Cuanto más se pide á la naturaleza humana, más da; sus facultades se exaltan con el trabajo, y no se perciben límites á su poder»[1]. En cuanto el hombre está firmemente seguro de los principios según los cuales dirige sus actos, la vida se le hace fácil: conociendo plenamente lo que le es debido, reconoce por esto mismo lo que se debe á su prójimo, y como consecuencia rechaza las funciones usurpadas por el legislador, el gendarme y el verdugo; gracias á su propia moral, suprime el derecho (Emile Acollas). El progreso consciente no es un funcionamiento normal de la sociedad, un acto de crecimiento análogo al de la planta ó del animal; no se abre como una flor[2]. Se comprende como un acto colectivo de la voluntad social, que llega á la conciencia de los intereses solidarios de la humanidad y los satisface cumplida y metódicamente, consolidándose tanto más á medida que esta voluntad se rodea de nuevas adquisiciones. Ciertas ideas, una vez admitidas por todos, se hacen indiscutibles.

En su esencia, el progreso humano consiste en encontrar el conjunto de los intereses y de las voluntades común á todos los pueblos; se confunde con la solidaridad. Ante todo debe tender á la economía, muy diferente en esto á la naturaleza primitiva, que prodiga las semillas de la vida con tan admirable abundancia. Actualmente la sociedad se halla todavía muy lejos de haber alcan-

[1] H. Taine, *Philosophie de l'Art dans les Pays-Bas*.
[2] Herbert Spencer, *Social Statics*, p. 80.

zado ese buen empleo de las fuerzas, sobre todo de las fuerzas humanas. Verdad es que la muerte violenta no es ya la regla como en otro tiempo; sin embargo, la inmensa mayoría de las defunciones llegan antes del plazo normal. Las enfermedades, los accidentes, averías y mermas de toda clase, complicadas lo más frecuentemente con tratamientos médicos aplicados en falso ó por casualidad, agravados principalmente con la miseria, la falta de cuidados indispensables, la carencia de esperanza y de alegría, determinan la decrepitud mucho antes de la edad normal de la vejez. Un fisiólogo eminente [1] ha escrito un hermoso libro cuya tesis principal es que precisamente los viejos mueren casi todos antes de tiempo, en pleno horror á la muerte, que debería, sin embargo, presentarse como el sueño, si viniera en el momento en que el hombre, dichoso por haber realizado una bella carrera de actividad y de amor, sintiera la necesidad de reposo.

Esa falta de economía en el empleo de fuerzas se manifiesta sobre todo en los grandes cambios, revoluciones violentas ó aplicaciones de nuevos procedimientos. Se desechan como inservibles los viejos aparatos, los hombres habituados al trabajo antiguo. No obstante, el ideal es saber utilizarlo todo, emplear los desperdicios, los residuos, las escorias, porque todo es útil en manos del que sabe obrar. El hecho general es que toda modificación, por importante que sea, se verifica por la agregación al progreso de retrocesos correspondientes. Un nuevo organismo se establece á expensas del antiguo. Hasta cuando las vicisitudes del conflicto no han estado seguidas de destrucciones y de ruinas propiamente dichas, no por eso dejan de ser causa de pérdidas locales; la prosperidad de los unos causa la desgracia de los otros, justificando así la antigua alegoría que representa la Fortuna como una rueda que levanta á unos y atropella á otros. Un mismo hecho puede ser citado de diverso modo, del lado derecho como un gran progreso moral, del lado izquierdo como un indicio de descomposición. De tal gran acontecimiento capital, la abolición de la esclavitud, por ejemplo, pueden sobrevenir, á consecuencia de mil golpes y recha-

[1] Elie Metchnikoff.

zos de la vida, mil resultados desastrosos que contrasten con la totalidad de los favorables y afortunados. El esclavo, y lo mismo puede decirse en general, el hombre cuya vida ha sido regulada desde su infancia y que no ha aprendido á establecer claramente la comparación entre dos estados sucesivos muy distintos de su medio, se acostumbra fácilmente á la rutina inmutable de la existencia, por vulgar que sea: puede vivir sin quejarse, como la piedra ó como la planta que inverna bajo la nieve. Por efecto de ese hábito en que el pensamiento se ha dormido, suele suceder que el hombre libertado repentinamente de alguna servidumbre no sabe acomodarse á la situación nueva: no habiendo aprendido á servirse de su voluntad, mira como el buey al aguijón que le impulsaba al trabajo; espera el pan que antes se le arrojaba y que se había acostumbrado á recoger en el fango. Las cualidades de la esclavitud: obediencia, resignación — si es que se les pueda llamar cualidades —, no son las mismas que las del hombre libre: iniciativa, valor indomable, perseverancia; el que conserva aunque vagamente las primeras y llega hasta echar de menos la antigua vida regulada por el palo ó el látigo, no será jamás un héroe digno de su destino.



MALAYO RECOGIENDO VINO DE PALMERA

(Véase página 541)

Además, el hombre que se ha acomodado á las condiciones de una vida nueva, perfectamente independiente y siendo actor él mismo con plena responsabilidad de su conducta, este hombre corre el riesgo de sufrir más de lo posible cuando se encuentra influído por

alguna supervivencia de la antigua esclavitud, el estado militar, por ejemplo. Entonces la existencia se le hace insoportable y el suicidio le parece un refugio. De ese modo, en nuestra incoherente sociedad, donde luchan dos principios opuestos, se puede desear la muerte, tanto por ser demasiado penosa la conquista de la vida, como porque la libertad tenga tantas alegrías que no sea posible entregarse á ellas. ¿No es contradictorio que, por reacción á una mayor intensidad de vida, se produzca un aumento prodigioso en los accesos de desesperación? El número de los suicidios no cesa de aumentar en los tiempos actuales en la sociedad contemporánea y en todos los países que se llaman civilizados. Antes ese género de muerte era muy raro en todas partes y completamente desconocido en ciertos pueblos, entre los Griegos, por ejemplo, donde, no obstante, la pobreza, la sobriedad y el rudo trabajo era la regla general. Pero el gran torbellino de que son focos motores las grandes ciudades, ha producido un movimiento correspondiente de pasiones, de sentimientos, de impresiones diversas, de ambiciones y de locuras en nuestras «Babilonias» modernas: la vida más activa, más apasionada, de rechazo se ha complicado con crisis frecuentes y á veces el término llega bruscamente por la muerte voluntaria.

He ahí el lado dolorosísimo de nuestra tan elevada semicivilización, puesto que no aprovecha para todos. Aunque la existencia media de los hombres fuese en nuestros días, no sólo más activa, más viva, sino hasta más dichosa que lo que era en otro tiempo, cuando la humanidad, dividida en innumerables tribus, no había adquirido aún conciencia de sí misma en su conjunto, no es menos cierto que la desviación moral entre el género de vida de los privilegiados y el de los parias se ha hecho mayor. El desgraciado lo es más hoy; á su miseria se agregan la envidia y el odio, agravando los sufrimientos físicos y las abstinencias forzadas. En un clan de primitivos, el famélico, el enfermo, sólo soportan su pena material; en nuestros pueblos cultos, tienen además que sostener el peso de la humillación y hasta de la execración pública; se hallan en condiciones de albergue y de vestido que les hacen repugnantes á la vista. ¿No hay en cada gran ciudad barrios que esquivan cuidadosamente los viajeros, para evitar los olores nauseabundos que exhalan? Aparte de los Esquimales en su *iglou* de invierno, ninguna tribu salvaje habita semejantes tugurios: Glasgow, Dundee, Ruán, Lille y tantas otras ciudades industriales tienen cuevas de paredes viscosas, donde seres de apariencia humana se arrastran penosamente por cierto tiempo en un estado semejante á la vida. Los Hindus bárbaros, que viven en los bosques del centro de la Península, vestidos de algunos harapos de color, ofrecen un espectáculo relativamente alegre en comparación de muchos míseros proletarios de la lujosa Europa, sombríos, tristes, lúgubres con sus rotas y sucias vestiduras. Lo que más admira al espectador que no teme asistir á la salida de los talleres y hace abstracción del aspecto de miseria, es la falta absoluta de personalidad. Todos aquellos seres que corren hacia una comida insuficiente, tienen el mismo rostro ajado desde la juventud, la misma mirada vaga, adormecida; tan imposible es individualizarlos claramente como á los carneros de un rebaño; no son hombres, sino brazos, «manos», como les llama justamente la lengua inglesa.

Ese contraste horrible, el azote más grave de la sociedad contemporánea, es de aquellos que el método científico, en la repartición de los bienes de la tierra, corregiría rápidamente, puesto que los recursos necesarios á todos los hombres, no nos cansaremos de repetirlo, están en sobreabundancia. Admirablemente servida por sus progresos en el conocimiento del espacio, del tiempo, de la naturaleza íntima de las cosas y del hombre mismo, ¿está la humanidad en el día lo suficientemente avanzada para abordar el problema capital de su existencia, la realización de su ideal colectivo, no solamente en las «clases directoras», una casta ó un conjunto de castas, sino en todos aquellos á quienes la religión calificaba de «hermanos creados á imagen de Dios»? Indudablemente sí; la cuestión material del pan dejará de ser tal cuestión el día en que los hambrientos se concierten para reclamar lo que les es debido.

Así también se resolverá la de la instrucción, puesto que está admitida en principio, y la ambición de saber es general, aunque sólo sea en la forma de curiosidad. Pero un progreso jamás viene solo; se completa, repercute en otros progresos en el conjunto de la evolución social. En cuanto el sentido de la justicia sea satis-

fecho por la participación de todos en el haber material é intelectual de la humanidad, resultará para cada hombre un alivio singular de la conciencia, porque el estado de desigualdad cruel que colma á los unos de riquezas superfluas y priva á los otros hasta de la esperanza, pesa como un remordimiento, consciente ó inconsciente, sobre los seres humanos, sobre los dichosos principalmente, y mezcla siempre un veneno á sus alegrías. El mayor elemento de pacificación sería que nadie se ocupara de perjudicar al prójimo, porque está en nuestra naturaleza odiar á los que hemos perjudicado y amar á aquellos cuya presencia recuerda nuestro propio mérito. Las consecuencias morales de este acto tan sencillo de justicia, garantir á todos el pan y la instrucción, serían incalculables.

Si, conforme á la dirección actual de la evolución histórica, se llega pronto á que la humanidad satisfaga estos dos objetivos, no dejar á nadie morir de hambre ni permitir que nadie se estanque en la ignorancia, entonces se presentará otro ideal como un faro de plena luz, ideal para el cual ya trabaja un número siempre creciente de individuos: la alta ambición de reconquistar todas las energías que se extravían, de impedir la pérdida de las fuerzas y de los materiales en el presente, y también de reconquistar en el pasado lo que nuestros antepasados habían dejado perder. Se trata, desde el punto de vista general de las civilizaciones, de imitar lo que hacen los ingenieros actuales, que hallan tesoros en las tierras extraídas de las minas consideradas como agotadas por los antiguos mineros de Atenas. Si es verdad que en algún concepto los primitivos ó los antiguos hayan superado al hombre medio de nuestros días en fuerza, en agilidad, en salud corporal, en belleza del rostro, es preciso llegar á ser sus iguales. Sin duda, nuestra reconquista no llegará hasta recobrar el uso de los órganos atrofiados cuyo antiguo destino han descubierto algunos biólogos (Elie Metchnikoff), pero conviene saber la manera de conservar en su plenitud las energías de que aun disponemos, y retener el empleo de los músculos que, aun funcionando, se hayan debilitado y corran peligro de perder su valor en nuestro organismo. ¿Es posible impedir ese empequeñecimiento material del hombre, desequilibrado por un aumento de su aparato de pensar? Se le ha predicho que se transformaría

poco á poco en un enorme cerebro, rodeado de vendas que le preservarían de los constipados, y que el resto de su cuerpo se atrofiaría; ¿no puede hacerse algo contra esa tendencia? Los zoólogos nos dicen que el hombre fué en otro tiempo un animal trepador como el mono. ¿Por qué, pues, el moderno ha dejado perder esa destreza para escalar que poseen todavía de una manera tan notable ciertos primitivos, especialmente los que recogen los dátiles en la copa de las palmeras? El niño, cuya madre admira la sorprendente fuerza de prehensión manual, suficiente para suspender su cuerpo durante algunos minutos [1], pierde gradualmente ese vigor primero porque se le evita cuidadosamente la ocasión de ejercerle: basta el peligro de estropear y desgarrar los vestidos para que en nuestra sociedad, forzosamente económica, prohiban los padres á sus progenituras la ascensión á los árboles: el temor del peligro es secundario en esta prohibición.

Tales temores dan por resultado que la mayoría de los hijos «civilizados» permanecen muy inferiores á los hijos de los salvajes en los juegos de fuerza y de agilidad. Además, no teniendo apenas ocasión de ejercitar sus sentidos en la libre Naturaleza, no tienen tampoco la misma claridad de visión ni finura de oído: como animales de bellas formas y de sentidos delicados, tales como los desearía Herbert Spencer, son en su mayor parte incontestablemente degenerados. No merecen las palabras de admiración que dedicaron los viajeros europeos á los jóvenes de Tenimber al verlos tirar el arco ó lanzar la azagaya [2]. Hasta entre los jugadores de pelota, de golf y de balonpié, que constituyen lo selecto de los civilizados respecto de belleza corporal, los espectadores hallarían difícilmente ocasión de extasiarse ante el perfecto equilibrio de las formas en todos los campeones. Es cierto que gran número de tribus negras y pieles rojas, malayas y polinesias son superiores por la pureza de las líneas, la nobleza de las actitudes, la elegancia de la marcha, no sobre tal ó cual tipo excepcional entre los Europeos, sino de los grupos tomados al azar, representando el tipo medio de las naciones de Europa. Ha habido, pues, respecto ese punto de vista, regresión general por el hecho de nuestro encierro casi continuo en las casas y de nuestro

[1] Drummond, *Ascent of Man*, ps. 101, 103.
[2] Anna Forbes, Insulinda, *Experience of a Naturalist's Wife in the Eastern Archipelago.*

fecho por la participación de todos en el haber material é intelectual de la humanidad, resultará para cada hombre un alivio singular de la conciencia, porque el estado de desigualdad cruel que colma á los unos de riquezas superfluas y priva á los otros hasta de la esperanza, pesa como un remordimiento, consciente ó inconsciente, sobre los seres humanos, sobre los dichosos principalmente, y mezcla siempre un veneno á sus alegrías. El mayor elemento de pacificación sería que nadie se ocupara de perjudicar al prójimo, porque está en nuestra naturaleza odiar á los que hemos perjudicado y amar á aquellos cuya presencia recuerda nuestro propio mérito. Las consecuencias morales de este acto tan sencillo de justicia, garantir á todos el pan y la instrucción, serían incalculables.

Si, conforme á la dirección actual de la evolución histórica, se llega pronto á que la humanidad satisfaga estos dos objetivos, no dejar á nadie morir de hambre ni permitir que nadie se estanque en la ignorancia, entonces se presentará otro ideal como un faro de plena luz, ideal para el cual ya trabaja un número siempre creciente de individuos: la alta ambición de reconquistar todas las energías que se extravían, de impedir la pérdida de las fuerzas y de los materiales en el presente, y también de reconquistar en el pasado lo que nuestros antepasados habían dejado perder. Se trata, desde el punto de vista general de las civilizaciones, de imitar lo que hacen los ingenieros actuales, que hallan tesoros en las tierras extraídas de las minas consideradas como agotadas por los antiguos mineros de Atenas. Si es verdad que en algún concepto los primitivos ó los antiguos hayan superado al hombre medio de nuestros días en fuerza, en agilidad, en salud corporal, en belleza del rostro, es preciso llegar á ser sus iguales. Sin duda, nuestra reconquista no llegará hasta recobrar el uso de los órganos atrofiados cuyo antiguo destino han descubierto algunos biólogos (Elie Metchnikoff), pero conviene saber la manera de conservar en su plenitud las energías de que aun disponemos, y retener el empleo de los músculos que, aun funcionando, se hayan debilitado y corran peligro de perder su valor en nuestro organismo. ¿Es posible impedir ese empequeñecimiento material del hombre, desequilibrado por un aumento de su aparato de pensar? Se le ha predicho que se transformaría poco á poco en un enorme cerebro, rodeado de vendas que le preservarían de los constipados, y que el resto de su cuerpo se atrofiaría; ¿no puede hacerse algo contra esa tendencia? Los zoólogos nos dicen que el hombre fué en otro tiempo un animal trepador como el mono. ¿Por qué, pues, el moderno ha dejado perder esa destreza para escalar que poseen todavía de una manera tan notable ciertos primitivos, especialmente los que recogen los dátiles en la copa de las palmeras? El niño, cuya madre admira la sorprendente fuerza de prehensión manual, suficiente para suspender su cuerpo durante algunos minutos [1], pierde gradualmente ese vigor primero porque se le evita cuidadosamente la ocasión de ejercerle: basta el peligro de estropear y desgarrar los vestidos para que en nuestra sociedad, forzosamente económica, prohiban los padres á sus progenituras la ascensión á los árboles: el temor del peligro es secundario en esta prohibición.

Tales temores dan por resultado que la mayoría de los hijos «civilizados» permanecen muy inferiores á los hijos de los salvajes en los juegos de fuerza y de agilidad. Además, no teniendo apenas ocasión de ejercitar sus sentidos en la libre Naturaleza, no tienen tampoco la misma claridad de visión ni finura de oído: como animales de bellas formas y de sentidos delicados, tales como los desearía Herbert Spencer, son en su mayor parte incontestablemente degenerados. No merecen las palabras de admiración que dedicaron los viajeros europeos á los jóvenes de Tenimber al verlos tirar el arco ó lanzar la azagaya [2]. Hasta entre los jugadores de pelota, de golf y de balonpié, que constituyen lo selecto de los civilizados respecto de belleza corporal, los espectadores hallarían difícilmente ocasión de extasiarse ante el perfecto equilibrio de las formas en todos los campeones. Es cierto que gran número de tribus negras y pieles rojas, malayas y polinesias son superiores por la pureza de las líneas, la nobleza de las actitudes, la elegancia de la marcha, no sobre tal ó cual tipo excepcional entre los Europeos, sino de los grupos tomados al azar, representando el tipo medio de las naciones de Europa. Ha habido, pues, respecto ese punto de vista, regresión general por el hecho de nuestro encierro casi continuo en las casas y de nuestro

[1] Drummond, *Ascent of Man*, ps. 101, 103.
[2] Anna Forbes, Insulinda, *Experience of a Naturalist's Wife in the Eastern Archipelago*.

traje absurdo que impide la transpiración cutánea, la acción del aire y de la luz sobre la piel, el libre desarrollo de los músculos, frecuentemente molestos, martirizados y hasta estropeados por el calzado y el corsé. Sin embargo, numerosos ejemplos prueban que esta regresión no es definitiva y sin apelación, porque aquellos de nuestros jóvenes educados en buenas condiciones de higiene y de ejercicios físicos se desarrollan en forma y en fuerza como los más bellos salvajes, teniendo sobre ellos la ventaja de la superioridad que les dan la conciencia de sí mismos y el prestigio de la inteligencia. Gracias á las adquisiciones del pasado, que el moderno adquiere rápida y metódicamente por la instrucción, logra vivir más que el salvaje, puesto que sabe condensar en su vida mil existencias anteriores y reunir las supervivencias para hacer de ellas un todo lógico y bello con las prácticas corrientes y las innovaciones de «previvencia». Júzguese del conjunto de fuerzas que el moderno puede reunir por los sabios escaladores actuales de los Alpes, del Cáucaso, de las Rocosas, de los Andes, del Tian-chan y del Himalaya. Es seguro que ningún Jacques Balmat hubiera subido al Mont-Blanc si no hubiera existido un Saussure para impulsarle á esta obra, y ahora ¿no son los Whimper, los Freshfield, los Conway los iguales en fuerza, en resistencia, en conocimiento y en práctica de la montaña, los iguales, quizá los superiores, de los guías montañeses más seguros ejercitados en todas las virtudes físicas y morales que requieren las ascensiones peligrosas? El hombre de ciencia se hace seguir ahora del montañés á la cima del Kilimandjaro ó del Aconcagua; él es quien conduce los Esquimales á la conquista del Polo. De ese modo el ideal que el hombre moderno ha concebido de conquistar cualidades nuevas sin perder ó hasta recuperando las que poseían los antepasados, puede realizarse perfectamente; no es una quimera.

Pero esta fuerza de comprensión, esta mayor capacidad del hombre moderno, que le permite reconquistar el pasado del salvaje en su medio natural antiguo, y asociarle, fundirle armónicamente con sus ideas más refinadas, todo ese aumento de fuerza sólo puede terminar por una conquista definitiva, normal, á condición para el hombre nuevo de comprender todos los demás hombres, sus hermanos, en un mismo sentimiento de unidad con el conjunto de las cosas.

He aquí, pues, la cuestión social que se plantea de nuevo y en toda su amplitud. Es imposible amar plenamente al salvaje primitivo, en su medio natural de árboles y de arroyos, si no se ama al mismo tiempo á los hombres de la sociedad, más ó menos artificial, del mundo contemporáneo. ¡Cómo admirar, cómo amar la pequeña y encantadora individualidad de la flor, cómo sentirse hermano con



Cl. de la *Appalachia*.

LA WALHALLA DE BIAFO

Agujas de unos 7,000 metros de altura.
Esta parte del Karakorum, Kachmira septentrional, fué visitada, en 1899, por el señor y la señora Workman, acompañados de Zurbringen.

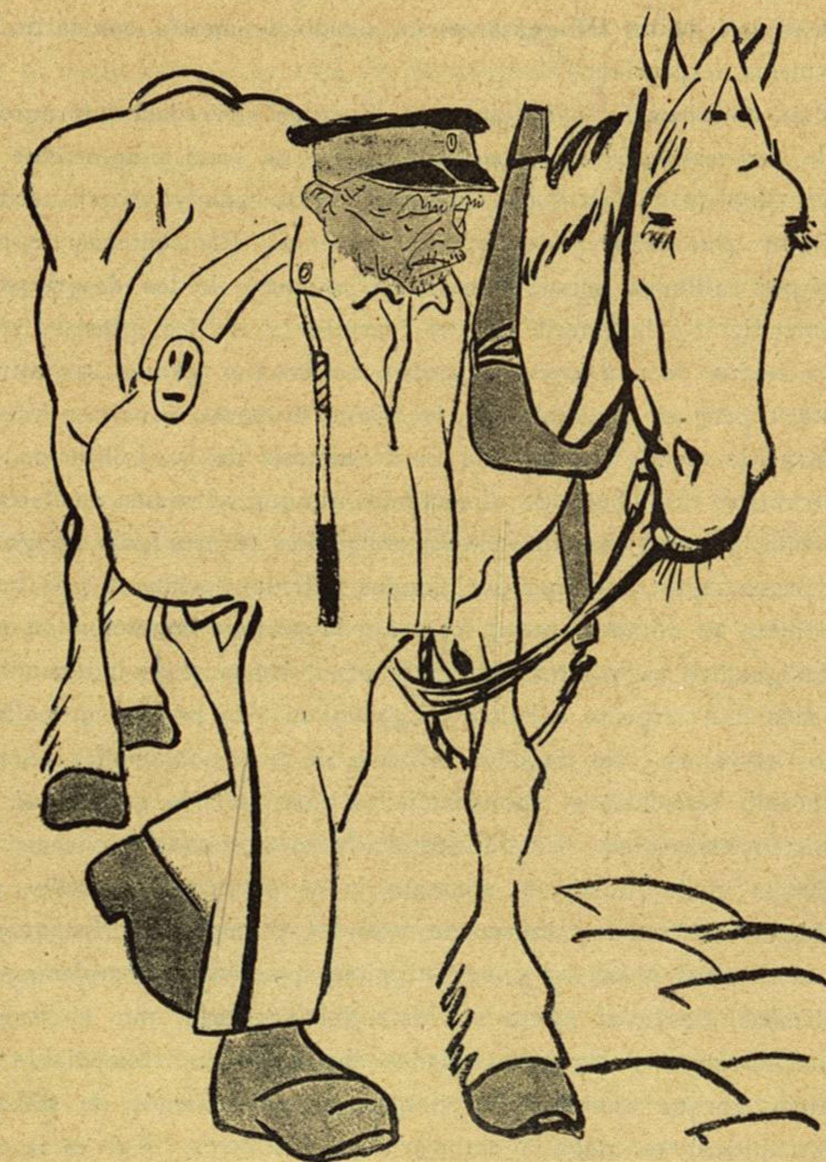
el animal, cómo dirigirse á él á la manera que lo hacía Francisco de Asis, cuando no se ve en los hombres compañeros queridos, á menos que no se huya de ellos, á fuerza de amor, para evitar las heridas morales que vienen del rencoroso, del hipócrita ó del indiferente! La plena unión del civilizado con el salvaje y con la Naturaleza, no puede hacerse sino por la destrucción de las fronteras entre las castas, lo mismo que por la de las fronteras entre los pueblos.

Preciso es que, sin obedecer á antiguos convencionalismos y costumbres, el individuo pueda dirigirse á cualquiera de sus iguales con plena fraternidad y hablar libremente con él «de todo lo que es humano», como decía Terencio. La vida, vuelta á su primera sencillez, da por esto mismo plena y cordial libertad de comercio con los hombres.

¿Ha hecho la humanidad reales progresos en esta vía? Absurdo sería negarlo. Lo que se llama la «marea democrática» no es otra cosa que ese sentimiento creciente de igualdad entre los representantes de castas diferentes, antes enemigas. Bajo las mil apariencias cambiantes de la superficie, el trabajo se verifica en las profundidades de las naciones, gracias al conocimiento creciente que adquiere el hombre de sí mismo y de los otros: así llega á encontrar cada vez más el fondo común por el cual nos semejamos unos á otros, á desprenderse de la confusión de las opiniones superficiales que nos tenían separados; marchamos, pues, hacia la conciliación futura, hacia una forma de felicidad mucho más extensa que aquella con que se contentaban nuestros abuelos los animales y los primitivos. Nuestro mundo material y moral ha llegado á ser más vasto, y al mismo tiempo más amplia nuestra concepción de la felicidad, que en lo sucesivo no será tenida por tal sino á condición de que todos participen de ella, de ser consciente, razonada y de comprender en sí las investigaciones apasionadas de la ciencia y de las alegrías de la belleza antigua.

Todo eso nos aleja singularmente de la teoría del «Superhombre», tal como la comprenden los aristócratas del pensamiento. Los reyes, los poderosos, suelen imaginarse que hay dos morales, la suya, que es la del capricho, y la obediencia, que conviene al pueblo. Del mismo modo, los jóvenes presuntuosos, adoradores de la fuerza intelectual que creen poseer, se instalan cómodamente sobre alguna alta estancia de su torre de marfil donde no penetran los humildes mortales. Poco numerosos son los elegidos con quienes se dignan confabularse; quizá hasta se creen solitarios. El genio les pesa; llevan bajo su frente, que surcan fatales arrugas, todo un mundo borrascoso, y ni siquiera ven, bajo el vuelo de su pensamiento, la masa bullidora y amorfa de la multitud desconocida. Cierto es que para el hombre no hay límites que no pueda franquear su ambición de estudiar y de aprender; sí, debe procurar la realización de su propio

semejante injusticia, y no detuvieran á los otros ó les quemaran sus casas». Por su parte Montaigne siente lástima por esos sal-



Dibujo de A. Roubille. Cl. de l'*Assiette au Beurre*.

Á ti te espera el muladar.
Á mí me espera la Morgue.

vajes Brasileños, «que se han dejado engañar por el deseo de las novedades, y han abandonado la dulzura de su cielo para venir á

ver el nuestro». «De ese comercio nacerá su ruina»[1]. Y, en efecto, aquellos Tupinambos del litoral americano no han dejado descendientes: todas las tribus han sido exterminadas, y si queda un poco de la sangre de los indígenas, es en estado de mezcla con la de los proletarios despreciados.

La conquista del pan, tal como la exige el verdadero progreso, ha de ser realmente una conquista[2]. No se trata simplemente de comer, sino de comer el pan por derecho humano y no por caridad de algún gran señor ó de un rico convento. Por centenas de mil, quizá por millones, puede contarse el número de los desgraciados que mendigan á la puerta de los cuarteles y de las iglesias: gracias á bonos de pan y de sopa distribuídos por gentes caritativas, vegetan; pero es probable que la acción de todos esos necesitados no tenga la menor importancia en la historia de la civilización: el hecho mismo de haber sido alimentados sin que afirmasen su derecho á la vida, y quizá también con la obligación de atestiguar su gratitud, prueba que se tenían por simples detritus sociales. Los hombres libres se miran frente á frente, y la primera condición de esta franca igualdad es que los individuos sean francamente independientes, cada uno respecto del otro y ganen su pan por la mutualidad de los servicios. Se ha dado el caso de que poblaciones enteras hayan sido reducidas al anonadamiento moral por la gratuidad de la existencia material. Cuando los ciudadanos romanos tuvieron con suficiencia y sin trabajo el alimento y los placeres asegurados por los dueños del Estado, cesaron de defender el Imperio. Muchas clases, entre otras la de los «buenos pobres», se hallan completamente inutilizadas, desde el punto de vista del progreso, por el sistema de las limosnas, y algunas ciudades han caído en irremediable decadencia porque una multitud holgazana, no habiendo de trabajar para sí misma, se niega á trabajar para los otros. Tal es la verdadera razón por que tantas ciudades y hasta naciones son «muertas». La caridad trae consigo la maldición para sus protegidos. Júzguese por las fiestas aristocráticas en que pequeños herederos de grandes fortunas, lujosamente vestidos, con nobles ademanes,

1 *Essais*, lib. I, cap. XXX, ps. 321, 322, edit. Louandre.
2 Pedro Kropotkine, *La Conquista del Pan*.

graciosas sonrisas y bajo cariñosas miradas de sus madres ó de sus ayas, distribuyen regalos y aguinaldos á los pobres callejeros, limpios y mudados convenientemente para el caso. ¿Hay espectáculo más triste que el que ofrecen esos desgraciados niños deslumbrados, por el brillo del oro en toda su munificencia?

¡Atrás, pues, esa fea caridad cristiana! La causa del progreso se halla entregada á los conquistadores del pan, es decir, á los hombres trabajadores, asociados, libres, iguales, desprendidos del patronazgo. Á ellos corresponde introducir el método científico en la aplicación á los intereses sociales de todos los descubrimientos particulares y realizar el pensamiento de Condorcet: «La Naturaleza no ha puesto ningún término á nuestras esperanzas», porque, como ha dicho otro historiador sociólogo: «Cuanto más se pide á la naturaleza humana, más da; sus facultades se exaltan con el trabajo, y no se perciben límites á su poder»[1]. En cuanto el hombre está firmemente seguro de los principios según los cuales dirige sus actos, la vida se le hace fácil: conociendo plenamente lo que le es debido, reconoce por esto mismo lo que se debe á su prójimo, y como consecuencia rechaza las funciones usurpadas por el legislador, el gendarme y el verdugo; gracias á su propia moral, suprime el derecho (Emile Acollas). El progreso consciente no es un funcionamiento normal de la sociedad, un acto de crecimiento análogo al de la planta ó del animal; no se abre como una flor[2]. Se comprende como un acto colectivo de la voluntad social, que llega á la conciencia de los intereses solidarios de la humanidad y los satisface cumplida y metódicamente, consolidándose tanto más á medida que esta voluntad se rodea de nuevas adquisiciones. Ciertas ideas, una vez admitidas por todos, se hacen indiscutibles.

En su esencia, el progreso humano consiste en encontrar el conjunto de los intereses y de las voluntades común á todos los pueblos; se confunde con la solidaridad. Ante todo debe tender á la economía, muy diferente en esto á la naturaleza primitiva, que prodiga las semillas de la vida con tan admirable abundancia. Actualmente la sociedad se halla todavía muy lejos de haber alcan-

1 H. Taine, *Philosophie de l'Art dans les Pays-Bas*.
2 Herbert Spencer, *Social Statics*, p. 80.

ver el nuestro». «De ese comercio nacerá su ruina»[1]. Y, en efecto, aquellos Tupinambos del litoral americano no han dejado descendientes: todas las tribus han sido exterminadas, y si queda un poco de la sangre de los indígenas, es en estado de mezcla con la de los proletarios despreciados.

La conquista del pan, tal como la exige el verdadero progreso, ha de ser realmente una conquista[2]. No se trata simplemente de comer, sino de comer el pan por derecho humano y no por caridad de algún gran señor ó de un rico convento. Por centenas de mil, quizá por millones, puede contarse el número de los desgraciados que mendigan á la puerta de los cuarteles y de las iglesias: gracias á bonos de pan y de sopa distribuídos por gentes caritativas, vegetan; pero es probable que la acción de todos esos necesitados no tenga la menor importancia en la historia de la civilización: el hecho mismo de haber sido alimentados sin que afirmasen su derecho á la vida, y quizá también con la obligación de atestiguar su gratitud, prueba que se tenían por simples detritus sociales. Los hombres libres se miran frente á frente, y la primera condición de esta franca igualdad es que los individuos sean francamente independientes, cada uno respecto del otro y ganen su pan por la mutualidad de los servicios. Se ha dado el caso de que poblaciones enteras hayan sido reducidas al anonadamiento moral por la gratuidad de la existencia material. Cuando los ciudadanos romanos tuvieron con suficiencia y sin trabajo el alimento y los placeres asegurados por los dueños del Estado, cesaron de defender el Imperio. Muchas clases, entre otras la de los «buenos pobres», se hallan completamente inutilizadas, desde el punto de vista del progreso, por el sistema de las limosnas, y algunas ciudades han caído en irremediable decadencia porque una multitud holgazana, no habiendo de trabajar para sí misma, se niega á trabajar para los otros. Tal es la verdadera razón por que tantas ciudades y hasta naciones son «muertas». La caridad trae consigo la maldición para sus protegidos. Júzguese por las fiestas aristocráticas en que pequeños herederos de grandes fortunas, lujosamente vestidos, con nobles ademanes,

1 *Essais*, lib. I, cap. XXX, ps. 321, 322, edit. Louandre.
2 Pedro Kropotkine, *La Conquista del Pan*.

graciosas sonrisas y bajo cariñosas miradas de sus madres ó de sus ayas, distribuyen regalos y aguinaldos á los pobres callejeros, limpios y mudados convenientemente para el caso. ¿Hay espectáculo más triste que el que ofrecen esos desgraciados niños deslumbrados, por el brillo del oro en toda su munificencia?

¡Atrás, pues, esa fea caridad cristiana! La causa del progreso se halla entregada á los conquistadores del pan, es decir, á los hombres trabajadores, asociados, libres, iguales, desprendidos del patronazgo. Á ellos corresponde introducir el método científico en la aplicación á los intereses sociales de todos los descubrimientos particulares y realizar el pensamiento de Condorcet: «La Naturaleza no ha puesto ningún término á nuestras esperanzas», porque, como ha dicho otro historiador sociólogo: «Cuanto más se pide á la naturaleza humana, más da; sus facultades se exaltan con el trabajo, y no se perciben límites á su poder»[1]. En cuanto el hombre está firmemente seguro de los principios según los cuales dirige sus actos, la vida se le hace fácil: conociendo plenamente lo que le es debido, reconoce por esto mismo lo que se debe á su prójimo, y como consecuencia rechaza las funciones usurpadas por el legislador, el gendarme y el verdugo; gracias á su propia moral, suprime el derecho (Emile Acollas). El progreso consciente no es un funcionamiento normal de la sociedad, un acto de crecimiento análogo al de la planta ó del animal; no se abre como una flor[2]. Se comprende como un acto colectivo de la voluntad social, que llega á la conciencia de los intereses solidarios de la humanidad y los satisface cumplida y metódicamente, consolidándose tanto más á medida que esta voluntad se rodea de nuevas adquisiciones. Ciertas ideas, una vez admitidas por todos, se hacen indiscutibles.

En su esencia, el progreso humano consiste en encontrar el conjunto de los intereses y de las voluntades común á todos los pueblos; se confunde con la solidaridad. Ante todo debe tender á la economía, muy diferente en esto á la naturaleza primitiva, que prodiga las semillas de la vida con tan admirable abundancia. Actualmente la sociedad se halla todavía muy lejos de haber alcan-

1 H. Taine, *Philosophie de l'Art dans les Pays-Bas*.
2 Herbert Spencer, *Social Statics*, p. 80.

zado ese buen empleo de las fuerzas, sobre todo de las fuerzas humanas. Verdad es que la muerte violenta no es ya la regla como en otro tiempo; sin embargo, la inmensa mayoría de las defunciones llegan antes del plazo normal. Las enfermedades, los accidentes, averías y mermas de toda clase, complicadas lo más frecuentemente con tratamientos médicos aplicados en falso ó por casualidad, agravados principalmente con la miseria, la falta de cuidados indispensables, la carencia de esperanza y de alegría, determinan la decrepitud mucho antes de la edad normal de la vejez. Un fisiólogo eminente[1] ha escrito un hermoso libro cuya tesis principal es que precisamente los viejos mueren casi todos antes de tiempo, en pleno horror á la muerte, que debería, sin embargo, presentarse como el sueño, si viniera en el momento en que el hombre, dichoso por haber realizado una bella carrera de actividad y de amor, sintiera la necesidad de reposo.

Esa falta de economía en el empleo de fuerzas se manifiesta sobre todo en los grandes cambios, revoluciones violentas ó aplicaciones de nuevos procedimientos. Se desechan como inservibles los viejos aparatos, los hombres habituados al trabajo antiguo. No obstante, el ideal es saber utilizarlo todo, emplear los desperdicios, los residuos, las escorias, porque todo es útil en manos del que sabe obrar. El hecho general es que toda modificación, por importante que sea, se verifica por la agregación al progreso de retrocesos correspondientes. Un nuevo organismo se establece á expensas del antiguo. Hasta cuando las vicisitudes del conflicto no han estado seguidas de destrucciones y de ruinas propiamente dichas, no por eso dejan de ser causa de pérdidas locales; la prosperidad de los unos causa la desgracia de los otros, justificando así la antigua alegoría que representa la Fortuna como una rueda que levanta á unos y atropella á otros. Un mismo hecho puede ser citado de diverso modo, del lado derecho como un gran progreso moral, del lado izquierdo como un indicio de descomposición. De tal gran acontecimiento capital, la abolición de la esclavitud, por ejemplo, pueden sobrevenir, á consecuencia de mil golpes y recha-

[1] Elie Metchnikoff.

zos de la vida, mil resultados desastrosos que contrasten con la totalidad de los favorables y afortunados. El esclavo, y lo mismo puede decirse en general, el hombre cuya vida ha sido regulada desde su infancia y que no ha aprendido á establecer claramente la comparación entre dos estados sucesivos muy distintos de su medio, se acostumbra fácilmente á la rutina inmutable de la existencia, por vulgar que sea: puede vivir sin quejarse, como la piedra ó como la planta que inverna bajo la nieve. Por efecto de ese hábito en que el pensamiento se ha dormido, suele suceder que el hombre libertado repentinamente de alguna servidumbre no sabe acomodarse á la situación nueva: no habiendo aprendido á servirse de su voluntad, mira como el buey al aguijón que le impulsaba al trabajo; espera el pan que antes se le arrojaba y que se había acostumbrado á recoger en el fango. Las cualidades de la esclavitud: obediencia, resignación — si es que se les pueda llamar cualidades —, no son las mismas que las del hombre libre: iniciativa, valor indomable, perseverancia; el que conserva aunque vagamente las primeras y llega hasta echar de menos la antigua vida regulada por el palo ó el látigo, no será jamás un héroe digno de su destino.



MALAYO RECOGIENDO VINO DE PALMERA

(Véase página 541)

Además, el hombre que se ha acomodado á las condiciones de una vida nueva, perfectamente independiente y siendo actor él mismo con plena responsabilidad de su conducta, este hombre corre el riesgo de sufrir más de lo posible cuando se encuentra influído por

alguna supervivencia de la antigua esclavitud, el estado militar, por ejemplo. Entonces la existencia se le hace insoportable y el suicidio le parece un refugio. De ese modo, en nuestra incoherente sociedad, donde luchan dos principios opuestos, se puede desear la muerte, tanto por ser demasiado penosa la conquista de la vida, como porque la libertad tenga tantas alegrías que no sea posible entregarse á ellas. ¿No es contradictorio que, por reacción á una mayor intensidad de vida, se produzca un aumento prodigioso en los accesos de desesperación? El número de los suicidios no cesa de aumentar en los tiempos actuales en la sociedad contemporánea y en todos los países que se llaman civilizados. Antes ese género de muerte era muy raro en todas partes y completamente desconocido en ciertos pueblos, entre los Griegos, por ejemplo, donde, no obstante, la pobreza, la sobriedad y el rudo trabajo era la regla general. Pero el gran torbellino de que son focos motores las grandes ciudades, ha producido un movimiento correspondiente de pasiones, de sentimientos, de impresiones diversas, de ambiciones y de locuras en nuestras «Babilonias» modernas: la vida más activa, más apasionada, de rechazo se ha complicado con crisis frecuentes y á veces el término llega bruscamente por la muerte voluntaria.

He ahí el lado dolorosísimo de nuestra tan elevada semicivilización, puesto que no aprovecha para todos. Aunque la existencia media de los hombres fuese en nuestros días, no sólo más activa, más viva, sino hasta más dichosa que lo que era en otro tiempo, cuando la humanidad, dividida en innumerables tribus, no había adquirido aún conciencia de sí misma en su conjunto, no es menos cierto que la desviación moral entre el género de vida de los privilegiados y el de los parias se ha hecho mayor. El desgraciado lo es más hoy; á su miseria se agregan la envidia y el odio, agravando los sufrimientos físicos y las abstinencias forzadas. En un clan de primitivos, el famélico, el enfermo, sólo soportan su pena material; en nuestros pueblos cultos, tienen además que sostener el peso de la humillación y hasta de la execración pública; se hallan en condiciones de albergue y de vestido que les hacen repugnantes á la vista. ¿No hay en cada gran ciudad barrios que esquivan cuidadosamente los viajeros, para evitar los olores nauseabundos que exhalan? Aparte de los Esquimales en su *iglou* de invierno, ninguna tribu salvaje habita semejantes tugurios: Glasgow, Dundee, Ruán, Lille y tantas otras ciudades industriales tienen cuevas de paredes viscosas, donde seres de apariencia humana se arrastran penosamente por cierto tiempo en un estado semejante á la vida. Los Hindus bárbaros, que viven en los bosques del centro de la Península, vestidos de algunos harapos de color, ofrecen un espectáculo relativamente alegre en comparación de muchos míseros proletarios de la lujosa Europa, sombríos, tristes, lúgubres con sus rotas y sucias vestiduras. Lo que más admira al espectador que no teme asistir á la salida de los talleres y hace abstracción del aspecto de miseria, es la falta absoluta de personalidad. Todos aquellos seres que corren hacia una comida insuficiente, tienen el mismo rostro ajado desde la juventud, la misma mirada vaga, adormecida; tan imposible es individualizarlos claramente como á los carneros de un rebaño; no son hombres, sino brazos, «manos», como les llama justamente la lengua inglesa.

Ese contraste horrible, el azote más grave de la sociedad contemporánea, es de aquellos que el método científico, en la repartición de los bienes de la tierra, corregiría rápidamente, puesto que los recursos necesarios á todos los hombres, no nos cansaremos de repetirlo, están en sobreabundancia. Admirablemente servida por sus progresos en el conocimiento del espacio, del tiempo, de la naturaleza íntima de las cosas y del hombre mismo, ¿está la humanidad en el día lo suficientemente avanzada para abordar el problema capital de su existencia, la realización de su ideal colectivo, no solamente en las «clases directoras», una casta ó un conjunto de castas, sino en todos aquellos á quienes la religión calificaba de «hermanos creados á imagen de Dios»? Indudablemente sí; la cuestión material del pan dejará de ser tal cuestión el día en que los hambrientos se concierten para reclamar lo que les es debido.

Así también se resolverá la de la instrucción, puesto que está admitida en principio, y la ambición de saber es general, aunque sólo sea en la forma de curiosidad. Pero un progreso jamás viene solo; se completa, repercute en otros progresos en el conjunto de la evolución social. En cuanto el sentido de la justicia sea satis-

fecho por la participación de todos en el haber material é intelectual de la humanidad, resultará para cada hombre un alivio singular de la conciencia, porque el estado de desigualdad cruel que colma á los unos de riquezas superfluas y priva á los otros hasta de la esperanza, pesa como un remordimiento, consciente ó inconsciente, sobre los seres humanos, sobre los dichosos principalmente, y mezcla siempre un veneno á sus alegrías. El mayor elemento de pacificación sería que nadie se ocupara de perjudicar al prójimo, porque está en nuestra naturaleza odiar á los que hemos perjudicado y amar á aquellos cuya presencia recuerda nuestro propio mérito. Las consecuencias morales de este acto tan sencillo de justicia, garantir á todos el pan y la instrucción, serían incalculables.

Si, conforme á la dirección actual de la evolución histórica, se llega pronto á que la humanidad satisfaga estos dos objetivos, no dejar á nadie morir de hambre ni permitir que nadie se estanque en la ignorancia, entonces se presentará otro ideal como un faro de plena luz, ideal para el cual ya trabaja un número siempre creciente de individuos: la alta ambición de reconquistar todas las energías que se extravían, de impedir la pérdida de las fuerzas y de los materiales en el presente, y también de reconquistar en el pasado lo que nuestros antepasados habían dejado perder. Se trata, desde el punto de vista general de las civilizaciones, de imitar lo que hacen los ingenieros actuales, que hallan tesoros en las tierras extraídas de las minas consideradas como agotadas por los antiguos mineros de Atenas. Si es verdad que en algún concepto los primitivos ó los antiguos hayan superado al hombre medio de nuestros días en fuerza, en agilidad, en salud corporal, en belleza del rostro, es preciso llegar á ser sus iguales. Sin duda, nuestra reconquista no llegará hasta recobrar el uso de los órganos atrofiados cuyo antiguo destino han descubierto algunos biólogos (Elie Metchnikoff), pero conviene saber la manera de conservar en su plenitud las energías de que aun disponemos, y retener el empleo de los músculos que, aun funcionando, se hayan debilitado y corran peligro de perder su valor en nuestro organismo. ¿Es posible impedir ese empequeñecimiento material del hombre, desequilibrado por un aumento de su aparato de pensar? Se le ha predicho que se transformaría

poco á poco en un enorme cerebro, rodeado de vendas que le preservarían de los constipados, y que el resto de su cuerpo se atrofiaría; ¿no puede hacerse algo contra esa tendencia? Los zoólogos nos dicen que el hombre fué en otro tiempo un animal trepador como el mono. ¿Por qué, pues, el moderno ha dejado perder esa destreza para escalar que poseen todavía de una manera tan notable ciertos primitivos, especialmente los que recogen los dátiles en la copa de las palmeras? El niño, cuya madre admira la sorprendente fuerza de prehensión manual, suficiente para suspender su cuerpo durante algunos minutos [1], pierde gradualmente ese vigor primero porque se le evita cuidadosamente la ocasión de ejercerle: basta el peligro de estropear y desgarrar los vestidos para que en nuestra sociedad, forzosamente económica, prohiban los padres á sus progenituras la ascensión á los árboles: el temor del peligro es secundario en esta prohibición.

Tales temores dan por resultado que la mayoría de los hijos «civilizados» permanecen muy inferiores á los hijos de los salvajes en los juegos de fuerza y de agilidad. Además, no teniendo apenas ocasión de ejercitar sus sentidos en la libre Naturaleza, no tienen tampoco la misma claridad de visión ni finura de oído: como animales de bellas formas y de sentidos delicados, tales como los deseara Herbert Spencer, son en su mayor parte incontestablemente degenerados. No merecen las palabras de admiración que dedicaron los viajeros europeos á los jóvenes de Tenimber al verlos tirar el arco ó lanzar la azagaya [2]. Hasta entre los jugadores de pelota, de golf y de balonpié, que constituyen lo selecto de los civilizados respecto de belleza corporal, los espectadores hallarían difícilmente ocasión de extasiarse ante el perfecto equilibrio de las formas en todos los campeones. Es cierto que gran número de tribus negras y pieles rojas, malayas y polinesias son superiores por la pureza de las líneas, la nobleza de las actitudes, la elegancia de la marcha, no sobre tal ó cual tipo excepcional entre los Europeos, sino de los grupos tomados al azar, representando el tipo medio de las naciones de Europa. Ha habido, pues, respecto ese punto de vista, regresión general por el hecho de nuestro encierro casi continuo en las casas y de nuestro

[1] Drummond, *Ascent of Man*, ps. 101, 103.
[2] Anna Forbes, Insulinda, *Experience of a Naturalist's Wife in the Eastern Archipelago.*

fecho por la participación de todos en el haber material é intelectual de la humanidad, resultará para cada hombre un alivio singular de la conciencia, porque el estado de desigualdad cruel que colma á los unos de riquezas superfluas y priva á los otros hasta de la esperanza, pesa como un remordimiento, consciente ó inconsciente, sobre los seres humanos, sobre los dichosos principalmente, y mezcla siempre un veneno á sus alegrías. El mayor elemento de pacificación sería que nadie se ocupara de perjudicar al prójimo, porque está en nuestra naturaleza odiar á los que hemos perjudicado y amar á aquellos cuya presencia recuerda nuestro propio mérito. Las consecuencias morales de este acto tan sencillo de justicia, garantir á todos el pan y la instrucción, serían incalculables.

Si, conforme á la dirección actual de la evolución histórica, se llega pronto á que la humanidad satisfaga estos dos objetivos, no dejar á nadie morir de hambre ni permitir que nadie se estanque en la ignorancia, entonces se presentará otro ideal como un faro de plena luz, ideal para el cual ya trabaja un número siempre creciente de individuos: la alta ambición de reconquistar todas las energías que se extravían, de impedir la pérdida de las fuerzas y de los materiales en el presente, y también de reconquistar en el pasado lo que nuestros antepasados habían dejado perder. Se trata, desde el punto de vista general de las civilizaciones, de imitar lo que hacen los ingenieros actuales, que hallan tesoros en las tierras extraídas de las minas consideradas como agotadas por los antiguos mineros de Atenas. Si es verdad que en algún concepto los primitivos ó los antiguos hayan superado al hombre medio de nuestros días en fuerza, en agilidad, en salud corporal, en belleza del rostro, es preciso llegar á ser sus iguales. Sin duda, nuestra reconquista no llegará hasta recobrar el uso de los órganos atrofiados cuyo antiguo destino han descubierto algunos biólogos (Elie Metchnikoff), pero conviene saber la manera de conservar en su plenitud las energías de que aun disponemos, y retener el empleo de los músculos que, aun funcionando, se hayan debilitado y corran peligro de perder su valor en nuestro organismo. ¿Es posible impedir ese empequeñecimiento material del hombre, desequilibrado por un aumento de su aparato de pensar? Se le ha predicho que se transformaría

poco á poco en un enorme cerebro, rodeado de vendas que le preservarían de los constipados, y que el resto de su cuerpo se atrofiaría; ¿no puede hacerse algo contra esa tendencia? Los zoólogos nos dicen que el hombre fué en otro tiempo un animal trepador como el mono. ¿Por qué, pues, el moderno ha dejado perder esa destreza para escalar que poseen todavía de una manera tan notable ciertos primitivos, especialmente los que recogen los dátiles en la copa de las palmeras? El niño, cuya madre admira la sorprendente fuerza de prehensión manual, suficiente para suspender su cuerpo durante algunos minutos [1], pierde gradualmente ese vigor primero porque se le evita cuidadosamente la ocasión de ejercerle: basta el peligro de estropear y desgarrar los vestidos para que en nuestra sociedad, forzosamente económica, prohiban los padres á sus progenituras la ascensión á los árboles: el temor del peligro es secundario en esta prohibición.

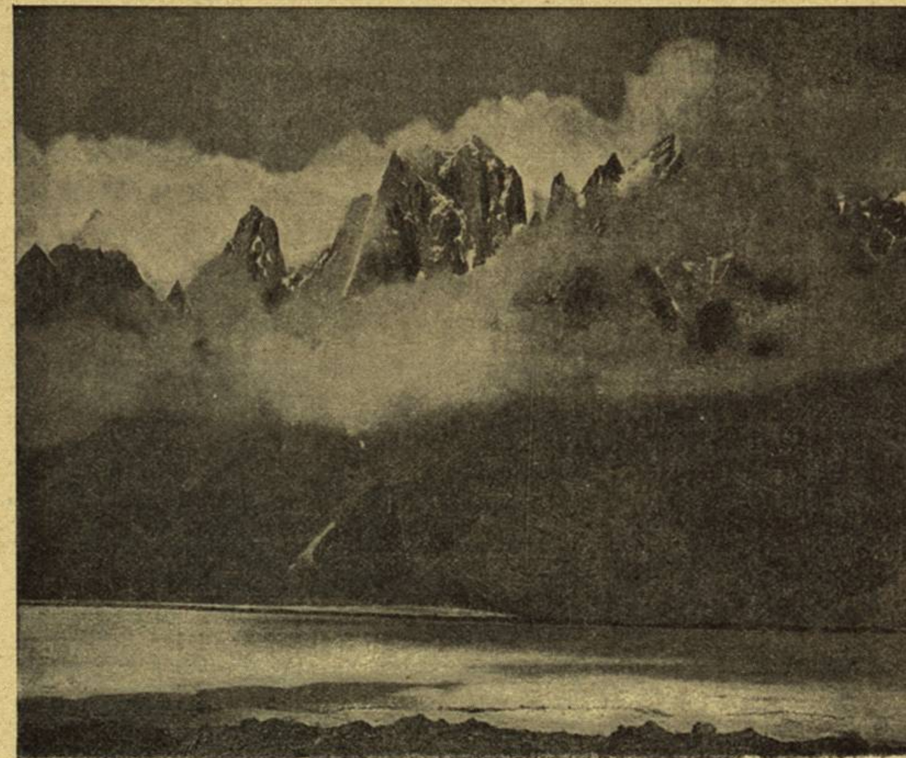
Tales temores dan por resultado que la mayoría de los hijos «civilizados» permanecen muy inferiores á los hijos de los salvajes en los juegos de fuerza y de agilidad. Además, no teniendo apenas ocasión de ejercitar sus sentidos en la libre Naturaleza, no tienen tampoco la misma claridad de visión ni finura de oído: como animales de bellas formas y de sentidos delicados, tales como los deseara Herbert Spencer, son en su mayor parte incontestablemente degenerados. No merecen las palabras de admiración que dedicaron los viajeros europeos á los jóvenes de Tenimber al verlos tirar el arco ó lanzar la azagaya [2]. Hasta entre los jugadores de pelota, de golf y de balonpié, que constituyen lo selecto de los civilizados respecto de belleza corporal, los espectadores hallarían difícilmente ocasión de extasiarse ante el perfecto equilibrio de las formas en todos los campeones. Es cierto que gran número de tribus negras y pieles rojas, malayas y polinesias son superiores por la pureza de las líneas, la nobleza de las actitudes, la elegancia de la marcha, no sobre tal ó cual tipo excepcional entre los Europeos, sino de los grupos tomados al azar, representando el tipo medio de las naciones de Europa. Ha habido, pues, respecto ese punto de vista, regresión general por el hecho de nuestro encierro casi continuo en las casas y de nuestro

[1] Drummond, *Ascent of Man*, ps. 101, 103.
[2] Anna Forbes, Insulinda, *Experience of a Naturalist's Wife in the Eastern Archipelago*.

traje absurdo que impide la transpiración cutánea, la acción del aire y de la luz sobre la piel, el libre desarrollo de los músculos, frecuentemente molestos, martirizados y hasta estropeados por el calzado y el corsé. Sin embargo, numerosos ejemplos prueban que esta regresión no es definitiva y sin apelación, porque aquellos de nuestros jóvenes educados en buenas condiciones de higiene y de ejercicios físicos se desarrollan en forma y en fuerza como los más bellos salvajes, teniendo sobre ellos la ventaja de la superioridad que les dan la conciencia de sí mismos y el prestigio de la inteligencia. Gracias á las adquisiciones del pasado, que el moderno adquiere rápida y metódicamente por la instrucción, logra vivir más que el salvaje, puesto que sabe condensar en su vida mil existencias anteriores y reunir las supervivencias para hacer de ellas un todo lógico y bello con las prácticas corrientes y las innovaciones de «previvencia». Júzguese del conjunto de fuerzas que el moderno puede reunir por los sabios escaladores actuales de los Alpes, del Cáucaso, de las Rocosas, de los Andes, del Tian-chan y del Himalaya. Es seguro que ningún Jacques Balmat hubiera subido al Mont-Blanc si no hubiera existido un Saussure para impulsarle á esta obra, y ahora ¿no son los Whimper, los Freshfield, los Conway los iguales en fuerza, en resistencia, en conocimiento y en práctica de la montaña, los iguales, quizá los superiores, de los guías montañeses más seguros ejercitados en todas las virtudes físicas y morales que requieren las ascensiones peligrosas? El hombre de ciencia se hace seguir ahora del montañés á la cima del Kilimandjaro ó del Aconcagua; él es quien conduce los Esquimales á la conquista del Polo. De ese modo el ideal que el hombre moderno ha concebido de conquistar cualidades nuevas sin perder ó hasta recuperando las que poseían los antepasados, puede realizarse perfectamente; no es una quimera.

Pero esta fuerza de comprensión, esta mayor capacidad del hombre moderno, que le permite reconquistar el pasado del salvaje en su medio natural antiguo, y asociarle, fundirle armónicamente con sus ideas más refinadas, todo ese aumento de fuerza sólo puede terminar por una conquista definitiva, normal, á condición para el hombre nuevo de comprender todos los demás hombres, sus hermanos, en un mismo sentimiento de unidad con el conjunto de las cosas.

He aquí, pues, la cuestión social que se plantea de nuevo y en toda su amplitud. Es imposible amar plenamente al salvaje primitivo, en su medio natural de árboles y de arroyos, si no se ama al mismo tiempo á los hombres de la sociedad, más ó menos artificial, del mundo contemporáneo. ¡Cómo admirar, cómo amar la pequeña y encantadora individualidad de la flor, cómo sentirse hermano con



Cl. de la *Appalachia*.

LA WALHALLA DE BIAFO

Agujas de unos 7,000 metros de altura.
Esta parte del Karakorum, Kachmira septentrional, fué visitada, en 1899, por el señor y la señora Workman, acompañados de Zurbringen.

el animal, cómo dirigirse á él á la manera que lo hacía Francisco de Asis, cuando no se ve en los hombres compañeros queridos, á menos que no se huya de ellos, á fuerza de amor, para evitar las heridas morales que vienen del rencoroso, del hipócrita ó del indiferente! La plena unión del civilizado con el salvaje y con la Naturaleza, no puede hacerse sino por la destrucción de las fronteras entre las castas, lo mismo que por la de las fronteras entre los pueblos.

Preciso es que, sin obedecer á antiguos convencionalismos y costumbres, el individuo pueda dirigirse á cualquiera de sus iguales con plena fraternidad y hablar libremente con él «de todo lo que es humano», como decía Terencio. La vida, vuelta á su primera sencillez, da por esto mismo plena y cordial libertad de comercio con los hombres.

¿Ha hecho la humanidad reales progresos en esta vía? Absurdo sería negarlo. Lo que se llama la «marea democrática» no es otra cosa que ese sentimiento creciente de igualdad entre los representantes de castas diferentes, antes enemigas. Bajo las mil apariencias cambiantes de la superficie, el trabajo se verifica en las profundidades de las naciones, gracias al conocimiento creciente que adquiere el hombre de sí mismo y de los otros: así llega á encontrar cada vez más el fondo común por el cual nos semejamos unos á otros, á desprenderse de la confusión de las opiniones superficiales que nos tenían separados; marchamos, pues, hacia la conciliación futura, hacia una forma de felicidad mucho más extensa que aquella con que se contentaban nuestros abuelos los animales y los primitivos. Nuestro mundo material y moral ha llegado á ser más vasto, y al mismo tiempo más amplia nuestra concepción de la felicidad, que en lo sucesivo no será tenida por tal sino á condición de que todos participen de ella, de ser consciente, razonada y de comprender en sí las investigaciones apasionadas de la ciencia y de las alegrías de la belleza antigua.

Todo eso nos aleja singularmente de la teoría del «Superhombre», tal como la comprenden los aristócratas del pensamiento. Los reyes, los poderosos, suelen imaginarse que hay dos morales, la suya, que es la del capricho, y la obediencia, que conviene al pueblo. Del mismo modo, los jóvenes presuntuosos, adoradores de la fuerza intelectual que creen poseer, se instalan cómodamente sobre alguna alta estancia de su torre de marfil donde no penetran los humildes mortales. Poco numerosos son los elegidos con quienes se dignan confabularse; quizá hasta se creen solitarios. El genio les pesa; llevan bajo su frente, que surcan fatales arrugas, todo un mundo borrascoso, y ni siquiera ven, bajo el vuelo de su pensamiento, la masa bullidora y amorfa de la multitud desconocida. Cierto es que para el hombre no hay límites que no pueda franquear su ambición de estudiar y de aprender; sí, debe procurar la realización de su propio

ideal; ha de tender á distanciarse, á subir siempre, — hasta moribundo creo en mi progreso personal; decae, tú que te sientes decaer; — pero no á romper por ello el lazo que le une á los seres que le rodean, porque no puede escapar á la estrecha solidaridad que le hace vivir de la vida de sus semejantes. Muy al contrario, cada uno de sus progresos personales es un progreso para los que le rodean: parte sus conocimientos como parte su pan, no dejará pobres ni inválidos detrás de sí. Tuvo educadores, porque no nació sin padres como el Dios de la fábula; á su vez será el educador de los que vendrán detrás de él.

El método bárbaro de los Espartanos place á los impotentes que no saben curar ni enseñar: ahogan al que parece débil, y lanzan al mal conformado á un abismo rompiéndole los huesos. Tal es la práctica sumaria de los impotentes y de los ignaros. ¿Qué médico, qué mujer artista, qué árbitro infalible nos dirá quiénes se pueden conservar y qué recién nacido es el que no puede inspirar confianza? Con frecuencia ha fallado la ciencia de esos jueces: ha habido cuerpos declarados ineptos para la vida que se han adaptado admirablemente; tal inteligencia que habíase asimilado á la del cretino se ha desarrollado en fuerza genial y creadora; viejos, rutinarios, misoneístas, se habían engañado de todo en todo, y al fin por revolución contra ellos el mundo se ha engrandecido y renovado. Lo más seguro es acoger todos los hombres como iguales en virtualidad y en dignidad, ayudar á los débiles sosteniéndoles con su fuerza, á los enfermos dándoles la salud, á los inteligentes elevando su mente hacia los grandes pensamientos, con la preocupación constante de lo mejor para los otros y para sí mismo, porque constituímos un todo, y, de progreso en progreso, como de retroceso en retroceso, la evolución se produce en todo el mundo.

La felicidad, tal como la comprendemos, no es, pues, un simple goce personal. Cierto que es individual el sentido de que «cada uno es el propio artífice de su felicidad», pero sólo es verdad profunda y completa en cuanto se extiende á la humanidad entera, no porque sea posible evitar las penas, los accidentes, las enfermedades y la muerte misma, sino porque el hombre, asociándose al hombre para una obra cuyo alcance comprende y siguiendo un método cuyos efectos conoce, puede tener la certidumbre de orientar hacia lo mejor todo ese gran cuerpo humano del cual su propia célula indi-

vidual no es más que un infinitamente pequeño, una milmillonésima de milmillonésima, si se cuentan las generaciones sucesivas y no solamente el número actual de los habitantes de la Tierra enumerados por la estadística. No es tal ó cual momento de la existencia personal y colectiva lo que constituye la felicidad, sino la conciencia de marchar hacia un objeto determinado, que se quiere y que se crea por su voluntad. Coordenar los continentes, los mares y la atmósfera que nos rodea, «cultivar nuestro huerto» terrestre, distribuir de nuevo y regular los ambientes para favorecer cada vida individual de planta, de animal ó de hombre, adquirir definitivamente conciencia de nuestra humanidad solidaria, formando cuerpo con el planeta mismo, abarcar con nuestra mirada nuestros orígenes, nuestro presente, nuestro objeto próximo y nuestro ideal lejano, he ahí en qué consiste el progreso.

Con toda confianza podemos, pues, responder á la pregunta que surge en cada hombre en el secreto de su corazón: sí, hemos progresado desde el día en que nuestros antepasados salieron de las cavernas maternas, durante los cuantos miles de años que constituye el corto período consciente de nuestra vida.



POSTFACIO

El autor de EL HOMBRE Y LA TIERRA murió el 5 de Julio de 1905. El manuscrito, compuesto sin apresuración ni reposo en el curso de los diez años precedentes, quedó completamente terminado en la primavera de 1904. Elíseo Reclus había tenido tiempo de hacer en él muchas adiciones, y la satisfacción de discutir con Francisco Kupka las ilustraciones que éste preparaba y se había dado cuenta del trabajo que podrían proseguir las personas que le rodeaban. Á medida que iban apareciendo los cuadernos — el primero data del 15 de Abril de 1905 —, había podido introducir algunas modificaciones en el texto primitivo: ligeras diferencias entre la primera y la segunda edición, en las 300 primeras páginas del tomo I, son debidas á la mano del autor.

Elíseo Reclus, menos que cualquier otro, no ignoraba los defectos de la obra en que debía afirmar la unidad de sus miras de sabio y de anarquista, desarrollar su libro *Evolución y Revolución*, al mismo tiempo que trazar el último capítulo de la *Nueva Geografía Universal*. Tal era su confianza en sus colaboradores, que les rogó no se atuviesen á la letra de su manuscrito, hasta pedirles que refundieran completamente algunos capítulos de que no estaba satisfecho. En esto no fué respetada su voluntad, el texto publicado es el del manuscrito completamente escrito de su mano, pero se han tenido en cuenta todo lo posible las observaciones marginales que en él había hecho, y, ante un texto de primera intención, cuyas diferentes partes no se ligaban siempre entre sí, forzoso ha sido no perder de vista el respeto debido al lector lo mismo que al escritor.

Elíseo Reclus había formado una lista de setecientos á ochocientos mapas, confiados á los excelentes cuidados de su amigo

vidual no es más que un infinitamente pequeño, una milmillonésima de milmillonésima, si se cuentan las generaciones sucesivas y no solamente el número actual de los habitantes de la Tierra enumerados por la estadística. No es tal ó cual momento de la existencia personal y colectiva lo que constituye la felicidad, sino la conciencia de marchar hacia un objeto determinado, que se quiere y que se crea por su voluntad. Coordenar los continentes, los mares y la atmósfera que nos rodea, «cultivar nuestro huerto» terrestre, distribuir de nuevo y regular los ambientes para favorecer cada vida individual de planta, de animal ó de hombre, adquirir definitivamente conciencia de nuestra humanidad solidaria, formando cuerpo con el planeta mismo, abarcar con nuestra mirada nuestros orígenes, nuestro presente, nuestro objeto próximo y nuestro ideal lejano, he ahí en qué consiste el progreso.

Con toda confianza podemos, pues, responder á la pregunta que surge en cada hombre en el secreto de su corazón: sí, hemos progresado desde el día en que nuestros antepasados salieron de las cavernas maternas, durante los cuantos miles de años que constituye el corto período consciente de nuestra vida.



POSTFACIO

El autor de El Hombre y la Tierra murió el 5 de Julio de 1905. El manuscrito, compuesto sin apresuración ni reposo en el curso de los diez años precedentes, quedó completamente terminado en la primavera de 1904. Elíseo Reclus había tenido tiempo de hacer en él muchas adiciones, y la satisfacción de discutir con Francisco Kupka las ilustraciones que éste preparaba y se había dado cuenta del trabajo que podrían proseguir las personas que le rodeaban. Á medida que iban apareciendo los cuadernos — el primero data del 15 de Abril de 1905 —, había podido introducir algunas modificaciones en el texto primitivo: ligeras diferencias entre la primera y la segunda edición, en las 300 primeras páginas del tomo I, son debidas á la mano del autor.

Elíseo Reclus, menos que cualquier otro, no ignoraba los defectos de la obra en que debía afirmar la unidad de sus miras de sabio y de anarquista, desarrollar su libro *Evolución y Revolución*, al mismo tiempo que trazar el último capítulo de la *Nueva Geografía Universal*. Tal era su confianza en sus colaboradores, que les rogó no se atuviesen á la letra de su manuscrito, hasta pedirles que refundieran completamente algunos capítulos de que no estaba satisfecho. En esto no fué respetada su voluntad, el texto publicado es el del manuscrito completamente escrito de su mano, pero se han tenido en cuenta todo lo posible las observaciones marginales que en él había hecho, y, ante un texto de primera intención, cuyas diferentes partes no se ligaban siempre entre sí, forzoso ha sido no perder de vista el respeto debido al lector lo mismo que al escritor.

Elíseo Reclus había formado una lista de setecientos á ochocientos mapas, confiados á los excelentes cuidados de su amigo

3462

Progrès

l'élégance de la démarche, non de tel ou
tel type exceptionnel parmi les Européens,
mais sur des groupes pris au hasard,
représentant le type moyen des nations
d'Europe. Ainsi il y eut, à ce point de
vue, régression générale, par le fait de
notre claustration dans les demeures et de
notre costume absurde, empêchant la
transpiration cutanée, l'action de l'air
et de la lumière sur la peau, le libre
développement des muscles, souvent gênés,
torturés, estropiés même par brodequins
et corsets. Toutefois de nombreux exemples
prouvent que la régression n'est pas
définitive et sans appel, car ceux de nos
jeunes gens qui se sont élevés en de
bonnes conditions d'hygiène et d'exercices
physiques se développent en formes et en force
comme les plus beaux des sauvages, et en
outre, ils ont la supériorité que leur donnent
la conscience en eux-mêmes et le prestige
de l'intelligence. Grâce aux acquisitions
du passé que le moderne acquiert rapidement
et méthodiquement par l'instruction, il
réussit à vivre aussi plus longtemps que le

Cuartilla del original de L'Homme et la Terre, correspondiente á las páginas 541-542 del último capítulo de la presente edición española.

3470

Progrès

et que l'on crée partiellement par sa
volonté. Aménager les continents, les mers,
et l'atmosphère qui nous entoure ; cultiver
notre jardin terrestre, distribuer à nouveau et
régler les ambiances pour favoriser chaque vie
individuelle de plante, d'animal ou d'homme,
prendre définitivement conscience de notre
humanité solidaire, faisant corps avec la
planète elle-même, embrasser du regard
nos origines, notre présent, notre but rapproché,
notre idéal lointain, c'est en cela que consiste
le progrès.

Constatons en toute confiance que nous
pouvons répondre à la question qui surgit en
chaque homme dans le secret de son cœur
et lui, nous avons progressé depuis le jour où
nos ancêtres sortirent des cavernes maternelles,
pendant les quelques millions d'années que
constitue la courte période consciente de
notre vie

Cuartilla final del original de L'Homme et la Terre.

Patesson. De esos documentos cartográficos, que habían de acompañar al texto de tal modo que en ellos se encontrase todo nombre geográfico citado, algunos han resultado de muy difícil ejecución en el corto espacio de tiempo de que hemos dispuesto. No hay duda que esta parte de la obra hubiera sido más interesante á poder dirigir el autor toda la edición. En cuanto á las ilustraciones, no dejó instrucción alguna.

Elíseo Reclus se hubiera complacido en dedicar una palabra afectuosa á cada uno de sus colaboradores, artistas y cartógrafos, correctores y compaginadores, á todos los que, regular ó incidentalmente, por amistad hacia el autor ó simpatía por sus escritos, han puesto sus cuidados en la revisión de las pruebas, pero la mayor parte se niegan á ver expresada la gratitud públicamente. Esta noticia sólo está firmada para asumir la responsabilidad de las faltas de El Hombre y la Tierra y de los errores que escrupulosos corresponsales han tenido la benevolencia de señalar al editor.

Paul RECLUS

Instituto Geográfico
Bruselas, 15 de Septiembre de 1908.



ÍNDICES

ALFABÉTICO

DE LOS MAPAS

Y DE LAS MATERIAS DEL SEXTO

Y ÚLTIMO TOMO

Patesson. De esos documentos cartográficos, que habían de acompañar al texto de tal modo que en ellos se encontrase todo nombre geográfico citado, algunos han resultado de muy difícil ejecución en el corto espacio de tiempo de que hemos dispuesto. No hay duda que esta parte de la obra hubiera sido más interesante á poder dirigir el autor toda la edición. En cuanto á las ilustraciones, no dejó instrucción alguna.

Elíseo Reclus se hubiera complacido en dedicar una palabra afectuosa á cada uno de sus colaboradores, artistas y cartógrafos, correctores y compaginadores, á todos los que, regular ó incidentalmente, por amistad hacia el autor ó simpatía por sus escritos, han puesto sus cuidados en la revisión de las pruebas, pero la mayor parte se niegan á ver expresada la gratitud públicamente. Esta noticia sólo está firmada para asumir la responsabilidad de las faltas de El Hombre y la Tierra y de los errores que escrupulosos corresponsales han tenido la benevolencia de señalar al editor.

Paul RECLUS

Instituto Geográfico
Bruselas, 15 de Septiembre de 1908.



ÍNDICES

ALFABÉTICO

DE LOS MAPAS

Y DE LAS MATERIAS DEL SEXTO

Y ÚLTIMO TOMO

ÍNDICE ALFABÉTICO

de los Nombres propios contenidos en el Tomo VI

Los nombres de pueblos están en letra **negra**; los nombres de autores, personajes históricos, etc., en *cursiva;* los países, montañas, ciudades, en redondo ó carácter común.

Las cifras rectas se refieren al texto, las inclinadas indican que el nombre correspondiente está localizado en un mapa en la página señalada.

A

B

C

D

M

N

O

P

T

U

V



LISTA DE LOS MAPAS



LISTA DE LOS MAPAS

Mapas sueltos



ÍNDICE DE LOS GRABADOS

del Tomo VI

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

Páginas

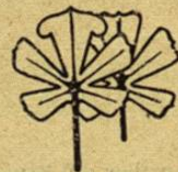
CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

Páginas

CAPÍTULO XI

CAPÍTULO XII



ÍNDICE DE LAS MATERIAS
del Tomo VI

LIBRO CUARTO: Historia Contemporánea

CAPÍTULO V

INGLATERRA Y SU CORTEJO

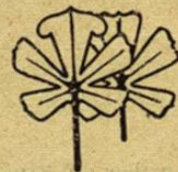
CAPÍTULO VI

EL NUEVO MUNDO Y LA OCEANÍA

CAPÍTULO VII

EL ESTADO MODERNO

CAPÍTULO XII



ÍNDICE DE LAS MATERIAS
del Tomo VI

LIBRO CUARTO: Historia Contemporánea

CAPÍTULO V

INGLATERRA Y SU CORTEJO

CAPÍTULO VI

EL NUEVO MUNDO Y LA OCEANÍA

CAPÍTULO VII

EL ESTADO MODERNO

Capítulo VIII

EL CULTIVO Y LA PROPIEDAD

Páginas

Capítulo IX

LA INDUSTRIA Y EL COMERCIO

Capítulo X

LA RELIGIÓN Y LA CIENCIA

Capítulo XI

EDUCACIÓN

Capítulo XII

PROGRESO

Páginas



LÁMINAS SUELTAS
DE ESTE TOMO

PAUTA

para la colocación de las láminas sueltas

